

F R I E D R I C H

NIETZS
CHE HUMA-
NO, DEMASIADO
HUMANO

PRIMER VOLUMEN
FRAGMENTOS
POSTUMOS

1876 HASTA INVIERNO 1877-1878

INTRODUCCIÓN DE MANUEL BARRIOS

TRADUCCIÓN DE ALFREDO BROTONS

AKAL-CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO



akal

Maqueta: RAG
Diseño de cubierta: Sergio Ramírez
Título original: *Menschliches, allzumenschliches*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270, del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Akal, S.A., 1996, 2001
Sector Foresta, I
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Telf.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-0736-3 (Obra completa)
ISBN: 84-460-0634-0 (Tomo I)
Depósito legal: M- 44.145- 2001
Impreso en MaterPrint, S.L.
Colmenar Viejo (Madrid)

AKAL
clásicos del pensamiento

Humano, demasiado humano

Un libro para espíritus libres

VOLUMEN I

Friedrich Nietzsche

Traducción:
Alfredo Brotons Muñoz



ÍNDICE

Prólogo de Manuel Barrios Casares: <i>Nietzsche: la crítica de la metafísica como curvatura de la Ilustración</i>	7
Bibliografía	25
Abreviaturas y símbolos empleados	29
Dedicatoria a Voltaire	31
En lugar de un prefacio	33
Prefacio	35
Primera parte	
De las cosas primeras y últimas	43
Segunda parte	
Para la historia de los sentimientos morales	64
Tercera parte	
La vida religiosa	97

Cuarta parte	
Del alma de los artistas y escritores	119
Quinta parte	
Indicios de cultura superior e inferior	151
Sexta parte	
El hombre en el trato	184
Séptima parte	
Mujer e hijo	201
Octava parte	
Una ojeada al Estado	215
Novena parte	
El hombre a solas consigo	235
Entre amigos. Un posludio	268
Fragmentos póstumos: (1876-1878)	269

NIETZSCHE: LA CRÍTICA DE LA METAFÍSICA COMO CURVATURA DE LA ILUSTRACIÓN

por
Manuel Barrios Casares

A J./K.

EXCEPTUANDO la singularidad de la ruptura estilística reflejada en su tratamiento temático por *Así habló Zaratustra* y la «azul soledad» en medio de la que vive esta obra, si entre los textos publicados por Friedrich Nietzsche hay uno que se distinga por mostrarse a ojos del lector como un brusco e inesperado viraje respecto al curso teórico de sus anteriores escritos, ése es sin duda *Humano, demasiado humano*, aparecido el primer volumen en mayo de 1878, con dos continuaciones, las *Opiniones y sentencias varias* y *El viandante y su sombra*, en marzo y diciembre 1879, respectivamente. De «monumento a una crisis»¹ llegó incluso a calificarlo años más tarde, en *Ecce Homo*, el propio Nietzsche, sabedor de cuánto de ruptura consigo mismo, de autovencimiento y de mudanzas de la piel y del alma había en las páginas de ese libro: pues la despedida de los maestros de juventud, tanto el abandono definitivo de la amarga metafísica de Schopenhauer (sólo parcialmente corregida en *El nacimiento de la tragedia* por el sabor trágico de una justificación estética de la existencia), cuanto, sobre todo, la ruptura personal con el gran músico y mistagogo, Richard Wagner, supuso una conmoción y un quebranto no sólo de los fundamentos teóricos de su primera filosofía, sino también, más honda y dolorosamente, de las propias bases existenciales².

Ciertamente, no es ésta la primera ni será la única vez en que la vida y el pensamiento de Nietzsche recurran a un drástico abandono de los lazos con el pasado para proseguir por otros derroteros. De su mentor y protector en el ámbito universitario, Friedrich Ritschl, se había emancipado el joven catedrático de filología clásica ya en su primer libro, *El nacimiento de la tragedia* (1871) —si es que

¹ *Ecce Homo, o cómo se llega a ser lo que se es*. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 1971. p. 79. Cfr. también los prefacios a los dos volúmenes de *Humano, demasiado humano*, redactados por Nietzsche en 1886.

² Para este aspecto de la cuestión, vid. Thomas Baumeister, «Stationen von Nietzsches Wagnerrezeption und Wagnerkritik», en *Nietzsche-Studien* 16, Berlín, Walter de Gruyter, 1987, pp. 288-309.

acaso no había mantenido desde siempre una cierta prevención ante sus modos más académicamente clasicistas de comprender la cultura griega y su importancia para el presente; y ello en la misma medida en que ya desde muy temprano había manifestado —así en las cartas a amigos íntimos como Erwin Rohde o Carl von Gosdorff— su alejamiento y falta de compromiso vital respecto de las expectativas propias del mundo profesional de la filología. Pero justamente en aquel entonces la lectura de Schopenhauer y las visitas a Wagner en Tribschen, «la isla de los bienaventurados», le habían permitido obtener un adecuado contrapeso a esa falta de motivación profesional, alentando así en ocasiones, por ejemplo, la ilusión de cambiar su cátedra de filología en la Universidad de Basilea por una plaza de profesor de filosofía, y suministrando de esta manera las dosis precisas de entusiasmo para afrontar una existencia dual, escindida. Ahora, en cambio, es todo ese mundo idílico el que se viene abajo y, tras su caída, Nietzsche se queda huérfano de padres espirituales³. El recuerdo del padre desaparecido *in media vita*, a los treinta y seis años, ejerce también un influjo perturbador en él, próximo a cumplir la misma edad⁴. Al poco tiempo —mayo de 1879— se producirá el abandono definitivo de la cátedra a causa de los continuos dolores de cabeza y con él el comienzo de su existencia itinerante, en busca de aquellos climas y lugares que mejor le ayuden a sobrellevar la enfermedad.

³ Así, en un pasaje de *Nietzsche contra Wagner* que reelabora el ya aparecido en el prólogo al segundo volumen de *Humano, demasiado humano*, y en el que Nietzsche sigue aún el rastro de toda serie de experiencias de desprendimiento, escribirá: «Ya en el verano de 1876, a mediados de temporada de los primeros Festivales <de Bayreuth>, tuvo lugar dentro de mí una despedida de Wagner. No soporto nada equívoco; desde que Wagner estuvo en Alemania, condescendí paso a paso con todo lo que yo desprecio —incluso con el antisemitismo... Fue entonces, en efecto, el momento cumbre para la despedida: pronto obtuve la prueba de ello. Richard Wagner, en apariencia el máximo triunfador, en realidad un podrido y desesperado décadent, se postró de improviso, desamparado y abatido, ante la cruz cristiana... (...) el inesperado suceso arrojó sobre mí un relámpago de claridad sobre el lugar que acababa de abandonar— y también ese estremecimiento posterior que siente el que ha corrido inconscientemente un enorme peligro. Cuando proseguí en solitario mi camino, temblaba; no mucho después caí enfermo, más que enfermo, cansado, cansado de la insoportable desilusión ante todo lo que aún sigue entusiasmándonos a nosotros, hombres modernos, ante la fuerza, el trabajo, la esperanza, la juventud, el amor *dilapidados* por todas partes, cansado de la náusea ante toda la mentira idealista y el debilitamiento de la conciencia, que de nuevo habían logrado ahí la victoria sobre uno de los más valientes, cansado, en fin, y no fue esto lo de menos, de la tristeza de una implacable sospecha —la de que de ahora en adelante estaba condenado a desconfiar más profundamente, a despreciar más profundamente, a estar más profundamente solo que antes» (Hay trad. nuestra de esta obra en *Br. revista de filosofía*, 14: número monográfico dedicado a F. Nietzsche. Sevilla, 1992, pp. 177-217).

⁴ Cfr. carta a Peter Gast de 11 de septiembre de 1879: «Estoy llegando al final de los treinta y cinco años, a la 'mitad de la vida', según se ha venido refiriendo uno a esta edad durante mil quinientos años. A esa edad tuvo Dante su visión, como recuerda en las primeras palabras de su poema. Ahora yo estoy en la mitad de la vida, pero tan circundado 'por la muerte', que ésta podría atraparme en cualquier momento» (*Kritische Studienausgabe sämtlicher Briefe Nietzsches* (= KSB), ed. a partir de la *Kritische Gesamtausgabe des Briefwechsels* por Giorgio Colli y Mazzino Montinari, en colab. con Helga Anahán-Hess, Berlin/München, de Gruyter/dtv, 1986, Band 5, p. 441). Incluso la manera en que, poco tiempo después, en el aforismo 125 de *La gaya ciencia*, Nietzsche va a reconstruir la experiencia histórica de la «muerte de Dios» como experiencia de radical orfandad del mundo moderno, no deja de recoger la consciencia del coste de esa pérdida en unos términos vivenciales que, ya de entrada, alejan su pensamiento de toda la simpleza atείstica de la época.

Pero no es sólo en el plano vivencial donde interesa subrayar la profunda modificación sufrida por Nietzsche; o quizá, mejor, habría que decir: no sólo en este plano, aisladamente. Porque si algo realmente esclarecedor puede aportarnos Nietzsche a nosotros, *uropeos postmodernos* que ya hemos tenido la oportunidad de verificar históricamente sus proclamas sobre el advenimiento del nihilismo, eso es el modo en que él supo alzar las vicisitudes de su existencia a materia reflexiva, la manera en que supo tomarse a sí mismo como *caso Nietzsche*, como ocasión para diseccionar en vivo y analizar las metamorfosis del espíritu moderno.

Nietzsche es el pensador que por primera vez ha pensado nuestro siglo y los caracteres de la edad contemporánea a partir de la despedida de los grandes ideales de la modernidad, y que lo ha pensado como experiencia personal, en el sentido de experiencia histórica del individuo moderno. La quiebra de la pretensión de normatividad ilustrada, de la aspiración clasicista e idealista, todavía perceptible en Hegel, de dar una forma común a la experiencia del mundo moderno, esto es lo que Nietzsche ha vivido en su propia piel —, en todos los casos. Hijo de un pastor protestante, formuló con clarividencia la idea de la muerte de Dios como acontecimiento desencadenante de la crisis de la cultura moderna. Filólogo de profesión, arremetió contra los moldes academicistas de la investigación de la Antigüedad para redescubrir el sentimiento trágico de los griegos a la luz del culto dionisiaco. Amigo personal y admirador de Wagner, discípulo ferviente de Schopenhauer, asestó un golpe decisivo a la teoría romántica del genio formulada por éste y pretendidamente encarnada por aquél. La verdadera injusticia interpretativa con respecto a Nietzsche consiste en no comprender el poso reflexivo que todas estas luchas y ejercicios de restablecimiento de la salud han dejado en sus escritos.

En particular, ha resultado sumamente desorientador el leer *Así habló Zaratustra* y toda la obra nietzscheana de madurez sin una adecuada correlación con el trabajo de crítica genealógica de la cultura emprendido ya en los escritos de este denominado «período intermedio» que inaugura *Humano, demasiado humano*. Por lo general, cuando se ha leído a Nietzsche buscando en sus textos un cuerpo teórico, la interpretación se ha remitido fundamentalmente a las obras del último período, mientras que la lectura más interesada por el hallazgo de su vena de literato o aforista se ha concentrado en los escritos del período intermedio. De ese modo, el auténtico valor filosófico de dichos escritos se ha visto mermado en muchas ocasiones, y sólo la decidida voluntad hermenéutica de leer en Nietzsche, a un tiempo, al brillante intelectual, crítico de su tiempo, y al filósofo que se vincula y discute con toda una tradición de pensamiento metafísico, puede restituírsele. Mérito de Gianni Vattimo, entre otros, ha sido el de reivindicar la importancia de estas obras intermedias de Nietzsche, antaño poco atendidas en general y, en particular, no suficientemente tenidas en cuenta por una decisiva interpretación de su filosofía, cual la de Heidegger, a la hora de calibrar el sentido de los grandes temas de madurez⁵. Pese a ello, el propio Vattimo no siempre ha escapado a los límites

⁵ Gianni Vattimo, *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*. Barcelona, Península, 1986 (ed. orig.: Milán, Garzanti, 1980). Ello no es óbice para poder seguir precisando matices diferenciadores entre esos denominados escritos del período intermedio y las obras publicadas con posterioridad al *Zaratustra*; pero de hecho éstos no faltan tampoco en el curso del

de una lectura de Nietzsche como los trazados por esta poderosa exégesis heideggeriana con la que todavía hoy tenemos que confrontarnos.

A nuestro modo de ver, sólo reconociendo el temprano empeño nietzscheano en elaborar un concepto de voluntad bien diferente al acuñado por la metafísica schopenhaueriana del mundo como Voluntad de vivir, se está en condiciones de comprender con coherencia las diversas transformaciones de su proyecto filosófico⁶. Así, por ejemplo, el hecho de que es la progresiva pérdida de confianza en las posibilidades de una solución puramente estética, como modo plenamente eficaz de responder al problema de la decadencia de la cultura moderna, lo que conduce directamente a Nietzsche a plantearse una tarea de crítica de la metafísica, esto es, de los fundamentos moral-metafísicos de la creencia «platónica» en un mundo verdadero, aparte del mundo aparente. En Nietzsche, por tanto, se da un proceso de crítica de la solución metafísica que no es desligable en absoluto de los presupuestos de su temprana crítica de la solución estética arbitrada en *El nacimiento de la tragedia* al amparo de Schopenhauer y Wagner. Quienes se empeñan en desconocer esta correlación vuelven así a encontrar argumentos para lanzar una vez más los reproches de irracionalista, anti-ilustrado, epígono romántico y otros exorcismos, muy al gusto de habermasianos, contra este *Anticristo de la modernidad*⁷. Si no se tiene presente esta correlación, se corre además el riesgo de hacer, como ya hiciera ampliamente el propio Gianni

Nachlass de la última época, donde, por ejemplo, a una concepción energetista de la Voluntad de poder le sucede una consideración de la misma más interesada en resaltar su carácter destructurante, en el marco de una crítica a la ficción de un sujeto fundante. Y por otra parte, tampoco dejan de aparecer en aquellas obras intermedias algunos de los «títulos principales» (*Haupttitel*) de la filosofía nietzscheana, como el eterno retorno o la muerte de Dios, enunciados ya en *La gaya ciencia*. De ese modo es posible al mismo tiempo sentar las bases para una discusión con algunos de los supuestos interpretativos de la exégesis de Heidegger, quien se concentra en los fragmentos póstumos del último período, y poner mayor énfasis de lo que él hiciera en el nexo que liga al Nietzsche «ilustrado» y crítico de la cultura con el Nietzsche de los *Haupttitel*. Sólo leyendo éstos a la luz de la crítica nietzscheana de la metafísica, desde el trasfondo de la problemática histórica de la decadencia y del nihilismo, cabe otorgarles su auténtico alcance postmetafísico.

⁶ Por lo mismo, también conviene considerar qué es aquello que se recoge de los escritos de juventud y resulta encauzado en la nueva dirección del análisis genealógico. Ya hemos procurado responder a esta cuestión, por lo que hace a la primera obra de Nietzsche, en un trabajo titulado *Voluntad de lo trágico. El concepto nietzscheano de voluntad a partir de «El nacimiento de la tragedia»* (Sevilla, Er, 1993) al que nos permitimos remitir. Por lo que respecta a las *Consideraciones Intempestivas*, esencialmente hay que decir que el problema que Nietzsche se planteaba en la *Segunda Intempestiva*, esto es, el problema del valor de la Historia para la vida, el de cómo sea posible una actuación creadora en la existencia cuando se carga con el peso de la memoria histórica de siglos de tradición cultural, se reformula ahora desde una perspectiva hermenéutica: alejándose del vitalismo romántico, su pretensión no será ya la de vivificar un pasado, sino la de contar su conversión en fábula.

⁷ Como muestra, valga este botón del obstinado empeño en presentar a Nietzsche como *lo absolutamente otro de la razón*: «Pero Nietzsche no fue solamente un discípulo de Schopenhauer, fue también contemporáneo de Mallarmé y los simbolistas, un defensor de l'art pour l'art» (Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Taurus, 1989, p. 121). No obstante, sobre la crítica nietzscheana a la teoría de l'art pour l'art, Habermas y el lector interesado pueden leer, aparte de numerosos fragmentos póstumos, el aforismo vigésimocuarto del capítulo «IncurSIONES de un intempestivo» de *Crepúsculo de los ídolos* («El arte es el gran estimulante para vivir: ¿cómo se podría concebirlo como algo carente de meta, de finalidad, como l'art pour l'art?») o el aforismo 206 de *Más allá del bien y del mal*.

Vattimo en *El sujeto y la máscara*, que todo el pensamiento nietzscheano de madurez retroceda a la dimensión de un ideal estético que se postula como exterior a ese mundo de la técnica en que el diagnóstico heideggeriano cifra la consumación de la metafísica misma⁸.

En cualquier caso, no pretendemos con tales indicaciones sugerir ninguna tesis continuista. Antes al contrario, según lo apuntado arriba, interesa destacar también el carácter de ruptura que poseen tanto el contenido cuanto el tratamiento de los temas en *Humano, demasiado humano* respecto a la obra nietzscheana de juventud, a fin de poder ofrecer una imagen más precisa de la evolución de su pensamiento, tal y como la que desde fecha relativamente reciente vienen posibilitando trabajos surgidos al hilo de la edición crítica de sus escritos a cargo de Giorgio Colli y Mazzino Montinari (aun cuando no siempre reconozcan su dependencia de esta labor filológica). Se trata más bien, por tanto, de desmontar una comprensión demasiado rígida de la estructuración de su obra en tres períodos, una estructuración que de modo más o menos implícito es asumida por la práctica totalidad de los estudiosos de la filosofía nietzscheana⁹, y que evidentemente posee algunos sólidos fundamentos no sólo hermenéuticos, sino también desde un punto de vista estrictamente biográfico¹⁰, pero que, según estamos sugiriendo, a veces recorta en exceso las posibilidades interpretativas. Y ello, a nuestro juicio y por lo que toca al aspecto ahora en consideración, debido fundamentalmente al papel de cesura que adopta ahí ese extraño «libro para todos y para nadie» que es *Así habló Zaratustra*. En su carácter de absoluta originalidad respecto al resto de la escritura filosófica de Nietzsche, este libro suscita la tendencia a tomarlo como referencia inaugural y punto de partida de la filosofía nietzscheana de madurez. Y ciertamente es, en palabras del propio Nietzsche, la parte afirmativa de su filosofía, aquélla que dice sí, expresada del modo más

⁸ *Il soggetto e la maschera. Nietzsche e il problema della liberazione*. Milán, 1974 (ed. cast.: Barcelona, Península, 1989). Vid. también en ese sentido *Ipotesi su Nietzsche* (Turín, 1967).

⁹ A veces con subdivisiones, hasta llegar a precisar cinco etapas, pero siempre sobre la base del mismo esquema tripartito. Este es a nuestro juicio el caso paradigmático de la célebre monografía de Eugen Fink, *La filosofía de Nietzsche* (Madrid, Alianza, 1976³; ed. orig. Stuttgart, Kohlhammer, 1960), por lo demás compensado con un riguroso tratamiento immanente de la obra nietzscheana, al margen de una «historia espiritual de la vida» (vid. p. 19). No es por cierto el mismo caso de quienes luego se limitan a parafrasear literalmente, demasiado literalmente las observaciones de Fink: contrótese por ejemplo la página 13 del prólogo de Dolores Castrillo Mirat, en la reedición de una antigua traducción de *Humano, demasiado humano* (Madrid, Edaf, 1992), con las páginas 52 («el segundo período constituye la inversión total del primero. En éste encontramos como ideas fundamentales la distinción entre el fondo primordial y el reino del fenómeno. Religión... metafísica y arte son considerados como modos de acceder al corazón del mundo, infinitamente superiores a toda ciencia»), 53 («metafísica, religión y arte son condenados... como una ilusión que hay que destruir. Nietzsche se convierte en un «ilustrado») o 54 («resulta sorprendente el sentido tan vago con el que Nietzsche habla aquí siempre de la «ciencia»... no se trata de ninguna de las ciencias positivas, sino más bien de un tipo general... del preguntar y del investigar crítico»; etc.) del libro de Fink.

¹⁰ De hecho, no debería olvidarse que esta periodización responde propiamente a tales criterios biográficos y que se remonta justamente a la monografía de Lou Andreas-Salomé, *Friedrich Nietzsche in seinen Werken* (Viena, 1894), la cual, todo hay que decirlo, tiene la singular virtud de hacer coincidir esas tres grandes etapas en el desarrollo de la filosofía nietzscheana con tres *decisivas* etapas en su biografía: antes, durante y después de conocer a la propia Lou Salomé...

bello, rotundo y enigmático¹¹. Pero no es en términos tan absolutos el comienzo de la filosofía nietzscheana de madurez. A tales efectos, sería más decisiva la frontera que traza una obra como *Humano, demasiado humano* respecto a la metafísica de artista y al resto de hipotecas románticas del joven Nietzsche, de tal manera que esa cesura o interrupción contrarritmática que introduce el *Zaratustra* pudiera ser tomada más bien como una flexión o modulación inmanente al proceso de crítica de la metafísica que Nietzsche ha emprendido ya en los años inmediatamente anteriores¹². Una modulación que, en términos caros a Heidegger, cabría decir que se da al modo de una *Verwindung* o re/establecimiento, y no de una mera *Überwindung* o superación lineal, donde el convaleciente Nietzsche, ése que enfermó de ausencia de Wagner —también de Cosima— y de consuelo metafísico, alcanza ahí una mayor salud, que ya no es tan sólo la del que critica la metafísica y se libra de sus cadenas, sino que es también la salud de quien, libre ya de *la enfermedad de las cadenas*¹³ de la metafísica romántica, una vez se ha repuesto (*verwundet*) de ella, es capaz además de dar respuesta a las antiguas cuestiones de la existencia, bien que otro tipo de respuesta, donde no es clausurado el misterioso signo de toda aquella arcana interrogación. Las propuestas del eterno retorno, del superhombre y la voluntad de poder no son ni un superar (*überwinden*) que deja definitivamente atrás, ni un volver a poner la metafísica en su sitio, sino un reponerse tras haberla sacado de quicio, un restablecimiento que de nuevo abre la posibilidad de formular interrogantes, aunque ahora la respuesta a éstos ya no posea el sentido totalizador de las recetas transmundanas.

Por idéntico motivo, calificativos habituales como los de «ilustrado» o, más aún, «positivista», que suelen adjudicársele al pensamiento expresado por Nietzsche en *Humano, demasiado humano* y en obras inmediatamente posteriores, deberían ser convenientemente matizados. La dedicatoria a Voltaire en la primera edición de este libro para espíritus libres; las frecuentes alusiones implícitas a moralistas y librepensadores franceses como Montaigne, Diderot, Chamfort o La Rochefoucauld, obtenidas tanto de lecturas directas como a través de los *Parerga y Paralipomena* de Schopenhauer; la misma prosa sentenciosa en el tratamiento de las cuestiones y los prejuicios morales; o la reconocida influencia, en fin, del análisis empírico-positivo empleado por el psicólogo y por aquel entonces amigo, Paul Rée, en su obra *El origen de los sentimientos morales* (Chemnitz, 1877)¹⁴, no deben ocultarnos el hecho de que Nietzsche se aparta

¹¹ Para esta valoración de la obra por parte del propio Nietzsche, cfr. el capítulo dedicado a ella en *Ecce Homo* (ed. cit., pp. 93-106).

¹² No se trataría tanto de volver a proponer un «Nietzsche sin Zaratustra», como años atrás hiciera Hermann Wein (en el artículo homónimo publicado en el número monográfico de *Revista de Occidente* de 1973 dedicado a Nietzsche), cuanto de insertar las propuestas teóricas de esta obra en el transcurso de un proceso de maduración intelectual de la filosofía nietzscheana que, desde *Humano, demasiado humano*, va a ir librando ya algunos de sus perfiles más definitivos.

¹³ La expresión es de Gianni Vattimo, a propósito del aforismo 34 del primer capítulo de *Humano, demasiado humano*, titulado «Para tranquilizarse».

¹⁴ Influencia bien pronto matizada, sin embargo, como en la carta enviada a Rohde en junio de 1877: «Búscame en mi libro siempre a mí y no al amigo Rée. Estoy orgulloso de haber descubierto sus

desde el principio de toda pretensión positivista de tomar a la ciencia como modelo definitivo de conocimiento frente a las distintas variedades –arte, religión, moral– de «mentira metafísica». Nietzsche no se limita a sustituir su juvenil fe romántica en el arte como medio privilegiado de acceso a la esencia más íntima de lo real (el tópico presocrático-schopenhaueriano del «Uno-primordial» de *El nacimiento de la tragedia*) por la fe positivista en la ciencia como descripción objetiva de la verdadera naturaleza de las cosas. La intensificación de su temprana crítica al concepto de «cosa en sí», a la que ya había tildado de «eine versteckte Kategorie» en uno de sus fragmentos inéditos de juventud, lo conduce por derroteros bien distintos; y si se aproxima ahora a la ciencia, es en la medida en que lo lleva a ello su cuestionamiento del tipo de apelación a las potencias suprahistóricas de las que había hablado en la segunda de las *Consideraciones Intempestivas*: es decir, en la medida en que se intensifica el «sentido histórico» en su manera de abordar los distintos problemas. Por lo mismo, en Nietzsche el movimiento disolutivo (así de las antiguas creencias moral-metafísicas) pretende siempre ser genealógico, antes que puramente nihilista. No hay mera liquidación de la identidad –tampoco, pues, de la temporal– aun cuando sí de su fijeza, de la tendencia a pensarla ahistóricamente, como no devenida e inmutable. Pero expresamente afirma Nietzsche: «precisamos de la Historia, ya que en nosotros sigue fluyendo el violento oleaje del pasado»¹⁵. Esta es, por tanto, la doble razón por la que Nietzsche apela ahora a la ciencia: en virtud de su valor metodológico, como un procedimiento explicativo más riguroso que el que es propio de las explicaciones metafísicas, con su recurso a hechos y verdades eternos¹⁶; mas, al mismo tiempo, en virtud de su valor histórico-cultural, como aquel tipo de actividad cognoscitiva que mejor sintoniza con un tipo de civilización más abierta, segura de sí y diseminada en multiplicidad de opciones vitales, consciente del carácter experimental de la existencia y de la innecesariedad de hipótesis demasiado extremas para fundar sus discursos y sus prácticas.

Como ha señalado con acierto Giuliano Campioni, con la desaparición del horizonte ideológico de sesgo wagneriano que había acompañado a la metafísica

magníficas cualidades y objetivos, pero en la concepción de mi 'philosophia in nuce' no ha tenido *el más mínimo* influjo: ésta estaba *conclusa* y, en buena parte, confiada ya al papel, cuando en otoño de 1876 trabé conocimiento con él» (KSB, 5, 333). La carta a Rohde, con independencia de que Nietzsche fuerce en ella su originalidad y subestime la influencia de Paul Rée (quien también media en su recepción de pensadores franceses como La Rochefoucauld o Vauvenargues), es un testimonio evidente de que ya entonces su discrepancia con el *réalisme* de su amigo era consciente y decidida. Más tarde, en *La genealogía de la moral*, Nietzsche se opondrá a la fe naturalista presente en los moralistas ingleses, para quienes es posible localizar un punto firme en unos instintos originarios, que también el positivista Rée interpretará en términos de sentimiento o disposición para las acciones altruistas.

¹⁵ *Ophionies y sentencias varias*, aforismo 223: «Adónde hay que viajar». Giuliano Campioni ha dedicado un preciso comentario a este aforismo en su artículo «„Wohin man reisen muss“. Über Nietzsches Aphorismus 223 aus *Vermischte Meinungen und Sprüche*», en *Nietzsche-Studien* 16, Berlín/New York, Walter de Gruyter, 1987, pp. 209-226 (también reproducido en: Campioni/Venturelli eds., *La 'biblioteca ideale' di Nietzsche*, Nápoles, Guida Editori, 1992, pp. 131-152).

¹⁶ *Humano, demasiado humano* (=MaM), aforismo 2: «todo ha devenido; no hay hechos eternos: lo mismo que no hay verdades absolutas. Por eso *el filosofar histórico* es de ahora en adelante una necesidad y con éste la virtud de la modestia».

de artista del joven Nietzsche, se modifica también su temprano dictamen negativo sobre el proceso de descomposición de la cultura moderna, en tanto que «civilización alejandrina», y se adopta una nueva postura al respecto: una postura que ya no busca la totalización de la experiencia moderna en una «unidad de estilo» y, por consiguiente, no reclama ya ni requiere un fundamento unitario, que totalice también a nivel metafísico la recomposición de un mundo fragmentado¹⁷. Esto, que por lo que hace al individuo induce a Nietzsche a desmontar la mitología romántica del genio y a redefinirlo, bajo el ropaje del espíritu libre, en términos más impestivos¹⁸, en relación con el antiguo problema de la educación y la formación (*Bildung*) lo lleva ahora a preferir a la ciencia como elemento dinamizador de la cultura, por encima, incluso, del arte¹⁹. No tanto por razones gnoseológicas, como insiste Vattimo²⁰, cuanto por razones de crítica de la cultura: porque la ciencia, con su constante ejercicio escéptico de duda y desconfianza, apela a estratos superiores del desarrollo intelectual de la humanidad, en lugar de contentarse con la ensoñación de explicaciones fantásticas típica de estadios anteriores²¹. Frente al arte, que sigue prendido a la primitiva lógica del sueño, a simbolismos y mitologías, así como en general a los «sentimientos de las primeras etapas de la vida»²²; frente a la moral y la religión, que suponen «un origen milagroso a las cosas valoradas como superiores», es el modo genético de plantear los interrogantes propio de la investigación científica —anticipado ya por el estilo presocrático de preguntarse cómo puede surgir una cosa de su antítesis— lo que hace que Nietzsche la adopte como modelo para la nueva *filosofía histórica*, la cual pone así en práctica una *química de los conceptos y sentimientos*, llegando a la conclusión de que «no

¹⁷ G. Campioni, *Sulla Strada di Nietzsche* (Pisa, ETS, 1993), cp. 1: «Individuo e comunità nel giovane Nietzsche».

¹⁸ Vid. v. g. el aforismo 231 de MaM donde, refiriéndose al genio, advierte Nietzsche: «una palabra que ruego se entienda sin ningún resabio mitológico ni religioso»; y, de modo más contundente, en el aforismo 186 de *Opiniones y sentencias varias*, su observación de que «al culto al genio y al poder debe siempre yuxtaponérsele, como complemento y remedio, el culto a la cultura».

¹⁹ Para los límites del arte, *vid.* sobre todo el capítulo cuarto de MaM, «Del alma de los artistas y escritores». Sobre el arte como «cosa del pasado», especialmente los afs. 146, 147, 222 y 223; sobre su necesidad de efectismo, af. 145 —, y también el af. 170 de *El viandante y su sombra*.

²⁰ Vattimo, *Introducción a Nietzsche*, Barcelona, Península, 1987 (ed. orig.: Roma/Bari, Laterza, 1985), p. 53.

²¹ MaM, af. 13: «En el sueño sigue operando en nosotros esa arcaica porción de humanidad, pues constituye los cimientos sobre los que se desarrolló y en cada hombre todavía se desarrolla la razón superior: el sueño nos devuelve de nuevo a remotos estadios de la cultura humana y pone a nuestra disposición un medio para entenderla mejor. Pensar durante el sueño nos es hoy tan fácil por lo bien que durante inmensos períodos del desarrollo de la humanidad hemos sido adiestrados precisamente en esta forma de explicación fantástica y barata a partir de la primera idea a discreción. En tal medida es el sueño un *desabogo* para el cerebro, que de día tiene que satisfacer las estrictas exigencias que la cultura superior le impone al pensamiento».

²² MaM, af. 147: «Al considerar la utilidad general del arte, debe perdonársele al artista que no se sitúe en la vanguardia de la ilustración y de la progresiva *virilización* de la humanidad: no ha dejado de ser toda la vida un niño o un adolescente y se ha quedado en el punto en que le sobrevino su vocación artística; pero los sentimientos de las primeras etapas de la vida están manifestamente más próximos a los de épocas pasadas que a los del presente. Involuntariamente su tarea acaba siendo la de «infantilizar» la humanidad; ésta es su gloria y su limitación».

hay contrarios, salvo en la habitual exageración de la concepción popular o metafísica, y que a la base de esta contraposición hay un error de la razón.²³

Pero, insistimos, hay una diferencia sustancial que aleja a Nietzsche de la concepción positivista de la ciencia como modelo de conocimiento verdadero. Por mucho que reconozca el carácter de constructo hipotético de sus modelos explicativos, la ciencia concede como presupuesto una inteligibilidad de base al mundo; admite la falibilidad de los instrumentos racionales del conocimiento humano, pero no cuestiona la esencial racionalidad del Universo. A lo sumo, la mantiene como ideal regulativo, como aspiración nunca satisfecha del todo, pero hacia la que se progresa también incesantemente, como quien se acerca a la verdad última de las cosas. Nietzsche, por el contrario, piensa más bien, con Fernando Pessoa, que el sentido íntimo de las cosas es el de no tener sentido íntimo alguno. Hablar, pues, de lógica de las cosas no deja de ser fruto de un inevitable perspectivismo de la mirada humana. La verdad no es sino una función metafórica de sustento en la existencia de una determinada especie animal, e incluso este resultado de la observación histórico-psicológica posee para Nietzsche un significado muy distinto al de una mera actitud pragmatista.

De hecho, entre las importantes consecuencias que se derivan de la señalada disparidad con el criterio positivista, ésta que también se resuelve en términos divergentes a la concepción pragmatista de la verdad suele ser la menos reconocida por los intérpretes de este período de la filosofía nietzscheana.²⁴ Sin embargo, conviene tener presente que ni siquiera la crítica del conocimiento emprendida unos años antes en el escrito *Introducción teórica sobre verdad y mentira en sentido extra-moral* (1873) se limita meramente a esbozar un programa de superación de la metafísica a través del análisis genealógico del lenguaje, dejando inalterado el recurso último a un criterio de verdad como adecuación, v. g. a lo útil, definido por lo demás en términos constantes. Lo que de entrada pone de manifiesto la consideración del lenguaje como cristalización de un sistema de metáforas, convertido en modo común de describir el mundo, es que el concepto mismo de realidad es derivado. No hay una realidad previa, primera y fundante a la cual recurrir con vistas a garantizar la correspondencia con ella por parte de nuestras descripciones del mundo. Por lo mismo, no se trata sin más de que tengamos por verdaderas aquellas cosas y situaciones que son útiles para la vida, sino que se trata más bien de que, porque creemos en su utilidad, las valoramos en ese sentido.²⁵ La disolución nietzs-

²³ MaM, af. 1. En una refundición de este aforismo fechada en enero de 1888, Nietzsche, quien no habla ya tanto de «filosofía histórica» cuanto de «una auténtica filosofía del devenir», sigue diciendo de ella que es una filosofía que no cree en la cosa en sí y —añade ahora— «por tanto, tampoco en el concepto de 'ser'».

²⁴ Cfr. Hans Vaihinger, *Die Philosophie des Als Ob*. Berlin, Reuther und Reichardt, 1902, 1911². Walter Kaufmann, *Nietzsche, Philosopher, Psychologist, Antichrist*. Princeton University Press, 1950; Rüdiger H. Grimm, *Nietzsche's Theory of Knowledge*. Berlin/New York, De Gruyter, 1977. Pese a no concentrar su estudio en este período, dos excepciones recientes que merecen ser reseñadas son los trabajos de Enrique Lynch, *Dioniso dormido sobre un tigre* (Barcelona, Destino, 1993) y Sergio A. Sánchez, *De la última transformación. Verdad y creencia en la filosofía de Nietzsche*. Córdoba (Argentina), Umbrales, 1994.

²⁵ *La gaya ciencia*, aforismo 354: «lo que llamamos en este caso utilidad no es más que una creencia, un juego de la imaginación o tal vez esa necedad funesta que algún día hará que perezcamos».

cheana del dualismo platónico de un mundo verdadero y un mundo aparente se anticipa aquí, así pues, en términos de disolución de la antítesis entre conocimiento y creencia: se está ya en un mundo dado, que aparece con una serie de valores y caracteres, y es ese *mundo aparente* el que nos vale y el que nos permite el juego de variaciones en nuestro modo de interpretarlo en que consiste la vida²⁶.

En resumen: la radicalización del rechazo nietzscheano de la filosofía metafísica a la luz de su crítica al concepto de cosa en sí (al fin tan «vacío de significación» que llega incluso a suscitar una «risotada homérica»²⁷) impide tomar a la ciencia como sustituto eficaz en la tarea de procurar alcanzar una determinación objetiva de la esencia de lo real. Desarrollando argumentos empleados ya en el ensayo *Sobre verdad y mentira* («en el edificio de los conceptos trabaja originariamente el *lenguaje*, en épocas posteriores la *ciencia*»), Nietzsche insiste en la imposibilidad de que la ciencia nos suministre un conocimiento de tal naturaleza. Y es por eso por lo que, más que el aprecio de una suerte cualquiera de «Verdad Originaria» —con todas las mayúsculas del caso que quiera ponerle Dolores Castrillo²⁸—, es el aprecio de las *pequeñas verdades inaparentes* (vid. aforismo tercero) lo que mueve a Nietzsche en pos de un cuestionamiento de la fe en un mundo metafísico.

Todo esto es fundamental para entender correctamente la operación crítica de desmontaje o disolución de la metafísica que Nietzsche lleva a cabo a partir de *Humano, demasiado humano*, y que por ejemplo un autor como Eugen Fink consigna bajo el rótulo demasiado limitado de «psicología del desenmascaramiento»²⁹; puesto que Nietzsche no supone en absoluto, como estamos viendo, que tras las máscaras e ilusiones de la religión, la moral o el arte se esconda el rostro verdadero de la imagen científica del mundo. Pero además esta evidencia resulta igualmente fundamental para entender la progresiva devaluación del papel crítico y formativo de la ciencia en la ulterior comprensión nietzscheana del devenir de la cultura moderna y, con ello, la razón por la cual en sus últimos escritos podrá volver a proponer al arte como principal inspirador de una inter-

²⁶ En un contexto similar escribe Sergio A. Sánchez, (*op. cit.*, pp. 40-42): «se está inmerso en un determinado complejo de creencias como se es parte de un mundo dado y esto de modo tan decisivo, que no se ve cómo ambas cosas —estar instalados *en* un cuerpo de creencias y estar instalados *en* un mundo determinado— podrían distinguirse y separarse. Así como se está en un mundo, así se está en un complejo de creencias: como el agua está en el agua, en una continuidad tal con la totalidad de objetos que conforman la específica perspectiva o forma de vida de que se trata, que no hay espacio para mediación alguna de representaciones. La representación sólo es posible y tiene lugar *derivadamente*, en el suelo provisto por nuestras creencias fundamentales, el cual ha de ser considerado como la *presentación* originaria, no derivada de ninguna instancia *anterior* que pudiera ser identificada como su *fundamento* y en referencia al cual pudiera justificarse. Como presentación primera, nuestras creencias constituyen la condición de posibilidad de toda *re-presentación*, para la que proveen tanto el contexto de su inteligibilidad como el marco de su justificación posible. Creer es pues *sin fundamento*. Cualquier instancia que señaláramos como el fundamento de nuestras creencias básicas, sería ya un fragmento de nuestra interpretación, esto es, sería parte de nuestras mismas creencias. Tales creencias son sin más *lo dado* (Pero lo dado entendido como lo concibe Nietzsche, sin el carácter de un fondo *metafísico* primordial, sino considerado *sub specie historiae*, como resultado histórico)».

²⁷ MaM, af. 16.

²⁸ *ed. cit.*, p. 19.

²⁹ Cfr. Fink, *La filosofía de Nietzsche*, *ed. cit.*, pp. 50-61.

pretación trágica de la existencia. De hecho, ciertas insuficiencias de la postura científica relativas a su función de crítica de la cultura se perciben ya en *Humano, demasiado humano*; aunque, a decir verdad, el modo en que éstas se expresan ahí es sobre todo en los términos de una prefiguración de lo que más tarde habrá de constituir el esencial diagnóstico nietzscheano sobre el nihilismo como destino de la época. Nietzsche aún habla en este contexto de «escepticismo», si bien —de modo similar a como lo hiciera Hegel en su escrito jenense³⁰— cuando examina el problema de una *presunta victoria del escepticismo*, no lo hace desde un punto de vista exclusivamente teórico, sino planteándose ante todo la cuestión de «cómo se configurará entonces la sociedad humana bajo el influjo de una tal actitud» (af. 21). Ya aludimos antes a su convicción de que fué la necesidad de seguridad y la insatisfacción ante el mundo lo que originó la cristalización de los elementos lógico-lingüísticos del discurso cultural humano en forma de creencia en un trasmundo. Con la remisión a un mundo metafísico de cosas fijas, eternas e inmutables se pretendía escapar al vértigo de un mundo sentido inicialmente como puro devenir caótico de acontecimientos. De ahí que Nietzsche advierta que el hombre forjado en esa voluntad de verdad durante milenios no ha de sentirse capaz de permanecer ahora conscientemente en aquello que, de momento, no puede presentársele de otro modo que como falsedad. El fin de la creencia metafísica se le ha de aparecer en principio como fin de toda creencia, de todo fundamento, garante y certeza, en definitiva, como aquello que luego vendrá a resumir la frase «Dios ha muerto». La inseguridad y la insatisfacción pueden retornar con la «falta de fe en el *monumentum aere perennius*» (af. 22), y en ese sentido Nietzsche se desmarca por completo de todo el ingenuo optimismo ilustrado, que cree en la inevitabilidad del progreso; claro que sin caer por ello en un pensamiento contrailustrado y reaccionario: más allá de las «palabras desacreditadas» de optimismo y pesimismo (como si acaso la vida se pudiese valorar desde fuera de ella misma, como un todo), lo que se da es la pura *posibilidad* del progreso, contemplado al margen de toda instancia teológica, providencialista, como propuesta de fines ecuménicos, o sea, radicalmente secularizado³¹. Por tanto, si secularización y escepticismo son comprendidos por el Nietzsche de *Humano, demasiado humano* como factores de progreso, no lo son simplemente en el sentido moderno habitual de representar elementos superadores de un pasado erróneo. Y, por lo mismo, si la ciencia se muestra ahora como especialmente eficaz en el cumplimiento de la tarea de procurarnos un estado racional de mayor seguridad ante los peligros habituales de la vida, ello no descarta tampoco la posibilidad de que el despliegue mismo de este tipo de existencia no conduzca en adelante a un gusto superior por el riesgo, a una

³⁰ Nos referimos al artículo «Relación del escepticismo con la filosofía. Exposición de sus diversas modificaciones y comparación del más moderno con el antiguo», publicado en el *Kritisches Journal der Philosophie* en 1802. Recuérdese que en dicho escrito Hegel cifraba la distinción entre el escepticismo antiguo y el moderno en la circunstancia de que mientras éste se limita a una operación puramente teórica de duda, aquél comportaba una radical puesta en suspenso de todas las certidumbres del sentido común y la existencia cotidiana.

³¹ Vid. MAM, aforismos 24 y 28.

asunción más positiva de la condición experimental de dicha existencia y, consiguientemente, a la búsqueda de otros instrumentos de la cultura, cual será el caso del arte, donde recrear tan resuelta voluntad de aventura³².

Esta posterior recuperación de la dimensión afirmativa del arte se insinúa ya en la temática del doble cerebro, tal como aparece en el aforismo titulado precisamente *Porvenir de la ciencia* (af. 251), donde no nos encontramos sin más con la caracterización común en los textos de esta época del arte como lenitivo, sino que se anticipa su valoración como esfera donde «reside la fuente de la fuerza (...) de una cultura superior»³³. De hecho, lo que Nietzsche suele reprochar en este período al arte en general (su inadecuación a las exigencias del presente y consiguiente mixtificación a fin de resultar efectivo, a costa de ser efectista, en un mundo que ya no es el suyo), quedará luego como factor definitorio del tipo decadente de arte romántico, del que a su juicio es máximo exponente el wagnerismo³⁴. Por el contrario, la dimensión activa del arte, ligada a su carácter dionisiaco de desmesura, como *hybris*, es lo que vendrá a otorgarle una vigencia renovada, en cuanto forjador de nuevos ámbitos immanentes de realidad³⁵.

Por otra parte, el final del predominio de la ciencia es hasta cierto punto exigido por el fin de la hegemonía de la conciencia como instancia rectora del individuo, que es otro de los aspectos anticipados por *Humano, demasiado humano* (reelaboración a su vez de ideas expresadas en *El nacimiento de la tragedia*) y que impide asimismo caracterizar al Nietzsche de este período como

³² Cfr. Nietzsche, *Kritische Studienausgabe*, edición a cargo de G. Colli y M. Montinari, Berlín/Munich, Walter de Gruyter/dtv, 1980, tomo 12, pp. 208 (fragmento 5 <63>, de verano de 1886/otoño de 1887) y 466-467 (fragmento 10 <21>, de otoño de 1887).

³³ Otras anticipaciones de esta revalorización del arte como instrumento de una cultura superior se encuentran en aquellos aforismos en que, partiendo de la idea de la belleza como atenuante del pavor primigenio (af. 218), Nietzsche se aleja de patrones estrictamente clasicistas, en pos de una estética de «lo inquietantemente sublime» (*id*) e incluso apuntando hacia una estética de lo feo (af. 152: *arte del alma fea*). Para la prefiguración de una estética de lo siniestro en Grecia, donde «la imagen divina... debe albergar y al mismo tiempo ocultar al dios, señalarlo, pero no mostrarlo» (e. d. anunciar el venir de su presencia pero sin exponerla como ya realizada), véase también el aforismo 222 de *Opiniones y sentencias varias*.

³⁴ Hay otros aspectos de su polémica con Wagner que no son tan explícitos, pero que no por ello resultan menos contundentes, así en el caso de todas sus consideraciones para una fisiología del sueño, las cuales se oponen a las tesis sostenidas por Wagner en *Estado y Religión* en torno al primado de la comunicación onírica y a la afinidad de sueño e ilusión (*Wahn*) como base para el privilegio del arte en cuanto productor de mundos oníricos. Nietzsche desmonta, pues, también a este nivel, los fundamentos de la «metafísica de artista» wagneriana suscrita en cierta medida por *El nacimiento de la tragedia*.

³⁵ Un pasaje de *La genealogía de la moral* (III, 9) testimonia esta idea: «Hybris es hoy toda nuestra actitud con respecto a la naturaleza, nuestra violentación de la misma con ayuda de las máquinas y de la tan irreflexiva inventiva de los técnicos e ingenieros; (...) hybris es nuestra actitud con respecto a nosotros, —pues con nosotros hacemos experimentos que no nos permitiríamos con ningún animal, y, satisfechos y curiosos, nos sajamos el alma en carne viva». Al nivel de lo que el texto describe como modificación de la naturaleza por parte del hombre, no sería tan desacertada la caracterización heideggeriana de Nietzsche como complimentador de la metafísica; pero en la medida en que el texto nietzscheano propone que el mundo regido por un tipo de experimentar tecno-científico dé paso a una existencia concebida en términos de experimentación con uno mismo, rebasa tal caracterización.

ilustrado en el sentido, sostenido por Fink, de que sitúe en el centro de su pensamiento una antropología y pretenda explicar desde el hombre toda la realidad³⁶; la problemática antropológica también experimenta un descentramiento debido a dicha puesta en suspenso del primado de la conciencia, la filosofía histórica descarta además de entrada cualquier pretensión de fundar una antropología a base de definir una naturaleza humana («todo lo que el filósofo dice sobre el hombre no es en el fondo más que un testimonio sobre el hombre de un espacio temporal *muy limitado*», se lee en el aforismo segundo)³⁷ y, por último, la idea de que no hay centro esencial dispensador de un único sentido ya se proyecta aquí a este nivel, liquidando la fijeza de una identidad personal³⁸.

Toda esta serie de consideraciones nos lleva a concluir que, en última instancia, el propio método disolutivo nietzscheano, su química de las ideas, acaba por disolver asimismo cualquier pretensión de distinguir en forma de antítesis perpetua elementos tales como ciencia y arte, o como ciencia y metafísica... Es en efecto una comprensión del devenir histórico de la cultura lo que confiere sentido a la preferencia actual por el proceder de la mentalidad científica. Mas es igualmente una tal *historia de la génesis del pensamiento* lo que hace posible —de nuevo a diferencia del criterio positivista— comprender la importancia de los errores y fantasías del pasado, en tanto en cuanto éstos no han forjado tan sólo la entelequia metafísica de un tras mundo, sino en rigor aquello que propiamente llamamos el mundo. Y de este mundo de la representación, advierte expresamente Nietzsche, la ciencia no tiene capacidad para librarnos sino en una escasa medida, logrando a lo sumo elevarnos algunos momentos por encima del proceso, hasta reconocer la procedencia de nuestras creencias fundamentales. En virtud de todo ello, Nietzsche no sólo sienta ya aquí las bases para su descripción posterior de la época del final de la metafísica como tiempo del advenimiento del nihilismo, sino también los factores que hacen de su diagnóstico algo más complejo que la sola denuncia de la «historia de un error» y su sustitución por una posthistoria del mundo aparente, una vez descargado del lastre metafísico de un mundo ideal. En la historia de este errar por un mundo contemplado a partir de pretensiones religiosas, morales y estéticas nos encontramos además con que dicho mundo «se ha vuelto poco a poco tan maravillosamente abigarrado, terrible, profundo de sentido, lleno de alma, en definitiva, tan lleno de los colores que, nosotros, coloristas, pusimos en él», que es preciso reconocerlo como legado de la tradición en el cual

³⁶ Fink, *op. cit.*, p. 53.

³⁷ Frente a una interpretación como la de Fink, que supone la puesta en práctica de una «reducción al hombre» por parte de Nietzsche, éste afirma además expresamente: «el filósofo percibe en el hombre actual 'instintos' y supone que éstos forman parte de los datos inalterables del hombre y pueden, por tanto, ofrecer una clave para la comprensión del mundo en general; toda la teleología está edificada sobre el hecho de que se habla del hombre de los cuatro últimos milenios como de un hombre *eterno* al que todas las cosas del mundo están naturalmente orientadas desde un principio».

³⁸ Sobre la consideración del hombre «no como *individuum*, sino como *dividuum*», *vid.* MaM, aforismo 57; sobre la actitud, propia de una mentalidad filosófica, de «no tomarse a uno mismo como un individuo fijado, consistente, uno», *vid.* aforismo 618. En diversos fragmentos póstumos del año 1876, esta temática aparece además reiterada a otro nivel, en el autocuestionamiento del espíritu libre frente al *esprit fort* dieciochesco.

se cifra «el *valor* atesorado de nuestra humanidad»³⁹. De ahí que la actitud consecuente a esta inspección genealógica de la metafísica no pueda ser meramente la de invalidar lo anterior como mentira, sino justamente la de ese retomar, distorsionando su sentido, las voces del pasado en que consiste la actitud hermenéutica del pensamiento contemporáneo.

Frente a la caracterización heideggeriana de Nietzsche como último pensador metafísico en la medida en que su propuesta filosófica sólo ofrece una «inversión del platonismo» y, por tanto, sigue prendida de tales categorías y modos de concebir la realidad, hay que decir que ni siquiera en *Humano, demasiado humano* la crítica nietzscheana de la metafísica posee simplemente el sentido de un superar (*Ueberwindung*). Es más: en un aforismo como el décimosegundo, Nietzsche ha expuesto de manera bien rotunda la idea de que el último movimiento del pensar postmetafísico en relación con lo que constituye la historia acontecida de la metafísica no puede consistir en un *überwinden* y un liberarse del error, que se limita a dejar atrás, sino que debe configurarse más bien como un restablecer el valor *póstumo* de lo acontecido para el presente de la cultura por medio de un «paso atrás», que evidencia su parentesco esencial con el formulado por el propio Heidegger⁴⁰. Merece la pena reproducir en su integridad el texto para apreciar esto que decimos:

Algunos peldaños atrás. Se alcanza ciertamente un grado muy elevado de cultura cuando el hombre se libera pasando por encima de (*über*) conceptos y temores supersticiosos y religiosos y deja por ejemplo de creer en los angelitos o en el pecado original, renunciando también a hablar de la salvación de las almas: si está en esta fase de liberación, aún tiene también que superar (*überwinden*) la metafísica en un supremo esfuerzo de sensatez. Pero *entonces* es necesario un *movimiento de retroceso* (*eine rückläufige Bewegung*): debe comprender en tales representaciones la justificación histórica y también la psicológica, debe reconocer cómo el mayor estímulo de la humanidad procede de ahí y cómo sin tal movimiento de retroceso nos privaríamos de los mejores frutos de la humanidad hasta la fecha. Por lo que a la metafísica filosófica se refiere, veo que ahora cada vez son más los llegados a la meta negativa (que toda metafísica positiva es un error), pero pocos todavía los que dando marcha atrás descienden (*rückwärts steigen*) algunos peldaños; debe en efecto mirarse por encima (*über*) del último peldaño de la escalera, pero no querer quedarse en él. Los más esclarecidos (*Die Aufgeklärtesten*) no llegan más que a liberarse de la metafísica y a mirarla por encima del hombro con aire de superioridad: cuando también aquí, como en el hipódromo, al final de la recta es preciso tomar la curva.

Anticipándose de este modo a Heidegger en su meditación sobre (*perí*) la problematidad inherente a todo intento de pasar por encima (*metá*) de la línea

³⁹ Vid. MaM, af. 16.

⁴⁰ Cfr. M. Heidegger, *Identidad y diferencia*. Trad. de Arturo Leyte y Helena Cortés, Barcelona, Anthropos, 1988. En cierto sentido, incluso la idea de que el *Schritt zurück* no es un paso hacia el pasado (id. p. 117), sino más bien algo similar al movimiento de retroceso (p. 115) que se ejecuta como para dar un salto (pp. 77-79) es anticipada por la imagen del aforismo 273: «vuelta atrás, pero sin quedarse atrasado» (*zurückgegangen, nicht zurückgeblieben*).

fronteriza de la metafísica hacia otra época y estilo del pensar, pero distanciándose también de un cuestionamiento puramente nihilista de la modernidad, Nietzsche concibe su crítica genealógica de la metafísica como viraje o curvatura de la Ilustración, no sencillamente como prosecución o abandono de la misma. Se trata, pues, de un virar *de* la propia Ilustración, de un curvarse sobre sí para aplicar al fin su talante desmitificador sobre sus propios productos.⁴¹ En virtud de tal viraje se agudizan los aspectos disolutivos del pensamiento ilustrado (inmanentismo, crítica de la razón), al tiempo que se cuestionan aquellos otros que aún la mantenían demasiado apegada a las formas de un pasado sublimado como clasicismo en la versión oficial de una cultura humanista. Sólo captando este doble matiz de cercanía y alejamiento, de fidelidad y distorsión de la herencia del pensamiento moderno, cabe explicar tantas presuntas ambigüedades del Nietzsche «ilustrado» que emerge de las páginas de *Humano, demasiado humano*: precisamente porque completar la ilustración exige algo más que la chata atencencia a su presentación puramente lineal y al optimismo racionalista de «los más ilustrados» (*Die Aufgeklärtesten*)⁴², es por lo que las categorías modernas de sujeto, razón, superación, progreso son distorsionadas por Nietzsche, como paso previo para una torsión de la metafísica y una efectiva transvaloración de los valores.

Una vez aclarada esta peculiar significación de la obra nietzscheana, podemos preguntarnos, para terminar, el porqué de su cambio posterior de actitud ante la primacía del hombre científico, más allá de las razones aducidas hasta ahora, esto es: el temprano reconocimiento de las insuficiencias de la mentalidad científica como único elemento dinamizador de la cultura, la constatación de que la ciencia no acaba de satisfacer las aspiraciones del individuo en un mundo fragmentado y el consiguiente recurso al arte. Como insinuamos al principio, para percibir en toda su complejidad esta dimensión del pensamiento nietzscheano, es preciso tener en cuenta el modo en que Nietzsche ha tomado su propia existencia como laboratorio de las ideas y lugar de experimentación filosófica: la metáfora de la disolución química con que se abre *Humano, demasiado humano* posee ante todo un significado personal de pérdida de la compacidad de los elementos de una identidad que se siente ya definitivamente liquidada, pero cuya liquidez es entendida como fluidificación antes que como pura liquidación. Es el resultado de un singular proceso de comprobación de las verdades en la propia piel, un extraño empirismo del espíritu éste que le conduce una y otra vez por senderos inexplorados⁴². En

⁴¹ Con razón reconocía Paul Rée a Nietzsche, en su carta de junio de 1878, y tras haber elogiado el aforismo vigésimo de MaM por su consideración de *los errores como importantes medios culturales*: «únicamente no comprendo el final del aforismo» (Pfeifer, E (ed.), *Friedrich Nietzsche, Lou von Salomé, Paul Rée. Documentos de un encuentro*. Barcelona, Laertes, 1982, p. 37).

⁴² En una carta dirigida al doctor Otto Eiser, en enero de 1880, escribe Nietzsche: «Mi existencia es una *carga terrible*: la habría rechazado hace mucho tiempo, de no ser por las pruebas y experimentaciones tan instructivas en el dominio ético-espiritual que hice precisamente durante ese estado de sufrimiento y renunciamento casi absoluto —este humor feliz, ávido de conocer, me transporta a alturas donde triunfo sobre todo martirio y toda desesperación. En conjunto soy más feliz de lo que nunca lo he sido en mi vida: ¡y a pesar de todo!» (KSB, 6, p. 3).

ese sentido, por ejemplo, Nietzsche no se ha limitado a abandonar las tesis de su «metafísica de artista» desde la mera convicción teórica de su insostenibilidad. El conjunto de anotaciones conocido como *Empedokles-Plan*⁴³, en su condición de proyecto inacabado de drama, testimonia en la práctica una dimensión de los problemas que él ha advertido como inherentes a cualquier pretensión de articular una cultura trágica a partir de las coordenadas schopenhaueriano-wagnerianas de su primera filosofía, y por lo cual llegó a desistir del empeño. Aún en otra vertiente el joven Nietzsche ha querido llevar a la práctica el principio dionisiaco de su filosofía, haciendo de la vida un caso de enmascaramiento, pero entonces ha topado con las limitaciones de la dramaturgia wagneriana y esto lo ha aventurado en una experiencia del pensamiento que va más allá de todo el ámbito romántico de sus ideas de juventud. En tal medida –y, como queda dicho, aparte de lecturas continuistas– ha sido por coherencia con este principio dionisiaco de su filosofar por lo que Nietzsche se ha visto impelido a abandonar sus primeras fórmulas metafísicas, en busca de otro ámbito donde desplegar la dimensión más propiamente trágica de su pensamiento. Desde el punto de vista teórico, ha indagado en primer lugar en el terreno de la ciencia, interesándose por su capacidad para suministrar esa comprensión de un mundo abierto requerida por los «espíritus libres». Desde un punto de vista vivencial, ha sido la experiencia de ver transformadas sus viejas adhesiones y, con ellas, verse transformado a sí mismo, lo que ha dejado una impronta más perdurable en la comprensión de su tarea de filósofo como médico de la cultura: ¿cómo curarse, e. d., cómo *cuidar de sí* una vez advertida la ficción del propio yo? ¿En base a qué optar por una máscara u otra, toda vez que el abismo de la falta del fundamento se nos antoja el único rastro de evidencia que resta? Ya en los escritos del período intermedio Nietzsche ha procurado contestar doblemente a esta cuestión con el avance de dos de los grandes titulares de su última filosofía. Con la sentencia de la muerte de Dios ha querido llamar la atención sobre el hecho de que, precisamente a partir de la constatación de la pérdida de esa referencia unitaria, la tarea de asumir la condición de máscara de la identidad se nos impone hoy como destino histórico. Con el pensamiento del eterno retorno ha querido, a un tiempo, insistir en la radicalidad del carácter disolutivo de esta experiencia de desfondamiento y apostar afirmativamente por la salud de una buena voluntad de máscara, en la cual se añan «buen temperamento» y «voluntad de lo trágico». Pero aun antes de avanzar tales respuestas, Nietzsche ha sabido dotar ya de su tono más personal a todo ese recorrido intelectual por los márgenes en que se ha ido fraguando la crisis de la cultura moderna.

Por eso, incluso para quienes se declaran exclusivamente atraídos por la personalidad fascinante del solitario de Sils-Maria, *Humano, demasiado humano* también reserva la ocasión de más de un íntimo paseo por los recoletos rincones y plazoleas del espíritu. Pese al tono distante y frío de las observaciones psicológicas, a través de sus páginas comienza a despuntar la figura de quien quiso

⁴³ Hay traducción nuestra de estos fragmentos incluida como apéndice en: Hölderlin y Nietzsche, *dos paradigmas intempestivos de la modernidad en contacto* (Sevilla, Reflexión, 1992).

finalmente que sus textos estuviesen escritos con el rojo de la propia sangre, sin impersonalidades ni engañosas objetividades. Lleno de experiencias personales reconstruidas con la arquitectura precisa y gris del genealogista de sus propias idealizaciones de antaño, este libro —que llegó a molestar en lo más hondo a Cosima, quien veía en él continuas alusiones veladas a episodios de las relaciones entre Nietzsche y Wagner— nos acerca asimismo al estilo más característico de la escritura nietzscheana. Como el propio Nietzsche anotara en un apunte inédito de la época, buscarse un estilo (el aforismo), buscarse una filosofía (la filosofía de la mañana) y crearse una salud (la del que pasea por la sombra tras el ocaso del sol platónico) son los tres grandes cometidos de los que trata de dar cuenta su obra ⁴⁴. En ellos se anuncia ya un rebasamiento de la perspectiva del hombre científico, que llegará a tomar cuerpo justo ahí donde la indicación de los límites del proceso pedagógico de la cultura moderna se expresa en la forma de un sentimiento de absoluta extranjería, como cuando Nietzsche escribe: «poco a poco se me ha ido haciendo patente cuál es la deficiencia más genérica de todo nuestro tipo de formación y educación: nadie aprende, nadie aspira, nadie enseña a soportar la soledad» ⁴⁵. El recurso al arte como modelo para un mundo interpretado como voluntad de poder también se ilumina desde ese contexto, si bien el sentido de este aprendizaje de la soledad, de esta gimnasia superior del espíritu para disponerse a soportar lo insoportable, lo excede. Su imagen cabal en este periodo es la del último aforismo de la primera parte de *Humano, demasiado humano*, titulado «El caminante»: la de ese viajero a ninguna parte que, aunque ya no mantiene demasiado férreamente ligado su corazón a la querencia de tiempos pasados, conserva el suficiente afecto como para pasar aún esas malas noches en las que uno siente en el pecho el cansancio del mundo y nubla su mirada con el recuerdo de lo que una vez fue el propio hogar; pero luego vienen las mañanas deliciosas de otras comarcas, en las que se ve rayar el alba azul de una pasión distinta y se asiste a la escuela de unos ojos que miran como nunca antes lo habían hecho. Nacidos de los misterios de la madrugada, como si vinieran de un lugar que nadie ha visitado, son caminantes y filósofos quienes transitan por esas sendas curvadas de nuestra existencia.

Sevilla, febrero de 1995

⁴⁴ 1) Crearse una salud. Leer y escribir una hora y media, pasear por la sombra, y de seis a diez horas diarias.

2) buscarse una filosofía. La filosofía de la mañana.

3) buscarse un estilo. El aforismo.

⁴⁵ *Aurora. Una meditación sobre los prejuicios morales*, aforismo 443.

BIBLIOGRAFÍA

1. Estudios relacionados con *Humano, demasiado humano*

- ANDLER, Charles, *Nietzsche. Sa vie et sa pensée*. 6 vols., Paris, Bossard, 1920ss.; reimp. en 3 vols. Paris, Gallimard, 1958. *Vid. espec. vol. II, 2: La maturité de Nietzsche*.
- ÁVILA, Remedios, *Nietzsche y la redención del azar*. Granada, Publicaciones de la Universidad, 1986. II parte, cp. 1.
- BAUMEISTER, Thomas, «Stationen von Nietzsches Wagnerrezeption und Wagnerkritik», en *Nietzsche-Studien. Internationale Jahrbuch für Nietzsche-Forschung* (= N-S) 16, Berlin, Walter de Gruyter, 1987, pp. 288-309.
- CANTONI, R., «La figura del 'Freigeist' nella filosofia di Nietzsche», en *Archivio di Filosofia*, 2 (1953), pp. 209-240.
- CAMPIONI, Giuliano, «„Wohin man reisen muss". Über Nietzsches Aphorismus 223 aus *Vermischte Meinungen und Sprüche*», en N-S 16 (1987), pp. 209-226; reproducido también en: Campioni; Venturelli (eds.), *La 'biblioteca ideale' di Nietzsche*, Nápoles, Guida Editori, 1992, pp. 131-152.
- , *Sulla Strada di Nietzsche*. Pisa, ETS, 1993. Cps. 1 y 2.
- CAMPIONI, G.; Barbera, Sandro, *Il genio tirano. Ragione e dominio nell'ideologia dell'Ottocento. Wagner, Nietzsche, Renan*. Milán, Franco Angeli Editore, 1983, *passim*.
- DEL NEGRO, Walter, *Die Rolle der Fiktionen in der Erkenntnistheorie Friedrich Nietzsches*. Munich, Rösl, 1923.
- EGER, Manfred, «Wenn ich Wagnern den Krieg mache...» *Der Fall Nietzsche und das Menschliche, Allzumenschliche*. Wien, Paul Neff, 1988.
- FINK, Eugen, *Nietzsches Philosophie*. Stuttgart, Kohlhammer, 1960 (Trad. cast. de A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza, 1966, reed. AU, 1976), cp. 2.
- HELLER, P., «Von den ersten und letzten Dingen». *Studien und Kommentar zu einer Aphorismenreihe von Friedrich Nietzsche*. Berlin, W. de Gruyter, 1972.
- JANZ, Curt Paul, *Friedrich Nietzsche. Biographie*. München/Wien, Carl Hauser, 1978 (Trad. cast. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera. Madrid, Alianza, 1978-1985. Vol. 2, cps. 19-20).
- MONTINARI, Mazzino, *Che cosa ha veramente detto Nietzsche*. Roma, Ubaldini, 1975, cp. 2.
- PERIFFER, Ernst (ed.), *Friedrich Nietzsche, Paul Rée, Lou von Salomé. Die Dokumente ihrer Begegnung*. Frankfurt, Insel, 1970. Trad. cast. de Ana M^a Domenech. Barcelona, Laertes, 1982.
- SCHIOEK, H., *Nietzsches Philosophie des „Menschlich-Allzumenschlichen"*. Tübingen, 1948.
- SONNS, Stefan, *Das Gewissen in der Philosophie Nietzsches*. Winterthur, P. G. Keller, 1955.
- TREIBER, H., «Wahlverwandtschaften zwischen Nietzsches Idee eines „Klosters für freiere Geister" und Webers Idealtypus der puritanischen Sekte. Mit einem Streifzug durch Nietzsches „ideale Bibliothek"», en N-S 21 (1992), 326-362.

- VACATELLO, Marzio, «Nietzsche e l'analisi linguistica dei concetti morali», en *Rivista di Storia della Filosofia* XXXIX (1), pp. 129-155.
- VATTIMO, Gianni, *Il soggetto e la maschera. Nietzsche e il problema della liberazione*. Milán, 1974 (Trad. cast. de Jorge Binaghi. Barcelona, Península, 1989), II parte.
- , *Le avventure della differenza*. Milán, Garzanti, 1980 (Trad. cast. de J. C. Gentile. Barcelona, Península, 1986), cps. III y IV.
- , *Introduzione a Nietzsche*. Roma/Bari, Laterza, 1985 (Trad. cast. de J. Binaghi. Barcelona, Península, 1987), cp. II.

2. Otros estudios sobre la filosofía de Nietzsche

- ANDREAS-SALOMÉ, Lou, *Friedrich Nietzsche in seinen Werken* (Viena, 1894). Trad. cast. de Luis Pasamar. Madrid, Xero/Zyx, 1978.
- BAEUMLER, Alfred, *Nietzsche, der Philosoph und Politiker*. Leipzig, Reclam, 1931.
- BATAILLE, Georges, *Sur Nietzsche. Volonté de chance*. París, Gallimard, 1967 (Trad. cast. de F. Savater. Madrid, Taurus, 1972).
- BARRIOS, Manuel, *La voluntad de poder como amor*. Barcelona, Serbal, 1990.
- , *Hölderlin y Nietzsche, dos paradigmas intempestivos de la modernidad en contacto*. Sevilla, Reflexión, 1992.
- , *Voluntad de lo trágico. El concepto nietzscheano de voluntad a partir de «El nacimiento de la tragedia»*. Sevilla, Er, 1993.
- CACCIARI, Massimo, *Krisis. Saggio sulla crisi del pensiero negativo da Nietzsche a Wittgenstein*. Milán, Feltrinelli, 1976 (Hay trad. cast. Madrid, Siglo XXI, 1982).
- CAMPIONI, Giuliano, *Leggere Nietzsche. Alle origini dell'edizione critica Colli-Montinari. Con lettere e testi inediti*. Pisa, ETS, 1992. 480 pp.
- COLLI, Giorgio, *Dopo Nietzsche*. Milán, Adelphi, 1974 (Trad. cast. de C. Antal. Barcelona, Anagrama, 1978).
- DANTO, Arthur C., *Nietzsche as Philosopher*. New York, McMillan, 1965.
- DELEUZE, Gilles, *Nietzsche et la philosophie*. París, PUF, 1962 (Trad. cast. de C. Antal. Barcelona, Anagrama, 1971).
- DERRIDA, Jacques, *Éperons. Les styles de Nietzsche*. París, Flammarion, 1978 (Trad. cast. de M. Arranz. Valencia, Pre-textos, 1981).
- GRANIER, Jean, *Le problème de la vérité dans la philosophie de Nietzsche*. París, Editions du Seuil, 1966.
- GRIMM, Rüdiger H., *Nietzsche's Theory of Knowledge*. Berlin/New York, De Gruyter, 1977.
- HABERMAS, Jürgen, «La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche», en *Sobre Nietzsche y otros ensayos*. Madrid, Tecnos, 1982, pp. 31-59 (orig.: epílogo a F. Nietzsche, *Erkenntnistheoretische Schriften*, Frankfurt, Suhrkamp, 1968).
- , *Der philosophische Diskurs der Moderne*. Frankfurt, Suhrkamp, 1985 (Trad. de M. Jiménez Redondo. Madrid, Taurus, 1989).
- HEIDEGGER, Martin, *Nietzsche*. 2 vols., Pfullingen, Neske, 1961.
- , «Wer ist Nietzsches Zarathustra?», en *Vorträge und Aufsätze*. Pfullingen, Neske, 1954 (Trad. de Eustaquio Barjau. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994).
- , «Nietzsches Wort 'Gott ist tot'», en *Holzwege*. Frankfurt, Klostermann, 1950 (Trad. cast. de Arturo Leyte y Helena Cortés. Madrid, Alianza, 1995).
- JASPERS, Karl, *Einführung in das Verständnis seines Philosophierens*. Berlin, W. de Gruyter, 1936 (Trad. de E. Estéu. Buenos Aires, Sudamericana, 1963).
- KAUFMANN, Walter, *Nietzsche, Philosopher, Psychologist, Antichrist*. Princeton University Press, 1950.
- KAULBACH, Friedrich, *Nietzsches Idee einer Experimentalphilosophie*. Wien/Köln, 1980.
- KLOSSOWSKI, Pierre, *Nietzsche et le cercle vicieux*. París, Mercure de France, 1969 (Trad. de N. Sánchez y T. Wangeman. Barcelona, Seix Barral, 1972).
- KOIFMAN, Sarah, *Nietzsche et la métaphore*. París, Payot, 1972.
- LÖWTH, Karl, *Nietzsches Philosophie der ewigen Wiederkehr des Gleichen*. Berlin, Die runde, 1935; 3a ed. revisada, Hamburg, Meiner, 1978.
- LYNCH, Enrique, *Dioniso dormido sobre un tigre. A través de Nietzsche y su teoría del lenguaje*. Barcelona, Destino, 1993.
- MONTINARI, Mazzino, *Nietzsche lesen*. Berlin, W. de Gruyter, 1982.

- PAITRAT, Bernard, *Versions du soleil. Figures et système de Nietzsche*. Paris, Seuil, 1971.
- QUESSADA, Julio, *Un pensamiento intempestivo. Ontología, Estética y Política en F. Nietzsche*. Madrid, Anthropos, 1988.
- REY, Jean-Michel, *L'enjeu des signes. Lecture de Nietzsche*. Paris, Seuil, 1971.
- SANCHEZ, Sergio, *De la última transformación. Verdad y creencia en la filosofía de Nietzsche*. Córdoba (Argentina), Umbrales, 1994.
- SANCHEZ MECA, Diego, *En torno al superhombre. Nietzsche y la crisis de la modernidad*. Barcelona, Anthropos, 1989.
- SAVATER, Fernando, *Conocer Nietzsche y su obra*. Barcelona, Dopesa, 1977.
- , *Idea de Nietzsche*. Barcelona, Ariel, 1995.
- SCHLEGEL, Karl; ANDERS, Anni, *Nietzsche. Von den verborgenen Anfängen seines Philosophierens*. Stuttgart-Bad-Canstatt, Frommann, 1962.
- SIMMEL, Georg, *Schopenhauer und Nietzsche. ein Vortragzyklus*. Leipzig, Duncker und Humboldt, 1907 (Trad. cast.: B. Aires, Schapire, 1944). Reimp. Hamburg, Junius, 1990.
- SIMON, Josef, «Grammatik und Wahrheit. Über das Verhältnis Nietzsches zur spekulativen Satzgrammatik der metaphysischen Tradition», en *Nietzsche-Studien* 1 (1972), pp. 1-26.
- STINGGELIN, Martin, «Nietzsches Wortspiel als Reflexion auf poet(olog)ische Verfahren», en *Nietzsche-Studien* 17 (1988), 336-349.
- VAHINGER, Hans, «Nietzsche und seine Lehre von bewusst gewollten Schein («Der Wille zum Schein»)-», en el apéndice a *Die Philosophie des Als Ob. System der theoretischen, praktischen und religiösen Fiktionen der Menschheit auf Grund eines idealistischen Positivismus. Mit einem Anhang über Kant und Nietzsche*. Berlin, Reuther und Reichardt, 1902, 1911², pp. 711-790. Hay trad. cast. del ensayo a cargo de Teresa Orduña: «La voluntad de ilusión en Nietzsche», en: F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Valencia, Teorema, 1980.
- VV.AA., *Nietzsche. Nuevos horizontes interpretativos*. La Coruña, Fundación Paideia, 1994.
- VERMAT, Juan Luis, *La crítica de la metafísica en Nietzsche*. Madrid, Anthropos, 1987.
- VITIELLO, Vincenzo, *Utopia del nichilismo. Tra Nietzsche e Heidegger*. Nápoles, Guida, 1983.

ABREVIATURAS Y SÍMBOLOS EMPLEADOS

<i>HDH:</i>	Humano, demasiado humano, I.
<i>OSV:</i>	Opiniones y sentencias varias.
<i>CS:</i>	El caminante y su sombra.
<i>Pi:</i>	Primera impresión.
<i>Em:</i>	Ejemplar autógrafo.
<i>Pr:</i>	Pruebas.
<i>Pr1:</i>	Pruebas antes de la corrección por Nietzsche.
<i>Pr2:</i>	Corrección de Nietzsche en las pruebas.
<i>Ma:</i>	Manuscrito.
<i>Md:</i>	Manuscrito definitivo, esto es, el proyecto autógrafo de la primera impresión.
<i>Cl:</i>	Copia en limpio, esto es, el proyecto del manuscrito definitivo.
<i>Fp:</i>	Fase previa, esto es, las anotaciones que llevan a la copia en limpio.
<i>BN:</i>	Libros de la biblioteca póstuma de Nietzsche.
<i>Va:</i>	Variante anterior.
<i>Vp:</i>	Variante posterior.
<i>(?)</i>	Lectura incierta.
<i>[-]</i>	Palabra ilegible.
<i>[+]</i>	Laguna.
<i>— — —</i>	Frase interrumpida o incompleta.
<i>< ></i>	Completado por los editores o por el traductor.
<i>[]</i>	Tachado por Nietzsche o indicación del traductor.

DEDICATORIA A VOLTAIRE ¹

Este libro monológico, nacido en Sorrento durante el invierno de 1876-1877, no sería ahora publicado si la proximidad del 30 de mayo de 1878 no me hubiese suscitado el más vivo deseo de rendir a su debido tiempo un homenaje personal a uno de los más grandes liberadores del espíritu.

¹ François-Marie Arouet, llamado Voltaire (1694-1778): escritor y filósofo ilustrado francés.

EN LUGAR DE UN PREFACIO

“... durante un tiempo revisé las diversas ocupaciones a que en esta vida se dedican los hombres e intenté elegir la mejor. Pero no es necesario relatar aquí con qué suerte de pensamientos di: baste con que, en cuanto a mí, nada se me antojó mejor que perseverar tenazmente en mi proyecto, esto es: aplicar toda mi vida al cultivo de mi razón y al rastreo de la verdad del modo y manera que me había prescrito. Pues los frutos que por esta vía había ya cosechado eran de tal especie que a mi juicio nada más agradable, más inocente, puede encontrarse en esta vida; además, desde que recurrí a esa clase de consideración, cada día me hacía descubrir algo nuevo que siempre era de alguna importancia y en absoluto generalmente conocido. Tanto se llenó finalmente de contento mi alma, que nada más podía cautivarla.”

Del latín de *Cartesius*¹

¹ Descartes, *Discurso del método*, 3.^a parte (René Descartes, *Oeuvres et lettres*, André Bidaux ed., Gallimard 1953, págs. 43 s.). René Descartes (1596-1650): filósofo y sabio francés.

PREFACIO

1

Harto a menudo, y siempre con gran extrañeza, se me ha señalado que hay algo común y característico en todos mis escritos, desde el *Nacimiento de la tragedia*¹ hasta el último publicado, *Preludio a una filosofía del porvenir*²; todos ellos contienen, se me ha dicho, lazos y redes para pájaros incautos y casi una constante e inadvertida incitación a la subversión de valoraciones habituales y caros hábitos. ¿Cómo? ¿*Todo* es sólo... humano, demasiado humano? Con este suspiro se sale de mis escritos, no sin una especie de horror y desconfianza incluso hacia la moral, más aún, no mal dispuesto y animado a ser por una vez el defensor de las peores cosas: ¡como si acaso sólo fuesen las más vituperadas! A mis escritos se les ha llamado escuela de recelo, más aún, de desprecio, felizmente también de coraje, aun de temeridad. En realidad, yo mismo no creo que nadie haya nunca escrutado el mundo con tan profundo recelo, y no sólo como ocasional abogado del diablo, sino igualmente, para hablar teológicamente, como enemigo y acusador de Dios; y quien adivina algo de las consecuencias que implica todo recelo profundo, algo de los escalofríos y angustias del aislamiento a los que condena toda incondicional *diferencia de enfoque* a quien la sostiene, comprenderá también cuántas veces, para aliviarme de mí mismo, dijérase para olvidarme de mí mismo por un tiempo, he intentado resguardarme en cualquier parte, en cualquier veneración, enemistad, cientificidad, liviandad o estulticia; también por qué, cuando no he encontrado lo que *necesitaba*, he tenido que procurármelo artificiosamente, falseando o inventando (¿y qué otra cosa han hecho siempre los poetas? ¿y para qué, si no, existiría todo el arte del mundo?). Pero lo que una y otra vez necesitaba más perentoriamente para mi curación y mi restablecimiento

¹ Primer libro publicado por Nietzsche (1872).

² Subtítulo de *Más allá del bien y del mal* (1886).

era la creencia de que *no* era el único en ser de este modo, en *ver* de este modo, una mágica sospecha de afinidad e igualdad de puntos de vista y de deseos, un descansar en la confianza de la amistad, una ceguera a dúo sin recelo ni interrogantes, un goce en los primeros planos, superficies, lo cercano, vecino, en todo lo que tiene color, piel y apariencia. Quizá pudiera reprochárseme a este respecto no poco «arte», no poca sutil acuñación falsa: por ejemplo, haber cerrado a sabiendas y voluntariamente los ojos ante la ciega voluntad de moral de Schopenhauer³, en una época en que yo era bastante clarividente en materia de moral; también haberme engañado respecto al incurable romanticismo de Richard Wagner⁴, como si fuese un comienzo y no un final; también con respecto a los griegos, y también por lo que a los alemanes y su futuro se refiere, y acaso quedara todavía una larga lista de tales «también». Mas, aun cuando todo esto fuese verdad y se me reprochara con fundamento, ¿qué sabéis *vosotros*, qué *podéis* saber de cuánta astucia de autoconservación, de cuánta razón y superior precaución contiene tal autoengaño, y cuánta falsía he todavía *menester* para poder una y otra vez permitirme el lujo de *mi* veracidad?... Basta, aún vivo; y la vida no es después de todo una invención de la moral: *quiere* ilusión, *vive* de la ilusión..., pero de nuevo vuelvo, ¿no es cierto?, a las andadas, y hago lo que, viejo immoralista y pajarero, siempre he hecho, y hablo immoral, extramoralmente, «más allá del bien y del mal».

2

Así pues, una vez en que hube menester, me *inventé* también los «espíritus libres»⁵, a los que está dedicado este libro entre melancólico y osado con el título de *Humano, demasiado humano*; semejantes «espíritus libres» no los hay, no los ha habido, pero en aquella ocasión, como he dicho, tenía necesidad de su compañía para que me aliviaran de tantas calamidades (enfermedad, soledad, exilio, aceña, inactividad): como valientes camaradas y fantasmas con los que uno charla y ríe cuando tiene ganas de charlar y de reír, y a quienes se manda al diablo cuando se ponen pesados; como una compensación por los amigos que me faltaban. No seré yo al menos quien dude de que un día *pueda* haber semejantes espíritus libres, que nuestra Europa tendrá entre sus hijos de mañana o de pasado mañana tales camaradas alegres e intrépidos, de carne y hueso, y no sólo, como en mi caso, como espectros y juego de sombras de solitario. Ya los veo *venir*, lenta, lentamente, ¿y hago yo acaso algo para acelerar su venida si describo por anticipado bajo qué destinos los *veo* nacer, por qué caminos venir?

³ Arthur Schopenhauer (1788-1860), el filósofo de quien en su juventud fue Nietzsche seguidor. Véase el ensayo «Schopenhauer como educador» en las *Consideraciones intempestivas* (1874; ed. cast., *Obras completas*, trad. Pablo Simón, Prestigio 1970), y la respuesta ulterior de Nietzsche a la «ciega voluntad de moral de Schopenhauer» infra, especialmente aforismo 39.

⁴ Richard Wagner (1813-83), el compositor y dramaturgo objeto, como Schopenhauer, de veneración para el joven Nietzsche. Véase también el ensayo «Richard Wagner en Bayreuth» en las *Consideraciones intempestivas*, y la ulterior respuesta de Nietzsche al arte de Wagner infra, especialmente los aforismos 164, 165, 215 y 219.

⁵ Traducimos *freier Geist* por «espíritu libre», *Freigeist* por «librepensador», *freie Geisterlei* por «librepensamiento», *freier Denker* por «pensador libre», *freie Denkerlei* por «pensamiento libre», y *Freigesinn* por «pensador liberal» o «persona de mentalidad liberal».

3

Cabe presumir que un espíritu en el que el tipo «espíritu libre» ha un día de madurar y llegar a sazón hasta la perfección haya tenido su episodio decisivo en un *gran desasimiento* y que antes no haya sido más que un espíritu atado y que parecía encadenado para siempre a su rincón y a su columna. ¿Qué es lo que ata más firmemente? ¿Cuáles son las cuerdas casi irrompibles? Entre hombres de una clase elevada y selecta los deberes serán ese respeto propio de la juventud, ese recato y delicadeza ante todo lo de antiguo venerado y digno, esa gratitud hacia el suelo en que crecieron, hacia la mano que les guió, hacia el santuario en que aprendieron a orar; sus momentos supremos serán lo que más firmemente les ate, lo que más duramente les obligue. Para los hombres de tal suerte encadenados, el gran desasimiento se opera súbitamente, como un terremoto: el alma joven es de repente sacudida, desprendida, arrancada, ella misma no entiende lo que sucede. Un impulso y embate la domina y se apodera de ella imperiosamente; se despiertan una voluntad y un ansia de irse, a cualquier parte, a toda costa; flamea y azoga en todos sus sentidos una vehemente y peligrosa curiosidad por un mundo ignoto. «Antes morir que vivir *aquí*», así resuenan la voz y la seducción perentorias: ¡y este «aquí», este «en casa» es todo lo que hasta entonces había amado! Un repentino horror y recelo hacia lo que amaba, un relámpago de desprecio hacia lo que para ella significaba «deber», un afán turbulento, arbitrario, impetuoso como un volcán, de peregrinación, de exilio, de extrañamiento, de enfriamiento, de desintoxicación, de congelación, un odio hacia el amor, quizá un paso y una mirada sacrílegos *hacia atrás*, hacia donde hasta entonces oraba y amaba, quizá un rubor de vergüenza por lo que acaba de hacer, y al mismo tiempo un alborozo *por haberlo hecho*, un ebrio y exultante estremecimiento interior que delata una victoria —¿una victoria?, ¿sobre qué?, ¿sobre quién?—, una enigmática victoria erizada de interrogantes y problemática, pero la *primera* victoria al fin y al cabo: de semejantes males y dolores consta la historia del gran desasimiento. Es al mismo tiempo una enfermedad que puede destruir al hombre, esta primera erupción de fuerza y voluntad de autodeterminación, de autovaloración, esta voluntad de *libre* albedrío: ¡y cuánta enfermedad se expresa en las salvajes tentativas y extravagancias con que el liberado, el desasido, trata en adelante de demostrarse a sí mismo su dominio sobre las cosas! Vaga cruelmente con una avidez insatisfecha; lo que apresa debe expiar la peligrosa excitación de su orgullo; destruye lo que le atrae. Con malévola risa da vuelta a lo que encuentra oculto, tapado por cualquier pudor: trata de ver el aspecto de las cosas *cuando* se las invierte. Es por arbitrio y gusto por el arbitrio por lo que acaso dispensa entonces sus favores a lo hasta tal momento desacreditado, por lo que, curioso e indagador, merodea alrededor de lo más prohibido. En el trasfondo de su trajín y vagabundeo —pues está intranquilo y sin norte que le oriente, como en un desierto— está el interrogante de una curiosidad cada vez más peligrosa. «¿No es posible subvertir *todos* los valores?, ¿y es el bien acaso el mal?, ¿y Dios sólo una invención y sutileza del diablo? ¿Es todo acaso en definitiva falso? Y si somos engañados, ¿no somos precisamente por eso también engañadores?, ¿no nos es *inevitable* ser también engañadores?» Tales pensamientos le conducen y seducen cada vez más lejos, cada vez más extraviadamente. La soledad, esa temible diosa y *mater saeva*

*cupidinum*⁶, le rodea y envuelve, cada vez más amenazadora, más asfixiante, más agobiante; pero, ¿quién sabe hoy qué es la *soledad*?

4

Desde este aislamiento enfermizo, desde el desierto de tales años de tanteo, hay todavía un largo trecho hasta esa enorme y desbordante seguridad y salud que no puede renunciar a la enfermedad misma como medio y anzuelo del conocimiento; hasta esa libertad *madura* del espíritu que es igualmente autodomio y disciplina del corazón y permite el acceso a muchos y contrapuestos modos de pensar; hasta esa copiosidad y ese refinamiento internos de la sobreabundancia, que excluyen el peligro de que el espíritu, por así decir, se pierda y enamore por sus propios caminos y, embriagado, se quede sentado en cualquier rincón; hasta ese exceso de fuerzas plásticas, curativas, reproductoras y restauradoras, que es precisamente el signo de la *gran* salud, ese exceso que le da al espíritu el peligroso privilegio de poder vivir *en la tentativa* y ofrecerse a la aventura: ¡el privilegio de maestría del espíritu libre! Entretanto pueden pasar largos años de convalecencia, años llenos de multicolores mutaciones, a un tiempo dolorosas y encantadoras, dominados y llevados de la rienda por una tenaz *voluntad de salud* que a menudo osa ya vestirse y travestirse de salud. Hay en esto un estado intermedio, que un hombre de tal destino no recuerda luego sin emoción: le es propia una pálida y tenue luz y dicha solar, un sentimiento de libertad de pájaro, de vista de pájaro, de petulancia de pájaro, algo tercero en que curiosidad y delicado desprecio se han combinado. Un «espíritu libre»: esta fría expresión es benéfica en este estado, casi caliente. Se vive ya no en las cadenas de amor y odio, sin sí, sin no, voluntariamente cerca, voluntariamente lejos, de preferencia esquiva, evasiva, elusivamente, presto a escapar, a remontar el vuelo; se está mal acostumbrado, como cualquiera que una vez ha visto *por debajo* de sí una inmensa cantidad de objetos, y se ha llegado a ser lo opuesto de los que se preocupan por cosas que no les conciernen. En realidad, en adelante al espíritu libre le conciernen exclusivamente cosas —¡y cuántas cosas!— que ya no le *preocupan*...

5

Un paso más en la convalecencia, y el espíritu libre se aproxima de nuevo a la vida, lentamente por cierto, casi recalcitrantemente, casi con desconfianza. De nuevo hace más calor en torno a él, todo se vuelve, por así decir, más amarillo; sentimiento y simpatía cobran profundidad, tibios vientos de todas clases soplan sobre él. Casi siente como si los ojos se le abriesen ahora por vez primera a lo *próximo*. Está maravillado y se sienta en silencio: ¿pero *dónde ha estado*? ¿Qué cambiadas le parecen estas cosas cercanas y contiguas! ¿Qué lozanía y encanto han adquirido entretanto! Mira hacia atrás agradecido: agradecido por su peregrinaje, por su dureza y autoextrañamiento, por sus miradas a lo lejos y sus vuelos

⁶ «Madre salvaje de las pasiones».

de pájaro por frías alturas. ¡Qué bien que no se ha quedado todo el tiempo «en casa», siempre «consigo», como un holgazán mimado y apático! Estaba *fuera* de sí: no cabe duda. Sólo ahora se ve a sí mismo, ¡y con qué sorpresas se encuentra! ¡Qué estremecimiento nunca experimentado! ¡Qué dicha aun en la fatiga, en la antigua enfermedad, en las recaídas del convaleciente! ¡Cómo le gusta sentarse doliente y en silencio, armarse de paciencia, tumbarse al sol! ¿Quién entiende como él de la dicha en invierno, de las máculas solares en el muro? Estos convalecientes y lagartos a medias vueltos a la vida son los animales más agradecidos del mundo, también los más modestos: entre ellos los hay que no dejan pasar un día sin prenderle un pequeño panegírico del dobladillo que le cuelga. Y hablando en serio: es una *cura* a fondo contra todo pesimismo (la gangrena de los viejos idealistas⁷ y héroes de la mentira, como es sabido) enfermar a la manera de estos espíritus libres, permanecer enfermo un buen lapso de tiempo y luego recostrar la salud por un período cada vez más largo, quiero decir, volverse «más sano». Hay sabiduría, sabiduría de la vida, en eso de recetarse a sí mismo por mucho tiempo la salud sólo en pequeñas dosis.

6

Por esa época puede en fin suceder, entre los súbitos destellos de una salud todavía tempestuosa, todavía inestable, que comience a desvelársele al espíritu libre, cada vez más libre, el enigma de ese gran desasimiento que hasta entonces había estado a la espera, oscuro, problemático, casi intangible en su memoria. Si durante mucho tiempo apenas osó preguntarse: «¿por qué tan apartado, tan solo, repudiando todo lo que yo veneraba, repudiando la veneración misma?; ¿por qué esta dureza, este recelo, este odio a las virtudes propias?», ahora sí se atreve y lo pregunta en voz alta y oye ya algo así como una respuesta. «Debías llegar a ser dueño de ti, dueño también de tus propias virtudes. Antes eran ellas dueñas de ti; pero no deben ser más que tus instrumentos junto a otros instrumentos. Debías adquirir poder sobre tu pro y tu contra y aprender a colgártelos y descolgártelos según tu fin superior del momento. Debías aprender a captar lo perspectivista de toda valoración; la deformación, la distorsión y la aparente teleología de los horizontes y todo lo que pertenece a lo perspectivista; también la porción de estupidez con respecto a valores contrapuestos y toda la merma intelectual en que revierte todo pro y contra. Debías aprender a captar la *necesaria* injusticia de todo pro y contra, la injusticia como inseparable de la vida, la vida misma como *condicionada* por lo perspectivista y su injusticia. Debías ante todo ver con tus propios ojos dónde es siempre más grande la injusticia, a saber: allí donde la vida está más mezquina, estrecha, pobre, rudimentariamente desarrollada y no puede sin embargo por menos de tomarse a sí misma como fin y medida de las cosas, y de desmenuzar y, por mor de su conservación, poner subrepticia, mezquina e incesantemente en cuestión lo superior; más grande, más rico; de-

⁷ Vid. Malwida von Meysenburg: *Memorias de una idealista*. Cf. 17 [1], nota 2. La escritora Malwida von Meysenburg (1816-1903) conoció a Nietzsche por medio de los Wagner y mantuvo con él una estrecha amistad hasta *El caso Wagner*. A ella debe Nietzsche el invierno de 1876-77 en Sorrento.

hías ver con tus propios ojos el problema de la *jerarquía* y cómo crecen juntos hacia lo alto poder, derecho y amplitud de la perspectiva. Debías...»; hasta, el espíritu libre *sabe* de ahora en adelante a qué «debes» ha obedecido, y también lo que ahora *puede*, lo que ahora por vez primera le es *permitido*...

7

De esta forma se da el espíritu libre respuesta respecto a ese enigma de desasimiento y con ello, generalizando su caso, termina por decidir así sobre su vivencia. «Lo que me ha sucedido –se dice– debe sucederle a todo aquel en el que quiera tomar cuerpo y “venir al mundo” una *misión*. El secreto poder y necesidad de esta misión operará entre y en sus destinos individuales igual que una gestación inconsciente: mucho antes de que se haya percatado él mismo de esta misión y sepa su nombre. Nuestra determinación dispone de nosotros aunque todavía no la conozcamos; es el futuro el que rige nuestro hoy. Puesto que es del *problema de la jerarquía* del que nosotros espíritus libres podemos decir que es *nuestro* problema, sólo ahora, en el mediodía de nuestra vida, comprendemos qué preparativos, rodeos, pruebas, tentativas, disfraces había menester el problema antes de que éste *pudiera* planteársenos, y cómo primero debíamos experimentar en cuerpo y alma los más múltiples y contradictorios apremios y venturas, como aventureros y circunnavegantes de ese mundo interno que se llama “hombre”, como medidores de todo lo “superior” y “superpuesto” que se llama igualmente “hombre”, lanzándonos en todas direcciones, casi sin miedo, sin desdeñar nada, sin perderse nada, saboreándolo todo, depurándolo de lo contingente y, por así decir, cribándolo, hasta que finalmente pudiéramos decir nosotros espíritus libres: “¡He aquí un problema *nuevo*! ¡He aquí una larga escalera en cuyos peldaños nosotros mismos nos hemos sentado y por ellos ascendido, que nosotros mismos hemos *sido* alguna vez! ¡He aquí algo más elevado, algo más profundo, algo por debajo de nosotros, un orden de inmensas dimensiones, una jerarquía que *vemos*: he aquí *nuestro* problema!”»

8

Ningún psicólogo ni adivino dudará ni por un momento a qué lugar de la evolución que acabo de describir le corresponde (o en cuál está *situado*) el presente libro. ¿Pero dónde hay hoy psicólogos? En Francia, por supuesto; quizás en Rusia; desde luego, no en Alemania. No faltan razones para que los alemanes de la hora presente puedan tomar esto incluso como un honor: ¡tanto peor para quien en este punto sea por índole y designio antialemán! Este libro *alemán*, que ha sabido encontrar sus lectores en un vasto círculo de países y pueblos –hace unos diez años que está en circulación– y que debe de entender de alguna música o arte flautístico que incluso a los recalitrantes oídos extranjeros induce a la escucha, este libro es precisamente en Alemania donde ha sido leído más negligentemente, donde peor ha sido *oído*. ¿A qué se debe esto? “Exige demasiado”, se me ha respondido, “se dirige a hombres sin el apremio de groseros deberes, requiere sentidos delicados y refinados, precisa abundancia, abundancia de tiempo, de claridad

de cielo y de corazón, de *otium*⁸ en el sentido más audaz: sin excepción buenas cosas que nosotros alemanes de hoy no tenemos y por tanto tampoco podemos dar". Tras una respuesta tan amable, mi filosofía me aconseja callar y no hacer más preguntas; máxime si, como dice el proverbio, en ciertos casos uno sólo *sigue siendo* filósofo si calla⁹.

Niza, primavera de 1886

⁸ «Ocio». En el sentido en que lo emplea el poeta latino nacido en Verona, Cayo Valerio Catulo (ca. 87-ca. 54 a. C.), significa un vicio o el estado de tedio.

⁹ Referencia al dístico medieval: «o si tacuisses / Philosophus mansisses» (Boecio, *De consolatio-ne philosophiae*, II, 7). Anicius Manlius Severinus Boetius (480-525): filósofo y político latino.

PRIMERA PARTE

DE LAS COSAS PRIMERAS Y ÚLTIMAS'

1²

Química de los conceptos y sentimientos. Los problemas filosóficos adoptan ahora de nuevo en casi todos los respectos la misma forma de pregunta de hace dos mil años: ¿Cómo puede algo nacer de su contrario, por ejemplo, lo racional de lo irracional, lo sensible de lo muerto, la lógica de la ilógica, la contemplación desinteresada del querer ávido, el altruismo del egoísmo, la verdad de los errores? Hasta ahora la filosofía metafísica soslayaba esta dificultad negando que lo uno naciese de lo otro y suponiéndoles a las cosas valoradas como superiores un origen milagroso, inmediatamente a partir del núcleo y la esencia de la «cosa en sí»³. Por contra, la filosofía histórica, que en absoluto puede ya pensarse separada de la ciencia natural, el más joven de todos los métodos filosóficos, ha constatado en casos particulares (y esta será presumiblemente en todos su conclusión) que no se trata de contrarios, salvo en la habitual exageración de la concepción popular o metafísica, y que a la base de esta contraposición hay un error de la razón: según su explicación, no hay, en rigor, ni una conducta altruista ni una contemplación completamente desinteresada: ambas cosas no son más que sublimaciones en las que el elemento fundamental aparece casi volatilizado y sólo a la más sutil observación le es factible todavía comprobar su existencia. Todo lo que necesitamos y

¹ Alusión a la escatología.

² *Ep*: «Lo que hasta ahora nos ha venido faltando es la química del mundo moral, estético, religioso. También aquí las cosas más preciosas se extraen de otras viles y menospreciadas. Cómo puede lo racional nacer de lo irracional, la lógica de la ilógica, la contemplación desinteresada de la ávida, el altruismo del egoísmo, la verdad de los errores; ése es el problema de la generación a partir de los contrarios. Estrictamente hablando, no hay ninguna oposición, sino sólo una sublimación (algo habitualmente sustraído).»

³ En la *Crítica de la razón pura* (1781) de Kant, la cosa en sí se define como lo existente que existe en «esencia», independientemente de nuestro conocimiento, el cual parte de su existencia fenoménica (vid. X parte). Emmanuel Kant (1724-1802): filósofo alemán.

que sólo gracias al nivel actual de las ciencias particulares puede sernos dado, es una *química* de las representaciones y los sentimientos morales, religiosos, estéticos, lo mismo que de todas esas emociones que vivenciamos en nosotros en el grande o pequeño trajín de la cultura y de la sociedad, e incluso en soledad: ¿y qué si esta química llevara a la conclusión de que también en este ámbito los colores dominantes se logran a partir de materiales viles, incluso menospreciados? ¿Tendrán muchos ganas de proseguir tales investigaciones? A la humanidad le gusta desentenderse de las cuestiones sobre origen y comienzos: ¿no debe estar uno casi deshumanizado para sentir en sí la propensión opuesta?

2⁴

Pecado original de los filósofos. Todos los filósofos tienen el defecto común de partir del hombre actual y creer que con un análisis del mismo llegan a la meta. Involuntariamente «el hombre» se les antoja como una *aeterna veritas*⁵, como algo invariable en medio de toda la vorágine, como una medida cierta de las cosas. Pero todo lo que el filósofo dice sobre el hombre no es en el fondo más que un testimonio sobre el hombre de un espacio temporal *muy limitado*. El pecado original de todos los filósofos es la falta de sentido histórico; no pocos toman incluso la configuración más reciente del hombre, tal como ha surgido bajo la impronta de determinadas religiones, aun de determinados acontecimientos políticos, como la forma fija de la que debe partirse. No quieren enterarse de que el hombre ha devenido; mientras que algunos de ellos llegan incluso a derivar el mundo entero de esta facultad cognoscitiva. Ahora bien, todo lo *esencial* de la evolución humana sucedió en tiempos remotos, mucho antes de esos cuatro mil años que nosotros más o menos conocemos; en éstos el hombre no puede haber cambiado mucho. Pero entonces el filósofo percibe en el hombre actual «instintos» y supone que éstos forman parte de los datos inalterables del hombre y pueden, por tanto, ofrecer una clave para la comprensión del mundo en general⁶; toda la teleología está construida sobre el hecho de que se habla del hombre de los últimos cuatro milenios como de un hombre *eterno* al que todas las cosas del mundo están naturalmente orientadas desde un principio. Pero todo ha devenido; no hay *datos eternos*, lo mismo que no hay verdades absolutas. Por eso de ahora en adelante es necesario el *filosofar histórico* y con éste la virtud de la modestia.

3

Estimación de las verdades inaparentes. El distintivo de una cultura superior es la estimación de las pequeñas verdades inaparentes, halladas con método riguroso, por encima de los errores benignos y deslumbrantes que proceden de épocas y hombres metafísicos y artísticos. A las primeras se las recibe con el escarnio en los labios, como si aquí no pudiese haber en absoluto igualdad de derechos entre unas y otras: se muestran tan modestas, sobrias, frugales, incluso aparentemente humildes, como los segundos bellos, brillantes, embriagadores, incluso quizá beatíficos. Pero lo conquistado con esfuerzo, cierto, duradero y por tanto

⁴ Cf. 23 [19].

⁵ «Verdad eterna».

⁶ y supone! *Md* tachado por Nietzsche antes de entregarlo a la imprenta: «y extrae de ellos conclusiones sobre la esencia del mundo (como Schopenhauer).»

rico todavía en consecuencias para todo conocimiento ulterior, es no obstante lo superior, atenerse a lo cual es viril y denota audacia, sobriedad, templanza. Poco a poco, no sólo el individuo, sino toda la humanidad será elevada a esta virilidad cuando finalmente se habitúe a la estimación superior de los conocimientos sólidos, duraderos, y haya perdido toda fe en la inspiración y en la comunicación de verdades como por milagro. Los cultores de las *formas*⁷, por supuesto, con su criterio de lo bello y lo sublime, tendrán al principio buenas razones para mofarse tan pronto como la estimación de las verdades inaparentes y el espíritu científico comiencen a predominar; pero sólo porque sus ojos no se han abierto todavía al encanto de la forma *más sobria* o porque los hombres educados en ese espíritu no están aún ni con mucho completa e íntimamente penetrados por el mismo, de modo que nunca hacen sino remedar inadvertidamente viejas formas (y esto bastante mal, como hace cualquiera a quien no le va mucho en una cosa). Antaño el espíritu no era requerido por el pensamiento riguroso, pues su seriedad radicaba en la enhebración de símbolos y formas. Esto ha cambiado: aquella seriedad de lo simbólico se ha convertido en signo característico de la cultura inferior; así como nuestras artes devienen cada vez más intelectuales, nuestros sentidos más espirituales, y así como, por ejemplo, ahora se juzga lo sensiblemente eufónico de modo enteramente diferente a hace cien años, así también devienen las formas de nuestra vida cada vez *más espirituales*, acaso *más feas* a los ojos de épocas pasadas, pero sólo porque éstos no pueden ver cómo el reino de la belleza interna, espiritual, va progresivamente profundizándose y ensanchándose, y hasta qué punto para todos nosotros puede ahora tener más valor la mirada en que destella el espíritu que la más bella estructura o el edificio más sublime.

4

Astrología y afines. Es verosímil que los objetos del sentimiento religioso, moral y estético no pertenezcan igualmente más que a la superficie de las cosas, mientras que el hombre propende a creer que aquí al menos toca el corazón del mundo; se ilusiona por lo profundamente feliz y lo profundamente desdichado que esas cosas le hacen, y así muestra aquí la misma soberbia que en la astrología. Pues ésta cree que el cielo estrellado gira en función de la suerte del hombre; pero el hombre moral supone que lo que esencialmente le ocupa el corazón debe ser también la esencia y el corazón de las cosas.

5

Mala comprensión del sueño. En las épocas de cultura rudimentaria y primitiva el hombre creía que en el sueño conocía un *segundo mundo real*; este es el origen de toda metafísica. Sin el sueño no se habría hallado ningún pretexto para la escisión del mundo. También la escisión en alma y cuerpo guarda relación con la más antigua concepción del sueño, así como la hipótesis de una pseudocorporeidad del alma⁸, esto es, el origen de toda creencia en espíritus, y probablemente también de la creencia en dioses. «El muerto sigue con vida, *pues* se le aparece al vivo en sueños»: así se razonaba antaño, a lo largo de muchos milenios.

⁷ Esto es, los artistas y estetas en cuanto opuestos a los científicos.

⁸ *Seelenscheinleib*. Neologismo nietzscheano.

6

El espíritu de la ciencia, poderoso en la parte, no en el todo. Los ámbitos de la ciencia *menores* y separados son tratados de manera puramente pegada a los hechos; por el contrario, las grandes ciencias generales, consideradas como un todo, ponen en los labios la pregunta —una pregunta por cierto muy poco pegada a los hechos—: ¿para qué?, ¿con qué provecho? Debido a esta consideración del provecho, son tratadas menos impersonalmente como un todo que en sus partes. Ahora bien, en la filosofía, en cuanto que en la cima de toda la pirámide del saber, se plantea involuntariamente la pregunta por el provecho del conocimiento en general, y toda filosofía tiene inconscientemente el propósito de atribuirle el *máximo* provecho. Por eso en todas las filosofías hay tanta metafísica de alto vuelo y un tal recato ante las soluciones aparentemente insignificantes de la física; pues la significación del conocimiento para la vida *debe* aparecer tan grande como sea posible. Aquí radica el antagonismo entre los ámbitos científicos particulares y la filosofía. Esta quiere lo que quiere el arte: darles a la vida y a la conducta la profundidad y el significado mayores que sea posible; en aquéllos se busca el conocimiento y nada más, resulte de ello lo que quiera. Hasta ahora no ha habido todavía ningún filósofo entre cuyas manos la filosofía no se haya convertido en una apología del conocimiento; todos ellos son optimistas al menos en este punto de que debe atribuírsele la máxima utilidad. Todos ellos son tiranizados por la lógica: y ésta es, según su esencia, optimismo.

7

El aguafiestas de la ciencia. La filosofía se escindió de la ciencia cuando planteó la pregunta: ¿cuál es aquel conocimiento del mundo y de la vida con que el hombre vive más feliz? Esto tuvo lugar en las escuelas socráticas: con el punto de vista de la *felicidad* se le ligaron las venas a la investigación científica, y aún hoy se hace esto.

8

Explicación neumática de la naturaleza. La metafísica explica la escritura de la naturaleza por así decir *pneumáticamente*⁹, tal como antaño hacían la Iglesia y sus doctores con la Biblia. Requiere mucha inteligencia para aplicarle a la naturaleza la misma clase de rigurosa exégesis que los filósofos han establecido ahora para todos los libros, con el propósito de entender, simplemente, lo que el texto quiere decir, pero no husmear, ni siquiera suponer, un *doble* sentido. Pero, así como por lo que a los libros se refiere la mala exégesis de ningún modo está completamente superada y aun en la sociedad más culta uno se tropieza de continuo con restos de interpretación alegórica y mística, lo mismo sucede con respecto a la naturaleza, y mucho peor aún.

9

Mundo metafísico. Es verdad que podría haber un mundo metafísico; su posibilidad absoluta difícilmente puede combatirse. Consideramos todas las cosas

⁹ La pneumática o pneumatología es la ciencia de los espíritus y seres espirituales.

con la cabeza humana y no podemos cortar esta cabeza; sigue sin embargo en pie la pregunta de qué quedaría del mundo si se la seccionase. Es este un problema puramente científico y no muy apropiado para preocupar a los hombres; pero todo lo que hasta ahora les ha hecho las hipótesis científicas *valiosas, terribles, placenteras*, lo que las ha creado, es pasión, error y autoengaño; son los peores de todos los métodos de conocimiento, no los mejores, los que han enseñado a creer en ellas. Una vez que se han denunciado estos métodos como el fundamento de todas las religiones y metafísicas existentes, se las ha refutado. No queda entonces más que aquella posibilidad; pero absolutamente nada puede comenzarse con ella, y mucho menos puede hacerse depender felicidad, salud y vida de las hebras de una tal posibilidad. Pues absolutamente nada podría predicarse del mundo metafísico, sino que es absolutamente otra cosa, otra cosa para nosotros inaccesible, incomprensible; sería algo con propiedades negativas. Si la existencia de un mundo tal estuviese tan bien probada, se establecería entonces, sin embargo, que precisamente su conocimiento sería el más indiferente de todos: más indiferente todavía que para el navegante acosado por la tempestad debe serlo el conocimiento del análisis químico del agua.

10

Inocuidad de la metafísica en el futuro. Tan pronto como la religión, el arte y la moral son descritos en su nacimiento de tal modo que cabe explicárselos completamente sin acudir a la hipótesis de *cuñas metafísicas* al comienzo y en el curso del trayecto, cesa el acentuadísimo interés por el problema puramente teórico de la «cosa en sí» y del «fenómeno»¹⁰. Pues, sea lo que sea de esto, con la religión, el arte y la moral no tocamos la «esencia del mundo en sí»; estamos en el dominio de la representación y ningún «harrunto» puede llevarnos más allá¹¹. Con toda tranquilidad se abandonará a la fisiología y a la historia de la evolución de los organismos y conceptos la pregunta por cómo puede nuestra imagen del mundo diferenciarse tan nítidamente de la esencia elucidada del mundo.

11¹²

El lenguaje como presunta ciencia. La importancia del lenguaje para el desarrollo de la cultura radica en el hecho de que en él el hombre puso un mundo propio junto al otro, un lugar que consideraba tan firme como para a partir de ahí levantar sobre sus goznes el resto del mundo y adueñarse del mismo. Como durante largos lapsos de tiempo el hombre ha creído en los conceptos y nombres de las cosas como en *aeternae veritates*¹³, ha hecho suyo ese orgullo con que se elevaba por encima del animal: suponía tener efectivamente en el lenguaje el conocimiento del mundo¹⁴. El artífice del lenguaje no era tan modesto que creyera que él no les daba a las cosas precisamente más que designaciones, sino que más bien se figuraba expresar con las palabras el saber supremo sobre las cosas; el lenguaje es en

¹⁰ Vid. nota 3 supra.

¹¹ Alusión a Schopenhauer.

¹² *Ep*: «El hombre artífice del lenguaje no creía estar dando nombres a las cosas, sino enunciando el conocimiento cabal sobre éstas: ésa fue la primera etapa de la comunicación científica.»

¹³ «Verdades eternas».

¹⁴ Cf. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873).

realidad el primer peldaño en el esfuerzo por la ciencia. También aquí es de la *fe en la verdad hallada* de donde manaron los manantiales de fuerza más poderosos. Es mucho después –tan sólo ahora– cuando se dan cuenta los hombres de que con su fe en el lenguaje han propagado un tremendo error. Afortunadamente es demasiado tarde para que esto dé marcha atrás al desarrollo de la razón que estriba en esa fe. También la *lógica* estriba en presupuestos a los que nada corresponde en el mundo real, por ejemplo, en el presupuesto de la igualdad de las cosas, de la identidad de la misma cosa en distintos puntos del tiempo; pero esa ciencia nació de la creencia opuesta (la de que en efecto en el mundo real hay semejantes cosas). Lo mismo sucede con las *matemáticas*, que a buen seguro no habrían nacido si desde un principio se hubiese sabido que en la naturaleza no hay ninguna línea exactamente recta, ningún círculo verdadero, ninguna medida de tamaño absoluta.

12

Sueño y cultura. La función cerebral más afectada por el sueño es la memoria: no es que se paralice por completo, pero se ve reducida a un estado de imperfección como el que en tiempos arcaicos de la humanidad puede haber habido en todos de día y en vigilia. Arbitraria y confusa como es, constantemente confunde las cosas en base a las más efímeras analogías; pero con el mismo arbitrio y confusión compusieron los pueblos sus mitologías, y aún ahora suelen los viajeros observar la propensión salvaje al olvido, cómo su espíritu, tras breve tensión de la memoria, empieza a vacilar y, por mera relajación, produce la mentira y el absurdo. Pero todos nosotros nos parecemos en el sueño a este salvaje; el reconocimiento deficiente y la equiparación errónea son la causa del mal razonamiento del que en el sueño nos hacemos culpables: de modo que, cuando un sueño se nos presenta claramente, nos espantamos de nosotros mismos por albergar en nosotros tanto disparate. La perfecta nitidez de todas las representaciones oníricas, que tiene como presupuesto la creencia incondicional en su realidad, nos recuerda a su vez estados de la humanidad primitiva en que la alucinación era extraordinariamente frecuente y a veces hacía presa simultáneamente en comunidades enteras, en pueblos enteros. De modo que al dormir y en el sueño recapitulamos la humanidad anterior¹⁵.

13¹⁶

Lógica del sueño. Cuando dormimos, múltiples estímulos internos mantienen nuestro sistema nervioso en un constante estado de excitación, casi todos los

¹⁵ En *La interpretación de los sueños*, cap. VII, sec. B, adición de 1918 (ed. cast., *Obras completas*, trad. José Luis López-Ballesteros y de Torres, ed. Biblioteca Nueva, II, pág. 679), escribe Freud: «Sospechamos ya cuán acertada es la opinión de Nietzsche de que "el sueño continúa un estado primitivo de la Humanidad, al que apenas podemos llegar por un camino directo", y esperamos que el análisis de los sueños nos conduzca al conocimiento de la herencia arcaica del hombre y nos permita descubrir en él lo anímicamente innato.» Sigmund Freud (1856-1936): Neurólogo y psiquiatra austriaco, fundador del psicoanálisis.

¹⁶ Cf. 21 [38] y 22 [62].

órganos secretan y se ponen en actividad por separado, la sangre circula impetuosamente, la posición del durmiente comprime ciertos miembros, la ropa de cama influye de diversos modos sobre la sensibilidad, el estómago digiere y agita con sus movimientos otros órganos, los intestinos se retuercen, la postura de la cabeza trae consigo posiciones musculares insólitas, los pies, descalzos, al no pisar el suelo con las plantas, causan la sensación de lo insólito tanto como la distinta indumentaria de todo el cuerpo; todo esto, según su cambio y grado diario, excita por su extraordinariedad todo el sistema, incluida la función cerebral. Y hay casi cien motivos para que el espíritu se asombre y busque *razones* a esta excitación. Pero el sueño es la *búsqueda y representación de las causas* de esas sensaciones suscitadas, es decir, de las presuntas causas. Quien, por ejemplo, se ciña los pies con dos correas acaso sueña que dos serpientes se enroscan en sus pies: esto es primero una hipótesis, luego una creencia acompañada de una representación y una invención figurativas: «Estas serpientes deben de ser la causa de esa sensación que yo, el durmiente, tengo», así juzga el espíritu del durmiente. La fantasía excitada convierte en presente el pasado próximo así elucidado¹⁷. Todo el mundo sabe así por experiencia con qué rapidez el soñador incorpora a su sueño un fuerte sonido que le llegue, por ejemplo, campanadas, cañonazos, es decir, los explica a partir de aquél *bacia atrás*, de modo que *crea* vivenciar primero las circunstancias ocasionales y luego ese sonido¹⁸. Pero, ¿cómo es que el espíritu del soñador siempre yerra así, mientras que el mismo espíritu despierto suele ser tan frugal, cauteloso y, en cuanto a hipótesis, tan escéptico? ¿De modo que la primera hipótesis de explicación de una sensación le basta para creer al punto en su verdad (pues durante el sueño creemos en el sueño como si fuese realidad, es decir, tenemos nuestra hipótesis por completamente demostrada)? Yo creo que actualmente el hombre razona todavía en sueños como hace varios milenios razonaba la humanidad *también durante la vigilia*: la primera causa que se le ocurría al espíritu para explicar algo que hubiera menester explicación, le bastaba y pasaba por verdad¹⁹. (Así proceden aún hoy los salvajes, según los relatos de los viajeros.) En el sueño sigue operando en nosotros esa arcaica porción de humanidad, pues constituye los cimientos sobre los que se desarrolló y en cada hombre todavía se desarrolla la razón superior: el sueño nos devuelve de nuevo a remotos estadios de la cultura humana y pone a nuestra disposición un medio para entenderla mejor. Pensar durante el sueño nos es hoy tan fácil por lo bien que durante inmensos periodos del desarrollo de la humanidad hemos sido adiestrados precisamente en esta forma de explicación fantástica y barata a partir de la primera ocurrencia a discreción. En tal medida es el sueño un desahogo para el cerebro, el cual de día tiene que satisfacer las estrictas exigencias que la cultura superior le impone al pensamiento. Existe un fenómeno análogo, auténtico pórtico y antecámara del sueño, que podemos todavía observar con la mente despierta. Cuando cerramos los ojos,

¹⁷ La fantasía] *Pr*: «Los sueños son *causae post effectum* [causas posteriores al efecto], y ciertamente *causae* erróneamente supuestas.»

¹⁸ Cf. *La interpretación de los sueños*, ed. cit., págs. 361-74.

¹⁹ Yo creo] *Ep*: «Una hipótesis basta: Dios como verdad. El hombre razona en el sueño como quizá la humanidad ha razonado durante muchos milenios.»

el cerebro produce una gran cantidad de impresiones luminosas y colores, probablemente como una especie de resonancia y eco de todas aquellas luces que le llegan de día. Pero, ahora bien, estos juegos cromáticos en sí informes, el entendimiento (con la cooperación de la fantasía) los elabora al punto en determinadas figuras, formas, paisajes, grupos animados. El proceso que propiamente hablando se produce aquí es a su vez una especie de silogismo del efecto a la causa, pues el espíritu pregunta de dónde proceden estas impresiones lumínicas y colores; supone como causas esas figuras y formas; para él son las ocasionantes de esos colores y luces, pues de día, con los ojos abiertos, está acostumbrado a hallar para cada color, para cada impresión lumínica, una causa ocasionante. También aquí provee constantemente de imágenes la fantasía, pues ésta las adosa en su producción a las impresiones visuales del día, y así precisamente opera la fantasía onírica; esto significa que la presunta causa se deduce del efecto y es representada *después* del efecto, todo ello con extraordinaria rapidez, de modo que aquí, como ante un prestidigitador, puede nacer una confusión del juicio e interpretarse una sucesión como algo simultáneo e incluso como una sucesión inversa. De esos fenómenos podemos inferir cuán *tardíamente* se ha desarrollado el pensamiento lógico más incisivo, el discernimiento riguroso de causa y efecto, cuando *todavía ahora* nuestras funciones racionales e intelectivas recurren involuntariamente a esas formas primitivas de razonamiento y nos pasamos aproximadamente la mitad de nuestra vida en este estado. También el poeta, el artista, *imputa* sus humores y estados a causas que de ningún modo son las verdaderas; en esto recuerda y puede ayudarnos a comprender la humanidad antigua.

14

Resonancia simpática. Todas las vibraciones ²⁰ de cierta intensidad comportan una resonancia de sensaciones y humores ²¹ afines; revuelven, por así decir, la memoria. Hacen que algo en nosotros recuerde y se haga consciente de estos estados similares y de su origen. Fórmanse así rápidas asociaciones habituales de sentimientos y pensamientos, las cuales finalmente, cuando se suceden con la rapidez del rayo, ni siquiera son ya percibidas como complejos, sino como *unidades*. En este sentido se habla del sentimiento moral, del sentimiento religioso, como si fuesen unidades sin más, cuando en verdad son ríos con cien manantiales y afluentes. También aquí, como tantas veces ocurre, la unidad de la palabra no garantiza para nada la unidad de la cosa.

15

En el mundo no hay ni dentro ni fuera. Así como Demócrito ²² trasplantó los conceptos de arriba y abajo al espacio infinito, donde no tienen sentido, así los

²⁰ Nietzsche juega aquí con el significado de *Stimmung* en un contexto musical, traducible por «afinación», «templadura».

²¹ *Stimmungen*.

²² Demócrito (ca. 460-ca. 370 a. C.): filósofo griego, uno de los últimos filósofos «presocráticos».

filósofos en general²³ trasplantan el concepto de «dentro y fuera» a la esencia y la apariencia del mundo: creen que con sentimientos profundos se profundiza en lo interno, se aproxima uno al corazón de la naturaleza. Pero estos sentimientos sólo son profundos en la medida en que con ellos, apenas perceptiblemente, se estimulan regularmente ciertos complejos grupos de pensamientos que llamamos profundos: un sentimiento es profundo porque tenemos por profundo el pensamiento acompañante. Pero el pensamiento profundo puede sin embargo estar muy lejos de la verdad, como por ejemplo todo pensamiento metafísico: si del sentimiento profundo se descuentan los elementos de pensamiento mezclados con él, queda el sentimiento *intenso*, y éste no garantiza respecto al conocimiento nada más que a sí mismo, tal como la fe intensa no prueba más que su intensidad, no la verdad de lo creído.

16²⁴

Fenómeno y cosa en sí. Los filósofos suelen situarse ante la vida y la experiencia —lo que llaman el mundo del fenómeno— como ante un cuadro desplegado de una vez por todas y que mostrase invariablemente la misma escena; esta escena, piensan ellos, debe interpretarse correctamente para así inferir la esencia que ha producido el cuadro, es decir, la cosa en sí, que siempre suele considerarse como la razón suficiente del mundo del fenómeno²⁵. En cambio, lógicos más rigurosos²⁶, tras haber definido nítidamente el concepto de lo metafísico como el de lo incondicionado, y por ende incondicionante, han puesto en tela de juicio toda conexión entre lo incondicionado (el mundo metafísico) y el mundo que nos es conocido, de modo que en el fenómeno *no* aparece de ningún modo la cosa en sí y ha de impugnarse toda inferencia de ésta a partir de aquél²⁷. Pero ambos bandos pasan por alto la posibilidad de que ese cuadro —lo que vida y experiencia significan ahora para nosotros hombres— haya *devenido* paulatinamente, más aún, de que todavía esté completamente en el *devenir* y, por tanto, no deba ser considerado como dimensión fija a partir de la cual cupiera hacer o siquiera impugnar una inferencia sobre el autor (la razón suficiente). Porque desde hace milenios hemos mirado el mundo con pretensiones morales, estéticas, religiosas, con ciega inclinación, pasión o temor, y nos hemos abandonado a los vicios del pensamiento ilógico, ha *devenido* poco a poco este mundo tan maravillosamente abigarrado, terrible, profundo en significado, lleno de alma; ha recibido colores, pero nosotros hemos sido los coloristas: el intelecto humano ha

²³ Los filósofos en general]. En *Ma: «Schopenhauer»*.

²⁴ Cf. 22 [33] y 23 [125].

²⁵ El principio de razón suficiente es el principio ontológico según el cual todo lo que existe, toda realidad objetiva, tiene una razón de ser, todo acontecimiento una causa (vid. *Crítica de la razón pura*, A201, A786, B246, B811). El mundo metafísico se convierte por tanto en la explicación de la existencia del mundo fenoménico. En su primer ensayo, *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente* (1813), Schopenhauer analizó la historia y justificación de ese principio (ed. cast., trad. Leopoldo-Eulogio Palacios, Gredos 1981).

²⁶ Alusión a Afrikan Spir. Vid. infra nota 30 a par. 18.

²⁷ Alusión a Kant.

213218

hecho que el fenómeno apareciese e introducido sus erróneas concepciones del fundamento en las cosas. Tarde, muy tarde, recapacita; y ahora el mundo de la experiencia y la cosa en sí se le aparecen tan extraordinariamente distintos y separados, que impugna la inferencia de aquél a éste o reclama, de un modo espantosamente misterioso, la *renuncia* de nuestro intelecto, de nuestra voluntad personal, para, *deviniendo esencial*, llegar a lo esencial. Otros en cambio han recogido todos los rasgos característicos de nuestro mundo del fenómeno —es decir, de la representación del mundo urdida a base de errores intelectuales y transmitida a nosotros por herencia— y, *en vez de denunciar al intelecto como culpable*, han inculcado a la esencia de las cosas como causa de este carácter efectivo, muy inquietante, del mundo, y predicado la absolución del Ser²⁸. Con todas estas concepciones se rematará de modo definitivo el proceso continuo y arduo de la ciencia, que un día celebra por fin su triunfo supremo en una *historia de la génesis del pensamiento* cuyo resultado acaso pudiera resumirse en esta tesis: lo que ahora llamamos el mundo es el resultado de una multitud de errores y fantasías que fueron paulatinamente naciendo en la evolución global de los seres orgánicos, concrescieron y ahora heredamos nosotros como tesoro acumulado de todo el pasado; como tesoro, pues en él estriba el *valor* de nuestra humanidad. De este mundo de la representación la ciencia exacta no puede de hecho desligarnos —aunque esto tampoco sea en absoluto deseable— sino en pequeña medida, por cuanto no puede quebrar esencialmente el yugo de hábitos ancestrales de la sensación; pero sí puede, muy paulatinamente y paso a paso, ir aclarando la historia de la génesis de ese mundo como representación, y a nosotros elevarnos, momentáneamente al menos, por encima de todo el proceso. Quizá reconozcamos entonces que la cosa en sí merece una risotada homérica²⁹: que tanto, aun todo, que *parecía*, y, propiamente hablando, está vacía, a saber, vacía de significado.

17

Explicaciones metafísicas. El joven estima las explicaciones metafísicas porque le muestran algo en extremo cargado de significado en cosas que encontraba desagradables o despreciables; y si está descontento consigo, alivia este sentimiento cuando reconoce el más interno enigma o miseria del mundo en lo que tanto desaprueba en sí. Sentirse menos responsable y al mismo tiempo encontrar más interesantes las cosas, esto constituye para él el doble beneficio que debe a la metafísica. Más tarde llega por cierto a desconfiar de toda clase de explicación metafísica, y entonces quizá se da cuenta de que esos efectos pueden alcanzarse no peor y sí más científicamente por otra vía; que las explicaciones físicas e históricas conducen, cuando menos en idéntico grado, a ese sentimiento de irresponsabilidad, y que con ello se inflama más aún ese interés por la vida y sus problemas.

²⁸ Alusión a Schopenhauer.

²⁹ Cf. *Ilíada*, I, 599 (ed. cast.: trad. Fernando Gutiérrez, Planeta 1980, pág. 22), u *Odisea*, VII, 326, y XX, 436 (ed. cast.: trad. José Alsina; idem., págs. 112 y 334). Homero (s. IX a. C.): poeta mítico a quien se atribuye la autoría de los primeros monumentos de la literatura griega.

Cuestiones fundamentales de la metafísica. Una vez que se haya escrito la historia de la génesis del pensamiento, también se iluminará con una luz nueva la siguiente frase de un distinguido lógico: «La originaria ley general del sujeto cognoscente consiste en la necesidad interna de reconocer todo objeto en sí, en su propia esencia, como un objeto idéntico a sí mismo, por tanto existente por sí mismo y que en el fondo permanece siempre igual e inmutable; en una palabra, como una sustancia».³⁰ También esta ley, aquí llamada «originaria», es devenida: algún día se demostrará cómo, en los organismos inferiores, nace poco a poco esta tendencia, cómo los torpes ojos de topo de estas organizaciones no son al principio nada más que siempre lo mismo, cómo luego, cuando van haciéndose perceptibles los diferentes estímulos de placer y displacer, van paulatinamente distinguiéndose las diferentes sustancias, pero cada una con un solo atributo, es decir, una única relación con tal organismo. El primer peldaño de lo lógico es el juicio, cuya esencia, según la definición de los mejores lógicos, consiste en la creencia. A toda creencia subyace el *sentimiento de lo agradable o doloroso* respecto al sujeto sentiente. En su forma más rudimentaria, el juicio es una tercera sensación nueva en cuanto resultado de dos sensaciones singulares precedentes³¹. En principio, a nosotros seres orgánicos no nos interesa de cada cosa nada más que su relación con nosotros en lo que a placer y dolor se refiere. Entre los momentos en que cobramos consciencia de esta relación, entre los estados de sensación, los hay de reposo, de privación de sensación: entonces el mundo y todas las cosas carecen para nosotros de interés, no percibimos ningún cambio en ellos (tal como ahora todavía uno muy interesado en algo no se percata de alguien que pasa junto a él). Para las plantas todas las cosas están habitualmente quietas, son eternas, cada cosa igual a sí misma. Del período de los organismos inferiores ha heredado el hombre la creencia en que hay *cosas iguales* (sólo la experiencia cultivada en la más elevada ciencia contradice esta tesis). La creencia originaria de todo organismo al principio es quizá incluso que todo el resto del mundo es uno e inmóvil. Lo más alejado de esa fase primitiva de lo lógico es la noción de *causalidad*: es más, en el fondo aun ahora creemos que todos los sentimientos y accio-

³⁰ Cita de Afrikan Spir, *Denken und Wirklichkeit. Erneuerung der kritischen Philosophie* (Leipzig, 1877, 2 vol. II, pág. 177, BN), que Nietzsche leyó en Basilea el mismo año de la publicación de la primera edición (1873). Cf. *La filosofía en la época trágica de los griegos* (ed. cast.: *Obras completas*, trad. Pablo Simón, Prestigio 1970), vol. I, pág. 519. Afrikan Alexandrovitch Spir (1837-1890): lógico ucraniano, residente durante muchos años en Alemania y Suiza, para quien el conocimiento progresa mediante la eliminación de las contradicciones con que aparecen las cosas.

³¹ A toda creencia.] En los llamados «Papeles de Sorrento» (invierno-1876 a otoño-1877) aparece el siguiente texto tachado por Nietzsche: «Ahora bien, ¿cuáles son las formas más rudimentarias? ¿Aquellas por las que se echa de ver que esa creencia proviene de las sensaciones? Un ser inferiormente organizado tiene una sensación; otra la sigue regularmente, p. ej., cuando ve a alguien ejercer una presión, siente un dolor. En el momento de la presión produce reproductivamente la sensación de dolor; ambas sensaciones se funden, de donde resulta un sentimiento de temor, con sus consecuencias de huida, alejamiento.» rudimentaria] *Ibid.* este texto, corregido por Nietzsche, rezaba: «diferente, es precisamente esta creencia en la relación de una cosa con nosotros en el placer o el dolor: la creencia es "presentimiento" en su [forma] más rudimentaria.»

nes son actos del libre albedrío; cuando el individuo sentiente se considera a sí mismo, tiene toda sensación, toda alteración, por algo *aislado*, es decir, incondicionado, inconexo: surge de nosotros desvinculado de lo anterior y posterior. Tenemos hambre, pero originariamente no pensamos que el organismo quiera ser mantenido, sino que esa sensación parece hacerse valer *sin razón ni fin*, se aísla y se tiene por *arbitraria*. Por tanto, la creencia en la libertad del albedrío es un error originario de todo lo orgánico, tan viejo como existen en él las tendencias a lo lógico; la creencia en sustancias incondicionadas y en cosas iguales es asimismo un error originario, no menos antiguo, de todo lo orgánico. Pero, en la medida en que toda metafísica se ha ocupado primordialmente de la sustancia y de la libertad del albedrío, cabe definirla como la ciencia que trata de los errores fundamentales del hombre, pero como si fuesen verdades fundamentales.

19

El número. El descubrimiento de las leyes de los números hízose sobre la base del error originariamente ya dominante de que había muchas cosas iguales (cuando en realidad no hay nada igual), al menos de que había cosas (cuando no hay ninguna «cosa»). La hipótesis de la pluralidad siempre presupone que hay *algo* que ocurre muchas veces; pero aquí precisamente impera ya el error, pues ya fingimos esencias, unidades, que no hay. Nuestras sensaciones de espacio y tiempo son falsas, pues, consecuentemente examinadas, conducen a contradicciones lógicas. En todas las constataciones científicas siempre contamos inevitablemente con algunas dimensiones falsas; pero, dado que estas dimensiones son al menos *constantes*, como por ejemplo nuestra percepción del espacio y el tiempo, los resultados de la ciencia cobran un rigor y una seguridad perfectos en su conexión recíproca; sobre ellos puede seguir construyéndose, hasta ese límite extremo en que las premisas erróneas, esos errores constantes, entran en contradicción con los resultados, por ejemplo en la teoría atómica. Entonces una y otra vez nos sentimos forzados a la admisión de una «cosa» o «sustrato» material puesto en movimiento, mientras que todo el procedimiento científico se ha entregado precisamente a la tarea de resolver todo lo cósmico (material) en movimiento: también aquí escindimos todavía con nuestra sensación lo motor y lo móvil, y no salimos de este círculo, pues la creencia en cosas está ligada a nuestra esencia desde la antigüedad³². Cuando Kant dice: «el entendimiento no extrae sus leyes de la naturaleza, sino que se las prescribe a ésta»³³, esto es completamente verdadero respecto al *concepto de naturaleza* que estamos obligados a conectar con ella (naturaleza = mundo como representación, es decir, como error), pero que es la suma de una multitud de errores del entendimiento. A un mundo que *no* sea nuestra representación le son enteramente inaplicables las leyes de los números: éstas únicamente valen en el mundo del hombre.

³² En conexión con estos problemas, Nietzsche, además de a Demócrito, menciona también a los filósofos presocráticos griegos Empédocles (s. V a. C.) y Anaxágoras (500-428 a. C.) (cf. *La filosofía en la época trágica de los griegos*, loc. cit., pág. 516.)

³³ Cf. *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir*, par. 36 in fine (ed. cast.: trad. Julián Besteiro, Porrúa 1973, pág. 68).

20³⁴

Algunos peldaños atrás. Un grado ciertamente muy elevado de cultura se alcanza cuando el hombre supera conceptos y temores supersticiosos y religiosos y deja por ejemplo de creer en los angelitos o en el pecado original, habiéndose también desentendido de la salvación de las almas: si está en esta fase de la liberación, aún tiene también que triunfar de la metafísica con supremo esfuerzo de recapitación. Pero *entonces* es necesario un *movimiento regresivo*: en tales representaciones debe comprender la justificación histórica y también la psicológica, debe reconocer cómo el mayor avance de la humanidad procede de ahí y cómo sin tal movimiento regresivo nos privaríamos de los mejores frutos de la humanidad hasta la fecha. Por lo que a la metafísica filosófica se refiere, veo que ahora son cada vez más los llegados a la meta negativa (que toda metafísica positiva es un error), pero pocos todavía los que descienden algunos peldaños; debe en efecto mirarse más allá por encima del último peldaño de la escala, pero no querer quedarse en él. Los más esclarecidos no llegan más que a liberarse de la metafísica y a mirarla por encima del hombro con superioridad, cuando también aquí, como en el hipódromo, es preciso virar al final de la recta.

21

Supuesta victoria del escepticismo. Adóptese por una vez el punto de partida escéptico: puesto que no hubiera ningún otro mundo, metafísico, y que todas las explicaciones del único mundo conocido por nosotros extraídas de la metafísica nos fueran inservibles, ¿con qué ojos miraríamos entonces a hombres y cosas? Uno puede imaginarse esto, y es conveniente, incluso si se descarta la pregunta de si Kant y Schopenhauer han demostrado científicamente algo metafísico. Pues históricamente es muy probable que un día los hombres devengan a este respecto, en conjunto y en general, *escépticos*; se plantea entonces la pregunta: ¿cómo se configurará entonces la sociedad humana bajo el influjo de una tal actitud? Quizá la *prueba científica* de un mundo metafísico cualquiera sea ya tan *difícil* que la humanidad no pueda ya dejar de desconfiar en ella. Y cuando se desconfía de la metafísica, las consecuencias son en definitiva las mismas que si fuera directamente refutada y no se *debiera* ya creer en ella. La cuestión histórica en relación con una actitud antimetafísica de la humanidad resulta la misma en ambos casos.

22

Incredulidad en el «monumentum aere perennius»³⁵. Una desventaja esencial que comporta la desaparición de enfoques metafísicos consiste en que el individuo construye demasiado la mirada a su breve tiempo de vida y no recibe impulsos más fuertes para edificar instituciones duraderas, erigidas para siglos; él

³⁴ *Fp.*: 22 [28].

³⁵ «Monumento más duradero que el bronce», de Horacio, *Odas*, III, 30, 1. Quinto Horacio Flaco (65-8 a. C.): poeta latino.

mismo quiere coger el fruto del árbol que planta, y ya no quiere por tanto plantar esos árboles que requieren un cultivo regular a lo largo de siglos y que están destinados a dar sombra a largas series de generaciones. Pues los enfoques metafísicos producen la creencia de que en ellos se halla el definitivo fundamento último sobre el que en adelante está obligado a asentarse y erigirse todo el futuro de la humanidad; el individuo procura su salvación cuando, por ejemplo, funda una iglesia, un monasterio, cosa, cree él, que se le ahona y recompensa en la supervivencia del alma después de la muerte, que es trabajo por la salvación del alma. ¿Puede la ciencia despertar también tal fe en sus resultados? En realidad ha menester la duda y la desconfianza como fidelísimos aliados; no obstante, con el tiempo la suma de las verdades intangibles, es decir, sobrevivientes a todos los asaltos del escepticismo, a todas las descomposiciones, puede llegar a ser tan grande (por ejemplo, en la dietética de la salud), que se decida cimentar sobre ella obras «eternas»³⁶. Mientras tanto, el *contraste* de nuestra efímera y agitada existencia con el reposo de largo aliento de la época metafísica opera aún demasiado fuertemente, dado que ambas épocas están todavía demasiado próximas; el mismo hombre individual pasa hoy en día por demasiadas evoluciones internas y externas como para que ni siquiera ose instalarse duraderamente y de una vez por todas en su propio tiempo de vida³⁷. Un hombre enteramente moderno que, por ejemplo, quiere construirse una casa, tiene una sensación como si fuera a emparedarse vivo en un mausoleo.

23³⁸

Epoca de la comparación. Cuanto menos atados están los hombres a la tradición, tanto mayor es el movimiento de los motivos, tanto mayor es, correspondientemente, la inquietud externa, el entrecruzamiento de los hombres, la polifonía de los afanes. ¿Para quién hay en general todavía una obligación estricta de encadenarse a sí y a su descendencia a un lugar? ¿Para quién hay en general todavía algo estrictamente vinculante? Así como se reproducen toda clase de estilos artísticos unos junto a otros, así también todos los grados y clases de moralidad, de costumbres, de culturas. Una tal época recibe su significado del hecho de que en ella pueden compararse y vivirse unas junto a otras las distintas concepciones del mundo, costumbres, culturas; lo cual antaño, dado el dominio siempre localizado de cada cultura, no era posible, debido a la vinculación de todos los estilos artísticos a un lugar y a una época. Ahora un incremento del sentimiento estético decidirá definitivamente entre tantas formas como se ofrecen a la comparación: dejará que la mayoría —a saber, las que él rechaza— perezcan. Igualmente se produce ahora una selección en las formas y hábitos de la eticidad superior, cuya meta no puede ser otra que la eliminación de las eticidades inferiores. ¡Es la época de la comparación! Este es su orgullo, pero, para ser

³⁶ *Id.* añadía aquí este paréntesis luego tachado por Nietzsche: «(por ejemplo, mediante la profilaxis contra ciertas enfermedades en todo el orbe)».

³⁷ *Id.*: «Esta desconfianza, esta inquietud saltan a la vista en la arquitectura, en la indumentaria.»

³⁸ Cf. 23 [85].

justos, también su desgracia. ¡No temamos esta desgracia! Queramos más bien entender tan generosamente como podamos la tarea que nos fija la época: por ello nos bendecirá la posteridad, una posteridad que se sabe por encima tanto de las cerradas culturas populares originales como de la cultura de la comparación, pero que vuelve agradecida la vista atrás hacia ambas clases de cultura como hacia venerables antigüedades.

24

Posibilidad del progreso. Cuando un erudito en la cultura antigua jura no tratar más con hombres que crean en el progreso, tiene razón. Pues la cultura antigua tiene su grandeza y hondad a sus espaldas, y la formación histórica le obliga a uno a admitir que jamás puede recobrar su frescura; hace falta una estupidez inaguantable o un fanatismo no menos insufrible para negar esto. Pero los hombres pueden decidir conscientemente seguir desarrollándose hacia una nueva cultura, mientras que antes se desarrollaban inconsciente y contingentemente: ahora pueden crear mejores condiciones para el nacimiento de las personas, su alimentación, educación, instrucción, administrar económicamente la tierra en su globalidad, sopesar y engastar entre sí las fuerzas de los hombres en general. Esta nueva cultura consciente mata a la antigua, que, contemplada en su conjunto, ha conducido a una vida inconsciente de animal y planta; mata también la desconfianza hacia el progreso; éste es *posible*. Quiero decir: es precipitado y casi sin sentido creer que el progreso debe tener lugar *necesariamente*; pero ¿cómo podría negarse que es posible? No es en cambio ni siquiera pensable un progreso en el sentido y por el camino de la cultura antigua. Aunque el fantaseo romántico aplica constantemente la palabra «progreso» a sus metas (por ejemplo, cerradas culturas populares originales), en todo caso toma prestada la imagen del pasado: su pensamiento y su representación carecen de toda originalidad en este dominio.

25³⁹

Moral privada y moral universal. Desde que se ha extinguido la creencia en que un dios rige los destinos del mundo a gran escala y, pese a todas las curvas que aparecen en la senda de la humanidad, los conduce con autoridad a feliz término, los hombres deben proponerse a sí mismos fines ecuménicos que abarquen toda la tierra. La vieja moral, sobre todo la de Kant, exige del individuo los actos que se deseen de todos los hombres⁴⁰; hermosa ingenuidad era ésa; como si cada cual supiera sin más qué conducta beneficia al conjunto de la humanidad, qué actos en general son por tanto deseables; es ésta una teoría como la del libre cambio, que presupone que la armonía general debe resultar

³⁹ Cf. 22 [5]; 23 [154]

⁴⁰ Alusión al imperativo categórico formulado por Kant en la *Crítica de la razón práctica* (1788), lib. I, cap. I, par. 7: «Obra de tal modo, que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, al mismo tiempo, como principio de una legislación universal» (ed. cast.: trad. Francisco Larroyo, Porrúa 1977, pág. 112). Vid. II parte, nota 70.

por sí misma según leyes de perfeccionamiento innatas. Quizá una futura visión panorámica de las necesidades de la humanidad haga que aparezca como no deseable en absoluto que todos los hombres actúen igual; en interés de metas ecuménicas más bien cabría proponer para porciones enteras de la humanidad tareas especiales, quizá, bajo ciertas circunstancias, incluso malas. En todo caso, si la humanidad no debe arruinarse con un tal gobierno consciente de conjunto, debe antes adquirirse, como pauta científica de las metas ecuménicas, un *conocimiento de las condiciones de la cultura* superior a todos los grados hasta aquí alcanzados. En esto consiste la inmensa tarea de los grandes espíritus del siglo que viene.

26⁴¹

La reacción como progreso. Aparecen de vez en cuando espíritus rudos, violentos y arrebatadores, pero no obstante atrasados, que una vez más conjuran una fase pasada de la humanidad: sirven de prueba de que las nuevas orientaciones contra las que operan no son aún lo bastante fuertes, de que les falta algo: si no, harían mejor oposición a esos conjuradores. Así la Reforma de Lutero⁴², por ejemplo, testimonia que en su siglo todos los arranques de la libertad del espíritu eran todavía inseguros, tiernos, juveniles; la ciencia todavía no podía levantar la cabeza. Más aún, todo el Renacimiento aparece como una primavera prematura casi barrida por la nieve. Pero también en nuestro siglo ha demostrado la metafísica de Schopenhauer⁴³ que tampoco ahora es el espíritu científico lo bastante fuerte: así han podido toda la concepción del mundo y todo el sentimiento del hombre propios de la Edad Media cristiana celebrar una vez más en la doctrina de Schopenhauer, pese a la aniquilación lograda ha mucho de todos los dogmas cristianos, una resurrección. En su doctrina resuena mucha ciencia, pero no es ésta lo que domina en ella, sino la antigua, bien conocida «necesidad metafísica»⁴⁴. Una de las mayores y absolutamente inestimables ventajas que de Schopenhauer obtenemos es sin duda que él fuerza a nuestro sentimiento a retroceder por algún tiempo a antiguas, poderosas concepciones del mundo y del hombre, a las que difícilmente nos conduciría otro sendero. La ganancia para la historia y la justicia es muy grande: yo creo que sin la ayuda de Schopenhauer nadie lograría hacer ahora fácilmente justicia al cristianismo y a sus parientes asiáticos, algo particularmente imposible desde la plataforma del cristianismo todavía existente. Sólo tras este gran éxito de la justicia, sólo después de haber corregido en un punto tan esencial la concepción historicista que el Siglo de las Luces trajo consigo, podemos enarbolar de nuevo la bandera de la

⁴¹ Cf. 23 [184].

⁴² Martín Lutero (1483-1546): Religioso alemán en cuya doctrina teológica culminó el movimiento reformista que durante el siglo XVI produjo el cisma del cristianismo y el nacimiento del protestantismo.

⁴³ En *Mé* se añadía este paréntesis: «(y tras él Hartmann con su evocación de los espíritus bajo el sol berlinés)». Eduard von Hartmann (1842-1906): filósofo y escritor alemán, autor de *Filosofía del inconsciente* (1867).

⁴⁴ Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, parte II, l. I, cap. 17: «Sobre la necesidad metafísica del hombre».

Ilustración, la bandera con los tres nombres: Petrarca, Erasmo, Voltaire⁴⁵. Hemos hecho de la reacción un progreso.

27⁴⁶

Sustituto de la religión. Se cree predicar algo bueno de una filosofía cuando se la presenta como sustituto de la religión para el pueblo⁴⁷. En la economía espiritual son ocasionalmente menester en efecto ciclos de pensamiento transitorios; así, el paso de la religión a la concepción científica es un salto violento, peligroso, algo desaconsejable. En tal medida es justo este encarecimiento. Pero, en fin, también debería comprenderse que las necesidades que ha satisfecho la religión y ahora debe satisfacer la filosofía no son inmutables; incluso es posible *atenúarlas y erradicarlas*. Piénsese, por ejemplo, en la miseria del alma cristiana, los lamentos por la perversidad interior, la preocupación por la salvación, representaciones todas que no dimanar más que de errores de la razón y que de ningún modo merecen una satisfacción, sino la eliminación. Una filosofía puede ser útil *satisfaciendo* también esas necesidades, o bien *suprimiéndolas*; pues son necesidades adquiridas, temporalmente limitadas, que descansan sobre presupuestos contradictorios con los de la ciencia. Lo que mucho mejor debe aquí emplearse para hacer una transición es el *arte*, a fin de aliviar el ánimo sobrecargado de sentimientos; pues esas representaciones reciben mucho menos apoyo de él que de una filosofía metafísica. Es más fácil pasar luego del arte a una ciencia filosófica efectivamente liberadora⁴⁸.

28

Palabras desacreditadas. ¡Abajo con las palabras, empleadas hasta la saciedad, optimismo y pesimismo!⁴⁹ Pues cada día hay menos pretextos para usarlas: sólo a los charlatanes les son hoy aún tan absolutamente necesarias. Pues ¿para qué diablos querría alguien ser optimista si no tiene que defender a un dios que *debe* haber creado el mejor de los mundos, si es que es él mismo lo bueno y perfecto?; pero, ¿quién que piense tiene todavía necesidad de la hipótesis de un dios? Mas falta también todo pretexto para una profesión de fe pesimista, a no ser que se tenga interés en escandalizar a los abogados de Dios, a los teólogos o

⁴⁵ En este triunvirato, Francesco Petrarca (1304-74), poeta y erudito italiano, representa al Renacimiento; Desiderio Erasmo (1466-1536), polígrafo holandés, al humanismo, y Voltaire, a la Ilustración.

⁴⁶ Cf. 21 [74], 22 [26].

⁴⁷ En *C/ Nietzsche* tachó: «como hace Mainländer con la filosofía de Schopenhauer». Mainländer era el pseudónimo de Philipp Batz (1841-1876), discípulo de Schopenhauer y de cuya obra *Philosophie der Erlösung* (Berlín, 1876), BN, disponía Nietzsche en Sorrento.

⁴⁸ En un bosquejo posterior, este aforismo concluía así: «Y en suma, para decirlo con una frase de Goethe un tanto modificada: "Quien tiene ciencia y arte no ha menester religión".» Cf. Goethe, *Xenias pacatas (Zahme Xenien)*, III, 119: «Quien ciencia y arte posee / tiene también religión...». Cf. 22 [54]. Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832): escritor alemán.

⁴⁹ Alusión a Schopenhauer.

a los filósofos teologizantes, y sentar categóricamente la afirmación contraria: que impera el mal, que el displacer es más, o que el placer, que el mundo es una chapuza, la manifestación de una mala voluntad hacia la vida. Pero, ¿quién se ocupa hoy todavía de los teólogos, aparte de los teólogos? Prescindiendo de toda teología y de la lucha contra ella, por descontado que el mundo no es ni bueno ni malo, menos aún el mejor o el peor, y que estos conceptos de «bueno» y «malo» sólo tienen sentido referidos a hombres, y tal vez ni siquiera aquí, tal como habitualmente se los emplea, estén justificados: debemos en todo caso desechar tanto la concepción del mundo denigratoria como la enaltecedora.

29

Embriagado por la fragancia de las flores. Opínase que la nave de la humanidad tiene mayor calado cuanto más se la carga; se cree que cuanto más profundamente piensa el hombre, cuanto más tiernamente siente, cuanto más superior se estima, cuanto más se distancia de los demás animales, tanto más aparece como el genio entre los animales, tanto más se acerca a la esencia real del mundo y al conocimiento del mismo: esto es lo que hace realmente a través de la ciencia, pero *supone* hacerlo todavía más mediante sus religiones y sus artes. Estas son ciertamente una flor del mundo, pero en absoluto están *más cerca de la raíz del mundo* que el tallo: en modo alguno puede a partir de ellas comprenderse mejor la esencia de las cosas, aunque esto crean casi todos. El error ha hecho al hombre tan profundo, delicado e inventivo como para lograr de él una flor tal como las religiones y las artes. El conocimiento puro no habría sido capaz de hacerlo. Quien nos desvelase la esencia del mundo nos causaría a todos la más desagradable de las desilusiones. No el mundo como cosa en sí, sino el mundo como representación (como error) es tan rico en significado, profundo, prodigioso, preñado de dicha y de desdicha. Este resultado conduce a una filosofía de la *negación lógica del mundo*; la cual, por lo demás, puede compaginarse con una afirmación práctica del mundo lo mismo que con su contrario.

30

Malos hábitos de razonamiento. Los parallogismos más habituales de los hombres son éstos: una cosa existe, luego tiene un derecho. Aquí de la capacidad de vida se infiere la conformidad a fin, de la conformidad a fin la legitimidad. Otro: una opinión hace feliz, por tanto es verdadera; su efecto es bueno, por tanto ella misma es buena y verdadera. Aquí se le adscribe al efecto el predicado de procurador de felicidad, bueno, en el sentido de útil, y luego se provee a la causa del mismo predicado de bueno, pero aquí en el sentido de lo lógicamente válido. La recíproca de estas tesis reza: una cosa no puede imponerse, mantenerse, por tanto es injusta; una opinión atormenta, irrita, por tanto es falsa. El librepensador, que con harta frecuencia aprende a conocer lo defectuoso de esta manera de razonar y tiene que sufrir sus consecuencias, sucumbe muchas veces a la tentación de hacer las inferencias contrarias, que en general son, como es natural, igualmente erróneas: una cosa no puede imponerse, por tanto es buena; una opinión produce zozobra, inquieta, por tanto es verdadera.

31⁵⁰

Lo ilógico, necesario. Entre las cosas que pueden llevar a un pensador a la desesperación figura el reconocimiento de que lo ilógico es necesario para el hombre y de que de lo ilógico nace mucho de bueno. Está tan firmemente anclado en las pasiones, en el lenguaje, en el arte, en la religión y en general en todo lo que le confiere valor a la vida, que no puede arrancárselo sin con ello dañar fatalmente estas bellas cosas. Sólo los hombres demasiado ingenuos pueden creer que la naturaleza del hombre pueda ser transformada en una puramente lógica⁵¹, pero si hubiese grados de aproximación a esta meta, ¡cuánto se perdería por este camino! Incluso el más racional de los hombres necesita volver de vez en cuando a la naturaleza, es decir, a su *fundamental actitud ilógica hacia todas las cosas*.

32⁵²

Ser injusto, necesario. Todos los juicios sobre el valor de la vida se han desarrollado ilógicamente y son por tanto injustos. Lo viciado del juicio reside, en primer lugar, en la manera en que se presenta el material, a saber, muy incompletamente; en segundo lugar, en la manera como se hace la suma, y, en tercer lugar, en el hecho de que cada pieza singular del material es a su vez el resultado de un conocimiento viciado, y esto ciertamente con plena necesidad. Ninguna experiencia, por ejemplo, sobre un hombre, por cercano que éste sea, puede ser completa, de modo que tengamos un derecho lógico a una apreciación del conjunto del mismo; todas las estimaciones son necesariamente precipitadas. Por último, el metro con que medimos, nuestro ser, no es una magnitud constante: tenemos humores y fluctuaciones; y sin embargo deberíamos conocernos a nosotros mismos como un metro fijo, a fin de apreciar justamente la relación con nosotros de cualquier cosa. Quizá de todo ello se siga que no debiera juzgarse en absoluto; pero, ¡si simplemente se pudiera *vivir* sin tener que hacer apreciaciones, sin aversiones ni inclinaciones!; pues toda aversión está ligada a una estimación, lo mismo que toda inclinación. Un impulso a acercarse o a alejarse de algo sin sentimiento de querer lo benéfico y evitar lo nocivo, un impulso sin una especie de apreciación reconocitiva del valor de la meta, no existe en el hombre. Somos por definición seres ilógicos y por consiguiente injustos, y *podemos reconocerlo*; esta es una de las mayores y más insolubles disarmonías de la existencia.

⁵⁰ Cf. 17 [2].

⁵¹ Cf. el ensayo *David Strauss, el confesor y el escritor* (1873), primera de las *Consideraciones intempestivas* (ed. cast., trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1988). David Friedrich Strauss (1808-1874): teólogo e historiador del cristianismo, autor de *Der alte und der neue Glaube* (Leipzig, 1872), que se encuentra en *BN* con anotaciones de puño y letra de Nietzsche y contra la que está dirigida la citada *Intempestiva*.

⁵² Este aforismo procede de las anotaciones de Nietzsche a *Der Wert des Lebens im Sinne einer heroische Lebensauffassung* (1865), de Karl Eugen Dühring (1833-1921), filósofo optimista contra quien Friedrich Engels (1820-1895) dirige en 1878 su famoso *Anti-Dühring*.

33

El error sobre la vida, necesario para la vida. Toda creencia en el valor y la dignidad de la vida estriba en un pensamiento viciado; únicamente es posible porque el sentimiento de participación en la vida y el sufrimiento generales de la humanidad está muy débilmente desarrollado en el individuo. Incluso los escasos hombres que piensan en general más allá de sí mismos no abarcan con su mirada esta vida general, sino partes limitadas de la misma. Si sabe poner la mira sobre todo en las excepciones, quiero decir, en los grandes talentos y las almas puras, si toma la producción de éstos como meta de todo el desarrollo del mundo y disfruta con su actividad, puede uno creer en el valor de la vida, pues *pasa por alto* a los demás hombres: su pensamiento, por tanto, está viciado. E igualmente, si abarca ciertamente a todos los hombres con la mirada pero no admite en ellos más que un género de impulsos, los menos egoístas, y les perdona los demás impulsos, entonces puede uno esperar de nuevo algo de la humanidad en su conjunto y, en tal medida, creer en el valor de la vida; por consiguiente, también en este caso por un vicio del pensamiento. Pero, se comporte como se comporte, con este comportamiento es una *excepción* entre los hombres. Ahora bien, precisamente la mayoría de los hombres soportan la vida sin graves protestas y *creen* por tanto en el valor de la existencia, justamente porque cada cual únicamente se quiere y afirma a sí, y no sale de sí, como aquellas excepciones: todo lo extrapersonal no le es perceptible en absoluto o a lo sumo como una débil sombra. El valor de la vida para el hombre corriente, ordinario, estriba únicamente en el hecho de que se da más importancia a sí que al mundo. La gran falta de fantasía de que adolece hace que no pueda penetrar en otros seres por medio del sentimiento, y que por tanto participe lo menos posible de su suerte y sus sufrimientos. En cambio, *quien* efectivamente pudiera participar no podría por menos de desesperar del valor de la vida; si lograrse captar y sentir en sí la consciencia conjunta de la humanidad, estallarían en maldiciones contra la existencia, pues en su conjunto la humanidad no tiene *ninguna* meta, y consecuentemente el hombre, al considerar la marcha en su totalidad, no puede hallar en ella su consuelo y sostén, sino su desesperación. Si en todo lo que hace tiene en cuenta la ausencia última de meta de los hombres, entonces su propia acción cobra a sus ojos el carácter de desperdicio. Pero sentirse en cuanto humanidad (y no sólo en cuanto individuo) tan *desperdiciado* como vemos desperdiciadas las flores individuales de la naturaleza, es un sentimiento por encima de todos los sentimientos. Pero, ¿quién es susceptible de él? Ciertamente sólo un poeta: y los poetas siempre saben consolarse.

34

Para tranquilizarse. Pero, ¿no se convierte así nuestra filosofía en tragedia? ¿No se torna enemiga de la vida, de lo mejor? Una pregunta parece venírsenos a los labios y sin embargo no querer ser formulada: *¿puede* uno permanecer conscientemente en la falsedad?, o, si es que *no hay otro remedio*, ¿no es entonces preferible la muerte? Pues ya no hay un deber; la moral, en tanto que era deber, está efectivamente, por nuestro modo de consideración, tan destruida como la

religión. El conocimiento no puede dejar subsistir como motivos más que el placer y el displacer, el provecho y el perjuicio; pero, ¿cómo se las compondrán estos motivos con el sentido de la verdad? Tampoco ellos afectan en efecto a errores (en la medida en que, como se ha dicho, inclinación y aversión y sus muy injustas mediciones determinan esencialmente nuestro placer, y displacer). Toda la vida humana está profundamente sumergida en la falsedad; el individuo no puede sacarla de este pozo sin llegar a sentir antipatía hacia su pasado⁵³ por profundísimas razones, sin encontrar disparatados sus motivos actuales, como el del honor, y oponer ironía y desprecio a las pasiones que empujan hacia el futuro y a una felicidad en el mismo. ¿Es cierto que ya no queda otro modo de pensar que el que acarrea como resultado personal la desesperación, como resultado teórico una filosofía de la destrucción?⁵⁴ Yo creo que la decisión sobre las consecuencias del conocimiento la da el *temperamento* de cada persona: lo mismo que esas consecuencias descritas y posibles en naturalezas singulares, yo podría pensar otras en virtud de las cuales naciera una vida mucho más simple, menos viciada por los afectos que la actual; de modo que al principio los antiguos motivos del deseo vehemente todavía tendrían fuerza debido a un antiguo hábito heredado, pero paulatinamente irían debilitándose bajo el influjo del conocimiento purificador. En definitiva, uno viviría entre los hombres y consigo como en la *naturaleza*, sin elogios, reproches, acaloramiento, disfrutando como de un espectáculo de muchas cosas hacia las cuales hasta entonces sólo tenía que temerse. Se habría uno desembarazado del énfasis y ya no sentiría el aguijón del pensamiento de que no es sólo naturaleza o más que naturaleza. Por supuesto, esto requeriría, como queda dicho, un buen temperamento, un alma afianzada, indulgente y en el fondo contenta, un humor que no precisara estar en guardia contra las perfidias y los súbitos arrebatos, y que en sus manifestaciones no tuviera nada de tono gruñón ni de encarnizamiento, esas molestas propiedades consabidas de perros y hombres viejos desde ha mucho condenados. Un hombre que se ha zafado de las cadenas corrientes de la vida hasta tal punto que sólo vive para conocer cada vez mejor, debe poder renunciar, sin envidia ni despecho, a muchas cosas, a casi todo lo que para los demás hombres tiene valor; le debe *bastar*, como la más deseable situación, con ese libre, intrépido planear sobre hombres, costumbres, leyes y las estimaciones tradicionales de las cosas. De buen grado comparte el gozo de esta situación, y quizá no *tenga* nada más que compartir, lo cual por supuesto implica una privación, una abdicación más. Pero si, a pesar de esto, se quiere más de él, señalará con *benévolo movimiento* de cabeza a su hermano, el hombre de acción libre, y quizá no oculte un poco de ironía, pues de su «libertad» habría mucho que hablar.

⁵³ llegar a sentirlo. Antes de corregirlo, en *MI* se leía: «destruirla mediante la crítica».

⁵⁴ que el que! Idem: «que el que habría que llamar una preparación a una filosofía trágica de la destrucción».

SEGUNDA PARTE

PARA LA HISTORIA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES

35¹

*Ventajas de la observación psicológica*². Que la reflexión sobre lo humano, demasiado humano —o, como dice la expresión erudita: la observación psicológica—, forma parte de los medios por los que se puede aliviar la carga de la vida; que el ejercicio de este arte procura presencia de ánimo en situaciones difíciles y entretenimiento en ambientes aburridos; más aún, que de los trances más espinosos y desagradables de la propia vida uno puede extraer sentencias y con ello sentirse un poco mejor: eso se creía, se sabía, en siglos pasados. ¿Por qué lo olvidó este siglo, en el que, al menos en Alemania, por no decir en Europa³, la pobreza de observación psicológica se reconoce en múltiples signos? No precisamente en la novela, el relato y el ensayo filosófico: éstos son obra de hombres excepcionales; más ya en el enjuiciamiento de acontecimientos y personalidades públicos; pero donde sobre todo falta el arte del análisis y la síntesis psicológicos es en la vida social de todos los estamentos, donde por cierto que se habla mucho de hombres, pero en absoluto *del hombre*. ¿Por qué, no obstante, se deja escapar el más rico e inocuo tema de conversación? ¿Por qué ya no se lee para nada a los grandes maestros de la sentencia psicológica? Pues, dicho sin exageración alguna, en Europa es raro hallar a una persona culta que haya leído a La Rochefoucauld⁴ y a sus parientes espirituales y artísticos⁵; y mucho más raro aún a quien los conozca y no los desdeñe. Pero probablemente incluso este poco corriente lector extraerá

¹ Cf. 22 [15], 23 [132].

² Título original en *Md*: «Derechos de la observación psicológica. Prefacio.» Los aforismos 35-38 iban a constituir en principio un prefacio.

³ en Alemania} *Md*: «en Alemania y en Rusia».

⁴ François; duque de La Rochefoucauld (1613-1680): escritor y aforista francés.

⁵ En anotaciones de la época al texto se detallaban estos parientes: «Vauvenargues, Champfort [sic] y Stendhal». Luc de Clapiers, marqués de Vauvenargues (1715-47): moralista francés; Sébastien Roch Nicolas, Chamfort (1741-94): moralista francés; Henri Beyle, Stendhal (1783-1842): escritor francés.

de ellos mucho menos deleite de lo que la forma de esos artistas debiera reportarle; pues ni siquiera el más refinado cerebro es capaz de valorar debidamente el arte de afilar sentencias si él mismo no ha sido educado en él y competido en él. Sin tal adiestramiento práctico, se toma esta creación y conformación por más fácil de lo que es, no se siente con la suficiente nitidez lo logrado y exquisito. Por eso, los actuales lectores de sentencias⁶ extraen de ellas un goce relativamente insignificante, es más, apenas un buen regusto, de modo que les sucede como a los que están habituados a contemplar camafleos: que elogian porque no saben amar, y están prontos a admirar, pero más pronto aún a huir.

36⁶

Objeción. ¿O bien debiera revisarse esa tesis de que la observación psicológica forma parte de los atractivos, remedios y paliativos de la existencia? ¿Debiera uno haberse convencido suficientemente de las desagradables consecuencias de este arte para apartar ahora deliberadamente la mirada de sus cultivadores? En efecto, una cierta fe ciega en la bondad de la naturaleza humana, una arraigada repugnancia hacia la disección de acciones humanas, una especie de pudor respecto a la desnudez de las almas podrían ser efectivamente cosas más deseables para la felicidad de un hombre que esa en ciertos casos útil cualidad de la agudeza psicológica; y quizá la fe en el bien, en hombres y acciones virtuosos, en una plétora de benevolencia impersonal en el mundo, haya mejorado a los hombres en tanto en cuanto los ha hecho menos desconfiados. Si se imita con entusiasmo a los héroes de Plutarco⁷ y sentimos repulsión a rastrear escépticamente los motivos de sus actos, el provecho que de ello se deriva no redundaría ciertamente en la verdad, sino en el bienestar de la sociedad humana: el error psicológico y en general la torpeza en este dominio ayudan a la humanidad a avanzar, mientras que el conocimiento de la verdad gana quizá más con la fuerza estimulante de una hipótesis como la que La Rochefoucauld ha antepuesto a la primera edición de sus *Sentences et maximes morales*: «Ce que le monde nomme vertu n'est d'ordinaire qu'un fantôme formé par nos passions, à qui on donne un nom honnête pour faire impunément ce que'on veut»⁸. La Rochefoucauld y esos otros maestros franceses de la exploración del alma (a los que recientemente se ha agregado también un alemán, el autor de las *Observaciones psicológicas*⁹) semejan tiradores de élite que una y otra vez dan en el blanco, pero en el blanco de la naturaleza humana. Su destreza es pasmosa, pero un espectador al que no guíe el espíritu de la cien-

⁶ *Ip* 23 [41]. Cf. 23 [47].

⁷ Plutarco de Queronea (ca. 46-ca. 127 d. C.): ensayista y biógrafo griego, cuyas *Vidas* contienen caracterizaciones de eminentes personajes griegos y romanos en las que se ejemplifica la virtud privada en las carreras de los grandes hombres.

⁸ «Lo que el mundo llama virtud no es de ordinario más que un fantasma formado por nuestras pasiones, al que se da un nombre honesto para hacer impunemente lo que se quiera.» (ed. cast. de la 5.ª edición francesa: *Máximas. Reflexiones o sentencias y máximas morales*, trad.: Carlos Pujol, Planeta 1984, n.º 1, pág. 5). *BN*.

⁸ 1875. El autor es Paul Rée (1845-1901), del círculo íntimo de Nietzsche. Sobre la lectura de esta obra, cf. la carta de Nietzsche a Rohde del 8 de diciembre de 1875.

⁹ *Psychologischen Beobachtungen* (1875). El autor es Paul Rée (1845-1901), del círculo íntimo de Nietzsche. Sobre la lectura de esta obra, cf. la carta de Nietzsche a Rohde del 8 de diciembre de 1875.

cia, sino la filantropía, acaba finalmente por execrar un arte que parece implantar en las almas humanas el sentido de la detracción y de la sospecha.

37¹⁰

Pese a todo. Sea de ello lo que sea en pro o en contra, en el estado actual de una determinada ciencia particular se ha hecho necesario el despertar de la observación moral, y no puede ahorrársele a la humanidad el cruel espectáculo de la mesa de disección psicológica y de sus escalpelos y pinzas. Pues aquí manda esa ciencia que pregunta por el origen y la historia de los llamados sentimientos morales y que según progresa debe plantear y resolver los complejos problemas sociológicos; la antigua filosofía desconocía por completo estos últimos y siempre eludió con pobres subterfugios la investigación del origen y la historia de los sentimientos morales. Con qué consecuencias puede verse ahora muy claramente tras haberse comprobado con numerosos ejemplos cómo los errores de los más grandes filósofos tienen habitualmente su punto de partida en una explicación falsa de determinados actos y sentimientos humanos, cómo, cimentada sobre un análisis erróneo, por ejemplo, de los llamados actos altruistas, se erige una ética falsa, y luego se recurre a su vez con gusto a la religión y a los disparates mitológicos, hasta que finalmente las sombras de estos lúgubres espíritus acaban por proyectarse también sobre la física y toda la concepción del mundo. Pero si es indiscutible que la superficialidad de la observación psicológica les ha tendido y sigue una y otra vez tendiéndoles al juicio y al razonamiento humanos los lazos más peligrosos, ahora es menester esa perseverancia en el trabajo que no se cansa de acumular piedra sobre piedra, piedrecita sobre piedrecita; es menester una comedida intrepidez para no avergonzarse de tan modesto trabajo y hacer frente a todo desdén hacia el mismo. Es cierto: innumerables observaciones sobre lo humano y demasiado humano han sido descubiertas y formuladas por vez primera en círculos de la sociedad que estaban habituados a sacrificar cualquier cosa de la índole que fuese, no al conocimiento científico, sino a una coquetería del ingenio; y el perfume de esa antigua patria de la sentencia moralista —un perfume muy seductor— ha impregnado todo el género, de modo que, por su culpa, el hombre científico deja ver cierta desconfianza hacia este género y su seriedad. Pero hasta de indicar las consecuencias; pues ahora comienza a mostrarse qué resultados de índole muy seria crecen en el suelo de la observación psicológica. Pero ¿cuál es la tesis principal a que llega uno de los pensadores más audaces y fríos, el autor del libro *Sobre el origen de los sentimientos morales*¹¹, gracias a sus penetrantes e incisivos análisis del obrar humano? «El hombre moral», dice, «no está más cerca de mundo inteligible (metafísico) que el hombre físico». Esta tesis, templada y afilada por los martillazos del conocimiento histórico, quizá pueda servir cualquier día, en un futuro, como el hacha que se aplique a la raíz de la «necesidad metafísica»¹² de los hombres, quién

¹⁰ Cf. 23 [195], 22 [107], 23 [41].

¹¹ El autor es de nuevo Paul Rée. *Der Ursprung der moralischen Empfindungen* (Chemnitz, 1877), su obra más notable y de cuya pág. VIII (BN) extrae Nietzsche su paráfrasis, fue escrita durante 1876-7 en la casa de Sorrento en que Nietzsche estaba al mismo tiempo escribiendo *Humano, demasiado humano*. Sobre Rée vid. también el prólogo a *La genealogía de la moral*, par. 4, (ed. cast.: trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1978³, pág. 21), y en *Ecce homo* el par. 6 del capítulo dedicado a *Humano, demasiado humano* (ed. cast.: idem, 1985⁹, pág. 85).

¹² Vid. parte I, nota 44.

sabría decir si *más* como bendición o como maldición del bienestar general, pero en cualquier caso como una tesis de las más graves consecuencias, fecunda y terrible al mismo tiempo, y que contempla el mundo con esa doble faz que presentan todos los grandes conocimientos¹³.

38¹⁴

Hasta qué punto útil. Quede, así pues, por siempre en suspenso si la observación psicológica reporta a los hombres más provecho o desventaja; pero es un hecho que es necesaria, pues la ciencia no puede prescindir de ella. Pero la ciencia, lo mismo que la naturaleza, desconoce las referencias a fines últimos; sino que así como la segunda produce a veces cosas de la máxima conformidad a fin sin haberlas querido, así también la auténtica ciencia, *en cuanto la imitación de la naturaleza en conceptos*, a veces, más aún, con mucha frecuencia, favorecerá los intereses y el bienestar de los hombres y logrará lo conforme a fin, pero igualmente *sin haberlo querido*¹⁵. Pero quien bajo el soplo de una tal clase de consideración sienta demasiado frío en el corazón, quizá no sea más que tiene demasiado poco fuego en sí; no obstante, si mira en torno, percibirá enfermedades que requieren compresas de hielo, y hombres tan «amasados» con brasa y espíritu, que apenas en ninguna parte encuentran el aire lo bastante frío y cortante. Además, así como ciertos individuos y pueblos demasiado serios tienen necesidad de frivolidades, así como otros demasiado excitables y volubles han de vez en cuando menester para su salud pesadas cargas agobiadoras, nosotros, los hombres *de más espíritu* de una época que a ojos vista entra cada vez más en combustión, ¿no debiéramos recurrir a todos los medios de extinción y enfriamiento existentes para al menos conservar la solidez, candidez y mesura que aún tenemos, y así quizá servir algún día a esta época de espejo y recapacitación sobre sí misma?

39¹⁶

*La fábula de la libertad inteligible.*¹⁷ La historia de los sentimientos en virtud de los cuales hacemos a alguien responsable, la de los llamados sentimientos morales por tanto, recorre las siguientes fases principales. Primero se llama buenas o malas a acciones aisladas sin tomar para nada en cuenta sus motivos, sino únicamente por las consecuencias útiles o nocivas. Pero no tarda en olvidarse

¹³ Esta tesis! *Fp*: «Esta tesis, acerada y templada por el más vasto conocimiento histórico como sólo nuestro tiempo puede procurar sobre estos temas, esta tesis es el hacha aplicada a la raíz de la «necesidad metafísica». Lo que tras esta liquidación queda aún de la metafísica es una serie de problemas estrictamente científicos, con los que sin embargo nadie saciará ya necesidades anónicas.»

¹⁴ Cf. 23 [114].

¹⁵ Veamos el texto aquí tachado por Nietzsche en *Md*: «Ahora bien, si finalmente, tras estas observaciones preliminares sobre los derechos de la observación psicológica en general, queda una pregunta esencial a propósito precisamente de este libro, no soy yo quien pueda responderla. El autor tiene derecho al prefacio, pero el lector... al postfacio». Recuérdese que la primera intención de Nietzsche era hacer de los pars. 35-38 un prefacio. Cf. 23 [196].

¹⁶ *Fp*: 19 [36], 19 [39].

¹⁷ En la antigua Grecia, el mundo de las ideas —modelo del mundo sensible— era llamado el «mundo inteligible». La «libertad inteligible» es la forma pura de la libertad, la idea de libertad. Schopenhauer se adhiere al concepto de libertad inteligible defendido por Kant; vid. *El fundamento de la moralidad*, cap. 2, sec. 10, y *El mundo como voluntad y representación*, 1. 4, par. 55 (ed. cast.: trad. Eduardo Ovejero y Maury, Porrúa 1983, págs. 226-41).

el origen de esos calificativos y se imagina que la propiedad «bueno» o «malo» es inherente a los actos en sí, sin tener en cuenta sus consecuencias, con lo cual se comete el mismo error por el que el lenguaje califica a la piedra misma de dura, al árbol mismo de verde, tomando por tanto como causa lo que es efecto. Luego se transfiere el ser bueno o malo a los motivos y se consideran los actos en sí como moralmente ambivalentes. Yendo más lejos, el predicado de bueno o malo no se atribuye ya al motivo aislado, sino a todo el ser de un hombre, del cual brota el motivo como del suelo la planta. Se hace así sucesivamente al hombre responsable de sus efectos, luego de sus actos, luego de sus motivos y, por último, de su ser. Descúbrese entonces por último que este ser tampoco puede ser responsable, por ser una consecuencia entera y absolutamente necesaria, y derivar de elementos e influjos de cosas pasadas y presentes; por tanto, que al hombre no puede hacérsele responsable de nada, ni de su ser, ni de sus motivos, ni de sus actos, ni de sus efectos. Se llega con ello al reconocimiento de que la historia de los sentimientos morales es la historia de un error, del error de la responsabilidad, el cual estriba en el error de la libertad del albedrío. Schopenhauer en cambio razonó así: puesto que ciertos actos acarrear *desazón* («consciencia de culpa»), debe de haber una responsabilidad; pues no existiría *ninguna razón* para esta desazón si todos los actos del hombre no se produjesen más que necesariamente —como de hecho, y también según la opinión de este filósofo, se producen—, sino que el hombre mismo accediese a todo su *ser* con la misma necesidad, lo cual niega Schopenhauer. A partir del hecho de esa desazón, cree Schopenhauer poder demostrar una libertad que el hombre debe de haber tenido de algún modo, ciertamente no con respecto a las acciones, pero sí con respecto al ser: libertad por tanto de *ser* así o de otra manera, pero no de *obrar* así o de otra manera. En su opinión del *esse*,¹⁸ de la esfera de la libertad y la responsabilidad, se sigue el *operari*,¹⁹ la esfera de la causalidad, la necesidad y la irresponsabilidad estrictas. Aparentemente, esa desazón se refiere ciertamente al *operari* —en tal medida, es errónea—, pero en verdad al *esse*, que es el acto de un libre albedrío, la causa fundamental de la existencia de un individuo; el hombre deviene lo que él *quiera* devenir, su voluntad es anterior a su existencia. Se trata aquí del sofisma de que del hecho de la desazón se infiere la justificación, la *admisibilidad* racional de esta desazón, y en base a este sofisma llega Schopenhauer a su fantástica consecuencia de la llamada libertad inteligible. Pero la desazón que sigue al acto no tiene en absoluto por qué ser racional, más aún, ciertamente no lo es, pues estriba en el erróneo supuesto de que el acto *no* habría debido producirse necesariamente. Por tanto, porque el hombre se tiene por libre, pero no porque sea libre, siente arrepentimiento y remordimiento de conciencia. Además, esta desazón es algo de lo que uno puede deshabituarse; en muchos hombres no se da en absoluto en relación con acciones respecto a las cuales otros muchos hombres la sienten. Es cosa muy variable, ligada a la evolución de las costumbres y de la cultura, y que quizá sólo se da en un período relativamente breve de la historia universal. Nadie es responsable de sus actos ni de su ser; juzgar es tanto como ser injusto. La tesis es tan clara como la luz del sol y, sin embargo, aquí todo el mundo prefiere volver a la sombra y la falsedad, por temor a las consecuencias²⁰.

¹⁸ «Ser».

¹⁹ «Actuar, conducta, comportamiento».

²⁰ En *CI* venía a continuación el fragmento 20 [2].

40

El superanimal. La bestia en nosotros quiere que se le mienta; la moral es la mentira necesaria para que no nos destruya. Sin los errores implícitos en las hipótesis de la moral, el hombre seguiría siendo un animal. Pero así se ha tomado por algo superior e impuesto leyes más estrictas. Por eso aborrece los estadios más próximos a la animalidad: por ahí ha de explicarse el menosprecio del esclavo como un no-hombre, como una cosa.

41

*El carácter inmutable.*²¹ Que el carácter sea inmutable no es verdad en sentido estricto; esta bienquista tesis tan sólo significa más bien que durante la breve duración de la vida de un hombre los motivos intervinientes no pueden habitualmente incidir con la suficiente profundidad para destruir los rasgos grabados a lo largo de muchos milenios. Pero si se imaginara a un hombre de ochenta mil años, tendría un carácter absolutamente variable, de modo que poco a poco una multitud de individuos diferentes se desarrollaría a partir de él. La brevedad de la vida humana induce a muchas afirmaciones erróneas sobre las propiedades del hombre.

42

El orden de los bienes y la moral. La en un tiempo aceptada jerarquía de los bienes según un egoísmo inferior, superior o supremo quiera lo uno o lo otro, decide ahora sobre el ser-moral o ser-inmoral. Preferir un fin inferior (por ejemplo, el goce sensual) a uno estimado superior (por ejemplo, la salud), pasa por inmoral, lo mismo que preferir la vida regalada a la libertad. Pero la jerarquía de los bienes no es en todo tiempo estable e igual; si alguien prefiere la venganza a la justicia, es moral según el criterio de una cultura pasada, inmoral según el de la actual. «Inmoral» significa por tanto que uno no siente, o todavía no lo bastante intensamente, los motivos superiores, más sutiles, más espirituales, que ha aportado la respectiva nueva cultura; designa a alguien atrasado, pero siempre según una diferencia de grado. La jerarquía de los bienes misma no se rige y modifica según puntos de vista morales; sino que, una vez establecida, se decide si una acción es moral o inmoral.

43

Los hombres crueles en cuanto atrasados. A los hombres que ahora son crueles debemos considerarlos como fases residuales de *culturas pasadas*: la montaña de la humanidad pone aquí al descubierto las formaciones más profundas que de otro modo permanecen ocultas. Son hombres atrasados, cuyo cerebro, debido a todos

²¹ La opinión de la inalterabilidad del carácter fue insistentemente sostenida por Schopenhauer en su *Ensayo sobre la libertad de la voluntad*, cap. 3.

los posibles azares en el curso de la herencia, no se ha desarrollado tan delicada y multilateralmente. Nos muestran lo que todos *fuimos*, y nos espantan; pero ellos mismos son tan poco responsables como un trozo de granito de ser granito. En nuestro cerebro deben de hallarse también estrías y circunvoluciones correspondientes a esa actitud, tal como en la forma de ciertos órganos humanos parecen hallarse *vestigios* de estados pisciformes.²² Pero estas estrías y circunvoluciones no son ya el lecho por el que ahora discurre el río de nuestro sentimiento.²³

44

Gratitud y venganza. La razón de que el poderoso sea agradecido es la siguiente. Su bienhechor, con su beneficio ha, por así decir, violado la esfera del poderoso y se ha introducido en ella; ahora, como revancha, él viola a su vez la esfera del bienhechor mediante el acto de agradecimiento. Es una forma suavizada de venganza. Sin el desquite del agradecimiento el poderoso se habría mostrado impotente y en el futuro pasaría por tal. Por eso toda sociedad de buenos, es decir, originariamente de poderosos, sitúa la gratitud entre los primeros deberes. Swift²⁴ aventuró la tesis de que el agradecimiento de los hombres es proporcional a su cultivo de la venganza.

45

Doble prehistoria del bien y del mal. El concepto de bueno y malo tiene una doble prehistoria, a saber: *primero* en el alma de los linajes y castas dominantes. A quien tiene el poder de pagar con la misma moneda, el bien con el bien, el mal con el mal, y ejerce efectivamente esa revancha, a quien es por tanto agradecido y vengativo, se le llama bueno; quien es impotente y no puede pagar con la misma moneda, pasa por malvado. En cuanto bueno se pertenece a los «buenos», a una comunidad que tiene un sentimiento común, porque todos los individuos están ligados entre sí por el sentido de la revancha. En cuanto malvado se pertenece a los «malvados», a una multitud de personas sometidas, impotentes, que no tienen un sentimiento común. Los buenos son una casta, los malvados una masa semejante al polvo. Bueno y malvado equivalen durante un tiempo a noble y villano, amo y esclavo. No se considera en cambio al enemigo como malo: puede pagar con la misma moneda. En Homero, el troyano y el griego son ambos buenos. Pasa por malvado, no el que nos inflige un daño, sino el que es despreciable. En la comunidad de los buenos el bien se hereda; es imposible que un malvado brote de tan buen suelo. A pesar de ello, si uno de los buenos hace algo indigno de los buenos, se recurre a subterfugios; se le echa, por ejemplo, la culpa a un dios, diciendo que ha castigado al bueno con

²² Cf. la obra de los biólogos Karl Ernst von Baer (1792-1876) y Ernst Haeckel (1834-1919).

²³ Pero estas estrías! En *Cl* este aforismo terminaba de otro modo: «Pero estos órganos se han desarrollado ulteriormente y ligado a otros que alimentan constantemente emociones contrarias a la crueldad.»

²⁴ En realidad, la observación es debida a Pope (cf. *Das Swift-Büchlein*, Berlín 1847, pág. 17, BN). Jonathan Swift (1667-1745): novelista, libelista y poeta irlandés en lengua inglesa, conocido sobre todo por *Los viajes de Gulliver* y cuyo estilo irónico anuncia la actitud trágica de Nietzsche. Alexander Pope (1688-1744): poeta y ensayista inglés.

la ceguera y la ofuscación. Luego en el alma de los oprimidos, de los impotentes. Aquí cualquier hombre *distinto* pasa por hostil, despiadado, explotador, cruel, astuto, sea noble o plebeyo; malo es la palabra característica del hombre, más aún, de todo ser viviente que se presupone, de un dios por ejemplo; humano, divino equivalen a diabólico, malo. Los signos de bondad, caridad, compasión, son angustiosamente acogidos como perfidia, preludio de un desenlace terrible, aturdimiento y engaño, en una palabra, como maldad refinada. Dada tal actitud del individuo, apenas es posible el nacimiento de una comunidad, a lo sumo de la forma más rudimentaria de la misma; de modo que, donde quiera que prevalezca esta concepción de bueno y malo, está cercana la ruina de los individuos, sus linajes y razas. Nuestra eticidad actual ha brotado en el terreno de los linajes y castas *dominantes*.²⁵

46

*La compasión, más fuerte que el sufrimiento.*²⁶ Hay casos en los que la compasión es más fuerte que el sufrimiento propiamente dicho. Sentimos, por ejemplo, más pesar cuando un amigo nuestro se hace culpable de alguna ignominia que cuando la cometemos nosotros mismos. Es decir, en primer lugar, nosotros creemos en la pureza de su carácter más que él; luego, sin duda precisamente debido a esta creencia, el amor que le profesamos es más fuerte que el amor que él se profesa a sí mismo. Aunque en realidad su egoísmo padece más que nuestro egoísmo en cuanto que tiene que soportar más intensamente las penosas consecuencias de su delito, a nuestra parte altruista —esta fórmula no ha de entenderse nunca estrictamente, sino sólo como una forma de hablar— su culpa le afecta sin embargo más intensamente que a su parte altruista²⁷.

47

Hipocondría. Hay hombres que por simpatía y preocupación por otra persona se vuelven hipocondríacos; la clase de compasión que entonces nace no es nada más que una enfermedad. Hay así también una hipocondría cristiana, que ataca a esas personas solitarias, religiosamente agitadas, que tienen continuamente en mente la pasión y muerte de Cristo.

48

Economía de la bondad. La bondad y el amor, en cuanto las hierbas y fuerzas más saludables en el trato de los hombres, son hallazgos tan preciosos que sería

²⁵ Vid. *La genealogía de la moral* (1887), Tratado primero: "Bueno y malvado", "bueno y malo" (ed. cast., cit., págs. 27-62).

²⁶ *Mitleiden stärker als Leiden.*

²⁷ que el amor] En unas anotaciones manuscritas de septiembre de 1876, este aforismo terminaba como sigue: "... que el amor que él se profesa a sí mismo (es decir, su amor impersonal, altruista). Es muy posible que entonces su egoísmo padezca más que nuestro egoísmo, pues ha de sufrir más que nosotros el perjuicio de su error: el discípulo de un mártir sufre quizá más que el mártir mismo." Cf. HDH 582.

sin duda deseable que en la aplicación de estos medios balsámicos se procediera tan económicamente como fuese posible; pero esto es imposible. La economía de la bondad es el sueño de los más audaces utopistas.

49

Benevolencia. Entre las pequeñeces, sin embargo infinitamente frecuentes y por ello de mucho efecto, a las que la ciencia tiene que prestar más atención que a las grandes rarezas, ha también de contarse la benevolencia; me refiero a esas manifestaciones de actitud amistosa en el trato, esa mirada sonriente, esos apretos de manos, ese contento del que habitualmente están revestidos casi todos los actos humanos. Cualquier profesor, cualquier funcionario añade esto a lo que es su deber; es la ocupación constante de la humanidad, por así decir las olas de su luz en las que todo prospera; particularmente en el círculo más íntimo, en el seno de la familia, la vida no verdea y florece más que por esa benevolencia. La honhomía, la afabilidad, la cordialidad son desagües siempre manantes del impulso altruista y han prestado una contribución mucho más poderosa a la edificación de la cultura que esas manifestaciones mucho más famosas del mismo que se llaman compasión, misericordia y abnegación. Pero se las suele despreciar, y, en efecto, no hay en ellas mucho de altruista que digamos. La suma de estas exiguas dosis es pese a todo enorme, su fuerza global figura entre las fuerzas más poderosas. Igualmente hállase en el mundo mucha más felicidad de la que ven ojos sombríos, a saber: si se cuenta correctamente y no se olvidan todos esos momentos de contento en que es rico cada día en toda vida humana, incluso la más atribulada.

50

*Querer inspirar compasión*²⁸. La Rochefoucauld²⁹ pone ciertamente el dedo en la llaga en el pasaje más notable de su autorretrato (impreso por vez primera en 1658) cuando previene contra la compasión a todos los dotados de razón, cuando aconseja dejársela a las personas del pueblo³⁰, que precisan de las

²⁸ Aforismo sin duda dirigido contra la exaltación schopenhaueriana de la compasión como el sentimiento moral más elevado (cf. *El mundo como voluntad y representación*, I, 4, par. 67 (ed. cast., cit., págs. 289 ss.)).

²⁹ El pasaje de La Rochefoucauld a que va a referirse Nietzsche se hallaba en la página 4 de la edición de las *Máximas* que él poseía, BN: «Je suis peu sensible à la pitié et voudrais ne l'y être point du tout... Cependant, il n'est rien que je ne fisse pour le soulagement d'une personne affligée... Mais je tiens aussi qu'il faut se contenter d'en témoigner et se garder soigneusement d'en avoir. C'est une passion qui n'est bonne à rien au dedans d'une âme bien faite, qui ne sert qu'à affaiblir le cœur, et qu'on doit laisser au peuple, qui, n'exécutant jamais rien par raison, a besoin des passions pour le porter à faire les choses.» [Soy poco sensible a la compasión y quisiera no serlo en absoluto... Sin embargo, nada hay que yo no hiciera para aliviar a una persona afligida... Pero también sostengo que hay que contentarse con testimoniarla y guardarse escrupulosamente de tenerla. Se trata de una pasión que en nada beneficia a un alma como es debido, que no sirve sino para debilitar el corazón y que debe dejarse para el pueblo, el cual, como nunca hace nada racionalmente, ha menester pasiones por las que hacer las cosas.]

³⁰ a las personas] *Mit*: «à la plebe».

pasiones (porque no las determina la razón) para ser llevadas al punto de ayudar a los que sufren e intervenir enérgicamente ante una desgracia; mientras que a su juicio (y al de Platón³¹) la compasión enerva el alma. Por supuesto, uno debe *testimoniar* compasión, pero guardarse de *tenerla*; pues los desdichados son, dicho de una vez, tan *estúpidos*, que para ellos testimoniar compasión constituye el máximo bien del mundo. Quizá pueda prevenirse todavía más categóricamente contra esta muestra de compasión si esa necesidad de los desdichados no se concibe precisamente como estupidez y deficiencia intelectual, como una especie de perturbación espiritual que la desgracia conlleva (y así parece concebirla La Rochefoucauld), sino que se la entiende como algo enteramente distinto y que da más que pensar. Obsérvese más bien a los niños que lloran y gritan *para que* se les compadezca y que por eso esperan el momento más propicio; vívase en trato con enfermos y espiritualmente deprimidos, y pregúntese si su elocuente lamentación y gimoteo, la exhibición de la desgracia, no persiguen en el fondo la meta de *causar dolor* a los presentes; la compasión que éstos entonces manifiestan es un consuelo para los débiles y sufrientes en la medida en que con ello reconocen *tener* todavía, sin embargo, pese a toda su debilidad, al menos un *poder*: el *poder de causar dolor*. Extrae el desdichado una especie de placer de este sentimiento de superioridad de que le hace consciente el testimonio de la compasión; su vanidad se exalta: todavía sigue siendo lo suficientemente importante para infligirle dolor al mundo. Es por tanto la sed de compasión una sed de goce de sí mismo, y ciertamente a costa del prójimo; muestra al hombre en toda la brutalidad de su querido yo más propio, pero no precisamente en su «estupidez», como opina La Rochefoucauld. En los coloquios de sociedad tres de cada cuatro preguntas se formulan y tres de cada cuatro respuestas se dan para causarle un pequeño dolor al interlocutor; por eso están muchas personas tan ávidas de compañía: les procura el sentimiento de su fuerza. En tales incontables pero diminutas dosis en que se hace valer, es la malicia un poderoso estimulante de la vida; así como la benevolencia, difundida de la misma forma en el mundo humano, es el remedio siempre dispuesto. Pero ¿habrá muchas personas sinceras que admitan que produce placer causar dolor, que no es raro divertirse —y divertirse mucho— agraviando, al menos de pensamiento, a los demás hombres y disparándoles la metralla de la malicia menuda? La mayoría son demasiado insinceros y algunos son demasiado buenos como para saber algo de este *pudendum*³²; siempre negarán por tanto éstos que Próspero Merimée tenga razón cuando dice: «Sachez aussi qu'il n'y a rien de plus commun que de faire le mal pour le plaisir de le faire»³³.

³¹ Cf. *La república*, III, 387-88 (ed. cast.: *Obras completas*, trad. José Antonio Míguez, Aguilar 19742, pág. 702). Platón (428-348 a.C.): filósofo griego.

³² «Motivo de vergüenza».

³³ «Sabad también que no hay nada más común que hacer el mal por el placer de hacerlo.» *Lettres à une inconnue... précédées d'une étude sur Merimée par H. Taine*, París 1874, I, 8. Prosper Merimée (1803-70): escritor francés, autor de *Carmen*. Cf. *La genealogía de la moral*, II, 5 (ed. cast., cit., pág. 74).

51

*Cómo la apariencia se convierte en ser*³⁴. El actor no puede en definitiva, ni siquiera en el más profundo dolor, por ejemplo en el entierro de su hijo, dejar de pensar en la impresión de su persona y en el efecto escénico del conjunto³⁵; llorará por su propio dolor y por las exteriorizaciones del mismo, como su propio espectador. El hipócrita que siempre desempeña uno y el mismo papel acaba por dejar de ser hipócrita; por ejemplo, los sacerdotes, que en su juventud son por lo común, consciente o inconscientemente, hipócritas, acaban por adquirir naturalidad y es precisamente entonces cuando son efectivamente, sin la menor afectación, sacerdotes; o bien, si el padre no llega a tanto, quizá el hijo, que se aprovecha de la ventaja del padre, hereda su habituación. Cuando alguien quiere durante mucho tiempo y tenazmente *aparentar* algo, acaba por serle difícil *ser* otra cosa. La vocación de casi todos los hombres, incluido el artista, comienza por una hipocresía, por un remedo de lo exterior, por una copia de lo efectista. El que lleva siempre la máscara de los semblantes afables, acaba inevitablemente por adquirir un dominio sobre los humores benévolos, sin el cual no puede forzarse la expresión de la afabilidad, y al final éstos adquieren dominio sobre él: *es* benévolo.

52

El punto de sinceridad en el embuste. En todos los grandes embusteros merece destacarse un fenómeno al que deben su poder. En el acto propiamente dicho del embuste, entre todos los preparativos, lo aterrador de voz, expresión, gestos, en medio de la efectista puesta en escena, les sobreviene la *fe en sí mismos*: ésta es la que luego les habla tan portentosa y persuasivamente a los circunstantes. Los fundadores de religiones se diferencian de esos grandes embusteros en que no salen de este estado de autoengaño; o bien muy raramente tienen esos momentos de lucidez en que les asalta la duda; pero habitualmente se consuelan atribuyendo estos momentos de lucidez al maligno Antagonista. El autoengaño es necesario para que unos y otros obtengan grandiosos *efectos*. Pues los hombres creen en la verdad de lo a todas luces intensamente creído.

53

Pretendidas fases de la verdad. Uno de los habituales sofismas es éste: puesto que Fulano es sincero y franco con nosotros, dice la verdad. Así es como cree el niño en los juicios de los padres, el cristiano en las afirmaciones del fundador de la Iglesia. Asimismo, no se quiere conceder que todo aquello que los hombres han defendido en siglos pasados con sacrificio de felicidad y vida no eran

³⁴ *Wie der Schein zum Sein wird.*

³⁵ Cf. Diderot, *Paradoja del comediante* (1769) (ed. cast. en *Escritos Filosóficos*, trad. Fernando Savater, Editora Nacional 1975, págs. 139-216). Denis Diderot (1713-1784): escritor y filósofo ilustrado francés, director de la *Enciclopedia* entre 1747 y 1766.

más que errores: quizá se diga que han sido fases de la verdad. Pero en el fondo se piensa que si alguien ha creído sinceramente en algo y luchado y muerto por su fe, sería demasiado *intencional* que propiamente hablando no le hubiese animado más que un error. Tal fenómeno parece contradecir la justicia eterna; por eso el corazón de los hombres sensibles decreta una y otra vez, contra lo que les dice su cabeza, la tesis de que entre los actos morales y las percepciones intelectuales es de todo punto preciso un vínculo necesario. Desgraciadamente, no es así; pues no hay justicia eterna.

54

La mentira ¿Por qué en la vida cotidiana los hombres dicen la verdad la mayoría de las veces? No por cierto porque un dios haya prohibido la mentira. Sino, en primer lugar, porque es más cómodo; pues la mentira requiere invención, disimulo y memoria. (Por eso dice Swift ³⁶: quien cuenta una mentira rara vez se da cuenta de la pesada carga que se impone; en efecto, para sostener una mentira le hace falta inventar otras veinte.) Luego, porque en circunstancias simples es ventajoso decir directamente: quiero tal, he hecho cual, etcétera; por consiguiente, porque el camino de la coerción y la autoridad es más seguro que el de la astucia. Pero si el niño se ha criado en circunstancias domésticas complicadas, maneja la mentira con la misma naturalidad e involuntariamente dice siempre lo que le conviene; un sentido de la verdad, una repugnancia por la mentira en sí le son enteramente extraños e inaccesibles, y miente por tanto con toda inocencia.

55

Sospechar de la moral por causa de la fe. Ningún poder puede sostenerse si no lo representan más que hipócritas; por más elementos «mundanos» que todavía posea la Iglesia católica, su fuerza estriba en esas naturalezas sacerdotales aún hoy numerosas que hacen de la vida algo gravoso y de profundo significado, y cuya mirada y consumido cuerpo hablan de vigiliat, ayunos, ardientes plegarias, quizá incluso de flagelaciones; éstos son los que estremecen y angustian a los hombres: ¿cómo? ¿sería necesario vivir así?, esta es la espantosa pregunta que al verlos se le viene a uno a la boca. Al difundir esta duda van cimentando cada vez los puntales de su poder; ni siquiera los pensadores liberales osan oponerse con acusado sentido de la verdad al asceta de esta índole y decir: «¡Engañado, no engañes!». No les separa de él más que la diferencia de puntos de vista, en absoluto una diferencia de bondad o maldad; pero de ordinario lo que no gusta suele tratarse también injustamente. Se habla así de la listeza y del execrable arte de los jesuitas, pero se pasa por alto a qué autodisciplina se somete cada uno de los jesuitas y cómo la desahogada praxis de vida que predicán los manuales jesuíticos no debe en absoluto beneficiarles a ellos, sino al estamento laico. Cabe incluso preguntar si nosotros los ilustrados, con táctica y organización muy

³⁶ *Humoristische Werke*, II, 188, Stuttgart 1844, BN.

semejantes, seríamos tan buenos instrumentos como dignos de admiración por autodisciplina, resistencia a la fatiga y abnegación.

56

Victoria del conocimiento sobre el mal radical. A quien quiera ser sabio le es muy conveniente haber albergado durante mucho tiempo la idea del hombre fundamentalmente malo y corrupto: es tan falsa como la opuesta; pero ejerció la hegemonía durante épocas enteras y sus raíces han brotado hasta dentro de nosotros y nuestro mundo. Para comprendernos, debemos comprenderla; pero para ascender luego más alto, debemos elevarnos por encima de ella. Reconocemos entonces que no hay pecados en sentido metafísico; pero, en el mismo sentido, tampoco virtudes; que todo este ámbito de las ideas éticas está en constante fluctuación, que hay conceptos más elevados y más hondos de bueno y malo, ético y no ético. Quien de las cosas no apetece mucho más que conocimiento de las mismas, fácilmente alcanza la paz con su alma, y a lo sumo por ignorancia, pero difícilmente por apetencia, errará (o pecará, como dice la gente). Ya no querrá estigmatizar y extirpar los apetitos; pero su única meta, que le domina completamente, *conocer* siempre tan bien como sea posible, lo volverá frío y amansará toda la fiera de su disposición. Además, se ha deshecho de una multitud de ideas atormentadoras; nada siente ya ante palabras como penas del infierno, pecaminosidad, incapacidad para el bien: en ellas no reconoce más que las sombras evanescentes de falsas concepciones del mundo y de la vida.

57

La moral como autodivisión del hombre. Un buen autor, que ponga efectivamente el corazón en su asunto, desea que venga alguien y le anonade mediante una exposición más clara del mismo asunto y la respuesta definitiva a todas las preguntas contenidas en él. La joven enamorada desea poder comprobar con la infidelidad del amado la abnegada fidelidad de su amor. El soldado desea caer en el campo de batalla por su patria victoriosa: pues con la victoria de su patria triunfa su deseo supremo. La madre le da al hijo aquello de que ella misma se priva: sueño, la mejor comida, en ciertas circunstancias su salud y sus bienes. ¿Son todas éstas situaciones altruistas? ¿Son estos actos de moralidad *milagros*, puesto que, según la expresión de Schopenhauer, son «imposibles y, sin embargo, reales»? ¿No está claro que en todos estos casos el hombre antepone *algo de sí*, un pensamiento, un anhelo, un producto, a *algo distinto de sí*, que por consiguiente *divide* su ser y sacrifica una parte a las demás? ¿Es algo *sencillamente* diferente cuando un testarudo dice: «prefiero caer a cederle a este hombre el paso»? En todos los casos mencionados se da la *inclinación hacia algo* (deseo, impulso, anhelo); ceder a ella, con todas sus consecuencias, no es en cualquier caso «altruista». En la moral el hombre no se trata como *individuum*, sino como *dividuum*³⁷.

³⁷ Términos de la filosofía escolástica: *Individuum*, lo que no puede dividirse sin destruir su esencia; *dividuum*, lo compuesto y por tanto carente de esencia individual.

58

Lo que se puede prometer. Se pueden prometer acciones, pero no sentimientos, pues éstos son involuntarios³⁸. Quien promete a alguien amarlo siempre u odiarlo siempre o serle siempre fiel, promete algo que no está en su poder; en cambio, puede sin duda prometer acciones, las cuales son por cierto habitualmente las consecuencias del amor, del odio, de la fidelidad, pero pueden también derivar de otros motivos. Por consiguiente, prometer a alguien amarlo siempre significa: mientras te ame, te dispensaré las acciones del amor; si dejo de amarte, seguirás recibiendo de mí, aunque por otros motivos, las mismas acciones, de modo que en la mente de los demás persista la apariencia de que el amor es inmutable y siempre el mismo. Por tanto, cuando sin autoofuscación se le promete a alguien amor perpetuo, se promete la perduración de la apariencia del amor.

59

Intelecto y moral. Hay que tener una buena memoria para poder cumplir promesas dadas. Hay que tener una gran fuerza de imaginación para poder compadecerse. Tan estrechamente ligada está la moral a la bondad del intelecto.

60

Quererse vengar y vengarse. Tener un pensamiento de venganza y llevarlo a cabo significa sufrir un acceso de fiebre violento, pero pasajero; en cambio, tener un pensamiento de venganza sin fuerza ni coraje para llevarlo a cabo significa soportar una dolencia crónica, un envenenamiento del cuerpo y del alma. La moral, que sólo contempla las intenciones, evalúa por igual ambos casos; habitualmente se evalúa el primer caso como el peor (por las malas consecuencias que quizá acarree el hecho de vengarse). Ambas apreciaciones son miopes.

61

Saber esperar. Saber esperar es tan difícil que los más grandes poetas no han desdenado hacer del no saber esperar el motivo de sus poemas. Así Shakespeare en *Otelo*, Sófocles en *Ajax*³⁹: el suicidio de éste ya no le habría parecido necesario sólo con que hubiese dejado que su sentimiento se enfriase un día más, como sugiere el oráculo; probablemente se habría burlado de las terribles insinuaciones de la vanidad herida y se habría dicho: ¿quién en mi caso no ha tomado una

³⁸ Como preparación para una nueva *Consideración intempestiva*, Nietzsche había escrito: «Se puede prometer una acción, pero no sentimientos. Pues a cada acción conducen diferentes motivos.»

³⁹ En *Otelo*, del poeta dramático inglés William Shakespeare (1564-1616), el protagonista, vencido por el malvado Yago de la infidelidad de su virtuosa esposa Desdémona, estrangula a ésta y luego, al comprender la verdad, se suicida. También Ajax, en la obra epónima del poeta trágico griego Sófocles (496-406 a. C.), acabará arrojándose sobre su espada al darse cuenta de que ha atacado a un rebaño de ovejas, a las que tomaba por un ejército de soldados, despedido porque Agamenón ha recompensado a Ulises y no a él con la armadura de Aquiles.

oveja por un héroe? ¿Es, pues, algo tan monstruoso? Por el contrario, no es más que algo universalmente humano: Ayax podría haberse consolado así. La pasión no quiere esperar; con frecuencia, en la vida de los grandes hombres lo trágico no reside en su conflicto con la época y la bajeza de sus contemporáneos, sino en su incapacidad para aplazar su obra uno o dos años: no saben esperar. En todos los duelos, de lo único que los amigos que prestan su consejo tienen que asegurarse es de si las personas participantes pueden todavía esperar: si no es este el caso, entonces un duelo es razonable en la medida en que ambos se digan a sí mismos: «o sigo con vida, y entonces ése debe morir al punto, o a la inversa». En tal caso esperar significaría seguir sufriendo ese terrible martirio del honor ofendido a la vista de su ofensor; y esto puede ser un sufrimiento mayor de lo que en definitiva vale la vida.

62

Embriaguez de venganza. Los hombres groseros que se sienten agraviados suelen elevar tanto como es posible el grado de agravio y relatan la causa en términos muy exagerados, nada más que para poder embriagarse con el sentimiento de odio y venganza una vez suscitado.

63⁴⁰

Valor de la detracción. No pocas personas, quizá la mayoría, para mantener en pie en ellas su autoestima y una cierta virtualidad al obrar, tienen absoluta necesidad de rebajar y detraer en su representación a todas las personas que conocen. Pero como las naturalezas mezquinas están en mayoría e importa mucho si tienen o pierden esa virtualidad, resulta que...

64

El arrebatado. Ante alguien que se arrebatara contra nosotros debe uno ponerse en guardia como ante alguien que en una ocasión haya atentado contra nuestra vida; pues *que* todavía vivamos se debe a la falta de poder para matar; si bastaran miradas, ha mucho que ya no viviríamos. Es parte de una cultura tosca reducir a alguien al silencio dando muestras de ferocidad física, infundiendo miedo. Asimismo, esa fría mirada que los aristócratas tienen para sus sirvientes es un resto de aquellos deslindes entre los hombres según las castas, una muestra de tosca antigüedad; las mujeres, las conservadoras de lo antiguo, han conservado también más fielmente este vestigio⁴¹.

⁴⁰ Cf. 26 [1].

⁴¹ *Cl* concluía con este pasaje: «Contra tales personas retrógradas cabe la defensa propia, es decir, un modo de defenderse que no se ha desarrollado más que en las culturas primitivas; pero nos vemos llevados a ella cuando alguien es demasiado grosero y retrógrado para comprender el espíritu refinado. La mejor forma de defensa propia es el desprecio claramente expresado: una fría palabra desdeñosa contra el arrebatado, una sonrisa y un gesto con la mano frente a la mirada fría y perversa».

65

*Adónde puede conducir la sinceridad*⁴². Alguien tenía la mala costumbre de a veces expresarse con entera sinceridad sobre los motivos por los cuales actuaba y que eran tan buenos o tan malos como los motivos de todas las personas. Primero suscitó escándalo, luego recelo, poco a poco fue proscrito y desterrado de la sociedad, hasta que finalmente la justicia se acordó de un ser tan depravado en una ocasión en que de ordinario no solía tener ojos o bien los cerraba. La falta de discreción sobre el secreto general y la propensión irresponsable a ver lo que nadie quiere ver —a sí mismo— le llevaron a prisión y a una muerte prematura.

66⁴³

Punible, nunca castigado. Nuestro crimen contra los criminales consiste en que los tratamos como canallas.

67

*Sancta simplicitas*⁴⁴ *de la virtud*. Toda virtud tiene privilegios; por ejemplo, el de contribuir con su propio pequeño haz de leña a la hoguera de un condenado.

68

Moralidad y éxito. Con frecuencia no sólo los espectadores de un acto miden lo moral o inmoral del mismo por el éxito: no, el autor mismo hace esto. Pues los motivos e intenciones rara vez son suficientemente claros y simples, y a veces incluso la memoria aparece perturbada por el éxito del acto, de modo que uno adscribe motivos falsos a su propio acto o trata como esenciales los motivos inesenciales. El éxito le da a menudo a un acto el brillo pleno y sincero de la buena conciencia; un fracaso proyecta la sombra del remordimiento de conciencia sobre la acción más respetable. De ahí resulta la conocida práctica del político, que piensa: «no me deis más que el éxito: con él tendré a mi lado a todas las almas honradas, y yo mismo me convertiré en honrado ante mí mismo». De modo análogo debe el éxito reemplazar a la mejor motivación. Muchas personas cultas creen aún ahora que la victoria del cristianismo sobre la filosofía griega es una prueba de la mayor verdad del primero, aunque en este caso no haya vencido sino lo más grosero y violento sobre lo más espiritual y lo delicado. Lo que hay de mayor verdad ha de deducirse del hecho de que las ciencias que van despertando han incorporado punto por punto la filosofía de Epicuro y refutado punto por punto el cristianismo⁴⁵.

⁴² En *Md* este título era: «La sinceridad conduce a la horca.»

⁴³ Cf. 17 [101], 18 [51].

⁴⁴ «Santa simplicidad».

⁴⁵ Epicuro (241-270 a. C.): filósofo griego, fundador de la filosofía a que presta su nombre y que junto con el estoicismo mantuvo vivo el espíritu del mundo grecorromano hasta la implantación del cristianismo.

69⁴⁶

Amor y justicia. ¿Por qué se sobreestima el amor en detrimento de la justicia y se dicen de él las cosas más bellas, como si fuese una esencia muy superior a esa otra? ¿No es, pues, a todas luces más estúpido que ella? Sin duda, pero precisamente por esto tanto *más agradable* para todos. Es estúpido y parece una rica cornucopia de dones que reparte entre todos, incluidos quienes no los merecen y ni siquiera los agradecen. Es imparcial como la lluvia, que, según la Biblia⁴⁷ y la experiencia, cala hasta los huesos, no sólo al injusto, sino a veces también al justo.

70

Ajusticiamiento. ¿Cómo es que todo ajusticiamiento agravia más que un asesinato? Se debe a la frialdad del juez, los penosos preparativos, la percepción de que aquí se está utilizando a un hombre como medio para intimidar a otros. Pues la culpa no se castiga, aunque la hubiera: ésta la tienen los educadores, los padres, el ambiente, nosotros, no el asesino; me refiero a las circunstancias determinantes.

71

La esperanza. Pandora trajo el tonel de los males y lo abrió⁴⁸. Era el regalo de los dioses a los hombres, por fuera un bello y seductor regalo, etiquetado como «tonel de la dicha». De allí salieron volando todos los males, seres vivientes alados: desde entonces andan vagando y causando daño a los hombres día y noche. Cuando Pandora cerró la tapa por voluntad de Zeus, un único mal no había aún escapado y quedó dentro del tonel. Tiene ahora el hombre para siempre el tonel de la dicha en casa y piensa maravillas del tesoro que en él tiene; está a su disposición y se sirve de él cuando le place; pues no sabe que ese tonel que Pandora trajo era el de los males, y considera el mal que quedó dentro como el bien supremo: es la esperanza. En efecto, Zeus quería que el hombre, por atormentado que estuviese por los otros males, no se quitase la vida, sino que continuara dejándose atormentar siempre de nuevo. Para ello le da al hombre la esperanza: ésta es en verdad el peor de los males, pues prolonga el tormento de los hombres⁴⁹.

⁴⁶ Cf. 22 [43].

⁴⁷ Cf. *Mateo*, 5:45: «... para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos.»

⁴⁸ Según Hesíodo, Pandora aporta como dote a su matrimonio con Epimeteo un *πίθος* (*dolium* en latín), una gran tinaja de barro (no una caja). Nietzsche emplea la palabra *Fass*, más próxima a barril, cuba, barrica. Cf. Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 90 ss. (ed. cast., *La Grecia clásica*, trad. Juan B. Bergua, Ediciones Ibéricas 1969, pág. 103). Hesíodo (s. VIII a. C.): poeta épico, moralista y didáctico griego, autor conocido, además de por *Los trabajos y los días*, por la *Teogonía* y *El escudo de Hércules* (dudoso).

⁴⁹ *Ep* añade: «Así entendía Hesíodo la esperanza; pero los filólogos no han comprendido a este antiguo heocio. Ahora bien, ¿quién es heocio?» Cf. *Aurora*, par. 38 (ed. cast.: *Obras completas*, cit., vol. II, págs. 702 s.).

72

El grado de inflamabilidad moral, desconocido. Del hecho de haber experimentado ciertos entremecedores espectáculos e impresiones, por ejemplo, de un padre injustamente juzgado, muerto y martirizado, de una esposa infiel, de un cruel asalto del enemigo, depende que nuestras pasiones alcancen la incandescencia y guíen toda nuestra vida o no. Nadie sabe a qué pueden empujarle las circunstancias, la compasión, la indignación, no conoce su grado de inflamabilidad. Pequeñas circunstancias miserables hacen miserable; no es habitualmente de la calidad de las vivencias, sino de su cantidad, de lo que depende la hajeza o elevación del hombre, en el bien y en el mal.

73⁵⁰

El mártir a la fuerza. Había en un partido un hombre demasiado medroso y cobarde para contradecir jamás a sus camaradas: se le utilizaba para cualquier servicio, de él se conseguía todo, pues temía la mala opinión de sus compañeros más que la muerte; se trataba de una miserable alma débil. Ellos conocían esto y, apoyándose en las propiedades mencionadas, hicieron de él un héroe y por fin hasta un mártir. Aunque el cobarde interiormente siempre decía no, sus labios siempre decían sí, incluso en el cadalso, cuando murió por los ideales de su partido; junto a él estaba, en efecto, uno de sus viejos correligionarios, que mediante la palabra y la mirada lo tiranizó de tal modo que efectivamente afrontó la muerte del modo más decoroso y es desde entonces celebrado como mártir y gran carácter.

74

Criterio para todos los días. Rara vez se errará si se reducen las acciones extremas a la vanidad, las mediocres a la habituación⁵¹ y las mezquinas al miedo.

75

Malentendido sobre la virtud. Quien ha conocido el vicio en conexión con el placer, así como el que deja tras de sí una juventud ávida de goces, se imagina que la virtud debe estar ligada al displacer. A quien por el contrario han agobiado mucho sus pasiones y vicios, anhela en la virtud la calma y la dicha del alma. Por eso es posible que dos virtuosos no se entiendan entre sí en absoluto.

76⁵²

El asceta. El asceta hace de la virtud necesidad.

⁵⁰ Cf. 19 [106].

⁵¹ habituación] En una redacción previa del pasaje: 'imitación'.

⁵² Cf. 16 [14].

77

El honor, transferido de la persona a la causa. Se honran generalmente los actos de amor y de sacrificio en favor del prójimo, donde quiera que se muestren. Aumenta así la *estimación de las cosas* que son amadas de esa manera o por las cuales uno se sacrifica, aunque quizá no sean en sí de mucho valor. Un ejército valiente convence de la causa por la que lucha.

78⁵³

La ambición, un sucedáneo del sentimiento moral. En naturalezas carentes de ambición no puede faltar el sentimiento moral. Los ambiciosos se las arreglan sin él, con casi el mismo éxito. Por eso los hijos de familias modestas, ajenas a toda ambición, si alguna vez pierden el sentimiento moral, suelen convertirse rápidamente en perfectos canallas.⁵⁴

79

La vanidad enriquece. ¡Qué pobre sería el espíritu humano sin la vanidad! Pero con ella se asemeja a un bazar bien surtido y nunca desabastecido, que atrae a compradores de todas las clases: pueden encontrar casi de todo, tenerlo todo, siempre que lleven consigo la moneda en curso (la admiración).

80

El viejo y la muerte. Dejando aparte las exigencias que plantea la religión, cabe sin duda preguntar: ¿por qué habría de ser más honroso para un hombre llegado a viejo, que siente la mengua de sus fuerzas, esperar su lento agotamiento y derrumbe que fijarse un plazo con plena consciencia? El suicidio es en este caso una sencillísima acción del todo natural, que, como victoria de la razón, a justo título debiera suscitar respeto; y lo suscitaba en aquellos tiempos en que los adalides de la filosofía griega y los más esforzados patriotas romanos solían apelar al suicidio en la hora de la muerte. En cambio, el afán por prolongar la vida de día en día en ansiosa consulta a los médicos y con el más penoso régimen de vida, sin fuerzas para acercarse a la meta propiamente dicha de la vida, es mucho menos respetable. Las religiones son ricas en subterfugios ante el reto del suicidio: con ello engatusan a los enamorados de la vida.⁵⁵

⁵³ Cf. 22 [101].

⁵⁴ Por eso! Variante de este final apuntada en 1877: «Pero los que no tienen sentimiento moral ni ambición, esos son los canallas.»

⁵⁵ En cambio! *fp*: «Esto debería caer por su propio peso. Pero el cristianismo ha falseado el sentimiento de los hombres: nos es menester aprender a sentir naturalmente.»

81

Errores del autor y de la víctima. Cuando el rico le arrebató al pobre una propiedad (por ejemplo, un príncipe la amada al plebeyo), nace en el pobre un error: cree que para quitarle lo poco que él tiene, aquél debe de ser un hombre enteramente perverso. Pero aquél no siente tan profundamente el valor de una sola propiedad, pues está habituado a tener mucho; de modo que no puede trasplantarse al alma del pobre y no le hace tanta injusticia como éste cree. Cada uno tiene una falsa idea del otro. La injusticia del poderoso que más subleva en la historia no es ni con mucho tan grande como parece. Ya la sensación hereditaria de ser un ser superior con aspiraciones superiores enfría bastante y calma la conciencia: cuando la diferencia entre nosotros y otro ser es muy grande, todos dejamos incluso de sentir en absoluto la injusticia, y matamos por ejemplo una mosca sin ningún remordimiento de conciencia. No es así ningún signo de maldad en Jerjes ⁵⁶ (a quien incluso todos los griegos describen como eminentemente noble) que le quite su hijo al padre y lo haga descuartizar por haber manifestado una medrosa, execrable desconfianza hacia toda la expedición militar: en este caso el individuo es eliminado como un insecto molesto, es demasiado inferior para poder suscitar prolongados sentimientos atormentadores en un amo del mundo. Más aún, todo cruel no es cruel en la medida en que el maltratado cree; la representación del dolor no es lo mismo que su padecimiento. Otro tanto sucede con los jueces injustos, con el periodista que con pequeños fraudes extravía a la opinión pública. Causa y efecto están en todos estos casos rodeados por grupos de sentimientos y pensamientos enteramente diferentes; mientras que involuntariamente se presupone que el autor y la víctima piensan y sienten igual, y, conforme a este presupuesto, se mide la culpa del uno por el dolor del otro.

82

La piel del alma. Así como los huesos, carnes, intestinos y vasos sanguíneos están encerrados en una piel que hace soportable el aspecto del hombre, así envuelve la vanidad las emociones y pasiones del alma: es la piel del alma.

83 ⁵⁷

Sueño de la virtud. La virtud se levantará más fresca después de haber dormido.

⁵⁶ Jerjes: rey de Persia (486-465 a. C.). Cf. Herodoto: *Historias*, VII, 38-9 (ed. cast., trad. P. Bartolomé Pou, S. Y., Iberia 1976, vol. II, págs. 151-2): Pitio, quien ha visto un signo de mal agüero, suplica para su primogénito la exención del combate en la campaña de Jerjes. Este ordena que se parta en dos al hijo.

⁵⁷ Cf. 18 [18].

84

Refinamiento de la vergüenza. Los hombres no se avergüenzan de pensar algo sórdido, pero sí cuando se imaginan que se les considera capaces de estos pensamientos sórdidos.

85

La maldad es rara. Los hombres están en su mayoría demasiado ocupados consigo para ser malvados.

86

El fiel de la balanza. Se elogia o censura según lo uno o lo otro reporte mayor ocasión de lucir nuestro juicio.

87⁵⁸

Lucas 18, 14, corregido. El que se humilla quiere ser ensalzado.⁵⁹

88

Prohibición del suicidio. Hay un derecho según el cual le quitamos la vida a un hombre, pero no uno según el cual le quitemos la muerte: esto no es sino crueldad.⁶⁰

89⁶¹

Vanidad. Nos interesa la buena opinión de los hombres, primero porque nos es útil, luego porque queremos complacerles (los hijos a los padres, los discípulos a los profesores y en general los hombres benévolos a todos los demás hombres). Sólo cuando a alguien le importa la buena opinión de los hombres, al margen de la ventaja o de su deseo de complacer, hablamos de vanidad. En este caso, el hombre quiere complacerse a sí mismo, pero a expensas de sus semejantes, bien induciéndoles a una falsa opinión sobre sí, o bien alcanzando un grado de «buena opinión» que inevitablemente fastidie a todos los demás (suscitando envidia). El individuo habitualmente quiere, mediante la opinión de otros, acreditar y fortalecer ante sí la opinión que de sí tiene; pero la poderosa habituación a la autoridad —una habituación tan vieja como el hombre— lleva también a muchos a apoyar en la autoridad su propia fe en sí, a no aceptarla por tanto sino

⁵⁸ Cf. 21 [52].

⁵⁹ Lucas 18:14: «El que se humilla será ensalzado».

⁶⁰ Primera versión (1874): «No hay un derecho en virtud del cual podamos impedirle a un hombre que se quite la vida. Poner al criminal en esta situación de estar obligado a vivir es crueldad».

⁶¹ Cf. 20 [6].

de la mano de otros; fían más en el juicio de los demás que en el propio. El interés por sí mismo, el deseo de darse gusto, alcanza en el vanidoso tal altura, que induce a los demás a una estima de él mismo falsa, demasiado elevada, y luego se atiene, no obstante, a la autoridad de los demás: provoca por tanto el error y sin embargo le da crédito. Debe por consiguiente concederse que los hombres vanidosos no quieren tanto agradar a otros como a sí mismos, y que llegan al extremo de desdeñar así su propio provecho; pues a menudo se empeñan en disponer a sus semejantes desfavorable, hostil, envidiosa, perjudicialmente por tanto, contra sí, sólo para tener el disfrute de sí mismos, el autogozo.

90

Límites de la filantropía. Todo aquel que ha declarado que el otro es un imbécil, un tipo malvado, se enfada si éste demuestra finalmente que no lo es.

91⁶²

*Moralité larmoyante.*⁶³ ¡Cuánto placer proporciona la moralidad! ¡Piénsese nada más en el mar de agradables lágrimas que ha corrido ya a propósito de relatos de acciones nobles, magnánimas! Este encanto de la vida desaparecería si aumentase la creencia en la irresponsabilidad total.

92

Origen de la justicia. La justicia (equidad) se origina entre personas más o menos *igualmente poderosas*, como acertadamente lo comprendió Tucídides (en el terrible diálogo entre los emisarios atenienses y melios⁶⁴); allí donde no hay poder dominante claramente reconocible y una lucha revertiría en un inútil perjuicio recíproco, brota la idea de entenderse y ponerse de acuerdo sobre las pretensiones de ambos bandos; el carácter inicial de la justicia es el carácter de *trueque*. Cada cual da satisfacción al otro, en tanto que cada cual recibe lo que valora más que el otro. Se le da a cada uno lo que en adelante quiere tener como suyo, y se recibe a cambio lo deseado. La justicia es por tanto retribución y trueque bajo el supuesto de un poderío más o menos igual: de modo que originariamente la venganza pertenece al ámbito de la justicia, es un trueque. Lo mismo que la gratitud. La justicia se reduce naturalmente al punto de vista de una autoconservación sagaz, por tanto al egoísmo de aquella reflexión: «¿para qué perjudicarme inútilmente y quizá no alcanzar sin embargo mi meta?». Esto por lo que al *origen* de la

⁶² Cf. 22 [87].

⁶⁴ «Moralidad lacrimosa». Nietzsche está aquí jugando con la expresión *comédie larmoyante*, un popular género teatral del siglo XVIII, introducido por Destouches (1680-1754) y desarrollado posteriormente por Diderot (*Les fils naturels*, 1757; *Le père de famille*, 1758).

⁶⁵ Cf. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, V, 85-113: negociaciones entre las partes antes del asedio y asalto de Melos por los atenienses en el 416 a. C. (ed. cast.: trad. Vicente López Soto, Juventud 1975, págs. 423-32). Tucídides (ca. 460-396 a. C.): historiador griego.

justicia se refiere. Del hecho de que los hombres, conforme a su hábito intelectual, hayan *olvidado* el fin originario de actos llamados justos, equitativos, y sobre todo dado que durante milenios se les ha enseñado a los niños a admirar e imitar tales actos, ha ido naciendo paulatinamente la apariencia de que un acto justo es un acto altruista; pero en esta apariencia estriba la alta estimación del mismo, la cual además, como todas las estimaciones, va en incremento constante: pues algo altamente estimado es perseguido, imitado, multiplicado con sacrificio, y se agranda por el hecho de que cada individuo le añade al valor de la cosa estimada el valor del esfuerzo y el celo aplicados. ¡Qué aspecto más poco moral tendría el mundo sin el olvido! Un poeta podría decir que Dios ha apostado el olvido como cancerbero en el umbral del templo de la dignidad humana.

93

Del derecho del más débil. Cuando alguien, por ejemplo una ciudad asediada, se somete bajo condiciones a alguien más poderoso, la alternativa es la de que uno puede destruirse, incendiar la ciudad y causarle por tanto una gran mengua al poderoso. Surge aquí por tanto una especie de *equiparación* sobre cuyos cimientos pueden establecerse derechos. Al enemigo la conservación le resulta ventajosa. En tal medida hay también derechos entre esclavos y amos, es decir, exactamente en la medida en que la posesión del esclavo le es útil e importante al amo. Originariamente el *derecho es proporcional al grado* en que uno se le *aparece* al otro valioso, esencial, imprescindible, invencible, etc. En este sentido el más débil tiene también derechos, pero menores. De ahí el famoso *unusquisque tantum juris habet, quantum potentia valet*⁶⁵ (o, más exactamente: *quantum potentia valere creditur*).⁶⁶

94⁶⁷

Las tres fases de la moralidad hasta la fecha. El primer signo de que el animal se ha convertido en hombre se produce cuando sus actos ya no se refieren al bienestar del momento, sino al duradero, cuando el hombre por tanto deviene *útil, conforme a fin*: entonces irrumpe el libre dominio de la razón. Una etapa aún más elevada se alcanza cuando actúa según el principio del *honor*; en virtud de éste se alinea, se somete a sentimientos colectivos, y esto le eleva muy por encima de la fase en que sólo le guiaba la utilidad personalmente entendida: respeta y quiere ser respetado; es decir: concibe el provecho como dependiente de lo que él opina de los demás y éstos de él. Por último, en la etapa más elevada de la moralidad *hasta la fecha*, actúa según *su* criterio sobre las cosas y los hombres, él mismo determina, para sí y para los demás, lo que es honorable, lo que es útil; se ha con-

⁶⁵ «El derecho de cada cual es proporcional al poder que tiene.» Spinoza: *Tractatus Politicus*, II, 8 (vid. ib. 4). Citado por Schopenhauer en *Parerga y paralipomena*. *Baruch Spinoza* (1632-1677): filósofo racionalista holandés.

⁶⁶ «Al poder que se cree tener».

⁶⁷ Cf. 21 [36].

vertido en el legislador de las opiniones, conforme al concepto cada vez más desarrollado de lo útil y honorable. El conocimiento le capacita para anteponer lo más útil, es decir, el provecho general duradero, al personal, el reconocimiento de validez general duradera al momentáneo; vive y actúa como individuo colectivo.

95

Moral del individuo maduro. Hasta ahora se ha considerado como el signo distintivo propiamente dicho de la acción moral lo impersonal; y está demostrado que en un principio aquello por lo que se elogiaba y se distinguía todas las acciones impersonales era la atención al provecho general. ¿No debiera ser inminente una significativa transformación de estos enfoques, ahora que cada vez se percibe mejor que es precisamente en la mayor atención posible a lo *personal* donde mayor es también el provecho para lo general, de modo que precisamente los actos estrictamente personales corresponden al concepto actual de moralidad (en cuanto utilidad general)? Hacer de sí una *persona* cabal y en todo lo que se hace tener en cuenta el *beneficio supremo*, no lleva más lejos que estas emociones y acciones en favor de otros. Por supuesto, todos nosotros aún adolecemos siempre del demasiado escaso respeto a lo personal en nosotros; esto está precariamente desarrollado, admitámoslo: nuestro sentido más bien se ha retraído violentamente de ello y se lo ha ofrecido como sacrificio al Estado, a la ciencia, al desamparado, como si fuera lo malo que debiera ser sacrificado. También ahora queremos trabajar por nuestros semejantes, pero sólo en tanto en cuanto en este trabajo hallemos nuestra máxima ventaja propia, ni más ni menos. Todo depende de qué entiende uno por *su ventaja*; precisamente el individuo inmaduro, rudimentario, tosco, será quien lo entenderá también más toscamente.

96⁶⁸

*Costumbre y decente*⁶⁹. Ser moral, decente, ético, significa prestar obediencia a una ley o tradición de antiguo fundada. Es indiferente si uno se somete a ella de buen o mal grado, basta con que lo haga. Se llama «bueno» al que por naturaleza, siguiendo una larga herencia, por tanto fácil y prestamente, obra lo decente, sea esto cada vez lo que sea (por ejemplo, tomando venganza cuando tomar venganza forma parte, como entre los antiguos griegos, de las buenas costumbres). Se le llama bueno porque es bueno «para algo»; pero puesto que, pese a los cambios de costumbres, la benevolencia, la compasión y otras cosas por el estilo son siempre sentidas como «buenas para algo», como útiles, ahora se llama primordialmente «bueno» al benevolente, al servicial. Malo es ser «no decente» (indecente), practicar la indecencia, contravenir la tradición, sea ésta racional o estúpida; pero en todas las leyes de decencia de las diferentes épocas se ha sentido primordialmente como pernicioso lo pernicioso para el prójimo, de modo

⁶⁸ Cf. 22 [87].

⁶⁹ En este aforismo, en el que Nietzsche emplea en una ocasión *ethisch*, traduciremos *sittlich* por «decente», pero *Sitte* por «costumbre». Vid. notas 70 y 71 a 19 [114], 15 a 23 [14] y 75 a 23 [96].

que ahora con la palabra «malo» pensamos sobre todo en el perjuicio voluntario al prójimo. Lo «egoísta» y lo «altruista» no es la oposición fundamental que ha llevado a los hombres a la distinción entre decente e indecente, bueno y malo, sino: acatamiento de una tradición, de una ley, y emancipación de la misma. A este respecto da igual cómo haya *nacido* la tradición: en cualquier caso, sin atender a bueno y malo o a cualquier imperativo categórico⁷⁰ inmanente, sino ante todo con el fin de la conservación de una *comunidad*, de un pueblo; todo uso supersticioso nacido sobre la base de un azar falsamente interpretado impone una tradición que es decente seguir; emanciparse de ella es, en efecto, peligroso, más pernicioso todavía para la *comunidad* que para el individuo (pues la deidad castiga la blasfemia y toda violación de sus privilegios en la comunidad, y sólo en tal medida también en el individuo). Ahora bien, toda tradición se hace cada vez más respetable cuanto más remoto se hace su origen, cuanto más se olvida éste; la veneración que se le tributa va acumulándose de generación en generación, la tradición acaba por sacralizarse y suscitar respeto; y así la moral de la piedad es en todo caso mucho más antigua que la que exige actos altruistas.

97

El placer en la costumbre. Un género importante de placer, y por tanto fuente de la moralidad, tiene su origen en el hábito. Lo habitual se hace más fácilmente, mejor, por tanto más a gusto, se siente un placer al hacerlo, y se sabe por experiencia que lo habitual no ha defraudado, por tanto es útil; una costumbre con la que se puede vivir está demostrada como sana, provechosa, en contraste con todos los nuevos ensayos todavía no acrisolados. La costumbre es, por consiguiente, la unión de lo agradable y lo útil, y además no hace menester ninguna reflexión. Tan pronto el hombre puede ejercer coacción, la ejerce, a fin de imponer e introducir sus *costumbres*, pues éstas son para él la sabiduría acrisolada de la vida. Asimismo, una comunidad de individuos obliga a cada uno de ellos a la misma costumbre. Aquí el sofisma es: dado que uno se siente bien con una costumbre, o dado al menos que por medio de ella uno conserva su existencia, esta costumbre es necesaria, pues vale como la *única* posibilidad de que uno se sienta bien; el bienestar de la vida parece provenir únicamente de ella. Esta concepción de lo habitual como una condición de la existencia se lleva hasta los menores detalles de la costumbre: puesto que en los pueblos y culturas de bajo nivel es muy reducida la comprensión de la causalidad efectivamente real, se cuida con supersticioso temor de que todo siga el mismo curso; incluso allí donde la costumbre es penosa, dura, incómoda, se la conserva en razón de su utilidad aparentemente máxima. No se sabe que con otras costumbres puede darse el mismo grado de bienestar y puede incluso alcanzarse grados superiores. Pero sin duda se percibe que todas las costumbres, aun las más duras, con el

⁷⁰ Para Kant, el imperativo categórico —definido en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* como: «Obra como si la máxima de tu acción debiera tomarse, por tu voluntad, ley universal de la naturaleza» (ed. cast.: trad. Manuel García Morente, Espasa-Calpe 1973¹, pág. 77)— deriva de la naturaleza de la racionalidad. Vid. nota 40, 1 parte.

tiempo se tornan más agradables y más suaves, y que el modo de vida más estricto puede convertirse en un hábito y por tanto en un placer.

98

Placer e instinto social. De sus relaciones con otros hombres obtiene el hombre un nuevo género de *placer* que se agrega a aquellos sentimientos de placer que extrae de sí mismo; en general extiende con ello significativamente el reino del sentimiento placentero. Quizá muchas cosas de las que entre éstas se cuentan las haya ya heredado de los animales, que sienten a ojos vista placer cuando juegan unos con otros, sobre todo la madre con los cachorros. Piénsese luego en las relaciones sexuales, que hacen que casi todas las hembras les parezcan interesantes a todos los machos en vista del placer, y viceversa. El sentimiento de placer cimentado en relaciones humanas mejora en general a las personas; la alegría compartida, el placer gozado en común los intensifica, le da al individuo seguridad, le hace más cordial, disipa la desconfianza, la envidia: pues uno se siente a sí mismo bien y ve a los demás sentirse bien del mismo modo. Las *manifestaciones de placer de la misma índole* despiertan la fantasía de la simpatía, el sentimiento de ser algo igual: lo mismo hacen también los sufrimientos comunes, los mismos contratiempos, peligros, enemigos. Sobre esto se basa entonces sin duda la asociación más antigua, cuyo sentido es la eliminación y la defensa comunes frente a un *displacer* amenazante en provecho de todos y cada uno de los individuos. Y así es como el instinto social se deriva del placer.

99⁷¹

Lo inocente de las llamadas malas acciones. Todas las «malas» acciones están motivadas por el instinto de conservación o, más precisamente todavía, por el deseo de placer y la evitación del *displacer* del individuo; de tal modo motivadas, no son malas. «Causar dolor en sí» *no existe*, aparte de en el cerebro de los filósofos, lo mismo que «causar placer en sí» (compasión en sentido shopenhaueriano). En la situación *anterior* al Estado, matamos al ser, sea mono u hombre, que quiere coger antes que nosotros el fruto del árbol precisamente cuando tenemos hambre y corremos hacia el árbol; lo mismo que aún haríamos ahora con el animal si viajásemos por comarcas inhóspitas. Las malas acciones que actualmente más nos sublevan estriban en el error de que el otro que nos las inflige tiene libre albedrío, por tanto que queda a su *discreción* no hacernos este mal. Esta creencia en la *discreción* suscita el odio, el afán de venganza, la perfidia, toda la perversión de la fantasía, mientras que nos enfadamos mucho menos con un animal, pues lo consideramos como irresponsable. Hacer el mal, no por instinto de conservación, sino como represalia, es consecuencia de un juicio falso y por eso igualmente inocente. En la situación que antecede al Estado el individuo puede tratar a los demás, para *intimidarlos*, dura y cruelmente, a fin de asegurar su existencia mediante tales pruebas intimidatorias de su fuerza. Así

⁷¹ Cf. 21 [72].

actúa el violento, poderoso, el originario fundador del Estado que somete a los más débiles. Tiene derecho a ello, como aún ahora se lo arroga el Estado; o más bien: no hay ningún derecho que pueda impedir esto. Sólo puede prepararse el terreno para cualquier moralidad cuando un individuo superior o un individuo colectivo, por ejemplo, la sociedad, el Estado, somete a los individuos, por tanto los saca de su aislamiento y los alinea en un ensamble. La *coacción* precede a la moralidad, más aún, ésta misma es todavía durante un tiempo coacción a la que uno se sujeta para evitar el displacer. Más tarde se convierte en costumbre, luego en libre obediencia, finalmente casi en instinto: entonces, como todo lo desde ha mucho habitual y natural, se la asocia con el placer y se la llama *virtud*.

100

Pudor. El pudor existe donde quiera que haya un «misterio»; pero éste es un concepto religioso que en los primeros tiempos de la cultura humana tenía un gran alcance. Por doquier había dominios acotados a los que el derecho divino vedaba el acceso, salvo bajo determinadas condiciones: al principio de modo enteramente espacial, en cuanto que ciertos lugares no habían de ser hollados por el pie de los profanos y, al aproximarse a ellos, éstos sentían pavor y angustia. Este sentimiento fue de múltiples maneras transferido a otras situaciones, por ejemplo, a las relaciones sexuales, que, como privilegio y *ádyton*⁷² de la edad madura, debían ser sustraídas, para bien suyo, a las miradas de los jóvenes: relaciones para cuya protección y mantenimiento de la santidad se imaginaban muchos dioses activos y apostados como guardianes en la cámara nupcial. (Por eso en turco esta cámara se llama harén, «santuario», y por consiguiente se la designa con la misma palabra que se usa para los atrios de las mezquitas⁷³.) Así, la realeza, como centro que irradia poder y esplendor, es para el súbdito un misterio lleno de secretismo y de pudor: de lo que muchas secuelas se dejan aún sentir hoy día en pueblos que por lo demás de ningún modo se cuentan entre los pudorosos. Asimismo, para todos los no filósofos sigue todavía siendo un misterio todo el mundo de los estados internos, la llamada «alma», tras haberse creído durante un tiempo infinito que ésta era digna de un origen divino, de un trato con la divinidad; es por tanto un *ádyton* y suscita pudor.

101

*No juzguéis*⁷⁴. Al considerar períodos pretéritos, debe uno guardarse de caer en una censura injusta. La injusticia de la esclavitud, la crueldad del sojuzgamiento de personas y pueblos no han de medirse con nuestra vara. Pues en aquellos tiempos no estaba tan ampliamente desarrollado el instinto de la justicia. ¿Quién

⁷² En griego *ἄδυτον*: sagrario, la parte más íntima y reservada del templo o santuario, donde se pronunciaban los oráculos; tómese aquí como «sacramento».

⁷³ En efecto, harén o harem (del turco «harim») significa en general lugar vedado y en particular gineceo.

⁷⁴ Cf. *Mateo*, 7:1: «No juzguéis y no seréis juzgados.»

puede reprocharle al ginebrino ⁷⁵ Calvino la quema en la hoguera del médico Servet? ⁷⁶ Fue esta una acción consecuente derivada de sus convicciones, e igualmente tenía la Inquisición sus buenas razones; sólo que las opiniones dominantes eran falsas y resultaban en una consecuencia que se nos aparece dura, pues esas opiniones se nos han hecho extrañas. ¡Qué es por lo demás quemar en la pira a un individuo en comparación con los eternos suplicios del Infierno para casi todos! Y sin embargo esa idea reinaba entonces en todo el mundo, sin que con su horror mucho mayor perjudicase esencialmente la idea de un Dios ⁷⁷. También entre nosotros son los sectarios políticos tratados dura y cruelmente, pero, como se ha aprendido a creer en la necesidad del Estado, no se siente aquí la crueldad tanto como allí donde rechazamos las concepciones. La crueldad de los niños y los italianos para con los animales se reduce a la incompreensión; sobre todo en razón de los intereses de la doctrina clerical, el animal ha sido demasiado relegado con respecto al hombre. También se dulcificarán muchos de los horrores y atrocidades de la historia, apenas creíbles considerando que el que da la orden y el ejecutor son personas distintas: el primero no lo ve y su fantasía no resulta por tanto fuertemente impresionada; el último obedece a un superior y se siente irresponsable. La mayoría de los príncipes y de los jefes militares aparecen fácilmente, por falta de fantasía, crueles y duros, sin serlo. *El egoísmo no es malo*, porque la idea de «prójimo» —la palabra es de origen cristiano ⁷⁸ y no corresponde a la verdad— es muy débil en nosotros; y nos sentimos libres e irresponsables para con él, casi como para con las plantas y las piedras. Ha de *aprenderse* que el otro sufre, y nunca puede aprenderse del todo.

102⁷⁹

«*El hombre siempre obra bien.*» ⁸⁰ No nos quejamos de la naturaleza por inmoral cuando nos envía una tormenta y nos empapa: ¿por qué llamamos inmoral al hombre pernicioso? Porque aquí suponemos un albedrío que opera arbitrariamente, libre; allí, necesidad. Pero esta distinción es un error. Además: ni siquiera al perjuicio intencionado lo llamamos inmoral en todas las circunstancias; sin ningún escrúpulo se mata, por ejemplo, una mosca meramente porque nos fastidia su zumbido; intencionadamente se castiga al criminal y se le hace sufrir para protegernos a nosotros y a la sociedad. En el primer caso es el individuo quien, a fin de

⁷⁵ ginebrino] *Md*: «noble».

⁷⁶ Miguel Servet (1511-1553): médico, filósofo y teólogo español, cuya concepción unitarista de la Trinidad y próxima al panteísmo le acarreó la condena a la hoguera en Ginebra por la Inquisición a instancias de Jean Cauvin, Calvino (1509-1564): reformador religioso y escritor francés, fundador del calvinismo.

⁷⁷ sin que con] *Md*: «aunque se creyese a Dios capaz de enviar a las personas a la hoguera».

⁷⁸ Posible alusión a la parábola del buen samaritano (cf. *Lucas*, 10:25-37).

⁷⁹ Cf. 21 [31], 21 [73].

⁸⁰ Cf. Platón, *Gorgias* 468: «SOCRATES.—... ¿es con vistas al bien como hacen todo esto los que lo hacen? POLO.—Sí, por cierto.» (ed. cast., *Obras completas*, trad. Francisco García Yagüe, Aguilar 1974², pág. 371). Sócrates (470-399 a. C.): filósofo griego maestro de Platón y frecuente protagonista de los diálogos de éste.

conservarse o incluso para evitarse un *displacer*, hace sufrir intencionadamente; en el segundo, el Estado. Toda moral admite el perjuicio intencionado en *legítima defensa*, es decir, ¡cuando se trata de la *autoconservación*! Pero estos dos puntos de vista *bastan* para explicar todas las malas acciones cometidas por hombres contra hombres: uno quiere placer para sí o quiere evitar el *displacer*; de cualquier modo, siempre se trata de *autoconservación*. Tienen razón Sócrates y Platón: haga lo que haga el hombre, siempre hace el bien, es decir, lo que le parece bueno (útil), según su grado de inteligencia, la medida actual de su racionalidad.

103

Lo inocuo de la maldad. La maldad no tiene en sí como meta el sufrimiento de otro, sino nuestro propio goce, por ejemplo, como sentimiento de venganza o de excitación nerviosa más fuerte. Ya toda broma muestra cómo causa contento ejercer nuestro poder sobre otro y llevarlo al placentero sentimiento de la superioridad. Ahora bien, ¿es *immoral* tener *placer basado en el displacer de otros*? ¿Es la alegría del mal ajeno diabólica, como dice Schopenhauer?⁸¹ Pues bien, en la naturaleza nos causa placer quebrar ramas, desprender piedras, luchar con animales salvajes, y ciertamente para con ello devenir conscientes de nuestra fuerza. ¿Hace inmoral la cosa misma respecto a la que nos sentimos irresponsables el hecho de *saber* que otro sufre por causa nuestra? Pero si no supiera uno esto, tampoco tendría en ello el placer de su propia superioridad: éste sólo puede *darse a conocer* precisamente en el sufrimiento del otro, por ejemplo, en la broma. Todo placer en sí mismo no es ni bueno ni malo; ¿de dónde provendría la determinación de que, para tener placer en sí mismo, no debería causarse ningún *displacer* a los demás? Únicamente del punto de vista del provecho, es decir, en atención a las *consecuencias*, al eventual *displacer* cuando del perjudicado o del Estado suplente pueda esperarse sanción y venganza: sólo esto puede haber originariamente constituido la base para abstenerse de tales actos. La compasión está tan lejos de tener como meta el placer de otro, como, según queda dicho, la maldad el dolor en sí de otro. Pues en sí oculta al menos dos (quizá muchos más) elementos de un placer personal y es de este modo autocontento: primero como placer de la emoción, de cuya índole es la compasión en la tragedia, y luego, cuando impulsa a la acción, como placer de la satisfacción en el ejercicio del poder. Además, si una persona sufriendo nos es muy allegada, la ejecución de acciones compasivas nos evita a nosotros mismos un sufrimiento. Aparte de algunos filósofos, los hombres siempre han situado bastante baja la compasión en la escala de los sentimientos morales: con razón.

104⁸²

Legítima defensa. Si se admite en general como moral la legítima defensa, deben también admitirse casi todas las manifestaciones del egoísmo llamado

⁸¹ Cf. Schopenhauer, *Elbik*, 200, 225; *Parerga...* 2, 231.

⁸² Cf. 21 [31].

inmoral: se hace sufrir, se roba o se mata para sobrevivir o para protegerse, para prevenir la desgracia personal; se miente cuando la astucia y el fingimiento son el medio adecuado para la autoconservación⁸³. *Causar daño intencionadamente*, cuando se trata de nuestra existencia o seguridad (conservación de nuestro bienestar), se concede como moral; desde este punto de vista causa daño el Estado mismo cuando impone castigos. Naturalmente, causar daño inintencionadamente no es inmoral: aquí rige el azar. ¿Hay, pues, una especie de perjuicio intencionado cuando *no* se trata de nuestra existencia, de la conservación de nuestro bienestar? ¿Hay un perjuicio por pura *maldad*, por ejemplo en el caso de la crueldad? Si no se sabe cuánto dolor produce un acto, éste no es un acto de maldad; así, el niño no es perverso, malo, con el animal: lo investiga y lo destruye como si fuese uno de sus juguetes. Pero, ¿se *sabe* cada vez plenamente cuánto dolor le produce a otro un acto? Eludimos el dolor hasta donde alcanza nuestro sistema nervioso: si llegara más lejos, hasta dentro de nuestros semejantes, no causaríamos ningún sufrimiento a nadie (salvo en los casos en que nos lo causaríamos a nosotros mismos, es decir, cuando nos cortamos por mor de nuestra curación, cuando nos esforzamos y afanamos por mor de nuestra salud). *Concluimos* que algo le produce dolor a otro por analogía, y es posible que a nosotros mismos nos haga daño por el recuerdo y la fuerza de la fantasía. Pero, ¿qué diferencia hay siempre entre el dolor de muelas y el dolor (compasión) que provoca ver a alguien con dolor de muelas! Por consiguiente: al causar daño por así llamada *maldad*, siempre nos es desconocido el *grado* de dolor infligido; pero en la medida en que en el acto se produce un *placer* (sentimiento del propio poder, de la intensa excitación propia), el acto tiene por causa la conservación del bienestar del individuo y cae, por tanto, bajo un punto de vista análogo al de la legítima defensa o la mentira por fuerza mayor. Sin placer no hay vida; la lucha por el placer es la lucha por la vida. Si el individuo libra esta lucha de modo que los hombres le llamen *bueno* o de modo que le llamen *malo*, es algo sobre lo que deciden el nivel y la idiosincrasia de su *inteligencia*.

105

La justicia retributiva. Quien ha comprendido perfectamente la doctrina de la irresponsabilidad plena no puede ya de ninguna manera subsumir la llamada justicia punitiva y retributiva bajo el concepto de justicia, en el caso de que la justicia consista en dar a cada cual lo suyo. Pues el que es castigado no merece el castigo: sólo es usado para en adelante arredrar ante ciertas acciones; tampoco quien es premiado merece este premio: no podía actuar de otra manera que como ha actuado. La recompensa por tanto sólo tiene el sentido de un estímulo para él y para otros, a fin por consiguiente de ofrecer un motivo para acciones posteriores; el aliento se le da al que está corriendo en la pista, no al que ha llegado a la meta. Ni el castigo ni el premio son algo que le corresponda a nadie como lo *suyo*; se le dan por razones utilitarias, sin que él tuviera que elevar con

⁸³ se hace sufrir] *Md.*: «(por ejemplo en la mentira por fuerza mayor, tal como la describe Schopenhauer). Pero ¿dónde está entonces la inmoralidad?»

justicia una reclamación respecto a ellas. Debe decirse: «el sabio no premia porque se haya obrado bien», lo mismo que se ha dicho: «el sabio no castiga porque se haya obrado mal, sino para que no se obre mal». Si premio y castigo desapareciesen, desaparecerían los poderosísimos motivos que apartan de ciertas acciones, que impulsan a ciertas acciones; el provecho de los hombres exige su perpetuación; y en la medida en que premio y castigo, elogio y censura obran del modo más sensible sobre la vanidad, el mismo provecho exige también la perpetuación de la vanidad.⁸⁴

106

Junto a la cascada. Al contemplar una cascada en las innumerables ondulaciones, serpenteos y rompientes de las olas creemos ver libertad del albedrío y capricho; pero todo es necesario, cada movimiento puede calcularse matemáticamente. Lo mismo sucede también con los actos humanos; si se fuese onnisciente, debería poderse calcular de antemano cada acción singular, lo mismo que cada progreso del conocimiento, cada error, cada maldad. El agente mismo está atrapado en la ilusión del arbitrio; si la rueda del mundo se parase por un instante y hubiera un omnisciente entendimiento calculador para aprovechar esta pausa, podría seguir contando el futuro de cada ser hasta los tiempos más remotos y señalar cada una de las huellas por las que esa rueda todavía pasará. La ilusión del agente respecto a sí, la asunción del libre albedrío, forma parte de este mecanismo calculable.⁸⁵

107

Irresponsabilidad e inocencia. La plena irresponsabilidad del hombre respecto a sus actos y a su ser es la píldora más amarga que tiene que tragar quien persigue el conocimiento cuando se ha habituado a ver en la responsabilidad y el deber el título de nobleza de su humanidad. Con ello todas sus estimaciones, distinciones, aversiones se han desvalorizado y devenido falsas: su sentimiento más profundo, que él dispensaba al sufriente, al héroe, obedecía a un error; no le cabe ya elogiar ni censurar, pues es absurdo elogiar y censurar la naturaleza y la necesidad. Así como la obra de arte buena le encanta, pero no la elogia, pues ella no puede nada por sí misma, así como ante la planta, así debe proceder ante las acciones de los hombres, ante las suyas propias. Puede admirar su fuerza, belleza, plenitud, pero no le cabe hallar mérito en ellas: el proceso químico y la pugna de los elementos, el tormento del enfermo que anhela el restablecimiento, no son más meritorios que esas luchas anímicas y esos estados de apremio en

⁸⁴ En *C* se añade: «En la relación entre obrero y patrono "retribución" es un concepto falso: trata-se aquí de un intercambio contractual de prestaciones, según la clase de prestaciones de que más necesidad tengan el uno y el otro, el obrero de dinero, casa, manutención, el patrono de fuerzas físicas e intelectuales ajenas.» Cf. 23 [73]. Lohn=premio, retribución, recompensa

⁸⁵ *C* añade, tachado: «idea equivocada que actúa de diversos modos como motivo, p. ej., cuando elogiamos, recompensamos, castigamos, nos vengamos, etc.»

que por diversos motivos se debate uno hasta que finalmente se decide por el más poderoso, como se dice (pero en verdad hasta que el motivo más poderoso decide sobre nosotros). Pero todos estos motivos, por altisonantes que sean los nombres que les demos, han brotado de las mismas raíces en que creemos que residen los venenos malignos; entre las buenas y las malas acciones, no hay una diferencia de género, sino a lo sumo de grado. Las buenas son malas acciones sublimadas; las malas son buenas acciones envilecidas, embrutecidas. El único anhelo del hombre de gozar de sí mismo (amén del temor a verse privado de ello) se satisface en todas las circunstancias, obre el hombre como pueda, es decir, como deba: sea mediante actos de vanidad, de venganza, de placer, de utilidad, de maldad, de astucia, sea mediante actos de sacrificio, de compasión, de conocimiento. Los grados de capacidad de juicio deciden a qué se deja cada cual arrastrar por este anhelo; cada sociedad, cada individuo, tienen constantemente presente una jerarquía de los bienes según la cual determinan sus actos y juzgan los de los demás.⁸⁶ Pero este criterio está constantemente modificándose; muchas acciones son llamadas malas y no son más que estúpidas, pues el grado de inteligencia que se decidió por ellas era muy bajo. Es más, aún hoy son todavía en un determinado sentido estúpidas *todas* las acciones, pues el grado supremo de inteligencia humana que ahora puede alcanzarse será también rebasado a buen seguro: y entonces, al echar una mirada retrospectiva, todos *nuestros* actos y juicios aparecerán tan limitados y precipitados como limitados y precipitados se nos antojan ahora los actos y juicios de los pueblos salvajes y atrasados. Percatarse de todo esto puede causar profundos dolores, pero luego hay un consuelo: son dolores de parto. La mariposa quiere romper su envoltura, la estira, la desgarrar; entonces la ciega y confunde la luz desconocida, el reino de la libertad. En los hombres *susceptibles* de esta tristeza —¡qué pocos serán!— es donde se hace el primer ensayo de que la humanidad *pueda transformarse* de *humanidad moral* en *sabia*. El sol de un nuevo Evangelio lanza su primer rayo sobre las cimas más altas del alma de esos individuos: allí las nieblas se espesan más que nunca y se yuxtaponen la más radiante claridad y el más oscuro crepúsculo. Todo es necesidad: así reza el nuevo conocimiento; y este conocimiento mismo es necesidad. Todo es inocencia; y el conocimiento es el camino hacia la com-

⁸⁶ el proceso químico] *Hp.* «el proceso químico no es más [plenamente] un mérito que el penoso conflicto de un padre que tiene que decidir entre sacrificar a su hija y manchar sus propios labios con una mentira (según expone el gran W. Scott en *La prisión de Edimburgo*), o que el sacrificio de ocho hijos que consume el anciano educador del jefe de un clan a la reputación de éste (magníficamente narrado en *La hermosa doncella de Perth*). En primer lugar, estas acciones contienen como motivo un error, allí el de la existencia de un Dios que prohíbe la mentira, aquí el de que la reputación de un jefe importa más que la vida de ocho hijos. Además, nuestro sentimiento está ligado a esa errónea idea mencionada, según la cual las personas en cuestión podrían haber obrado también de otro modo, decidido de otro modo. Cuando uno se da cuenta de que debe acabarse con todos los motivos del honor y del pudor, desde el momento en que uno únicamente puede honrar o censurar el acto «libre», pero no procesos naturales, no sabe para su tristeza según qué principios han de seguir viviendo los hombres si no según motivos de ventaja, que serían a su vez de placer y displacer. Pero en cuanto a la tesis de tasar la verdad como superior a la falsedad [¿por qué? Esto raya ya en la moral.], ¿cómo llegamos a ella? ¿Se basa en el provecho o en la moral?— Walter Scott (1771-1832): poeta y novelista escocés.

prensión de esta inocencia. Si el placer, el egoísmo, la vanidad son *necesarios* para que se produzcan fenómenos morales y su floración suprema, el sentido de la verdad y la justicia del conocimiento, si el error y la confusión de la fantasía fueron el único medio por el que la humanidad pudo elevarse paulatinamente a este grado de autoiluminación, de autoemancipación, ¿quién podría menospreciar ese medio? ¿Quién podría entristecerse al comprobar la meta a que conducen esos caminos? En el ámbito de la moral todo es devenido, mudable, fluctuante, todo está en curso, es verdad; pero *también todo está en la corriente* hacia una sola meta. Por más que nunca deja de operar en nosotros el hábito heredado de la estimación, del amor, del odio erróneos, bajo el influjo del creciente conocimiento se irá debilitando: un nuevo hábito, el de comprender, el de no amar, el de no odiar, el de contemplar desde lo alto, va implantándose paulatinamente en el mismo terreno, y dentro de miles de años será quizá lo suficientemente poderoso para darle a la humanidad la fuerza de producir al hombre sabio, inocente (consciente de su inocencia), tan regularmente como en la actualidad produce al hombre necio, inicuo, con consciencia de culpa, *es decir, el antecedente necesario, no lo contrario de aquél*.

TERCERA PARTE

LA VIDA RELIGIOSA

108¹

La doble lucha contra el mal. Cuando un mal nos alcanza, puede ponérsele remedio o bien eliminando su causa o bien modificando el efecto que produce sobre nuestro sentimiento; es decir, reinterpretando el mal como un bien, cuyo provecho quizá sólo más tarde será visible. La religión y el arte (también la filosofía metafísica) se esfuerzan por modificar el sentimiento ora modificando nuestro juicio sobre las vivencias (por ejemplo, con ayuda de la tesis: «Dios castiga a quien ama»²), bien suscitando un placer en el dolor, en la emoción en general (de donde toma su punto de partida el arte de lo trágico). Cuanto más propende uno a reinterpretar y a justificar, tanto menos tendrá en cuenta y eliminará las causas del mal; el alivio y la narcotización momentáneos, tal como son corrientes, por ejemplo, cuando se siente dolor de muelas, le bastan también cuando se trata de sufrimientos más serios. Cuanto más declina el dominio de las religiones y de todo arte de la narcosis, tanto más estrictamente se aplican los hombres a la eliminación real de los males, lo cual por supuesto les sale fatal a los poetas trágicos —pues cada vez se encuentran menos temas para la tragedia, dado que cada vez va estrechándose más el reino del inexorable, inexpugnable destino—, pero peor aún a los sacerdotes, pues éstos han vivido hasta ahora de la narcotización de males humanos.

109

La aflicción es conocimiento. ¿Cómo le gustaría a uno trocar las falsas afirmaciones de los sacerdotes, que hay un Dios que exige de nosotros el bien, que es guardián y testigo de cada acción, de cada instante, de cada pensamiento, que nos ama, que en toda desgracia quiere lo mejor para nosotros, cómo le gustaría a uno trocarlas

¹ Cf. 18 [33].

² Cf. San Pablo, *Epístola a los hebreos*, 12, 6: «... porque el Señor corrige a quien ama, y castiga a aquel que recibe por hijo.»

por verdades que fuesen tan saludables, tranquilizantes y benefactoras como esos errores! Pero no hay tales verdades; a lo sumo la filosofía puede oponerles a su vez apariencias metafísicas (en el fondo, igualmente falsedades). Pero, ahora bien, la tragedia es que esos dogmas de la religión y de la metafísica no se pueden *crear* cuando en el corazón y en la cabeza se tiene el método estricto de la verdad, y por otra parte uno, con la evolución de la humanidad, se ha vuelto tan delicado, excitable y doliente como para haber menester medios de salvación y de consuelo de índole suprema; de donde surge por tanto el peligro de que el hombre se desangre al entrar en contacto con la verdad reconocida. Esto es lo que expresa Byron en versos inmortales:

*Sorrow is knowledge: they who know the most
must mourn the deepest o'er the fatal truth,
the tree of knowledge is not that of life*³.

Contra tales aflicciones no hay mejor remedio que conjurar el solemne desenfado de Horacio, al menos por lo que a las peores horas y eclipses solares del alma se refiere, y decirse con él a uno mismo:

*quid aeternis minorem
consiliis animum fatigas?
cur non sub alta vel platano vel bac
pinu jacentes*⁴.

Pero a buen seguro el desenfado o la melancolía de cualquier grado son mejores que un retorno y una deserción románticos, un acercamiento, de cualquier forma que sea, al cristianismo; pues, dado el estado actual del conocimiento, de ningún modo puede uno entrar en tratos con él sin manchar irremediablemente su *conciencia intelectual* y degradarla ante sí y ante los demás. Esos dolores pudieran ser bastante penosos; pero sin dolores no puede llegarse a ser guía y educador de la humanidad; ¡y ay de quien lo intentare y no tuviera esa limpia conciencia!⁵

110⁶

La verdad en la religión. En el período de la Ilustración no se fue justo con la importancia de la religión, no cabe duda; pero también es cierto que en la subsiguiente reacción a la Ilustración se rebasó a su vez ampliamente la justicia, pues se trató a las religiones con amor, incluso con enamoramiento, y se les otorgó, por ejemplo, una comprensión más profunda, y aun la más profunda, del mundo; a la cual la ciencia tenía que despojar del manto dogmático para entonces poseer la «verdad» de forma no mítica. Las religiones deben por consiguiente —esta era la afirmación de todos los adversarios de la Ilustración— expresar *sensu allegorico*⁷, en

³ «El conocimiento es dolor; los que más saben / deben ser los que con mayor profundidad lloren la verdad fatal: / el Arbol de la Ciencia no es el de la Vida.» *Manfred* (1817), Acto I, esc. i, vv. 10-12. George Gordon Noel, VI barón, Lord Byron (1788-1824): poeta romántico inglés.

⁴ «¿Por qué atormentas con designios eternos / a un alma demasiado pequeña? / ¿Por qué no tenderse bajo el alto plátano / o bajo este pino?» *Odas*, II, 11, 11-14 (También citado por Schopenhauer en *Parerga...*, vol. I.)

⁵ Párrafo particularmente alusivo al *Parsifal* de Wagner y, según Peter Gast (cf. carta de Gast a J. Hoffmiller del 31 de agosto de 1894, en las *Süddeutsche Monatshefte*, noviembre de 1931), añadido por Nietzsche tras la lectura de una carta de H. von Wolzogen a Peter Gast, en la que rechazaba tres artículos («compuestos desde un punto de vista puramente estético») que éste quería enviar a las *Bayreuther Blätter*.

⁶ *Fp*: 19 [100].

⁷ «En sentido alegórico».

atención al entendimiento de la masa, esa prístina sabiduría que es la sabiduría en sí, en la medida en que toda verdadera ciencia de la era moderna ha llevado siempre a ella, en vez de apartar de ella; de modo que entre los más antiguos sabios de la humanidad y todos los que les siguieron reinaba la armonía y aun la igualdad de puntos de vista, y un progreso de los conocimientos —en el caso de que se quisiese hablar de ello— no se refería a la esencia, si no a la comunicación de la misma. Toda esa concepción de la religión y de la ciencia es de todo punto errónea; y ahora nadie osaría profesarla todavía si no la hubiese tomado bajo su protección la elocuencia de Schopenhauer: esa elocuencia altisonante y que sin embargo no llega a sus oyentes más que al cabo de una generación. Si bien de la interpretación religioso-moral de los hombres y del mundo dada por Schopenhauer puede obtenerse mucho para la comprensión del cristianismo y de otras religiones, también es cierto que se equivocó en cuanto al *valor de la religión para el conocimiento*. El mismo no fue en esto más que un discípulo demasiado obsecuente de los maestros científicos de su tiempo, que sin excepción rendían homenaje al romanticismo y abjuraban del espíritu de la Ilustración; si hubiese nacido en nuestra época actual, le habría sido imposible hablar del *sensus allegoricus* de la religión⁸; más bien habría honrado, como solía, a la verdad con estas palabras: *nunca religión alguna, ni mediata ni inmediatamente, ni como dogma ni como parábola, ha contenido verdad alguna*. Pues todas han nacido del miedo y de la necesidad, se han deslizado en la existencia por caminos erróneos de la razón; quizá alguna vez, puesta en situación de peligro por la ciencia, haya introducido subrepticamente en su sistema alguna doctrina filosófica para que luego se la encontrase en ella; pero es una artimaña de teólogos, de la época en que una religión duda ya de sí misma. Estas artimañas de la teología, que por supuesto se practicaron ya muy pronto en el cristianismo en cuanto religión de una era instruida, impregnada de filosofía, han conducido a esa superstición del *sensus allegoricus*, pero más aún el hábito de los filósofos (especialmente los híbridos, los filósofos poéticos y los artistas filosofantes) de tratar en general todos los sentimientos que hallaban en *sí* como esencia fundamental del hombre, y de atribuir por ende también a sus propios sentimientos religiosos un influjo significativo sobre la armazón de pensamiento de sus sistemas. Como los filósofos muchas veces filosofaban sometidos a la tradición de hábitos religiosos, o al menos bajo el poder de antiguo heredado de aquella «necesidad metafísica»⁹, llegaban a opiniones doctrinales que de hecho se parecían mucho a las opiniones religiosas judías, cristianas o hindúes; es decir, se parecían como los hijos suelen parecerse a las madres, sólo que en este caso los padres no explicaban, al ver esa maternidad, cómo era ello posible, sino que, en la inocencia de su asombro, fabulaban sobre el parecido de familia entre toda religión y toda ciencia. En realidad, entre la religión y la auténtica ciencia no hay ni parentesco, ni amistad, ni siquiera enemistad: viven en planetas diferentes. Toda filosofía en la oscuridad de cuyos enfoques últimos brille una estela de cometa religiosa hace en sí sospechoso todo lo que presenta como ciencia: presumiblemente todo esto es asimismo religión, aunque bajo la máscara de la ciencia. Por lo demás, si todos los pueblos estuviesen de acuerdo sobre ciertas cuestiones religiosas, por ejemplo, la existencia de un Dios (lo que, dicho sea de paso, no es el caso por lo que a este punto se refiere), esto sería más precisamente un *contraargumento* contra esas cosas afirmadas,

⁸ Cf. Schopenhauer, *Parerga...*, II, «Sobre la religión».

⁹ Vid. supra Parte I, par. 26, nota 44.

por ejemplo, la existencia de un dios: el *consensus gentium* y en general *hominum*¹⁰ no puede justamente garantizar más que una chifladura. En absoluto hay por contra un *consensus omnium sapientium*¹¹ respecto a una sola cuestión, con esa excepción de que habla el verso de Goethe:

*Todos los más sabios de todos los tiempos
sonríen y hacen guiños y están de acuerdo:
¡Es locura esperar la mejoría de los locos!
¡Hijos de la prudencia, tened a los tontos
justamente por tontos, como debe ser!*¹²

Dicho sin verso ni rima y aplicado a nuestro caso: el *consensus sapientium* consiste en que el *consensus gentium* garantiza una chifladura.

111

Origen del culto religioso. Si nos remontamos a los tiempos en que la vida religiosa florecía con mayor fuerza, hallamos una convicción fundamental de la que ahora ya no participamos y debido a la cual nos vemos cerradas de una vez para siempre las puertas de la vida religiosa: se refiere a la naturaleza y al trato con ella. En esos tiempos nada se sabe todavía de leyes naturales; ni para la tierra ni para el cielo hay una necesidad; una estación del año, la salida del sol, la lluvia pueden darse o no. Falta en general todo concepto de *causalidad* natural. Cuando se rema no es el remar lo que mueve la nave, sino que remar no es más que una ceremonia mágica por la que se obliga a un demonio a mover la nave. Todas las enfermedades, la muerte misma, son resultado de influencias mágicas. A la enfermedad y la muerte nunca se llega naturalmente; falta por completo la idea de «proceso natural»; ésta no despunta sino entre los antiguos griegos, es decir, en una fase muy tardía de la humanidad, en la concepción de la *Moira*¹³ entronizada por encima de los dioses. Cuando alguien tira con arco, hay siempre en ello una mano y una fuerza irracionales; si las fuentes se secan de pronto, piénsase ante todo en demonios subterráneos y sus perfidias; cuando un hombre se desploma, debe de ser efecto invisible de la flecha de un dios. En la India (según Lubbock)¹⁴ un carpintero suele ofrecer sacrificios a su martillo, a su hacha y a las restantes herramientas; del mismo modo tratan un brahmán el estilo con que escribe, un soldado las armas que emplea en campaña, un albañil su trulla, un labriego su arado. Los hombres religiosos se representan toda la naturaleza como una suma de actos de seres conscientes y dotados de voluntad, un inmenso complejo de *arbitrariedades*. Respecto a todo lo que está fuera de nosotros no se permite la inferencia de que tal cosa *será* así y así, *debe* advenir

¹⁰ «Consenso de los pueblos y de los hombres».

¹¹ «Consenso de todos los sabios».

¹² *Canción copia* (*Kopftisches Lied*), en Goethe, *Sämtliche Werke in vierzig Bänden* (Stuttgart-Augsburg, 1855-1858, Cotta), vol. I, pág. 103, BN. Muy poco parecido guarda sin embargo este texto con el poema que bajo ese título aparece en vol. I, pág. 829 de la ed. cast. de las *Obras completas* de Goethe (trad. Rafael Cansinos-Asséns, Aguilar 1974).

¹³ «El destino».

¹⁴ Cf. John Lubbock, *Die Entstehung der Civilisation und der Urzustand des Menschengeschlechtes, erläutert durch das innere und äussere Leben der Wilden*, trad. al. de A. Passow, con prólogo introductorio de R. Virchow, Jena 1875, pág. 239, BN (adquirido el 28 de julio de 1875). Sir John Lubbock, I barón de Avebury (1834-1913): político, naturalista y prehistoriador inglés.

así y así; lo más o menos seguro, calculable, somos nosotros: el hombre es la *regla*, la naturaleza la *ausencia de regla*; esta tesis entraña la convicción fundamental dominante en toscas culturas primitivas, religiosamente creativas. Nosotros los hombres actuales no sentimos ni más ni menos que completamente al revés; cuanto más rico se siente ahora interiormente el hombre, cuanto más polifónico es su sujeto, más poderosamente le impresiona la proporción de la naturaleza; todos nosotros reconocemos con Goethe en la naturaleza el gran medio de aplacamiento de las almas modernas¹⁵, oímos la oscilación pendular del más grande de los relojes con un anhelo de sosiego, de recogimiento y de apaciguamiento, como si pudiésemos embebernos de esa proporción y sólo así llegar al goce de nosotros mismos. Antaño era a la inversa: si recordamos los estados toscos y primitivos de los pueblos u observamos a los salvajes actuales, los hallamos determinados de la manera más intensa por la *ley*, por la *tradición*: el individuo está ligado a ésta casi automáticamente y se mueve con la uniformidad de un péndulo. La naturaleza —la inconcebible, terrible, misteriosa naturaleza— debe de aparecérselle como el *reino de la libertad*, del arbitrio, del poder superior, aun, por así decir, como un grado suprahumano de la existencia, como Dios. Pero, ahora bien, cada uno de los individuos de tales épocas y circunstancias siente que su existencia, su felicidad, la de su familia, la del Estado, el éxito de todas las empresas dependen de esas arbitrariedades de la naturaleza: algunos fenómenos naturales deben producirse en tiempo oportuno, otros cesar en tiempo oportuno. ¿Cómo se puede ejercer un influjo sobre estas espantosas incógnitas, cómo se puede llegar al reino de la libertad?, se pregunta, indaga angustiado; ¿no hay, pues, ningún medio para, mediante una tradición y una ley, hacer esas potencias tan regulares como regular eres tú mismo? La reflexión de los hombres que creen en la magia y en los milagros llega a *imponerle una ley a la naturaleza*; y, dicho brevemente: el culto religioso es el resultado de esta reflexión. El problema que esos hombres se plantean está de lo más estrechamente emparentado con este otro: ¿cómo puede la estirpe *más débil* dictar sin embargo leyes a la *más fuerte*, determinarla, guiar sus actos (respecto a la más débil)? Se recordará primeramente la forma más inocua de coacción, aquella coacción que se ejerce cuando se ha ganado la *simpatía* de alguien. Mediante súplicas y ruegos, mediante la sumisión, mediante la obligación a donaciones y obsequios regulares, mediante celebraciones halagadoras, es por consiguiente también posible ejercer una coacción sobre las potencias de la naturaleza, en la medida en que se conquista su simpatía: el amor ata y es atado. Pueden entonces concluirse *pactos*, en los cuales las partes se obligan recíprocamente a determinada conducta, se intercambian prendas y se cruzan juramentos. Pero mucho más importante es una clase de coacción más violenta: mediante la magia y el encantamiento. Así como con ayuda del hechicero el hombre puede hacerle daño a un enemigo más fuerte y mantenerle temeroso de él, así como el hechizo amoroso obra a distancia, así cree el hombre más débil poder también determinar a espíritus más poderosos de la naturaleza. El principal medio de todo encantamiento es apoderarse de algo perteneciente a otro, cabellos, uñas, algo de comida de su mesa, e incluso su efigie, su nombre. Con tal aparato se puede hechizar; pues el presupuesto fundamental reza: a todo lo espiritual le es propio algo corporal; con la ayuda de esto último se puede atar, perjudicar, destruir el

¹⁵ Vid., por ejemplo, su poema «Adler und Taube» («El águila y la paloma»): «Allgegenwärtiger Balsam / Allheilender Natur» («omnipresente bálsamo / de la naturaleza que todo lo cura») (ed. cast., cit., pág. 1004).

espíritu; lo corpóreo ofrece el asidero con que puede atraparse lo espiritual. Así como el hombre determina al hombre, así determina también a cualquier espíritu natural; pues también éste tiene su elemento corpóreo por el que se le puede atrapar. El árbol y, comparado con él, la semilla de la que ha brotado: esta enigmática yuxtaposición parece demostrar que en ambas formas se ha incorporado uno y el mismo espíritu, ora pequeño, ora grande. Una piedra que de repente echa a rodar es el cuerpo en que opera un espíritu; en una pradera solitaria hay una roca, parece imposible pensar que una fuerza humana la haya traído hasta aquí, de modo por tanto que la piedra debe de haberse movido a sí misma, es decir: debe de albergar un espíritu. Todo lo que tiene un cuerpo es susceptible de encantamiento, por ende también los espíritus de la naturaleza. Si un dios está directamente ligado a una imagen, puede también ejercerse contra él una coacción por entero directa (mediante la negación del alimento del sacrificio, flagelándola, encadenándola y cosas por el estilo). En China, el pueblo bajo, para arrancarle a su dios el favor que precisa, cubre de cuerdas su imagen, la derriba, la arrastra por las calles atravesando lodazales y estercoleros; «tú, perro espíritu», dicen, «te hemos dejado vivir en un fastuoso templo, te hemos dorado bonitamente, te hemos alimentado bien, te hemos ofrecido sacrificios y, sin embargo, así de desagradecido eres». Similares medidas violentas se han tomado aun durante este siglo en países católicos contra imágenes de santos y de la Virgen cuando no han cumplido con su obligación en caso de pestes y sequías. Todas estas relaciones mágicas con la naturaleza han dado lugar a innumerables ceremonias; y, por último, cuando el embrollo de las mismas se ha hecho demasiado grande, se hacen esfuerzos por ordenarlas, por sistematizarlas, de modo que se cree garantizar la marcha propicia de todo el curso de la naturaleza, especialmente del gran ciclo anual, mediante una marcha correspondiente de un sistema de procedimientos. El sentido del culto religioso es determinar y comprometer a la naturaleza en beneficio del hombre, por tanto *imprimirle una legalidad que de antemano no tiene*; mientras que en la época actual lo que se quiere *conocer*, para atenerse a ella, es la legalidad de la naturaleza. Dicho brevemente: el culto religioso se basa en las ideas de encantamiento entre hombre y hombre; y el hechicero es más antiguo que el sacerdote. Pero *igualmente* se basa en otras y más nobles ideas: presupone la relación de simpatía de hombre a hombre, la existencia de la benevolencia, de la gratitud, de la audiencia a los suplicantes, de los pactos entre enemigos, del préstamo de garantías, del derecho a la protección de la propiedad. Ni siquiera en niveles de cultura muy bajos se enfrenta el hombre a la naturaleza como esclavo impotente, *no es necesariamente* el siervo sin voluntad de la misma: en la fase griega de la religión, particularmente en la relación con los dioses olímpicos, ha incluso de pensarse en una convivencia de dos castas, una más aristocrática, más poderosa, y una menos aristocrática; pero por su origen se copertenecen de algún modo y son de una misma índole, no tienen por qué avergonzarse una de otra. Esto es lo aristocrático de la religiosidad griega ¹⁶.

¹⁶ Este aforismo enlaza con el seminario del invierno de 1875-1876, consagrado por Nietzsche a la liturgia y al culto griegos.

112

A propósito de ciertos enseres de sacrificio antiguos. Cuántos sentimientos se nos han perdido puede verse, por ejemplo, en la unión de lo picaresco, incluso de lo obsceno, con el sentimiento religioso: desaparece el sentimiento de la posibilidad de esta mezcla, ya no concebimos más que históricamente que ésta haya existido, en las fiestas de Deméter y de Dioniso, en los juegos de Pascua y en los misterios cristianos; pero también nosotros conocemos todavía lo sublime en alianza con lo burlesco y cosas análogas, lo conmovedor amalgamado con lo ridículo, lo cual quizá una época posterior tampoco comprenderá ya.

113

El cristianismo como antigualla. Cuando un domingo por la mañana oímos repicar las viejas campanas, nos preguntamos: ¿será posible? Esto se hace por un judío crucificado hace dos mil años, que dijo ser hijo de Dios¹⁷. Falta la prueba de semejante afirmación. No cabe duda de que en nuestros tiempos la religión es una antigualla subsistente desde época muy remota, y el hecho de que se crea esa afirmación —mientras tan estricto se es en el examen de las aserciones— es tal vez la parte más antigua de esta herencia. Un dios que engendra hijos con una mujer mortal; un sabio que incita a no trabajar más, a no juzgar más, sino a atender a los signos del inminente fin del mundo; una justicia que acepta al inocente como víctima propiciatoria; alguien que ordena a sus discípulos beber su sangre; oraciones por intercesiones milagrosas; pecados cometidos contra un Dios, expiados por un Dios; temor de un más allá cuya puerta es la muerte; la figura de la cruz como símbolo en una época que ya no conoce la condena y la vergüenza de la cruz; ¡qué hálito estremecedor nos lanza todo esto, como procedente del sepulcro de un remotísimo pasado! ¿Cómo creer que algo así sea todavía creído?

114

Lo no griego en el cristianismo. Los griegos no creían por encima de sí a los dioses homéricos como señores ni a sí por debajo como siervos, tal como hacían los judíos. Por así decir, no veían más que la imagen especular de los ejemplares más logrados de su propia casta, por tanto un ideal, no una antítesis de la propia esencia. Se sienten parientes entre sí, existe un interés recíproco, una especie de *sim-maquía*¹⁸. El hombre piensa de sí aristocráticamente cuando se da tales dioses y se sitúa en una relación análoga a la que se da entre la baja y la alta nobleza; mientras que los pueblos itálicos¹⁹ tienen una auténtica religión de campesinos, con constante angustia ante poderes y espíritus atormentadores malignos y caprichosos. Allí donde los dioses olímpicos retrocedían, allí era la vida griega más sombría y angus-

¹⁷ Cuando un domingo *Ip*: «Las campanas de las iglesias por la mañana en los Alpes de Berna, en honor de un judío crucificado que dijo ser hijo de Dios».

¹⁸ «Alianza».

¹⁹ Los pueblos itálicos *Md*: «los romanos».

tiosa. El cristianismo por el contrario aplastaba y quebraba al hombre por completo y lo sumía como en profundo fango: dejaba luego que de pronto el resplandor de una misericordia divina iluminase el sentimiento de plana reprobación, de modo que el sorprendido, aturdido por la gracia, profería un grito de arroamiento y por un momento creía llevar en sí el cielo entero. A este enfermizo exceso del sentimiento, a la profunda corrupción de mente y de corazón necesaria para ello, impulsan todas las invenciones²⁰ psicológicas del cristianismo; quiere éste aniquilar, quebrar, aturdir, embriagar; lo único que no quiere es la *mesura*, y por eso es, en el sentido más profundo, bárbaro, asiático, no aristocrático, no griego.

115

Ser religioso con provecho. Hay personas frugales y buenos comerciantes que llevan prendida la religión como una orla de humanidad superior: hacen éstos muy bien en ser religiosos, les embellece. Todos los hombres no entendidos en el manejo de algún arma –la lengua y la pluma se cuentan como armas– se vuelven serviles: para ellos es muy útil la religión cristiana, pues el servilismo adopta en ellos la apariencia de una virtud cristiana y resulta asombrosamente embellecido. Las personas a las que su vida cotidiana se les antoja demasiado vacía y monótona se vuelven fácilmente religiosas: esto es comprensible y perdonable; sólo que no tienen derecho a exigir religiosidad de aquellos para los que la vida cotidiana no transcurre ni vacía ni monótona.

116

El cristiano corriente. Si el cristianismo estuviese en lo cierto con sus tesis del Dios vengador, de la pecaminosidad universal, de la predestinación y del peligro de una condena eterna, sería un signo de imbecilidad y de falta de carácter no hacerse sacerdote, apóstol o anacoreta, y trabajar con temor y sobrecogimiento únicamente por la propia salvación; sería absurdo perder así de vista el provecho eterno por la comodidad temporal. Presupuesto que en general se *crea*, el cristiano corriente es una figura deplorable, un hombre que no sabe realmente contar hasta tres y que por lo demás, debido precisamente a su incompetencia espiritual²¹, no merecería ser tan duramente castigado como el cristianismo le promete.

117

De la sagacidad del cristianismo. Es una artimaña del cristianismo pregonar tan alto la total indignidad, pecaminosidad y despreciabilidad del hombre en general, que con ello ya no es posible el desprecio del prójimo²². «Peque cuanto

²⁰ *Hilfungen*. En algunas ediciones, *Empfindungen* (sentimientos).

²¹ *geistige Unzurechnungsfähigkeit*. Otras traducciones que se han dado: «imbecilidad espiritual», «irresponsabilidad», «incapacidad mental de calcular», «debilidad intelectual», «irresponsabilidad de sus acciones».

²² Es una artimaña! En *Fp* este aforismo comenzaba así: «Nada hace que el hombre sienta la carga de la vida tan pesada como el desprecio, y es ciertamente más sensible aún al desprecio de los demás que al suyo propio.» Vid. *HDH*, 549.

quiera, sin embargo no se diferencia esencialmente de mí: yo soy el indigno y despreciable en grado sumo», se dice el cristiano. Pero también este sentimiento ha perdido su aguijón más afilado, pues el cristiano no cree en su despreciable individual: es malo como hombre en general, y se tranquiliza un poco con el axioma: todos somos de la misma especie.

118²³

Cambio de personas. Tan pronto como una religión se hace dominante, tiene por adversarios a todos los que habrían sido sus primeros adeptos.

119²⁴

Destino del cristianismo. El cristianismo nació para aliviar el corazón; pero ahora debiera primero apesadumbrar el corazón para luego poderlo aliviar. Consiguientemente, se extinguirá.

120

La prueba del placer. La opinión grata se acepta como verdadera: esta es la prueba del placer (o, como dice la Iglesia, la prueba de la fuerza), de la que todas las religiones están tan orgullosas, cuando debieran avergonzarse. Si la fe no hiciese feliz, no sería creída: ¡qué poco valdrá entonces!

121

Juego peligroso. Quien ahora albergue en sí de nuevo el sentimiento religioso debe también dejarlo crecer, no hay otro remedio. Su ser va entonces modificándose paulatinamente, se prefiere lo dependiente, adyacente del elemento religioso, todo el perímetro del juicio y del sentimiento se nubla, se cubre de sombras religiosas. El sentimiento no puede estar quieto; téngase, pues, cuidado.

122

Los discípulos ciegos. Mientras uno conozca muy bien la fuerza y la endeblez de su doctrina, de su género artístico, de su religión, su fuerza es aún pequeña. El discípulo y apóstol que no tiene ojos para la endeblez de la doctrina, de la religión, etc., cegado por la consideración hacia su maestro y por su piedad hacia él, tiene habitualmente por ello más poder que el maestro. Nunca ha llegado a ser grande la influencia de un hombre y de su obra sin los discípulos ciegos. Contribuir a la victoria de un conocimiento no significa con frecuencia más que hermanarlo de tal modo con la estupidez, que la pesantez de ésta impone también la victoria de aquél.

²³ *Fp*: «Las religiones no deberían llegar nunca a ser dominantes, sino quedarse por siempre en su período de génesis.»

²⁴ *Fp*: 19 [56].

123²⁵

Demolición de las iglesias. No hay en el mundo suficiente religión para siquiera acabar con las religiones.

124

Ausencia de pecado en el hombre. Si se ha comprendido «cómo ha venido el pecado al mundo», a saber, debido a errores de la razón en virtud de los cuales los hombres se toman unos a otros, incluso el hombre singular a sí mismo, por mucho más perversos y malvados de lo que de hecho es el caso, de tal modo resulta todo el sentimiento muy aliviado y hombres y mundo aparecen a veces con una aureola de inocencia, que uno se siente con ello radicalmente bien. En medio de la naturaleza el hombre es siempre el niño en sí. Sin duda, este niño tiene alguna vez una pesadilla angustiosa, pero cuando abre los ojos siempre se ve de nuevo en el paraíso.

125

Irreligiosidad de los artistas. Homero se siente entre sus dioses tan a gusto y como poeta se huelga tanto en ellos, que es de todo punto necesario que haya sido profundamente irreligioso; lo que la creencia popular le ofrecía —una superstición pobre, grosera y en parte espantosa— lo trataba tan libremente como el escultor su arcilla, es decir, con el mismo desempacho de que hacían gala Esquilo y Aristófanes²⁶ y por el que en tiempos más recientes se distinguieron los grandes artistas del Renacimiento, así como Shakespeare y Goethe.

126

Arte y fuerza de la falsa interpretación. Todas las visiones, terrores, desfallecimientos, transportes del santo son conocidos estados morbosos, sólo que él, debido a inveterados errores religiosos y psicológicos, los *interpreta* de modo enteramente distinto, a saber, no como enfermedades. Así, también el demonio de Sócrates²⁷ tal vez sea una afección auditiva que él, conforme a la dominante tendencia moral de su pensamiento, sólo se *explica* de manera diferente a como se haría hoy en día. No otra cosa sucede con la enajenación y el delirio de los profetas y de los sacerdotes de los oráculos; siempre es el grado de saber, de fantasía, de empeño, de moralidad en la mente y en el corazón de los *intérpretes* el que de esto ha *hecho* tanto. Entre los mayores efectos de los hombres a los que se llama genios y santos se halla el de que fuerzan intérpretes que los *entienden mal* para la salvación de la humanidad.

²⁵ *Rp*: 19 [63].

²⁶ Esquilo (ca. 525-456 a. C.): poeta trágico griego; Aristófanes (450-386 a. C.): autor cómico griego.

²⁷ La divina voz admonitoria que Sócrates afirmaba oír en su interior. Para una valoración anterior —y diferente—, vid. *El nacimiento de la tragedia*, par. 13 (ed. cast: trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1977², págs. 115-118).

127

Veneración de la demencia. Al advertirse que a menudo una emoción volvía más clara la mente y evocaba afortunadas ocurrencias, se creyó que mediante las emociones más intensas se participaba de las ocurrencias e inspiraciones más afortunadas; y así se veneraba a los dementes como a los sabios y adivinos. A la base de esto hay un razonamiento falso.

128

Promesas de la ciencia. La ciencia moderna tiene como meta el menor dolor posible, vivir tanto como sea posible; por tanto, una especie de felicidad eterna, ciertamente muy modesta en comparación con las promesas de las religiones.

129

Generosidad prohibida. No hay en el mundo amor y bondad suficientes como para que quepa ir prodigándoselas a seres imaginarios.

130

Pervivencia del culto religioso en el ánimo. La Iglesia católica, y antes que ella todo culto antiguo, dominaba toda la gama de medios por los que el hombre es transportado a disposiciones insólitas y arrancado al frío cálculo de la ventaja o al puro pensamiento racional. Una iglesia estremecida por sonos profundos, invocaciones sordas, regulares, contenidas, de una cohorte de sacerdotes que involutariamente transmite su tensión a la comunidad y la hace escuchar casi angustiada, como si se preparase un milagro, el soplo de la arquitectura que como morada de una deidad se extiende a lo indeterminado y en todos los espacios sombríos hace temer el despertar de la misma: ¿quién querría retrotraer al hombre a semejantes fenómenos, si ya no se cree en los presupuestos de los mismos? Pero los resultados de todo ello, sin embargo, no se han perdido: el mundo interno de las disposiciones sublimes, conmovidas, llenas de presentimientos, profundamente contritas, dichosamente esperanzadas, se lo ha hecho ingénito al hombre primordialmente el culto; lo que de ello existe ahora en el alma fue cultivado en grande cuando aquél germinaba, crecía y florecía.

131²⁸

Secuelas religiosas. Por muy deshabituado de la religión que uno se crea, no lo está sin embargo hasta el grado de no complacerse con sentimientos y cadencias religiosos, sin contenido conceptual, por ejemplo, en la música; y cuando una filosofía nos expone la justificación de esperanzas metafísicas, de la profun-

²⁸ Cf. 21 [55].

da paz del alma alcanzable por ese lado, y habla, por ejemplo, de «todo el seguro Evangelio en la mirada de las Madonnas de Rafael»²⁹, acogemos tales aseveraciones y explicaciones con disposición particularmente cordial: el filósofo tiene aquí más fácil la demostración; con lo que quiere dar corresponde a un corazón que quiere tomar de buen grado. Se echa de ver en esto cómo los librepensadores menos circunspectos sólo repudian propiamente hablando los dogmas, pues conocen muy bien el encanto del sentimiento religioso; les duele perder éste a causa de aquéllos. La filosofía científica debe estar muy avizor para no introducir, en base a esa necesidad —una necesidad devenida y consecuentemente también pasajera— errores de contrabando: incluso los lógicos³⁰ hablan de «barruntos» de la verdad en moral y en arte (por ejemplo, del barrunto de «que la esencia de las cosas es una»); lo cual debiera sin embargo estarles prohibido. Entre las verdades cuidadosamente desentrañadas y tales cosas «barruntadas» media el abismo infranqueable de que aquéllas son debidas al intelecto, éstas a la necesidad. El hambre no prueba que *haya* un alimento para saciarla, pero se desea el alimento. «Barruntar» no significa conocer en cualquier grado que sea la existencia de una cosa, sino tenerla por posible en cuanto se la desea o teme; el «barrunto» no supone ningún progreso hacia el terreno de la certeza. Créese involuntariamente que las partes de una filosofía religiosamente coloreadas están mejor probadas que las demás; pero en el fondo es al revés, sólo se tiene el íntimo deseo de que *pueda* ser así, por tanto de que lo que hace feliz sea también lo verdadero. Este deseo nos induce a tomar por buenos fundamentos malos.

132³¹

De la necesidad cristiana de redención. Un examen atento debe hacer posible hallar para el fenómeno en el alma de un cristiano que se llama necesidad de redención una explicación exenta de mitología; por tanto, puramente psicológica. Hasta ahora ciertamente las explicaciones psicológicas de estados y fenómenos religiosos no han merecido mucho crédito en la medida en que una teología que se llamaba libre llevaba en este dominio una existencia estéril, pues había en ella de antemano, como puede presumirse a partir del espíritu de su fundador, Schleiermacher³², un interés en la conservación de la religión cristiana y en la perpetuación de los teólogos cristianos³³; los cuales debían hallar en el análisis psicológico de los «hechos» religiosos un nuevo ancladero y, ante todo, una nueva ocupación. Sin dejarnos extraviar por tales antecedentes, arriesgamos la siguiente explicación del mencionado fenómeno. El hombre es consciente de ciertas acciones que ocupan el nivel inferior en la jerarquía usual de las acciones; es más, descubre en sí una propensión a semejantes acciones que le parece tan

²⁹ Cf. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, Parte I, l. iv (ed. cast., cit., págs. 314-5), y *Parerga y paralipomena*, I, 478.

³⁰ los lógicos] Cf. «lógicos como Spinoza»: loc. cit., I, pág. 312, nota. Vid. Parte I, nota 30.

³¹ Cf. 23 [114].

³² Friedrich Schleiermacher (1768-1830): filósofo y teólogo protestante alemán romántico.

³³ de los teólogos cristianos] En algunas ediciones: «de la teología cristiana».

inmutable como todo su ser. ¡Cómo le gustaría intentar ese otro género de acciones que se reconocen en la estimación general como las más eminentes y supremas! ¡Cómo le gustaría sentirse lleno de la buena consciencia que debe seguirse de un modo de pensar desinteresado! Pero desgraciadamente se queda en este deseo: el descontento por no poder satisfacerlo se agrega a todas las restantes clases de descontento que en él han suscitado la suerte de su vida en general o las consecuencias de esas acciones llamadas malas; de modo que se origina un profundo malestar que hace buscar un médico capaz de acabar con él y todas sus causas. Este estado no se sentiría tan amargamente sólo con que el hombre se comparase imparcialmente con otros hombres: pues entonces no tendría motivo para estar particularmente descontento de sí, no haría sino llevar su parte de la carga general de insatisfacción e imperfección humanas. Pero se compara con el único ser capaz de esas acciones llamadas altruistas y que vive en la constante consciencia de un modo de pensar desinteresado: con Dios; por mirarse en este claro espejo le parece su ser tan deslucido, tan insólitamente distorsionado. Además, le angustia pensar en el mismo ser, en cuanto que éste flota ante su fantasía como justicia punitiva: en todas las posibles vivencias, grandes o pequeñas, cree reconocer su cólera, su amenaza, incluso sentir por anticipado los latigazos de sus jueces y verdugos. ¿Quién le socorre en este peligro, que por la perspectiva de una duración inconmensurable rehasa en atrocidad a todos los demás horrores que quepa imaginar?

133

Antes de abordar este estado en sus consecuencias ulteriores, admitamos sin embargo que el hombre no ha caído en este estado por su «culpa» y «pecado», sino por una serie de errores de la razón, que era defecto del espejo si su ser se le aparecía hasta ese grado sombrío y odioso, y que ese espejo era obra *suja*, la obra muy imperfecta de la fantasía y del juicio humanos. En primer lugar, un ser que únicamente fuese capaz de acciones puramente altruistas sería todavía más fabuloso que el Ave Fénix; ni siquiera puede ser imaginado claramente por el hecho mismo de que todo el concepto de «acción altruista», sometido a un examen minucioso, se desvanece en el aire. Nunca ha hecho hombre alguno nada únicamente en pro de los demás o sin algún móvil personal; más aún, ¿cómo *podría* hacer algo sin relación a él, es decir, sin motivación interna (la cual debería, sin embargo, tener su fundamento en una necesidad personal)? ¿Cómo podría el *ego* obrar sin *ego*? Un dios que es por el contrario *todo* amor, tal como a veces se supone, no sería capaz ni de una sola acción altruista; a este respecto debería recordarse un pensamiento de Lichtenberg, tomado ciertamente de una esfera inferior: «Es imposible que *sintamos* por otros, como suele decirse; sólo sentimos por nosotros. La frase suena dura, pero no lo es si se la entiende correctamente. No se ama ni al padre, ni a la madre, ni a la esposa, ni al hijo, sino los sentimientos agradables que nos procuran»³⁴, o, como dice la Rochefoucauld: «si

³⁴ Cf. *Vermischte Schriften*, Göttingen 1867, I, pág. 83, BN. Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799): sabio y escritor alemán. Vid infra, parte V, nota 73.

on croit aimer sa maîtresse pour l'amour d'elle, on est bien trompé»³⁵. Respecto a por qué los actos de amor se *aprecian* más que los otros, a saber, no por su esencia, sino por su utilidad, compárese con las investigaciones más arriba citadas «sobre el origen de los sentimientos morales»³⁶. Pero si un hombre deseara ser, como ese dios, todo amor, quererlo y hacerlo todo por otros, nada por sí, esto es ya imposible por el hecho de que debe hacer *mucho* por sí para poder en general hacer algo por amor a otro. Además, esto presupone que el otro es lo bastante egoísta para aceptar una y otra vez ese sacrificio, 'ese vivir para él; de modo que los hombres de amor y abnegación tienen un interés en la persistencia de los egoístas carentes de amor e incapaces de abnegación, y la moralidad suprema, para poder subsistir, debería por así decir *forzar* la existencia de la inmoralidad (a través de la cual se superaría por cierto a sí misma). Además; la idea de un dios inquieta y humilla en tanto es creída, pero sobre cómo *nació* no puede haber ya ninguna duda en el estado actual de la etnología comparada; y con la comprensión de ese nacimiento se desmorona esa creencia. Al cristiano que compara su ser con Dios le pasa como a Don Quijote, el cual subestima su propia valentía porque tiene en mente las portentosas hazañas de los héroes de las novelas de caballería: el metro con que en ambos casos se mide pertenece al reino de la fábula. Pero si la idea de Dios falta, falta también el sentimiento del «pecado» como un delito contra preceptos divinos, como una mancha en una criatura consagrada a Dios. Entonces queda probablemente todavía esa desazón muy próxima y afín al temor a los castigos de la justicia mundana o al menosprecio de los hombres; la desazón del remordimiento de conciencia, el agujón más agudo en el sentimiento de culpa, queda para siempre despuntada cuando uno se percata de que con sus actos ha delinquido sin duda contra la tradición humana, los cánones y ordenamientos humanos, pero sin haber con ello puesto en peligro la «eterna salvación del alma» y su relación con la divinidad. Si el hombre consigue, por último, adquirir la convicción filosófica de la absoluta necesidad de todas las acciones y de su plena irresponsabilidad y asimilarla en su carne y su sangre, desaparece también ese resto de remordimiento de conciencia.

134³⁷

Ahora bien, si el cristiano, como se ha dicho, ha incurrido en el sentimiento de autodesprecio a causa de algunos errores, es decir, a causa de una interpretación falsa y anticientífica de sus acciones y sentimientos, debe advertir con extremado estupor cómo ese estado de desprecio, de remordimiento de conciencia, de displacer en suma, no perdura, cómo de vez en cuando llegan horas en que todo esto queda borrado del alma y él se siente nuevo, libre y animoso. En verdad ha triunfado el goce de sí mismo, el deleite en la propia fuerza, unido con el necesario debilitamiento de toda excitación profunda; el hombre se ama de nuevo, lo

³⁵ «Quien cree amar a una mujer por amor a ella, se equivoca de medio a medio» (ed. cast., cit., pág. 73).

³⁶ Vid. supra par. 37, nota 11.

³⁷ Cf. 22 [20].

siente; pero precisamente este amor, esta nueva autoestima le parecen increíbles, no puede ver en ellos más que el descenso desde lo alto del resplandor de una gracia totalmente inmerecida. Si antes en todos los acontecimientos creía percibir advertencias, amenazas, castigos y toda clase de señales de la cólera divina, ahora en sus experiencias todo lo *atribuye* a la bondad divina: este suceso se le antoja pleno de amor, ese otro como una indicación solícita de Dios, un tercero, y en especial toda su disposición gozosa, como prueba de la gracia divina. Así como antes, en el estado de desazón, interpretaba de modo falso especialmente sus acciones, así hace ahora especialmente con sus vivencias; la disposición confortada la concibe como efecto de un poder dominante fuera de él, el amor con que en el fondo se ama a sí mismo aparece como amor divino; lo que llama gracia y preludio de la redención es en verdad autoagraciamiento, autorredención.

135³⁸

Por consiguiente, una determinada psicología falsa, un cierto fantaseo en la interpretación de los motivos y vivencias, es el presupuesto necesario para que uno se haga cristiano y sienta la necesidad de la redención. Cuando uno se percató del extravío de la razón y la fantasía, deja de ser cristiano.

136

Del ascetismo y la santidad cristianos. Tantos pensadores individuales como se han esforzado por presentar los raros fenómenos de la moralidad que se suelen llamar ascetismo y santidad como una cosa milagrosa cuya explicación a la luz de la razón raya ya con la blasfemia y el sacrilegio, tanto más fuerte es a su vez la tentación de esta blasfemia. Un poderoso impulso de la *naturaleza* ha conducido en todos los tiempos a protestar en general contra esos fenómenos; la ciencia, en la medida en que, como antes se dijo, es una imitación de la naturaleza, se permite al menos elevar objeciones contra la pretendida inexplicabilidad y aun inaccesibilidad de los mismos. Es cierto que hasta ahora no lo ha conseguido: esos fenómenos siguen todavía inexplicados, para gran regocijo de los citados veneradores de lo milagroso-moral. Pues, hablando en general, lo inexplicable debe ser de todo punto inexplicable y lo inexplicable en absoluto natural, sino sobrenatural, milagroso; este es el postulado que resuena en las almas de todos los religiosos y metafísicos (también de los artistas, en el caso de que sean al mismo tiempo pensadores); mientras que el hombre científico ve en este postulado el «principio del mal». La primera verosimilitud general a que se llega mediante la consideración del ascetismo y de la santidad es la de que su naturaleza es *compleja*; pues casi en todas partes, en el seno del mundo físico tanto como en el moral, se ha reducido con fortuna lo presuntamente milagroso a lo complejo y múltiplemente condicionado. Arriesguémonos por tanto a aislar impulsos individuales del alma de los santos y de los ascetas y como conclusión a imaginárnoslos entrelazados.

³⁸ Cf. 22 [20].

137³⁹

Hay una *porfía contra uno mismo*⁴⁰ entre cuyas exteriorizaciones más sublimes se cuentan muchas formas de ascetismo. Ciertas personas tienen, en efecto, tan gran necesidad de ejercitar su poder y su ansia de dominio, que, a falta de otros objetos o por haber fracasado siempre, caen finalmente en la tiranización de ciertas partes de su propio ser, por así decir, secciones o grados de sí mismas. Por eso más de un pensador sostiene puntos de vista que a todas luces no sirven para aumentar o mejorar su reputación; más de uno concita expresamente sobre sí el desprecio de otros, mientras que le sería fácil seguir siendo, mediante el silencio, un hombre respetado; otros revocan opiniones anteriores y no temen ser llamados en lo sucesivo inconsecuentes: por el contrario, se esfuerzan en ello y se comportan como jinetes temerarios a los que como más les gusta el caballo es desbocado, cubierto de sudor, espantado. Así el hombre asciende por peligrosos caminos a las más altas cumbres para burlarse de su medrosidad y de sus rodillas temblorosas; por eso sostiene el filósofo enfoques de ascetismo, de humildad y de santidad, cuyo resplandor desluzca su propia imagen del modo más horrible. Este despedazarse a sí mismo, este escarnio de la propia naturaleza, este *sperneri se sperni*⁴¹ que tanto han exaltado las religiones, es propiamente hablando un grado muy elevado de vanidad. Toda la moral del Sermón de la Montaña cabe aquí: el hombre tiene una verdadera voluptuosidad en ultrajarse mediante exigencias excesivas y en deificar después este algo tiránicamente imperioso en su alma. En toda moral ascética adora el hombre una parte de sí como Dios y tiene para ello necesidad de diabolizar la parte restante.

138⁴²

El hombre no es a todas horas igualmente moral, esto es sabido: si se juzga su moralidad por la capacidad para la resolución y la abnegación altruistas (las cuales, persistentes y convertidas en hábito, son la santidad), es en el *afecto* donde es más moral; la mayor excitación le ofrece motivos enteramente nuevos de los cuales tal vez ni siquiera se sentía capaz sobrio y frío como de ordinario. ¿Cómo sucede esto? Probablemente por la vecindad entre todo lo grande y fuertemente excitante: una vez puesto en una tensión extraordinaria, el hombre puede decirse por una venganza terrible tanto como por una terrible represión de su necesidad de venganza. Bajo el influjo de la emoción violenta, lo que a todo trance quiere es lo grande, violento, monstruoso, y si por azar advierte que el sacrificio de sí mismo le satisface tanto o más que el sacrificio de otro, elige aquél. Propiamente hablando, lo que por tanto le interesa es la descarga de su emoción; entonces, para aliviar su tensión, reúne los dardos de los enemigos y

³⁹ En *Cf* este aforismo llevaba título: «Para la explicación del ascetismo».

⁴⁰ En *Fp* se añade: «(Schopenhauer y ascesis)».

⁴¹ «Despreciar que a uno lo desprecien». Hildebert de Lavardin (1056-1133): arzobispo de Tours y autor de sermones, vidas de santos y poemas: *Carmine Miscellanea*, 124.

⁴² Título en *Cf*: «Grandeza moral que se desprende del afecto».

los sepulta en su pecho. Que en la abnegación y no sólo en la venganza hay algo grande debió inculcársele a la humanidad mediante una larga habituación; una deidad que se sacrifica a sí misma fue el símbolo más fuerte y más eficaz de esta clase de grandeza. Como la derrota del enemigo más difícil de vencer, como el sometimiento fulminante de un afecto: como esto *aparece* esta abnegación; y en tal medida pasa ésta por ser la cima de lo moral. Trátase en verdad del trueque de una representación por otra, mientras que el ánimo mantiene su misma altura, su misma pleamar. Hombres desembriagados, en descanso del afecto, ya no comprenden la moralidad de esos momentos, pero les sostiene la admiración de todos los que han vivido con ellos; el orgullo es su consuelo cuando se debilitan el afecto y la comprensión de lo que han hecho. Así que, en el fondo, tampoco esos actos de abnegación son normales por cuanto no se los ha realizado estrictamente por consideración a otros; más bien el otro no le da al ánimo sometido a alta tensión más que una ocasión para aliviarse mediante esa abnegación.

139

En más de un respecto trata también el asceta de facilitarse la vida, y habitualmente por cierto mediante tal subordinación absoluta a una voluntad extraña o a una ley y un ritual comprensivos, más o menos a la manera como el brahmán no deja absolutamente nada a su propia determinación y se determina en cada instante por un precepto sagrado. Esta subordinación es un poderoso medio para hacerse dueño de sí; uno está ocupado, vale decir sin fastidio, y ello sin excitación de la obstinación ni de la pasión; una vez consumado el acto, falta el sentimiento de responsabilidad y por tanto el tormento del arrepentimiento. Se ha renunciado de una vez por todas a la propia voluntad, y esto es más fácil que renunciar sólo alguna vez ocasionalmente; tal como también es más fácil abstenerse por entero de un apetito que moderarlo. Si pensamos en la posición actual del hombre frente al Estado, también ahí hallamos que la obediencia incondicional es más cómoda que la condicional. De manera que el santo se facilita la vida mediante esa plena abdicación de su personalidad, y se engaña quien admire en ese fenómeno la proeza suprema de la moralidad. Es en todo caso más difícil imponer sin vacilación ni vaguedad la personalidad de uno que desentenderse de ella del modo mencionado; además de que requiere mucho más espíritu y reflexión⁴³.

140⁴⁴

Tras haber hallado, en muchas de las acciones más difícilmente explicables, manifestaciones de ese *placer que produce la emoción en sí*, también por lo que al autodesprecio, el cual forma parte de los distintivos de la santi-

⁴³ De manera que] Variante en *Ck*: «Por tanto, en todos los casos en que la voluntad no es extraordinariamente fuerte y libre, es deseable su completa sumisión. De otro modo se tienen dudas, vaguedad, un semidesligamiento de la costumbre; semejante hombre no se ve acompañado por la dicha de la moralidad. Pero lo superior es la propia ley de uno.»

⁴⁴ *Fp*: 23 [113]. Cf. 23 [127].

dad, se refiere, y asimismo en los actos de automortificación (por el ayuno y las flagelaciones, dislocaciones de los miembros, simulación de la locura), podría yo reconocer un medio por el cual esas naturalezas luchan contra el agotamiento general de su voluntad de vivir (de sus nervios); se sirven de los estímulos y atrocidades más dolorosos para emerger, al menos de vez en cuando, de ese embotamiento y tedio en que su gran indolencia espiritual y esa subordinación descrita a una voluntad extraña tan a menudo les hace hundirse.

141⁴⁵

El medio más habitual que emplean el asceta y el santo para hacerse con todo soportable y amena la vida consiste en hacer ocasionalmente la guerra y en la alternancia de victoria y derrota. Precisan para ello de un adversario, y lo encuentran en el llamado «enemigo interior». Es decir, utilizan sobre todo su propensión a la vanidad, a la codicia de honores y de dominio, además de sus apetitos sensuales, para poder considerar su vida como una batalla sin tregua y a sí como un campo de batalla en el que espíritus buenos y malos combaten con éxito alterno. Sabido es que la regularidad del trato sexual modera, y aun casi suprime, la fantasía sensual; y, a la inversa, la continencia o el desorden de ese trato la desencadenan y desarreglan. La fantasía de muchos santos cristianos era extraordinariamente lasciva; gracias a esa teoría de que estos apetitos eran demonios efectivamente reales que hacían estragos en ellos, no se sentían excesivamente responsables de ellos; a este sentimiento debemos la franqueza tan instructiva de sus confesiones. Les interesaba que esta lucha se mantuviera siempre en cierto grado, pues con ello se mantenía, como queda dicho, su tediosa vida. Pero para que la lucha apareciera lo suficientemente importante para suscitar en los privados de la santidad una simpatía y una admiración duraderas, la sensualidad debía ser cada vez más execrada y estigmatizada⁴⁶, más aún, se ligaba tan estrechamente el peligro de condenación a estas cosas, que muy probablemente durante siglos enteros los cristianos engendraron hijos con mala conciencia; con ello se le ha infligido por cierto un gran perjuicio a la humanidad. Y, sin embargo, aquí la verdad está completamente patas arriba; lo cual es particularmente inconveniente para la verdad⁴⁷. El cristianismo había ciertamente dicho: todo hombre es engendrado y nace en pecado, y en el inaguantable cristianismo superlativo de Calderón este pensamiento aún se anudó

⁴⁵ Cf. 23 [148].

⁴⁶ Pero para que la lucha] Variante en *Cf.* «En vez de estar agradecidos por el hecho de que ciertas funciones físicas exigidas por la santidad vayan acompañadas de placer, se las ha estigmatizado, se le ha dado a la palabra "placer" un sentido peyorativo.»

⁴⁷ En *Cf.* seguía aquí este texto tachado por Nietzsche: «Aquí la humanidad debe volver a la inocua concepción de los griegos, cuyo filósofo más taciturno, Empédocles, ve en Afrodita —dos personas que se gozan mutuamente— el mejor fenómeno, el más feliz y prometedor de esta tierra, sin ninguna muestra de ese semiconcupiscente horror monacal con que Schopenhauer considera estas cosas. Platón, es cierto, declara heréticos todos los sentidos, empezando por la vista y el oído; y en general hay también entre los griegos excepciones contrarias a la razón y a la naturaleza.» Cf. 21 [48].

y enlazó de modo que aventuró la paradoja más absurda que existe en el conocido verso:

*el delito mayor
del hombre es haber nacido*⁴⁸.

En todas las religiones pesimistas el acto de la procreación es sentido como malo en sí, pero de ningún modo es este un sentimiento compartido por todos los hombres; ni siquiera el juicio de todos los pesimistas es unánime en este punto. Empédocles, por ejemplo, no sabe en absoluto de nada vergonzoso, diabólico, pecaminoso en ninguna cosa erótica: ve más bien en el gran prado de la insanía una sola aparición saludable y esperanzadora: Afrodita; ésta le garantiza que la discordia no dominará eternamente, sino que un día le cederá el cetro a un demonio más clemente⁴⁹. Los pesimistas cristianos de la práctica tenían, como he dicho, interés en que prevaleciera otra opinión; para la soledad y el desierto espiritual de su vida precisaban de un enemigo siempre vivo, y de un enemigo universalmente reconocido por cuyo combate y derrota se presentasen siempre de nuevo ante el privado de santidad como seres medio incomprensibles, sobrenaturales. Cuando finalmente este enemigo, como consecuencia de su modo de vida y de su quebrantada salud, se daba a la fuga para siempre, sabían al punto *ver* su interior poblado de nuevos demonios. La oscilación arriba y abajo de los platillos de la balanza del orgullo y la humildad entretenía sus cavilosas cabezas tan bien como la alternancia de apetencia y sosiego anímico. En aquel tiempo la psicología servía no sólo para sospechar de todo lo humano, sino para ultrajarlo, para fustigarlo, para crucificarlo; se *quería* encontrar lo más malo y perverso posible, se buscaba la angustia por la salvación del alma, el desespero de la propia fuerza. Todo lo natural a que el hombre endosa la representación de lo malo, de lo pecaminoso (como todavía actualmente se suele hacer respecto a lo erótico), fastidia, ofusca la fantasía, produce una mirada esquiva, hace que el hombre riña consigo, y le vuelve inseguro y desconfiado; incluso sus sueños adquieren un regusto de conciencia atormentada. Y sin embargo, este sufrimiento por lo natural carece de todo fundamento en la realidad de las cosas: no es más que la consecuencia de opiniones *sobre* las cosas⁵⁰. Fácilmente se reconoce cómo los hombres devienen peores al calificar como malo lo inevitablemente natural y luego sentirlo siempre como de tal condición. La artimaña de la religión y de esos metafísicos que quieren al hombre por naturaleza malo y perverso consiste en *hacerle* sospechar de la naturaleza y así a él mismo peor: pues así aprende a sentirse como malo, ya que no puede quitarse el ropaje de la naturaleza. Poco a poco, con el transcurso de una larga vida en lo natural, va sintiéndose oprimido por una carga tal de pecados, que se hacen necesarios poderes sobrenaturales

⁴⁸ *La vida es sueño*, acto I (ed. cast. de A. Valbuena Briones, Aguilar 1987, vol. II, pág. 502). Citado también por Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, I, págs. 300, 419 (ed. cast., cit., págs. 202, 275). Pedro Calderón de la Barca (1600-1681): dramaturgo español.

⁴⁹ Cf. Empédocles (Diels-Kranz), frgs. 17, 1-8; 26, 1-7; 35, 1-6; 36; 66; 121, 4; 128, 1-3.

⁵⁰ Cf. Epicteto, *Manual*, V, citado también por Schopenhauer en *El mundo como voluntad y representación*, I, pág. 105 (ed. cast., cit., pág. 82), y *Parerga y paralipomena*, I, pág. 344. Epicteto (50-ca. 125): filósofo estoico, cuya obra citada fue profusamente utilizada por los moralistas cristianos, así como por los filósofos.

para poder alzar esta carga; y con esto entra en escena la ya comentada necesidad de redención, que no corresponde a una pecaminosidad real, sino solamente imaginada. Repásense una por una las propuestas morales de los documentos del cristianismo y en todas partes se encontrará que las exigencias son exageradas a fin de que el hombre no *pueda* satisfacerlas; la intención no es que devenga más moral, sino que se sienta *lo más pecador posible*. Si este sentimiento no le hubiese sido *agradable* al hombre, ¿para qué habría producido una tal representación y se habría aferrado a ella durante tanto tiempo? Así como en el mundo antiguo se empleó una inmensa fuerza de espíritu y de inventiva para aumentar la alegría de vivir mediante cultos festivos, así en los tiempos del cristianismo se ha sacrificado una cantidad de espíritu igualmente inmensa a otro empeño: el hombre debía sentirse pecador a todo trance y en general ser excitado, vivificado, animado por ello⁵¹. Excitar, vivificar, animar a toda costa, ¿no es ésta la consigna de una época exhausta, decrepita, sobrecultivada? Cien veces se había recorrido el círculo de todos los sentimientos naturales; el alma se había cansado de ellos: entonces inventaron el santo y el asceta un nuevo género de estímulo vital. Se ofrecieron a los ojos de todos, no propiamente hablando para ser imitados por muchos, sino como espectáculo espantoso y sin embargo fascinante, que se representaba en esos lindes entre el mundo y el ultramundo donde cada cual creía en aquellos tiempos percibir ora rayos de luz celestes, ora siniestras lenguas de fuego que brotaban de las profundidades. Los ojos del santo, dirigidos al significado en todos los sentidos pavoroso de la breve vida terrenal, a la proximidad de la decisión última sobre nuevos lapsos de vida infinitos, estos ojos abrasadores en un cuerpo aniquilado, hacían temblar a los hombres del mundo antiguo hasta lo más profundo; mirar, apartar la vista de espanto, rastrear de nuevo el encanto del espectáculo, ceder a él, saciarse de él hasta que el alma se embebiera de ardor y de escalofríos febriles: este fue el último *placer que la antigüedad inventó* tras haberse embrutecido en la contemplación de las luchas de fieras y hombres.

142

Para resumir lo dicho: ese estado del alma en que se complace el santo o el aspirante a tal se compone de elementos que todos nosotros conocemos muy bien, sólo que bajo el influjo de representaciones diferentes de las religiosas se muestran diferentemente coloreados y suelen entonces recibir la censura de los hombres tan fuertemente cuanto con esa orlatura de religión y de significación última de la existencia pueden contar —al menos pudieron contar en tiempos pretéritos— con admiración y aún con adoración. El santo ora practica esa porfía contra sí mismo que es pariente cercano del ansia de dominio y aun al más soli-

⁵¹ Cf. añade aquí: «(El cristianismo es el producto de un período de decrepitud de la cultura: como tal, actuó sobre los jóvenes pueblos bárbaros como un veneno o una corrupción.) Mientras que el espíritu pagano quería un determinado género de emoción, el del gozo en todos los grados, el espíritu cristiano buscaba la emoción del dolor (de donde accesorio y ocasionalmente procedía el deseo de placeres desenfrenados).»

tario le da la sensación de poder; ora su sentimiento exacerbado salta del afán de dar rienda suelta a sus pasiones al afán de hacerlas derrumbarse, como corceles salvajes, bajo la poderosa presión de un alma orgullosa; ora quiere que cesen por completo todos los sentimientos perturbadores, torturantes, excitantes, soñar despierto, un reposo duradero en el seno de una indolencia bruta, animalesca, vegetativa; ora busca la lucha y la prende en sí porque el fastidio le muestra su rostro hostezante; fustiga con autodesprecio y crueldad su autodivinización, se complace en el salvaje alboroto de sus apetitos, en el agudo dolor de los pecados, aun en la idea de la perdición, sabe tenderle un lazo a su afecto, por ejemplo al de la extremada ansia de dominio, de modo que pasa a la humillación extrema y su alma instigada es arrancada de todos los goznes por este contraste; y por último, cuando llega a ansiar visiones, conversaciones con muertos, con seres divinos, lo que en el fondo apetece es una especie rara de voluptuosidad, pero tal vez aquella voluptuosidad en que todas las demás están entrelazadas en un nudo. Novalis, por experiencia e instinto una de las autoridades en cuestiones de santidad, en una ocasión desvela con ingenua alegría todo el secreto: «Es bastante asombroso que la asociación de voluptuosidad, religión y crueldad no haya atraído desde ha mucho la atención de los hombres sobre su íntimo parentesco y tendencia común»⁵².

143

No lo que el santo es, sino lo que *significa* a los ojos de los privados de santidad, es lo que le da su valor en la historia universal. Porque se estaba equivocando respecto a él, porque se interpretaba falsamente sus estados anímicos y se lo separaba de uno tan fuertemente como era posible, como algo absolutamente incomparable y extrañamente sobrehumano: por eso adquirió la extraordinaria fuerza con que pudo dominar la fantasía de pueblos enteros, de épocas enteras. El mismo no se conocía; él mismo entendía los jeroglíficos de sus disposiciones, inclinaciones, acciones según un arte de la interpretación que era tan exagerado y artificioso como la interpretación neumática de la Biblia. Lo extravagante y morboso en su naturaleza, con su amalgama de pobreza espiritual, saber perverso, salud deteriorada, nervios exasperados, permanecía tan oculto a su mirada como a la de sus espectadores. No era un hombre particularmente bueno, menos aún un hombre particularmente sabio: pero *significaba* algo que rebasaba la medida humana en bondad y sabiduría. La fe en él sostenía la fe en lo divino y

⁵² Novalis| La conclusión difiere en Cf: «Su destreza consiste en desplegar una serie de estados interiores que todos los demás hombres conocen y vivencian igualmente, pero manteniéndose bajo el efecto de contingencias exteriores, mientras que el primero como consecuencia de motivos puramente interiores, de una conjunción de conocimientos defectuosos, de buenas intenciones y de una salud deteriorada. Este análisis no debe impedimos reconocer que el asceta y el santo, juzgados por sus resultados y no por los elementos que los constituyen, son las energías más magníficas y fecundas de la humanidad, en ciertas épocas en que la locura religiosa ha sustituido en todas partes el sentido de la verdad.» Cf. Novalis, «Fragmente und Studien», 1799-1800, *Schriften*, Tieck-Schlegel (eds.), 1815³, vol. II, pág. 250. Cf. HDH, 143. Friedrich, barón de Hardenberg, Novalis (1772-1801): poeta romántico alemán.

milagroso, en un sentido religioso de toda la existencia, en un inminente Día del Juicio. En el resplandor vespertino de un sol de ocaso del mundo que brillaba sobre los pueblos cristianos, la sombra del santo creció hasta la enormidad; hasta una tal altura que incluso en nuestro tiempo, que ya no cree en Dios, hay todavía bastantes pensadores que creen en los santos.

144

Se entiende por sí mismo que a este bosquejo del santo, que se ha trazado según el promedio de todo el género, puede contraponérsele más de un retrato susceptible de producir una impresión más agradable. Descuellan excepciones aisladas de ese género, sea por la gran dulzura y filantropía, sea por el encanto de un dinamismo insólito; otros son atrayentes en sumo grado porque determinadas ideas fijas derraman torrentes de luz sobre todo su ser: tal es por ejemplo el caso del famoso fundador del cristianismo, que se tuvo por el hijo unigénito de Dios y se sentía por tanto exento de pecado; de modo que por una quimera —que no puede juzgarse demasiado duramente, pues toda la antigüedad hervía en hijos de dioses— alcanzó la misma meta, el sentimiento de completa exención del pecado, de completa irresponsabilidad, que ahora cualquiera puede procurarse mediante la ciencia. Igualmente he prescindido de los santos hindúes, que ocupan una fase intermedia entre el santo cristiano y el filósofo griego y en tal medida no representan un tipo puro: el conocimiento, la ciencia —en la medida en que había una—, la elevación por encima de los demás hombres mediante el cultivo y el adiestramiento lógicos del pensamiento eran entre los budistas tan exigidos en cuanto un distintivo de la santidad como las mismas propiedades se ven en el mundo cristiano repudiadas y estigmatizadas en cuanto distintivos de la falta de santidad.

CUARTA PARTE

DEL ALMA DE LOS ARTISTAS Y ESCRITORES

145¹

Lo perfecto no debe haber devenido. Ante todo lo perfecto estamos habituados a no plantear la pregunta por su devenir, sino a gozar de lo presente como si hubiera brotado del suelo por arte de magia. Probablemente estamos aquí todavía bajo el efecto de un antiquísimo sentimiento mitológico. *Casi* nos parece todavía (por ejemplo en un templo griego como el de Paestum) como si una mañana hubiese un dios construido jugando su morada de tan ingentes moles; o bien como si un alma hubiera penetrado súbitamente como por encanto en una piedra y ahora quisiera hablar a través de ella. El artista sabe que su obra sólo opera su pleno efecto cuando suscita la creencia en una improvisación, en una milagrosa subitaneidad de la génesis; y así favorece deliberadamente esta ilusión e introduce en el arte esos elementos de inquietud entusiasta, de desorden ciegamente tanteador, de sueño alerta en el comienzo de la creación, como medios engañosos para disponer el alma del espectador o del oyente de modo que crea en el surgimiento repentino de lo perfecto. La ciencia del arte, como se entiende de suyo, tiene que contradecir del modo más categórico esta ilusión y poner en evidencia las conclusiones erróneas y los malos hábitos del intelecto gracias a los cuales cae éste en las redes del artista.

146

El sentido de la verdad del artista. Con respecto al conocimiento de las verdades, el artista tiene una moralidad más endeble que la del pensador; de ningún modo quiere dejarse arrebatar las interpretaciones de la vida brillantes, de profundo sentido, y se pone en guardia contra métodos y resultados ramplones, trillados. Aparentemente lucha por la dignidad y significación superior del hombre; en

¹ Fp. 22 [36]. Cf. 23 [84].

verdad, no quiere renunciar a los presupuestos *más eficaces* para su arte, es decir, a lo fantástico, mítico, inseguro, extremo, al sentido de lo simbólico, a la sobreestimación de la persona, a la creencia en algo de milagroso en el genio: considera por tanto la perduración de su manera de crear más importante que la entrega científica a lo verdadero en cualquier forma por trillada que ésta aparezca.

147

El arte como nigromante. Desempeña de paso el arte la tarea de conservar, también sin duda de devolverles un poco de color, nociones obliteradas, extintas; cuando resuelve esta tarea, teje un lazo en torno a diferentes épocas y hace que regresen los espíritus de las mismas. Ciertamente no es más que una vida aparente, como sobre tumbas, lo que por este medio nace, o como el retorno en el sueño de difuntos queridos, pero al menos por unos momentos despierta una vez más el viejo sentimiento y el corazón late a un compás de otro modo olvidado. Ahora bien, debido a este provecho general del arte, debe perdonarse al artista cuando no se sitúa en la vanguardia de la ilustración y de la progresiva *utilización* de la humanidad: no ha dejado de ser toda la vida un niño o un adolescente, y se ha quedado en el punto en que le sobrevino su vocación artística; pero los sentimientos de las primeras etapas de la vida están manifiestamente más próximos a los de épocas pasadas que a los del presente siglo. Involuntariamente deviene su tarea, infantilizar a la humanidad; esta es su gloria y su limitación.

148²

Los poetas como aliviadores de la vida. En la medida en que también quieren aliviar la vida de los hombres, los poetas o bien apartan la mirada del penoso presente o bien le procuran al presente colores nuevos mediante una luz que hacen irradiar del pasado. Para conseguirlo, ellos mismos deben ser en más de un respecto seres vueltos hacia atrás, de modo que se los pueda utilizar como puentes hacia tiempos e ideas remotísimos, a religiones y culturas moribundas o muertas. Propiamente hablando, son siempre y necesariamente *epígonos*. Por supuesto, algo desfavorable ha de decirse de sus medios para aliviar la vida: aplacan y curan sólo provisionalmente, sólo momentáneamente; impiden incluso a los hombres trabajar en una mejora efectivamente real de su situación al superar y descargar mediante paliativos precisamente la pasión de los descontentos que apremian a la acción.

149

La lenta flecha de la belleza. La clase más noble de belleza es la que no arrebatada de una vez, la que no lanza asaltos tempestuosos y embriagadores (ésta fácilmente despierta aversión), sino aquella que se infiltra lentamente, la que uno lleva consigo casi inadvertidamente y que alguna vez vuelve a encontrar en sueños, pero que finalmente, tras haberse ubicado durante mucho tiempo modestamente en nuestro corazón, toma entera posesión de nosotros, llena de lágrimas

² Cf. 22 [26].

nuestros ojos, de anhelo nuestro corazón. ¿Qué anhelamos ante el espectáculo de la belleza? Ser bellos: nos figuramos que debe de haber mucha felicidad ligada a ello. Pero esto es un error⁵.

150

Animación del arte. El arte levanta la cabeza allí donde las religiones declinan. Asume una gran cantidad de sentimientos y disposiciones generados por la religión, los deposita en su corazón y ahora deviene él mismo más profundo, más pleno de alma, de modo que puede comunicar elevación y entusiasmo, lo que antes le era imposible. La riqueza del sentimiento religioso acrecido en torrente⁶ siempre acaba desbordando de nuevo y quiere conquistar nuevos reinos; pero la creciente ilustración ha sacudido los dogmas de la religión e infundido una profunda desconfianza. Así el sentimiento, expulsado de la esfera religiosa por la ilustración, se lanza al arte; en algunos casos también a la vida política, y aun directamente incluso a la ciencia. Por todas partes donde en los afanes humanos se percibe una lógrega coloración superior cabe suponer que el temor a los espíritus, la fragancia del incienso y las penunbras de las iglesias han quedado prendidos de ellos.

151⁵

Por qué el metro embellece. El metro extiende un crespón sobre la realidad⁶, provoca cierta artificiosidad de discurso e impureza de pensamiento; mediante la sombra que proyecta sobre el pensamiento, ora oculta, ora resalta. Así como las sombras son necesarias para embellecer, así lo «vago» para aclarar. El arte hace soportable el espectáculo de la vida al extender sobre la misma el crespón del pensamiento impuro.

152⁷

Arte del alma fea. Se le trazan al arte muchos límites demasiado estrechos cuando se exige que en él sólo pueda expresarse el alma ordenada, éticamente equilibrada. Como en las artes figurativas, así también en la música y la poesía hay un arte del alma fea además del arte del alma bella; y quizá es precisamente aquel arte el que mejor ha logrado los efectos del arte más poderosos: quebrar las almas, mover piedras y humanizar bestias.

⁵ ¿Qué anhelamos? Cf. «De esa clase es la belleza del golfo de Nápoles, visto desde el Pansilippo al atardecer [y la de los adagios de Beethoven]». Ludwig van Beethoven (1770-1827): compositor alemán.

⁶ torrente] En *Ck*: «instinto».

⁵ Cf. 17 [1], [18], [79]. En *Ck* aparecía el siguiente comienzo tachado: «Uno de los principales medios de que se sirve el poeta idealizante consiste en una especie de pensamiento impuro. A procurárselo contribuye especialmente el metro».

⁶ La misma idea y el mismo término (*Flor*; crespón) aparecen en una carta de Goethe a Schiller del 5 de mayo de 1798. Friedrich Schiller (1759-1805): poeta, dramaturgo e historiador alemán.

⁷ Cf. 22 [39], 23 [112].

153

*El arte apesadumbra el corazón del pensador*⁸. Cuán intensa es la necesidad metafísica⁹ y cuán difícil se le hace a la naturaleza¹⁰ separarse finalmente de ella¹¹ puede desprenderse del hecho de que aun en el librepensador, cuando se ha emancipado de todo lo metafísico, los efectos máximos del arte producen fácilmente una resonancia de la cuerda metafísica ha mucho enmudecida, incluso rota, como por ejemplo en un pasaje de la *Novena Sinfonía* de Beethoven en el que se siente flotar sobre la tierra en una cúpula sideral, con el sueño de la *inmortalidad* en el corazón: todas las estrellas parecen titilar en torno a él y la tierra hundirse cada vez más. Si toma consciencia de este estado, de seguro siente en el corazón una profunda punzada y suspira por el hombre que le devuelva a la amada perdida, llámese religión o metafísica. En tales momentos se pone a prueba su carácter intelectual¹².

154

Jugar con la vida. Fue necesaria la facilidad y ligereza de la fantasía homérica para apaciguar y temporalmente superar el ánimo desmesuradamente pasional y el sobregado entendimiento de los griegos. Si en ellos habla el entendimiento, ¡qué áspera y cruel aparece entonces la vida! No se engañan, pero traman deliberadamente mentiras en torno a la vida. Simónides aconsejaba a sus compatriotas tomar la vida como un juego¹³; demasiado conocida les era la seriedad como dolor (la miseria de los hombres es justamente el tema sobre el cual tanto les gusta a los dioses oír cantar) y sabían que únicamente a través del arte mismo podía la miseria convertirse en goce. Pero, como castigo de esta perspicacia, eran de tal modo acosados por el placer de fabular¹⁴, que en la vida cotidiana se les hacía difícil mantenerse libres de la mentira y el engaño, tal como todo pueblo de poetas tiene un tal gusto por las mentiras y es además inocente al incurrir en ellas. Sin duda los pueblos vecinos encontraban a veces esto desesperante¹⁵.

155

Greencia en la inspiración. Los artistas tienen interés en que se crea en los estros súbitos, las llamadas inspiraciones; como si la idea de la obra de arte, de la poesía, del pensamiento fundamental de una filosofía, irradiase del cielo cual resplandor de la gracia. En verdad la fantasía del buen artista o pensador produce constantemente cosas buenas, mediocres y malas, pero su *juicio*, sumamente

⁸ *Die Kunst macht dem Denker das Herz schwer*.

⁹ Vid. supra I, 26, n. 43.

¹⁰ ...und wie sich... die Natur... schwer macht...

¹¹ Cuán intensa) Variante en *Md*: «Lo que significa la pérdida de las representaciones metafísicas».

¹² Si toma consciencia) En *Cf* la conclusión era diferente: «Toda adquisición espiritual va acompañada de pérdidas; ¡de ahí una larga evolución, comenzando por las ingenuas representaciones de la religión! Máxima es la enseñanza de esto.»

¹³ Cf. *Theon, Progymnasmata*, 33 (Waltz, I, 215). Simónides de Ceos (ca. 556-467 a. C.): poeta griego.

¹⁴ Cf. Goethe, *Xenias pacatas*, libro VI.

¹⁵ En una variante anterior (1875), se añadía aquí: «*vide tragoediam*» [véase la tragedia].

aguzado y ejercitado, desecha, elige, compila; tal como ahora se advierte por los cuadernos de notas de Beethoven que éste componía poco a poco y en cierta medida elegía de entre múltiples conatos las más eminentes melodías. Quien dis-cierna menos rigurosamente y se abandone gustosamente al recuerdo reproductivo podrá bajo ciertas circunstancias llegar a ser un gran improvisador; pero la improvisación artística está en un nivel muy bajo en comparación con el pensamiento artístico serio y arduamente elaborado. Todos los grandes han sido grandes trabajadores, infatigables no sólo en el inventar, sino también en el desechar, tamizar, modificar, ordenar.

156

Otra vez la inspiración. Cuando la fuerza productiva ha quedado estancada durante un tiempo y algún obstáculo ha impedido su emanación, se produce finalmente una efusión tan súbita como si se consumase una inspiración inmediata, sin trabajo interno previo, es decir, un milagro. Esto constituye la conocida ilusión en cuyo mantenimiento están, como queda dicho, un poco demasiado interesados todos los artistas. El capital simplemente se ha *acumulado*, no ha caído tal cual del cielo. Por lo demás, tal aparente inspiración se da también en otros terrenos, por ejemplo, en el dominio de la bondad, de la virtud, del vicio.

157

*Los sufrimientos del genio*¹⁶ *y el valor de los mismos.* El genio artístico quiere procurar deleite, pero cuando está en un nivel muy alto es fácil que le falten catadores; ofrece manjares, pero no se los quiere. Esto le da un pathos bajo ciertas circunstancias ridículo-conmovedor, pues en el fondo no tiene ningún derecho a forzar a los hombres al disfrute. Su pífano suena, pero nadie quiere bailar: ¿puede esto ser trágico? Tal vez. Al cabo obtiene como compensación por esta frustración más disfrute en crear del que obtienen los demás hombres en cualesquiera otros géneros de actividad. Sus sentimientos son percibidos como exagerados porque el sonido de su lamento es más fuerte, su boca más elocuente; y a veces sus sufrimientos son efectivamente muy grandes, pero sólo porque su ambición y su envidia son muy grandes. El genio del saber, como Kepler¹⁷ y Spinoza, no es habitualmente tan exigente ni da tal relieve a sus sufrimientos y privaciones efectivamente mayores. Puede confiar con mayor seguridad en la posterioridad y prescindir del presente; mientras que el artista que hace esto hace siempre una jugada desesperada que debe causarle dolor de corazón. En muy raros casos —cuando en el mismo individuo se combinan el genio del poder y del conocimiento y el genio moral— se agrega a los dolores mencionados el género de dolores que han de tomarse como las excepciones más singulares del mundo: los sentimientos extra y suprapersonales orientados a un pueblo, a la humanidad, a la cultura toda, a toda existencia doliente, los cuales deben su valor a la unión con conocimientos particularmente abstrusos y remotos (la com-

¹⁶ *Genius*: Nietzsche emplea indistintamente la forma más arcaica *der Genius* y el término más moderno *das Genie* (como se ve claramente en el aforismo 164, donde aparecen ambos); estrictamente, *der Genius* se refiere más al espíritu creativo; *das Genie* a una persona, a un gran hombre de genio.

¹⁷ Johannes Kepler (1571-1630): astrónomo alemán.

pasión en sí es de escaso valor). Pero ¿qué criterio, qué pesillo hay para su autenticidad? ¿No es casi un mandamiento desconfiar de todos los que *hablan* de sentimientos de esta índole en ellos mismos?

158

Fatalidad de la grandeza. A todo gran fenómeno le sigue la degeneración, sobre todo en el dominio del arte¹⁸. El modelo de lo grande incita a las naturalezas más vanidosas a la imitación exterior o a la exageración; todos los grandes talentos tienen además en sí la fatalidad de sofocar muchas fuerzas y gérmenes más débiles y por así decir asolar la naturaleza en torno a ellos¹⁹. El caso más feliz en el desarrollo de un arte es que varios genios se mantengan mutuamente a raya; en esta lucha se les concede habitualmente también aire y luz a las naturalezas más débiles y delicadas.

159²⁰

El arte, peligroso para el artista. Cuando el arte se apodera violentamente de un individuo, entonces lo retrotrae a concepciones de épocas en que el arte florecía con la máxima fuerza, opera entonces regresivamente. El artista se interna cada vez más en una veneración de las excitaciones súbitas, cree en dioses y demonios, anima la naturaleza, odia la ciencia, se torna cambiante en sus humores, como los hombres de la antigüedad, y ansía un vuelco de todas las circunstancias que no son propicias al arte, y eso ciertamente con la vehemencia y la ofuscación de un niño. Ahora bien, ya en sí es el artista un ser retrógrado, pues se queda en el juego, propio de la juventud y la infancia: agrégase a esto su paulatina regresión a otros tiempos. Nacen así al cabo un vehementemente antagonismo entre él y los hombres coetáneos de su período, y un final sombrío; tal como, según los relatos de los antiguos, Homero y Esquilo²¹ acabaron viviendo y muriendo en la melancolía:

160

Hombres creados. Cuando se dice que el dramaturgo (y el artista en general) *crea* efectivamente caracteres, esta es una hermosa ilusión y exageración en cuya existencia y propagación celebra el arte uno de sus triunfos involuntarios, por así decir excesivos. En efecto, no entendemos mucho de un hombre vivo efectivamente real y generalizamos muy superficialmente cuando le atribuimos tal o cual carácter: a esta nuestra *muy imperfecta* actitud ante el hombre corresponde el poeta al hacer (en este sentido «crea») de los hombres esbozos tan imperfectos como superficial es nuestro conocimiento de los hombres. Hay mucho de fantasmagoría en estos caracteres creados por los artistas; en absoluto son productos naturales de carne y hueso, sino que, semejantes a los hombres pintados, son un poco demasiado tenues y no resisten la observación de cerca. Aun cuando se

¹⁸ A todo gran fenómeno] En *Ep* este aforismo comenzaba así: «También entre los griegos a todo gran fenómeno le sucede la degeneración. A cada momento parece darse el principio de un triste final».

¹⁹ En *Ep* se añadía: «...tal como Roma acabó por convertirse en un yermo».

²⁰ Cf. 16 [54].

²¹ En *Atal* aparece tachado: «Platón».

diga que el carácter del hombre vivo corriente se contradice a menudo, que el del creado por el dramaturgo es un modelo en que la naturaleza se ha inspirado, esto es enteramente falso. Un hombre efectivamente real es algo enteramente y absolutamente *necesario* (incluso en esas llamadas contradicciones), pero no siempre reconocemos esta necesidad. El hombre inventado, el fantasma, quiere significar algo necesario, pero sólo ante aquellos que tampoco entienden a un hombre efectivamente real más que en una simplificación burda, antinatural, de modo que un par de rasgos pronunciados, frecuentemente repetidos, con mucha luz sobre ellos y mucha sombra y semioscuridad alrededor, satisfacen por completo sus pretensiones. Están por tanto fácilmente prestos a tratar al fantasma como hombre efectivamente real, necesario, dado que, ante el hombre efectivamente real, están habituados a tomar un fantasma, una silueta, una abreviatura arbitraria, por el todo. Que hasta el pintor y el escultor expresan la «idea» del hombre es vano fantasear y engaño de los sentidos: cuando se dice algo así se está tiranizando por la vista, pues del cuerpo humano mismo ésta sólo ve la superficie, la piel; pero el cuerpo interno pertenece no menos a la idea²². El arte figurativo quiere hacer visibles caracteres en la piel; el arte oral toma la palabra para el mismo fin: reproduce el carácter en el sonido. El arte parte de la natural *ignorancia* del hombre respecto a su interior (en cuerpo y carácter): no existe para los físicos ni para los filósofos.

161

Autosobreestimación en la fe en artistas y filósofos. Todos creemos que la bondad de una obra de arte, de un artista, queda demostrada cuando éste nos sobrecoge, nos estremece. Pero primero debería demostrarse *nuestra propia bondad* de juicio y sentimiento: lo que no es el caso. ¿Quién en el reino del arte figurativo ha sobrecojido y embelesado más que Bernini²³? ¿Quién ha logrado un efecto más poderoso que aquel orador postdemosténico que introdujo el estilo asiático y lo impuso por espacio de dos siglos²⁴? Este predominio durante siglos enteros nada demuestra en favor de la bondad y la validez duradera de un estilo; no debe estarse por tanto demasiado seguro de la bondad de la fe de uno en un artista cualquiera: no es en efecto ésta solamente la fe en la veracidad de nuestro sentir, sino también en la infalibilidad de nuestro juicio, cuando juicios o sensibilidad, o ambos, pueden ser ellos mismos demasiado toscos o de índole demasiado refinada, sofisticados o groseros. Tampoco los beneficios y venturas de una filosofía, de una religión, demuestran nada en favor de su verdad, tan poco como

²² En el margen superior de *Claparece* aparece aislado el siguiente pasaje, derivado de 22 [77]: «Guardan con los caracteres efectivamente reales la misma relación que el zapato del cuadro pictórico con el zapato efectivamente real. Y la misma relación hay entre el conocimiento que tiene un pintor de los zapatos y el que *de ellos tiene el zapatero*». Cf. 22 [77].

²³ Gian Lorenzo Bernini (1598-1680): escultor, arquitecto, decorador, pintor, dramaturgo y poeta italiano.

²⁴ Nietzsche se refiere a Hegesias de Magnesia (s. III a. C.): filósofo griego de la escuela cirenaica, que introdujo un estilo oratorio popular, ingenioso, alisonante, que contrastaba con el estilo ático clásico. Demóstenes (384-322 a. C.): orador y político ateniense.

la dicha que al demente le procura su idea fija demuestra algo en favor de la racionalidad de esta idea.

162²⁵

Culto del genio por vanidad. Porque pensamos bien de nosotros, pero sin embargo en absoluto esperamos de nosotros que pudiéramos jamás hacer el bosquejo de un cuadro de Rafael²⁶ o una escena como las de un drama de Shakespeare, nos persuadimos de que la facultad para ello es de todo punto milagrosa, un azar muy raro o, si tenemos todavía sentimientos religiosos, una gracia de lo alto. Así es como nuestra vanidad, nuestro amor propio, favorece el culto del genio: pues éste solamente no nos ofende cuando es concebido como algo muy lejano a nosotros, como un *miraculum* (incluso Goethe, el ajeno a la envidia, llamaba a Shakespeare su estrella de las más remotas alturas²⁷; acerca de la cual puede recordarse aquel verso: «las estrellas, a las que no se aspira»²⁸). Pero, prescindiendo de esas insinuaciones de nuestra vanidad, la actividad del genio no aparece como algo fundamentalmente distinto de la actividad del inventor mecánico, del erudito astrónomo o historiador, del maestro de la táctica. Todas estas actividades se explican cuando uno se representa hombres cuyo pensamiento es activo en una única dirección, que lo aprovechan todo como material, que siempre observan con celo su vida interna y la del prójimo, que por todas partes perciben modelos, incentivos, que no se cansan en la combinación de sus medios. Tampoco hace nada el genio más que aprender primero a colocar piedras, luego a construir, buscar siempre material y darle siempre forma. Toda actividad del hombre, no sólo la del genio, es compleja hasta el asombro; pero ninguna es un «milagro»²⁹. ¿De dónde, pues, la creencia en que únicamente hay genio en el artista, en el orador y en el filósofo; en que solamente ellos tienen «intuición» (¿con lo cual se les atribuye una especie de anteojo milagroso con el que ven directamente en la esencia!³⁰)? Evidentemente, los hombres únicamente hablan de genio allí donde más gratos les son los efectos del gran intelecto y no quieren por otra parte sentir envidia. Llamar a alguien «divino» significa: «aquí no hace falta que compitamos». Además: todo lo acabado, perfecto, se contempla atónito, todo lo deviniente se subestima. Ahora bien, nadie puede percibir en la obra del artista cómo ésta ha devenido; esta es su ventaja, pues donde quiera que pueda verse el devenir, se enfría uno algo. El

²⁵ Cf. 21 [8].

²⁶ Rafael de Urbino (1483-1520): pintor italiano.

²⁷ Cf. Goethe, *Zwischen beiden Welten* (ed. cast., *Entre ambos mundos*, cit., pág. 1143). Goethe escribe: «William! Stern der schönsten Ferne» («Guillermo! Sideral esplendor de los cielos lejanos...»); quizá el verso anterior: «Lida! Glück der nächsten Nahe» («Lida! Dicha inmediata»), explique el error de Nietzsche respecto al adjetivo, al serle sugerida «remotas» por «inmediata».

²⁸ *Trost in Tränen* (ed. cast., *Consuelo en las lágrimas*, loc. cit., págs. 814 s.).

²⁹ Juego de palabras entre *Verwundern* (aquí «asombro») y *Wunder* («milagro»).

³⁰ Alusión a Schopenhauer. En *CI* el contenido de este paréntesis era diferente: «llegan poco a poco a realizar las mismas operaciones de pensamiento tan rápidamente, que parecen efectuarse súbitamente, a la velocidad del rayo; no hay pensamiento intuitivo».

arte consumado de la representación rechaza todo pensar en el devenir; tiraniza como perfección presente. Por eso pasan por geniales primordialmente los artistas de la representación, pero no los científicos. En verdad esa estimación y esta subestimación no son más que una puerilidad de la razón.

163

La seriedad del oficio. ¡No habléis de dotes, de talentos innatos! Pueden nombrarse grandes hombres de toda índole que fueron poco dotados. Pero *adquirieron* grandeza, devinieron «genios» (como se dice), debido a propiedades de cuya carencia no le gusta hablar a nadie que sea consciente de ella: todos tenían esa recia seriedad de artesano que primero aprende a formar perfectamente las partes hasta que se atreve a hacer un gran todo; se daban tiempo para ello, pues se complacían más en la buena factura de lo menudo, accesorio, que en el efecto de un todo deslumbrante. La receta, por ejemplo, para llegar a ser un buen novelista es fácil de dar, pero la ejecución presupone cualidades que suelen pasarse por alto cuando se dice: «no tengo suficiente talento». Háganse más de cien bosquejos de novelas, ninguno de más de dos páginas, pero de tal concisión que cada palabra sea necesaria; anótese anécdotas diariamente hasta que se aprenda a encontrar su forma más escueta, más eficaz, séase infatigable en la recopilación y descripción de tipos y caracteres humanos, relátase ante todo con tanta frecuencia como sea posible y óigase relatar con vista y oído aguzados para el efecto sobre los demás circunstantes, viájese como un paisajista o un figurinista, extráigase de cada una de las ciencias todo lo que produce efectos artísticos cuando se expone bien, medítese finalmente sobre los motivos de las acciones humanas, no se desdeñe ninguna indicación instructiva a este respecto y séase recolector de semejantes cosas día y noche. Pásese en este múltiple ejercicio unos diez años³¹; entonces lo que se crea en el taller puede salir también a la luz pública. Pero ¿cómo obran los más? No comienzan por la parte, sino por el todo. Alguna vez dan quizá en el clavo, llaman la atención y a partir de ahí lo hacen cada vez peor, por buenas, naturales razones. A veces, cuando la razón y el carácter para configurar semejante plan de vida artístico faltan, el destino y el apremio ocupan su lugar y conducen poco a poco al futuro artista a través de todos los requisitos de su oficio.

164³²

Riesgo y ganancia del culto al genio. La creencia en espíritus grandes, superiores, fecundos, no está necesariamente, pero sí con mucha frecuencia, ligada a esta superstición enteramente o a medias religiosa de que esos espíritus son de origen suprahumano y poseerían ciertas milagrosas facultades por medio de las cuales adquieren sus conocimientos por una vía enteramente distinta a la de los demás

³¹ Pásese] Variante en *Fp*: «Y espérese como Scott diez años».

³² Aforismo alusivo a Wagner. Cf. 23 [173].

hombres. Se les atribuye al parecer una percepción inmediata de la esencia del mundo, por así decir a través de un agujero en el manto de la apariencia, y se cree que sin el denuedo y el rigor de la ciencia, gracias a esta milagrosa mirada de visionario, podrían comunicar algo definitivo y decisivo sobre el hombre y el mundo. En tanto que el milagro encuentre aún creyentes en el ámbito del conocimiento, puede quizá concederse que de él resulta para los creyentes mismos un provecho, dado que éstos, mediante su subordinación incondicional a los grandes espíritus, le procuran a su propio espíritu, para el período de desarrollo, la mejor disciplina y escuela. En cambio, es al menos cuestionable que la superstición del genio, de sus privilegios y facultades excepcionales, sea de provecho para el genio mismo si arraiga en él. Es en todo caso un síntoma peligroso cuando al hombre le asalta ese espanto ante sí mismo, trátase de ese famoso espanto de los césares o del aquí considerado espanto del genio; cuando el olor del sacrificio que no se ofrece más que justamente a un dios se le sube al genio a la cabeza, de modo que empieza a vacilar y a tenerse por algo sobrehumano. Las consecuencias a largo plazo son: el sentimiento de irresponsabilidad, de derechos excepcionales, la creencia de agradecer ya con su trato, soberbia demente ante el intento de compararle con otros o evaluarlo por debajo y de sacar a la luz lo defectuoso de su obra³³. Dado que deja de ejercer la crítica contra sí mismo, las remeras acaban por caerse una a una de su plumaje: esa superstición mina las raíces de su fuerza y quizá le convierta hasta en un hipócrita una vez su fuerza le haya abandonado. Incluso para los grandes espíritus es probablemente más provechoso calibrar bien su fuerza y el origen de la misma, es decir, comprender qué cualidades puramente humanas han confluído en ellos, qué circunstancias felices han concurrido, a saber: en primer lugar, una energía sostenida, una aplicación resuelta a metas individuales, un gran coraje personal, además de la suerte de una educación que ofreció temprano los mejores preceptores, modelos, métodos. Por supuesto, si su meta es producir el máximo efecto posible, la falta de claridad sobre sí mismos y ese aditamento de una semidemencia han sido siempre de gran ayuda; pues en todas las épocas se ha admirado y envidiado en ellos precisamente esa fuerza gracias a la cual les quitan a los hombres la voluntad y les llevan a la ilusión de que les preceden guías sobrenaturales. Sí, exalta y entusiasma a los hombres creer a alguien en posesión de fuerzas sobrenaturales: en tal medida ha reportado la demencia, como dice Platón³⁴, los mayores beneficios a los hombres. En casos raros y aislados puede haber sido también esta porción de demencia sin duda el medio por el que una tal naturaleza excesiva en todas las facetas se mantenía firmemente cohesionada: también en la vida de los individuos tienen a menudo el valor de remedios salutíferos las representaciones ilusorias, que en sí son venenos; sin embargo, en todo «genio» que cree en su divinidad va finalmente mostrándose el veneno a medida que envejece: puede, por ejemplo, recordarse a Napoleón³⁵; cuya esencia, precisamente por su fe en sí y

³³ Añadido en Cl: «Ya el concepto de "genio" es de origen religioso: no debe seguir creyéndose ni en un dios ni en un genio suplementario».

³⁴ Cf. Platón, *Fedro*, 244a (ed. cast., cit., pág. 863).

³⁵ Napoleón Bonaparte (1769-1821): primero cónsul (1802-1804) y luego emperador de los franceses (1804-1815).

en su estrella, y por el desprecio de los hombres derivado de ella, maduró en la poderosa unidad que lo hace sobresalir de entre los hombres modernos, hasta que finalmente esta misma fe dio empero paso a un fatalismo casi demente, le despojó de su rapidez y agudeza de percepción y se convirtió en la causa de su ruina.

165

El genio y lo nulo. Son precisamente, entre los artistas, los cerebros originales, que crean por sí mismos, los que, bajo ciertas circunstancias, pueden producir lo enteramente vacío y banal, mientras que las naturalezas más dependientes, los llamados talentos, están repletos de recuerdos de todo lo bueno posible, y aun en estado de debilidad producen algo pasable. Pero si los originales se abandonan a sí mismos, el recuerdo no les presta ninguna ayuda: devienen vacíos³⁶.

166

El público. Propiamente hablando, el pueblo no le pide a la tragedia más que ser conmovido lo justo para poder llorar alguna vez; en cambio, el artista que ve la nueva tragedia disfruta con las invenciones y los artificios técnicos ingeniosos, con el tratamiento y la distribución del material, con el giro novedoso dado a viejos motivos, a viejos pensamientos. Su actitud es la actitud estética ante la obra de arte, la del creador; la descrita primero, atenta únicamente al asunto, la del pueblo. Del hombre intermedio no hay nada que decir, no es ni pueblo ni artista: su disfrute es vago y escaso.

167

Educación artística del público. Si el mismo motivo no es tratado de cien maneras por distintos maestros, no aprende el público a ir más allá del interés por el asunto; pero al cabo, es decir, cuando por numerosas versiones conozca de mucho antes el motivo y ya no sienta ante el mismo el encanto de la novedad, de la suspensión, él mismo captará y gozará de los matices, de las delicadas invenciones nuevas en el tratamiento de este motivo.

168

El artista y su séquito deben marchar al paso. El paso de un nivel de estilo a otro debe ser tan lento que no sólo el artista, sino también los oyentes y espectadores den al mismo tiempo este paso y sepan exactamente lo que sucede. De otro modo, ábrese de pronto ese gran abismo entre el artista que crea su obra desde una solitaria altura y el público que ya no puede acceder a esa altura y acaba por volver a descender desalentado más abajo. Pues cuando el artista deja de elevar a su público, éste cae rápidamente, y por cierto que se precipita tanto más profunda

³⁶ En *Cf* se añadía tachado: "...como, p. ej., tantas veces en Goethe. Schiller no habría podido hacer algo tan malo como *Los agitados*."

y peligrosamente cuanto más arriba lo ha llevado un genio, análogamente al águila de cuyas garras la tortuga elevada a las nubes cae para su desgracia³⁷.

169

Origen de lo cómico. Si se considera que durante centenares de miles de años el hombre fue un animal asequible en grado sumo al miedo y que todo lo repentino, inesperado, le obligaba a estar preparado para la lucha, quizá para la muerte, que incluso más tarde, en las relaciones sociales, toda seguridad estribaba en lo esperado, en la tradición de las opiniones y de la actividad, no cabe sorprenderse de que ante todo lo repentino, inesperado de palabra y de hecho, cuando irrumpe sin peligro ni perjuicio, el hombre se desmande, pase a lo contrario del temor: el ser trémulo de miedo, encogido, se yergue de un salto, se expande ampliamente: el hombre ríe. A este tránsito del miedo momentáneo a una petulante alegría de breve duración es a lo que se llama lo *cómico*. En cambio, en el fenómeno de lo trágico el hombre pasa rápidamente de una grande y duradera alegría a una gran angustia; pero puesto que entre los mortales la alegría grande y duradera es mucho más rara que los motivos de angustia, hay en el mundo mucho más de cómico que de trágico; la risa es mucho más frecuente que el estremecimiento.

170

Ambición de artista. Los artistas griegos, por ejemplo los trágicos, componían para vencer; su arte todo no puede pensarse sin la idea de certamen: la Eris buena³⁸ de Hesíodo, la ambición, daba alas a su genio. Ahora bien, esta ambición exigía ante todo que su obra tuviese la excelencia suprema *a sus propios ojos*, tal como ellos entendían la excelencia, sin tener en cuenta un gusto dominante o la opinión general sobre lo excelente de una obra de arte; y así es como durante mucho tiempo Esquilo y Eurípides³⁹ no tuvieron éxito, hasta haber por fin *educado* a jueces de arte que juzgaran su obra según los criterios establecidos por ellos mismos. De esta manera aspiraban a la victoria sobre los competidores según su propia estimación, ante su propio tribunal: querían efectivamente *ser* más excelentes; luego recababan de los demás aprobación de esta propia estimación, confirmación de su juicio. Ambicionar honores significa aquí: «hacerse superior y desear que esto aparezca también públicamente». Cuando falta lo primero y pese a ello se demanda lo segundo, se habla de *vanidad*. Cuando falta lo segundo y no se echa de menos, se habla de *orgullo*.

³⁷ Alusión a la fábula de la tortuga y el águila de Esopo. Cf. *Fábulas completas*, Busma 1984, págs. 104 s. Esopo (prob. s. VI a. C.): fabulista griego.

³⁸ En *Los trabajos y los días*, vv. 11 ss. (ed. cast., cit., págs. 100 s.), Hesíodo distingue entre una Eris (Discordia) «terrible», diosa de la guerra, y una Eris «buena», que provoca la sana envidia y el deseo de emulación entre los hombres, particularmente entre los artistas. Esta última parece una anticipación de la «voluntad de poder» de Nietzsche. Vid. también CS, par. 29.

³⁹ Eurípides (480-406 a. C.): poeta trágico griego.

171⁴⁰

Lo necesario en la obra de arte. Los que tanto hablan de lo necesario en una obra de arte exageran, si son artistas, *in majorem artis gloriam*⁴¹; o, si son profanos, por ignorancia. Las formas de una obra de arte que expresan los pensamientos de ésta, que son por consiguiente su modo de hablar, siempre tienen algo de facultativo, como todo tipo de lenguaje. El escultor puede añadir u omitir muchos pequeños toques lo mismo que el intérprete, sea éste actor o bien, respecto a la música, virtuoso o director. Estos numerosos pequeños trazos y retoques le satisfacen hoy, mañana no, existen más por el artista que por el arte, pues también aquél, dados el rigor y la autorrepresión que la representación del pensamiento capital le exige, ha de tanto en tanto menester, para no avinagrarse, confites y juguetes.

172⁴²

Hacer olvidar al maestro. El pianista que interpreta la obra de un maestro tocará óptimamente cuando haga olvidar al maestro y cuando parezca que está contando una historia de su vida o que ahora precisamente está vivenciando algo. Por supuesto, si no es nada significativo, todos maldecirán la locuacidad con que nos cuenta su vida. Debe por tanto saber conquistar para sí la fantasía del oyente. Con ello se explican por otra parte todas las debilidades y extravagancias del «virtuosismo».

173

*Corregir la fortune*⁴³. Hay en la vida de los grandes artistas contingencias adversas que compelen, por ejemplo, al pintor a no bosquejar su cuadro más significativo más que como pensamiento fugaz, o que compelieron, por ejemplo, a Beethoven a no legarnos en algunas grandes sonatas (como en la grande en Si mayor)⁴⁴, más que un insuficiente arreglo para piano de su sinfonía. Aquí el artista posterior debe tratar de corregir póstumamente la vida de los grandes; lo que, por ejemplo, haría quien, maestro de todos los efectos orquestales, nos despertara a la vida esa sinfonía castigada a la muerte aparente del piano.

174

Reducir. Algunas cosas, acontecimientos o personas no toleran ser tratados a pequeña escala. El grupo de Laocoonte⁴⁵ no puede reducirse a una figurilla;

⁴⁰ *Fp*: 22 [82].

⁴¹ «A mayor gloria del arte».

⁴² *Fp*: 22 [82]. Cf. 23 [190].

⁴³ «Corregir la fortuna».

⁴⁴ Sonata para piano de Beethoven, n.º 29, en Si bemol mayor, op. 106, «Hammerklavier».

⁴⁵ El grupo de Laocoonte: estatua helenística de la Casa Dorada de Nerón, que representa en grandes dimensiones al sacerdote troyano Laocoonte y a los dos hijos de éste atacados por serpientes gigantes.

necesita grandeza. Pero mucho más raramente tolera algo por naturaleza pequeño el agrandamiento; por eso a los biógrafos siempre les resultará más fácil empequeñecer a un hombre grande que agrandar a uno pequeño.

175

Sensualidad en el arte contemporáneo. Hoy día los artistas se equivocan a menudo cuando se empeñan en extraer de sus obras de arte un efecto sensual; porque sus espectadores u oyentes ya no tienen sus sentidos cabales y, por entero contra la intención del artista, su obra de arte les hace caer en una «santidad» de sentimiento que es muy afín al tedio. Su sensualidad comienza tal vez allí donde precisamente termina la del artista, es decir, a lo sumo se encuentran en un punto.

176

Shakespeare como moralista. Shakespeare meditó mucho sobre las pasiones y sin duda tenía por su temperamento acceso muy directo a muchas de ellas (los dramaturgos son en general personas bastante perversas). Pero, a diferencia de Montaigne⁴⁶, no era capaz de hablar de ellas, sino que las consideraciones *sobre* las pasiones las ponía en boca de los apasionados personajes: lo cual es ciertamente contrario a la naturaleza, pero llena tanto sus dramas de pensamiento, que éstos hacen aparecer vacíos todos los demás y fácilmente despiertan una antipatía general hacia ellos. Las sentencias de Schiller (a las que casi siempre subyacen ocurrencias falsas o insignificantes)⁴⁷ son precisamente sentencias teatrales y como tales producen efectos muy intensos; mientras que las sentencias de Shakespeare hacen honor a su modelo Montaigne y contienen en forma pulida pensamientos muy serios, pero por eso son demasiado lejanas y refinadas para los ojos del público teatral y, por tanto, ineficaces.

177

Llegar bien al oído. No sólo debe tocarse bien, sino también llegar bien al oído. El violín en manos del maestro más grande no da de sí más que un chirrido cuando la sala es demasiado grande; puede entonces confundirse al maestro con cualquier chapucero.

178⁴⁸

Lo incompleto como lo eficaz. Así como las figuras en relieve actúan tan fuertemente sobre la fantasía porque están por así decir a punto de salirse de la

⁴⁶ Michel de Montaigne (1533-1592): ensayista francés traducido al inglés ya en 1603, es decir, en vida de Shakespeare.

⁴⁷ Schiller| Variante de 1877: «Schiller, quien, en sus sentencias generales, se equivoca o tiene un poco demasiada razón».

⁴⁸ Esbozo de finales de 1876 o primera mitad de 1877: «Relieve: querer salir, quedarse a medio camino, en un sistema: iluminación cruda».

pared y de repente, retenidas por cualquier cosa, se detienen, así a veces la exposición incompleta, a la manera de un relieve, de un pensamiento, de toda una filosofía, es más eficaz que la presentación exhaustiva: se deja más al trabajo del espectador, éste es incitado a continuar desarrollando, a pensar hasta el final lo que ante él se destapa con tan fuerte claroscuro y a vencer ese obstáculo mismo que hasta entonces impedía su cabal afloramiento.

179

Contra los originales. Cuando el arte se viste con la tela más raída es cuando mejor se lo reconoce como arte.

180

Espíritu colectivo. Un buen escritor tiene no sólo su propio espíritu, sino también el espíritu de sus amigos.

181

Equivocación doble. La desgracia de escritores sagaces y claros es que se les toma por superficiales y por tanto se les presta poca atención; y la suerte de los oscuros, que el lector se extenua con ellos y les adscribe como mérito el placer que su celo le procura.

182

Relación con la ciencia. Todos los que tienen un interés efectivo en una ciencia sólo comienzan a entusiasmarse por ella cuando ellos mismos han hecho descubrimientos en ella.

183

La llave. Tal o cual pensamiento a que un hombre eminente, para risa y burla de los vulgares, atribuye un gran valor es para él una llave que le da acceso a ocultas cámaras del tesoro, para aquéllos nada más que un trozo de hierro viejo.

184 ⁴⁹

Intraducible. Ni lo mejor ni lo peor de un libro es lo que de él es intraducible.

185

* *Paradojas del autor.* Las llamadas paradojas del autor que a un lector le resultan chocantes no están a menudo del todo en el libro del autor, sino en la mente del lector.

⁴⁹ Esbozo del mismo período: «No es lo mejor de un libro lo que de él es intraducible, sino solamente (la limitación de lo individual) la falta de libertad del individuo».

186

Ingenio. Los autores más ingeniosos producen la más imperceptible sonrisa.

187⁵⁰

La antítesis. La antítesis es la angosta puerta por la que más le gusta al error deslizarse hasta la verdad.

188⁵¹

Los pensadores como estilistas. La mayoría de los pensadores escriben mal porque nos comunican no sólo sus pensamientos, sino también el acto de pensar los pensamientos.

189

Pensamientos en el poema. El poeta conduce solemnemente sus pensamientos en el carro del ritmo: habitualmente porque no pueden ir a pie.

190

Pecado contra el espíritu del lector. Si el autor reniega de su talento meramente para situarse al nivel del lector, comete el único pecado mortal que éste no le perdona jamás; en el caso, claro está, de que se dé cuenta de algo de ello. Cabe por lo demás decir del hombre todo lo malo; pero por el modo *como* se dice hay que saber restaurar su vanidad.

191

Límite de la honestidad. Aun al escritor más honesto se le escapa una palabra de más cuando quiere redondear un período.

192⁵²

El mejor autor. El mejor autor será aquel que se avergüence de hacerse escritor⁵³.

193

Ley draconiana contra los escritores. A un escritor debería considerársele como a un malhechor que sólo en los más raros casos merece la absolución o el indulto: este sería un remedio contra la proliferación de libros.

⁵⁰ Cf. 19 [29].

⁵¹ *Ip.* 19 [22].

⁵² *Ip.* 19 [32].

⁵³ «Escritor» no puede reflejar el matiz despectivo de escritura mecánica, trivial, que da Nietzsche a *Schriřsteller*, en oposición a *Dichter* («poeta») o *Autor*. Tal vez un «escribidor» vargaslosiano...

194

Los bufones de la cultura moderna. Los bufones de las cortes medievales corresponden a nuestros folletinistas; son la misma clase de hombres, semirracionales, ingeniosos, exagerados, majaderos, a veces útiles solamente para atemperar mediante ocurrencias, mediante la chachara, el *pathos* ambiental y para sofocar con sus gritos el campaneo demasiado pesado y solemne de los grandes acontecimientos; antaño al servicio de los príncipes y nobles, ahora el servicio de los partidos (así como en el sentido de partido y en la disciplina de partido aún pervive hoy en día buena parte de la antigua sumisión en el trato del pueblo con el príncipe). Pero todo el estamento de los literatos modernos está muy próximo a los folletinistas, son los «bufones de la cultura moderna», a quienes se juzga más indulgentemente cuando se les toma por no enteramente responsables de sus actos. Considerar la condición de literato como profesión de por vida debería pasar en justicia por una especie de locura.

195

En pos de los griegos. Es actualmente un serio obstáculo para el conocimiento el hecho de que todas las palabras, debido a una secular exageración del sentimiento, hayan devenido vaporosas e infladas⁵⁴. El nivel superior de cultura que se somete al imperio (aunque no a la tiranía) del conocimiento tiene necesidad de una gran sobriedad de sentimiento y de una intensa concentración de todas las palabras; en lo cual nos precedieron los griegos de la época de Demóstenes⁵⁵. Lo exagerado distingue todos los escritos modernos, y aun cuando estén escritos sencillamente, sus palabras son *sentidas* todavía demasiado excentricamente. Reflexión rigurosa, concisión, frialdad, sencillez, incluso deliberadamente llevadas al extremo, en general contención del sentimiento y reticencia: no hay otro remedio. Por lo demás, esta manera fría de escribir y de sentir es ahora, como contraste, muy atractiva; y eso entraña por supuesto un nuevo peligro. Pues el frío cortante es tan buen estimulante como un alto grado de calor.

196⁵⁶

Buenos narradores, malos explicadores. En los buenos narradores hállase a menudo una seguridad y consecuencia psicológicas admirables, hasta donde es-

⁵⁴ Es actualmente] En *Md* este aforismo comenzaba así: «Todas las palabras se emplean exageradamente, se ha ahondado el surco cuanto se ha podido, por ejemplo, arte, sabio, bueno, etc.».

⁵⁵ en lo cual nos precedieron] Variante en *Md*: «En mi opinión, los griegos estaban en el buen camino en época de Demóstenes».

⁵⁶ *Fp*: «Entre los poetas mediocres, entre los fabricantes de novelones (Miss Braddon), hállase con frecuencia la máxima seguridad psicológica, quizá junto con la incapacidad de indicar los motivos de las acciones. «¿Cómo actuarías tú?»; tal como acaso el más grande pianista ha reflexionado poco sobre las condiciones técnicas, las virtudes y los vicios específicos de cada dedo (ética dactilar) (posibilidades de utilización de educación de los dedos)». La mayoría de las aproximadamente

tas pueden revelarse en las acciones de sus personajes, en contraste francamente ridículo con la desmaña de su pensamiento psicológico: de modo que su cultura aparece en un momento tan eminentemente elevada como en el siguiente deplorablemente baja. Demasiado a menudo incluso ocurre que explican a ojos vista *falsamente* a sus propios héroes y las acciones de éstos: no hay duda de ello, por inverosímil que parezca la cosa. Quizá el más grande pianista haya reflexionado muy poco sobre las condiciones técnicas y la virtud, el vicio y las posibilidades de utilización y de educación específicos de cada dedo (ética dactilar), y cometa graves errores cuando hable de tales cosas.

197

Los escritos de conocidos y sus lectores. Los escritos de nuestros conocidos (amigos y enemigos) los leemos doblemente, en la medida en que nuestro conocimiento nos está constantemente susurrando: «esto es suyo, un distintivo de su ser interno, de sus vivencias, de su talento», y a su vez otra clase de conocimiento trata al mismo tiempo de establecer cuál es en sí el rédito de esa obra, qué estimación merece en general, prescindiendo de su autor, qué enriquecimiento aporta al saber. Estas dos maneras de leer y de ponderar se estorban, como de suyo se entiende, mutuamente. Una conversación con un amigo sólo le rendirá asimismo buenos frutos al conocimiento cuando ambos acaben por no pensar más que en el asunto y se olviden de que son amigos.

198⁵⁷

Sacrificios rítmicos. Los buenos escritores alteran el ritmo de más de un período meramente porque no les reconocen a los lectores ordinarios la capacidad de comprender la cadencia que en su primera redacción seguía el período: por eso se la facilitan dando preferencia a ritmos más conocidos. Esta deferencia para con la incapacidad rítmica de los lectores actuales ha arrancado ya no pocos suspiros, pues mucho es lo que ya se le ha sacrificado. ¿No les sucede algo parecido a los buenos músicos?

199

Lo incompleto como estímulo artístico. Lo incompleto es a menudo más eficaz que la completud, sobre todo en el panegírico: para sus fines se ha precisadamente menester una incompletud estimulante, como un elemento irracional que le espejee a la fantasía del oyente un mar y cual una niebla oculte la costa opuesta, es decir, la limitación del objeto de loa. Si al mencionar los méritos conocidos de un hombre se es detallado y prolijo, esto hace siempre sospechar que sean sus únicos méritos. Quien elogia acabadamente se sitúa por encima

sesenta novelas de la inglesa Mary Elizabeth Braddon (1837-1915) fueron muy populares en Alemania.

⁵⁷ Cf. 19 [49].

del elogiado, parece *verle desde arriba*. Por eso produce lo completo un efecto atenuante.

200⁵⁸

Precaución al escribir y al enseñar. Quien ha escrito una vez y siente en sí la pasión de escribir, de casi todo lo que hace y vive sólo aprende aquello que es literariamente comunicable. Ya no piensa en sí, sino en el escritor y su público; quiere comprender, pero no para su propio uso. Quien enseña es la mayoría de las veces incapaz de hacer algo propio por su propio bien, siempre piensa en el bien de sus alumnos y no disfruta de cada uno de los conocimientos más que en la medida en que puede enseñarlo. Acaba por considerarse un transmisor del saber y, en definitiva, como un medio, de modo que ha perdido la seriedad para consigo.

201

Los malos escritores, necesarios. Siempre habrá malos escritores, pues corresponden al gusto de las edades faltas de desarrollo, inmaduras; éstas tienen sus necesidades tanto como las maduras. Si la vida humana fuese más larga, el número de los individuos llegados a la madurez superaría o al menos igualaría al de los inmaduros; pero así la inmensa mayoría muere demasiado joven, es decir, que siempre hay muchos más intelectos faltos de desarrollo y con mal gusto. Estos además, con la mayor vehemencia de la juventud, desean la satisfacción de sus necesidades e *imponen* malos autores.

202

Demasiado cerca y demasiado lejos. El lector y el autor con frecuencia no se entienden porque el autor conoce demasiado bien su tema y lo encuentra casi aburrido, de modo que prescinde de los ejemplos que sabe a cientos; pero el lector es extraño al asunto y fácilmente lo encuentra mal fundamentado cuando se le escatiman los ejemplos.

203

Una preparación para el arte desaparecida. De todo lo que se hacía en el *Gymnasium*⁵⁹, lo más valioso era el ejercicio en el estilo latino: éste era precisamente un *ejercicio artístico*, mientras que todos los demás quehaceres sólo tenían como fin el saber. Anteponer la composición en alemán es barbarie⁶⁰, pues no tenemos un estilo alemán que valga como modelo, evolucionado a partir de la elocuencia pública; pero si mediante la composición en alemán se quie-

⁵⁸ Cf. 16 [3].

⁵⁹ Instituto de Enseñanza Media en Alemania.

⁶⁰ En *IdI* se añadía: «(sobre todo con tan malos profesores)».

re favorecer el ejercicio del pensamiento, es ciertamente mejor prescindir sin más del estilo por el momento y distinguir por tanto entre el ejercicio del pensamiento y el de la exposición. Este último debería referirse a diversas redacciones de un contenido dado y no a la invención autónoma de un contenido. La mera exposición de un contenido dado era la tarea del estilo latino, para el cual los maestros antiguos poseían una finura ⁶¹ de oído ha mucho perdida. Quien antaño aprendía a escribir bien en una lengua moderna lo debía a este ejercicio (ahora no hay más remedio que acudir a la escuela de los antiguos franceses); pero más aún: adquiriría un concepto de la elevación y la dificultad de la forma, y era preparado para el arte en general por una vía acertada, mediante la práctica ⁶².

204

Lo oscuro y lo demasiado claro, yuxtapuestos. Los escritores que en lo general no sepan dar claridad a sus pensamientos, en lo particular elegirán, de preferencia, las designaciones y los superlativos más fuertes, más exagerados; nace de ahí un efecto lumínico como el de las antorchas en intrincados caminos forestales.

205 ⁶³

Pintura literaria ⁶⁴. Un objeto significativo será representado del mejor modo cuando uno extraiga del objeto mismo, como un químico, los colores para el cuadro y los utilice luego como un artista, de modo que se haga surgir el dibujo de los límites y transiciones de los colores. Así adquiere el cuadro mismo algo del arrebatador elemento natural que hace significativo al objeto mismo.

206 ⁶⁵

Libros que enseñan a bailar. Hay escritores que, por representar lo imposible como posible y hablar de lo ético y genial como si ambas cosas no fuesen más que un capricho, un antojo, producen un sentimiento de libertad jubilosa,

⁶¹ En el texto *Freiheit* («libertad»), probable errata por *Feinheit*.

⁶² *Fp* continuaba: «Sustituir el latín por el griego es otra especie de barbarie: si no se trata más que del conocimiento de las obras maestras, bien está; pero la edad no está madura para ello: para entrar gustosamente en este puerto ha de haberse navegado primero por entre los arrecifes de nuestra cultura. El conocimiento prematuro no hace precisamente sino malograr el efecto profundo. Pero todo es mentira, entre los profesores y entre los alumnos: ni unos ni otros llegan en toda su vida a sentir sinceramente nada de la antigüedad, ni tampoco de Goethe; no tienen ni idea de lo que les gusta, y nunca han sentido sino vergüenza de divergir con su sentimiento».

⁶³ *Fp*: 22 [64].

⁶⁴ Inversión nietzscheana del famoso aforismo de Horacio: *ut pictura poesis* («la pintura es como la poesía») (*De arte poética*, v. 361).

⁶⁵ Cf. 16 [33], 16 [34].

como si el hombre se pusiese sobre las puntas de los pies y debiera necesariamente bailar impelido por un gozo interior⁶⁶.

207

Pensamientos inconclusos. Así como no sólo la edad adulta, sino también la juventud y la infancia tienen *en sí* un valor y en absoluto han de estimarse solamente como pasos y puentes, así también tienen su valor los pensamientos inconclusos. No se debe por tanto atormentar a un poeta con sutiles glosas, sino contentarse con la incertidumbre de su horizonte, como si el camino a diversos pensamientos estuviese aún abierto. Se está en el umbral, se espera como cuando se desentierra un tesoro: es como si se estuviese a punto de hacer un feliz hallazgo de profundo sentido. El poeta anticipa algo del placer del pensador ante el hallazgo de un pensamiento capital y nos hace tan ávidos que nos precipitamos tras él; pero pasa revoloteando sobre nuestra cabeza y nos muestra las bellísimas alas de mariposa, y, sin embargo, se nos escapa.

208

El libro devenido casi hombre. A todo escritor le vuelve siempre a sorprender de nuevo cómo el libro, tan pronto se ha desprendido de él, sigue viviendo para sí una vida propia; se le antoja como si una parte de un insecto se hubiese separado y en lo sucesivo siguiese su propio camino. Tal vez lo olvide casi por entero, tal vez se eleve por encima de las opiniones vertidas en él, tal vez incluso ya no lo comprenda y haya perdido aquellas alas con que volaba cuando concibió ese libro; mientras tanto, éste se busca sus lectores, inflama vidas, hace feliz, espanta, engendra nuevas obras, se convierte en alma de proyectos y acciones; en una palabra: vive como un ser dotado de espíritu y alma, y, sin embargo, no es un hombre. La suerte más afortunada le ha tocado al autor que en su vejez puede decir que todo lo que en él había de pensamientos y sentimientos generadores de vida, fortalecedores, elevados, esclarecedores, todavía pervive en sus escritos y que él mismo ya no es más que la fría ceniza, mientras que el fuego se ha salvado y propagado por doquier. Ahora bien, si se pondera que cada una de las acciones de un hombre, no sólo un libro, se convierte de alguna manera en pretexto para otras acciones, resoluciones, pensamientos, que todo lo que sucede se enlaza indisolublemente con todo lo que sucederá, se reconoce la *inmortalidad* efectivamente real que existe, la del movimiento: lo que una vez se ha movido está integrado y eternizado en el conjunto de todo lo que es, como un insecto en el ámbar.

209

Placer en la vejez. El pensador, y asimismo el artista, que ha salvaguardado lo mejor de sí mismo en obras siente un placer casi perverso cuando ve cómo su

⁶⁶ *Fp* añade: «Wieland, por ejemplo, sabía preparar tal pócima con libertad de espíritu y lascivia fabulosas». Christoph Martin Wieland (1733-1813): poeta, cuentista y novelista alemán.

cuerpo y espíritu son lentamente deteriorados y destruidos por el tiempo, como si, sabedor de que está vacía y todos los tesoros a salvo, desde un rincón viese a un ladrón forzar su caja de caudales.

210

Fecundidad tranquila. Los aristócratas natos del espíritu no son demasiado atropellados; sus creaciones aparecen y caen del árbol en una tranquila tarde de otoño, sin ser acuciantemente apetecidas, solicitadas, desplazadas por algo nuevo. El prurito incesante de crear es vulgar y denota celos, envidia, ambición. Cuando se es algo, propiamente hablando no se precisa hacer nada, y, sin embargo, se hace mucho. Por encima del hombre «productivo» hay aún una especie superior.

211

Aquiles y Homero. Siempre es como entre Aquiles y Homero: el uno tiene la vivencia, el sentimiento; el otro los *describe*. Un escritor de verdad no hace más que prestarles palabras al afecto y la experiencia de otros, es artista para, a partir de lo poco que ha sentido, adivinar mucho. En absoluto son artistas los hombres de gran pasión, pero a menudo se las *dan* de tales con el sentimiento inconsciente de que su fingida pasión obtiene más crédito cuando su propia vida sugiere su experiencia en este campo. Sólo es menester dejarse ir, no dominarse, dar rienda suelta a la cólera, a los apetitos de uno; enseguida todo el mundo exclama; ¡qué apasionado es! Pero con la pasión que roe profundamente, que carcome y con frecuencia devora al individuo, la cosa tiene su aquel: quien la vive no la describe ciertamente en dramas, notas o novelas. Los artistas son a menudo individuos *desenfrenados* en la medida precisamente en que no son artistas; pero este es otro cantar.

212⁶⁷

Antiguas dudas sobre el efecto del arte. ¿De veras la tragedia, como quiere Aristóteles⁶⁸, descarga la compasión y el temor, de modo que el espectador vuelve a casa enfriado y sosegado? ¿Hacen las historias de espíritus menos timorato y supersticioso? Respecto a ciertos hechos físicos, como por ejemplo el goce erótico, es cierto que la satisfacción de una necesidad comporta una mitigación y una moderación temporal del impulso. Pero el temor y la compasión no son, en este sentido, necesidades de determinados órganos que quieran ser aliviados. Y a la larga, pese a esas mitigaciones periódicas, todo impulso es incluso *intensificado* por el ejercicio de su satisfacción. Sería posible que el temor y la compasión fuesen en cada caso particular atemperados y descargados por la tragedia; sin

⁶⁷ *Fp.* 19 [99], 21 [75].

⁶⁸ Cf. *Poética*, 1449 b 28 ss.; *Política*, 1341 b 38 ss. (ed. cast., *Obras*, trad. Francisco de P. Samaranch, Aguilar 1973, págs. 82 y 1568). Aristóteles (384-322 a. C.): filósofo griego.

embargo, el efecto trágico podría en definitiva robustecerlos en su conjunto, y tendría, pues, razón Platón⁶⁹ al sostener que con la tragedia uno se hace en suma más miedoso y emotivo. El mismo poeta trágico adquiriría entonces necesariamente una visión del mundo sombría, temerosa, y un alma blanda, excitable, lacrimosa, lo mismo que confirmaría la opinión de Platón el hecho de que los poetas trágicos y asimismo comunidades ciudadanas enteras que se complacen particularmente en ellos degeneren en una desmesura y un desenfreno cada vez mayores. Pero ¿qué derecho tiene nuestra época en general a dar una respuesta a la gran pregunta de Platón acerca de la influencia moral del arte? Aunqueuviésemos el arte, ¿dónde tenemos la influencia, *cualquier* influencia del arte?

213

Complacencia en el absurdo. ¿Cómo puede el hombre complacerse en el absurdo? Pues en la medida en que en el mundo se ríe, es este el caso; hasta puede decirse que casi siempre que hay felicidad, hay complacencia en el absurdo. La inversión de la experiencia en lo contrario, de lo conforme a fin en lo carente de fin, de lo necesario en lo caprichoso, pero de tal modo que este hecho no produzca ningún perjuicio y sólo sea representado debido al júbilo, deleita, pues nos libera momentáneamente de la coerción de lo necesario, de lo conforme a fin y de lo conforme a experiencia en que habitualmente vemos a nuestros inexorables amos; jugamos y reímos cuando lo esperado (que habitualmente asusta y crispa) se descarga sin dañar. Es el regocijo de los esclavos en las fiestas saturnales⁷⁰.

214

Ennoblecimiento de la realidad. Como los hombres veían en el impulso afrodisíaco una deidad y lo sentían operar en sí con gratitud reverencial, con el paso del tiempo ese afecto se ha visto impregnado de una serie de ideas superiores y de hecho muy ennoblecido con ello. Así es cómo algunos pueblos, gracias a este arte de la idealización, convirtieron enfermedades en grandes poderes auxiliares de la cultura: por ejemplo, los griegos, que en siglos tempranos padecieron grandes epidemias nerviosas (en forma de epilepsia y baile de San Vito) y a partir de ahí desarrollaron el magnífico tipo de la bacante. Los griegos no gozaban, ni mucho menos, de una salud vigorosa; su secreto era venerar incluso la enfermedad, siempre que tuviera *poder*, como a un dios.

215⁷¹

Música. La música no está en y para sí tan plena de significado para nuestro interior, no es tan profundamente excitante que pueda pasar por el lenguaje

⁶⁹ Cf. *La república*, 605 c-606 b (ed. cast., cit., pág. 834).

⁷⁰ Las saturnales eran las fiestas de la antigua Roma en honor del dios Saturno, celebradas en diciembre y en las que el desenfreno alcanzaba incluso a los esclavos.

⁷¹ Cf. 22 [110]. 23 [52].

inmediato del sentimiento; sino que su antiquísima asociación con la poesía puso tanto simbolismo en el movimiento rítmico, en la modulación del sonido, que ahora nos *figuramos* que habla directamente a lo interior y proviene *de* lo interior. La música dramática sólo es posible cuando el arte de los sonidos ha conquistado un inmenso campo de recursos simbólicos, a través de la canción, la ópera y centenares de tentativas de pintura mediante sonidos. La «música absoluta» es o bien forma en sí, en el estado tosco de la música en que en general complace el sonido sometido a medida temporal y con diversas intensidades, o bien el simbolismo de las formas que ya le habla a la comprensión sin poesía, después de que ambas artes estuvieran asociadas durante una larga evolución y finalmente la forma musical haya quedado enteramente entretrejida con hilos conceptuales y sentimentales. Hombres que se han quedado atrás en la evolución de la música pueden sentir de manera puramente formalista la misma pieza musical donde los avanzados lo entienden todo simbólicamente. En sí ninguna música es profunda y plena de significado, no habla de la «voluntad», de la «cosa en sí»; esto el intelecto sólo ha podido figurárselo en una época que había conquistado todo el perímetro de la vida anterior para el simbolismo musical. El intelecto mismo es el único que *introdujo* esta significación en los sonidos, del mismo modo que en las relaciones de líneas y masas de la arquitectura puso una significación que en sí es sin embargo enteramente extraña a las leyes mecánicas.

216⁷²

Gesto y lenguaje. Más antigua que el lenguaje es la imitación de los gestos, que se produce involuntariamente y que aún hoy, pese a la general represión del lenguaje gestual y al dominio de los músculos, es tan fuerte que no podemos contemplar un rostro en movimiento sin una inervación de nuestro rostro (puede observarse cómo un bostezo fingido provoca un bostezo natural en alguien que lo vea). El gesto imitado llevaba al que lo imitaba al sentimiento que expresaba en el rostro o el cuerpo del imitado. Así se aprendió a entenderse: así aprende todavía el niño a entender a la madre. En general pueden también expresarse sin duda sentimientos dolorosos mediante gestos que a su vez causan dolor (por ejemplo, mesarse los cabellos, golpearse el pecho, violentas distorsiones y contracciones de los músculos faciales). A la inversa, los gestos de placer eran ellos mismos placenteros y fácilmente se adecuaban por tanto a la comunicación de la comprensión (la risa como exteriorización del cosquilleo placentero servía a su vez para la expresión de otros sentimientos placenteros). Una vez lograda la comprensión a través de gestos, pudo nacer a continuación un *simbolismo* de los gestos; quiero decir: pudo llegarse a un acuerdo sobre un lenguaje de signos sonoros, siempre que se produjesen primero el sonido y el gesto (al que aquél se añadía simbólicamente) y luego sólo el sonido. Parece, pues, haber ocurrido a menudo en esa época primitiva lo mismo que ahora sucede ante nuestros ojos y oídos en el desarrollo de la música, sobre todo de la música dramática: mientras que al principio la música, sin danza ni mimo (lenguaje gestual) explicativos, es

⁷² Cf. 22 [110], 23 [52].

ruido vano, en virtud de una larga habituación a esa yuxtaposición de música y movimiento el oído es entrenado en la interpretación consecutiva de las figuras sonoras y llega finalmente a una altura de comprensión rápida en que ya no necesita del movimiento visible y *entiende* sin éste al compositor. Háblase entonces de música absoluta, es decir, de música en la que todo se entiende en seguida sin más ayuda.

217

La desensibilización del arte superior. Gracias al extraordinario ejercicio del intelecto por el desarrollo artístico de la nueva música, nuestros oídos se han vuelto cada vez más intelectuales. Por eso ahora soportamos intensidades de sonido muchos mayores, mucho más «ruido», porque estamos mucho mejor adiestrados que nuestros antepasados en la captación de la *razón contenida en él*. Ahora bien, en realidad todos nuestros sentidos, precisamente porque en seguida preguntan por la razón, es decir, por lo que «ello significa» y ya no por lo que «ello es», se han embotado un poco: tal como semejante embotamiento se delata, por ejemplo, en el dominio incondicionado de la temperatura de los sonidos; pues ahora los oídos que todavía hacen las distinciones un tanto sutiles, por ejemplo, entre Do sostenido y Re bemol, cuéntanse entre las excepciones. Nuestro oído se ha vuelto más grosero a este respecto. Luego se ha conquistado para la música el lado feo, originariamente hostil a los sentidos, del mundo; su esfera de poder, especialmente en cuanto a la expresión de lo sublime, de lo espantoso, de lo misterioso, se ha ensanchado con ello asombrosamente; nuestra música les procura ahora palabras a cosas que antes no tenían lengua. Algunos pintores han hecho de modo análogo más intelectual la vista y han ido mucho más allá de lo que antes se llamaba placer de los colores y de las formas. También aquí el entendimiento artístico ha conquistado el lado del mundo que originariamente pasaba por feo⁷³. ¿Cuál es la consecuencia de todo esto? Cuanto más capaces de pensamiento devienen vista y oído, tanto más se aproximan al límite en que devienen insensibles: el placer es transferido al cerebro, los órganos sensibles mismos se embotan y debilitan, lo simbólico ocupa cada vez más el lugar de lo que es, y así llegamos por esta vía a la barbarie tan seguramente como por cualquier otra. De momento todavía se dice: el mundo es más feo que nunca, pero *significa* un mundo más bello de lo que nunca ha sido. Pero cuanto más se disipa y volatiliza la fragancia ambarina del significado, tanto más raros van siendo los que todavía la perciben: y los demás acaban por quedarse en lo feo e intentan gozar de ello, en lo que siempre han sin embargo de fracasar. Hay así en Alemania una doble corriente de desarrollo musical: de un lado, un grupo de diez mil con pretensiones cada vez más elevadas, más delicadas, y cada vez más atento a lo que «ello significa», y del otro la inmensa mayoría que cada año es más incapaz de entender lo significativo ni siquiera en la forma de la fealdad

⁷³ Algunos pintores] Variante en *Fp*: «Tal como, por ejemplo, Böcklin hace más intelectual la vista y va mucho más allá del placer de los colores: el entendimiento artístico ha conquistado el lado feo del mundo». Arnold Böcklin (1827-1901): pintor, dibujante y escultor suizo.

sensible, y que por ello aprende cada vez con más placer a captar lo en sí feo y repugnante, es decir, rastreramente sensual, en la música.

218 ⁷⁴

La piedra es más piedra que antes. En general ya no entendemos la arquitectura, al menos ni con mucho del modo en que entendemos la música. Hemos dejado atrás el simbolismo de las líneas y de las figuras, lo mismo que nos hemos deshabitado de los efectos sonoros de la retórica, y no hemos mamado ya desde el primer momento de nuestra vida esa especie de leche materna de la educación. En un edificio griego o cristiano originariamente todo significaba algo, y ciertamente en relación con un orden de cosas superior: esta atmósfera de una significación inagotable envolvía el edificio igual que un velo mágico. La belleza sólo entraña accesorariamente en el sistema, sin mermar esencialmente el sentimiento fundamental de lo inquietantemente sublime, de lo consagrado por la proximidad de los dioses y por la magia; la belleza a lo sumo *atenuaba* el pavor; pero este pavor era por doquier la premisa. ¿Qué es para nosotros ahora la belleza de un edificio? Lo mismo que el bello rostro de una mujer sin espíritu: algo así como una máscara.

219

Origen religioso de la música moderna. La música plena de alma nace en el catolicismo restaurado tras el Concilio de Trento ⁷⁵, por obra de Palestrina ⁷⁶, quien sirvió de caja de resonancia al renacido espíritu íntimo y profundamente conmovido; más tarde, con Bach ⁷⁷, también en el protestantismo, en la medida en que éste había sido profundizado y despojado de su fundamental carácter originariamente dogmático por los pietistas ⁷⁸. Presupuesto y necesaria etapa preliminar para ambos nacimientos es la dedicación a la música propia de la época del Renacimiento y del Prerrenacimiento, sobre todo esa ocupación erudita en la música, ese gusto, científico en el fondo, por los artificios de la armonía y del contrapunto. Por otra parte, también debía precederlos la ópera, en la que el profano elevaba su protesta contra

⁷⁴ Este aforismo tiene un esbozo de entre finales de 1876 y el verano de 1877: «Edificios incomprensibles porque ya no vivimos en el simbolismo de las líneas, y otro de la primera mitad de 1877: «Volutas símbolo..., lo mismo que el más elevado arte de la elocuencia antigua no nos habla hoy en día sino indistintamente».

⁷⁵ El Concilio de Trento (1545-1563) produjo en la Iglesia Católica la reforma conocida como la Contrarreforma.

⁷⁶ Giovanni Palestrina (1525-1594): compositor italiano de casi un centenar de misas a mayor gloria de la Iglesia de Roma posterior al Concilio de Trento y que finalmente abrazó el sacerdocio. En la ópera del compositor alemán Hans Pfitzner (1869-1949), *Palestrina*, aparece como divinamente inspirado a la composición de una misa que convenciera al Concilio de Trento de las bondades de la música polifónica.

⁷⁷ Johann Sebastian Bach (1685-1750): compositor alemán.

⁷⁸ Movimiento luterano fundado por Philipp Jakob Spener (1635-1705) en Frankfurt en 1670 y propagado más tarde por A. H. Francke (1663-1727), que ponía el acento en la experiencia inmediata de lo divino por parte del individuo.

una música fría devenida demasiado erudita y quería volver a insuflarle un alma a Polimnia⁷⁹. Sin esa conversión profundamente religiosa, sin la resonancia del ánimo intimísimamente agitado, la música habría seguido siendo erudita u operística; el espíritu de la Contrarreforma es el espíritu de la música moderna (pues ese pietismo de la música de Bach es también una especie de Contrarreforma). Tan profundamente estamos en deuda con la vida religiosa⁸⁰. La música fue el *Contrarrenacimiento* en el ámbito del arte, a él pertenece la pintura tardía de Murillo⁸¹, acaso también el estilo barroco: más en todo caso que la arquitectura del Renacimiento o de la antigüedad. Y aún hoy día cabría preguntarse: si nuestra música moderna pudiera mover las piedras, ¿las juntaría en una arquitectura antigua? Lo dudo mucho⁸². Pues lo que en esta música rige, el afecto, el gusto por actitudes muy tensas, el querer cobrar vida a toda costa, el rápido cambio de sentimiento, el intenso efecto de relieve en luz y sombra, la yuxtaposición del éxtasis y lo ingenuo, todo esto ya en otro tiempo rigió en las artes figurativas y creó nuevas leyes de estilo; pero no fue ni en la antigüedad ni en la época del Renacimiento⁸³.

220

El más allá en el arte. No sin profundo dolor se admite que los artistas de todos los tiempos, en sus vuelos de más altura, elevaron a una transfiguración celestial precisamente esas ideas que ahora reconocemos como falsas: son los glorificadores de los errores religiosos y filosóficos de la humanidad, y no hubieran podido serlo sin la fe en la absoluta verdad de los mismos. Ahora bien, si la fe en semejante verdad declina en general, si palidecen los colores del arco iris en torno a los límites extremos del conocimiento y de la ilusión humanos, nunca puede volver a florecer ese género de arte que, como la *Divina Commedia*⁸⁴, las pinturas de Rafael, los frescos de Miguel Ángel⁸⁵, las catedrales góticas⁸⁶, presupone no sólo un significado cósmico, sino también metafísico, de los objetos del arte. Surgirá una leyenda conmovedora de que semejante arte, semejante fe de artista, existieron.

221⁸⁷

La revolución en la poesía. Las severas restricciones que los dramaturgos franceses se impusieron respecto a la unidad de acción, lugar y tiempo, al estilo, a la

⁷⁹ Musa griega de la música vocal.

⁸⁰ En *Fp* se añade: «Si ahora resurge el pensamiento de un renacimiento de la antigüedad, exijémos una antigüedad más dotada de alma que el siglo V».

⁸¹ Hasta las pruebas de imprenta, en lugar de «Murillo» aparecía «los Carracci». Bartolomé Murillo (1618-1682): pintor español. Los Carracci fueron una importante familia de pintores y decoradores italianos de la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII.

⁸² si nuestra música En *Fp* la cuestión se personalizaba: «si la música de Beethoven moviese las piedras, lo haría mucho antes a la manera de Bernini que no a la de la antigüedad».

⁸³ todo esto En *Fp*: «Todos nosotros, en la medida en que todavía no somos hombres modernos, somos un poco hombres berninianos».

⁸⁴ La más ilustre de las obras del poeta italiano Dante Alighieri (1265-1321).

⁸⁵ Michelangelo Buonarroti (1475-1564): escultor, pintor, arquitecto, ingeniero y poeta italiano.

⁸⁶ las catedrales góticas Significativa la variante de *Fp*: «el arte de Wagner».

⁸⁷ Cf. 19 [47].

construcción de los versos y las frases, a la elección de las palabras y los pensamientos, fue una escuela tan importante como la del contrapunto y la fuga en la evolución de la música moderna o como las figuras gorgianas⁸⁸ en la oratoria griega. Atarse así puede parecer absurdo; no hay, sin embargo, otro medio para salir de la naturalización que limitarse primero del modo más estricto (quizá más arbitrario). Se aprende así paulatinamente a marchar con gracia incluso por angostas pasarelas que salvan vertiginosos precipicios, y se lleva uno consigo como botín la máxima flexibilidad de movimiento, como demuestra a los ojos de todos los actualmente vivos la historia de la música. Echase aquí de ver cómo paso a paso van aflojándose las amarras hasta que finalmente puede parecer que se han soltado⁸⁹ completamente: esta *apariencia* es el resultado supremo de una evolución necesaria en el arte. En la poesía moderna no ha habido ninguna tan feliz emancipación paulatina de las cadenas autoimpuestas. Lessing⁹⁰ desacreditó en Alemania la forma francesa, es decir, la única forma artística moderna, y remitió a Shakespeare, y así se perdió la continuidad de ese desaherrojamiento y se dio un salto atrás al naturalismo, es decir, a los inicios del arte. De ello trató de salvarse Goethe, que siempre se sabía volver a atar nuevamente de diversas maneras; pero ni siquiera el más dotado llega más que a una constante experimentación, una vez que se ha roto el hilo de la evolución. Schiller debe la relativa seguridad de su forma al modelo involuntariamente venerado, aunque repudiado, de la tragedia francesa, y se mantuvo bastante independiente de Lessing (cuyas tentativas dramáticas, como es sabido, rechazaba). Después de Voltaire, a los franceses mismos les faltaron de pronto los grandes talentos que hubieran continuado la evolución de la tragedia de la coerción a esa apariencia de libertad; más tarde también dieron, siguiendo el modelo alemán, el salto a una especie de rousseauiano⁹¹ estado natural del arte y experimentaron. Basta con leer sólo de vez en cuando el *Mahomet* de Voltaire para darse perfecta cuenta de lo que con esa ruptura de la tradición ha perdido para siempre la cultura europea. Voltaire fue el último de los grandes dramaturgos que domó mediante la medida griega su polimorfa alma, nacida también para las mayores tempestades trágicas; fue capaz de lo que ningún alemán ha sido todavía capaz, porque la naturaleza del francés es mucho más afín a la griega que la naturaleza del alemán; así como fue también el último gran escritor que en el tratamiento del habla en prosa tuvo oído griego, escrupulosidad artística griega, sencillez y gracejo griegos; más aún, fue una de las últimas personas que supieron aunar en sí la máxima libertad intelectual y una actitud absolutamente antirrevolucionaria, sin ser inconsecuentes ni cobardes. Desde entonces, el espíritu moderno, con su inquietud, su odio a la medida y los límites, ha llegado a prevalecer en todos los campos, primero desatado por la fiebre de la Revolución y luego echándose de

⁸⁸ El filósofo-orador griego Gorgias de Leontini (480?-370 a. C.) destacó por su florido uso de paralelismos y antítesis, frecuentemente rimados, en un estilo de dicción ático.

⁸⁹ En *Id* se añadía entre comas: «por obra de Wagner».

⁹⁰ Cf. sus *Briefe, die neueste Literatur betreffend* (1759-1765). Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781): dramaturgo, crítico y esteticista alemán.

⁹¹ Por Jean-Jacques Rousseau (1712-1778): escritor y filósofo suizo de lengua francesa.

nuevo el freno cuando le impulsaron a ello el miedo y el horror ante sí mismo; pero el freno de la lógica, no ya de la medida artística. Ciertamente, gracias a ese desenfreno gozamos por un tiempo de las poesías de todos los pueblos⁹², de todo lo brotado en lugares ocultos, nativo, agreste, prodigiosamente bello y colorosamente irregular, desde la canción popular hasta el «gran bárbaro»⁹³ Shakespeare; saboreamos los placeres del color local y del traje de época, a los que todos los pueblos artísticos han sido extraños hasta ahora; aprovechamos ampliamente las «ventajas bárbaras»⁹⁴ de nuestro tiempo que Goethe hizo valer frente a Schiller para situar bajo la luz más propicia la carencia de forma de su *Fausto*⁹⁵. Pero ¿por cuánto tiempo?⁹⁶ La avalancha de poesías de todos los estilos y de todos los pueblos que se nos viene encima *debe* sin duda arrastrar paulatinamente el suelo en que aún habría sido posible un silencioso crecimiento oculto; todos los poetas *deben* sin duda convertirse en imitadores experimentales, copistas atrevidos, por grande que sea su fuerza al comienzo; finalmente, el público, que ya no sabe ver en la *doma* de la fuerza representativa, en el sojuzgamiento organizador de todos los recursos artísticos el acto propiamente hablando artístico, *debe* estimar cada vez más la fuerza por la fuerza, el color por el color, el pensamiento por el pensamiento, aun la inspiración por la inspiración; no gozará ya, por consiguiente, de los elementos y condiciones de la obra de arte a no ser *aisladamente*, y por último planteará la natural pretensión de que el artista *debe* también presentárselos aisladamente. Más aún, se han sacudido las «irracionales» cadenas del arte greco-francés, pero inadvertidamente se ha hecho habitual considerar irracionales todas las cadenas, toda limitación; y así se encamina el arte hacia su disolución, y al hacerlo repasa —lo que, por supuesto, es sumamente instructivo— todas las fases de sus comienzos, de su infancia, de su imperfección, de sus osadías y extravagancias de otros tiempos: al irse al fondo interpreta su nacimiento, su devenir. Uno de los grandes en cuyo instinto puede sin duda confiarse y a cuya teoría no le faltaron sino treinta años más de práctica, Lord Byron, declaró en cierta ocasión: «En lo que a la poesía en general concierne, cuanto más lo medito, más me afirmo en el convencimiento de que todos y cada uno de nosotros estamos en el mal camino. Seguimos todos un sistema revolucionario internamente falso; nuestra generación o la siguiente llegará al mismo convencimiento»⁹⁷. Es este el mismo Byron que dice: «Considero a

⁹² Alusión a la antología del escritor y político alemán Johann Friedrich Herder (1744-1803): *Stimmen der Völker in Liedern* (1807).

⁹³ Opinión de Voltaire sobre Shakespeare.

⁹⁴ Cf. Goethe: *Anmerkungen über Personen und Gegenstände, deren in dem Dialog Rameaus Neffe erwähnt wird*. «Geschmack».

⁹⁵ Cf. carta de Goethe a Schiller del 27 de junio de 1797.

⁹⁶ En *C* se añadía: «Ahora nos vemos ya visiblemente rebajados cada vez más a la veneración de los estados poéticos primitivos.» ¿Puede conservar el respeto del arte una poesía embrutecida, que se abandona disipadamente al culto de la *fuerza*, del color, del efecto? ¿No debe, dada su intención de embriagamiento, tener como consecuencia la náusea? ¿No triunfará necesariamente siempre la ciencia con su implacable flagelo, la lógica, allí donde la orgía y la náusea han degradado el concepto de arte?»

⁹⁷ Cf. la carta de Byron a Murray del 15 de septiembre de 1817, en: *Vermischte Schriften, Briefwechsel und Lebensgeschichte*, tres volúmenes editados por Ernst Ortlepp (Stuttgart, s. f.), vol. II, pág. 360, BN. El texto de *Letters and Journals*, vol. IV, 1816-1820, ed. Rowland E. Prothero (Nueva

Shakespeare el peor modelo, aunque el poeta más extraordinario.⁹⁸ ¿Y no dice en el fondo exactamente lo mismo la madura sagacidad artística de Goethe en la segunda mitad de su vida, esa sagacidad con que obtuvo tal ventaja sobre una serie de generaciones, que puede afirmarse a bulto que Goethe todavía no ha producido efecto alguno y que su tiempo está todavía por llegar? Precisamente porque su naturaleza lo retuvo durante largo tiempo en el carril de la revolución poética, precisamente porque apuró hasta el fondo todo lo que indirectamente, merced a esa ruptura de la tradición, se había descubierto y, por así decir, excavado bajo las ruinas del arte, de nuevos hallazgos, perspectivas, recursos, pesando tanto su transformación y conversión ulteriores: significan que sentía el profundísimo anhelo de recuperar la tradición del arte y conferir, con la fantasía del ojo al menos, la perfección y la integridad antiguas a los escombros y columnatas del templo que quedaban en pie, cuando la fuerza del brazo se evidenciase con mucho demasiado débil para construir donde tan enormes potencias fueron ya necesarias para destruir. Vivió así en el arte como en el recuerdo del verdadero arte: su poetizar se había convertido en recurso del recuerdo, de la comprensión de épocas artísticas antiguas, ha mucho desvanecidas. Sus postulados eran ciertamente irrealizables en relación con la fuerza de la nueva época; pero el dolor por ello fue ampliamente compensado por el gozo de que en un tiempo *fueron* realizados y de que también nosotros podemos todavía participar de esa realización. Nada de individuos, sino máscaras más o menos idealizadas; nada de realidad, sino una generalidad alegórica; caracteres de época, colores locales evaporados hasta lo casi invisible y convertidos en míticos; el sentir actual y los problemas de la sociedad actual comprimidos en las formas más simples, despojados de sus cualidades atractivas, excitantes, patológicas, dejadas *sin efecto* en cualquier otro sentido menos artístico; nada de nuevos asuntos y caracteres, sino los antiguos, ha mucho habituales, en constante reanimación y transformación: este es el arte tal como lo *entendió* más tarde Goethe, tal como los griegos, y aun los franceses, lo *practicaron*.

222

Lo que queda del arte. Es verdad que el arte tiene mucho mayor valor bajo ciertos presupuestos metafísicos, por ejemplo, si se cree que el carácter es inalterable y que la esencia del mundo se expresa constantemente en todos los carac-

York: Scribner, 1903-22), págs. 169 s., dice exactamente así: «Con respecto a la poesía en general, cuanto más lo pienso más me convenzo de que él (Moore) y todos nosotros —Scott, Southey, Wordsworth, Moore, Campbell, yo mismo— estamos todos equivocados por igual; de que nos apoyamos en un sistema, o sistemas, poético revolucionario erróneo, que en sí nada vale y del que nadie salvo Rogers y Crabbe se libra; y de que la actual y la generación venidera acabarán por ser de esta opinión». Thomas Moore (1779-1852): poeta irlandés; Robert Southey (1774-1843): poeta inglés; William Wordsworth (1770-1850): poeta inglés; Thomas Campbell (1777-1884): poeta y crítico literario inglés; Samuel Rogers (1763-1855): poeta inglés, pero más recordado como conversador agudo y por su amistad con los poetas mayores de su generación. George Crabbe (1754-1832): poeta inglés.

⁹⁸ Cf. carta de Byron a Murray del 14 de julio de 1821, *loc. cit.*, vol. III, pág. 139. El texto exacto (*loc. cit.*, vol. V, pág. 323) reza: «Shakespeare es el peor modelo, si bien un gran poeta».

terres y acciones; entonces la obra del artista se convierte en la imagen de lo *eternamente persistente*, mientras que para nuestra concepción el artista nunca puede darle a su imagen más que validez para una época, pues el hombre en conjunto ha devenido y es mudable, y ni siquiera el hombre singular es nada fijo y persistente. Lo mismo sucede con otro presupuesto metafísico: puesto que nuestro mundo visible no fuera más que apariencia como suponen los metafísicos, el arte vendría a estar bastante cerca del mundo real, pues entre el mundo de la apariencia y el mundo de ensueño del artista habría mucha analogía; y la diferencia restante elevaría la significación del arte por encima incluso de la significación de la naturaleza, pues el arte representaría lo uniforme, los tipos y modelos de la naturaleza. Pero esos presupuestos son falsos: ¿qué posición le queda ahora todavía al arte después de esta constatación? Ante todo, durante milenios ha enseñado a ver con interés y placer la vida en todas sus formas y a llevar nuestro sentimiento tan lejos que finalmente exclamemos: «sea como sea la vida, es buena»⁹⁹. Esta enseñanza del arte a gozar de la existencia y considerar la vida humana como una porción de naturaleza, sin conmoción demasiado vehemente, como objeto de evolución conforme a la ley, esta enseñanza ha echado raíces en nosotros y vuelve ahora a la luz como todopoderosa necesidad del conocimiento. Podría prescindirse del arte, pero con ello no se perdería la facultad aprendida de él: lo mismo que se ha prescindido de la religión, pero no de las exaltaciones de ánimo y las elevaciones obtenidas de ella. Así como el arte figurativo y la música son el criterio de la riqueza de sentimiento obtenida y acrecentada efectivamente mediante la religión, así, tras una desaparición del arte, nunca dejarían de pedir satisfacción la intensidad y la multiplicidad de los goces de la vida implantadas por él. El hombre científico es la evolución ulterior del artístico¹⁰⁰.

223

Ocaso del arte. Así como en la vejez uno se acuerda de la juventud y celebra fiestas conmemorativas, así estará pronto la humanidad con el arte en la relación de un emotivo recuerdo de los gozos de la juventud. Tal vez nunca antes haya sido el arte comprendido tan profunda y entrañablemente como ahora, cuando la magia de la muerte parece jugar en torno a él. Piénsese en esa ciudad griega de la Italia meridional¹⁰¹ que, un sólo día al año, seguía celebrando sus fiestas griegas, presa de melancolía y congoja de que la barbarie extranjera triunfara cada vez más de las costumbres que ellos habían traído consigo; sin duda, nunca se ha gozado tanto de lo helénico, en ninguna parte se ha sorbido con tal frui-

⁹⁹ Último verso del poema de Goethe *Der Bräutigam*, pero que no aparece en esa posición en la ed. cast., cit., *El novio*, vol. I, pág. 1382.

¹⁰⁰ Así como el arte! Variante en *Ep*: «La música es el criterio de la riqueza de sentimiento efectivamente obtenida; los muchos conceptos y falsos juicios que a ello contribuyen han sido olvidados; la intensidad y variedad del sentimiento siguen siendo y exigen su satisfacción. La música lo descarga en parte».

¹⁰¹ Alusión a Paestum, la ciudad del sur de Italia fundada por los sibaritas entre 650-600 a. C., lo cual nos retrotrae al aforismo 145, primero de esta cuarta parte.

ción este dorado néctar, como entre los helenos en vías de extinción. Pronto se considerará al artista como una gloriosa reliquia y, como a un prodigioso extranjero de cuya fuerza y belleza dependiera la felicidad de tiempos pretéritos, se le rendirán honores como no dispensamos fácilmente a nuestros semejantes. Lo mejor de nosotros es, tal vez, herencia de sentimientos de épocas anteriores a los que ahora apenas tenemos ya acceso inmediato; el sol ya se ha puesto, pero el cielo de nuestra vida todavía refulge e ilumina gracias a él, aunque ya no lo veamos.

QUINTA PARTE

INDICIOS DE CULTURA SUPERIOR E INFERIOR

Ennoblecimiento por degeneración. La historia enseña que la estirpe de un pueblo que mejor se conserva es *aquella* en que la mayoría de los hombres tienen un vivo sentido de comunidad como consecuencia de la identidad de sus principios habituales e indiscutibles, es decir, como consecuencia de su fe común. Aquí se fortifica la costumbre buena, honrada, aquí se aprende la subordinación del individuo y al carácter se le otorga ya como don una firmeza que luego se sigue inculcando mediante la educación. El peligro de estas comunidades fuertes, basadas en individuos homogéneos de marcado carácter, es el embrutecimiento, paulatinamente acrecentado por la herencia, el cual sigue por lo demás a la estabilidad como una sombra. Es de los individuos disolutos, más inseguros y moralmente más débiles de quienes en tales comunidades depende el *progreso espiritual*: son los hombres que intentan cosas nuevas y, en general, múltiples. Un sinnúmero de ellos, debido a su debilidad, sucumben sin producir efectos visibles; pero, en general, sobre todo si tienen descendientes, relajan y de vez en cuando le infligen una herida al elemento estable de una comunidad. Precisamente en este lugar herido y debilitado, se le *inocula* por así decir algo nuevo a la entidad común; pero en conjunto su fuerza debe ser lo bastante grande para absorber esto nuevo en su sangre y asimilarlo. Las naturalezas degenerativas son de suma importancia allí donde haya de realizarse un progreso. Todo gran progreso debe ir precedido de un debilitamiento parcial. Las naturalezas más fuertes *mantienen* el tipo, las más débiles ayudan a *desarrollarlo*. Algo análogo sucede con los hombres singulares: una degeneración, una mutilación, incluso un vicio y, en general, una merma corporal o ética, raramente carecen de una ventaja en otra parte. El hombre enfermo, por ejemplo, tendrá tal vez, en el seno de una tribu guerrera e inquieta, más ocasión de ser para sí y, por tanto, de llegar a ser más tranquilo y prudente, el tuerto tendrá un ojo más fuerte, el ciego verá más profundamente en lo interior y, en todo caso, tendrá un oído más aguzado. En tal medida, no parece que la famosa lucha por la exis-

tencia¹ sea el único punto de vista desde el que pueda explicarse el progreso o el fortalecimiento de un hombre, de una raza. Más bien deben concurrir dos factores: en primer lugar, el aumento de la fuerza estable mediante la ligazón de los espíritus en una fe y en un sentimiento comunal, luego la posibilidad de alcanzar metas superiores debido a la aparición de naturalezas que degeneran y, como consecuencia de éstas, debilitamientos y lesiones parciales de la fuerza estable; precisamente, la naturaleza más débil, en cuanto la más delicada y libre, es la que hace posible todo progreso en general. Un pueblo que en algún punto se gangrena y debilita, pero que en conjunto está todavía fuerte y sano, es capaz de absorber y de incorporar con ventaja la inoculación de lo nuevo. En el hombre singular, la tarea de la educación reza así: imbuirle tal firmeza y seguridad, que como conjunto no pueda ser nunca desviado de su meta. Pero entonces el educador tiene que infligirle heridas o aprovechar las heridas que le asesta el destino, y cuando han así nacido el dolor y la necesidad, entonces puede también inocularse en los lugares heridos algo nuevo y noble. Toda su naturaleza lo acogerá y más tarde dejará que el ennoblecimiento se perciba en sus frutos². Por lo que al Estado se refiere, Maquiavelo³ dice que «la forma de los gobiernos es de muy escasa significación, aunque gente semiculta piense de otra manera. La gran meta del arte político debiera ser la *duración*, que compensa de todo lo demás, por cuanto es mucho más valiosa que la libertad». Sólo dada la máxima duración, seguramente cimentada y garantizada, es posible, en general, una evolución constante y una inoculación ennoblecedora. Por supuesto, contra ello se defenderá habitualmente la autoridad, la peligrosa acompañante de toda duración.

225

Librepensador, un concepto relativo. Llámase librepensador a quien piensa de manera distinta a como se espera de él, en base a su origen, entorno, estamento y profesión, o en base a las opiniones dominantes de la época. El es la excepción, los espíritus gregarios la regla; éstos le reprochan a aquél que sus libres principios tienen su origen en el afán de llamar la atención o que conducen a acciones libres, es decir, incompatibles con la moral establecida. De vez en cuando, se dice también que tales o cuales principios libres han de derivarse de un desequilibrio y una sobreexcitación de la mente; mas así sólo habla la malicia, que ni ella misma cree en lo que dice, pero quiere con ello perjudicar: pues el librepensador lleva habitualmente escrito en su rostro el testimonio de la mayor bondad y agudeza de su intelecto tan legiblemente, que los espíritus gregarios lo entienden muy bien. Pero las otras dos derivaciones del librepensamiento tienen una intención honesta; de hecho, muchos librepensadores nacen de uno u otro modo. Pero por ello las tesis a las que por esos caminos han llegado podrían ser más verdaderas y de fiar que las de los espíritus gregarios. En el conocimiento de la verdad lo que importa es que se lo *tenga*, no por qué motivo se lo ha buscado, por qué camino se lo ha encontrado. Si los librepensa-

¹ Alusión a *El origen de las especies* (1859) de Charles Darwin (1809-1882), naturalista inglés padre del evolucionismo.

² *Hp* termina aquí con el texto de 20 [11].

³ Nicolás Maquiavelo (1469-1527): político y filósofo italiano, autor de *El príncipe*.

dores tienen razón, los espíritus gregarios no la tienen, da lo mismo que los primeros hayan alcanzado la verdad por inmoralidad, que por moralidad los otros hayan perseverado hasta aquí en el error. No es por lo demás propio de la esencia del librepensador tener opiniones más justas, sino más bien haberse desligado de lo tradicional, sea por dicha o por desdicha. Pero habitualmente tendrá, sin embargo, de su lado la verdad, o al menos, el espíritu de la indagación de la verdad: exige razones; los demás, fe⁴.

226⁵

Origen de la fe. El espíritu gregario no asume su posición por razones, sino por habituación: no es, por ejemplo, cristiano porque haya comprendido las diversas religiones y elegido entre ellas; no es inglés⁶ porque se haya decidido por Inglaterra, sino que se encontró con el cristianismo y con el ser inglés, y los aceptó sin razones, como quien, nacido en un país vinícola, se aficiona al vino. Después, siendo cristiano o inglés, tal vez haya dado con algunas razones en favor de su habituación; por más que se refuten estas razones, con ello no se le refuta en su posición global. Si se obliga, por ejemplo, a un espíritu gregario a que presente sus razones contra la bigamia, entonces se verá si su sagrado celo por la monogamia estriba en razones o en habituación. A la habituación a principios espirituales sin razones se le llama fe.

227⁷

Razón y sinrazón, inferidas de las consecuencias. Todos los Estados y ordenamientos de la sociedad: los estamentos, el matrimonio, la educación, el derecho, todo eso tiene su fuerza y duración únicamente en la fe de los espíritus gregarios en ello; es decir, en la ausencia de razones, al menos en el rechazo del preguntar por razones. A los espíritus gregarios no les gusta admitirlo y sienten que es un *pudendum*. El cristianismo, que era muy inocente en sus ocurrencias intelectuales, no reparó nada en ese *pudendum*, exigía fe, nada más que fe, y rechazaba con pasión esta demanda de razones; llamaba la atención sobre el éxito de la fe: ya os daréis cuenta de las ventajas de la fe, intimaba, ella os hará felices. En realidad, el Estado procede igualmente y todo padre educa a su hijo del mismo modo: ten sólo esto por verdadero, dice, ya te darás cuenta del bien que hace. Pero esto significa que la *verdad* de una opinión ha de demostrarse por el *provecho* personal que comporta, que la seguridad y solidez intelectuales de una doctrina ha de garantizarla su conveniencia. Es como si el acusado ante el tribunal dijese: mi defensor dice la entera verdad, pues considerad lo que se sigue de su discurso: seré absuelto. Como los espíritus gregarios tienen sus principios debido al provecho de éstos, sospechan que también el librepensador busca con sus opiniones igualmente su provecho y sólo tiene por verdadero, precisamente, lo que le conviene. Pero como parece convenirle lo contrario de lo que les conviene a sus compatriotas o a los de su estamento, suponen que sus principios les son peligrosos; dicen o sienten: no puede tener razón, pues nos es perjudicial.

⁴ No es por lo demás [En *Hp*]: «La única pregunta es: ¿dónde es el intelecto más penetrante, aquí o allí? ¿Cuál de las dos posiciones está mejor fundamentada?»

⁵ Cf. 17 [71], 19 [10].

⁶ En *Hp* todo el aforismo se refería a Alemania y los alemanes.

⁷ Cf. 17 [76].

228⁸

El carácter fuerte, bueno. El gregarismo de las opiniones, convertido por habituación en instinto, conduce a lo que se llama fortaleza de carácter. Cuando alguien obra por pocos pero siempre los mismos motivos, sus acciones cobran una gran energía; si estas acciones están en consonancia con los principios de los espíritus gregarios, son aprobadas y producen además en el que las lleva a cabo el sentimiento de buena conciencia. Pocos motivos, acción enérgica y buena conciencia constituyen lo que se llama fortaleza de carácter. Al fuerte de carácter le falta el conocimiento de las muchas posibilidades y orientaciones de la acción; su intelecto es servil, gregario, pues en un caso dado no le muestra quizá más que dos posibilidades; entre éstas debe él necesariamente elegir conforme a su entera naturaleza, y lo hace fácil y rápidamente, pues no tiene que elegir entre cincuenta posibilidades. El entorno educativo quiere hacer servil a todo hombre, poniéndole ante los ojos siempre el mínimo número de posibilidades. El individuo es tratado por sus educadores como si fuese ciertamente algo nuevo, pero que debe convertirse en una *repetición*. El hombre aparece al principio como algo desconocido, que nunca ha existido: debe convertírsele en algo conocido, que ya ha existido. De un niño se dice que tiene buen carácter cuando resulta visible su gregarismo respecto a lo que ya ha sido; al ponerse del lado de los espíritus gregarios, el niño proclama por vez primera su incipiente sentido comunitario; pero sobre la base de este sentido comunitario deviene útil a su Estado o a su estamento.

229

Medida de las cosas en los espíritus gregarios. De cuatro géneros de cosas dicen los espíritus gregarios que están justificadas. Primero: todas las cosas que tienen duración están justificadas; segundo: todas las cosas que no nos son molestas están justificadas; tercero: todas las cosas que nos reportan alguna ventaja están justificadas; cuarto: todas las cosas por las que hemos hecho sacrificios están justificadas. Esto último explica, por ejemplo, por qué una guerra que se inició contra la voluntad de un pueblo es continuada con entusiasmo en cuanto se han hecho sacrificios. Los librepensadores que defienden su causa ante el foro de los espíritus gregarios tienen que demostrar que siempre ha habido librepensadores, es decir, que el librepensamiento tiene duración, luego que no quieren resultar molestos, y finalmente que en conjunto les reportan alguna ventaja a los espíritus gregarios; pero como de esto último no pueden convencer a los espíritus gregarios, de nada les sirve haber probado los puntos primero y segundo.

230

*Esprit fort*⁹. En comparación con quien tiene la tradición de su parte y no precisa de razones para su conducta, el librepensador siempre es débil, sobre todo

⁸ Cf. 17 [93].

⁹ «Espíritu fuerte». Sinónimo de espíritu libre o librepensador, fue empleado originariamente por el moralista francés Jean de la Bruyère (1645-1696) en sus *Caracteres* (1688). En *Md* el título era primitivamente: «El librepensador rara vez es un *esprit fort*».

en la acción; pues conoce demasiados motivos y puntos de vista, y tiene por tanto una mano insegura, inexperta. Ahora bien, ¿qué medio hay para hacerle, no obstante, *relativamente fuerte*, de modo que al menos se sostenga y no sucumba ineficazmente? ¿Cómo nace el espíritu fuerte (*esprit fort*)? Esta es, en un caso particular, la pregunta por la génesis del genio. ¿De dónde procede la energía, la fuerza inflexible, el denuedo con que el individuo, frente a la tradición, se esfuerza por adquirir un conocimiento enteramente individual del mundo?

231¹⁰

La génesis del genio. El ingenio con que el cautivo busca medios de evadirse, el aprovechamiento más frío y paciente de cualquier mínima ventaja, pueden enseñar de qué procedimiento se sirve a veces la naturaleza para dar a luz al genio —una palabra que ruego se entienda sin ningún resabio mitológico ni religioso—: lo encierra en un calabozo y excita al último extremo sus deseos de liberarse. O con otra imagen: alguien que ha extraviado por completo su camino en el bosque, pero que con descomunal energía se afana en cualquier dirección hacia la salida, descubre a veces un nuevo camino que nadie conoce: así nacen los genios cuya originalidad se celebra. Ya se ha mencionado que una mutilación, una atrofia, un defecto acusado de un órgano da con frecuencia ocasión para que otro órgano se desarrolle excepcionalmente bien, pues tiene que proveer a su propia función y a otra más. Puede de aquí conjeturarse el origen de no pocos brillantes talentos¹¹. Hágase de estas indicaciones generales sobre la génesis del genio la aplicación al caso específico, la génesis del librepensador perfecto.

232

Conjetura sobre el origen del librepensamiento. Lo mismo que los glaciares acrecen cuando en las zonas ecuatoriales el sol brilla sobre los mares con mayor ardor que antes, así también puede sin duda un librepensamiento muy fuerte, que se expande en torno, ser testimonio de que el ardor del sentimiento se ha acrecentado extraordinariamente en cualquier parte.

233

La voz de la historia. En general, la historia *parece* dar sobre la génesis del genio la siguiente lección: maltratado y torturado a los hombres —les grita a las pasiones de la envidia, el odio y la emulación—, arrastrados al último extremo, unos contra otros, pueblos contra pueblos, y esto durante siglos. Tal vez entonces se inflame de pronto, dijérase por una chispa desprendida de la terrible energía así prendida, la luz del genio; la voluntad, como un corcel enloquecido por la espuela del jinete, estalla entonces y salta a otro campo. Quien cobrase

¹⁰ Esbozo de este aforismo en *Fp*: «El librepensador nace como el genio. Tres clases de este nacimiento. Luego aplicación al librepensador».

¹¹ Ya se ha mencionado. Variante en *Fp*: «Si alguien debe con el oído proveer también a la función del ojo, su ojo [sin duda errata por «oído»] se agudiza. La pérdida o ausencia de una cualidad es con frecuencia causa de un desarrollo brillante de un talento».

consciencia de la génesis del genio y quisiera llevar también a la práctica la manera como la naturaleza procede habitualmente, debería ser exactamente tan perverso y brutal como la naturaleza. Pero quizá hayamos oído mal.

234¹²

Valor de la mitad del camino. Tal vez la producción del genio esté reservada sólo a un espacio de tiempo limitado de la humanidad. Pues del futuro de la humanidad no cabe esperar al mismo tiempo todo lo que únicamente podían producir condiciones enteramente determinadas de cualquier pasado; no, por ejemplo, los asombrosos efectos del sentimiento religioso. Este mismo tuvo su época y mucho de bueno no puede volver nunca a brotar de él, pues únicamente de él podía brotar. Nunca volverá así a haber un horizonte de vida y de cultura religiosamente limitado. Quizá incluso el tipo del santo no sea posible más que dada una cierta perplejidad del intelecto que, a lo que parece, se acabó para siempre jamás. Y así la culminación de la inteligencia ha estado acaso reservada a una época particular de la humanidad: apareció –y aparece, pues todavía vivimos en esta época– cuando una energía extraordinaria de la voluntad, acumulada durante mucho tiempo, se transfirió excepcionalmente a metas *espirituales* por herencia. Esa culminación se acabará cuando esta ferocidad y energía dejen de cultivarse. La humanidad se aproxima tal vez más a su meta propiamente dicha en la mitad de su camino, en la época central de su existencia, que al final. Podrían sin más extinguirse fuerzas que, por ejemplo, condicionan el arte; podría llegar a menospreciarse el gusto por la mentira, por lo impreciso, por el simbolismo, por la embriaguez, por el éxtasis. Más aún, una vez ordenada la vida en el Estado perfecto, no ha de poder ya extraerse del presente ningún motivo en absoluto para la poesía, y serían únicamente los hombres atrasados quienes demandaran irrealidad poética. En cualquier caso éstos mirarían con nostalgia hacia atrás, a los tiempos del Estado imperfecto, de la sociedad semihábrara, a *nuestros* tiempos¹³.

235¹⁴

Genio y Estado ideal, en contradicción. Los socialistas aspiran a instaurar una vida confortable para el mayor número posible¹⁵. Si se alcanzase efectivamente la patria duradera de esta vida confortable, el Estado perfecto, esta vida confortable destruiría el suelo del que brota el gran intelecto y en general el individuo poderoso: me refiero a la energía fuerte. La humanidad se habría fatigado dema-

¹² Cf. 22 [98].

¹³ En la redacción de septiembre de 1876 se añadía: «Y ahora la representación contraria».

¹⁴ Cf. 20 [12].

¹⁵ Los socialistas] Distinto era el comienzo de este aforismo en su versión de 1875: «Sólo la inteligencia suprema, el corazón más noble, puede medir el valor de la vida. ¿Cómo producir la inteligencia suprema? Los objetivos del bienestar humano son en conjunto muy distintos de la creación de la inteligencia suprema. Actualmente el bienestar es puesto demasiado alto y tomado en un sentido absolutamente exterior, lo mismo que la enseñanza y la educación. El Estado ideal con que sueñan los socialistas».

siado una vez alcanzado este Estado para aún poder producir el genio. ¿No debería, pues, desearse que la vida conserve su carácter violento y que siempre vuelvan a evocarse de nuevo fuerzas y energías salvajes ¹⁶? Ahora bien, el corazón cálido, compasivo, quiere precisamente la *abolición* de ese carácter violento y salvaje, y el corazón más cálido que pueda pensarse la anhelaría justamente del modo más apasionado: mientras que su pasión ha sin embargo extraído su fuego, su calor, aun su existencia, precisamente de ese carácter salvaje y violento de la vida; el corazón más cálido quiere por tanto la abolición de su fundamento, la aniquilación de sí mismo, es decir: quiere algo ilógico, no es inteligente. La inteligencia suprema y el corazón más cálido no pueden coexistir en una persona, y el sabio que emite su juicio sobre la vida se sitúa también por encima de la hondad y no la considera más que como algo que ha de valorarse dentro del cómputo total de la vida. El sabio debe resistirse a esos extravagantes deseos de la hondad inteligente, porque a él le interesa la pervivencia de su tipo y el nacimiento final del intelecto supremo; al menos no promoverá la fundación del «Estado perfecto», pues en éste sólo tienen cabida individuos desfallecidos. En cambio, Cristo, a quien queremos considerar como el corazón más cálido, favoreció el embrutecimiento de los hombres, se puso del lado de los pobres de espíritu y estorbó la producción del máximo intelecto; y esto fue consecuente. Su contraimagen, el sabio perfecto ¹⁷ —cabe sin duda predecirlo— obstruirá no menos necesariamente la producción de un Cristo. El Estado es una astuta institución para la protección de los individuos unos contra otros: si se exagera su ennoblecimiento, acabará por debilitar, más aún, por disolver al individuo, es decir por frustrar de la manera más radical el fin originario del Estado.

236¹⁸

Las zonas de la cultura. Puede a modo de símil decirse que las épocas de la cultura corresponden a las franjas de los distintos climas, sólo que éstas se suceden unas a otras y no están, como las zonas geográficas, unas junto a otras. En comparación con la zona templada de la cultura a la que es nuestra tarea pasar, la anterior produce en conjunto la impresión de un clima *tropical*. Violentos contrastes, brusca alternancia del día y la noche, torridez y vistosidad de colorido, la veneración de todo lo súbito, misterioso, aterrador, la rapidez con que estallan las tempestades, por doquier el pródigo desbordamiento de las cornucopias de la naturaleza: y en cambio, en nuestra cultura, un cielo claro pero no luminoso, aire puro, bastante estable, frescor, incluso a veces frío: así contrastan mutuamente ambas zonas. Cuando vemos allí cómo las pasiones más furibundas son domadas y quebrantadas por representaciones metafísicas con espantosa violen-

¹⁶ En *Cf* se añade: «El juicio supremo sobre el valor de la vida quizá fuera entonces el resultado de un instante en que la tensión de los opuestos en el caos, voluntad e intelecto, llegase a su punto máximo, y ciertamente como lucha en el ser de un individuo aislado».

¹⁷ Variante en *Md*: «el espíritu libre».

¹⁸ En el margen superior de *Cf* aparece: «Tránsito de los griegos de la zona trágica a la templada: los sofistas». Esto mismo constituye el título en *Md*. Cf. 23 [110].

cia, nos sentimos como si ante nuestros ojos tigres salvajes fueran aplastados por los anillos de monstruosas serpientes en los trópicos; nuestro clima espiritual carece de tales espectáculos, nuestra fantasía es moderada, ni siquiera en sueños nos sucede lo que pueblos pretéritos veían en estado de vigilia. Pero ¿no debiéramos felicitarnos por este cambio, admitir incluso que los artistas se han visto esencialmente perjudicados por la desaparición de la cultura tropical y que nos encuentran un poco demasiado sobrios a los que no somos artistas? Tienen en tal medida los artistas sin duda derecho a negar el «progreso», pues, en efecto, cabe al menos la duda de si los últimos tres mil años muestran una marcha progresiva en las artes; asimismo, un filósofo metafísico como Schopenhauer no tendrá ningún motivo para reconocer el progreso al pasar revista a los últimos cuatro mil años por lo que a filosofía metafísica y religión se refiere. Pero a nosotros nos vale como progreso la *existencia* misma de la zona templada de la cultura.

237

Renacimiento y Reforma. El Renacimiento italiano ocultaba en sí todas las fuerzas positivas a las que se debe la cultura moderna, es decir: liberación del pensamiento, menosprecio de la autoridad, triunfo de la cultura adquirida sobre la arrogancia del abolengo, entusiasmo por la ciencia y el pasado científico de los hombres, desaherrojamiento del individuo, fervor por la veracidad y aversión hacia la apariencia y el mero efecto (ardor que prendió en toda una multitud de caracteres artísticos que con pureza sumamente ética exigían de sí perfección en sus obras y nada más que perfección); más aún, el Renacimiento tenía fuerzas positivas que en nuestra cultura moderna *hasta ahora* no han vuelto a ser tan poderosas. Fue la Edad de Oro de este milenio, pese a todas sus lagunas y vicios. Ahora bien, contrasta con ello la Reforma alemana como una enérgica protesta de espíritus atrasados que en modo alguno estaban todavía hartos de la concepción del mundo de la Edad Media y sentían los signos de su disolución, la extraordinaria superficialización y conversión en algo externo de la vida religiosa, en vez de con alborozo, como conviene, con profundo pesar. Con su fuerza y terquedad nórdicas hicieron retroceder a los hombres, impusieron la Contrarreforma, es decir, un cristianismo católico a la defensiva, con las violencias de un estado de sitio, y tanto retardaron en dos o tres siglos el pleno despertar y hegemonía de las ciencias como imposibilitaron quizá para siempre la fusión cabal del espíritu antiguo y el moderno. La gran tarea del Renacimiento no pudo ser llevada a cabo, la protesta del talante alemán entretanto retrasado (que en la Edad Media había sido lo suficientemente razonable para cruzar una y otra vez los Alpes en busca de su salvación) lo impidió. El azar de una constelación política extraordinaria hizo que Lutero persistiese entonces y esa protesta cobrara fuerza: pues el emperador le protegió para emplear contra el Papa su innovación como instrumento de presión, e igualmente le apoyó tácitamente el Papa para utilizar a los príncipes protestantes del Imperio contra el emperador. Sin esta rara coincidencia de intenciones, Lutero habría sido quemado como Huss¹⁹ y la auro-

¹⁹ John Huss (1369?-1415): reformador y mártir religioso bohemio.

ra de la Ilustración²⁰ se habría quizá iniciado algo antes y con más hermoso brillo de lo que ahora podemos barruntar.

238

Justicia contra el dios en devenir. Cuando toda la historia de la cultura se despliega ante la mirada como una maraña de representaciones perversas y nobles, verdaderas y falsas, y uno se siente casi mareado ante el espectáculo de este oleaje, se comprende qué consuelo se halla en la representación de un *dios en devenir*: va éste revelándose en las transformaciones y destinos de la humanidad, no todo es mecanismo ciego, juego recíproco de fuerzas carente de sentido y de fin. La deificación del devenir es una perspectiva metafísica —por así decir, desde un faro al borde del mar de la historia— en la que una generación de eruditos demasiado historicistas encontró su consuelo; no debe uno enojarse por ello, por errónea que esa representación pueda ser. Sólo quien, como Schopenhauer, niega la evolución, tampoco siente nada de la miseria de este oleaje histórico, y con justicia puede por tanto, porque nada sabe, nada siente de ese dios ni de la necesidad de su asunción, dar rienda suelta a su ironía.

239

Los frutos según la estación. Todo futuro mejor que se le desee a la humanidad es necesariamente también un futuro peor en más de un respecto: pues es quimera creer que una nueva etapa superior de la humanidad reunirá en sí todas las ventajas de etapas anteriores y que deba, por ejemplo, producir también la suprema configuración del arte. Más bien cada estación tiene sus atractivos y encantos para sí y excluye los de las otras. Lo que de la religión y en su vecindad ha brotado no puede rebrotar una vez destruida aquélla; a lo sumo mugrones extraviados, tardíos, pueden llevar a la ilusión de ello, lo mismo que el recuerdo del arte antiguo que de tanto en tanto irrumpe: un estado que sin duda denota el sentimiento de pérdida, de privación, pero que no es una prueba de la fuerza de la que podría nacer un arte nuevo.

240

Severidad creciente del mundo. Cuanto más alto asciende la cultura de un hombre, tantos más ámbitos se sustraen a la chanza, a la ironía. Voltaire estaba agradecido de corazón al cielo por la invención del matrimonio y de la Iglesia: tan bien había con ello atendido a nuestra diversión. Pero él y su época, y antes que él el siglo XVI, llevaron al extremo la ironía sobre estos temas; todas las bromas que todavía se hacen ahora a este respecto son tardías y, sobre todo, demasiado baratas para que pudieran atraer a los compradores. Ahora se pregunta por las causas; es la época de la seriedad. ¿A quién le interesa ahora toda-

²⁰ [Ilustración] En *CK*: «ciencia».

vía ver a una luz frívola las diferencias entre la realidad y la apariencia pretenciosa, entre lo que el hombre es y lo que quiere representar?; el sentimiento de estos contrastes opera de modo enteramente distinto en cuanto se buscan las razones. Cuanto más profundamente entienda alguien la vida, tanto menos ironizará, a no ser que acabe quizá ironizando también sobre la «profundidad de su entender».

241²¹

Genio de la cultura. Si alguien quisiera imaginar un genio de la cultura, ¿qué aspecto tendría? Maneja la mentira, la violencia, el más desconsiderado egoísmo con tanta seguridad como instrumentos suyos, que no podría calificársele sino como un perverso ser demoníaco; pero sus objetivos, que traslucen aquí y allá, son grandes y buenos. Es un centauro, mitad animal, mitad hombre, y tiene además alas de ángel en la cabeza²².

242

Educación milagrosa. El interés por la educación sólo adquirirá gran fuerza en el momento en que se abandone la creencia en un dios y su providencia: tal como el arte de curar sólo pudo florecer cuando cesó la creencia en curaciones milagrosas. Pero hasta ahora todo el mundo cree todavía en la educación milagrosa: del máximo desorden, confusión de objetivos, disfavor de las circunstancias, se vio en efecto brotar a los hombres más fecundos, más poderosos: ¿cómo podía esto ocurrir en una situación normal? Pronto también estos casos serán observados más de cerca, examinados más escrupulosamente: nunca se descubrirán milagros en ellos. En idénticas circunstancias constantemente sucumben gran cantidad de hombres; el individuo singular salvado habitualmente se ha hecho más fuerte por ello, dado que, gracias a una indestructible fuerza innata, ha soportado esas condiciones adversas y, además, ha ejercitado e incrementado esta fuerza; así se explica el milagro. Una educación que ya no crea en milagros tendrá que considerar tres cosas: en primer lugar, ¿cuánta energía se hereda?; en segundo lugar, ¿por qué medios puede aún generarse nueva energía?; en tercer lugar, ¿cómo puede el individuo adaptarse a esas pretensiones de la tan enormemente múltiple cultura, sin que éstas lo perturben y deshagan su unitariedad?; en una palabra: ¿cómo puede integrarse²³ al individuo en el contrapunto de la cultura privada y pública?, ¿cómo puede al mismo tiempo conducir la melodía y acompañar como melodía²⁴?

²¹ Cf. 21 [76].

²² En *CI* se añade: «Prometeo» y su buitre». Prometeo: titán de la mitología griega, protector de la humanidad y castigado por Zeus a permanecer atado al monte Cáucaso, donde un águila le roe por el día el hígado, que le vuelve a crecer por la noche, hasta que finalmente es liberado por Heracles.

²³ En lugar de este *einreihen*, en *MI* y *PI* aparece el verbo *einweihen* (consagrar).

²⁴ En una versión manuscrita de entre 1876 y 1877 (los «papeles de Sorrento»), se añade: «de modo que la energía una vez alumbrada pueda consagrarse a una tarea».

El futuro del médico. No hay hoy en día ninguna profesión susceptible de tan alta elevación como la del médico; sobre todo desde que los médicos espirituales, los llamados pastores de almas, ya no pueden practicar con pública aprobación sus artes de exorcismo y las personas cultas les evitan. Hoy día el supremo desarrollo intelectual de un médico no se alcanza cuando éste conoce los mejores de los más recientes métodos y está versado en ellos, y de los efectos sabe extraer sobre las causas esas conclusiones fulminantes por las que son celebrados los diagnosticadores: debe además tener una elocuencia que se amolde a cada individuo y le toque en lo más hondo, una virilidad cuyo solo aspecto disipe el desaliento (la carcoma de todos los enfermos), una ductilidad de diplomático²⁵ en la mediación entre quienes necesitan alegría para su curación y los que por razones de salud deben (y pueden) alegrar, la sutileza de un agente de policía y de un abogado para comprender los secretos del alma sin revelarlos; en una palabra: un buen médico ha menester hoy en día los artificios y privilegios de todas las demás clases profesionales; así equipado, está en condiciones de convertirse en un benefactor de toda la sociedad mediante el incremento de las buenas obras, del gozo y la fecundidad intelectuales, mediante la prevención de los malos pensamientos, propósitos, picardías (cuya repulsiva fuente es tan a menudo el bajo vientre), mediante la instauración de una aristocracia físico-espiritual (como promotor y desbaratador de casamientos), mediante la benevolente amputación de todos los llamados tormentos del alma y remordimientos de conciencia: sólo así se convierte de un «hombre de medicina» en un salvador, y sin tener que obrar ningún milagro ni necesidad de dejarse crucificar.

Al borde de la locura. La suma de los sentimientos, conocimientos, experiencias, es decir, toda la carga de la cultura, se ha hecho tan grande, que existe el peligro generalizado de una sobreexcitación de las fuerzas nerviosas y mentales, más aún, que las clases cultas de los países europeos son absolutamente neuróticas y que todas sus grandes familias tienen a uno de sus miembros al borde de la demencia. Ahora bien, hoy en día se busca ciertamente la salud por todos los medios; pero se impone principalmente una atenuación de esa tensión del sentimiento, de esa agobiadora carga cultural, que, aun a costa de graves pérdidas, nos permita, sin embargo, abrigar la gran esperanza de un *nuevo Renacimiento*. Al cristianismo, a los filósofos, a los poetas, a los músicos, se les debe una sobreabundancia de sentimientos profundamente agitados²⁶: para no ser sofocados por éstos, debemos conjurar el espíritu de la ciencia, el cual hace en conjunto algo más frío y escéptico, y, sobre todo, enfría el ardoroso torrente de la creencia en verdades últimas y definitivas; ha sido el cristianismo el que primordialmente lo ha hecho tan turbulento.

²⁵ de diplomático] En *Md*: «de alcahuete».

²⁶ sobreabundancia] Variante en *Md*: «multitud de sentimientos sublimados».

245

Fundición de la cultura. La cultura nació como una campana: dentro de un molde de material más tosco, más vulgar: falsía, violencia, expansión ilimitada de todos los vicios singulares, de todas las naciones singulares, fueron este molde. ¿Ha llegado el momento de prescindir de él? ¿Se ha solidificado la colada? ¿Los impulsos buenos, útiles, los hábitos del ánimo más noble, se han hecho tan seguros y generales, que no son ya menester ningún apoyo en la metafísica y en los errores de las religiones, ni rudezas y violencias como los más poderosos medios de trabazón entre hombres y entre pueblos? Para responder a esta pregunta ya no nos asiste ninguna indicación de un dios: nuestra propia perspicacia debe decidir. El hombre mismo debe asumir el gobierno del hombre sobre la tierra a gran escala, es decir, es su «omniscencia» la que debe velar con ojo avizor por el destino ulterior de la cultura.

246

Los cíclopes de la cultura. A quien ve esas arrugadas hondonadas en que se han depositado glaciares, apenas le parece posible que llegue un tiempo en que en el mismo lugar se extienda un valle de praderas y hosques surcado por arroyos. Lo mismo ocurre en la historia de la humanidad: las fuerzas más salvajes abren camino, primero destruyendo, pero su actividad era pese a ello necesaria para que más tarde levantase aquí su casa una civilización más apacible. Las energías pavorosas —lo que se llama el mal— son los ciclópeos arquitectos e ingenieros de caminos de la humanidad.

247

Ciclo de la humanidad. Quizá no sea toda la humanidad más que una fase evolutiva de una determinada especie animal de duración limitada, de modo que el hombre procede del mono y volverá a convertirse en mono, mientras que no hay nadie que se tome ningún interés en este sorprendente desenlace de comedia. Así como con la decadencia de la cultura romana y su causa más importante, la propagación del cristianismo, prevaleció dentro del Imperio Romano un afeamiento general del hombre, así también podría la venidera decadencia de la cultura terrestre general acarrear un afeamiento mucho más acusado y finalmente un embrutecimiento del hombre hasta lo simiesco. Precisamente porque podemos encarar esta perspectiva, estamos quizá en condiciones de prevenir semejante final futuro.

248

Consolación de un progreso desesperado. Nuestro tiempo da la impresión de una situación interina; danse todavía parcialmente las antiguas concepciones del mundo, las antiguas culturas; las nuevas no son todavía seguras ni habituales, y carecen por tanto de cohesión y consecuencia. Parece como si todo se hiciera caótico, lo antiguo se perdiera, lo nuevo no valiera para nada y se fuese debili-

tando. Pero lo mismo le pasa al soldado que aprende a marchar; durante algún tiempo está más inseguro y torpe que nunca, pues los músculos son movidos tan pronto según el antiguo sistema como según el nuevo, y ninguno de los dos afirma todavía resueltamente la victoria. Vacilamos, pero es necesario que no nos angustiemos por ello y menos que renunciemos a lo recién logrado. Además, no *podemos* volver a lo antiguo, *hemos* quemado las naves; sólo resta ser valientes, resulte lo que resulte. *¡Avancemos* sin más, hasta con que nos movamos de sitio! Tal vez parezca un día nuestra conducta un *progreso*; pero si no, también pueden decírsenos y ciertamente consolarnos las palabras de Federico el Grande: «Ah, mon cher Sulzer, vous ne connaissez pas assez cette race maudite, à laquelle nous appartenons»²⁷.

249

Sufrir por el pasado de la cultura. Quien se ha aclarado respecto al problema de la cultura padece de un sentimiento análogo al de quien ha heredado una riqueza adquirida por medios ilegales o al del príncipe que gobierna en virtud de un acto de violencia de sus antepasados. Piensa con tristeza en su origen y tan pronto está avergonzado como irritable. Toda la suma de energía, voluntad de vivir y alegría que aplica a su posesión se compensa a menudo con su profundo cansancio: no puede olvidar su origen. Contempla el futuro melancólicamente, sabe de antemano que sus descendientes sufrirán como él por el pasado.

250

Maneras. Las buenas maneras van desapareciendo a medida que remite la influencia de la corte y de una aristocracia cerrada; esta merma de década en década puede observarse claramente si se echa una mirada a los actos públicos, los cuales van a ojos vista haciéndose cada vez más plebeyos. Nadie sabe ya homenajear y lisonjear de modo ingenioso; de donde resulta el hecho ridículo de que en casos en que en la actualidad *deben* rendirse homenajes (por ejemplo, a un gran estadista o artista), se toma prestado, por embarazo y falta de ingenio y gracia, el lenguaje del más profundo sentimiento, de la sinceridad franca y honesta. El solemne encuentro público de los hombres parece así cada vez más torpe, pero más sentido y sincero sin serlo. ¿Es que ha de irse en lo sucesivo de mal en peor en cuanto a las maneras? Paréceme a mí más bien que las maneras están describiendo una pronunciada curva y que nos estamos aproximando a su punto más bajo. Una vez la sociedad esté más segura de sus objetivos y principios de modo que éstos operen plasmando una forma (mientras que hoy en día las maneras aprendidas de pasados estadios de la plasmación de formas son transmitidas y aprendidas cada vez más débilmente), habrá maneras de trato, gestos y expresiones de tratamiento que aparecerán tan necesarios y sencilla-

²⁷ «Ah, mi querido Sulzer, vos no conocéis lo bastante esta raza maldita a la que pertenecemos». Cf. Kant, *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht* (1798), Ak. Ausg., vol. VII, pág. 332, nota. Federico II, el Grande (1712-1786): rey de Prusia (1740-1786).

mente naturales como estos objetivos y principios. La mejor distribución del tiempo y del trabajo, el ejercicio gimnástico convertido en acompañante de los hermosos ratos de ocio, la reflexión incrementada y más estricta que hasta al cuerpo le da habilidad y flexibilidad, comportan todo esto. Ahora bien, podría por supuesto meditarse con cierta ironía sobre si nuestros eruditos, que sin embargo quieren ser precursores de esa nueva cultura, se distinguen, pues, de hecho por mejores maneras. Indudablemente no es este el caso, por mejor disposición que tenga su espíritu: su carne es débil²⁸. El pasado tiene todavía demasiado poder sobre sus músculos, no están todavía en una situación de libertad y son a medias eclesiásticos mundanos, a medias educadores dependientes de personas y estamentos nobles, y además están encogidos y modificados por la pedantería de la ciencia, por métodos anticuados y triviales. Siguen por tanto siendo, en todo caso en su cuerpo y con frecuencia también en tres cuartas partes de su espíritu, los cortesanos de una cultura antigua, más aún, decrepita, y en cuanto tales ellos mismos decrepitos; el nuevo espíritu que a veces rebulle en estas viejas cáscaras sólo sirve por lo pronto para infundirles más inseguridad y angustia. En ellos andan sueltos tanto los fantasmas del pasado como los fantasmas del futuro: ¿qué tiene, pues, de extraño que no pongan el mejor semblante, que no adopten el continente más agradable?

251²⁹

Porvenir de la ciencia. La ciencia da muchas satisfacciones a quien en ella trabaja e investiga, muy pocas a! que *aprende* sus resultados. Pero como todas las verdades importantes de la ciencia deben ir paulatinamente haciéndose cotidianas y comunes, también estas pocas satisfacciones se acaban, del mismo modo que ha mucho que hemos dejado de disfrutar con la tan admirable tabla de multiplicar. Ahora bien, si la ciencia procura cada vez menos placer por sí y priva cada vez de más placer mediante la execración de la metafísica, la religión y el arte reconfortantes, esa fuente máxima de goce a la que el hombre debe casi toda su humanidad se empobrece. Por eso una cultura superior debe dotar al hombre de un doble cerebro, por así decir, de dos cavidades cerebrales, para sentir de un lado la ciencia, del otro lo que no es ciencia, una cosa junto a la otra, sin confusión, separables, impermeables; es esta una exigencia de la salud. En una esfera reside la fuente de la fuerza, en la otra el regulador: debe calentarse con ilusiones, unilateralidades, pasiones, y con la ayuda de la ciencia cognitiva deben prevenirse las consecuencias malignas y peligrosas de un recalentamiento. Si no se satisface esta exigencia de la cultura superior, puede predecirse casi con seguridad el curso ulterior de la evolución humana: el interés por lo verdadero cesa conforme menos placer procura; la ilusión, el error, el fantaseo, dado que están asociados con el placer, reconquistan paso a paso el terreno perdido: la consecuencia subsiguiente es la ruina de las ciencias, la recaída en la barbarie;

²⁸ Cf. *Mateo*, 26:41: «Velad y orad, para que no caigáis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil».

²⁹ Cf. 21 [53].

de nuevo debe la humanidad volver a empezar a tejer su tela, tras haberla deshecho, como Penélope³⁰, de noche. Pero ¿quién nos garantiza que siempre vueiva a hallar fuerzas para ello?³¹

252

El placer de conocer. ¿Por qué está el conocimiento, el elemento del investigador y filósofo, ligado al placer? En primer lugar y ante todo, porque en él deviene uno consciente de su fuerza, por la misma razón en consecuencia por la que los ejercicios gimnásticos son placenteros aun sin espectadores. En segundo lugar, porque en el curso del conocimiento se va más allá de viejas nociones y sus representantes, sobre los que se obtiene, o al menos se cree obtener, una victoria. En tercer lugar, porque mediante un nuevo conocimiento, por pequeño que sea, nos sentimos elevados por encima de *todos* y como los únicos que saben lo cierto al respecto. Estos tres motivos de placer son los más importantes, pero, según la naturaleza del que conoce, hay muchas otras razones secundarias. Una lista considerable de éstas da, en un lugar donde no se buscaría, mi escrito parenético³² sobre Schopenhauer, cuyos planteamientos pueden satisfacer a cualquier servidor experimentado del conocimiento, aunque es posible que deseara horror al matiz irónico que en esas páginas parece contenerse. Pues si es cierto que para el nacimiento del erudito «deben amalgamarse multitud de impulsos y pequeños impulsos muy humanos»³³, que el erudito es ciertamente un metal muy noble, pero no puro y «se compone de un intrincado entramado de móviles y estímulos muy diversos»³⁴, lo mismo vale para el nacimiento y el ser del artista, del filósofo, del genio moral y cualesquiera sean los grandes nombres glorificados en ese escrito. Por lo que a su *nacimiento* se refiere, *todo* lo humano merece la consideración irónica: por eso es tan *superflua* la ironía en el mundo³⁵.

253

Fidelidad como prueba de solidez. Es un síntoma perfecto de la bondad de una teoría que su promotor no haya desconfiado de ella durante *cuarenta* años;

³⁰ Esposa de Ulises y madre de Telémaco, de la que la *Odisea* de Homero hizo un modelo de fidelidad conyugal. Durante los veinte años de ausencia del héroe, ella rechaza el apremiante acoso de los pretendientes instalados en el palacio y que dilapidan los bienes de rey de Itaca. Les promete elegir a uno entre ellos cuando termine de tejer la mortaja de su suegro Laertes, pero de noche deshace lo tejido de día.

³¹ En *Má* se añade: «En el *Tristram Sterne* dice una vez algo sobre todo este asunto». Cf. 21 [42]. Laurence Sterne (1713-1768): novelista inglés, autor de *Vida y opiniones de Tristram Shandy* (1760-1767).

³² mi escrito parenético} Se refiere a la tercera de sus *Consideraciones intempestivas: Schopenhauer como educador*. Variante en Pr: «Frederich Nietzsche en su parénesis» (en principio, HDH iba a aparecer bajo pseudónimo).

³³ Cf. Nietzsche, *Consideraciones intempestivas: III. Schopenhauer como educador*, en *Obras completas*, ed. cast., cit., pág. 753.

³⁴ Cf. *ibid.*, pág. 749.

³⁵ En el manuscrito de la primera mitad de 1877, se añade: «Los métodos del conocimiento se adquieren en la polémica». Cf. HDH 634.

yo afirmo por el contrario que todavía no ha habido ningún filósofo que no haya terminado por considerar con menosprecio —o al menos con recelo— la filosofía que inventó en su juventud. Pero quizá no haya hablado en público de este cambio de parecer por ambición, o bien —como es más probable si se trata de naturalezas nobles— por delicada deferencia hacia sus adeptos.

254

Aumento de lo interesante. En el curso de la formación superior, todo se convierte en interesante para el hombre, sabe éste hallar rápidamente el aspecto instructivo de una cosa e indicar el punto en que ella puede rellenar una laguna de su pensamiento o activar una idea. Va con ello desapareciendo progresivamente el aburrimiento, así como también la excesiva excitabilidad del ánimo. Acaba por circular entre los hombres como un naturalista entre las plantas y percibirse a sí mismo como un fenómeno que sólo estimula intensamente su impulso cognitivo.

255

*Superstición sobre lo simultáneo*³⁶. Se opina que lo simultáneo está conectado. Un pariente muere en la distancia al mismo tiempo en que nosotros soñamos con él, ¡por tanto...! Pero innumerables parientes mueren sin que nosotros soñemos con ellos. Es lo mismo que sucede con los naufragos que hacen votos: luego no se ven en el templo los exvotos de los que perecieron. Un hombre muere, chilla una lechuza, se para un reloj, todo a una misma hora de la noche: ¿no habrá conexión en ello? Una intimidad con la naturaleza tal como la que este barrunto supone halaga al hombre. Este género de superstición se encuentra de forma refinada en historiadores y reseñadores de culturas, que suelen tener una especie de hidrofobia a toda coincidencia sin sentido, en la que tan rica es sin embargo la vida de los individuos y de los pueblos.

256

El poder; no el saber; ejercitado por la ciencia. El valor de haberse dedicado rigurosamente durante un tiempo a una *ciencia rigurosa* no estriba precisamente en sus resultados: pues éstos, en comparación con el mar de lo digno de saberse, serán una minúscula gotita. Pero produce un aumento de energía, de capacidad deductiva, de tenacidad de la perseverancia; se ha aprendido a lograr *conforme a fin* un *fin*. En tal medida es muy estimable, con respecto a todo en lo que posteriormente se empeña uno, haber sido alguna vez un científico³⁷.

³⁶ Cf. el ensayo de Schopenhauer: «Sobre el aparente designio en el destino del individuo».

³⁷ En *Mad* se añade: «Esto debe exigirse de todos los hombres, y entonces aumentará la consecuencia en el Estado y en las costumbres».

257³⁸

Encanto juvenil de la ciencia. La indagación de la verdad tiene todavía hoy por hoy el encanto de por todas partes contrastar fuertemente con el error devenido gris y tedioso; este encanto va perdiéndose progresivamente; ciertamente ahora todavía vivimos en la juventud de la ciencia y solemos perseguir la verdad como a una hermosa joven; pero ¿qué pasará cuando un día se haya convertido en una vieja gruñona? En casi todas las ciencias la concepción fundamental o bien ha sido hallada en época recentísima o está todavía siendo buscada; cuán distintamente estimula esto de cuando lo esencial ha sido hallado y al investigador no le queda ya más que una mísera rebusca otoñal (sentimiento que puede llegar a experimentarse en algunas disciplinas históricas³⁹).

258

La estatua de la humanidad. El genio de la cultura se comporta como Cellini⁴⁰ cuando hizo la fundición de su estatua de Perseo: la masa fluida amenazaba no bastar, pero *tenía* que hacerlo: así que echó dentro fuentes y platos y cuanto tenía a mano. E igualmente echa dentro ese genio errores, vicios, esperanzas, quimeras y otras cosas de metal más vil o más noble, pues la estatua de la humanidad debe lograrse y rematarse; ¿qué importa que aquí y allá se haya empleado material inferior?

259

Una cultura de hombres. La cultura griega del período clásico es una cultura de hombres. Por lo que a las mujeres respecta, todo lo dice Pericles⁴¹ en el discurso fúnebre con las palabras: tanto mejores son cuanto entre los hombres se habla de ellas lo menos posible⁴². La relación erótica de los hombres con los adolescentes fue, en un grado inaccesible a nuestra comprensión, el presupuesto necesario, único, de toda educación viril (más o menos tal como entre nosotros durante mucho tiempo toda la educación superior de las mujeres sólo la reportaban los amoríos y el matrimonio); todo el idealismo de la fuerza de la naturaleza griega se vertió en esa relación y probablemente jamás han vuelto nunca los jóvenes a ser tratados tan atenta, tan amorosamente, tan absolutamente tomando en consideración su sumo bien (*virtus*), como en los siglos VI y V, esto es, conforme a la bella máxima de Hölderlin: «pues amando da el mortal lo mejor de sí»⁴³. Cuanto

³⁸ Cf. 21 [44].

³⁹ históricas] Variante en *Md.*: «de la filología».

⁴⁰ Benvenuto Cellini (1500-1571): escultor y orfebre italiano.

⁴¹ Pericles (ca. 495-429 a.C.): político ateniense.

⁴² Cf. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeoso*, II, 45 (ed. cast., cit., pág. 149): «adquiriréis gran reputación si no os mostráis más débiles que los imperativos de vuestra naturaleza, y grande será la de aquella de cuyas acciones buenas o malas se hable menos entre los hombres».

⁴³ Cf. *La muerte de Empédocles*, 1.ª versión, acto II, escena 4, vv. 1569-70; Nietzsche lo cita según Fr. Hölderlin, *Kurze Biographie und Proben aus seinen Werken*, Leipzig, 1859 («Moderne Klassiker», vol. 65), pág. 85, BN. Friedrich Hölderlin (1770-1843): poeta alemán.

más elevadamente se tomaba esta relación, tanto más se rebajaba el trato con la mujer: el punto de vista de la procreación y de la voluptuosidad, nada más entra-
ba aquí en consideración; no había ningún trato espiritual, ni siquiera amoríos
propriamente dichos. Si se tiene además en cuenta que estaban excluidas incluso
de toda clase de competición y de espectáculo, como único entretenimiento
superior de las mujeres sólo quedan los cultos religiosos. Ahora bien, si en efecto
en la tragedia se exhibía a Electra y a Antígona, es que esto se *toleraba* precisa-
mente en el arte, aunque no se lo deseaba en la vida: tal como ahora no se
soporta nada patético en la *vida*, pero se ve con gusto en el arte. Más aún, las
mujeres no tenían otra tarea que engendrar cuerpos bellos, fuertes, en los que
perviviera lo más ininterrumpidamente posible el carácter del padre, y contra-
rrestar con ello la excesivamente creciente-sobreexcitación nerviosa de una cul-
tura tan altamente desarrollada. Esto es lo que mantuvo a la cultura griega en una
juventud relativamente tan larga; pues en las madres griegas el genio griego se
reencaminaba siempre de nuevo a la naturaleza.

260

El prejuicio en favor de la grandeza. Los hombres sobreestiman evidente-
mente todo lo grande y eminente. Esto deriva de la comprensión, consciente o
inconsciente, de que hallan muy útil que uno proyecte toda la fuerza en un solo
dominio y que haga de sí, por así decir, un solo órgano monstruoso. Seguramente al hombre mismo le es más útil y venturoso un desarrollo *propor-*
cionado de sus fuerzas; pues todo talento es un vampiro que chupa la sangre y
la savia de las demás fuerzas, y una producción exagerada puede llevar casi a la
locura al hombre mejor dotado. También en el seno de las artes llaman demasia-
do la atención las naturalezas extremas; pero es también necesaria una cultura
mucho menor para dejarse encadenar por ellas. Los hombres se someten de
ordinario a todo lo que quiere tener poder.

261

Los tiranos del espíritu. Sólo allí donde cae el rayo del mito resplandece la
vida de los griegos; en el resto es lóbrega. Ahora bien, los filósofos griegos se
privan precisamente de este mito: ¿no es como si quisieran pasar del sol a la
sombra, a la lóbreguez? Pero ninguna planta evita la luz; en el fondo esos filóso-
fos sólo buscaban un sol *más radiante*, el mito no les era lo bastante puro, lo
bastante luminoso. Esta luz la encontraban en su conocimiento, en lo que cada
uno de ellos llamaba su «verdad». Pero entonces el conocimiento tenía todavía un
esplendor mayor; era todavía joven, aún sabía poco de todas las dificultades y
peligros de su senda; entonces podía aún esperar llegar de un solo salto al centro
de todo el ser y a partir de ahí resolver el enigma del mundo. Esos filósofos tení-
an una sólida fe en sí y en su «verdad», y con ella aplastaban a todos sus vecinos
y antecesores. Cada uno de ellos era un *tirano* helicoso y violento. Tal vez nunca
haya sido tan grande en el mundo la felicidad de la fe en la posesión de la ver-
dad, tampoco nunca la dureza, la prepotencia, lo tiránico y perverso de una tal
fe. Eran tiranos, es decir, lo que cada griego quería ser, lo que cada uno era cuan-

do *podía* serlo. Solón⁴⁴ constituye quizá la única excepción; en sus poemas dice cómo él ha desdenado la tiranía personal. Pero lo hizo por amor a su obra, a su legislación; y ser legislador es una forma sublimada de tiranía. También Parménides⁴⁵ dictó leyes, acaso también Pitágoras⁴⁶ y Empédocles⁴⁷; Anaximandro⁴⁸ fundó una ciudad. Platón era el deseo hecho carne de llegar a ser el supremo legislador y fundador de Estados filosófico; parece haber sufrido atrocemente por la falta de consumación de su ser; y su alma se llenó hacia su final de la más negra bilis. Cuanto más poder perdía la filosofía griega, tanto más sufría de esta biliosidad y mordacidad; cuando por primera vez las distintas sectas defendieron sus verdades en las calles, las almas de todos estos pretendientes de la verdad estaban completamente encenagadas de celos y saña, el elemento tiránico asolaba ahora sus cuerpos como veneno. Estos numerosos tiranuelos hubieran querido devorarse crudos; no quedaba ya en ellos ni una pizca de amor y sí demasiado poco regocijo en su propio conocimiento. La tesis de que la mayoría de los tiranos son asesinados y de que su descendencia vive poco rige en general también para los tiranos del espíritu. Su historia es breve, violenta, su influencia se interrumpe bruscamente. De casi todos los grandes helenos puede decirse que parecen haber llegado demasiado tarde, así de Esquilo, de Píndaro⁴⁹, de Demóstenes, de Tucídides; una generación después de ellos todo había acabado por completo para siempre. Esto es lo tormentoso e inquietante de la historia griega. Ahora se admira ciertamente el Evangelio de la tortuga. Pensar históricamente significa ahora casi tanto como si en todas las épocas se hubiese hecho historia según la máxima: «¡lo menos posible en el mayor tiempo posible!» ¡Ah, la historia griega discurre tan velozmente! Nunca se ha vivido tan pródiga, tan desmesuradamente. No puedo convencerme de que la historia de los griegos siguiese ese curso *natural* que tanto se celebra en ella. Estaban demasiado polifacéticamente dotados para ser *graduales* de esa manera paso a paso en que la tortuga compite con Aquiles⁵⁰; y a eso es a lo que se llama evolución natural. Entre los griegos se avanza rápidamente, pero también se va cuesta abajo con la misma rapidez; el movimiento de toda la máquina es tan acelerado, que una sola piedra arrojada entre sus ruedas la hace saltar en pedazos. Sócrates, por ejemplo, fue una de esas piedras; en una noche quedó destruida la evolución hasta enton-

⁴⁴ Solón (638-558 a. C.): legislador ateniense, uno de los Siete Sabios, (vid. OSV 219, n. 150).

⁴⁵ Parménides (ca. 544-ca. 450 a. C.): filósofo griego de la escuela eleática. Cf. Diógenes Laercio (ss. II-III d. C.) *Vidas de filósofos*, IX, 23 (ed. cast., trad. José Ortiz y Sainz, Iberia 1986, 2 vols., vol. II, pág. 153); Estrabón de Amasis (54 a. C.-24 d. C.): *Geografía*, VI, 1, 252.

⁴⁶ Pitágoras (s. VI a. C.): filósofo y matemático griego, de vida y obra mal conocidas. Cf. Diodoro de Sicilia (s. I a. C.): *Historia*, XII, 9, 2 ss.; Jámblico de Calcis (s. IV d. C.): *Vida de Pitágoras*, 248 ss.; Polibio de Megalópolis (s. II a. C.): *Historia universal*, II, 39, 1 ss.

⁴⁷ Cf. Diógenes Laercio, loc. cit., VIII, 6466 (ed. cast. cit., vol. II, pág. 134).

⁴⁸ Anaximandro (610-después de 546 a.C.): filósofo y sabio griego de la escuela jónica. Cf. Claudio Eliano (ss. II-III d. C.), *Historias varias*, III, 17. Nietzsche trata de los presocráticos en *La filosofía en la época trágica de los griegos* (1873).

⁴⁹ Píndaro (518-ca. 438 a. C.): poeta lírico griego.

⁵⁰ El filósofo griego, discípulo de Parménides, Zenón de Elea (s. V a. C.) expone en su *Aquiles* la paradoja de la carrera del héroe homérico con una tortuga, citada por Aristóteles en la *Física*, 239b 15-18 (ed. cast., cit., págs. 660 s.).

ces tan asombrosamente regular, pero por supuesto demasiado apresurada, de la ciencia filosófica⁵¹. No es una pregunta ociosa la de si Platón, liberado del hechizo socrático, no habría encontrado un tipo más elevado aún de hombre filosófico, para nosotros perdido para siempre. Vemos los tiempos anteriores a él como el taller de un escultor de tales tipos. Los siglos vi y v parecen, no obstante, prometer algo más y más elevado de lo que produjeron; pero se quedaron en la promesa y el anuncio. Y, sin embargo, apenas hay una pérdida más grave que la pérdida de un tipo, la de una nueva y suprema *posibilidad de vida filosófica* hasta entonces ignota. Incluso la mayoría de los tipos antiguos han sido precariamente transmitidos; todos los filósofos desde Tales⁵² hasta Demócrito me parecen extraordinariamente difíciles de reconocer; pero quien logra recrear estas figuras camina entre imágenes de poderosísimo y purísimo tipo. Por supuesto, esta capacidad es rara, de ella carecieron incluso los griegos posteriores que se ocuparon del conocimiento de la filosofía más antigua; Aristóteles, sobre todo, parece no tener ojos en la cara en presencia de los citados⁵³. Y parece por tanto como si esos magníficos filósofos hubieran vivido en vano o como si sólo hubieran debido preparar el terreno a las cuadrillas pendencieras y locuaces de las escuelas socráticas. Hay aquí, como he dicho, una laguna, una brecha en la evolución; alguna gran catástrofe debió de suceder y la única estatua en que se le habría reconocido sentido y fin a ese gran ejercicio escultórico preliminar se rompió o se malogró: lo que realmente sucedió ha quedado para siempre un secreto de taller. Lo que ocurrió entre los griegos —que todo gran pensador, en la creencia de ser poseedor de la verdad absoluta, se convirtió en un tirano, de modo que la historia del espíritu entre los griegos cobró también ese carácter violento, precipitado y peligroso que muestra su historia política—, esta clase de acontecimientos, no se agotó con ellos: hasta en los tiempos más recientes se han producido muchos fenómenos similares, aunque cada vez más raramente y ahora difícilmente ya con la conciencia pura e ingenua de los filósofos griegos. Pues en todo hablan hoy en día demasiado imperiosamente, demasiado alto, la doctrina contraria y el escepticismo. El período de los tiranos del espíritu ha pasado. En las esferas de la cultura superior siempre deberá por supuesto haber una autoridad, pero esta autoridad está de ahora en adelante en manos de los *oligarcas del espíritu*. A pesar de toda la separación espacial y política, éstos constituyen una sociedad homogénea cuyos miembros se *conocen y reconocen*, sean cuales sean las apreciaciones favorables o desfavorables que puedan poner en circulación la opinión pública y los juicios de los escritores de diarios y revistas influyentes sobre la masa. La superioridad espiritual, que antes separaba y enemistaba, ahora suele *unir*: ¿cómo podrían los individuos afirmarse a sí mismos y navegar en la vida con rumbo propio, contra todas las corrientes, si aquí y

⁵¹ en una noche] Variante en *Md*: «de la noche a la mañana enfermaron entonces mortalmente los griegos [filosofantes]». Cf. *El nacimiento de la tragedia*, sec. 13-15, ed. cast., cit., págs. 115-30.

⁵² Tales de Mileto (ss. VII-VI a. C.): matemático, físico, astrónomo, geógrafo y, según Aristóteles, el primero de los filósofos griegos. Se contaba entre los Siete Sabios (vid. OSV 219, n. 150).

⁵³ *Md* añadía: «de modo casi enigmático, le falta el sentido para las naturalezas grandes y polifónicas».

allá no vieran a sus iguales vivir bajo las mismas condiciones y les cogieran de la mano en la lucha tanto contra el carácter odocrático del pseudoespíritu y de la pseudocultura como contra las ocasionales tentativas de establecer una tiranía con la ayuda de la acción de las masas? Los oligarcas se necesitan unos a otros, se dan recíprocamente sus mejores alegrías, entienden sus divisas; pero, a pesar de todo, cada uno de ellos es libre, lucha y triunfa en *su* puesto, y prefiere sucumbir a someterse.

262

Homero. El hecho capital de la cultura griega sigue sin embargo siendo que Homero se convirtiese tan pronto en panhelénico. Toda la libertad espiritual y humana que los griegos alcanzaron se remonta a este hecho. Pero esta fue al mismo tiempo la fatalidad propiamente dicha de la cultura griega, pues Homero, al centralizar, superficializó y disoció los más serios instintos de independencia. De cuando en cuando se elevaba de lo más profundo de lo helénico la protesta contra Homero; pero él siempre salía victorioso. Todas las grandes potencias espirituales ejercen, junto a su efecto liberador, también un efecto opresor; pero, por supuesto, constituye una diferencia que sea Homero, la Biblia o la ciencia lo que tiranice a los hombres.

263

Dotación. En una humanidad tan altamente desarrollada como la actual todo el mundo tiene por naturaleza acceso a muchos talentos. Cada cual tiene *talento innato*, pero sólo unos pocos poseen innatamente y por educación el grado de tenacidad, perseverancia y energía para que aquél se convierta efectivamente en un talento, es decir, para que *llegue a ser lo que es*⁵⁴, o sea: para descargarlo en obras y acciones.

264

*El ingenioso*⁵⁵, *sobrestimado o subestimado.* Las personas no científicas pero dotadas estiman todo indicio de ingenio⁵⁶, esté éste sobre la pista verdadera o falsa; quieren ante todo que quien trate con ellas les entretenga bien con su ingenio, les espolee, les inflame, les arrastre a la seriedad y a la broma y en todo caso les proteja como poderosísimo amuleto contra el aburrimiento. Las naturalezas científicas saben en cambio que el don de tener ocurrencias de todas las clases debe ser refrenado del modo más riguroso por el espíritu de la ciencia; no lo brillante, aparente, excitante, sino la verdad con frecuencia inaparente es el fruto que éste desea arrancar del árbol de la ciencia. Cabe que, como Aristóteles, no

⁵⁴ Una de las citas de Píndaro (*Píftcas*, II, 72) favoritas de Nietzsche. Cf. el subtítulo de *Ecce Homo*: «Cómo se llega a ser lo que se es» (ed. cast., cit., págs. 3 y 5).

⁵⁵ *Geistreiche*. Vid. infra Parte IX, nota 29.

⁵⁶ *Geist*, normalmente traducido por «espíritu». Vid. infra Parte IX, nota 29.

haga distinción entre «aburrido» e «ingenioso»; su daimon le conduce tanto a través del desierto como a través de la vegetación tropical, a fin de que en todas partes sólo goce de lo efectivamente real, inalterable, auténtico. Resulta de ello, entre eruditos irrelevantes, un menosprecio y un recelo hacia el ingenioso en general, y, a la inversa, a menudo las personas ingeniosas tienen a su vez aversión a la ciencia: como, por ejemplo, casi todos los artistas.

265⁵⁷

La razón en la escuela. No tiene la escuela tarea más importante que enseñar a pensar rigurosamente, a juzgar prudentemente, a deducir consecuentemente: por eso debe prescindir de todas las cosas que no sean a propósito para estas operaciones, de la religión por ejemplo. Puede sin duda contar con que la confusión, el hábito y la necesidad humanos volverán después a aflojar el arco del pensamiento demasiado tensado. Pero mientras su influencia dure, debe obtener a todo trance lo esencial y distintivo del hombre: «razón y ciencia, la fuerza suprema del hombre», al menos a juicio de Goethe⁵⁸. El gran naturalista von Baer halla la superioridad de todos los europeos en comparación con los asiáticos en la capacidad, inculcada en la escuela, de poder indicar razones para lo que creen, de lo cual son en cambio los últimos completamente incapaces. Europa ha ido a la escuela del pensamiento consecuente y crítico, Asia sigue sin saber distinguir todavía entre verdad y poesía ni tiene consciencia de si sus convicciones proceden de propia observación y pensamiento reglado o de fantasías. La razón en la escuela ha hecho Europa de Europa: en la Edad Media estuvo a punto de convertirse de nuevo en una porción y apéndice de Asia, es decir, de perder el sentido científico que debía a los griegos.

266

Efecto subestimado de la enseñanza media. Rara vez se busca el valor del *Gymnasium* en las cosas efectivamente allí aprendidas y que nunca se olvidarán, sino en las que se enseña pero que el estudiante no asimila sino con desgana para sacudírselas de encima tan rápidamente como puede. La lectura de los clásicos —en lo cual convienen todas las personas cultas— es, tal como en todas partes se practica, un procedimiento monstruoso: ante jóvenes que en ningún respecto están maduros para ello, por maestros que con cada palabra, a menudo ya con su apariencia, infectan de mildiu a un buen autor. Pero ahí reside el valor habitualmente desconocido, en que estos maestros hablan el *lenguaje abstracto de la cultura superior*, pesado y difícil de comprender como es, pero una gimnasia superior de la cabeza; en que en su lenguaje aparecen constantemente conceptos, términos técnicos, métodos, alusiones, que los jóvenes casi nunca oyen en la conversación de sus familiares ni en la calle. Sólo con *otí*; el intelecto de los estu-

⁵⁷ Cf. 22 [46]

⁵⁸ Palabras de Mefistófeles en *Fausto I*, escena III («Habitación de estudio»), vv. 1851 s. (ed. cast., cit., vol. III, pág. 1322).

diantes se preforma para un modo científico de consideración. No es posible salir de esta disciplina habiendo escapado por completo al contacto de la abstracción, como puro hijo de la naturaleza.

267⁵⁹

Aprender muchas lenguas. Aprender muchas lenguas llena con palabras, en vez de con hechos y pensamientos, la memoria, aunque ésta es un recipiente que en cada hombre sólo tiene cabida para un volumen precisamente limitado de contenido. Además, el aprendizaje de muchas lenguas es perjudicial por cuanto suscita la creencia en la posesión de destrezas y, en efecto, confiere también un cierto ascendiente seductor en el trato; luego también perjudica indirectamente por el hecho de que estorba la adquisición de conocimientos fundados y el propósito de merecer de modo honesto el respeto de los hombres. Por último, es el hacha con que se atenta contra la raíz del sentimiento lingüístico más sutil dentro de la lengua materna: éste resulta con ello irreparablemente dañado y echado a perder. Los dos pueblos que produjeron los máximos estilistas, los griegos y los franceses, no aprendieron ninguna lengua extranjera. Pero, dado que el trato entre los hombres por fuerza deviene cada vez más cosmopolita y, por ejemplo, un comerciante londinense como es debido tiene que hacerse entender ya hoy en día, por escrito y oralmente, en ocho idiomas, el aprendizaje de muchas lenguas es por cierto un *mal* necesario pero que cuando por último llegue al extremo obligará a la humanidad a buscar remedio; y en un futuro tan lejano como se quiera habrá para todos una lengua nueva, primero como idioma comercial, luego como idioma de trato espiritual en general, tan cierto como que un día habrá navegación aérea. ¿Para qué si no habría la lingüística estudiado durante un siglo las leyes del lenguaje y evaluado en cada una de las lenguas lo necesario, valioso, logrado?

268

De la historia bélica del individuo. En la vida humana de un individuo que pase por varias culturas encontramos comprimida la lucha que de ordinario tiene lugar entre dos generaciones, entre padre e hijo: la proximidad de parentesco *agudiza* esta lucha, dado que cada bando compromete sin miramientos el interior, que tan bien conoce, del otro bando; y así será esta lucha de lo más encarnizada en el individuo singular; aquí cada nueva fase pasa por encima de las precedentes con cruel injusticia y desconocimiento de sus medios y metas.

269⁶⁰

Un cuarto de hora antes. Se encuentra de vez en cuando a alguien que con sus pareceres está por encima de su tiempo, pero sólo en tanto que anticipa los

⁵⁹ Cf. 17 [49].

⁶⁰ Cf. 16 [29] y la nota de este fragmento sobre Karl Hillebrandt.

pareceres vulgares de la siguiente década. Tiene la opinión pública antes de que sea pública, es decir: se ha echado un cuarto de hora antes que los demás en brazos de un parecer que merece llegar a ser trivial. Pero su fama suele ser mucho más ruidosa que la fama de los realmente grandes y superiores.

270

El arte de leer. Toda tendencia fuerte es unilateral; se aproxima a la tendencia de la línea recta y es como ésta exclusiva, es decir, no toca a muchas otras tendencias, como hacen partidos y naturalezas débiles en su ondulante vaivén: debe por tanto perdonárseles también a los filósofos que sean unilaterales. La reconstrucción y depuración de los textos, junto con la explicación de los mismos, practicadas a lo largo de siglos por un gremio, han permitido finalmente encontrar ahora los métodos correctos; toda la Edad Media fue profundamente incapaz de una explicación estrictamente filológica, es decir, del simple querer entender lo que el autor dice: ¡algo era encontrar estos métodos, no se lo subestime! Toda ciencia sólo ha conseguido continuidad y estabilidad por haber llegado a su apogeo el arte de la correcta lectura, es decir, la filología.

271 ⁶¹

El arte de razonar. El mayor progreso que han hecho los hombres consiste en haber aprendido a *razonar correctamente*. Esto no es en absoluto algo tan natural como supone Schopenhauer cuando dice: «todos son capaces de razonar, pocos de juzgar» ⁶², sino que se ha aprendido tarde y todavía hoy en día no ha logrado prevalencia. En los tiempos antiguos el razonamiento falso es la regla; y las mitologías de todos los pueblos, su magia, sus supersticiones, su culto religioso, su derecho, son los inagotables yacimientos de pruebas de esta tesis.

272 ⁶³

Ciclos anuales de la cultura individual. La fuerza o debilidad de la productividad espiritual no depende tanto del talento heredado como de la cantidad de *fuerza expansiva* transmitida con ella. La mayoría de los jóvenes cultos de treinta años retroceden en este solsticio vernal de su vida y de entonces en adelante tienen pocas ganas de nuevos giros espirituales. De ahí que para la salvación de una cultura en crecimiento constante haga entonces de nuevo falta en seguida una nueva generación, la cual sin embargo no llega muy lejos: pues para *recuperar* la cultura del padre, el hijo debe casi apurar la energía heredada que el padre mismo poseía en aquella fase de la vida en que engendró al hijo; con el pequeño excedente llega más lejos (pues, dado que aquí el camino se recorre por segunda vez, se avanza un poco más rápido; para aprender lo mismo que sabía el padre,

⁶¹ Cf. 23 [37].

⁶² Cf. Schopenhauer, *Ebbil*, 114.

⁶³ *Fp*: 16 [28], 23 [145].

no consume el hijo tantísima energía). Hombres de gran fuerza expansiva como, por ejemplo, Goethe⁶⁴ llegan tan lejos como apenas pueden hacerlo cuatro generaciones consecutivas; pero por eso avanzan demasiado rápidamente, de modo que los demás hombres sólo los alcanzan en el siglo siguiente, quizá nunca del todo, por haberse debilitado, debido a las frecuentes interrupciones, la cohesión de la cultura, la consecuencia de la evolución. Las fases habituales de la cultura espiritual alcanzada en el curso de la historia son recapituladas por los hombres cada vez más rápidamente. Actualmente comienzan a entrar en la cultura como niños religiosamente movidos y llegan quizá en el décimo año de su vida a la máxima vivacidad de estos sentimientos, pasan luego a formas más debilitadas (panteísmo), mientras se aproximan a la ciencia; van mucho más allá de Dios, de la inmortalidad y cosas por el estilo, pero sucumben a los hechizos de una filosofía metafísica. También ésta acaba por hacerseles increíble; el arte parece en cambio brindar cada vez más, de modo que durante un tiempo la metafísica apenas queda y pervive todavía metamorfoseada en arte o como disposición que se transfigura artísticamente. Pero el sentido científico deviene cada vez más imperioso y conduce al hombre a la ciencia natural y a la historia, y sobre todo a los más estrictos métodos de conocimiento, mientras que al arte se le adjudica una significación cada vez más atenuada y modesta. Todo esto suele hoy en día suceder dentro de los primeros treinta años de un hombre. Es la recapitulación de una tarea en la que la humanidad se ha reventado trabajando quizá durante treinta mil años.

273

Retrasado, no rezagado. Quien actualmente todavía comienza su evolución a partir de sentimientos religiosos y luego continúa viviendo quizá durante largo tiempo en la metafísica⁶⁵ y el arte, se ha ciertamente retrasado un buen trecho e inicia su carrera con otros hombres modernos en condiciones desfavorables: pierde aparentemente terreno y espacio. Pero, por haberse detenido en esas regiones en que se desatan ardor y energía y constantemente fluye poder cual torrente volcánico de una fuente inagotable, sólo con que abandone a tiempo esos dominios tanto más rápidamente avanza entonces en seguida, sus pies adquieren alas, su pecho ha aprendido a respirar más tranquila, amplia, persistentemente. No ha retrocedido más que para tener espacio suficiente para saltar: puede así haber incluso algo de terrible, amenazador en este retroceso.

274⁶⁶

Una sección de nuestro yo como objeto artístico. Es un indicio de cultura superior fijar conscientemente y trazar un cuadro fiel de ciertas fases de la evolución por las que los hombres inferiores pasan casi sin pensar y luego borrarlas del encerado

⁶⁴ Goethe] Variante en *Cl*: «Lutero, Goethe, Wagner».

⁶⁵ metafísica] Variante en *Md*: «ciencia».

⁶⁶ *Fp*: 21 [68].

de su alma: pues este es el género de arte pictórico que sólo unos cuantos entienden. Para ello es necesario aislar artificialmente esas fases. Los estudios históricos desarrollan la capacidad para esta pintura, pues constantemente requieren de nosotros que, a propósito de un fragmento de historia, de un pueblo o de una vida humana, nos representamos un horizonte de pensamientos enteramente determinado, una determinada intensidad de sentimientos, la prevalencia de éstos, el retroceso de aquéllos. El sentido histórico⁶⁷ consiste en poder reconstruir rápidamente tales sistemas de pensamientos y de sentimientos a partir de motivos dados, como de algunas columnas y restos de muros que por azar han quedado en pie la impresión de un templo. Su primer resultado es que entendemos a nuestros semejantes como tales sistemas enteramente determinados y representantes de culturas diversas, es decir, como necesarios pero mudables. Y, a la inversa, que sabemos separar porciones de nuestra propia evolución y presentarlas autónomamente.

275

Cínicos y epicúreos. El cínico conoce la conexión entre los más numerosos e intensos dolores del hombre de cultura superior y la abundancia de necesidades; comprende por tanto que la gran cantidad de opiniones sobre lo bello, pertinente, decoroso, agradable, tenía que dar origen a fuentes de placer, pero también de disgusto, igualmente ricas. Conforme a este discernimiento, involuciona, renunciando a muchas de estas opiniones y sustrayéndose a ciertas exigencias de la cultura; adquiere con ello un sentimiento de libertad y de fortalecimiento; y poco a poco, cuando el hábito le hace más tolerable su modo de vida, tiene de hecho sentimientos de disgusto más raros y más débiles que las personas cultivadas, y se aproxima al animal doméstico; además, todo lo siente con el prurito del contraste y puede igualmente desproticar a su antojo; de modo que con ello vuelve a elevarse muy por encima del mundo de sensaciones del animal. El epicúreo tiene el mismo punto de vista que el cínico; entre ellos no hay habitualmente más que una diferencia de temperamento. Luego el epicúreo aprovecha su superior cultura para independizarse de las opiniones dominantes; se eleva por encima de éstas, mientras que el cínico sólo se queda en la negación. Dijérase que camina por sendas al abrigo del viento, bien protegidas, semioscuras, mientras que por encima de él las copas de los árboles braman al viento y le dan idea de lo violentamente agitado que está el mundo ahí afuera⁶⁸. El cínico en cambio deambula por ahí por así decir desnudo, en medio de la ventolera, y se endurece hasta la insensibilidad.

276

*Microcosmos y macrocosmos de la cultura*⁶⁹. Los mejores descubrimientos sobre la cultura los hace el hombre en sí mismo cuando se da cuenta de que en él

⁶⁷ El sentido histórico] Variante en *Md*: «La cultura histórica».

⁶⁸ Cf. este texto de aproximadamente la misma época: «Caminar por sendas de dulce penumbra al abrigo de los vientos, mientras que sobre nuestras cabezas, agitados por ráfagas violentas, los árboles braman a una luz más clara».

⁶⁹ Título en *Cl*: «Platón como fuerza cultural».

actúan dos potencias heterogéneas. Puesto que alguien viva tan enamorado del arte figurativo o de la música como arrebatado por el espíritu de la ciencia y considere imposible superar esta contradicción mediante la destrucción de una potencia y la emancipación de la otra, no le resta sino configurar a partir de sí un edificio tan grande de la cultura que esas dos potencias, aunque en distintas alas del mismo, puedan vivir en él, mientras que entre ellas se alojen conciliadoras potencias intermedias, con fuerza preeminente para en caso de necesidad dirimir el conflicto que se entable. Pero un tal edificio de la cultura en el individuo singular tendrá la mayor semejanza con la arquitectura cultural de épocas enteras y ofrecerá una continua enseñanza analógica sobre las mismas. Pues donde quiera que la gran arquitectura de la cultura se haya desarrollado, su tarea ha sido obligar a las potencias recíprocamente antagónicas al acuerdo mediante una abrumadora agregación de las restantes potencias menos incompatibles, sin por ello reprimirlas ni aherrarlas.

277

Felicidad y cultura. La contemplación de los escenarios de nuestra infancia nos estremece: la glorieta, la iglesia con las tumbas, el estanque y el bosque, la vista de todo esto siempre nos hace sufrir. La compasión de nosotros mismos nos sobrecoge, ¡pues hemos sufrido tanto desde entonces! Y aquí todo sigue subsistiendo tan quieto, tan eterno: sólo nosotros estamos tan cambiados, tan conmovidos; incluso volvemos a encontrar a algunas personas en las que el tiempo no ha hecho *más* mella que en una encina: campesinos, pescadores, habitantes del bosque, son los mismos. Estremecimiento, autocompasión ante la cultura inferior son signos de cultura superior; de donde resulta que ésta en ningún caso aumenta la felicidad. Quien quiera cosechar felicidad y bienestar en la vida no tiene más que evitar siempre la cultura superior.

278

Símil de la danza. Hoy en día hay que considerar como el signo distintivo de gran cultura que alguien posea esa fuerza y flexibilidad para ser en el conocimiento tan puro y riguroso como, en otros momentos, también capaz de darle por así decir cien pasos de ventaja a la poesía, la religión y la metafísica, y compenetrarse de su poder y belleza. Una tal posición entre dos exigencias tan diversas es muy difícil, pues la ciencia insta al imperio absoluto de sus métodos, y si no se cede a esta instancia, surge el otro peligro de fluctuar lánguidamente entre impulsos diferentes. Sin embargo, para abrir al menos con un símil una perspectiva sobre la solución de esta dificultad, puede recordarse que la *danza* no es lo mismo que un desmayado tambaleo entre diferentes impulsos. La alta cultura parecerá una danza atrevida: por lo que, como queda dicho, hace falta mucha fuerza y agilidad.

279⁷⁰

Del alivio de la vida. Un medio capital para aliviarse la vida es la idealización de todos los sucesos de la misma; pero uno debe aclararse bien a partir de la pin-

⁷⁰ Cf. 17 [1].

tura qué significa idealizar. El pintor pide que el espectador no observe demasiado exacta, agudamente, le obliga a retroceder a cierta distancia para que contemple desde allí; se ve forzado a presuponer un distanciamiento enteramente determinado por parte de quien contempla el cuadro; más aún, tiene incluso que suponerle a éste un determinado grado de agudeza visual; en absoluto le cabe la indecisión sobre tales cosas. Todo aquel por tanto que quiere idealizar su vida no debe querer ver demasiado exactamente y sí mantener siempre su mirada en un cierto distanciamiento. Goethe, por ejemplo, entendió este artificio⁷¹.

280

Agravamiento como alivio y viceversa. Mucho de lo que en ciertas etapas del hombre es agravamiento de la vida sirve de alivio en una etapa superior, pues tales hombres han conocido agravamientos más intensos de la vida. Lo mismo sucede a la inversa: así, por ejemplo, la religión tiene un doble rostro, según el hombre alce los ojos hacia ella para que le libre de su carga y miseria o que los baje hacia ella como la cadena que se le ha impuesto para que no ascienda demasiado alto en el aire.

281

La cultura superior es necesariamente mal comprendida. Quien no le ha puesto a su instrumento más que dos cuerdas, como los eruditos que aparte del *afán de saber* no tienen más que uno *religioso* adquirido por educación, no entiende a esas personas que saben tocar con más cuerdas. La esencia de la *más multicolorde*⁷² cultura superior implica que la inferior siempre la interprete falsamente; tal como, por ejemplo, sucede cuando el arte pasa por una forma disfrazada de lo religioso. Más aún, personas que sólo son religiosas entienden incluso la ciencia como rastreo del sentimiento religioso, así como los sordomudos no saben qué es la música si no movimiento visible.

282⁷³

Lamento. Acaso sean las ventajas de nuestros tiempos las que comportan una relegación y una ocasional subestimación de la *vita contemplativa*. Pero hay que

⁷¹ Todo aquel] En *Cl*: «Todo aquel que idealiza debe saber ver con sus ojos tanto como con los ojos de otra persona determinada».

⁷² *vielsaitig*, Juego de palabras con *vielseitig*, «multilateral».

⁷³ Dos versiones tiene este aforismo en *Fp*. La primera reza: «Intempestivamente: nuestra época adolece de la carencia de grandes moralistas. Ya no se lee ni a Montaigne ni a Plutarco. La *vita contemplativa* en general despreciada. Los conventos clausurados, furor del trabajo. Menosprecio, aun odio hacia las opiniones divergentes incluso entre los eruditos, «extravía». Enorme aceleración de la vida, de donde visión y enjuiciamiento a medias o falsos, como en los viajes por ferrocarril. Menosprecio de los librepensadores por los eruditos (la «minuciosidad», la «división del trabajo»)). Bajo el título: «En favor de los moralistas», el segundo texto dice: «Ausencia de moralistas. Ya no se lee ni a Montaigne ni a La Rochefoucauld. La *vita contemplativa* menospreciada. Menosprecio de pareceres divergentes, odio incluso entre los eruditos. Enorme aceleración de la vida. Por eso,

admitir que nuestro tiempo es pobre en grandes moralistas, que Pascal⁷⁴, Epicteto, Séneca⁷⁵, Plutarco son poco leídos ahora, que el trabajo y el celo —añtano parte del séquito de la gran diosa Salud— parecen a veces causar estragos como una enfermedad. Dado que falta tiempo para pensar y sosiego al pensar, ya no se ponderan los pareceres divergentes: hasta con odiarlos. Dada la tremenda aceleración de la vida, espíritu y vista son habituados a una visión y un juicio a medias o falsos, y todos se asemejan a los viajeros que conocen países y pueblos sin bajar del tren. La actitud autónoma y cautelosa del conocimiento es estimada casi como una especie de extravío, el librepensador es desacreditado, especialmente por los eruditos, quienes en su arte de considerar las cosas echan de menos su minuciosidad y su celo de hormigas, y de buena gana le confinarían en algún apartado rincón de la ciencia: mientras que él tiene la enteramente distinta y superior tarea de mandar desde un enclave solitario todo el ejército de científicos y eruditos, y de mostrarles los derroteros y las metas de la cultura. Una queja como la que acaba de entonarse tendrá probablemente su día, y enmudecerá cuando regrese pujante el genio de la meditación.

283⁷⁶

Principal defecto de los hombres activos. A los activos les falta habitualmente la actividad superior: me refiero a la individual. Son activos como funcionarios, comerciantes, eruditos, es decir, como seres genéricos, pero no como personas singulares y únicas enteramente determinadas; en este respecto son holgazanes. La desgracia de los activos es que su actividad es casi siempre un poco irracional. No cabe, por ejemplo, preguntarse ante el banquero amasador de dinero por el fin de su incesante actividad: es irracional. Los activos ruedan como rueda la piedra, conforme a la estupidez de la mecánica⁷⁷. Como en todas las épocas, así también hoy en día todos los hombres se dividen en esclavos y libres; pues quien no tiene para sí dos tercios de su día es un esclavo, sea por lo demás lo que quiera, político, comerciante, funcionario, erudito.

284⁷⁸

En favor de los ociosos. Como signo de que la estimación de la vida contemplativa ha decrecido, los eruditos de hoy en día compiten con las personas activas en una especie de goce precipitado, de modo por tanto que parecen estimular más esta manera de gozar que la que propiamente les conviene y es en

visión y enjuiciamiento a medias o falsos. Menosprecio de los librepensadores por los eruditos (p. ej., de Lichtenberg). • *Vita contemplativa*: «vida contemplativa». Precursor de Freud en el análisis del subconsciente, Lichtenberg polemizó prácticamente con todos los movimientos y figuras intelectuales de su época.

⁷⁴ Blaise Pascal (1623-1662): sabio, pensador y escritor francés.

⁷⁵ Lucio Anneo Séneca (4 a. C.-65 d. C.): político, escritor y filósofo romano.

⁷⁶ *Fp*: 16 [38], 16 [40].

⁷⁷ estupidez de la mecánica] Inversión en *Fp*: «mecánica de la estupidez».

⁷⁸ Cf. 16 [48], 17 [92], 17 [82], 17 [83], 17 [41].

efecto de mucho más goce. Los eruditos se avergüenzan del *otium*. Pero noble cosa son el ocio y la ociosidad. Si la ociosidad es efectivamente la *madre* de todos los vicios, hállese así pues en la vecindad más próxima de todas las virtudes: la persona ociosa es siempre mejor persona que la activa. No creáis sin embargo que con ocio y ociosidad estoy aludiendo a vosotros, ¿eh, holgazanes?

285⁷⁹

El desasosiego moderno. Hacia el oeste aumenta cada vez más la agitación moderna, de modo que a los americanos los habitantes de Europa se les aparecen en conjunto como seres amantes del sosiego y sibaritas, cuando sin embargo entrecruzan su vuelo como abejas o avispas. A tal punto llega esta agitación, que la cultura superior ya no puede rendir sus frutos; es como si las estaciones se sucediesen demasiado deprisa. Por falta de sosiego, nuestra civilización desemboca en una nueva barbarie. En ninguna época se han cotizado más los activos, es decir los desasossegados. Cuéntase por tanto entre las correcciones necesarias que deben hacerse al carácter de la humanidad el fortalecimiento en amplia medida del elemento contemplativo⁸⁰. Pero todo individuo que mantenga el sosiego y la constancia de corazón y mente tiene ya derecho a creer que no posee sólo un buen temperamento, sino una virtud de utilidad general, y que mediante la conservación de esta virtud cumple incluso una tarea superior.

286⁸¹

Hasta qué punto es perezoso el activo. Yo creo que todo el mundo debe tener opinión propia sobre cualquier cosa opinable, puesto que él mismo es una cosa propia, única, que ocupa respecto a todas las demás cosas una posición nueva, nunca antes dada. Pero la pereza que hay en el fondo del alma del activo le impide al hombre sacar agua de su propio pozo⁸². Pasa con la libertad de opinión como con la salud: ambas son individuales, de ninguna de las dos puede establecerse un concepto universalmente válido. Lo que un individuo necesita para su salud es ya para otro causa de enfermedad, y no pocos medios y caminos hacia la libertad pueden antojárseles caminos y medios hacia la falta de libertad a naturalezas de desarrollo superior.

287

*Censor vitae*⁸³. La alternancia de amor y odio durante largo tiempo denota el estado interno de un hombre que quiere ser libre en su juicio sobre la vida; no

⁷⁹ *Fp*: 17 [53], 17 [54], 17 [55].

⁸⁰ En *Cf* se añadía aquí: «(lo cual podría conseguirse mediante una mezcla de sangre asiática y campesina rusa con europea y americana)».

⁸¹ *Fp*: 16 [42], 16 [43].

⁸² En *Cf* y (casi) en *Fp*, se añadía en este punto: «(Por lo demás, las cosas se dividen en aquellas sobre las que es posible un saber y aquellas sobre las que son posibles opiniones; sólo de este último género de cosas puede aquí tratarse.)»

⁸³ «Censor de la vida».

olvida y lleva registro de todo lo bueno y malo de las cosas. Finalmente, cuando todo el encerrado de su alma esté completamente lleno de experiencias, no sentirá hacia la existencia ni desprecio ni odio, pero tampoco amor, sino que se cernerá sobre ella tan pronto con una mirada de alegría como de tristeza y, como la naturaleza, se sentirá tan pronto estival como otoñalmente dispuesto.

288

Éxito secundario. Quien quiera en serio ser libre, perderá con ello, sin ninguna coacción, la inclinación a faltas y vicios; asimismo, cada vez le asaltarán más raramente el enojo y la irritación. Pues nada quiere su voluntad más afanosamente que el conocimiento y el medio para ello, es decir, el estado duradero en que más capacitado esté para conocer⁸⁴.

289⁸⁵

Valor de la enfermedad. El hombre enfermo en cama da a veces en que habitualmente está enfermo de su empleo, de sus negocios o de su sociedad, y en que por ellas ha perdido toda recapacitación sobre sí: esta sabiduría la obtiene del ocio a que le obliga su enfermedad.

290

Sentimiento en el campo. Cuando en el horizonte de la vida no se tienen líneas fijas, suaves, líneas de montañas y bosques por así decir, la voluntad más interna del hombre deviene ella misma inquieta, distraída y veleidosa, como la esencia del hombre urbano: ni tiene ni da felicidad.

291⁸⁶

Precaución de los espíritus libres. Las personas de mentalidad liberal, que únicamente viven para el conocimiento, pronto verán alcanzada su meta exterior en la vida, su posición definitiva con respecto a la sociedad y el Estado, y se darán de buen grado por satisfechas, por ejemplo, con un empleo modesto o una fortuna que les alcance justo para vivir; pues se las arreglarán para vivir de tal manera que un gran cambio en la economía pública, aun una revolución en el orden político, no comporte un vuelco en sus vidas. A todas estas cosas aplican la menor energía posible, para sumergirse con toda la fuerza acumulada, y por así decir, con los pulmones llenos de aire, en el elemento del conocimiento. Pueden así tener la esperanza de bucear hondo y ver también el fondo bien. De un acontecimiento a semejante espíritu sólo le gustará tomar un cabo, no le agradan las cosas en toda la amplitud y ampulosidad de sus pliegues: pues no quiere

⁸⁴ *Fp* concluía: «Es una lucha contra la presunta necesidad que acosa al hombre».

⁸⁵ Cf. 17 [11].

⁸⁶ Cf. 16 [44], 16 [49], 16 [50], 16 [52], 17 [42].

enredarse en éstos. El también conoce los días laborables de falta de libertad, de dependencia, de servidumbre. Pero de vez en cuando debe llegar un domingo de libertad, de lo contrario no aguantará la vida. Probablemente su amor a los hombres será precavido y un tanto de corto aliento, pues sólo se compromete con el mundo de las inclinaciones y de la ceguera en la medida en que es necesario al fin del conocimiento. Debe confiar en que el genio de la justicia diga algo en favor de su discípulo y protegido si voces acusadoras le tildan de pobre en amor. Hay en su modo de vivir y de pensar un *heroísmo refinado* que desdeña ofrecerse, como hace su hermano más grosero, a la veneración de la gran masa, y que suele atravesar y salir del mundo silenciosamente. Cualesquiera laberintos recorra, sean cuales sean las rocas entre las que su torrente tenga por momentos que abrirse paso tortuosamente, cuando llega a la luz avanza luminoso, ligero y casi sin ruido, y deja que los rayos solares se filtren hasta su fondo.

292⁸⁷

Adelante. ¡Y con ello, adelante por el camino de la sabiduría, a buen paso, con toda confianza! ¡Seas como seas, sírverte a ti mismo como fuente de experiencia! Sacúdete el descontento con tu modo de ser, perdónate tu propio yo, pues en todo caso en ti tienes una escala de cien peldaños, por los que puedes ascender hasta el conocimiento. La época en que con pesar te sientes arrojado te considera dichoso por esta felicidad; te elogia que todavía tomes ahora parte en experiencias, de lo que los hombres de tiempos por venir quizá deban verse privados. No tengas a menos haber sido todavía religioso; sondea a fondo cómo aún tuviste un genuino acceso al arte⁸⁸. ¿No puedes precisamente con ayuda de estas experiencias reconocer con entendimiento más pleno enormes etapas de la humanidad anterior? ¿No es precisamente en *el* suelo que a veces tanto te desagrada, en el suelo del pensamiento viciado, donde brotaron muchos de los más espléndidos frutos de la cultura antigua? Hay que haber amado la religión y el arte como a la madre y a la nodriza; de lo contrario no se puede llegar a ser sabio. Pero debe saberse ver más allá de éstos, desbordarlos; si uno permanece fascinado por ellos, no los comprende. Igualmente deben serte familiares la historia y el precavido juego de los platillos de la balanza: «de un lado, de otro lado».⁸⁹ Vuelve sobre tus pasos, pisando las huellas dejadas por la humanidad en su penosa gran marcha por el desierto del pasado: así aprenderás de la manera más cierta adónde toda humanidad futura ni puede ni le está permitido encaminarse de nuevo. Y al querer con todas tus fuerzas atisbar de antemano cómo se atará el nudo del futuro, tu propia vida cobra el valor de un instrumento y medio de conocimiento. Tienes en tu mano lograr que todas tus vivencias: las tentativas, yerros, faltas, ilusiones, pasiones, tu amor y tu esperanza, sean absorbidos sin residuos por tu meta. Esta meta es la de convertirse uno mismo en una cadena necesaria de eslabones culturales y deducir de esta necesidad la necesidad en la

⁸⁷ Cf. 23 [160], 21 [84], 22 [27], 22 [44], 22 [59], 22 [96], 23 [86].

⁸⁸ En *Cf* se añadía: «a través de la música».

⁸⁹ de un lado] En *Cf*: «el relativismo».

marcha de la cultura universal. Cuando tu mirada se haya hecho lo bastante fuerte para ver el fondo en el oscuro pozo de tu ser y de tus sentimientos, tal vez se te hagan también visibles en su espejo las lejanas constelaciones de culturas futuras. ¿Crees tú que semejante vida con semejante meta es demasiado ardua, demasiado desprovista de cualquier comodidad? Entonces todavía no has aprendido que no hay miel más dulce que la del conocimiento y que las nubes de aflicción que sobre ti se ciernen deben servirte de ubre de la que ordeñarás la leche para tu solaz⁹⁰. Sólo cuando envejeczas advertirás cómo prestaste oídos a la voz de la naturaleza, de esa naturaleza que gobierna el mundo a través del placer: la misma vida que tiene su vértice en la vejez, tiene también su vértice en la sabiduría, en ese dulce resplandor solar de un constante júbilo espiritual; ambas, la vejez y la sabiduría, te las encuentras en una misma cresta de la vida: así lo ha querido la naturaleza. Entonces es hora y no ningún motivo para enfadarse que se aproxime la niebla de la muerte. Hacia la luz tu último movimiento; un hurra por el conocimiento tu último suspiro.

⁹⁰ Esta meta Variante en *Cl*: «De todas las clases de tormentos, de inquietud, de enfermedad, trata de extraer la miel del conocimiento: cuando estés solo, odiado, desconocido, despreciado, las nubes amenazantes del infortunio son las ubres de donde extraerás tu leche.» La misma imagen de las nubes-ubres se encuentra en el ditirambo *La pobreza del más rico*.

SEXTA PARTE

EL HOMBRE EN EL TRATO

293

Disimulo benévolo. En el trato con hombres es a menudo necesario un disimulo benévolo, como si no nos percatásemos de los motivos de sus actos.

294

Copias. No es raro encontrarse con copias de hombres eminentes, y, como en las pinturas también aquí, a la mayoría le gustan más las copias que los originales.

295 ¹

*El orador*². Se puede hablar de modo sumamente pertinente y, sin embargo, de modo que todo el mundo clame por lo contrario, a saber: cuando no se habla para todo el mundo.

296

Falta de intimidad. La falta de intimidad entre amigos es un defecto que no puede censurarse sin que devenga irreparable.

297

*Del arte de regalar*³. Tener que rechazar un obsequio meramente por no haber sido ofrecido del modo debido nos irrita con el donante.

¹ Cf. 19 [12].

² Título en *Md.*: «Ser mal comprendido».

³ Título en *Md.*: «Coacción desesperada».

298

El partidario más peligroso. En todos los partidos hay uno que, debido a su profesión demasiado devota de los principios partidarios, incita a los demás a la defección.

299

Consejeros del enfermo. Sean aceptados o rechazados, quien da sus consejos a un enfermo adquiere un sentimiento de superioridad sobre éste. De ahí que enfermos susceptibles y orgullosos odien a los consejeros más aún que a su enfermedad.

300

Dos clases de igualdad. El afán de igualdad puede exteriorizarse mediante el deseo de rebajar a todos los demás al nivel de uno (mediante la detracción, la segregación, la zancadilla), o bien de elevarse con todos (mediante el reconocimiento, la ayuda y la alegría por el éxito ajeno).

301

Contra la timidez. El mejor medio de venir en ayuda de personas muy tímidas y tranquilizarlas consiste en elogiarlas decididamente.

302

Preferencia por ciertas virtudes. No concedemos particular valor a la posesión de una virtud hasta que comprobamos la total ausencia de la misma en nuestro adversario.

303

Por qué se contradice. Con frecuencia se contradice una opinión cuando propiamente sólo nos es antipático el tono con que ha sido formulada.

304⁴

*Confianza y familiaridad*⁵. Quien intenta a propósito forzar la familiaridad con otra persona no está habitualmente seguro de contar con la confianza de la misma. Quien está seguro de la confianza concede poco valor a la familiaridad.

⁴ Cf. 20 [15].

⁵ *Vertrauen und Vertraulichkeit.*

305

Equilibrio de la amistad. Más de una vez, en nuestra relación con otra persona el justo equilibrio de la amistad se restablece cuando ponemos algún grano de injusticia en nuestro propio platillo.

306⁶

Los médicos más peligrosos. Los médicos más peligrosos son los que, como comediantes natos que son, imitan al médico nato con consumado arte de la ilusión.

307

Cuándo vienen a cuento las paradojas. A veces, para ganarse a personas ingeniosas en pro de una tesis sólo es menester presentarla en forma de una tremenda paradoja.

308

Cómo ganarse a los valientes. A los valientes se les persuade a hacer algo presentando esto más peligroso de lo que es.

309

*Cortesías*⁷. Las cortesías que nos dispensan personas a las que no queremos las consideramos delitos.

310

*Hacer esperar*⁸. Un medio seguro de exasperar a la gente y de meterle malos pensamientos en la cabeza es hacerla esperar mucho tiempo. Esto hace inmoral.

311

*Contra los confiados*⁹. Personas que nos brindan su plena confianza creen tener por ello un derecho sobre la nuestra. Esta es una conclusión errónea; no se obtienen derechos mediante regalos.

312

Medio de compensación. A alguien a quien hemos infligido un perjuicio hasta a menudo con darle ocasión de hacer un chiste sobre nosotros para pro-

⁶ Cf.: «El médico es un genio o un comediante; los médicos más peligrosos son aquellos que imitan de modo genial al médico genial».

⁷ Título en *Md*: «Corrección exasperante».

⁸ Título en *Md*: «Hacer esperar mucho tiempo».

⁹ Título en *Md*: «Lejos aún de la reciprocidad».

curarle satisfacción personal, más aún, disponerlo favorablemente hacia nosotros.

313

Vanidad de la lengua ¹⁰. Ya oculte sus malas cualidades y vicios o los admita con franqueza, en ambos casos la vanidad del hombre desea hallar una ventaja: no hay más que observar cuán sutilmente distingue ante quién ocultar esas cualidades y ante quién ser sincero y franco.

314

Considerado. No querer ofender a nadie, perjudicar a nadie, puede ser indicio tanto de disposición justa como de timorata.

315

Indispensable para disputar ¹¹. Quien no sepa poner sus pensamientos en hielo no debe exponerse al calor de la discusión.

316

Trato y arrogancia. Desaprende uno la arrogancia cuando se sabe siempre entre personas de mérito; estar solo engendra petulancia. Los jóvenes son arrogantes porque frecuentan a sus iguales, que no son nada pero gustan de aparentar mucho.

317

Motivo de ataque. Uno no ataca sólo para injuriar a alguien, para vencerle, sino quizá también solamente para tomar consciencia de su fuerza.

318

Adulación. Las personas que en el trato con ellas quieren aturdir nuestra cautela mediante adulaciones emplean un medio peligroso, por así decir una bebida soporífera, que, cuando no duerme, no hace sino mantener tanto más despierto.

319

Buen escritor de cartas. Aquel que no escribe libros, piensa mucho y vive en compañía insuficiente, será habitualmente un buen escritor de cartas.

¹⁰ Título en *Md*: «Confesión calculada».

¹¹ Título en *Md*: «Atención a la disputa».

320

Lo más feo ¹². Cabe dudar de que alguien muy viajado haya encontrado en alguna parte del mundo sitios más feos que en el rostro humano.

321

Los compasivos ¹³. Las naturalezas compasivas, en todo momento prontas a socorrer en la desgracia, rara vez son las que participan de las alegrías ajenas: ante la felicidad de los demás no tienen nada que hacer, están de más. No se sienten en posesión de su superioridad y por eso fácilmente muestran descontento.

322

Los parientes del suicida. Los parientes de un suicida se toman a mal que éste no haya seguido con vida por respeto a la reputación de aquéllos.

323

Prever la ingratitude ¹⁴. Quien hace un gran regalo no encuentra agradecimiento; pues ya con la aceptación tiene demasiada carga el obsequiado.

324

En compañía carente de ingenio ¹⁵. Nadie agradece a la persona ingeniosa la cortesía de ponerse al nivel de una compañía en la que no es cortés mostrar ingenio.

325

Presencia de testigos. A salvar a una persona que ha caído al agua se lanza uno tanto más gustosamente cuando no hay nadie más que se atreva.

326

Callar. La manera más desagradable para ambos bandos de replicar a una polémica es enfadarse y callar: pues el atacante interpreta habitualmente el silencio como signo de desprecio.

¹² Título en *Md*: «Los sitios más feos».

¹³ Título en *Md*: «Participación limitada».

¹⁴ Título diferente en la variante de septiembre de 1876: «Grandes regalos».

¹⁵ Título diferente en la variante de la primera mitad de 1874 o del verano de 1876: «Mundanidades en Basilea»; en *Md*: «Cortesía fuera de lugar».

327

*El secreto del amigo*¹⁶. Pocos habrá que, cuando no hallen tema de conversación, no revelen los asuntos más secretos de sus amigos.

328

Humanidad. La humanidad de las celebridades del espíritu consiste en equivocarse cortésmente en el trato con los no célebres.

329

El cobibido. Las personas que no se sienten seguras en sociedad aprovechan cualquier ocasión para, a costa de un allegado al que son superiores, mostrar públicamente ante la sociedad esta superioridad, por ejemplo, tomándole el pelo.

330¹⁷

Agradecimiento. A un alma delicada le agobia saber a alguien obligado al agradecimiento; a una grosera, sabese obligada para con alguien.

331

Indicio de incompatibilidad. El indicio más firme de incompatibilidad de pareceres entre dos personas es que ambas se digan recíprocamente algo irónico, pero ninguna de las dos sienta lo irónico de ello¹⁸.

332

Arrogancia por méritos. La arrogancia por méritos ofende aún más que la arrogancia de personas sin mérito: pues ya el mérito ofende.

333

Peligro en la voz. A veces, en la conversación, el sonido de la propia voz nos confunde y nos induce a afirmaciones que en absoluto corresponden a nuestra opinión.

334

En la conversación. Si en la conversación se le da preferentemente la razón o no al otro es de todo punto una cuestión de habituación: tanto lo uno como lo otro tiene sentido.

¹⁶ Título en *Md*: «Indiscreto a falta de otra cosa».

¹⁷ Cf. 21 [20].

¹⁸ En *Pr* se añadía: «Cada cual está a sus anchas en un planeta distinto al del otro».

335¹⁹

Temor al prójimo. Tememos la actitud hostil del prójimo porque recelamos de que por medio de ella llegue a calar nuestros secretos.

336

Distinguir mediante la censura. Personas muy prestigiosas distribuyen incluso sus censuras como si quisieran distinguirnos con ellas. Debe ponernos sobre aviso cuán solícitamente se ocupan de nosotros. Muy mal les entendemos si tomamos al pie de la letra su censura y nos defendemos de ella; con ello las enojamos y nos distanciamos de ellas.

337

Irritación por la benevolencia ajena. Nos equivocamos sobre el grado en que nos creemos odiados, temidos: pues ciertamente nosotros mismos conocemos bien nuestro grado de divergencia respecto a una persona, una tendencia, un partido, pero esos otros nos conocen muy superficialmente y, por tanto, también nos odian sólo superficialmente. Con frecuencia encontramos una benevolencia que nos es inexplicable; pero cuando la comprendemos, nos ofende, pues muestra que no se nos toma lo bastante en serio, con la debida importancia.

338

Vanidades que se cruzan. Al encontrarse dos personas cuya vanidad es igualmente grande, guardan luego una mala impresión una de otra, pues cada una estaba tan ocupada de la impresión que quería producir en la otra, que ésta no le hizo ninguna impresión; al final ambas advierten que su esfuerzo ha sido en vano y se echan mutuamente la culpa.

339

Los malos modales como buena señal. El espíritu superior se complace en las faltas de tacto, arrogancias y aun hostilidades de jóvenes ambiciosos hacia él; son los malos modales de caballos fogosos que todavía no han soportado a ningún jinete y que, sin embargo, pronto estarán orgullosos de llevarlo.

340²⁰

Cuándo es aconsejable no tener razón. Hace uno bien en aceptar acusaciones, aun cuando sean injustas, sin refutarlas, en el caso en que el acusador vería en ello una injusticia aún mayor por nuestra parte si le contradijéramos y acaso incluso refutásemos. Por supuesto, de este modo cabe dentro de lo posible que a uno le den siempre la razón sin tenerla nunca y que acabe por convertirse, con la

¹⁹ *Fp.* 17 [14].

²⁰ *Cf.* 21 [25].

mejor conciencia del mundo, en el tirano y el pelmazo más insoportables; y lo que reza para el individuo puede también ocurrir en clases enteras de la sociedad.

341

Demasiado poco honrado. Personas muy engreídas, a quienes se ha dado señales de menor consideración de la que esperaban, tratan durante mucho tiempo de engañarse a sí mismos y a otros al respecto, y se convierten en sutiles psicólogos para demostrar que el otro sí les ha honrado bastante; tanto mayor es su rabia si no logran su objetivo, si se desgarran el velo de la ilusión.

342

Ecos de estados primitivos en el habla. En la manera en que los hombres sientan ahora afirmaciones en el trato se reconoce con frecuencia un eco de los tiempos en que sabían más de armas que de ninguna otra cosa: ora manejan sus afirmaciones como tiradores al blanco su fusil, ora créese oír el silbido y el fragor de los aceros; y en algunos hombres una afirmación cae estrepitosamente como un recio garrote. Las mujeres en cambio hablan como seres que durante siglos han estado sentados ante el telar o manejando la aguja o comportándose como niños con los niños.

343

El narrador. Quien narra algo deja fácilmente advertir si narra porque el hecho le interesa o porque quiere interesar mediante la narración. En este último caso exagerará, empleará superlativos y hará otras cosas por el estilo. Entonces narra habitualmente peor, pues no piensa tanto en el asunto como en sí.

344

El recitador. Quien recita poemas dramáticos hace descubrimientos acerca de su carácter: encuentra su voz más natural para ciertas actitudes y escenas que para otras, por ejemplo, para todo lo patético o para lo chocarrero, mientras que tal vez en la vida ordinaria no tenga ocasión de mostrar pathos o chocarrería.

345

Una escena de sainete que se da en la vida. A fin de exponerla en sociedad, a alguien se le ocurre una opinión ingeniosa sobre un tema. Ahora bien, en el sainete se oíría y vería cómo trata de llegar a toda vela al punto en que poder hacer su observación y de embarcar para allá a toda la tertulia, endereza constantemente la conversación hacia una sola meta, pierde ocasionalmente el rumbo, lo recupera, llega por fin el momento, casi le falta el aliento, y entonces alguien de la compañía le quita la observación de la boca. ¿Qué hará? ¿Oponerse a su propia opinión?

346

Involuntariamente descortés. Cuando alguien se comporta sin querer descortésmente con otro, por ejemplo no saludándole por no reconocerlo, esto le

apena, aunque nada pueda reprocharle a su intención; le fastidia la mala opinión que ha producido en el otro, o teme las consecuencias de una desavenencia, o le duele haber molestado al otro; es decir, pueden despertarse la vanidad, el temor o la compasión, acaso todo ello junto.

347

Obra maestra del traidor. Exteriorizar contra el conjurado el mortificante recelo de ser traicionado por él, y esto precisamente en el momento en que uno mismo comete traición, es una obra maestra de perfidia, pues ocupa al otro de su persona y le obliga a comportarse nada sospechosa y sí francamente, de modo que el verdadero traidor se ve con las manos libres.

348

Ofender y ser ofendido. Es mucho más agradable ofender y después pedir perdón que ser ofendido y otorgar perdón. Quien hace lo primero da indicio de poder y luego de bondad de carácter. El otro, si no quiere pasar por inhumano, *tiene* ya que perdonar; exiguo es, debido a esta obligación, el placer por la humillación del otro.

349

En la disputa. Cuando al mismo tiempo se contradice otra opinión y se desarrolla la propia, el constante retorno a la otra opinión perturba habitualmente la postura natural de la propia: aparece más intencionada, más incisiva, acaso algo exagerada.

350

Artimaña. Quien quiera obtener de otro algo difícil no debe tomar la cosa en absoluto como problema, sino simplemente exponer su plan como si fuese la única posibilidad; en cuanto asome a los ojos del oponente la objeción, la contradicción, debe saber cortar rápidamente, no darle tiempo.

351²¹

Remordimientos de conciencia después de reuniones sociales. ¿Por qué tenemos remordimientos de conciencia después de reuniones sociales ordinarias? Porque hemos tomado a la ligera cosas importantes, porque al hablar de personas no lo hemos hecho con completa lealtad o porque callamos cuando debimos tomar la palabra, porque en cierta ocasión no nos hemos levantado de un salto y marchado corriendo, en suma, porque nos comportamos en sociedad como si fuésemos parte de ella.

352

Uno es juzgado falsamente. Quien está siempre pendiente de cómo es juzgado está siempre enojado. Porque somos juzgados ya falsamente por aquellos que

²¹ Cf. 20 [14]. *Hp*: «¿Por qué tengo yo remordimientos de conciencia después de reuniones sociales? 1, 2, 3, 4, 5 motivos».

más cerca están de nosotros («que mejor nos conocen») ²². Incluso buenos amigos desahogan a veces su desacuerdo en una palabra desfavorable; ¿y serían nuestros amigos si nos conocieran a fondo? Los juicios de los indiferentes hacen mucho daño por lo impersonales, casi objetivos, que suenan. Pero sólo con que advirtamos que alguien que nos es hostil nos conoce tan bien como nosotros en un punto mantenido secreto, ¡cuán grande es entonces el fastidio!

353

Tiranía del retrato. Artistas y hombres de Estado que a partir de rasgos singulares combinan rápidamente la entera imagen de un hombre o un acontecimiento son sumamente injustos, pues luego exigen que el acontecimiento o el hombre sean efectivamente tal como ellos los han pintado; exigen ni más ni menos que uno esté tan bien dotado, sea tan ladino, tan injusto, como vive en su representación.

354 ²³

El pariente como el mejor amigo. Los griegos, que tan bien sabían lo que es un amigo —de todos los pueblos son los únicos que tienen una profunda, múltiple sustanciación filosófica de la amistad, hasta el punto de haber sido los primeros, y hasta ahora los últimos, a quienes el amigo se les ha aparecido como un problema digno de solución—, estos mismos griegos designaron a los *parientes* con un término que es superlativo de la palabra «amigo». Esto me resulta inexplicable.

355

Honestidad no reconocida. Si en la conversación alguien se cita a sí mismo («entonces dije», «suelo decir»), esto produce una impresión de arrogancia, cuando con mayor frecuencia procede precisamente de la fuente opuesta, al menos de una honestidad que no quiere adornar y acicalar el momento con las ocurrencias que pertenecen a un momento anterior.

356

El parásito. Denota una carencia total de actitud noble que alguien prefiera vivir en la dependencia, a costa de otros, sólo para no tener que trabajar, habitualmente con un secreto encono contra aquellos de los que depende. Una tal actitud es mucho más frecuente, también mucho más perdonable (por razones históricas), entre las mujeres que entre los hombres.

²² Quien está! *Ep*: «[Si] se nos juzga falsamente, el enojo no cesa cuando se reflexiona sobre ello. Aún peor cuando a uno se le juzga correctamente».

²³ *Ep*: «*Φίλωνες*: ¡parientes!».

357

En aras de la reconciliación. Hay circunstancias en que sólo se obtiene una cosa de un hombre ofendiéndole y enemistándose con él: este sentimiento de tener un enemigo le atormenta de tal modo, que gustoso aprovecha el primer indicio de una disposición más templada para la reconciliación, y en aras de esa reconciliación sacrifica aquella cosa en la que había puesto tanto que no quería darla a ningún precio.

358

Exigir compasión como signo de arrogancia. Hay personas que, cuando montan en cólera y ofenden a los demás, pretenden con ello, en primer lugar, que nada se les tome a mal y, en segundo lugar, que se tenga compasión de ellos por estar sometidos a tan violentos paroxismos. A tal punto llega la arrogancia humana.

359

Cebo. «Todo hombre tiene un precio»²⁴; esto no es cierto. Pero para cada cual existe un cebo que no puede por menos de morder. Para ganar a algunas personas en favor de una causa no se precisa más que darle a esta causa el brillo de lo filantrópico, noble, caritativo, abnegado; ¿y a qué causa no podría dársele? Estos son el bombón y las golosinas de *su* alma; otras tienen otros.

360

Comportamiento ante el elogio. Cuando buenos amigos elogian a la naturaleza dotada²⁵, ésta se mostrará con frecuencia complacida por cortesía y benevolencia, pero en verdad le es indiferente. Su ser propiamente dicho es enteramente inerte frente a ello y esto mismo no puede moverle a dar ni un paso fuera del sol o de la sombra en que se halla; pero los hombres quieren complacer mediante el elogio, y se les entristecería si a uno no le complaciese su elogio.

361

La experiencia de Sócrates. Si ha llegado uno a ser maestro en una cosa, en la mayoría de las demás cosas no ha pasado de ser, precisamente por ello, un completo chapucero; pero se juzga exactamente al revés, como ya Sócrates supo por experiencia. Este es el inconveniente que hace desagradable el trato con maestros.

362

Medio de embrutecimiento. En la lucha con la estupidez las personas más ecuanímes y afables acaban por convertirse en brutales. Quizá con ello estén en

²⁴ Frase atribuida al político puritano inglés Oliver Cromwell (1599-1658).

²⁵ elogian] La versión de 1875 decía: «me elogian».

el justo camino de la defensa; pues lo que como argumento le conviene por derecho a la frente estúpida es el puño cerrado. Pero puesto que, como he dicho, su carácter es afable y ecuánime, con este medio de legítima defensa sufren más que sufrimiento infligen.

363

Curiosidad. Si no fuese por la curiosidad, poco se haría en bien del prójimo. Pero bajo el nombre de deber o de compasión se cuela la curiosidad en casa del desgraciado y el menesteroso. Quizá hasta en el famosísimo amor materno haya una buena porción de curiosidad.

364

Error de cálculo en sociedad. Este desea ser interesante por sus juicios, aquél por sus inclinaciones y aversiones, el tercero por sus conocidos, un cuarto por su aislamiento, y todos ellos se equivocan. Pues aquel ante quien se representa el espectáculo cree ser él mismo el único espectáculo que entra en consideración al respecto.

365²⁶

Duelo. En favor de todos los lances de honor y duelos ha de decirse que cuando uno tiene una sensibilidad tan irritable que no quiere vivir si tal o cual dice o piensa tal o cual sobre él, tiene derecho a que la cuestión quede dirimida con la muerte de uno de los dos. Sobre que sea tan irritable nada hay que discutir en absoluto; en ello somos los herederos del pasado, de su grandeza tanto como de sus exageraciones, sin las cuales nunca hubo grandeza. Ahora bien, si existe un canon de honor que acepta la sangre en lugar de la muerte, de modo que tras un duelo en regla quede el ánimo aliviado, esto es un gran bien, pues de lo contrario correrían peligro muchas vidas humanas. Por lo demás, una tal institución educa a los hombres en la cautela respecto a sus exteriorizaciones y hace posible el trato con ellos.

366

Aristocratismo y gratitud. Un alma aristocrática se sentirá con gusto obligada a la gratitud y no eludirá medrosa las ocasiones de obligarse a ella; igualmente, será luego moderada en las expresiones de gratitud; mientras que las almas viles se resisten a todo obligarse o son luego exageradas y demasiado asiduas en las expresiones de su gratitud. Lo último sucede también por lo demás en personas de baja extracción o de condición humilde: un favor, dispensado a ellos, se les antoja una gracia milagrosa.

²⁶ Cf. 22 [60].

367

Las horas de elocuencia. Quién, para hablar bien, necesita de alguien que sea decidida y notoriamente superior a él, quién no puede hallar completa libertad de palabra y afortunados giros de elocuencia más que ante alguien al que sobrepuje; en ambos casos la razón es la misma: cada uno de ellos sólo habla bien cuando habla *sans gêne*²⁷, el uno porque no siente ante el superior el impulso de la competencia, de la rivalidad, el otro exactamente por lo mismo respecto al inferior. Ahora bien, hay una clase de personas enteramente diferentes que sólo hablan bien cuando existe rivalidad, con el propósito de vencer. ¿Cuál de las dos clases es la más ambiciosa: la que habla bien cuando se le despierta la ambición o la que, precisamente por estos motivos, habla mal o nada en absoluto?

368

El talento para la amistad. Entre los hombres que tienen un don particular para la amistad destacan dos tipos. El uno está en constante ascensión y halla para cada fase de su evolución un amigo exactamente pertinente. La serie de amigos que de este modo consigue raramente están en conexión entre sí, a veces en desacuerdo y contradicción: con lo que por entero se corresponde que en su evolución las fases ulteriores superen o menoscaben a las fases precedentes. A semejante hombre puede en broma llamársele una *escala*. El otro tipo lo representa aquel que ejerce una fuerza de atracción sobre caracteres y talentos muy diversos, de modo que obtiene todo un círculo de amigos; pero por eso mismo llegan éstos, pese a todas las diferencias, a una relación amistosa entre ellos. A semejante hombre se le denomina un *círculo*: pues en él debe estar de algún modo preformada esa compatibilidad de situaciones y naturalezas tan diversas. Por lo demás, el talento para tener buenos amigos es en más de un hombre mucho mayor que el talento para ser un buen amigo.

369

Táctica en la conversación. Tras una conversación con alguien, uno habla óptimamente del interlocutor si ha tenido ocasión de mostrar ante él su ingenio, su amabilidad, con toda brillantez. Personas sagaces que quieren disponer favorablemente hacia sí a alguien aprovechan esto ofreciéndole durante el coloquio las mejores ocasiones para un buen chiste y cosas por el estilo. Podría imaginarse una divertida conversación entre dos muy sagaces que se quisieran disponer favorablemente entre sí y que por eso se cedieran una y otra vez las buenas ocasiones en la conversación, sin aceptarlas ninguno: de modo que la conversación transcurriría totalmente desprovista de ingenio y de amabilidad, porque cada uno le dejaría al otro la ocasión para el ingenio y la amabilidad.

²⁷ «Sin embarazo, inhibición o vergüenza».

370

Descarga del despecho. A quien le sale algo mal prefiere achacar este fracaso a la mala voluntad de otro que al azar. Su airado sentimiento es aliviado por el hecho de pensar en una persona y no en una cosa como razón de su fracaso; pues uno puede vengarse de personas, pero tiene que resignarse a las inclemencias del azar. Si un príncipe fracasa en alguna empresa, su entorno suele por tanto señalar como presunta causa a una persona singular y sacrificarla en interés de todos los cortesanos; pues de lo contrario el mal humor del príncipe se desahogaría sobre todos ellos, ya que no puede tomar venganza de la diosa misma del destino.

371

Adoptar el color del entorno. ¿Por qué inclinación y aversión son tan contagiosas que apenas puede vivirse en la proximidad de una persona que sienta intensamente sin llenarse como un tonel de sus pros y contras? En primer lugar, la abstención completa de juicio es muy difícil, a veces francamente insoportable para nuestra vanidad; tiene el mismo color que la pobreza de pensamiento y sensibilidad o que la pusilanimidad, la falta de virilidad; y así nos vemos arrastrados al menos a tomar partido, quizá contra la tendencia de nuestro entorno, si esta postura satisface más nuestro orgullo²⁸. Pero habitualmente —esto es lo segundo— no tomamos en absoluto consciencia de la transición de la indiferencia a la inclinación o aversión, sino que nos vamos habituando paulatinamente al modo de sentir de nuestro entorno, y como el asentir y el entenderse simpáticos son muy agradables, pronto ostentamos todos los signos y colores de partido de este entorno.

372²⁹

Ironía. La ironía sólo es oportuna como medio pedagógico por parte de un maestro en el trato con alumnos, de cualquier clase que éstos sean: su fin es la humillación, el bochorno, pero de esa manera saludable que hace brotar buenos propósitos y que a quien así nos ha tratado le reporta veneración, gratitud, como a un médico. El irónico se finge ignorante, y ciertamente tan bien que los alumnos que con él conversan se engañan y, en su buena fe en la superioridad de su propio saber, se vuelven osados y descubren flaquezas de toda índole; pierden la circunspección y se muestran tal como son, hasta que en un momento dado la lámpara que le sostenían al maestro en el rostro deja caer sus rayos sobre ellos mismos muy humillantemente. Donde no se da una tal relación como entre maes-

²⁸ Comienzo diferente en *Fp*: «¿Por qué son inclinación y aversión tan contagiosas? Por lo difícil que es abstenerse de los pros y contras y lo agradable que es el asentimiento.»

²⁹ Cf. 22 [103], 23 [149]. *Fp*: «La ironía, medio pedagógico del maestro (Sócrates). Premisa: que durante un cierto tiempo se la tome en serio como modestia y de una vez establezca meramente la arrogancia del otro. De lo contrario, es un necio alarde de ingenio. El sarcasmo es la cualidad del perro mordedor en el espíritu humano: a lo que el hombre añade la risa maliciosa. Uno se arruina si persevera en esto.»

tro y alumno, es una descortesía, una afectación vulgar. Todos los escritores irónicos cuentan con esa estúpida clase de personas que quieren gustosas sentirse junto con el autor, al que consideran como el portavoz de su arrogancia, superiores a todos los demás. La habituación a la ironía, lo mismo que el sarcasmo, corrompe por lo demás el carácter, va poco a poco prestando la cualidad de una superioridad maliciosa: acaba uno por ser igual que un perro mordedor que, aparte de morder, ha aprendido también a reír.

373³⁰

Arrogancia. De nada debe uno guardarse tanto como del crecimiento de esa mala hierba que se llama arrogancia y que nos arruina toda buena cosecha; pues hay arrogancia en la cordialidad, en el testimonio de respeto, en la familiaridad benévola, en la caricia, en el consejo amistoso, en la confesión de faltas, en la compasión hacia otro, y todas estas bellas cosas despiertan repugnancia cuando esa hierba crece entre ellas. El arrogante, es decir, el que quiere significar más de lo que es *o vale*, hace siempre un cálculo falso. Tiene ciertamente el éxito momentáneo para sí, por cuanto las personas ante las que es arrogante le dispensan habitualmente, por miedo o por comodidad, la medida de respeto que exige; pero toman maligna venganza de ello en cuanto le sustraen del valor que hasta ahora le han atribuido tanto como él ha reclamado en demasía. Nada hay que los hombres se hagan pagar más caro que la humillación. El arrogante puede hacer tan sospechoso y pequeño a los ojos de los demás su gran mérito real, que éstos lo pisen con pies polvorientos. Ni siquiera debiera permitirse una conducta orgullosa más que allí donde puede estarse enteramente seguro de no ser mal comprendido y considerado como arrogante, por ejemplo, entre amigos y esposas. Pues no hay en el trato con personas tontería mayor que atraerse la reputación de arrogancia; es aún peor que cuando no se ha aprendido a mentir cortésmente.

374

Diálogo. El diálogo es la conversación perfecta, pues todo lo que el uno dice, recibe su color, su timbre, su gesto concomitante en *estricta referencia al otro* con quien se habla, correspondientemente a lo que sucede en el trato epistolar, que uno y el mismo muestra diez clases de expresión anímica, según escriba ora a éste, ora a aquél. En el diálogo no hay más que una sola refracción del pensamiento: ésta la produce el interlocutor como el espejo en que queremos ver nuestros pensamientos reflejados del modo más hermoso posible. Pero, ¿qué sucede en el caso de dos, tres y más interlocutores? Entonces pierde necesariamente la conversación en finura individualizante, los diversos respetos se entrecruzan, se anulan; el giro que le agrada a uno no se adecúa al modo de sentir de otro. Por eso en el trato con varios se ve el hombre obligado a replegarse sobre sí, a establecer los hechos tal como son, pero a quitarles a los objetos ese lúdico éter de humanidad que hace de una conversación una de las cosas más agrada-

³⁰ Cf. 22 [105].

bles del mundo. No hay más que oír el tono con que suelen hablar los hombres en el trato con grupos enteros de hombres; es como si el bajo continuo de todo el discurso fuese: «esto soy yo, esto digo yo, ¡quedaos ahora con lo que queráis!». Esta es la razón por la que en la mayoría de los casos las mujeres ingeniosas dejan en quien las ha conocido en sociedad una impresión chocante, penosa, horrorosa: es el hablar con muchos, ante muchos, lo que las despoja de toda gracia espiritual y sólo muestra su egocentrismo consciente, su táctica y el propósito de triunfo público a una luz cruda, mientras que en el diálogo las mismas mujeres vuelven a convertirse en hembras y recuperan todo su donaire espiritual.

375

Fama póstuma. Esperar el reconocimiento en un futuro lejano sólo tiene sentido si se supone que la humanidad permanece esencialmente inmutable y que todo lo grande debe ser sentido como grande no en una, sino en todas las épocas³¹. Pero esto es un error; la humanidad cambia mucho en cuanto a todo sentimiento y juicio de lo que es bello y bueno; es una quimera creer de sí que se lleva una milla de camino de ventaja y que toda la humanidad sigue *nuestro* rumbo. Además: un erudito desconocido puede contar ahora decididamente con que otros harán también su descubrimiento y con que a lo mejor más adelante será algún día reconocido por un historiador que él ya supo también esto y aquello, pero que no estaba en condiciones de acreditar su tesis. No ser reconocido es siempre interpretado por la posterioridad como falta de vigor. En una palabra: no se debe aplaudir tan a la ligera el aislamiento soberbio. Hay por lo demás casos excepcionales; pero las más de las veces son nuestros defectos, debilidades y necesidades los que impiden el reconocimiento de nuestras grandes cualidades.

376

De los amigos. Sólo medita por una vez para ti mismo cuán diversos son los sentimientos, cuán divididas están las opiniones, aun entre los conocidos más íntimos; cómo incluso opiniones idénticas tienen en las cabezas de tus amigos un lugar o una intensidad enteramente diferentes que en la tuya; cuantísimas veces se presenta el pretexto para el malentendido, para la divergencia hostil. Después de todo ello, te dirás: ¡qué inseguro es el terreno sobre el que descansan todas nuestras alianzas y amistades, qué cerca están los chaparrones o el mal tiempo, qué aislado está todo hombre! Si alguien comprende esto y además que todas las opiniones y su índole e intensidad son entre sus semejantes tan necesarias e irresponsables como sus acciones, si se percata de esta necesidad interna de las opiniones a partir de la inextricable imbricación de carácter, ocupación, talento, entorno, tal vez se libre entonces de la amargura e incisividad de ese sentimiento

³¹ Distinto inicio en *Fp*: «Aguardar el reconocimiento en el futuro sólo tendría sentido si la humanidad permaneciese inmutable. Sólo significaría, pues: ser un día comprendido en el aislamiento histórico de uno».

con que aquel sabio exclamó: «¡Amigos, no hay amigos!»³². Más bien se confesará: sí hay amigos, pero es el error, la ilusión acerca de ti lo que los ha conducido a ti; y deben haber aprendido a callar para seguir siendo amigos tuyos; pues casi siempre tales relaciones humanas estriban en que nunca se digan, ni siquiera se rocen, cierto par de cosas; pero en cuanto estas piedrecitas echan a rodar, la amistad va detrás y se rompe. ¿Hay hombres que no resultaran mortalmente heridos si se enterasen de lo que sus más íntimos amigos saben de ellos en el fondo? Al aprender a conocernos a nosotros mismos y a considerar nuestro mismo ser como una esfera cambiante de opiniones y disposiciones y, por tanto, a menospreciarlo un poco, restablecemos nuestro equilibrio con los demás. Es verdad que tenemos buenas razones para despreciar a cada uno de nuestros conocidos, aunque sean los más grandes; pero igual de buenas para volver este sentimiento contra nosotros mismos. Y así, soportémonos unos a otros, ya que nos soportamos a nosotros; y tal vez le llegue a cada cual algún día también la hora más jubilosa en que diga:

*«¡Amigos, no hay amigos!», exclamó el sabio moribundo;
«¡Enemigos, no hay enemigos!», exclamo yo, el necio viviente»³³.*

³² Frase atribuida a Aristóteles.

³³ Cf. De Florian, *Fábulas*, III, 7. Jean-Pierre Claris de Florian (1755-1794): escritor francés. En *Rp* se terminaba con una fecha: 12 de marzo de 1877.

SÉPTIMA PARTE

MUJER E HIJO

377

La mujer perfecta. La mujer perfecta es un tipo humano superior al hombre perfecto; también algo mucho más raro. La ciencia natural de los animales ofrece un medio de hacer verosímil esta tesis.

378¹

Amistad y matrimonio. Al mejor amigo le tocará probablemente la mejor esposa², porque el buen matrimonio se basa en el talento para la amistad.

379

Pervivencia de los padres. Las disonancias irresueltas en la relación entre carácter y mentalidad de los padres repercuten en el ser del hijo y constituyen la historia de su sufrimiento interior.

380

Extraída de la madre. Cada cual lleva en sí una imagen de mujer extraída de la madre: ello le determina a venerar a las mujeres sin excepción, o a menospreciarlas, o a ser en general indiferente hacia ellas.

381³

Corregir la naturaleza. Si no se tiene un buen padre, hay que procurarse uno.

¹ Cf. 23 [72], 18 [37].

² En *Cf* se intercalaba aquí: «por un lado porque en él el sentimiento de amistad es muy fuerte, por otro...».

³ *Ep*: 19 [13].

382⁴

Padres e hijos. Mucho tienen los padres que hacer para reparar el tener hijos.

383

Error de mujeres distinguidas. Las mujeres distinguidas piensan que una cosa ni siquiera existe si no es posible hablar de ella en sociedad.

384

Una enfermedad masculina. Contra la enfermedad masculina del autodesprecio, el remedio más seguro es ser amado por una mujer lista.

385

Una clase de celos. Las madres tienen fácilmente celos de los amigos de sus hijos cuando éstos tienen particular éxito. De ordinario una madre se ama más en su hijo que al hijo mismo⁵.

386

*Sinrazón social*⁶. En la madurez de la vida y de la inteligencia le sobreviene al hombre la sensación de que su padre se equivocó al engendrarlo.

387

Bondad materna. Muchas madres tienen necesidad de hijos felices y honrados; muchas, de desgraciados: de lo contrario no puede mostrarse su bondad como madres.

388⁷

Diferentes suspiros. Algunos hombres han suspirado por el rapto de sus mujeres, la mayoría porque nadie quisiera raptárselas.

389⁸

Casamiento por amor. Los matrimonios contraídos por amor (los llamados casamientos por amor) tienen el error como padre y la urgencia (la necesidad) como madre⁹.

⁴ *Fp*: 18 [40].

⁵ En *Cf* se añade: «los padres, rara vez».

⁶ En *Md* el título era: «Sentimiento asfixiante de la existencia».

⁷ *Fp*: 16 [31].

⁸ *Cf*: 22 [9].

⁹ *Cf*. Platón, *El banquete*, 203c (ed. cast., cit., pág. 585) y Schopenhauer, *Ética*, 156.

390

Amistad femenina. Las mujeres pueden muy bien entablar amistad con un hombre; pero a mantenerla debe sin duda contribuir una pequeña antipatía física.

391

Aburrimiento. Muchas personas, especialmente mujeres, no sienten el aburrimiento porque han aprendido a trabajar ordenadamente.

392¹⁰

Un elemento del amor. En toda clase de amor femenino se manifiesta también algo del amor materno.

393¹¹

La unidad de lugar y el drama. Si los cónyuges no viviesen juntos, los buenos matrimonios serían más frecuentes.

394

Consecuencias habituales del matrimonio. Todo trato que no eleva, rebaja¹², y viceversa; de ahí que los hombres habitualmente desciendan algo cuando toman esposa, mientras que las mujeres son elevadas algo. Los hombres demasiado espirituales precisan tanto del matrimonio cuanto se resisten a él como a una medicina repelente¹³.

395

Enseñar a mandar. A los hijos de familias modestas debe enseñárseles, por medio de la educación, el mando, exactamente lo mismo que a los otros niños la obediencia.

396

Querer enamorarse. Es frecuente que los novios a los que ha unido la conveniencia se esfuercen por *enamorarse*, a fin de escapar al reproche de la fría, calculadora utilidad. Lo mismo que los que buscando su ventaja se convierten al cristianismo por volverse realmente piadosos, pues así les resulta más fácil la pantomima religiosa.

¹⁰ Fp: 16 [17].

¹¹ Fp: 18 [38].

¹² Fp continúa: «Pero muchos hombres necesitan un trato que les rebaje. ¡Para no hablar del peligro de neurosis!»

¹³ Los hombres! En *Pr1* difiere: «Una excepción: los hombres o las mujeres demasiado espirituales necesitan un trato que les rebaje».

397

Ninguna detención en el amor. A un músico amante del *tempo* lento las mismas piezas le saldrán cada vez más lentas. Así en ningún amor hay detención.

398

Pudor: Con la belleza de las mujeres aumenta en general su pudor.

399

Matrimonio de gran estabilidad. Un matrimonio en el que cada cual quiere lograr por medio del otro una meta individual es muy sólido; por ejemplo, cuando la mujer quiere llegar a ser famosa debido a su marido, y el marido querido debido a su esposa.

400

*Naturaleza proteica*¹⁴. Por amor las mujeres se convierten enteramente en aquello como lo cual viven en la representación de los hombres por las que son amadas.

401

*Amar y poseer*¹⁵. Las mujeres aman la mayoría de las veces a un hombre importante de tal modo que quieren tenerlo para ellas solas. Con gusto lo recluían, si su vanidad no les disuadiese: ésta quiere que también aparezca importante ante otros¹⁶.

402

Prueba de un buen matrimonio. La bondad de un matrimonio se demuestra por que alguna vez resiste una «excepción»¹⁷.

403

Medio de llevar a todos a todo. A fuerza de inquietudes, angustias, exceso de trabajo y de pensamientos, se puede fatigar y debilitar a cualquiera de tal modo que ya no se oponga a una cosa que tenga la apariencia de lo complicado, sino que ceda a ella: esto lo saben las mujeres y los diplomáticos.

¹⁴ Título diferente en *Md*: «Metamorfosis muy amable».

¹⁵ Título diferente en *Md*: «Tiranía de las mujeres de hombres eminentes».

¹⁶ En *Fp* de 1874 o tal vez de 1876, se añadía: «Esto es lo asqueroso del asunto».

¹⁷ Cf. Richard Wagner, *Los maestros cantores*, III acto, escena v: «Hans Sachs: «La bondad de las reglas consiste en soportar sin deterioro la excepción»» (ed. cast., trad. Angel F. Mayo, Deutsche Grammophon 1977, pág. 54).

404

Honorabilidad y honestidad. Esas jóvenes que únicamente quieren deber a su atractivo juvenil el sustento para toda la vida y cuya astucia es todavía alentada por las madres avezadas, quieren exactamente lo mismo que las heteras, sólo que éstas son más listas y deshonestas.

405¹⁸

Máscaras. Hay mujeres que, por más que se rebusque en ellas, carecen de interior, sino que son puras máscaras. Es de compadecer el hombre que se lía con tales seres casi espectrales, necesariamente insatisfactorios; pero son precisamente ellas las que más intensamente pueden suscitar el deseo del hombre: éste busca su alma, y nunca deja de buscarla.

406

El matrimonio como larga conversación. Al entrar en el matrimonio debe uno plantearse¹⁹ la siguiente pregunta: ¿crees tú conversar bien con esta mujer hasta la vejez? Todo lo demás del matrimonio es transitorio, pero la mayor parte del tiempo de trato pertenece a la conversación.

407

Sueños de muchachas. A las jóvenes inexpertas les halaga la idea de que está en su poder hacer feliz a un hombre; más tarde aprenden que suponer que para hacer feliz a un hombre sólo ha éste menester una muchacha significa menospreciarlo. La vanidad de las mujeres exige que un hombre sea más que un esposo feliz.

408

Extinción de Fausto y Margarita. Según la muy perspicaz observación de un erudito²⁰, los hombres cultos de la Alemania actual parecen²¹ una mezcla de Mefistófeles y Wagner, pero en absoluto Faustos²², al cual los abuelos (al menos en su juventud) sentían agitarse en sí. Es decir, por dos razones –para continuar con esa tesis– no les convienen las *Margaritas*. Y puesto que ya no hay demanda de ellas, parece que se van extinguiendo.

409

Muchachas como colegialas. ¡Por lo que más queráis en el mundo, no extendamos a las muchachas nuestra enseñanza media! ¡Esa que con frecuencia hace de jóvenes ingeniosos, ávidos de saber y ardorosos, copias de sus maestros!

¹⁸ *Fp*: 17 [13].

¹⁹ [debe uno] En *Fp*: «... yo me plantearía».

²⁰ [un erudito] En *Fp* se precisaba: «Paul de Lagarde». Cf. su obra *Über die gegenwärtige Lage des deutschen Reichs. Ein Bericht*, Göttingen 1876, págs. 44 s., BN. Paul Anton de Lagarde (1827-1891): político y científico alemán de ideas antidemocráticas.

²¹ [los hombres] En *Fp* –nosotros (quiere decir, los hombres cultos de la Alemania actual)».

²² Fausto, Margarita, Mefistófeles, Wagner: todos personajes del *Fausto* de Goethe. Wagner es el pedante ayudante de Fausto.

410

Sin rivales. Las mujeres le notan a un hombre fácilmente si su alma está ya cautiva; quieren ser amadas sin rivales y le reprochan las metas de su ambición, sus tareas políticas, sus ciencias y artes, si es que tiene pasión por tales cosas. A menos que por éstas brille: entonces esperan ellas, en caso de unión amorosa con él, un incremento, al mismo tiempo, de su propio brillo; si es así, alientan al amante.

411²³

El intelecto femenino. El intelecto de las mujeres se muestra como perfecto dominio, presencia de espíritu, aprovechamiento de todas las ventajas. Se lo transmiten a sus hijos como su cualidad fundamental, y el padre agrega el trasfondo, más oscuro, de la voluntad. La influencia de éste determina, por así decir, el ritmo y la armonía con que debe ejecutarse la nueva vida; pero la melodía de la misma procede de la mujer. Dicho para los que saben interpretar bien las cosas: las mujeres tienen el entendimiento, los hombres la sensibilidad y la pasión. No contradice esto que los hombres lleguen de hecho con su entendimiento tan lejos: sus impulsos son más profundos, más poderosos; éstos son los que llevan su entendimiento, en sí algo pasivo, tan lejos. A menudo las mujeres se asombran en silencio de la gran veneración que tributan los hombres a su sensibilidad. Si en la elección de su cónyuge los hombres buscan ante todo un ser profundo, sensible, pero las mujeres un ser sagaz, con presencia de ánimo y brillante, en el fondo se ve claramente cómo el hombre busca al hombre idealizado, la mujer a la mujer idealizada, es decir, no complementación, sino remate de las propias excelencias²⁴.

412

*Un juicio de Hesíodo*²⁵ corroborado. Un indicio de la sagacidad de las mujeres es que casi en todas partes han sabido hacerse alimentar, como zánganos en la colmena. Pongámonos sin embargo lo que esto originariamente significa y por qué los hombres no se hacen alimentar por las mujeres. Ciertamente porque la vanidad y la ambición masculinas son mayores que la sagacidad femenina; pues las mujeres han sabido, mediante la subordinación, asegurarse sin embargo la ventaja preponderante y hasta el dominio. Incluso el cuidado de los hijos habría podido ser originariamente aprovechado por la sagacidad de las mujeres como pretexto para sustraerse en lo posible al trabajo. Aun hoy en día saben, cuando son realmente activas, por ejemplo, como amas de casa, hacer de ello un embarullante trajín: de modo que los hombres suelen sobreestimar en diez veces el mérito de su actividad.

²³ Fp: «Las mujeres, entendimiento y poco *ethos* y sensibilidad. Los hombres tienen sensibilidad, y por eso llegan más lejos con su entendimiento».

²⁴ Si en la elección] Variante de 1874 o tal vez de 1876: «Los hombres idealizan a las mujeres; la mujer toma al hombre más superficialmente y más exteriormente, y por eso le gusta».

²⁵ Cf. Hesíodo, *Teogonía*, 585-602 (ed. cast., cit., pág. 76).

413

Los míopes son enamorizados. A veces hasta con unos anteojos más potentes para curar al enamorado; y quien tuviera la fuerza de imaginación para representarse un rostro, una figura, con veinte años más, tal vez fuera por la vida muy exento de cuidados.

414²⁶

Las mujeres en el odio. En estado de odio son las mujeres más peligrosas que los hombres; ante todo porque ningún escrúpulo de ecuanimidad les frena en su sentimiento hostil una vez suscitado, sino que dejan crecer imperturbadamente su odio hasta las últimas consecuencias; luego, porque son expertas en hallar puntos vulnerables (que todo hombre, todo partido tiene) y pinchar en ellos: para lo cual les presta un servicio estupendo la afilada daga de su entendimiento (mientras que la disposición de los hombres, retrocediendo a la vista de las heridas, se vuelve con frecuencia magnánima y reconciliadora).

415

Amor. La idolatría que las mujeres practican con respecto al amor es en el fondo y originariamente una invención de la sagacidad, por cuanto mediante todas esas idealizaciones del amor acrecientan su poder y se presentan a los ojos de los hombres como cada vez más apetecibles. Pero en virtud de la exagerada estimación secular del amor, ha sucedido que han caído en su propia red y han olvidado ese origen. Ellas mismas están ahora más engañadas que los hombres y sufren, por tanto, más del desengaño que casi necesariamente aparecerá en la vida de toda mujer siempre que tenga fantasía e inteligencia suficientes para poder ser engañada y desengañada.

416²⁷

De la emancipación de las mujeres. ¿Pueden las mujeres en general ser justas estando tan acostumbradas a amar, es decir, a sentir en pro y en contra? De ahí también que se interesen menos por causas que por personas: pero si lo hacen por causas, al punto se hacen militantes de ellas, con lo cual corrompen la acción pura e inocente. Surge así un peligro nada despreciable cuando se les confía la política y ciertas áreas de la ciencia (por ejemplo, la historia). Pues ¿qué sería más raro que una mujer que supiera realmente lo que es la ciencia?²⁸ Incluso las mejores alimentan contra ella en su seno un secreto menosprecio, como si de alguna manera fueran superiores a ella. Quizá todo esto pueda cambiar; mientras tanto, es así.

417

La inspiración en el juicio de las mujeres. Esas repentinas decisiones en pro y en contra que las mujeres suelen tomar, esas iluminaciones, rápidas como el

²⁶ Cf. 22 [63].

²⁷ Cf. 22 [63]. Fp: «Debido precisamente a su injusticia, debe tenerse la máxima desconfianza hacia su emancipación».

²⁸ Pues ¿qué? «Aún no he conocido a una mujer que supiera realmente lo que es la ciencia».

rayo, que sobre las relaciones personales lanzan sus repentinas inclinaciones y aversiones, en una palabra, las pruebas de la injusticia femenina, han sido rodeadas de una aureola por hombres enamorados, como si todas las mujeres tuviesen inspiraciones de sabiduría, aun sin el caldero delfico ni la corona de laurel; y sus dictados son todavía mucho tiempo después interpretados y justificados como oráculos sibilinos. Pero si se pondera que en pro de toda persona, de toda causa, puede hacerse valer algo, pero igualmente también algo en contra, que todas las cosas no sólo tienen dos, sino tres y cuatro caras, es casi difícil equivocarse por completo con tales decisiones repentinas; hasta se podría decir: la naturaleza de las cosas está dispuesta de tal modo que las mujeres siempre tienen razón.

418

Hacerse amar. Dado que de dos personas que se aman una es habitualmente la que ama y la otra la amada, ha surgido la creencia de que en todo comercio amoroso hay una medida constante de amor: cuanto más toma de ella una persona, menos queda para la otra. Excepcionalmente sucede que la vanidad persuade a cada una de las dos personas de que es ella la que debe ser amada; de modo que ambas quieren hacerse amar: de donde resultan, especialmente en el matrimonio, toda clase de escenas entre divertidas y absurdas²⁹.

419

Contradicciones en cabezas femeninas. Dado que las mujeres son mucho más personales que objetivas, en el círculo de su pensamiento caben tendencias que están lógicamente en contradicción recíproca: suelen entusiasmarse uno tras otro precisamente por los representantes de esas tendencias, y aceptan sus sistemas en bloque; pero de tal modo que siempre se produce un punto muerto allí donde más tarde adquiere la preponderancia una nueva personalidad. Tal vez suceda que toda la filosofía en la cabeza de una anciana consista meramente en tales puntos muertos.

420

¿Quién sufre más? Después de una desavenencia y altercado personales entre un hombre y una mujer, una de las partes sufre sobre todo por la idea de haber hecho daño a la otra; mientras que ésta sufre sobre todo por la idea de no haberle hecho a la otra suficiente daño, por lo que se esfuerza, mediante lágrimas, sollozos y semblantes conturbados, por apenarla también después.

²⁹ La segunda parte de este aforismo le fue inspirada a Nietzsche por la lectura de *El valiente justiciero*, del dramaturgo español Agustín Moreto y Cabaña (1618-1669), traducción alemana: *Der gestrenge Gerichtsherr*, en la colección: «Spanisches Theater», ed. Moriz Rapp, Hermann Kurz, Ludwig Baunfels, Leipzig, s. f. (1870), vol. VII; Nietzsche conoció esta colección en Sorrento a comienzos de 1877; cf. carta de Malvidá von Meysenburg a Olga Monod, del 16 de enero de 1877.

421³⁰

Ocasión para la magnanimidad femenina. Si por una vez uno se situase en el pensamiento más allá de los dictados de la costumbre, podría sin duda sopesarse si naturaleza y razón no obligan al hombre a más de un matrimonio sucesivos, de tal suerte que primero despose a la edad de veintidós años a una muchacha de más edad, que sea superior a él espiritual y éticamente, y pueda convertirse en su guía a través de los peligros de los veinte a los treinta años (ambición, odio, autodesprecio, pasiones de toda índole). El amor de ésta se convertiría luego en el maternal, y ella no sólo soportaría, sino que exigiría del modo más saludable que el hombre contrajese a los treinta años una unión con una muchacha joven, cuya educación tomaría él mismo en sus manos. El matrimonio es una institución necesaria de los veinte a los treinta años; útil, pero no necesaria, de los treinta a los cuarenta; durante el resto de la vida se torna a menudo perjudicial y favorece la regresión espiritual del hombre.

422

Tragedia de la infancia. Ocurre quizá no pocas veces que personas de aspiraciones nobles y elevadas tengan que librar su lucha más dura en la infancia: tal vez por tener que imponer su manera de pensar frente a un padre³¹ de mente vil, dado a la apariencia y la mentira, o por vivir constantemente, como Lord Byron, en lucha con una madre pueril e irascible. Si se ha vivido algo así, no se consolará uno durante toda su vida de saber quién ha sido, propiamente hablando, su enemigo mayor, más peligroso.

423

Necedad de los padres. Los errores más burdos en el enjuiciamiento de un hombre los cometen sus padres: esto es un hecho, pero ¿cómo explicarlo? ¿Tienen los padres demasiada experiencia del hijo y no pueden reunirla ya en una unidad? Se observa que los viajeros por países extranjeros sólo en los primeros tiempos de su estancia captan correctamente los rasgos generales distintivos de un pueblo; cuanto más conocen al pueblo, menos atinan a ver lo típico y distintivo del mismo. Tan pronto llegan a ver de cerca, dejan de ver de lejos. Juzgan, por tanto, los padres erróneamente al hijo porque nunca han estado lo suficientemente lejos de él? Una explicación enteramente diferente sería la siguiente: los hombres no suelen ya reflexionar sobre lo más próximo, lo que les rodea, sino que sólo lo aceptan. Quizá sea la habitual falta de pensamiento de los padres la razón por la que, cuando se les obliga a juzgar a sus hijos, juzgan tan torcidamente.

³⁰ *Fp*: 17 [29].

³¹ un padre| *Mel*: «una madre».

Sobre el futuro del matrimonio. Esas mujeres nobles, liberales, que se plantean como tarea la educación y elevación del sexo femenino, no deben pasar por alto un punto de vista: el matrimonio, concebido en su sentido superior, como amistad de las almas de dos personas de sexo opuesto, es decir, tal como se espera del futuro, contraído con el fin de engendrar y educar una nueva generación, un tal matrimonio, que sólo usa lo sensual, por así decir, como un medio raro, ocasional, para un fin más grande, probablemente precise de una ayuda natural, el *concubinato*; pues si, por razones de salud del marido, la esposa debe servir también para la satisfacción exclusiva de la necesidad sexual, ya en la elección de esposa será decisivo un punto de vista falso, opuesto a los objetivos indicados: el logro de descendencia deviene contingente, la educación afortunada sumamente improbable. Una buena esposa, que debe ser amiga, colaboradora, fecunda, madre, cabeza de familia, intendente, más aún, que, quizá aparte del marido, tiene que ocuparse de su propio negocio y oficio, no puede ser al mismo tiempo concubina: salvo excepciones, esto significaría pedirle demasiado. Podría por consiguiente ocurrir en el futuro lo contrario de lo que en tiempos de Pericles sucedía en Atenas: los hombres, que entonces no tenían en sus esposas mucho más que concubinas, se volvían además hacia las Aspasia³², pues anhelaban los encantos de una compañía liberadora de la mente y del corazón como sólo pueden procurar la gracia y la ductilidad espirituales de las mujeres. Todas las instituciones humanas, como el matrimonio, no admiten más que un grado moderado de idealización práctica; en caso contrario, se hacen al punto necesarios burdos remedios.

*Período de Sturm und Drang*³³ *de las mujeres.* En los tres o cuatro países civilizados de Europa puede hacerse de las mujeres, mediante unos cuantos siglos de educación, todo lo que se quiera, incluso hombres, por supuesto no en el sentido sexual, pero sí en cualquier otro sentido. Sometidas a semejante influencia, algún día habrán adquirido todas las virtudes y fortalezas masculinas, aunque en el mismo saco deben también llevarse sus debilidades y vicios: hasta tal punto, como queda dicho, puede forzarse la cosa. Pero, ¿cómo soportaremos el estado intermedio acarreado por esto, que quizá pueda llevar incluso un par de siglos, durante los cuales las tonterías e injusticias femeninas, sus prendas ancestrales, afirman todavía su supremacía sobre todo lo adquirido, aprendido? Esta será la época en que la cólera constituya el afecto propiamente hablando masculino, la cólera por que todas las artes y ciencias estén inundadas y encenegadas de un diletantismo inaudito, por que la filosofía sea llevada a la muerte por una charlatanería descabellada, por que la política sea más fantástica y partisana que

³² Aspasia (470?-410 a. C.): inteligente y muy influyente concubina de Pericles, constituye el paradigma de las heteras.

³³ «Tempestad e impulso»: movimiento literario prerromántico alemán (1770-1790).

nunca, por que la sociedad esté en plena disolución, pues las guardianas de la antigua costumbre se han hecho para sí mismas ridículas y se han empeñado en situarse en todos los respectos fuera de la costumbre. Pues si las mujeres tenían en la costumbre su máximo poder, ¿a qué deberán agarrarse para recuperar una plenitud análoga de poder, tras haber abandonado la costumbre?

426

Libre pensamiento y matrimonio. ¿Vivirán los librepensadores con las mujeres? En general creo que, igual que los pájaros agoreros de la antigüedad, en cuanto los que piensan y dicen la verdad del presente, han de preferir *volar solos*.

427

Felicidad del matrimonio. Todo lo habitual urde en torno a nosotros una red cada vez más tupida de telarañas; y no tardamos en advertir que los hilos se han convertido en cuerdas y que nosotros estamos en medio como una araña aquí atrapada y que debe alimentarse de su propia sangre. Por eso odia el librepensador todas las habituaciones y reglas, todo lo duradero y definitivo, por lo cual una y otra vez desgarrar, con dolor, la red en torno a sí, pese a que como consecuencia de ello sufrirá innumerables heridas grandes y pequeñas, pues esos hilos tiene que arrancarlos de sí, de su cuerpo, de su alma. Tiene que aprender a amar lo que hasta ahora odiaba, y viceversa. Más aún, nada imposible debe ser para él sembrar dientes de dragón en el mismo campo en que antes dejó correr las cornucopias de su bondad. De lo cual puede deducirse si está hecho para la felicidad del matrimonio.

428

Demasiado cerca. Si vivimos demasiado cerca de una persona, nos ocurre lo mismo que si tocamos una y otra vez un buen grabado con los dedos desnudos: un buen día ya no tenemos en las manos más que un papel malo y sucio, y nada más. También el alma de un hombre acaba por desgastarse debido a un contacto continuo; al menos así termina por *aparecérsenos*; nunca volvemos a ver su dibujo y belleza originales. Se pierde siempre en el trato demasiado íntimo con mujeres y amigos; y a veces pierde uno con ello la perla de su vida.

429

La cuna de oro. El librepensador siempre respirará aliviado cuando al fin haya resuelto sacudirse ese cuidado y esa tutela maternas de que le rodean las mujeres. ¿Qué daño le hace, pues, la recia corriente de aire de la que tan medrosamente se le protegía? ¿Qué significan una desventaja, una pérdida, un percance, una enfermedad, una deuda, un trastorno reales más o menos en su vida, comparados con la falta de libertad de la cuna de oro, del abanico de cola de pavo real y de la opresiva sensación de tener además que estar agradecido por ser atendido y mimado como una criatura? De ahí que la leche que le ofrece la actitud maternal de las mujeres que le rodean pueda convertirse tan fácilmente en hiel.

430

Chivo expiatorio voluntario. Como más alivian las mujeres eminentes la vida a sus maridos cuando éstos son famosos y grandes es convirtiéndose por así decir en el receptáculo del disfavor general y del mal humor ocasional de los demás hombres. Los contemporáneos suelen perdonarles a sus grandes hombres muchos errores y tonterías, y aun actos de burda injusticia, siempre que encuentren a alguien a quien puedan maltratar e inmolar como chivo expiatorio propiamente dicho para alivio de su ánimo. No pocas veces encuentra una mujer en sí la ambición de ofrecerse a este sacrificio, y en tal caso puede por supuesto el marido estar muy satisfecho, es decir, en el caso de que sea lo suficientemente egoísta para consentir en su vecindad un tal pararrayos, paratruenos y paraguas voluntario.

431

Adversarios agradables. La natural propensión de las mujeres a una existencia y un trato tranquilos, regulares, dichosamente armoniosos, lo suavizante y apaciguador de sus efectos sobre el mar de la vida, trabaja involuntariamente contra el impulso interno, más heroico, del librepensador. Sin darse cuenta, las mujeres actúan como cuando al mineralogista de excursión se le quitan del camino las piedras para que su pie no tropiece con ellas, siendo así que él ha salido precisamente *para* tropezar con ellas.

432

Desacorde de dos consonancias. Las mujeres quieren servir y tienen en ello su felicidad; y el librepensador quiere no ser servido y tiene en ello su felicidad.

433

Jantipa. Sócrates encontró una mujer como había menester; pero tampoco la habría buscado si la hubiese conocido lo bastante bien: ni siquiera el heroísmo de este espíritu libre habría ido tan lejos. En realidad, Jantipa le impulsó cada vez más en su peculiar vocación al hacerle casa y hogar inhabitables e inhóspitos: le enseñó a vivir en la calle y dondequiera que se pudiera charlar y estar ocioso, y con ello hizo de él el más grande dialéctico callejero de Atenas; el cual tuvo finalmente que compararse a sí mismo con un molesto tábano que un dios le había puesto en la cerviz al hermoso caballo Atenas para no dejarlo reposar ³⁴.

434

Ciegos para la lejanía. Así como propiamente hablando las madres no tienen sentido y ojos más que para los dolores visibles y sensibles de sus hijos, así

³⁴ Cf. Platón: *Apología*, 30e; 20c-23c (ed. cast., cit., págs. 210; 203 ss.). Jantipa (ss, V-IV a. C.); esposa de Sócrates.

las esposas de hombres de aspiraciones elevadas no pueden soportar ver a sus maridos dolientes, indigentes y aun menospreciados, mientras que tal vez todo esto no sean sólo los emblemas de una elección acertada de su modo de vida, sino las garantías de que sus grandes metas *deben* ser alcanzadas tarde o temprano. Las mujeres siempre intrigan en silencio contra el alma superior de sus maridos; quieren frustrarles su porvenir, en aras de un presente sin dolor, confortable.

435

Poder y libertad. Por mucho que las mujeres honren a sus esposos, aún más honran sin embargo las autoridades e ideas reconocidas por la sociedad: desde hace miles de años están acostumbradas a inclinarse ante todo lo hegemónico, con las manos plegadas en el pecho, y desaprueban toda sublevación contra el poder público. Por eso, sin tan siquiera proponérselo, más bien como por instinto, se cuelgan cuales calzas de las ruedas de un afán librepensador independiente y en ciertas circunstancias impacientan sobremanera a sus esposos, máxime cuando éstos se persuaden además de que es el amor lo que en el fondo impulsa a las mujeres a ello. Desaprobar los medios de las mujeres y honrar magnánimamente los motivos de estos medios, esos son los modales masculinos y bastante a menudo la desesperación masculina.

436³⁵

*Ceterum censeo*³⁶. Es ridículo que una sociedad de desposeídos decreta la abolición del derecho de herencia, y no menos ridículo que personas sin hijos trabajen en la legislación práctica de un país: indudablemente, no tienen en su navío suficiente lastre para poder hacerse a la vela seguros en el océano del futuro. Pero igualmente disparatado parece que quien ha escogido como su tarea el conocimiento más general y la evaluación del conjunto de la existencia se cargue de consideraciones personales hacia una familia, hacia el sustento, la seguridad, la atención a mujer e hijo, y extienda ante su telescopio ese velo opaco que apenas algunos rayos del lejano mundo sideral pueden atravesar. Así llego también yo a la tesis de que en los asuntos de índole filosófica suprema los casados son sospechosos.

437

Por último. Hay varias clases de cicuta, y habitualmente el destino halla ocasión de ponerle al librepensador en los labios una copa de esta bebida venenosa;

³⁵ Cf. la variante de *HDH*, 455.

³⁶ «Por lo demás, soy de la opinión...». Catón el Viejo concluía todos sus discursos con la frase «*Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*» («Por lo demás, soy de la opinión de que Cartago ha de ser destruida»). Cf. Plutarco sobre Catón el Viejo (*Vidas*, par. 27). Marco Porcio Catón, llamado el Viejo o el Censor (93-46 a. C.): político romano.

para «castigarle», como dice entonces todo el mundo. ¿Qué hacen entonces las mujeres en torno a él? Gritarán y gemirán, y acaso perturbarán el descanso vespertino del pensador: como hicieron en la prisión de Atenas: «¡Oh Critón, dile a alguien que se lleve de aquí a estas mujeres!», dijo al fin Sócrates ³⁷.

³⁷ Cf. Platón, *Fedón*, 116b; 117d (ed. cast., cit., págs. 651; 652). Los últimos instantes de la vida de Sócrates sirvieron a Nietzsche de inspiración no pocas veces: vid., p. ej., *La gaya ciencia*, 340 (ed. cast., *Obras completas*, cit., vol. III, pág. 222), y todo el capítulo sobre «El problema de Sócrates» en *El crepúsculo de los ídolos* (ed. cast., trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza 1975 ², págs. 37-43).

OCTAVA PARTE

UNA OJEADA AL ESTADO

438

Pedir la palabra. El carácter demagógico y la intención de influir sobre las masas son actualmente comunes a todos los partidos políticos: a causa de la intención citada, todos ellos están obligados a transformar sus principios en grandes estupideces al fresco y pintarlos así en las paredes. Nada hay que cambiar en ello, y aun es superfluo levantar siquiera un dedo en contra; pues en este campo rige lo que dice Voltaire: *quand la populace se mêle de raisonner, tout est perdu*¹. Una vez ocurrido esto, hay que adaptarse a las nuevas condiciones como se adapta uno cuando un seísmo ha removido los antiguos lindes y contornos de la configuración del terreno y el valor de la propiedad se ha alterado. Además: si de lo que en toda política se trata es de hacer la vida más soportable al mayor número posible, este mayor número posible puede también determinar qué entiende por una vida soportable; si para encontrar también los medios adecuados a este objetivo confían en el intelecto, ¿de qué sirve dudar de ello? *Quieren* ser en adelante los forjadores de su propia fortuna o infortunio²; y si este sentimiento de autodeterminación, el orgullo por los cinco, seis conceptos que su cabeza alberga y saca a relucir, les hacen de hecho la vida tan agradable que soportan de buen grado las fatales consecuencias de su estulticia, poco cabe objetar, supuesto que la estulticia no llegue al extremo de pedir que *todo* debe en este sentido convertirse en política, que *todo el mundo* debe vivir y obrar según tal pauta. Pues, en primer lugar, más que nunca debe permitírseles a algunos abstenerse de la política y caminar un poco al margen: también a éstos les impulsa a tal cosa el placer de la autodeterminación, y a ello puede estar también ligado un pequeño orgullo en callarse cuando hablan demasiados o aunque sean sólo muchos. Luego, a estos pocos debe perdonárseles si no conceden tanta

¹ «Cuando el populacho se pone a razonar, todo está perdido». Carta a Danilaville del 1 de abril de 1766.

² «Jeder ist seines Glückes Schmied» («Cada cual es forjador de su propia fortuna»), refrán alemán.

importancia a la felicidad de la mayoría, entiéndase por ésta pueblos o estratos de población, y aquí y allá se hacen culpables de un semblante irónico; pero su seriedad está en otra parte, su felicidad es un concepto diferente, su meta no se deja medir por palmos de cualquier torpe mano que no tiene más que cinco dedos. Por último —lo que por cierto más difícilmente se les admite pero que igualmente debe admitirse—, llega de vez en cuando un momento en que salen de sus taciturnas soledades y ensayan una vez más la fuerza de sus pulmones: entonces se llaman en efecto unos a otros como extraviados en un bosque, para darse a conocer y animarse recíprocamente; por supuesto, se oyen en tal caso no pocas cosas malsonantes a los oídos a que no están destinadas. Ahora bien, no tarda en restablecerse el silencio en el bosque, un silencio tal que otra vez se perciben claramente el rumor, el zumbido y el revoloteo de los innúmeros insectos que viven en, por encima y por debajo del bosque.

439³

Cultura y casta. Una cultura superior únicamente puede surgir allí donde hay dos castas diferentes en la sociedad: la de los trabajadores y la de los ociosos, capacitados para el verdadero ocio; o en términos más categóricos: la casta del trabajo forzado y la casta del trabajo libre. El punto de vista del reparto de la felicidad no es esencial cuando se trata de la generación de una cultura superior; pero, en todo caso, la casta de los ociosos es la más capaz de sufrimiento, la que más sufre: su disfrute de la existencia es menor, su tarea mayor. Ahora bien, si se da un intercambio entre ambas castas, de modo que las familias e individuos más obtusos, menos espirituales, son degradados de la casta superior a la inferior y a su vez las personas más libres de ésta reclaman el acceso a la superior, se llega entonces a una situación más allá de la cual ya no se ve más que el mar abierto de deseos indeterminados⁴. Así nos habla la voz expirante de los tiempos antiguos; pero, ¿dónde quedan oídos para oírla?

440

Por la sangre. Lo que por la sangre tienen hombres y mujeres de ventaja sobre los demás y lo que les da un derecho indiscutible a una estimación superior son dos artes cada vez más acrecentadas por herencia: el arte de saber mandar y el arte de la obediencia orgullosa. Ahora bien, allí donde el mando forma parte de la tarea diaria (como en el gran mundo del comercio y la industria), surge algo parecido a esas stirpes «por la sangre», pero les falta el continente noble en la obediencia, que es en aquéllas un legado de circunstancias feudales y que en nuestro clima cultural ya no crecerá.

441

Subordinación. La subordinación, tan altamente estimada en el Estado militar y burocrático, no tardará en hacérsenos tan increíble como ya se ha hecho la hermélica táctica de los jesuitas; y cuando esta subordinación ya no sea posible, dejará de lograrse una gran cantidad de efectos asombrosos y el mundo se empobrecerá. Debe desaparecer, pues desaparece su fundamento: la fe en la

³ Cf. 19 [21].

⁴ Interpolación en *Md*: «En Alemania estamos aún muy lejos de esta situación».

autoridad absoluta, en la verdad definitiva; incluso en los Estados militares para producirla no basta la coacción física, sino que es menester la inveterada adoración de lo principesco como algo sobrehumano. En situaciones de *mayor libertad* uno sólo se somete bajo ciertas condiciones, como consecuencia de un mutuo acuerdo, es decir, con todas las reservas del propio provecho.

442

Ejércitos nacionales. La mayor desventaja de los ejércitos nacionales ahora tan exaltados consiste en el derroche de hombres del máximo nivel de civilización; sólo cuando todas las circunstancias son favorables, hay de éstos: ¡cuán ahorrativa y escrupulosamente deberían gastarse, dados los grandes lapsos de tiempo que son menester para crear las condiciones oportunas para la producción de cerebros tan delicadamente organizados! Pero así como los griegos nadaron en sangre griega, así los europeos nadan ahora en sangre europea; y por cierto que relativamente son siempre los más cultivados, los que garantizan a posteridad abundante y buena, los más sacrificados; pues éstos están en primera línea de combate, como comandantes, y además, debido a su ambición superior, se exponen más a los peligros. El grosero patriotismo romano, ahora que se plantean tareas muy diferentes y mucho más elevadas que *patria* y *honor*⁵, es o algo deshonesto o un signo de atraso.

443

La esperanza como arrogancia. Nuestro orden social se irá derritiendo lentamente, como han hecho todos los órdenes anteriores, en cuanto los soles de nuevas opiniones luzcan sobre los hombres con renovado ardor. Uno sólo puede *desear* este derretimiento si espera; y sólo le cabe razonablemente esperar si se atribuye a sí y a sus iguales más fuerza de corazón y de mente que a los representantes de lo existente. Es decir, esta esperanza será habitualmente una *arrogancia*, una *sobreestimación*.

444

Guerra. En contra de la guerra puede decirse: embrutece al vencedor, envilece al vencido. En favor de la guerra: barbariza en los dos sentidos citados y hace por tanto más natural; para la cultura es sueño o invernada, de ella sale el hombre más fuerte para el bien y el mal.

445

Al servicio del príncipe. A fin de actuar completamente sin escrúpulos, lo mejor que hará el hombre de Estado será consumir su obra, no para sí, sino para un príncipe. El resplandor de este desinterés general ciega la vista del espectador de tal modo que no ve esas perfidias y durezas que comporta la obra del hombre de Estado.

⁵ En español en el original.

446

Una cuestión de poder, no de derecho. Para los hombres que en todas las cosas ponen la mira en el provecho superior, no hay en el socialismo, en el caso de que éste sea *efectivamente* el levantamiento de los secularmente oprimidos, sojuzgados, contra sus opresores, un problema de *derecho* (con la ridícula, melindrosa pregunta: «¿hasta qué punto se *debe* ceder a sus reivindicaciones?»), sino sólo un problema de poder («¿hasta qué punto se *pueden* aprovechar sus reivindicaciones?»); es por tanto como si se tratase de una fuerza natural, el vapor, por ejemplo, al que el hombre, cual dios de las máquinas, obliga a servirle, o que, en caso de defectos de la máquina, es decir, de defectos de cálculo humano en la construcción de la misma, la destruye a ella y al hombre al mismo tiempo. Para resolver esa cuestión de poder, debe saberse qué fuerza tiene el socialismo, con qué modificación puede todavía aprovecharse como poderoso resorte dentro del actual juego de fuerzas políticas; bajo ciertas circunstancias, debería incluso hacerse todo para fortalecerlo. Ante cualquier gran fuerza –aun la más peligrosa–, la humanidad debe pensar en hacer de ella un instrumento de sus propósitos. El socialismo sólo adquiere un derecho cuando entre los dos poderes, los representantes de lo antiguo y de lo nuevo, parece haber estallado la guerra, pero luego el cálculo prudente de la mayor conservación y conveniencia posible hace nacer en ambos partidos el deseo de un acuerdo. Sin acuerdo, no hay derecho. Hasta ahora no hay en este terreno ni guerra ni acuerdo, y por ende tampoco derechos, ni ningún «deber».

447

Aprovechamiento de la más mínima deshonestidad. El poder de la prensa consiste en que cada uno de los individuos que están a su servicio se siente muy poco obligado y comprometido. Habitualmente dice *su* opinión, pero alguna vez *no* la dice tampoco, en provecho de su partido, o de la política de su país, o, en último término, de sí mismo. Tales pequeños delitos de deshonestidad, o quizá sólo de reticencia deshonestas, no son pesados de llevar por el individuo, pero las consecuencias son extraordinarias, puesto que estos pequeños delitos son cometidos por muchos al mismo tiempo. Cada uno de éstos se dice: «a costa de tan modestos servicios vivo mejor; puedo ganarme bien la vida; si prescindo de tales pequeñas deferencias, me hago imposible». Como escribir o no escribir una línea más, incluso tal vez sin firma, aparece casi moralmente indiferente, alguien que tenga dinero e influencia puede hacer de cualquier opinión la pública. Quien sabe que la mayoría de los hombres son débiles en menudencias y quiere lograr a través de ellos sus propios fines, es un hombre peligroso.

448

Tono demasiado alto de la denuncia. Al exponer muy exageradamente un estado de necesidad (por ejemplo, los fallos de una gestión, la corrupción y el favoritismo en corporaciones políticas o doctas), la exposición pierde su efecto sobre los perspicaces, pero actúa tanto más intensamente sobre los no perspicaces (quienes ante una exposición cuidadosa y mesurada habrían permanecido indiferentes). Pero, como éstos gozan de una mayoría significativa y albergan en sí fuerzas volitivas más poderosas, una afición más vehemente a la acción, esa exageración se convierte en motivo de investigaciones, castigos, promesas, reorganizaciones. En tal medida es provechoso exponer exageradamente estados de necesidad.

Los aparentes hacedores del tiempo de la política. Así como el pueblo supone tácitamente en quien entiende el tiempo y lo predice con un día de antelación que él hace el tiempo, hasta cultos y eruditos atribuyen con gran derroche de fe supersticiosa a grandes hombres de Estado todos los cambios y coyunturas que se producen durante un gobierno como su obra más propia sólo con que sea evidente que sabían algo de ello antes que los demás y que hicieron su cálculo en consonancia; se les toma en consecuencia igualmente por hacedores del tiempo; y esta creencia no es el instrumento más fútil de su poder.

Nuevo y viejo concepto del gobierno. Distinguir entre gobierno y pueblo como si aquí dos esferas de poder separadas, una más fuerte, superior, y otra más débil, inferior, negociaran y se pusieran de acuerdo, es parte de un sentimiento político heredado que aún hoy día corresponde exactamente al establecimiento histórico de las relaciones de poder en la *mayoría* de los Estados. Cuando, por ejemplo, Bismarck⁶ define la forma constitucional como un compromiso entre gobierno y pueblo, habla conforme a un principio que tiene su razón en la historia (por supuesto que de ahí precisamente el aditamento de sinrazón sin el que nada humano puede existir). Ahora bien, debe en cambio aprenderse —conforme a un principio que ha surgido puramente de la cabeza y que aún tiene que *hacer* historia— que el gobierno no es nada más que un órgano del pueblo, no un providencial, venerable «arriba» con relación a un «abajo» habituado a la modestia. Antes de aceptar esta formulación, hasta aquí antihistórica y arbitraria, aunque más lógica, del concepto de gobierno, sopeséense bien las consecuencias: pues la relación entre pueblo y gobierno es la relación ejemplar más fuerte, a cuyo modelo se ajusta involuntariamente el trato entre profesor y alumno, señor de la casa y servidumbre, padre y familia, general y soldado, patrón y aprendiz. Todas estas relaciones se están modificando algo hoy en día bajo el influjo de la dominante forma constitucional de gobierno: se están convirtiendo en compromisos. Pero, ¿cómo se invertirán y desplazarán, cambiarán de nombre y de ser cuando ese concepto completamente nuevo se haya adueñado por doquier de las mentes!, pero para lo cual muy bien puede faltar todavía un siglo. Nada es a este respecto *más* de desear que la precaución y la evolución lenta⁷.

⁶ Otto Eduard Leopold Bismarck-Schönhausen (1815-1898): estadista alemán forjador del Imperio alemán bajo la tutela de Prusia.

⁷ Antes de aceptar] Variante en *Cf.*: «Quien no pueda franquear esta separación, seguirá teniendo en todas las demás situaciones la vieja mentalidad del esclavo en relación con el amo: se trata de una relación ejemplar arbitrariamente traspuesta al matrimonio, a la actitud hacia los criados, los obreros, los camaradas de partido, los alumnos de un maestro».

451

La justicia como reclamo de los partidos. Representantes nobles (aunque no precisamente muy perspicaces) de la clase⁸ dominante pueden muy bien prometer: «queremos tratar a los hombres como iguales, concederles derechos iguales»; hasta tal punto es posible un modo de pensar socialista, que se basa en la *justicia*, pero, como queda dicho, solamente dentro de la clase dominante, que en este caso *practica* la justicia con sacrificios y renunciaciones. En cambio, *exigir* igualdad de derechos como hacen los socialistas de la casta sometida, no es jamás la emanación de la justicia, sino de la codicia. Si a una bestia se le muestran de cerca y se le retiran pedazos de carne sangrantes hasta que finalmente ruja, ¿creéis que este rugido significa justicia?

452

Posesión y justicia. Cuando los socialistas demuestran que el reparto de la propiedad en la humanidad actual es la consecuencia de innumerables injusticias y atropellos, e *in summa* declinan toda obligación hacia algo tan injustamente cimentado, sólo ven algo aislado. Todo el pasado de la cultura antigua está construido sobre la violencia, la esclavitud, el engaño, el error; pero no podemos abolirlos por decreto a nosotros mismos, los herederos de todas estas circunstancias, más aún, las concreciones de todo ese pasado, ni debemos querer extraer ninguna pieza singular. La actitud injusta está también afincada en las almas de los desposeídos: no son éstos mejores que los propietarios ni tienen un privilegio moral, pues sus antepasados fueron alguna vez propietarios. Hacen falta, no nuevos repartos por la violencia, sino transformaciones paulatinas de la mentalidad; la justicia debe aumentar en todos, el instinto de la violencia debilitarse.

453⁹

El timonel de las pasiones. El estadista suscita pasiones públicas para obtener la ganancia de la contrapasión despertada por ellas. Para poner un ejemplo: un estadista alemán sabe muy bien que la Iglesia católica jamás tendrá planes idénticos a los de Rusia, más aún, que preferiría con mucho aliarse con los turcos antes que con ésta; sabe igualmente que todo peligro de alianza de Francia con Rusia es una amenaza para Alemania. Ahora bien, si es capaz de hacer de Francia el hogar y baluarte de la Iglesia católica, habrá eliminado por largo tiempo este peligro. Tiene por consiguiente interés en mostrar odio hacia los católicos y en transformar, mediante hostilidades de toda índole, a quienes reconocen la autoridad del Papa en una apasionada potencia política que sea hostil a la política alemana y que tenga naturalmente que aliarse con Francia en cuanto la antagonista de Alemania: tan necesariamente es su meta la catoliza-

⁸ *Id.*: «casta».

⁹ *Cf.* 17 [95].

ción de Francia como vio Mirabeau¹⁰ en la descatalogización, la salvación de su patria. Es decir, un Estado quiere el oscurecimiento de millones de cerebros de otro Estado para extraer de este oscurecimiento su ventaja. Es esta la misma actitud que apoya la forma republicana de gobierno del Estado vecino —*le desordre organisé*¹¹, como dice Merimé— por la única razón de que supone que ésta debilita, desune e incapacita al pueblo para la guerra¹².

454

Los peligrosos entre los espíritus subversivos. Divídase a los que piensan en una subversión de la sociedad¹³ en los que quieren lograr algo para sí mismos y los que lo quieren para sus hijos y nietos. Los últimos son los más peligrosos; pues tienen la fe y la buena conciencia del desinterés. A los otros puede contentárseles: para eso es todavía la sociedad imperante lo suficientemente rica y prudente. El peligro comienza tan pronto como las metas se hacen impersonales; los revolucionarios por interés impersonal pueden considerar a los defensores de lo vigente como personalmente interesados y sentirse por tanto superiores a ellos.

455¹⁴

Valor político de la paternidad. Si un hombre no tiene hijos, no tiene pleno derecho a hablar sobre las necesidades de ningún Estado¹⁵. Uno debe haber arriesgado en ello como los demás lo que más quiere; sólo eso liga sólidamente al Estado; uno debe tener a la vista la felicidad de sus descendientes, es decir, tener ante todo descendientes, para tomar en todas las instituciones y el cambio de éstas una parte justa, natural. La evolución de la moral superior depende de que uno tenga hijos; esto le dispone altruistamente, o, más exactamente: ensancha su egoísmo en el tiempo y le hace perseguir con seriedad metas más allá del lapso de su vida individual¹⁶.

456¹⁷

Orgullo del linaje. Cabe legítimamente estar orgulloso de una serie ininterrumpida de *buenos ancestros* hasta el padre, pero no de la serie; pues ésta la tie-

¹⁰ Honoré Gabriel de Riqueti, conde de Mirabeau (1749-1791): político francés.

¹¹ «Desorden organizado». Cf. Merimé, *Lettres...*, op. cit., II, 372.

¹² Continuación en *Cl*: «Esta actitud puede ser provechosa para la prosperidad de un Estado; hostil y nefasta es para la prosperidad de la cultura universal. En general, por tanto, la existencia de Estados particulares (los cuales están necesariamente en un ininterrumpido *bellum omnium contra omnes* entre sí) es un obstáculo para la historia». *Bellum omnium contra omnes*: «guerra de todos contra todos». Frase acuñada por el filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679), autor del *Leviatán*.

¹³ los que piensan] *hp*: «los socialistas».

¹⁴ Cf. 19 [104].

¹⁵ *Cl* añadía: «como dice Pericles en su panegírico». Cf. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II, 44 (ed. cast., cit., pág. 148).

¹⁶ Conclusión en *Cl*: «Es ridículo que una sociedad de desposeídos decreta la abolición del derecho de herencia. A los que no tienen hijos no debiera permitírseles el ejercicio de todos los derechos políticos». Cf. *HDH*, 436.

¹⁷ Cf. 16 [30].

nen todos. La descendencia de buenos ancestros no constituye la auténtica nobleza de sangre; una única interrupción en esa cadena, es decir, un solo ancestro malo, anula la nobleza de sangre. A todo el que hable de su nobleza debe preguntársele: ¿no tienes tú entre tus antepasados ningún hombre violento, codicioso, disoluto, perverso, cruel? Si con buena ciencia y conciencia puede responder que no, cortéjese su amistad.

457¹⁸

Esclavos y obreros. Que concedemos más valor a la satisfacción de la vanidad que a cualquier otro bienestar (seguridad, alojamiento, placeres de toda índole) lo muestra en un grado ridículo que cada cual (prescindiendo de razones políticas) desea la abolición de la esclavitud¹⁹ y abomina con horror de que haya personas reducidas a esta situación; mientras que todos reconocerán que los esclavos²⁰ viven en todos los aspectos más seguros y felices que el obrero moderno, que el trabajo de esclavo es muy poco trabajo en comparación con el del «obrero». Se protesta en nombre de la «dignidad humana»; pero expresado más sencillamente, es esa dichosa vanidad la que siente como la suerte más dura no estar en pie de igualdad, ser públicamente estimado inferior. El cínico piensa de otra manera a este respecto, porque desprecia el honor: y por eso fue Diógenes²¹ durante un tiempo esclavo y preceptor privado.

458

Espíritus dirigentes y sus instrumentos. Vemos a grandes estadistas y en general a todos los que tienen que servirse de otros hombres para la ejecución de sus planes conducirse tan pronto de una manera como de otra: o bien eligen muy sutil y cuidadosamente a los hombres que convienen a sus planes y luego les dejan una gran libertad relativa, pues saben que la naturaleza de estos elegidos les impulsa precisamente allá donde ellos mismos quieren tenerlos; o bien eligen mal e incluso toman lo que tienen a mano, pero de toda arcilla forman algo idóneo para sus fines. Esta última especie es la más violenta y exige también instrumentos más sumisos: su conocimiento de los hombres es habitualmente mucho menor, su desprecio de los hombres mayor, que el de los espíritus primeramente citados; pero la máquina que construyen trabaja por lo común mejor que la máquina que sale del taller de aquéllos.

459

El derecho arbitrario, necesario. Los juristas disputan sobre si es el derecho más cabalmente elaborado o el más fácil de entender el que debe triunfar en un

¹⁸ *Fp*: «A esclavos y prostitutas no les va del todo mal: ¿qué nos impulsa a su supresión?».

¹⁹ En *Md* se añadía: «y la supresión de la prostitución».

²⁰ Añadido en *Md*: «y las prostitutas».

²¹ Diógenes de Sinope (412-323 a. C.): filósofo griego, máximo representante de la escuela cínica.

pueblo. El primero, cuyo modelo supremo es el romano, al profano se le aparece como ininteligible y, por tanto, no como expresión de su sentimiento del derecho. Los derechos nacionales, como, por ejemplo, los germánicos, eran toscos, supersticiosos, ilógicos, en parte absurdos, pero correspondían a costumbres y sentimientos indígenas heredados muy determinados. Pero donde, como entre nosotros, el derecho ya no es tradición, no puede ser más que *impuesto*, coacción; ninguno de nosotros tiene ya un sentimiento tradicional del derecho, por lo que debemos contentarnos con *derechos arbitrarios*, que son la expresión de la necesidad de que *tiene que haber* un derecho. El más lógico es en todo caso el más aceptable, por ser el *más imparcial*: incluso admitiendo que en cualquier caso la unidad mínima de medida en la relación entre delito y castigo está fijada arbitrariamente.

460

El gran hombre de la masa. La receta para lo que la masa llama un gran hombre es fácil de dar. Procúresele a todo trance algo que le sea muy grato o métasele primero en la cabeza que esto o aquello sería muy agradable, y luego désele. Pero de ningún modo en seguida: por el contrario, conquísteselo con máximo esfuerzo o parézcase conquistarlo. La masa debe tener la impresión de que hay allí una fuerza de voluntad poderosa y aun incoercible; al menos debe parecer haberla. Todo el mundo admira la voluntad fuerte, porque nadie la tiene y cada cual se dice que, si la tuviese, ya no habría límites para él y su egoísmo. Ahora bien, si se muestra que una tal voluntad fuerte produce algo muy grato a la masa, en vez de escuchar los deseos de su concupiscencia, uno admira doblemente y se felicita a sí mismo. Tenga por lo demás todas las propiedades de la masa: cuanto menos se avergüence ésta ante ella, más popular será. Sea por tanto violenta, envidiosa, explotadora, intrigante, aduladora, rastrera, engreída, todo según las circunstancias.

461

Príncipe y dios. Los hombres tratan muchas veces con su príncipe de modo semejante a como con su Dios, lo mismo que a menudo el príncipe ha sido en efecto también el representante de Dios, al menos su sumo sacerdote. Esta casi inquietante disposición de veneración, miedo y pudor se había y se ha debilitado mucho más, pero a veces se inflama y afecta a personajes poderosos en general. El culto del genio es un eco de esta veneración de los príncipes-dioses. Donde quiera que se afane uno por elevar a los hombres individuales a lo sobrehumano, nace también la inclinación a representarse capas enteras del pueblo más groseras y bajas de lo que en realidad son ²².

²² Donde quiera que el Variante en *Md*: «Que simples personas se vean elevadas tan extraordinariamente por encima de los demás es el resultado del más inicuo abandono del pueblo y de la formación: por estar el nivel tan bajo están aquéllos tan arriba».

462

*Mi utopía*²³. Con un mejor ordenamiento de la sociedad el trabajo pesado y la miseria de la vida serán achacados al que menos sufra por ellos, es decir, al más estúpido, y así en escala ascendente hasta el que sea más sensible a los géneros supremos, más sublimes, del sufrimiento, y que, por tanto, siga sufriendo por más llevadera que se le haga la vida.

463

Una quimera en la doctrina de la subversión. Hay visionarios políticos y sociales que invitan ardiente y elocuentemente a una subversión de todos los órdenes, en la creencia de que entonces se levantará al instante el más soberbio templo de una hermosa humanidad dijérase por sí mismo. En estos peligrosos sueños resuena todavía la superstición de Rousseau, quien cree en una bondad milagrosa, originaria pero por así decir *soterrada*, de la naturaleza humana, e imputa toda la culpa de su soterramiento a las instituciones de la cultura en la sociedad, el Estado, la educación²⁴. Desgraciadamente, por experiencia histórica se sabe que toda subversión de tal índole lleva de nuevo a la resurrección de las energías más salvajes así como de los ha mucho enterrados horrores y excesos de épocas remotísimas; es decir, que la subversión puede ser sin duda una fuente de energía en una humanidad fatigada, pero jamás ordenadora, arquitecto, artista, perfeccionadora de la naturaleza humana. No fue la naturaleza medida, inclinada al ordenar, depurar y reconstruir, de *Voltaire*, sino las apasionadas tonterías y semimentiras de *Rousseau*, lo que despertó el espíritu optimista de la revolución, contra el cual yo exclamo: «*Écrasez l'infâme!*»²⁵. El²⁶ ha ahuyentado por mucho tiempo el *espíritu de la Ilustración y de la evolución progresiva*: ¡veamos —cada cual por su cuenta— si es posible evocarlo de nuevo!

464

Mesura. La plena escisión del pensamiento y de la investigación, es decir, el librepensamiento convertido en cualidad del carácter, hace mesurado en la acción: pues debilita la concupiscencia, atrae a sí mucha de la energía dada, en pro de fines espirituales, y muestra la semiutilidad o inutilidad y peligrosidad de todos los cambios bruscos.

465²⁷

Resurrección del espíritu. En la postración política un pueblo habitualmente rejuvenece y vuelve a encontrar su espíritu, que iba perdiendo paulatinamente

²³ Título diferente en *Md*: «Reparto de la carga».

²⁴ Cf. *Discurso sobre las artes y las ciencias* (1749), y *Discurso sobre el origen de la desigualdad* (1755). Jean-Jacques Rousseau (1712-1778): escritor y filósofo suizo de lengua francesa.

²⁵ «¡Aplastad al infame!». Carta de Voltaire a D'Alembert, del 28-XI-1762. La frase se refería a la superstición. Jean Le Rond d'Alembert (1717-1783): filósofo, escritor y matemático francés.

²⁶ Este *Durch ihn* puede referirse tanto a Rousseau como al espíritu de la subversión.

²⁷ *Fp*: 24 [6].

en la búsqueda y afirmación del poder. A nada debe tanto la cultura como a las épocas políticamente débiles.

466

Opiniones nuevas en casa vieja. A la subversión de las opiniones no sigue de inmediato la subversión de las instituciones; más bien las nuevas opiniones habitan durante mucho tiempo en la casa ahora desolada e incómoda de sus predecesoras, e incluso la conservan por falta de alojamiento.

467

La instrucción pública. En los Estados grandes la instrucción pública siempre será sumamente mediocre, por la misma razón por la que en las cocinas grandes se cocina, en el mejor de los casos, mediocrementemente.

468

Corrupción inocente. En todos los institutos en los que no penetra el soplo de la crítica pública, crece como un hongo una corrupción inocente (es decir, por ejemplo, en corporaciones eruditas y senados).

469

Eruditos como políticos. A los eruditos que se convierten en políticos se les asigna habitualmente el cómico papel de tener que ser la buena conciencia de una política.

470

El lobo oculto detrás de la oveja. Casi todos los políticos tienen en ciertas circunstancias tanta necesidad de un hombre honrado, que irrumpen en un redil como lobos hambrientos: pero no para devorar al carnero robado, sino para ocultarse tras sus lanosos lomos.

471²⁸

Tiempos felices. Una era feliz no es en absoluto posible sólo con que los hombres la quieran desear, pero no tener, y todo individuo, cuando le tocan días buenos, aprende literalmente a pedir inquietud y miseria. El destino de los hombres está proyectado para *momentos felices* —toda vida los tiene—, pero no para épocas felices. Pese a ello, siguen éstas persistiendo en la fantasía del hombre como «el allende las montañas», como legado de los ancestros²⁹; pues, indudablemen-

²⁸ Cf. 22 [98].

²⁹ ancestros| En Md y Pt: «tiempos pasados».

te, desde tiempo inmemorial se ha tomado prestado el concepto de la época dichosa de aquel estado en que el hombre, tras violento esfuerzo en la caza y en la guerra, se entrega al reposo, estira los miembros y oye agitarse en su derredor las alas del sueño. Es una deducción falsa del hombre imaginarse, conforme a ese viejo hábito, que, *después de períodos enteros* de penuria y fatigas, puede ahora disfrutar también de este estado de felicidad *con intensidad y duración correspondientes*.

472³⁰

Religión y gobierno. Mientras el Estado o, más claramente, el gobierno se sepa nombrado tutor en beneficio de una multitud de menores y a causa de ésta sope-se la cuestión de si la religión ha de conservarse o eliminarse, siempre será sumamente probable que se decida por la conservación de la religión. Pues la religión apacigua el ánimo del individuo en tiempos de pérdida, de privación, de terror, de desconfianza, es decir, allí donde el gobierno se siente incapaz de hacer nada directamente para la mitigación de los sufrimientos psíquicos del hombre privado: incluso en las calamidades públicas, irremediables y en principio inevitables (hambrunas, crisis financieras, guerras), la religión garantiza una actitud sosegada, expectante y confiada de la multitud. Allí donde los fallos, necesarios o contingentes, del gobierno del Estado o las peligrosas consecuencias de intereses dinásticos se hacen perceptibles al perspicaz y le disponen a la rebelión, los no perspicaces creerán ver el dedo de Dios y se someterán pacientemente a las ordenanzas de *arriba* (concepto en el que habitualmente se mezclan modos de gobierno divinos y humanos): presérvase así la paz civil interior y la continuidad de la evolución. El poder que reside en la unidad del sentimiento popular, en opiniones y metas iguales para todos, es protegido y sancionado por la religión, descontados esos casos raros en que un clero no puede llegar a un acuerdo sobre el precio con el poder estatal y entra en conflicto con éste. De ordinario el Estado sabrá ganarse a los sacerdotes, pues tiene necesidad de su educación oculta, la más privada de todas, la de las almas, y sabe apreciar a servidores que aparente y exteriormente representan un interés por entero diferente. Aún hoy en día ningún poder puede llegar a ser «legítimo» sin el concurso de los sacerdotes, como comprendió Napoleón. Van así necesariamente juntos poder tutelar absoluto y solícita conservación de la religión. Es además de suponer que las personas y clases gobernantes están instruidas³¹ sobre el provecho que la religión les reporta y por ello se sienten superiores a ella en un grado, por cuanto la utilizan como medio: por eso tiene aquí su origen el librepensamiento³². Pero ¿y si empieza a calar esa versión del concepto de gobierno enteramente distinta que se enseña en Estados *democráticos*? ¿Y si no se lo ve nada más que como el instrumento de la voluntad popular, no un arriba en comparación con un abajo, sino exclusivamente una fun-

³⁰ Cf. 22 [12], 22 [16].

³¹ *Aufgeklärt. Aufklärung* = ilustración.

³² Es además de suponer} *Fp*: «Surgen así los llamados déspotas ilustrados (el déspota en efecto se ilustra necesariamente a sí mismo).»

ción del único soberano, del pueblo? No puede aquí tampoco el gobierno sino adoptar la misma posición que adopta el pueblo respecto a la religión; toda difusión de la Ilustración deberá repercutir hasta en sus representantes, una utilización y explotación de los impulsos y consuelos religiosos para fines estatales no será tan fácilmente posible (a no ser que poderosos líderes de partido ejerzan una influencia análoga a la del despotismo ilustrado). Pero cuando el Estado ya no pueda extraer ningún provecho de la religión o el pueblo piense de modos demasiado diferentes sobre las cosas religiosas para que le quepa al gobierno un proceder idéntico, unitario, en cuanto a medidas religiosas, se hará necesario el recurso de tratar la religión como asunto privado y remitirla a la conciencia y al hábito de cada individuo. La consecuencia es ante todo ésta: que el sentimiento religioso aparece fortificado, en la medida en que ahora irrumpen y se desenfrenan hasta el extremo arrebatos del mismo recónditos y reprimidos, a los que el Estado, involuntaria o intencionadamente, no suministraba aire vital; más tarde se evidencia que la religión está infestada de sectas y que, en el mismo momento en que se hizo de la religión un asunto privado, se sembró una multitud de dientes de dragón. El espectáculo de la controversia, la denuncia hostil de todas las debilidades de las confesiones religiosas, no deja finalmente otra salida que la de que cada uno de los mejores y más dotados haga de la irreligiosidad asunto privado suyo; actitud que entonces llega también a prevalecer en el espíritu de las personas gobernantes y da a sus medidas, casi contra su voluntad, un carácter antirreligioso. Tan pronto como esto sucede, la disposición de los hombres todavía religiosamente movidos, que antes adoraban al Estado como algo semisagrado o sagrado del todo, se transforma en decididamente *hostil al Estado*: acechan las medidas del gobierno, tratan de estorbar, obstruir, desasosegar, tanto como pueden, y arrastran con ello al partido contrario, el irreligioso, por el ardor de su oposición, a un entusiasmo casi fanático *por* el Estado; a lo que contribuye, aún latentemente, que en estos círculos los ánimos sienten un vacío desde el abandono de la religión y tratan de procurarse provisionalmente, mediante la devoción al Estado, una compensación, una especie de relleno. Tras estas luchas de transición, acaso de larga duración, se decide finalmente si los partidos religiosos son todavía lo bastante fuertes para restaurar una antigua situación y dar marcha atrás, en cuyo caso el Estado cae irremisiblemente en manos del despotismo ilustrado (tal vez menos ilustrado y más medroso que antes), o si los partidos irreligiosos se imponen y, quizá a través de la escuela y la educación, minan y finalmente imposibilitan la propagación, durante algunas generaciones, de sus adversarios. Pero entonces también entre ellos remite ese entusiasmo por el Estado: aparece cada vez más claramente que con esa adoración religiosa, para la cual éste es un misterio, una institución supramundana, se ha quebrantado también la relación respetuosa y piadosa con él. En adelante los individuos sólo ven en él el aspecto en que puede serles útil o perjudicial, y tratan por todos los medios de lograr influencia sobre él. Pero esta competencia no tarda en hacerse demasiado grande, los hombres y los partidos cambian demasiado rápidamente, demasiado ferozmente se despeñan montaña abajo unos a otros apenas han alcanzado la cima. A todas las medidas que pueda imponer un gobierno les falta la garantía de su duración; se retrocede ante empresas que deberían tener un crecimiento tranquilo durante décadas, siglos, para rendir frutos maduros. Nadie siente ya ante una ley otra obli-

gación que la de inclinarse momentáneamente ante el poder que promulgó una ley; pero en seguida se procede a minarla mediante un nuevo poder, una nueva mayoría por constituir. Por último —puede decirse con seguridad—, la desconfianza hacia todo lo que gobierna, la comprensión de lo inútil y extenuante de estas luchas de corto aliento, empujan a los hombres a una decisión enteramente nueva: la derogación del concepto de Estado, la abolición de la oposición entre «privado y público». Las sociedades privadas absorben paso a paso los asuntos de Estado: incluso el más pertinaz resto que queda del antiguo trabajo del gobierno (esa actividad, por ejemplo, que debe mantener a los particulares seguros respecto de los particulares)³³, acaba un día por ser encargado a los empresarios privados. El menosprecio, la decadencia y *la muerte del Estado*, la emancipación de la persona privada (me guardo de decir: del individuo) son la consecuencia del concepto democrático del Estado; en esto consiste su misión. Una vez cumplida su tarea —que, como todo lo humano, comporta mucho de razón y de sinrazón—, una vez superadas todas las recaídas de la antigua enfermedad, en el fabulario de la humanidad se abre una nueva página, en la cual se leerán toda suerte de historias extrañas y acaso también algunas cosas buenas. Para resumir brevemente lo dicho: el interés del gobierno tutelar y el interés de la religión van juntos de la mano, de modo que cuando ésta empieza a marchitarse, se resquebrajan también los cimientos del Estado. La creencia en un orden divino de las cosas políticas, en un misterio en la existencia del Estado, es de origen religioso: si la religión desaparece, el Estado perderá irremisiblemente su antiguo velo de Isis³⁴ y ya no infundirá respeto. La soberanía del pueblo, vista de cerca, sirve para ahuyentar hasta el último hechizo y superstición en el ámbito de estos sentimientos: la democracia moderna es la forma histórica de *la decadencia del Estado*. Pero la perspectiva que resulta de esta segura decadencia no es en todos los respectos pesimista: la sagacidad y el egoísmo de los hombres son las más desarrolladas de todas sus cualidades; cuando el Estado deje de corresponder a las exigencias de estas fuerzas, no aparecerá el caos ni mucho menos, sino que una invención más conforme aún a fin de lo que era el Estado triunfará sobre el Estado. Cuántos poderes organizadores ha visto ya la humanidad extinguirse —por ejemplo, el de la comunidad de raza, que durante milenios fue mucho más poderoso que el poder de la familia, más aún, imperaba y ordenaba mucho antes de que ésta existiera—. Nosotros mismos vemos palidecer y debilitarse cada vez más la importante idea del derecho y el poder de la familia, que en un tiempo dominaba hasta donde alcanzaba el mundo romano. Así verá también una raza posterior perder importancia al Estado en algunas regiones de la tierra, una idea de la que muchos hombres del presente apenas pueden pensar sin temor y aversión. *Trabajar* por la propagación y la realización efectiva de esta idea es, por supuesto, cosa diferente: muy arrogantemente debe uno pensar de su razón y apenas entender a medias la historia para poner la mano en el arado ahora mismo, cuando nadie puede todavía enseñar las semillas que han de sembrarse luego en el terreno roturado.

³³ el más pertinaz] Variante en *Cl*: «el resto que queda de los asuntos de gobierno (algo así como la necesaria representación de un pueblo ante los otros)».

³⁴ Isis: diosa egipcia de la fertilidad cuyo culto alcanzó hasta el Imperio Romano.

¡Confiemos por tanto «a la sagacidad y el egoísmo de los hombres» que ahora el Estado subsista *todavía* algún tiempo y sean rechazadas las intenciones destructivas de semisabios celosos en exceso y precipitados!

473

El socialismo con respecto a sus medios. El socialismo es el fantástico hermano menor del casi decrépito despotismo³⁵, cuyo heredero quiere ser; sus afanes son, pues, reaccionarios en el sentido más profundo. Pues apetece una plenitud de poder político como sólo el despotismo ha tenido; más aún, excede de todo lo pasado por aspirar a la aniquilación literal del individuo: se le antoja éste un lujo injustificado de la naturaleza y que él debe corregir en un *órgano de la comunidad* que sea conforme a fin. Debido a su parentela, aparece siempre próximo a todos los despliegues excesivos de poder, como el antiguo socialista típico Platón en la corte del tirano siciliano³⁶; desea (y bajo ciertas circunstancias promueve) el cesáreo Estado dictatorial de este siglo, pues, como queda dicho, quisiera ser su heredero. Pero ni aun esta herencia bastaría para sus fines: ha menester el más rendido sometimiento de todos los ciudadanos al Estado absoluto, como nunca ha existido algo igual; y como ya no puede contar siquiera con la antigua piedad religiosa para con el Estado, sino que más bien tiene sin querer que trabajar constantemente por su eliminación —pues de hecho trabaja por la eliminación de todos los *Estados* existentes—, sólo por breves períodos puede tener aquí y allá esperanzas en la existencia apelando al más extremo terrorismo. Por eso se prepara en silencio para regímenes de terror y les mete a las masas semicultivadas la palabra «justicia» como un clavo en la cabeza, para arrebatarles su entendimiento (después de haber sufrido ya mucho este entendimiento por la cultura a medias) y procurarles una buena conciencia para el villano papel que han de desempeñar. El socialismo puede servir para enseñar muy brutal y persuasivamente el peligro de todas las acumulaciones de poder político y en tal medida infundir desconfianza hacia el Estado mismo. Cuando su bronca voz se suma al grito de guerra: «*tanto Estado como sea posible*», por lo pronto éste deviene más estridente que nunca; pero no tarda en surgir también con fuerza tanto más grande el opuesto: «*tan poco Estado como sea posible*».

474

El desarrollo del espíritu, temido por el Estado. Como todo poder político organizador, la polis griega era exclusivista y desconfiada respecto al incremento de la cultura; su radical instinto violento casi sólo se mostraba paralizador y entorpecedor para con ella. No quería admitir en la cultura historia, devenir; la educación establecida por la ley del Estado debía obligar a todas las generaciones y mantenerlas en un nivel único. No otra cosa quiso tampoco Platón más tarde para su

³⁵ Cf. añadía: «ilustrado».

³⁶ En el 388 a. C. Platón visitó la corte del tirano siciliano Dioniso el Viejo en Siracusa, adonde regresó en el 367 y el 361, con la esperanza de dar allí cumplimiento a sus ideales políticos.

Estado ideal. La cultura se desarrolló por tanto *a despecho* de la polis: indirectamente por cierto y contra su voluntad contribuyó a ello, pues en la polis se excitaba al máximo la ambición del individuo, de modo que éste, una vez extraviado por la senda del cultivo espiritual, avanzó también por ella hasta el último extremo. No debe evocarse en contra el panegírico de Pericles³⁷; pues éste no es más que una gran engañifa optimista sobre la supuestamente necesaria conexión entre polis y cultura ateniense; antes de caer sobre Atenas la noche (la peste y la ruptura de la tradición), Tucídides la³⁸ hace brillar una vez más como un transfigurador arrebol vespertino que debe hacer olvidar el nefasto día que le precedió.

475³⁹

El hombre europeo y la destrucción de las naciones. El comercio y la industria, el tráfico de libros y de cartas, la comunalidad de toda la cultura superior, el rápido cambio de lugar y paisaje, la actual vida nómada de todos los que no poseen tierras, estas circunstancias comportan necesariamente un debilitamiento y, por último, una destrucción de las naciones, al menos de las europeas: de modo que de ellas debe nacer, como consecuencia de los continuos cruces, una raza mixta, la del hombre europeo. Opónese a esta meta hoy en día, consciente o inconscientemente, el aislamiento de las naciones debido al fomento de enemistades *nacionales*, pero lentamente avanza sin embargo el proceso de esa fusión pese a esas ocasionales contracorrientes: este nacionalismo artificioso es por lo demás tan peligroso como lo fue el artificioso catolicismo, pues es en su esencia un violento estado de emergencia y de asedio impuesto por una minoría a la mayoría, y ha menester astucia, mentira y violencia para mantener su prestigio. No es el interés de la mayoría (de los pueblos), como por cierto se dice, sino ante todo el interés de determinadas dinastías reales, y luego el de determinadas clases del comercio y de la sociedad, lo que impulsa a este nacionalismo; una vez reconocido esto, no debe uno temer proclamarse *buen europeo* y trabajar activamente por la fusión de las naciones: a lo cual pueden contribuir los alemanes con su antigua probada cualidad de ser *intérpretes y mediadores de los pueblos*. A propósito: todo el problema de los *judíos* no se da en el seno de los Estados nacionales más que en tanto en cuanto aquí su activo dinamismo y su inteligencia superior, su capital de espíritu y de voluntad durante largo tiempo amasado de generación en generación en la escuela del sufrimiento, tiene que llegar a prevalecer por todas partes en una medida que despierta la envidia y el odio, de modo que en casi todas las naciones actuales –y ciertamente cuanto más vuelven a dárseles de nacionales– va tomando auge la indecencia literaria de llevar a los judíos al matadero como chivos expiatorios de todos los males públicos e internos posibles. En cuanto ya no se trata de la conservación de naciones, sino de la producción de una raza europea mixta lo más fuerte posible, el judío es

³⁷ Cf. Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, II, 35-46 (ed. cast., cit., págs. 141-149).

³⁸ El referente de este *sie* no está del todo claro: «Atenas» y «la cultura» serían en principio los candidatos con más posibilidades, pero también cabrían «el panegírico» e incluso «la noche».

³⁹ Cf. 18 [19].

como ingrediente tan útil y deseable como cualquier otro vestigio nacional. Toda nación, todo hombre tiene cualidades desagradables, aun peligrosas; es cruel pretender que el judío pueda constituir una excepción. Esas cualidades pueden incluso ser en él particularmente peligrosas y abominables; y quizá sea en general el joven financiero judío la más repugnante invención de la raza humana. Quisiera pese a todo saber cuánto debe en un balance de conjunto perdonársele a un pueblo que, no sin culpa de todos nosotros, ha tenido la historia más dolorosa entre todos los pueblos y al que se deben el hombre más noble (Cristo), el sabio más íntegro (Spinoza), el libro más influyente y la ley moral más eficaz del mundo. Además: en los tiempos más oscuros de la Edad Media, cuando la capa de nubes asiática se había extendido pesadamente sobre Europa, fueron los librepensadores, eruditos y médicos judíos los que sostuvieron el estandarte de la ilustración y de la independencia espiritual bajo la más dura coacción personal, y defendieron a Europa contra Asia; no es a sus esfuerzos a lo que menos ha de agradecerse que finalmente pudiera volver a alzarse con el triunfo una explicación del mundo más natural, más conforme a la razón y en cualquier caso no mítica, y que no se rompiera el anillo de la cultura que ahora nos liga con la ilustración de la antigüedad grecorromana. Si el cristianismo ha hecho todo por orientalizar Occidente, el judaísmo ha contribuido esencialmente a occidentalizarlo una y otra vez: lo que en determinado sentido significa tanto como hacer de la tarea y la historia de Europa una *continuación de las griegas*.

476

Aparente superioridad de la Edad Media. La Edad Media tiene en la Iglesia una institución con una meta enteramente universal, que comprendía en sí a toda la humanidad y que además valía para los —presuntos— intereses supremos de la misma: comparadas con esto, las metas de los Estados y de las naciones que muestra la más reciente historia producen una impresión sofocante; aparecen mezquinas, bajas, materiales y espacialmente limitadas. Pero esta diferente impresión sobre la fantasía no debe en absoluto determinar nuestro juicio; pues esa institución universal correspondía a necesidades artificiales, basadas en ficciones que ella tuvo que crear allí donde no estaban dadas (necesidad de redención); las nuevas instituciones remedian estados reales de necesidad; y llega el tiempo en que nacen instituciones para servir a las verdaderas necesidades comunes de todos los hombres y a sumir en la sombra y en el olvido el fantástico prototipo, la Iglesia católica.

477⁴⁰

La guerra, indispensable. Es vana quimera y belleza de alma esperar de la humanidad mucho aún (o incluso, sólo mucho sin más), cuando haya aprendido

⁴⁰ Cf. 22 [90]. Fp: «Es optimismo esperar todavía mucho de una humanidad que no está empeñada en ninguna guerra. El egoísmo furibundo, el odio entre las naciones, el *bellum omnium contra omnes*, es necesario para llevar a la humanidad primavera, verano y otoño».

a no guerrear. Por el momento no conocemos otro medio por el que esa ruda energía del campamento, ese profundo odio impersonal, esa sangre fría asesina con buena conciencia, ese común ardor⁴¹ organizador en el exterminio del enemigo, esa orgullosa indiferencia hacia grandes pérdidas, hacia la propia existencia y la de los allegados, ese sordo temblor sísmico de las almas, pudieran serles comunicados a los pueblos enervados tan intensa y seguramente como lo hace la guerra: los arroyos y torrentes que aquí brotan, los cuales por supuesto arrastran consigo piedras e inmundicias de toda índole y asolan los prados de delicados cultivos, bajo circunstancias favorables vuelven luego a accionar con renovada fuerza los engranajes en los talleres del espíritu. La cultura no puede prescindir en absoluto de las pasiones, los vicios y las maldades. Cuando los romanos del Imperio se cansaron un poco de las guerras, trataron de extraer fuerza renovada de las batidas de fieras, de los combates de gladiadores y de las persecuciones de cristianos. Los actuales ingleses, que en conjunto parecen haber renunciado también a la guerra, practican otro medio para regenerar esas fuerzas que desaparecen: esos peligrosos viajes de descubrimiento, navegaciones, ascensiones, emprendidos, según se dice, con fines científicos, pero en verdad para llevarse consigo a casa fuerza suplementaria de aventuras y peligros de toda índole. Se descubrirán todavía muchos de tales sucedáneos de la guerra, pero tal vez con ellos se irá comprendiendo cada vez más que una humanidad tan elevadamente cultivada y por consiguiente necesariamente fatigada como la de los europeos actuales, precisa no sólo de las guerras, sino de las guerras más grandes y terribles⁴² —es decir, de recaídas ocasionales en la barbarie— para no sacrificar a los medios de la cultura su cultura y su existencia mismas.

478

Laboriosidad en el sur y en el norte. La laboriosidad se produce de dos maneras diferentes. Los artesanos del sur llegan a ser laboriosos, no por deseo de lucro, sino por la constante menesterosidad de los demás. El herrero es laborioso porque siempre llega alguien que quiere herrar un caballo, arreglar un carro. Si no viniese nadie, andaría haraganeando por el mercado. En una tierra fértil no es gran apuro alimentarse: para ello no necesita más que una medida muy escasa de trabajo, en ningún caso laboriosidad; en último término, mendigaría y estaría contento. La laboriosidad de los obreros ingleses tiene por el contrario tras de sí el sentido lucrativo: es consciente de sí mismo y de su meta, y quiere con la propiedad el poder, con el poder las máximas libertad y distinción individual posibles.

479

La riqueza como origen de una nobleza de sangre. La riqueza produce necesariamente una aristocracia de la raza, pues permite elegir a las mujeres más bellas, pagar a los mejores maestros; depara al hombre aliño, tiempo para ejercicios fisi-

⁴¹ En *Cl*: se añadía el calificativo de «fraternal».

⁴² En *Md* se añadía: «(las socialistas probablemente)».

cos, y sobre todo dispensa de trabajo físico embrutecedor. Procura en tal medida todas las condiciones para hacer que, en unas cuantas generaciones, los hombres se muevan e incluso actúen elegante y hermosamente: la mayor libertad de ánimo, la ausencia de lo miserable y mezquino, de la degradación ante los que proporcionan el pan, de la tacañería. Precisamente estas cualidades negativas son el máximo lote de ventura para un hombre joven; a uno muy pobre habitualmente lo arruina la nobleza de actitud, no avanza ni obtiene nada, su raza no es viable. Pero ha además de tenerse en cuenta que la riqueza ejerce casi los mismos efectos si puede uno gastar trescientos o treinta mil táleros al año: luego ya no hay ninguna progresión esencial de las circunstancias favorables. Pero tener menos, mendigar y humillarse de niño es terrible: aunque pudiera ser el punto de partida idóneo para quienes buscan su fortuna en el esplendor de las cortes, en la subordinación a poderosos e influyentes, o para quienes quieren llegar a ser príncipes de la Iglesia. (Enseña a introducirse agachado por los pasadizos cavernarios del favor.)

480

Envidia y desidia en diversas direcciones. Los dos partidos antagónicos, el socialista y el nacional⁴³ —o cualesquiera que sean los nombres en los distintos países de Europa— son dignos uno del otro: en ambos son la envidia y la negligencia las fuerzas motrices. En aquel bando se quiere trabajar lo menos posible con las manos, en éste lo menos posible con la cabeza; en el último se odia y envidia a los individuos eminentes, hechos a sí mismos, que no se dejan alinear de buen grado con el fin de una acción de masas, en el primero a la mejor casta de la sociedad, más favorablemente situada exteriormente, cuya tarea propiamente dicha, la producción de los bienes de cultura supremos, hace interiormente tanto más penosa y dolorosa la vida. Por supuesto, si se logra hacer de ese espíritu de la acción de masas el espíritu de las clases superiores de la sociedad, las falanges socialistas están en su pleno derecho al intentar también exteriormente la nivelación entre sí y aquéllas, dado que interiormente, en la mente y en el corazón, están ya niveladas. ¡Si vivís como hombres superiores y seguís llevando a cabo las gestas de la cultura superior, todo cuando vive os reconoce vuestro derecho y el orden de la sociedad cuya cima sois está al abrigo de cualquier mala mirada y ataque!

481⁴⁴

La gran política y sus costes. Así como un pueblo no sufre los mayores costes que comportan la guerra y la preparación a la guerra por los gastos de la guerra, las paralizaciones en el comercio y el tráfico, ni tampoco por el mantenimiento de los ejércitos permanentes —por grandes que estos costes puedan ser hoy en día, cuando ocho Estados de Europa emplean en ellos anualmente la suma de dos a tres mil millones⁴⁵—, sino por el hecho de que año tras año los hombres

⁴³ nacional] Variante en *Md*: «nacional-liberal».

⁴⁴ Cf. 17 [94].

⁴⁵ dos a tres mil millones] Variante en *Md*: «2.184 millones».

más capaces, más vigorosos, más trabajadores, son sustraídos en número extraordinario a sus ocupaciones y profesiones propiamente dichas para ser soldados, así un pueblo que se apreste a hacer gran política y a asegurarse una voz decisiva entre los Estados más poderosos no sufre sus mayores costes allí donde habitualmente se los encuentra. Es verdad que a partir de este instante sacrifica sin cesar una gran cantidad de los talentos más eminentes en el «altar de la patria» o de la ambición nacional, mientras que antes a estos talentos que ahora devora la política les estaban abiertos otros campos de acción. Pero aparte de estas hecatombes públicas, y en el fondo mucho más espantoso que éstas, se desarrolla un drama que simultáneamente se representa sin cesar en cien mil actos: todo hombre capaz, trabajador, espiritual, afanoso, de un tal pueblo ávido de glorias políticas es dominado por esta avidez y ya no pertenece cabalmente, como antes, a su propia causa: las cuestiones y cuidados diariamente renovados del bien público engullen un tributo diario sobre el capital de mente y corazón de cada ciudadano: la suma de estos sacrificios y costes en energía y trabajo individuales es tan enorme, que el florecimiento político de un pueblo acarrea casi necesariamente un empobrecimiento y agotamiento espiritual, una menor capacidad ejecutiva para obras que exijan gran concentración y unilateralidad. Cabe por último preguntarse: *¿compensa*, pues, toda esta floración y fasto del todo (que, a la postre, sólo se manifiesta como temor de los otros Estados ante el nuevo coloso y como favorecimiento arrancado al extranjero de la prosperidad del comercio y el tráfico nacionales), si a esta tosca e irisada flor de la nación deben serle sacrificadas todas las plantas y cosechas más nobles, más delicadas, más espirituales, en que hasta entonces tan rico era su suelo?

482 ⁴⁶

Y dicho una vez más. Opiniones públicas, negligencias privadas ⁴⁷.

⁴⁶ Cf. 19 [64].

⁴⁷ Este aforismo parafrasea el subtítulo, «vicios privados, virtudes públicas», de la *Fábula de las abejas*, del médico y filósofo inglés Bernard de Mandeville (1670-1733). Vid. también, *Schopenhauer como educador*, par. 1 (ed. cast., cit., págs. 701-705).

NOVENA PARTE

EL HOMBRE A SOLAS CONSIGO

483

Enemigos de la verdad. Las convicciones son enemigas de la verdad más peligrosas que las mentiras.

484

El mundo al revés. Se critica más acerbamente a un pensador cuando sostiene una tesis que nos es desagradable; y sin embargo sería más razonable hacerlo cuando su tesis nos es agradable.

485

De carácter. Un hombre parece tener carácter mucho más a menudo por seguir siempre su temperamento que por seguir siempre sus principios.

486

Lo único que es menester. Una cosa debe tenerse: o un sentido por naturaleza ligero o un sentido aligerado por el arte y el saber.

487

La pasión por cosas. Quien dirige su pasión sobre cosas (ciencias, bien del Estado, intereses culturales, artes) sustrae mucho ardor a su pasión por personas (incluso cuando éstas son representantes de esas cosas, tal como los estadistas, los filósofos, los artistas son representantes de sus creaciones).

488¹

La calma en la acción. Así como una cascada al precipitarse se va haciendo más lenta y retardada, así suele el gran hombre de acción obrar con *más* calma de lo que de su impetuoso deseo previo a la acción cabía esperar.

489

No demasiado profundamente. Las personas que abrazan en toda su profundidad una causa rara vez permanecen fieles a ella por siempre. Precisamente han sacado a la luz la profundidad: ahí siempre hay mucho malo que ver.

490

Desvarío de los idealistas. Todos los idealistas se imaginan que las causas a las que sirven son esencialmente mejores que las demás causas del mundo, y no quieren creer que si es que su causa ha de prosperar, ha menester precisamente el mismo estiércol maloliente de que tienen necesidad todas las demás empresas humanas.

491

Autoobservación. El hombre está muy bien defendido contra sí mismo, contra la exploración y el asedio de sí mismo; no puede habitualmente percibir ya más de sí que sus obras externas. La ciudadela propiamente dicha le es inaccesible, incluso invisible, a no ser que amigos y enemigos hagan de traidores y le introduzcan a él mismo por secreto camino.

492

La profesión acertada. Rara vez desempeñan los hombres una profesión de la que no crean o se persuadan que en el fondo es más importante que todas las demás. Lo mismo sucede a las mujeres con sus amantes.

493

Nobleza de actitud. La nobleza de actitud consiste en gran parte en bonhomía y en falta de desconfianza, y por tanto contiene precisamente aquello sobre lo que a los hombres codiciosos y de éxito les gusta pasar con superioridad e ironía.

494

Meta y caminos. Muchos son obstinados respecto al camino una vez tomado, pocos respecto a la meta.

¹ Fp: «Cascada cayendo; gran hombre; impulso juvenil impetuoso».

495²

Lo que solivianta en una manera de vivir individual. Todos los regímenes de vida muy individuales sublevan a las personas contra quien los abraza; se sienten rebajadas, como seres ordinarios, por el trato extraordinario que aquél se concede.

496³

Privilegio de la grandeza. Es el privilegio de la grandeza hacer sumamente feliz con obsequios modestos.

497

Involuntariamente aristocrático. El hombre se comporta de manera involuntariamente aristocrática cuando se ha habituado a no querer nada de los hombres y siempre darles.

498⁴

Condición del heroísmo. Si alguien quiere llegar a ser un héroe, la serpiente debe haberse convertido previamente en dragón⁵; de lo contrario, le falta el enemigo adecuado.

499⁶

Amigo. La congratulación, no la compasión, hace al amigo.

500⁷

Aprovechar el flujo y reflujo. Con el fin del conocimiento, debe saberse aprovechar esa corriente interna que nos atrae hacia una cosa y, a su vez, aquella que, tras un tiempo, nos aparta de ella.

501

Goce de sí. «Goce de la cosa», se dice; pero en verdad es goce de sí por mediación de una cosa.

502

El modesto. Quien es modesto con las personas muestra tanto más intensamente su arrogancia con las cosas (la ciudad, el Estado, la sociedad, la época, la humanidad.) Esta es su venganza.

² *Ep:* «Todos los regímenes de vida muy individuales son calificados de poco prácticos por casi todas las demás personas: para éstas también lo serían».

³ *Ep:* 23 [92].

⁴ *Ep:* 24 [8].

⁵ Cf. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, I, pág. 173 (ed. cast., cit., pág. 123): «serpens, nisi serpentem comederit, non fit draco» [«La serpiente, si no se come a la serpiente, no se convierte en dragón»].

⁶ *Ep:* 19 [9]. Cf.: «La congratulación hace al amigo, la compasión al compañero de penas».

⁷ Cf. 21 [47].

503

Envidia y celos. La envidia y los celos son las partes pudendas del alma humana. La comparación puede quizá llevarse más lejos⁸.

504

El hipócrita más distinguido. No hablar en absoluto de sí es una hipocresía muy distinguida.

505

Fastidio. El fastidio es una enfermedad corporal que de ninguna manera desaparece ya mediante la supresión posterior del motivo del fastidio.

506

Representantes de la verdad. No cuando es peligroso decirla, sino cuando es aburrido, es cuando más raramente encuentra la verdad representantes.

507

Más molestos aún que los enemigos. Las personas de cuya conducta simpática no estamos convencidos a todo trance, mientras que alguna razón (p. ej., la gratitud) nos obliga a mantener por nuestra parte la apariencia de la simpatía incondicional, atormentan nuestra fantasía mucho más que nuestros enemigos.

508

La libre naturaleza. Estamos tan a gusto en la naturaleza libre porque ésta no tiene ninguna opinión sobre nosotros⁹.

509

Cada uno superior en una cosa. En circunstancias civilizadas cada cual se siente superior a los demás al menos en una cosa: en eso estriba la benevolencia general, en cuanto cada uno puede eventualmente ayudar y por tanto dejarse ayudar sin vergüenza.

510

Medios de consuelo. Cuando alguien muere, son casi siempre menester motivos de consuelo, no tanto para mitigar la fuerza del dolor como para disculpar el hecho de que uno se sienta tan fácilmente consolado.

⁸ *Fp* continúa: «Tampoco hay gestos: el cuerpo los silencia».

⁹ Cf. la carta de Nietzsche a Rée de junio de 1877.

511

*Los fieles a sus convicciones*¹⁰. Quien tiene mucho que hacer mantiene casi inalterados sus pareceres y puntos de vista generales. Igualmente todo el que trabaja al servicio de una idea: nunca más examinará la idea misma, ya no tiene tiempo para eso; más aún, va contra su interés tenerla siquiera por discutible.

512

Moralidad y cantidad. La superior moralidad de un hombre en comparación con la de otro no radica con frecuencia más que en el hecho de que las metas son cuantitativamente mayores. Al otro lo rebaja la ocupación con el pormenor, en un círculo estrecho.

513¹¹

La vida como rédito de la vida. Por lejos que se proyecte el hombre con su conocimiento, por objetivo que se antoje a sí mismo, al final no se lleva más que su propia biografía.

514

La férrea necesidad. La férrea necesidad es una cosa de la que en el curso de la historia los hombres comprenden que no es ni férrea ni necesaria.

515

Por experiencia. La sinrazón de una cosa no es un argumento contra su existencia, más bien una condición de la misma.

516

Verdad. Nadie muere hoy en día de verdades mortales: hay demasiados contravenenos.

517

Discernimiento fundamental. No hay una armonía preestablecida¹² entre el fomento de la verdad y el bien de la humanidad¹³.

518

Sino humano. Quien piensa más profundamente sabe que, ya puede actuar y juzgar como quiera, nunca acierta.

¹⁰ Título en *Md*: «Alto en el progreso del conocimiento».

¹¹ Cf. 23 [157].

¹² Armonía preestablecida: concepción del mundo sustentada por el filósofo y erudito alemán Wilhelm Gottfried Leibniz (1646-1716), según la cual la sustancia de aquél estaría compuesta de mónadas, elementos individuales cuya armonía estaría predeterminada por Dios.

¹³ Este aforismo formaba originariamente parte de 23 [82].

519

*La verdad como Circe*¹⁴. El error ha hecho de animales hombres; ¿sería la verdad capaz de volver a hacer del hombre un animal?

520¹⁵

Peligro de nuestra cultura. Pertenecemos a una época cuya cultura está en peligro de sucumbir a los medios de la cultura.

521

Grandeza significa: señalar la dirección. Ningún río es grande y caudaloso por sí mismo, sino por recibir y conducir adelante tantos afluentes secundarios. Lo mismo pasa con todas las grandezas del espíritu. Lo que importa es que alguien marque el rumbo que luego tantos afluentes deben seguir; no si desde un principio está pobre o ricamente dotado.

522

Conciencia débil. Los hombres que hablan de su importancia para la humanidad¹⁶ tienen una conciencia débil respecto a la honestidad burguesa común en el mantenimiento de compromisos, promesas.

523

Querer ser amado. La exigencia de ser amado es la mayor de las arrogancias.

524

Desdén por los hombres. El indicio más inequívoco del menosprecio de los hombres es que a cada cual uno lo acepta como medio para *su fin* o no lo admite en absoluto.

525

Adeptos por contradicción. Quien ha llevado a los hombres contra sí hasta el furor, siempre se ha ganado también un partido a favor suyo.

¹⁴ Según la mitología griega, el dios Pico habría sido metamorfoseado en pájaro por la hechicera Circe como castigo por haberla rechazado, fiel a la ninfa Canente.

¹⁵ Cf. 18 [2], 19 [65], HDH 477.

¹⁶ los hombres] En una versión de este aforismo de principios de 1874 o tal vez del verano de 1876, este aforismo comenzaba: «Los hombres de ideal», y en otra de septiembre de 1876: «Quienes persiguen una meta superior».

526

Olvidar vivencias. Quien piensa mucho, y por cierto piensa prácticamente, olvida con facilidad sus propias vivencias, pero no los pensamientos que ellas provocaron.

527

Aferrarse a una opinión. El uno se aferra a su opinión porque presume de haber llegado a ella por sí mismo; el otro, porque la ha aprendido con esfuerzo y está orgulloso de haberla comprendido: es decir, ambos por vanidad.

528

*Rebuit la luz*¹⁷. La buena acción rehúye tan medrosamente la luz como la mala acción: ésta teme que la divulgación traiga el dolor (como castigo); aquélla, que con la divulgación se desvanezca el contento (a saber, ese puro contento de sí mismo que cesa en cuanto se agrega una satisfacción de la vanidad).

529

*La duración del día*¹⁸. Si se tiene mucho que meter, un día tiene cien bolsillos.

530

Genio tiránico. Cuando en el alma se despiertan unas ganas incoercibles de imponerse tiránicamente y se mantiene constante el fuego, incluso un talento mediocre (en políticos, artistas) se convierte paulatinamente en una fuerza natural casi irresistible.

531

La vida del enemigo. Quien vive de combatir a un enemigo, tiene interés en que éste siga con vida.

532¹⁹

Más importante. Se considera más importante la cosa oscura no explicada que la clara explicada.

533

Valoración de los servicios dispensados. Las prestaciones de servicios que alguien nos dispensa las estimamos según el valor que él les concede, no según el que tienen para nosotros.

¹⁷ Título diferente en *Md*: «El deseo de permanecer oculto».

¹⁸ Título diferente en *Md*: «Según la cosecha».

¹⁹ *FP*: 19 [108].

534

Desgracia. La distinción que la desgracia implica (como si sentirse feliz fuese un signo de superficialidad, de simpleza, de ordinariez) es tan grande, que suele protestarse cuando alguien le dice a uno: «¡Pero qué feliz es usted!».

535

Fantasia del miedo. La fantasía del miedo es ese malicioso gnomo simiesco que aún se encarama a los hombros del hombre precisamente cuando éste tiene que llevar lo más pesado.

536

Valor de adversarios insulsos. A veces se permanece fiel a una causa sólo porque sus adversarios no dejan de ser insulsos.

537

Valor de una profesión. Una profesión hace irreflexivo²⁰; en esto radica su máximo beneficio. Pues es un baluarte tras el cual puede uno admisiblemente replegarse cuando le asaltan escrúpulos y preocupaciones de índole general.

538

Talento. El talento de no pocas personas aparece menor de lo que es porque siempre se han planteado tareas demasiado grandes.

539²¹

Juventud. La juventud es desagradable; pues en ella no es posible o no es razonable ser productivo, en ningún sentido.

540

*Metas demasiado grandes*²². Quien se plantea públicamente metas demasiado grandes y luego comprende en privado que es demasiado débil para ellas, tampoco tiene habitualmente fuerza suficiente para renunciar públicamente a esas metas, y entonces se convierte irremisiblemente en un hipócrita.

541

En la corriente. Las corrientes de agua fuerte arrastran consigo muchos guijarros y arbustos; los espíritus fuertes, muchas mentes estúpidas y confusas.

²⁰ *Gedankenlos*. Literalmente, «carente de pensamiento».

²¹ *Íp.* 18 [42].

²² Título diferente en *Mel.*: «Hipócritas por necesidad».

542

Peligro de la liberación espiritual. De la liberación espiritual de un hombre seriamente acometida sus pasiones y deseos esperan en silencio extraer también una ventaja.

543

*Encarnación del espíritu*²³. Cuando alguien piensa mucho y prudentemente, no sólo su rostro, sino también su cuerpo, adquieren un aire prudente²⁴.

544

Ver mal y oír mal. Quien ve poco, ve cada vez menos; quien oye mal, siempre oye algo más.

545²⁵

Modestia en la vanidad. El vanidoso no quiere tanto sobresalir como sentirse sobresaliente, por lo que no desdénia ningún medio de autoengaño y de autoembaucamiento. Lo que le importa no es la opinión de los demás, sino su opinión sobre la opinión de éstos.

546²⁶

Vanidoso por excepción. El de ordinario modesto es por excepción vanidoso y²⁷ receptivo para con la fama y los elogios cuando está físicamente enfermo²⁸. En la medida en que se pierde, tiene que intentar recobrarse a partir de la opinión ajena, desde fuera.

547

*Los «ingeniosos»*²⁹. No tiene ingenio el que busca el ingenio³⁰.

²³ Título diferente en *Md*: «Efecto físico de la vivacidad espiritual».

²⁴ En *Fp* se continuaba: «Pero ¿no son los eruditos conocidos por su torpeza y desmaña? La tesis debe por tanto ser falsa.»

²⁵ *Fp*: 20 [6].

²⁶ Cf. 19 [43], 19 [44].

²⁷ modesto] *Fp*: «modesto, cuando deviene vanidoso, lo siente como un acceso morboso. Esto le enfurece, pero no se avergüenza. De hecho, es particularmente».

²⁸ Aquí terminaba este aforismo en *Fp*.

²⁹ «*Geistreichen*». Ante la insuficiencia de «espirituales» y la incorrección de «espiritosos», hemos optado en esta ocasión, dada la polisemia de *Geist* (obsévese que las comillas son debidas a Nietzsche), por «ingeniosos» e «ingenio», respectivamente. Vid. supra Parte V, notas 55 y 56.

³⁰ En *Fp* se añadía: «(del mismo modo que el verdadero músico antes bien huye de la música que corre tras ella)».

548

Advertencia a los jefes de partido. Cuando se puede impulsar a las gentes a declararse públicamente en pro de algo, la mayoría de las veces se las ha llevado también a declararse interiormente en pro de ello; quieren que en lo sucesivo se les tenga por consecuentes.

549³¹

Desprecio. El hombre es más sensible al desprecio de otros que al suyo propio.

550³²

La sogá de la gratitud. Hay almas de esclavo que llevan tan lejos el reconocimiento por favores dispensados, que se estrangulan a sí mismas con la sogá de la gratitud.

551

Ardid de profeta. Para adivinar de antemano el modo de actuar de personas ordinarias, debe suponerse que siempre hacen el mínimo dispendio de espíritu para librarse de una situación desagradable.

552

*El único derecho del hombre*³³. Quien se desvía de lo tradicional es víctima de lo extraordinario; quien permanece en lo tradicional es esclavo de ello. En cualquier caso se encamina al desastre.

553

Por debajo del animal. Cuando el hombre relincha de risa, sobrepasa en vulgaridad a todos los animales.

554

Saber a medias. El que habla poco un idioma extranjero extrae de él más placer que el que lo habla bien³⁴. El goce está con los que saben a medias.

³¹ Cf. 17 [15], HDH 117.

³² Fp: 22 [99].

³³ Título diferente en Md: «Vivir según la expresión o la tradición».

³⁴ En Fp se añadía: «pues siente lo mucho que destaca frente a todos los que no lo entienden; el otro en cambio advierte ya cómo no puede compararse con aquellos que lo hablan muy bien. Por lo demás, se cae de su peso».

555³⁵

Solicitud peligrosa. Hay personas que quieren hacer gravosa la vida a los hombres sin otro motivo que ofrecerles luego sus recetas para aliviar la vida, por ejemplo, su cristianismo.

556

Diligencia y escrupulosidad. La diligencia y la escrupulosidad son muchas veces antagónicas por el hecho de que la diligencia quiere coger los frutos del árbol verdes, pero la escrupulosidad los deja colgar demasiado tiempo, hasta que caen y se hacen pedazos.

557

Sospechar. Se intenta sospechar de las personas que no se puede sufrir.

558³⁶

Faltan las circunstancias. Muchas personas se pasan toda su vida esperando la ocasión de ser buenas a su manera.

559

Carencia de amigos. La carencia de amigos permite inferir envidia o arrogancia. No pocos deben sus amigos a la feliz circunstancia de no tener ningún motivo para la envidia³⁷.

560

*Peligro de la pluralidad*³⁸. Con un talento de más se está a menudo más inseguro que con uno de menos: lo mismo que la mesa está mejor sobre tres que sobre cuatro patas.

561

De modelo para los demás. Quien quiera dar un buen ejemplo debe agregar a su virtud un grano de insensatez: entonces uno imita y al mismo tiempo se eleva por encima del imitado; lo cual encanta a los hombres.

³⁵ Cf. 16 [7].

³⁶ *Fp*: 19 [37].

³⁷ a la feliz circunstancia] Variante en *Fp*: «al afortunado don de mantener ocultas la envidia y la arrogancia».

³⁸ Título diferente en *Md*: «Ventaja de la limitación».

562

Servir de blanco. La maledicencia de los demás sobre nosotros con frecuencia no va con nosotros propiamente hablando, sino que es la exteriorización de un enojo, de una destemplanza por motivos enteramente distintos.

563

Fácilmente resignado. Se sufre poco de deseos frustrados si uno ha ejercitado su fantasía en afear el pasado.

564

En peligro. Cuando más en peligro se está de ser atropellado es cuando se acaba de esquivar un vehículo.

565

Según la voz, el papel. El que tiene que hablar en voz más alta de lo que está acostumbrado (por ejemplo, con alguien medio sordo o ante un gran auditorio), exagera de ordinario las cosas que tiene que participar. Más de uno se convierte en conspirador, propagador de calumnias, intrigante, meramente porque su voz se presta óptimamente para el cuchicheo.

566³⁹

Amor y odio. El amor y el odio no son ciegos, pero les ciega el fuego que ellos mismos comportan.

567

*Hostilizado con ventaja.*⁴⁰ Las personas incapaces de dejarle al mundo completamente claros sus méritos tratan de despertar una enconada hostilidad. Tienen entonces el consuelo de pensar que ésta se interpone entre sus méritos y el reconocimiento de los mismos, y que muchos otros presumen lo mismo: lo cual es muy ventajoso para su reputación.

568⁴¹

Confesión. Uno olvida su culpa cuando se la ha confesado a otro, pero el otro no suele olvidarla.

³⁹ Cf. 21 [40].

⁴⁰ Título diferente en *Md*: «Hacerse pasar por hereje».

⁴¹ *Ep*: 18 [56].

569

Autosuficiencia. El toisón de oro de la autosuficiencia protege contra los estacazos, pero no contra los alfilerazos.

570

*Sombra en la llama*⁴². La llama no se es a sí misma tan brillante como a las demás cosas que ilumina: así también el sabio.

571

Opiniones propias. La primera opinión que se nos ocurre cuando de improviso se nos pregunta sobre una cosa no es habitualmente propia nuestra, sino sólo la corriente, la inherente a nuestra casta, posición, extracción; las opiniones propias rara vez sobrenadan en la superficie.

572

Origen de la valentía. El hombre corriente es valiente e invulnerable como un héroe cuando no ve el peligro, cuando no tiene ojos para él. A la inversa: el héroe tiene en la espalda, es decir, allí donde no tiene ojos, el único sitio invulnerable.

573

Peligro en el médico. Uno tiene que haber nacido para su médico; de lo contrario, sucumbe a su médico.

574

Vanidad prodigiosa. Quien con osadía ha profetizado el tiempo por tres veces y ha tenido éxito, en el fondo de su alma cree un poco en sus dotes proféticas. Admitimos lo prodigioso, irracional, cuando halaga nuestra autoestima.

575

Profesión. Una profesión es la espina dorsal de la vida.

576

Peligro de la influencia personal. Quien siente que ejerce una gran influencia interior sobre otro, debe darle absolutamente rienda suelta, más aún, ver con buenos ojos resistencias ocasionales e incluso provocarlas: de lo contrario se creará irremisiblemente un enemigo.

⁴² Título diferente en Mcl: «Insatisfecho de sí».

577

Aceptar al heredero. Quien con actitud abnegada ha fundado algo grande cuida de educarse herederos. Es ⁴³ signo de una naturaleza tiránica e innoble ver adversarios en todos los posibles herederos de la obra de uno y vivir en estado de alerta contra ellos ⁴⁴.

578

Saber a medias. El saber a medias tiene más éxito que el saber cabal: conoce las cosas más simplemente de lo que son y hace por consiguiente más asequible y convincente su opinión.

579

No apto para hombre de partido. Quien piensa mucho no es apto para hombre de partido: piensa demasiado pronto más allá del partido.

580

Mala memoria. La ventaja de la mala memoria es que se disfruta por vez primera de las mismas cosas buenas varias veces.

581 ⁴⁵

Causarse dolores. La falta de escrúpulos del pensamiento es con frecuencia signo de una actitud interna insatisfecha a la que apetece aturdimiento.

582 ⁴⁶

Mártir. El discípulo de un mártir sufre más que el mártir.

583 ⁴⁷

Vanidad rezagada. La vanidad de no pocas personas que no tendrían necesidad de ser vanidosas es el hábito residual y ahora adulto de la época en que no tenían aún derecho a creer en sí y no hacían sino mendigar de otros la calderilla de esta creencia.

⁴³ grande] *Fp*: «noble, cuida de tener herederos; es».

⁴⁴ vivir] *Fp*: «hacer el desierto en torno a sí».

⁴⁵ *Fp*: 18 [6].

⁴⁶ Cf. *HDH* 46.

⁴⁷ *Fp*: 19 [45].

584

Punctum saliens⁴⁸ *de la pasión*. Quien está por montar en cólera o entregarse a un violento afecto amoroso, llega a un punto en que el alma está llena como un tonel; pero, sin embargo, debe añadirse una gota de agua: la buena voluntad para la pasión (que habitualmente se llama también la mala). Sólo es necesario este puntito; entonces el tonel se desborda.

585

Pensamiento de despecho. Sucede con los hombres como con las carboneras en el bosque. Sólo cuando han ardido y están carbonizados son los jóvenes, como aquéllas, *útiles*. Mientras vahean y humean son quizá más interesantes, pero inútiles y, con demasiada frecuencia, incómodos. La humanidad emplea implacablemente a todos los individuos como material de combustión de sus grandes máquinas; pero ¿para qué las máquinas, si todos los individuos (es decir, la humanidad) sólo sirven para alimentarlas? Máquinas que son fin para sí mismas: ¿es esto la *humana commedia*⁴⁹?

586

De la aguja horaria de la vida. La vida consiste en raros momentos aislados de suma significación y de incontables intervalos en los que, en el mejor de los casos, nos rodean las sombras de esos momentos. El amor, la primavera, cualquier bella melodía, la montaña, la luna, el mar, todo le habla plenamente al corazón una sola vez, si es que en general toma alguna vez la palabra. Pues muchas personas no tienen en absoluto esos momentos y son ellas mismas intervalos y pausas en la sinfonía de la vida real.

587

Atacar o intervenir. Cometemos a menudo el error de hostilizar vivamente una tendencia, un partido o una época porque casualmente sólo llegamos a ver su aspecto exterior, su marchitez o los «defectos de sus virtudes»⁵⁰ de que necesariamente adolecen, quizá porque nosotros mismos hemos participado especialmente de ellos. Entonces les volvemos la espalda y buscamos una orientación opuesta; pero lo mejor sería buscar los aspectos buenos y fuertes o desarrollarlos en uno mismo. Por supuesto, para promover lo deviniente e imperfecto se requiere una mirada más penetrante y una mejor voluntad que para calarlo en su imperfección y repudiarlo⁵¹.

⁴⁸ «Punto saliente».

⁴⁹ «Comedia humana».

⁵⁰ Cf. George Sand: «Cada cual tiene los defectos de sus virtudes». Aurora Dupin, baronesa Dudevant, llamada George Sand (1804-1876): novelista francesa.

⁵¹ En *Cf* se añadía: «Así, tengo todo el derecho a mi crítica del filisteo de la cultura y de la enfermedad histórica; pero mejor sería apoyar al mundo moderno, no dejarlo en la estacada». Nietzsche hace aquí alusión a sus primera (1873) y segunda (1874) *Consideraciones intempestivas*.

588

Modestia. Hay ⁵² modestia verdadera (es decir, el reconocimiento de que no somos nuestras propias obras), y sin duda conviene al gran espíritu, pues precisamente éste puede comprender la idea de la plena irresponsabilidad (también por lo bueno que produce). No se odia la inmodestia del grande porque éste sienta su fuerza, sino porque sólo quiere probar su fuerza hiriendo a los demás, tratándolos despóticamente y comprobando hasta qué punto lo aguantan. De ordinario esto prueba incluso la falta de seguridad en su fuerza y hace dudar a los hombres de su grandeza. En tal medida, la inmodestia es muy desaconsejable desde el punto de vista de la prudencia.

589 ⁵³

El primer pensamiento del día. El mejor medio de comenzar cada día es pensar, al despertar, si en este día no podría dársele al menos a una persona una alegría. Si esto pudiera aceptarse en sustitución de la costumbre religiosa de la oración, los semejantes extraerían una ventaja de este cambio.

590

La arrogancia como último medio de consuelo. Cuando uno interpreta una calamidad, su insuficiencia intelectual, su enfermedad, de tal modo que ve en ello su destino inexorable, su puesta a prueba o el misterioso castigo de faltas anteriores, hace con ello interesante su propio ser y se eleva idealmente por encima de sus semejantes. El pecador orgulloso es una figura conocida en todas las sectas eclesiásticas.

591

Vegetación de la felicidad. Muy cerca del dolor del mundo, y a menudo en el terreno volcánico del mismo, ha plantado el hombre sus pequeños jardines de felicidad ⁵⁴; ya se contemple la vida con los ojos del que no le pide a la existencia más que conocimiento o del que se abandona y resigna, o del que goza con la dificultad vencida, siempre se encuentra un poco de felicidad sembrada junto al infortunio —y por cierto que tanta más felicidad cuanto más volcánico sea el terreno—; pero sería ridículo decir que con esta felicidad está justificado el sufrimiento mismo.

592

La ruta de los antepasados. Es razonable que alguien desarrolle en sí mismo el talento al que su padre o su abuelo dedicaron sus esfuerzos, y no mude a algo

⁵² Hay] En *Cf.* «Quien se humilla quiere ser ensalzado; este es el [curso del mundo] sentido de la modestia habitual. Sin embargo, hay». *Cf.* HDH, 87; 21 [52].

⁵³ *Cf.* 16 [13] y la carta a Malvida con Meysenburg de mediados de marzo de 1875.

⁵⁴ Muy cerca] En *Cf.* «El dolor del mundo ha llevado a los hombres a extraer de él cierta especie de felicidad». *Cf.* HDH, 292.

enteramente nuevo; de lo contrario, se priva de la posibilidad de alcanzar la perfección en cualquier oficio que sea. Por eso dice el proverbio: «¿Por qué ruta debes cabalgar? Por la de tus antepasados».⁵⁵

593

La vanidad y la ambición como educadoras. Mientras uno no se haya convertido en instrumento del bien común humano, puede que la ambición lo torture; pero si alcanza esa meta, si trabaja necesariamente, como una máquina, por lo mejor para todos, entonces puede sobrevenir la vanidad; ésta le humanizará en lo menor, le hará más sociable, más tolerable, más indulgente, una vez la ambición haya acabado el trabajo sucio con él (hacerle útil).

594⁵⁶

Novicios filosóficos. Si uno acaba de recibir la sabiduría de un filósofo, anda por las calles con la sensación como de haberse transmutado y haberse convertido en un gran hombre; puesto que no se encuentra más que gentes que ignoran esta sabiduría, respecto a todo tiene por tanto que proponer un nuevo veredicto desconocido: puesto que conoce un código, se cree uno ahora obligado a dárse las también de juez.

595⁵⁷

Agradar por desagrado. Las personas que prefieren llamar la atención y con ello desagradar, pretenden lo mismo que quienes quieren no llamar la atención y agradar, sólo que en un grado mucho más elevado e indirectamente, mediante un método por el que aparentemente se alejan de su meta. Quieren influencia y poder, y por eso muestran su superioridad incluso de tal manera que desagradan; pues saben que quien ha logrado finalmente el poder agrada en casi todo lo que hace y dice, y que, incluso cuando desagrada, parece no obstante agradar. También el librepensador, y asimismo el creyente, quieren poder, para algún día agradar por él; si a causa de su doctrina les amenaza un destino adverso, persecución, prisión, suplicio, se complacen pensando que de este modo su doctrina queda labrada a fuego y hierro en la humanidad; lo aceptan como un medio doloroso, pero eficaz, aunque de efecto retardado, para llegar pese a todo al poder.

⁵⁵ Por eso dice]. Diferente final en *Cf.*: «En eso debieran pensar los jóvenes!»

⁵⁶ *Cf.* 22 [6].

⁵⁷ *Ep.* 16 [25]. Variante de principios de 1874 o tal vez del verano de 1876: «Los hombres prefieren llamar la atención desagradando, más bien que agradar y pasar desapercibidos: de donde resulta claramente que les importa menos la felicidad que el poder. El sentimiento de sorprender desagradablemente cuenta para ellos menos que el sentimiento de su independencia y por tanto de dominio; dicho de otro modo: la felicidad que el poder puede procurarles les atrae más que la felicidad más fácil de la complacencia; además, el poderoso está en condiciones de exigir que se le complazca en muchas cosas».

596⁵⁸

*Casus belli*⁵⁹ y análogos. El príncipe que, una vez tomada la decisión de declararle la guerra al vecino, discurre un *casus belli*, se parece al padre que le da a su hijo una madre suplente que en adelante debe pasar por auténtica. ¿Y no son tales madres suplentes casi todos los motivos de nuestras acciones dados a conocer públicamente?

597

Pasión y derecho. Nadie habla más apasionadamente de sus derechos que quien en el fondo de su alma tiene una duda sobre los mismos. Poniendo la pasión de su parte, quiere anestesiar el entendimiento y la duda de éste: así obtiene la buena conciencia y con ello el éxito entre sus semejantes.

598⁶⁰

Ardid de abstigente. Quien protesta contra el matrimonio a la manera de los sacerdotes católicos, tratará de entenderlo en su acepción más vil, más vulgar. Igualmente, quien rehúsa la reverencia de sus contemporáneos, tendrá por vil el concepto de la misma: así se facilita la renuncia y la lucha contra ella. Por lo demás, quien se niega mucho en lo grande, se concederá fácilmente indulgencia en lo pequeño. Sería posible que quien se ha elevado por encima del aplauso de sus contemporáneos no quisiera, sin embargo, negarse la satisfacción de pequeñas vanidades.

599⁶¹

Edad de la arrogancia. Entre los veintiséis y los treinta años se da entre los hombres de talento el período de la arrogancia propiamente dicho; es la época de la primera madurez, con un fuerte residuo de acidez. Mediante esa mirada, ese gesto de arrogancia, ese tono de voz que un oído y una vista aguzados reconocen en todas las producciones de esa edad, sean poemas, filosofías o cuadros y música, se exige, en razón de lo que uno siente en sí, reverencia y humillación de personas que nada o poco saben de ello. Los hombres experimentados de más edad se sonríen ante ello y recuerdan con emoción esta hermosa edad en que uno se enoja por el sino de *ser* tanto y *parecer* tan poco. Después uno *parece* realmente más, pero ha perdido la buena fe en *ser* mucho: a menos que se sea toda la vida un incorregible chiflado de la vanidad.

⁵⁸ *Fp.*: 19 [54].

⁵⁹ «Motivo de guerra».

⁶⁰ *Cf.* 19 [11].

⁶¹ *Cf.* 22 [47]. *Fp.*: «Entre los veintiséis y los treinta años la primera madurez se exterioriza mediante la arrogancia. No pocos conservan la expresión de la arrogancia. Siempre se la reconoce, se la sonríe, pertenece a la juventud (también al genio). ¡Con nada son las personas ancianas tan delicadas!».

600⁶²

Engañoso y sin embargo sólido. Así como para pasar junto a un precipicio o cruzar un profundo arroyo sobre un tronco se precisa una barandilla, no para asirse a ella —pues en seguida se rompería—, sino para darle a la vista la sensación de seguridad, así de joven ha uno menester personas que inconscientemente nos presten el servicio de esa barandilla; verdad es que no nos ayudarían si en un gran peligro quisiéramos realmente apoyarnos en ellas, pero dan la tranquilizadora sensación de una protección cercana (por ejemplo, padres, maestros, amigos, tal como son de ordinario todos ellos).

601⁶³

Aprender a amar. Uno debe aprender a amar, aprender a ser bondadoso, y esto desde joven; si la educación y el azar no nos dan ninguna ocasión de ejercitar estos sentimientos, nuestra alma se seca y ya no es capaz de comprender siquiera esas tiernas invenciones de las personas afectuosas. Igualmente debe aprenderse y alimentarse el odio si quiere uno llegar a ser un buen odiador: de lo contrario, también el germen para ello irá muriéndose poco a poco.

602

Las ruinas como adorno. Quienes pasan por muchas mutaciones espirituales conservan algunos pareceres y hábitos de estados anteriores, que luego afloran en su nuevo pensar y actuar como un pedazo de inexplicable antigüedad y vetusta muralla: a menudo para ornamento de todo el paraje.

603

*Amor y honor*⁶⁴. El amor desea⁶⁵, el temor⁶⁶ evita. Por eso no puede uno ser simultáneamente amado y honrado⁶⁷ por la misma persona, al menos durante el mismo lapso de tiempo. Pues quien honra reconoce el poder, esto es, lo teme⁶⁸: su estado es de respeto⁶⁹. Pero el amor no reconoce ningún poder, nada que separe, establezca diferencias, anteponga y subordine. Porque no honra es por lo que las personas ambiciosas⁷⁰ son recalcitrantes, secreta o abiertamente, a ser amados.

⁶² *Fp.* «Padres y maestros funcionan como barandillas (aunque no sostienen, dan seguridad a la mirada)».

⁶³ *Fp.* «A amar debe aprenderse de joven. El odio puede extirparse cuando no se lo ejercita».

⁶⁴ *Ehre.*

⁶⁵ *begehrt.*

⁶⁶ *Furcht.*

⁶⁷ *geebrt.*

⁶⁸ *fürchtet.*

⁶⁹ *Ehr-furcht.*

⁷⁰ *ehrsüchtige.*

604

Prejuicio en favor de las personas frías. Las personas que se enardecen rápidamente también se enfrían enseguida y no son por ello, en general, muy formales. De ahí el prejuicio favorable de que los que son siempre fríos o se fingen tales son personas dignas de confianza y formales: se les confunde con los que se enardecen lentamente, pero conservan el ardor por mucho tiempo.

605

Lo peligroso de las opiniones libres. El fácil ocuparse de opiniones libres produce una excitación, como una especie de prurito; si se cede a él, uno empieza a rascarse la zona; hasta que finalmente se da origen a una dolorosa herida abierta, es decir, hasta que la opinión libre comienza a turbarnos, a atormentarnos en nuestra situación vital, en nuestras relaciones humanas.

606

Ansia de dolor profundo. Una vez ha pasado, la pasión deja un anhelo de sí misma y al desaparecer aún lanza una mirada seductora. Debe de haber producido una especie de placer haber sido azotado con su látigo. Los sentimientos más moderados aparecen por contra insípidos; al parecer, siempre se prefiere el dis-placer más violento al placer insulso.

607

Enfado con los demás y con el mundo. Cuando, como tan a menudo sucede, descargamos nuestro enfado sobre los demás, mientras propiamente hablando lo sentimos contra nosotros mismos, en el fondo nos afanamos por ofuscar y engañar nuestro juicio: queremos motivar *a posteriori* este enfado en descuidos, defectos de los demás, y así nos perdemos de vista a nosotros mismos. Las personas religiosamente estrictas, que son jueces implacables para consigo mismas, son al mismo tiempo las que peores cosas han dicho de la humanidad en general: nunca ha habido un santo que se reservara para sí los pecados y para los demás las virtudes; ni tampoco que, según el precepto de Buda⁷¹, ocultase a las gentes lo bueno de sí y únicamente les dejase ver lo malo⁷².

608

Causa y efecto, confundidos. Buscamos inconscientemente los principios y dogmas adecuados a nuestro temperamento, de modo que acaba por parecer

⁷¹ Siddhartha Gautama, llamado Buda (ca. 556-ca. 480 a. C.): fundador de la religión que lleva su nombre.

⁷² En *Cf* se añadía: «Cristo dice en cambio (*Mat.*): que las gentes vean vuestras buenas acciones». Cf. Mateo, 5:16: «Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

como si los principios y dogmas hubieran creado nuestro carácter, le hubieran dado firmeza y seguridad, cuando precisamente ha sido al revés. A toro pasado, parece como si debiera hacerse de nuestro pensamiento y nuestro juicio la causa de nuestro modo de ser; pero, en realidad, es nuestro modo de ser la causa de que pensemos y juzguemos como lo hacemos. ¿Y qué nos determina a esta comedia casi inconsciente? La indolencia y la comodidad, y no lo que menos el deseo de la vanidad de que se nos halle totalmente consistentes, de una pieza en el modo de ser y en el pensar: pues esto procura respeto, da confianza y poder.

609

Edad y verdad. A los jóvenes les encanta lo interesante y raro, no importa que sea verdadero o falso. A espíritus más maduros les encanta lo que de interesante y raro hay en la verdad. A cerebros completamente maduros, por último, les encanta la verdad incluso allí donde aparece simple y sencilla y aburre al hombre ordinario, porque se han percatado de que la verdad suele decir lo que posee de más espiritual con el aire de la sencillez⁷³.

610

Los hombres como malos poetas. Así como los malos poetas buscan en la segunda parte del verso la idea para la rima, así es en la segunda mitad de la vida cuando los hombres, más angustiados, suelen buscar las acciones, actitudes, relaciones que convienen a las de su vida anterior, de modo que todo armonice bien exteriormente; pero su vida ya no está regida ni sigue determinada por un pensamiento poderoso, sino que a éste la reemplaza el propósito de encontrar una rima.

611⁷⁴

Aburrimiento y juego. La necesidad nos obliga al trabajo, con cuyo producto se aquieta la necesidad; el despertar siempre renovado de la necesidad nos habitúa al trabajo. Pero en los intervalos en que las necesidades están aquietadas, y por así decir, dormidas, nos asalta el aburrimiento. ¿Qué es éste? Es la habituación al trabajo en general, el cual ahora se plantea con una necesidad nueva, adicional; tanto más fuerte será cuanto más habituados estemos a trabajar, y quizá incluso cuanto más fuertemente se hayan padecido necesidades. Para eludir el aburrimiento el hombre trabaja más allá de la medida de sus necesidades normales o inventa el juego, es decir, el trabajo en general. A quien se ha hastiado del juego y no tiene ninguna razón, por nuevas necesidades, para el trabajo, le asalta a veces el deseo de un tercer estado, que es al juego lo que volar a bailar, bailar a caminar, una agitación dichosa, apacible: esta es la visión de la felicidad de los artistas y filósofos.

⁷³ porque se han percatado] *Ip*: «Mucho espíritu es menester para amar la verdad sencilla; pero por eso, porque las personas anhelan esto, es por lo que fingen tan a menudo ese amor por las obras de los griegos».

⁷⁴ Cf. 17 [103].

612

Enseñanza a partir de retratos. Al contemplar una serie de retratos de sí mismo⁷⁵, desde los tiempos de la última infancia hasta los de la madurez viril, se encuentra uno con la agradable sorpresa de que el adulto se parece más al niño que al adolescente: por tanto, de que, probablemente en correspondencia con este fenómeno, se ha producido entretanto una alienación pasajera del carácter fundamental, dominada a su vez por la fuerza acumulada, concentrada, del adulto. Con esta percepción se corresponde la otra de que todas las influencias fuertes de pasiones, maestros, sucesos políticos, que nos arrastran de acá para allá durante la adolescencia, aparecen más tarde reducidas de nuevo a una medida fija: ciertamente, siguen viviendo y operando en nosotros, pero, sin embargo, el sentimiento y el pensamiento fundamentales prevalecen y se sirven sin duda de ellas como fuentes de energía, pero ya no como reguladores, como sí ocurre entre los veinte y los treinta. Así, también el pensar y el sentir del adulto aparecen más conformes a su vez a los de su edad infantil; y este hecho interno se expresa en el externo mencionado.

613⁷⁶

Timbre de voz de las edades. El tono en que hablan, elogian, censuran, poetizan los jóvenes desagrada a la persona de más edad, pues es demasiado alto y ciertamente al mismo tiempo sordo e indistinto como el sonido en una bóveda, que adquiere tal volumen debido al vacío, pues la mayor parte de lo que los jóvenes piensan no ha manado de la opulencia de su propia naturaleza, sino que es asonancia, eco de lo que se ha pensado, dicho, elogiado, censurado en su cercanía. Pero, puesto que los sentimientos (de simpatía y antipatía) resuenan en ellos mucho más intensamente que las razones de los mismos, cuando dan rienda suelta a su sentimiento se origina ese tono sordo, retumbante, que delata la ausencia o escasez de razones. El tono de la edad más madura es astringente, abrupto, moderadamente alto, pero, como todo lo articulado claramente, llega lejos. La vejez, por último, le aporta con frecuencia al tono una cierta indulgencia y tolerancia, y, por así decir, lo edulcora; por supuesto, en no pocos casos también lo agría.

614

Hombres atrasados y avanzados. El carácter desagradable que está lleno de desconfianza, que siente envidia de todo logro feliz de los rivales y allegados, que es violento y colérico ante opiniones disidentes, muestra que pertenece a una etapa anterior de la cultura, que es por tanto un residuo: pues la manera en que trata con los hombres era la justa y atinada para las circunstancias de una

⁷⁵ Al contemplar] En *Ep: fotogr<afías>* de la infancia y del adulto parecidas. Así entra también nuestro pensamiento en una fase que circunscribe el ser de nuestra infancia, las influencias fuertes son reducidas a una medida.

⁷⁶ Cf. 19 [30].

época en que regía la ley del más fuerte; es un hombre *atrasado*. Otro carácter que comparte desprendidamente las venturas ajenas, que por doquier hace amistades, que acoge con afecto todo lo que crece y está en gestación, que se regocija con todos los honores y éxitos de los demás y no pretende el privilegio de ser el único que conoce la verdad, sino que está lleno de una modesta desconfianza⁷⁷, es un hombre avanzado que sale al encuentro de una cultura superior de los hombres. El carácter desagradable data de los tiempos en que estaban todavía por construir los toscos fundamentos del trato humano; el otro vive en los pisos más altos, lo más alejado posible de la bestia salvaje que, encerrada en los sótanos, bajo los cimientos de la cultura, ruge y aúlla.

615

Consuelo de hipocondríacos. Cuando un gran pensador se ve periódicamente sometido a autotorturas hipocondríacas, puede decirse como consuelo: «de lo que este parásito se nutre y cría es de tu propia gran fuerza; si ésta fuese menor, menos tendrías que sufrir». Lo mismo puede decir el estadista cuando los celos y el sentimiento de venganza, en general la disposición de *bellum omnium contra omnes* para la que como representante de la nación debe necesariamente tener un don acusado, propiamente hablando se entromete también en sus relaciones personales y le amarga la vida.

616

Enajenado del presente. Tiene grandes ventajas enajenarse por una vez en amplia medida de la época de uno y, por así decir, ser de nuevo empujado de la orilla de ésta al océano de las consideraciones del mundo pasadas. Al mirar desde allí la costa, uno abarca sin duda por vez primera su configuración de conjunto y, cuando de nuevo se aproxima a ella, tiene la ventaja de comprenderla en su totalidad mejor que los que nunca la han abandonado.

617⁷⁸

Sembrar y cosechar en defectos personales. Hombres como Rousseau saben aprovechar sus debilidades, lagunas, vicios, por así decir como abono de su talento. Si aquél se lamenta de la corrupción y degeneración de la sociedad como funesta consecuencia de la cultura⁷⁹, en el fondo de esto hay una experiencia personal; la amargura de ésta le da la causticidad de su condena general y envenena las flechas que dispara; de entrada se descarga como individuo y piensa en buscar un remedio que le sea directamente de provecho a la sociedad pero, indirectamente y a través de ésta, también a él.

⁷⁷ está lleno]. Variante en *Md*: «no se fia más que de sí mismo».

⁷⁸ Cf. 28 [36].

⁷⁹ Vid. *HDH*, 463, n. 24.

618

Tener mentalidad filosófica. Habitualmente se aspira a adquirir para todas las situaciones de la vida y acontecimientos una actitud del ánimo, un género de pareceres: a esto se llama primordialmente tener mentalidad filosófica. Pero para el enriquecimiento del conocimiento puede tener valor superior no uniformarse de este modo, sino escuchar la suave voz de las diversas situaciones de la vida; éstas conllevan sus propios pareceres. Así se participa cognitivamente de la vida y el modo de ser de muchos, al no tratarse a uno mismo como individuo fijo, estable, uno.

619⁸⁰

En el fuego del desprecio. Un nuevo paso hacia la independencia es atreverse a exteriorizar pareceres que pasan por vergonzosos para quien los abriga; hasta los amigos y conocidos suelen alarmarse entonces. La naturaleza dotada debe pasar también por este fuego: luego se pertenece mucho más aún a sí misma.

620

Abnegación. En caso de elección, se prefiere la abnegación grande a una pequeña; pues de la grande nos resarcimos por autoadmiración, lo que con la pequeña no nos es posible.

621

El amor como artimaña. Quien quiera llegar realmente a conocer algo nuevo (sea una persona, un suceso, un libro), hace bien en acoger esto nuevo con todo el amor posible, en apartar rápidamente la mirada de todo lo que en ello se le antoje hostil, chocante, falso, más aún, en olvidarlo; de modo que al autor de un libro, por ejemplo, se le da la máxima ventaja y francamente, como si se tratase de una carrera, se desea con corazón palpitante que alcance su meta. Con este procedimiento, en efecto, se penetra la nueva cosa hasta su médula, hasta su punto motor: y esto significa precisamente llegar a conocerla. Una vez allí, a continuación el entendimiento hace sus restricciones; esa sobreestimación, esa suspensión temporal del péndulo crítico, no era ni más ni menos que una artimaña para arrebatarle el alma a una cosa.

622

Pensar demasiado bien y demasiado mal del mundo. Piénsese demasiado bien o demasiado mal del mundo, siempre se tiene la ventaja de cosechar un placer superior; pues con una opinión preconcebida demasiado buena ponemos habitualmente en las cosas (vivencias) más dulzura de la que propiamente hablando contienen. Una opinión preconcebida demasiado mala causa una desi-

⁸⁰ Cf. 17 [34]. Una versión de este aforismo de 1875 aparece en primera persona.

lusión agradable: lo agradable de la sorpresa viene a sumarse a lo agradable que había en las cosas. Por lo demás, un temperamento sombrío hará en ambos casos la experiencia inversa.

623

Hombres profundos. Aquellos que tienen su fuerza en la profundidad de las impresiones —habitualmente se les llama hombres profundos— son relativamente tranquilos y decididos ante todo lo repentino: pues en el primer momento la impresión era todavía superficial, sólo luego *se hace* profunda. Pero las cosas o personas desde ha mucho previstas, esperadas, son las que más excitan a tales naturalezas y las hacen casi incapaces de tener aún presencia de ánimo cuando al fin llegan.

624

*Trato con el sí-mismo superior*⁸¹. Cada cual tiene su buen día en que encuentra su sí-mismo superior; y la verdadera humanidad requiere que cada cual sea evaluado sólo por este estado y no por los días laborables de falta de libertad y servidumbre. Debe, por ejemplo, apreciarse y reverenciarse a un pintor por la visión suprema que ha sido capaz de ver y representar. Pero los hombres mismos tratan de manera muy diferente con este su sí-mismo superior y son con frecuencia sus propios comediantes por cuanto imitan una y otra vez lo que son en esos momentos. No pocos viven en el *terror* y la humildad ante su ideal y quisieran renegar de él: temen a su propio sí-mismo superior porque cuando habla, habla exigentemente. Tiene además una libertad fantasmagórica para aparecer o no a voluntad; por eso se le llama a menudo un don de los dioses, cuando propiamente hablando todo lo demás es don de los dioses (del azar), pero él es el hombre mismo.

625⁸²

Personas solitarias. No pocas personas están tan acostumbradas a estar solas consigo mismas, que en absoluto se comparan con las demás, sino que van urdiendo su monológica vida con una disposición apacible, alegre, en buenas charlas consigo, y aun con risas. Pero si se les lleva a compararse con otras tienden a una cavilosa subestimación de sí mismas, de modo que hay que obligarles a volver a *aprender* de otros una buena, justa opinión sobre sí, y aun de esta opinión adquirida querrán una y otra vez descontar y regatear algo. A ciertas personas debe, por tanto, concedérseles su soledad y no ser tan estúpidos, como con frecuencia ocurre, de compadecerlas por ella.

⁸¹ Título en *Fp*: «Trato con el ideal».

⁸² Cf. 17 [8], 22 [73].

626⁸³

Sin melodía. Hay hombres a quienes es tan propio un constante reposo en sí mismos y un armónico concierto de todas sus facultades, que les repugna toda actividad que se plantee metas. Semejan una música que consista exclusivamente en prolongados acordes armónicos, sin que nunca se muestre siquiera el ataque de un movimiento melódico articulado. Todo movimiento desde fuera no sirve más que para devolverle enseguida al esquiife su nuevo equilibrio sobre el mar de la eufonía armónica. De ordinario los hombres modernos se impacientan extraordinariamente cuando tropiezan con tales naturalezas de las que nada *deviene*, sin que pueda decirse que no *son* nada. Pero, dadas ciertas disposiciones, su vista suscita esa insólita pregunta: ¿para qué en definitiva la melodía? ¿Por qué no nos basta con que la vida se refleje plácidamente en un lago profundo? La Edad Media no fue más rica en tales naturalezas que la nuestra. Cuán raramente se encuentra uno todavía con alguien que pueda vivir tan justamente apacible y contento consigo aun entre apreturas, diciéndose, como Goethe: «lo mejor es la profunda calma en que vivo y crezco frente al mundo, conquistando lo que no pueden quitarme ni con el fuego ni con la espada»⁸⁴.

627

Vida y vivencia. Cuando se constata cómo algunos saben arreglárselas con sus vivencias —sus insignificantes vivencias cotidianas—, de modo que éstas se convierten en una tierra de labranza que da fruto tres veces al año, mientras que otros —¡y cuántos!— son arrastrados por el oleaje de los más excitantes destinos, de las más diversas corrientes de la época y del pueblo, y, sin embargo, siempre se mantienen ligeros, siempre a flote, como de corcho, se siente uno al fin tentado a dividir la humanidad en una minoría (minimidad) que sabe hacer de poco mucho, y una mayoría que sabe hacer de mucho poco; y aún se topa uno con esos brujos al revés que, en vez de crear el mundo de la nada, crean del mundo una nada.

628⁸⁵

Severidad en el juego. En Génova oí yo desde una torre un largo repique de campanas a la hora del ocaso; se resistía a cesar y sonaba, como insaciable de sí mismo, por encima del rumor de las callejas en el cielo vespertino y la brisa marina, tan lúgubre, tan infantil al mismo tiempo, tan melancólico. Entonces me acordé de las palabras de Platón y las sentí de pronto en el corazón: «*A fin de*

⁸³ *Fp*: «Hay personas con pereza para la armonía: ninguna melodía llega a tomar forma cabal con ellos, sino que todo movimiento comporta sólo otra falta de armonía. Naturalezas de la Edad Media. Impacientan, aburren: pero en ciertas disposiciones toda la vida se refleja como un lago profundo; con esta pregunta: ¿para qué, a qué santo la armonía?»

⁸⁴ Cf. Goethe, *Diario*, 13 de mayo de 1780.

⁸⁵ Cf. 17 [8], 22 [45].

*cuentas, nada humano vale la pena de ser tomado muy en serio; pese a lo cual...*⁸⁶.

629⁸⁷

De la convicción y la justicia. Mantener luego, frío y sobrio, lo que el hombre dice, promete, resuelve arrebatado por la pasión: esta exigencia se cuenta entre las más pesadas cargas que oprimen a la humanidad. Tener que reconocer para siempre las consecuencias de la ira, de la enardecida venganza, de la devoción entusiasta, puede suscitar una saña tanto mayor contra estos sentimientos cuanto más sean precisamente ellos idolatrados por todas partes y especialmente entre los artistas. Estos cultivan a gran escala la *estima de las pasiones* y siempre lo han hecho; por supuesto que también glorifican los terribles desquites de la pasión que uno mismo se toma, esas explosiones vindicativas con su secuela de muerte, mutilación, exilio voluntario, y esa resignación del corazón destrozado. En todo caso mantienen despierta la curiosidad por las pasiones, es como si quisieran decir: «nada en absoluto habéis vivido sin pasión». Ahora bien, por haber jurado fidelidad, quizá incluso a un ser puramente ficticio, como a un dios, por haber entregado el corazón a un príncipe, a un partido, a una mujer, a una orden religiosa, a un artista, a un pensador, en un estado de delirio obcecado que nos envolvía de fascinación y hacía aparecer a esos seres como dignos de toda veneración, de todo sacrificio, ¿está uno ineluctablemente atado? Más aún: ¿no nos engañamos, pues, a nosotros mismos entonces? ¿No era una promesa hipotética bajo el supuesto, desde luego tácito, de que esos seres a los que nos consagramos son realmente los seres que aparecían en nuestra imaginación? ¿Estamos obligados a ser fieles a nuestros errores, incluso cuando nos damos cuenta de que con esta fidelidad perjudicamos nuestro sí-mismo superior? No, no hay ninguna ley, ninguna obligación, de tal índole; *debemos* ser traidores, practicar la deslealtad, abandonar una y otra vez nuestros ideales⁸⁸. No pasamos de un período de la vida a otro sin infligir, y tampoco sin sufrir a nuestra vez, estos dolores de la traición. ¿Sería necesario que, para eludir estos dolores, tuviéramos que guardarnos de los transportes de nuestro sentimiento? ¿No se haría entonces el mundo demasiado desolado, demasiado tétrico para nosotros? Preguntémonos más bien si estos dolores son *necesarios* dado un cambio de convicción o si no dependen de una opinión y una estimación *erróneas*. ¿Por qué se admira al que permanece fiel a su convicción y se desprecia al que cambia? Me temo cuál será

⁸⁶ Cf. Platón, *Leyes*, 803b, y *República*, 604b (ed. cast., cit., págs. 1398 y 833). También citado por Schopenhauer en *Parerga y paralipomena*. La tarde en Génova aparece mencionada por Nietzsche en una carta a su madre del 22 de octubre de 1876.

⁸⁷ Cf. 17 [66], 23 [38], 23 [101]. *Fp*: «Se admira a quien sufre y muere por sus convicciones, se desprecia a quien las abandona; uno se aferra a ellas por temor al perjuicio, al escándalo, o por cabezonería. Convicción es conocimiento mezclado con impulsos de la voluntad». Lo que Nietzsche escribe en estos aforismos sobre la fidelidad alude sin duda a su relación con Wagner, pero asimismo prepara el terreno a su teoría de la metamorfosis del espíritu (cf. *Así habló Zaratustra*, I parte, «De las tres transformaciones»; ed. cast., trad. Andrés Sánchez Pascual, Alianza, 1975, págs. 49-51).

⁸⁸ nuestros ideales]. Variante en *MZ*: «los ideales de nuestra juventud».

la respuesta: porque cada cual presupone que sólo motivos de vil conveniencia o de miedo personal ocasionan un tal cambio. Es decir: créese en el fondo que nadie modifica sus opiniones en tanto le son ventajosas, o al menos en tanto no le reportan ningún perjuicio. Pero si es así, esto entraña un testimonio desfavorable sobre el significado *intelectual* de todas las convicciones. Examinemos cómo nacen las convicciones y consideremos si no son con mucho sobreestimadas: de ahí resultará que también el *cambio* de convicciones es medido bajo todas las circunstancias según un criterio falso y que hasta ahora solíamos sufrir demasiado por este cambio⁸⁹.

630⁹⁰

La convicción es la creencia de estar en posesión de la verdad absoluta en un punto cualquiera del conocimiento. Esta creencia presupone, por tanto, que hay verdades absolutas; igualmente, que se han encontrado aquellos métodos perfectos para alcanzarlas; finalmente, que todos los que tienen convicciones se sirven de estos métodos perfectos. Estos tres asertos evidencian al punto que el hombre de convicciones no es el hombre de pensamiento científico: se nos aparece en la edad de la inocencia teórica y es un niño, por muy adulto que en otros respectos pueda ser. Pero milenios enteros han vivido con estos presupuestos pueriles y de ellos han brotado las más poderosas fuentes de energía de la humanidad⁹¹. Esas incontables personas que se inmolaron por sus convicciones creían hacerlo por la verdad absoluta. Todos ellos se equivocaban en esto: probablemente jamás un hombre se haya sacrificado todavía por la verdad; por lo menos, la expresión dogmática de su creencia habrá sido anticientífica o semicientífica. Pero, propiamente hablando, se quería tener razón porque se creía *deber* tener razón. Dejarse arrehatar su creencia significaba tal vez poner en cuestión la felicidad eterna de uno. En asunto de tan extrema importancia la «voluntad» era de modo harto audible el apuntador del intelecto. El presupuesto de todo creyente de cualquier tendencia era que no *podía ser refutado*; si las razones en contra se evidenciaban como muy fuertes, siempre le quedaba aún la calumnia de la razón en general y acaso incluso la enarbolación del «credo quia absurdum est»⁹² como bandera del fanatismo extremo. No es la lucha de las opiniones lo que ha hecho tan violenta la historia, sino la lucha de la fe en las opiniones, es decir, de las convicciones⁹³. Pero si todos los que tenían tan alto concepto de su convicción,

⁸⁹ En *Cl* se añade: «Preguntémonos más bien si estos sufrimientos son necesarios cuando se produce un cambio de convicción o si no dependen de una opinión falsa, de una evaluación errónea».

⁹⁰ Cf. 21 [61], 23 [156].

⁹¹ La convicción] En *Cl*: «Puesto que nos hace percibir su objeto muy penetrantemente, se incurre en la confusión de creer que un *sentimiento fuerte prueba* la verdad de un hecho; cuando, sin embargo, no se prueba más que a sí mismo o una cosa *representada* como fundamento. El sentimiento fuerte prueba la fuerza de una representación, no la verdad de lo representado».

⁹² «Creo porque es absurdo». Frase falsamente atribuida a San Agustín (354-430): obispo africano, doctor y padre de la Iglesia.

⁹³ de las convicciones]. Variante en *Cl*: «de tantos partidos e individuos con las orejas tapadas, que gritan incorregibles siempre lo mismo».

le ofrecían a ésta sacrificios de toda índole y no regateaban honor, cuerpo y vida en su servicio, hubiesen dedicado sólo la mitad de sus energías a la investigación del derecho con que se adherían a esta o a aquella convicción, del camino por el que habían llegado a ella, ¡qué aspecto más pacífico tendría la historia de la humanidad! ¡Cuánto más habría conocido! Todas las crueles escenas de persecución de herejes de toda clase se nos habrían ahorrado por dos razones: en primer lugar, porque los inquisidores habrían inquirido ante todo en sí mismos y habrían escapado a la pretensión de estar defendiendo la verdad absoluta; luego, porque los herejes mismos habrían dejado de ser partidarios de tesis tan mal fundamentadas como las tesis de todos los sectarios y «ortodoxos» religiosos, después de haberlas investigado.

631

De los tiempos en que los hombres estaban acostumbrados a creer en la posesión de la verdad absoluta procede una profunda *antipatía* por todas las posturas escépticas y relativistas ante cualquier cuestión de conocimiento; la mayoría de las veces se prefiere entregarse sin reservas a una convicción que tengan personas de autoridad (padres, amigos, maestros, príncipes)⁹⁴, y, si no se hace esto, se tiene una especie de remordimiento. Esta propensión es enteramente comprensible y sus consecuencias no dan ningún derecho a violentos reproches contra la evolución de la razón humana. Pero el espíritu científico debe sazonar poco a poco en el hombre esa virtud de la *cauta abstención*, esa sabia moderación que es más conocida en el ámbito de la vida práctica que en el ámbito de la vida teórica y que, por ejemplo, Goethe representó en Antonio como objeto de la saña de todos los Tassos⁹⁵, es decir, de todas las naturalezas anticientíficas y al mismo tiempo pasivas. El hombre de convicción⁹⁶ tiene en sí derecho a no comprender a ese hombre de pensamiento cauto, al teórico Antonio; el hombre científico no tiene por su parte derecho a censurar por eso a aquél; lo pasa por alto y, llegado el caso, sabe además que aquél todavía se asirá a él, tal como Tasso acaba por hacer con Antonio⁹⁷.

632

Quien no ha pasado por distintas convicciones, sino que sigue aferrándose a la creencia en cuya red quedó desde un principio atrapado, es bajo todas las circunstancias, precisamente en virtud de esta inalterabilidad, un representante de culturas *atrasadas*, conforme a esta falta de educación (la cual siempre presupone educabilidad), es duro, de pocas entendederas, incorregible, inclemente, alguien eternamente receloso, sin escrúpulos, que acude a todos los medios para imponer su opinión, pues no puede siquiera comprender que debe de haber

⁹⁴ que tengan]. Variante en *Cl*: «metafísica, aunque sea la del materialismo».

⁹⁵ Antonio y Tasso: personajes del *Torquato Tasso* de Goethe (1790).

⁹⁶ El hombre de convicción]. Variante en *Cl*: «El artista».

⁹⁷ En *Cl* se continúa: «Sobre todo ve que el hombre de convicción es útil».

otras opiniones; en este respecto es quizá una fuente de energía y, en culturas devenidas harto liberales y relajadas, hasta saludable, pero sólo sin embargo porque incita fuertemente a oponérsele, pues con ello se robustece la más delicada estructura misma de la nueva cultura, que se ve forzada a la lucha con él.

633⁹⁸

En lo esencial somos todavía los mismos hombres que los de la época de la Reforma: ¿cómo habría de ser de otra manera? Pero el hecho de que ya no nos permitamos algunos medios para con ellos contribuir al triunfo de nuestra opinión nos diferencia de aquel tiempo y demuestra que pertenecemos a una cultura superior. Quien aún hoy en día, a la manera de los hombres de la Reforma, combate y echa por tierra opiniones con difamaciones, con explosiones de rabia, delata claramente que habría quemado a sus adversarios en caso de haber vivido en otros tiempos y que habría recurrido a todos los medios de la Inquisición si hubiese vivido como adversario de la Reforma. Esta Inquisición era entonces razonable, pues no significaba nada más que el estado de sitio general que debía decretarse para todo el territorio de la Iglesia y que, como todo estado de sitio, justificaba las medidas más extremas, es decir, en el supuesto (que hoy en día ya no compartimos con aquellos hombres) de que la verdad, en la Iglesia, se *poseía* y, para la salvación de la humanidad, *debía* a toda costa, con cualquier sacrificio, preservarse. Pero hoy en día ya no se le concede a nadie tan fácilmente que posea la verdad: los métodos estrictos de investigación han difundido suficientemente la desconfianza y la cautela, de modo que todo aquel que defiende opiniones violentamente de palabra y obra es tenido como un enemigo de nuestra cultura actual, por lo menos como alguien atrasado. En efecto, el pathos de que se posee la verdad vale ahora muy poco en comparación con aquel pathos, por supuesto más templado y sin resonancia, de la búsqueda de la verdad que no se cansa de aprender y ensayar una y otra vez⁹⁹.

634

Por lo demás, la búsqueda misma de la verdad es el resultado de aquellos tiempos en que las convicciones contendían unas con otras¹⁰⁰. Si cada cual no

⁹⁸ En *Cf* este aforismo ostentaba el siguiente título: «Desconfianza hacia los representantes patéticos y violentos de la "verdad"».

⁹⁹ En *Cf* se añadía: «Qué ironía encierra el hecho de que Goethe en la *Teoría de los colores* y Schopenhauer con todas sus visiones metafísicas estuvieran equivocados y que su orgullo a este respecto estuviera en todo caso injustificado! Esto enseña modestia, al menos cautela; además, si nadie es responsable de sus actos, entonces tampoco lo es de sus éxitos, no puede aspirar al elogio ni siquiera pretender que nadie se alegre por él. Debe esperar y guardarse de hacer reproches a las personas». Cf. 22 [32].

¹⁰⁰ Por lo demás [En *Md*: «La creencia en el valor de la verdad es mucho más antigua que la seguridad del método para hallar la verdad; «tengo derecho [*Recht*] a pensar así» alude a la moral del asunto y significa: «tengo un buen derecho [*ein gutes Recht*] para ello»; pero los derechos no son siempre razones [*Gründe*].

hubiese sostenido *su* «verdad», es decir, su tener razón, no habría en general ningún método de investigación; pero así, en la eterna lucha de las pretensiones de verdad absoluta de distintos individuos, se avanzó paso a paso hasta encontrar principios incontestables según los cuales poder examinar el derecho de las pretensiones y zanjar la disputa. Primero se decidía apelando a autoridades, luego se criticaban recíprocamente las vías y los medios por los que se había encontrado la presunta verdad; entre una cosa y otra hubo un período en que se extraían las consecuencias de la tesis adversa y tal vez se las hallaba perniciosas y fatales, de donde resultaba entonces para el juicio de cada uno que la convicción del adversario contenía un error. *La lucha personal de los pensadores* acabó por agudizar de tal modo los métodos, que pudieron realmente descubrirse verdades y quedaron en evidencia a los ojos de todos los extravíos de los métodos precedentes.

635

Los métodos científicos son en conjunto un resultado de la investigación tan importante como cualquier otro; pues el espíritu científico estriba en la comprensión del método, y todos los resultados de la ciencia no podrían impedir, si se perdiesen esos métodos, un renovado predominio de la superstición y del absurdo. Las personas ingeniosas pueden *aprender* de los resultados de la ciencia tanto como quieran: a su conversación, y especialmente a las hipótesis de las que ésta parte, siempre se les nota que les falta el espíritu científico: no tienen hacia las aberraciones del pensamiento esa desconfianza instintiva que, como consecuencia de un prolongado ejercicio, ha echado sus raíces en toda persona científica. Les basta con encontrar cualquier hipótesis sobre un asunto: entonces se enardecen con ella y creen que con ello está todo resuelto. Tener una opinión significa ya para ellos fanatizarse por ella y tomársela en adelante a pecho como convicción. Ante un asunto por explicar, se acaloran por la primera ocurrencia que se les pase por la cabeza y se parezca a una explicación del mismo; de donde resultan continuamente, especialmente en el ámbito de la política, las peores consecuencias¹⁰¹. Por eso hoy en día todo el mundo debería conocer a fondo al menos *una* ciencia: entonces sabría qué significa método y cuán necesaria es la más extrema circunspección. Especialmente a las mujeres ha de dárseles este consejo; pues ahora son sin remedio las víctimas de todas las hipótesis, máxime cuando éstas dan la impresión de lo ingenioso, fascinante, vivificador, tonificante. Más aún, observando más precisamente se advierte que la inmensa mayoría de las personas cultas aún hoy en día exigen de un pensador convicciones y nada más que convicciones, y que únicamente una exigua minoría quiere *certeza*. Aquéllas quieren ser fuertemente arrastradas, para así lograr ellas mismas un aumento de energía; estas pocas tienen ese interés objetivo que prescinde de ventajas personales, incluso de dicho aumento de energía. Con aquella clase ampliamente predominante se cuenta allí donde el pensador se determina

¹⁰¹ y tomársela]. Variante en *Cf.*: «Así funcionaban antaño las religiones; de ahí procede el hábito. En la mente de la persona anticientífica se encuentran frente a frente las cosas inexplicadas y las explicadas; pero aquí basta con lo más pobre y grosero».

y define como *genio*, viéndose por consiguiente interiormente como un ser superior, al que le cabe autoridad. En tanto el genio de esa especie alimenta el ardor de las convicciones y suscita la desconfianza hacia el sentido cauto y modesto de la ciencia, es un enemigo de la verdad, por mucho que se crea su pretendiente ¹⁰².

636

Hay por supuesto una clase enteramente distinta de genialidad, la de la justicia; y no puedo en absoluto resolverme a estimarla inferior a cualquier genialidad filosófica, política o artística. Su índole consiste en apartarse con franca repugnancia de todo lo que ciega y extravía el juicio sobre las cosas; es por consiguiente una *adversaria de las convicciones*, pues a cada cual, vivo o muerto, real o imaginario, quiere darle lo suyo, y para ello debe conocerlo puro; pone por tanto todas las cosas bajo la mejor luz y da vueltas en torno a ellas con mirada atenta. Finalmente, incluso a su oponente, la «convicción» ciega o miope (como la llaman los hombres; entre las mujeres se llama «fe»), le dará lo que es de la convicción: por mor de la verdad.

637 ¹⁰³

De las *pasiones* se nutren las opiniones; la *inercia del espíritu* petrifica éstas en *convicciones*. Pero quien se sienta espíritu *libre*, incesantemente vivo, puede impedir esta petrificación; e incluso si en conjunto es una bola de nieve pensante, en su cabeza no tendrá, en suma, opiniones, sino solamente certezas y probabilidades precisamente medidas. Pero nosotros, que somos de esencia mixta y ora estamos inflamados por el ardor, ora enfriados por el espíritu, queremos postrarnos ante la justicia en cuanto la única diosa que reconocemos por encima de nosotros. El *fuego* en nosotros nos hace de ordinario injustos y, en el sentido de esta diosa, impuros; nunca nos es dado en este estado tomarle la mano, nunca se posa en nosotros la grave sonrisa de su complacencia. La veneramos como la Isis velada de nuestra vida; avergonzados le ofrecemos como expiación y sacrificio nuestro corazón cuando el ardor nos abrasa y quiere devorarnos. Es el *espíritu* lo que nos salva de la extinción y la carbonización completas; de tanto en tanto nos arranca del altar del sacrificio de la justicia o nos envuelve en un manto de asbesto. Redimidos del fuego, andamos entonces, impulsados por el espíritu, de opinión en opinión, cambiando de partido, como nobles *traidores* de todas las cosas que a fin de cuentas pueden ser traicionadas, y, pese a todo, sin sentimiento de culpa.

¹⁰² Más aún, observando] Variante en Cf: «Hay una clase de personas que le pide a un pensador emociones, otra certeza; las unas quieren ser arrebatadas con fuerza a fin de así tener ellas mismas un aumento de energía (retórica), las otras tienen ese interés objetivo que prescinde de ventajas personales (incluida la del aumento de energía). Allí donde el autor se toma por genio y mira por tanto como un ser superior, se reclama autoridad y se apela a estas naturalezas que desean convicciones, fuertes impulsos de la voluntad en determinadas direcciones».

¹⁰⁴ Cf. 17 [66].

El caminante. Quien sólo en alguna medida ha alcanzado la libertad de la razón no puede sentirse sobre la tierra más que como caminante, aunque no como viajero *hacia* una meta final: pues no la hay. Pero sin duda quiere observar y tener los ojos abiertos para todo lo que propiamente hablando ocurre en el mundo; por eso no puede prender su corazón demasiado firmemente de nada singular; en él mismo ha de haber algo de vagabundo que halle su placer en el cambio y la transitoriedad. Por supuesto, tal hombre pasará niñalas noches, en las que esté cansado y encuentre cerrada la puerta de la ciudad que debía ofrecerle descanso; quizá además, como en Oriente, el desierto llegue hasta la puerta, las fieras aúllen tan pronto más lejos como más cerca, se levante un fuerte viento, los ladrones le roben sus acémilas. Entonces la noche pavorosa desciende sobre él como un segundo desierto en el desierto y su corazón se cansa de caminar. Aunque la aurora surja para él, ardiente como una deidad de la cólera, y la ciudad se abra, quizá en los rostros de sus habitantes vea aún más desierto, inmundicia, engaño, inseguridad, que ante las puertas, y el día sea casi peor que la noche. Así puede, sí, sucederle alguna vez al caminante; pero luego vienen, como compensación, las deliciosas mañanas de otros parajes y días, en que ya al rayar el alba ve adelantarse hacia él bailando las cohortes de musas en la niebla de la montaña, en que luego, cuando quedo, en el equilibrio del alma matutina, pasa entre árboles, desde sus copas y frondas se le arrojan desinteresadamente cosas buenas y claras, las ofrendas de todos esos espíritus libres que están a sus anchas en la montaña, el bosque y la soledad, y que, al igual que él, a su manera tan pronto gozosa como reflexiva, son caminantes y filósofos. Nacidos de los misterios de la madrugada, meditan sobre cómo puede tener el día un rostro tan puro, luminoso, transfiguradamente sereno entre las diez y las doce: *buscan la filosofía de la mañana.*

ENTRE AMIGOS¹

Un posludio

1

Hermoso es callar juntos,
más hermoso reír juntos;
bajo el baldaquín celeste,
tumbados en la hierba o apoyados en el haya,
reír en alto con amigos y de buena gana
y mostrarse blancos dientes.

Si lo hice bien, callemos;
si lo hice mal, riamos
y hagámoslo cada vez peor,
hagámoslo peor, riamos peor,
hasta que a la fosa descendamos.

¡Amigos! ¡Sí! ¿Que así sea?
¡Amén! ¡Y hasta más ver!

2

¡Nada de disculpas! ¡Nada de perdón!
¡Prestad, vosotros, alegres, libres de corazón,
a este libro irrazonable²
oído, corazón y cohijo!
¡Creedme, amigos, no como maldición
fue mi sinrazón!

Lo que yo encuentro, lo que yo busco,
¿estuvo jamás en libro alguno?
¡Honrad en mí a la estirpe de los bufones!
¡Aprended de este libro del bufón
cómo la razón entra «en razón»!

Por tanto, amigos, ¿que así sea?
¡Amén! ¡Y hasta más ver!

¹ Escritos en marzo de 1882, estos poemas fueron añadidos como epílogo por Nietzsche a la segunda edición de *Humano, demasiado humano* (1866), tras haberlos reelaborado en 1884.

² En el origen de este poema, el libro aludido no era *Humano, demasiado humano*, sino una proyectada recopilación de canciones que había de titularse *El libro del bufón* (*Das Narrenbuch*).

FRAGMENTOS PÓSTUMOS *

(1876-1878)

[16 = N II 1. 1876]

16 [1]

I.Estética. II.Sobre la ética y la teoría de la felicidad.

16 [2]

Nadie inteligente, esponsales, ruina, dicha de la joven.

16 [3] ¹

Los hombres que tienen el talento de la representación no ven en las cosas más que lo representable. Es mucho lo que no comprenden. Así también los escritores y profesores. En el fondo todos estos no piensan más que en su talento: si por lo demás mejoran o empeoran les da igual.

Como hombre, músico, filólogo, escritor, filósofo —en todo me doy ahora cuenta de dónde me encuentro—, ¡igual, en todas partes igual! Si fuese ambicioso, quizá no fuese para desesperar; pero como lo soy tan poco, es *casi* para desesperar. Escrito en el castillo de Chillon, hacia las seis de la tarde.

16 [4]

Liberación.
Filólogo.

* Los números y siglas en que aparecen agrupados los fragmentos corresponden a la clasificación establecida por Colli y Montinari para su edición alemana de las *Obras completas* de Nietzsche. En todos los casos se agregan las fechas aproximadas de redacción.

¹ Cf. 17 [61]. Fechado el 30-III-1876 en el manuscrito. Cf. HDH 200.

Matrimonio.
 Edad.
 Religión.
 Wagner.
 etc.².

16 [5]

Leopardi, Chamfort, Laroche-foucault, Vauvenargues, Coleridge, Tertulia de sobremesa.

Traducir.

Historia de la literatura.

Sobre filología.

Libro: Los profesores libres.

1. Camino hacia la liberación.
2. La escuela de los educadores.
3. Los caminantes.
4. ¡Gloria a la muerte!

16 [6]³

Ascetismo desde el punto de vista general del suicidio, así como el sacrificio altruista.

16 [7]⁴

Cada hombre tiene sus *recetas* para soportar la vida (tanto para mantenerla liviana, como para aliviarla si alguna vez se ha mostrado gravosa), incluso el criminal. Es menester compilar este arte de vivir por doquier aplicado. Explicar cuál es el resultado propiamente hablando de las recetas de la *religión*.

No aligerarla, sino tomársela a la ligera.

Muchos quieren hacerla gravosa para a continuación ofrecer sus *supremas recetas* (arte, ascesis, etc.).

16 [8]⁵

«la vida liviana»

(ἐὐλαΐωντες)⁶

«camino hacia la libertad espiritual»

los griegos

profesores

² Sobre la idea de continuar las *Consideraciones intempestivas*, cf. 16 [10], 16 [11], 16 [12], 16 [15].

³ Cf. 19 [41].

⁴ Fp 18 [30]. Cf. HDH 555.

⁵ Cf. 17 [85], 17 [74].

⁶ Cf. *Iliada*, VI, 138 (ed. cast., cit., pág. 120); *Odisea*, IV, 805 (ed. cast., cit., pág. 72). Se trata del epíteto típico de los dioses «dichosos».

matrimonio
propiedad y trabajo.

16 [9]⁷

La vida liviana.
Camino hacia la libertad.
Muerte de la cultura antigua.
Profesores.
Mujer e hijo.
Propiedad y trabajo.

16 [10]

Consideraciones intempestivas.

1. El filisteo cultural (falseamiento de moneda en la cultura).
2. La historia.
3. El filósofo.
4. El artista.
5. El profesor.
6. Mujer e hijo.
7. Propiedad y trabajo.
8. Griegos.
9. Religión.
10. Liberación.
11. Estado.
12. Naturaleza.
13. Vida de sociedad⁸.

16 [11]

1. Naturaleza 1883.
2. Mujer e hijo 1878.
3. Propiedad y trabajo 1881.
4. El profesor 1882.
5. Vida de sociedad 1884.
6. Los de vida liviana 1880.
7. Griegos 1879.
8. Librepensador 1877.
9. Estado 1885.

16 [12]

Siete consideraciones intempestivas 1873-78.

⁷ Fragmento tachado por Nietzsche.

⁸ Los cuatro primeros títulos son los de las cuatro primeras *Consideraciones intempestivas*, de las que la cuarta permanecía aún inédita. La quinta (*El profesor*), incompleta, será *Nosotros los filósofos*. Las demás no se escribirán nunca tal como aquí se las planea.

Para cada consideración, suplemento en aforismos.

Más tarde: suplementos a las consideraciones intempestivas (aforísticamente).

16 [13]⁹

Cada día dar una alegría, hacer un «amigo»¹⁰.

16 [14]¹¹

Hacer de la virtud necesidad.

16 [15]

1 día a la semana en ayunas.

Por la noche sólo leche y té.

Cada día un paseo de cuatro horas. (Con cuaderno).

Recopilación: sobre la lengua alemana.

Sentencias.

Consideraciones intempestivas: 29-37 años de vida.

38-48.

49-58.

16 [16]¹²

Hay diferentes peldaños hacia la libertad. Si uno no puede alcanzar éste (es, p. ej., de espíritu recalcitrante), quizá sí aquél. Entonces se desarrolla una energía específica, p. ej., el sentido de la independencia, que lo mismo puede llevar a la libertad que a la dependencia en amor.

16 [17]¹³

En toda clase de amor se encuentra lo maternal; pero no lo paternal.

16 [18]¹⁴

Los signos de una superioridad irrespetuosa por parte de personas amigas son muy dolorosas y le llegan a uno al alma.

⁹ FpHDH 589.

¹⁰ Para el juego de palabras entre *Freude* (alegría) y *Freunde* (amigo), Cf. HDH 499.

¹¹ FpHDH 76.

¹² Un fragmento de 1874 constituye una variante de éste: «Para acceder a la libertad hay diferentes escaleras. Quien tenga un espíritu recalcitrante puede intentarlo con otra, p. ej., con el sentido de independencia. Hay una escalera para el que ama y una para el que carece de amor.»

¹³ Cf. HDH 392.

¹⁴ Cf. 18 [25]. Escrito en Bayreuth y tal vez alusivo a Wagner.

16 [19]

*Consilia juventudis plus divinitatis habent*¹⁵. Bacon¹⁶.

16 [20]

Mi estilo tiene una cierta concisión voluptuosa.

16 [21]¹⁷

El poeta debe ver primero la cosa *precisamente* y luego volverla a ver imprecisamente: velarla intencionadamente. No pocos intentan esto directamente, pero sin éxito (como Schiller). La naturaleza debe traslucir a través del ropaje.

16 [22]

Quien suprime es un artista; quien añade, un difamador.

16 [23]

En Wagner las etimologías son auténticamente artísticas, aunque no científicas: esa es la relación justa con la naturaleza.

16 [24]

delirium tremens del asceta.

16 [25]¹⁸

La poderosa supervivencia del librepensador: éste se considera como una doctrina labrada a hierro en la humanidad.

Librepensador por autodefensa, por deseo de poder.

16 [26]

a menudo venganza por *impotencia* (Isócrates)¹⁹.

¹⁵ «Los consejos de la juventud tienen más de divinidad». No es esta la única aparición de esta cita entre los fragmentos póstumos de Nietzsche, extraída del ensayista norteamericano Ralph Waldo Emerson (1803-1882), *New Essays (Letters and social aims)*, trad. alem. de Julian Smith, Stuttgart s.f. [1876], pág. 171, *BN*.

¹⁶ Francis Bacon, lord Verulam (1561-1626): estadista y filósofo inglés.

¹⁷ Cf. *HDH* 151 y 17 [1]. *Va*: «El poeta debe haber visto una cosa primero precisamente y luego hacerla imprecisa. No pocos intentan lo último...».

¹⁸ *FpHDH* 595.

¹⁹ Isócrates (ca. 436-ca. 338 a.C.): orador griego, discípulo de Gorgias y oyente de Sócrates.

16 [27]²⁰

El *bajo nivel* de la cultura alemana en el libro de Strauss tras la guerra –correspondientemente con la común mentalidad hedonista–, el *fluviómetro* en el río de la cultura alemana.

16 [28]²¹

Una persona que piensa libremente recorre anticipadamente la evolución de generaciones enteras.

16 [29]²²

Los hombres que como Hillebrandt²³ no hacen sino adelantarse a la opinión pública unos cuantos años no son tampoco más que una opinión pública.

16 [30]²⁴

No se puede estar orgulloso de una serie ininterrumpida de *buenos* ancestros hasta el padre de uno: es una legitimación del propio yo ante nosotros. Pero una *única* interrupción en la cadena acaba con la nobleza. A cada cual ha de preguntársele: ¿no tienes entre tus ancestros a nadie violento, codicioso, disoluto, perverso, cruel? En cuanto a esto yo soy noble en cuarto grado: no puedo ver más atrás.

16 [31]²⁵

A muchos hombres el adulterio de sus esposas no les disgusta en absoluto, siempre que así se las quiten de encima sin coste alguno.

16 [32]²⁶

La desobediencia de los hijos respecto a los padres va siempre exactamente tan lejos como es posible, es decir, la obediencia se muestra como el mínimo aún

²⁰ Cf. 17 [84], 17 [25].

²¹ FpHDH 272.

²² FpHDH 269.

²³ Karl Hillebrandt (1829-1884): historiador y ensayista, antiguo secretario de Heine en París, luego retirado a Florencia y que, pese al entusiasmo que Nietzsche mostró siempre por él, nunca permitió que la relación entre ambos fuese más que epistolar... El origen de este fragmento, y por tanto también de HDH 269, se encuentra en la carta de Nietzsche a Marie Baumgartner del 13-V-1875, en la que menciona en particular la obra de Hillebrandt *Zeiten, Völker und Menschen*, Berlín, 1874-1875, BN. Vid. también las cartas de Cosima Wagner a Nietzsche del 20-IV-1874 y del 31-XII-1874, y de Nietzsche a Rohde del 31-XII-1873 (envío de *Así habló Zaratustra*, I). La última mención de Nietzsche a Hillebrandt aparece en *Ecce homo* (otoño de 1888), donde le califica como «el último alemán humano» (ed. cast., pág. 75).

²⁴ FpHDH 456.

²⁵ FpHDH 388.

²⁶ Fp 19 [24].

permitido. Pero enteramente en manos de los padres está el trazado de los límites, pues en sus manos tienen la educación y por tanto la habituación.

16 [33]²⁷

Meta: disponer al lector tan elásticamente que se alce sobre las puntas de los pies.

16 [34]²⁸

El librepensamiento, los cuentos de hadas, la lascivia alzan al hombre sobre las puntas de los pies.

16 [35]²⁹

Dejarse tiempo para pensar: es menester que el agua del manantial vuelva a confluír.

16 [36]³⁰

La ilusión del impulso sexual tiene el extraño carácter de ser periódicamente incurable: una y otra vez atrapa en sus redes, aunque haya intervalos de completa desilusión.

16 [37]³¹

Si no se tiene suerte, hay que procurarse suerte.

16 [38]³²

La inactividad de los «activos». Estos no saben por qué trabajan, pierden *vitam*³³ sin sentido: les falta la actividad superior, la *individual*; piensan como funcionarios, como comerciantes, pero son inactivos en cuanto personas de índole única.

16 [39]³⁴

La ambición superior de la *vita umbratica*³⁵: ¡distinguirse radicalmente!

²⁷ Cf. HDH 206.

²⁸ Cf. HDH 206.

²⁹ Fp 20 [10].

³⁰ Fp 19 [18].

³¹ Cf. 19 [13].

³² FpHDH 283.

³³ «La vida».

³⁴ Cf. 17 [48].

³⁵ Tres sentidos posibles de la *vita umbratica*: la vida a la sombra; en la molicie o afeminada, y que se hace en casa o en el gabinete.

16 [40]³⁶

La desgracia de los activos es que su actividad es siempre un poco irracional: ruedan y ruedan tan inconscientemente como cae la piedra.

16 [41]

Quizá somos más útiles al bien general cuando las cosas nos van mal y sucumbimos que cuando vencíamos.

16 [42]³⁷

Cada cual tiene su propia opinión sobre todas las cosas, pues tiene entidad propia; ¡pero debe meditar mucho!

Las cosas se dividen entre aquellas sobre las que es posible un saber y aquellas sobre las que son posibles opiniones.

16 [43]³⁸

Con la libertad pasa como con la salud: es individual.

16 [44]³⁹

El librepensador sólo tomará un cabo de un acontecimiento, pero no querrá tenerlo en toda su amplitud (p. ej., la guerra, Bayreuth).

16 [45]⁴⁰

Conventos modernos –instituciones para tales librepensadores–, cosa fácil con nuestras grandes fortunas.

16 [46]

Conversación entre librepensadores: como escalan unos cuantos una montaña escarpada: no peleándose y disputándose el terreno; las abominables discusiones.

16 [47]⁴¹

¿Cuáles son en definitiva las relaciones del librepensador con la vida activa? Lazos tenues, no un esclavo de sus acciones.

³⁶ FpHDDH 283.

³⁷ FpHDDH 286.

³⁸ FpHDDH 286.

³⁹ FpHDDH 291.

⁴⁰ Cf. 17 [50].

⁴¹ Fp 17 [42]. Cf. HDDH 291.

16 [48]⁴²

El erudito ha perdido dignidad, le hace la competencia al hombre *activo* ansioso de goce.

16 [49]⁴³

Alcanzar a tiempo la meta externa de uno, un pequeño empleo, una fortuna que sea suficiente para subsistir. Vivir de tal modo que un vuelco de todas las cosas no pueda afectarnos mucho.

16 [50]⁴⁴

El sol brilla a lo lejos y muestra sobre qué fluyen las olas: cascajos.

16 [51]⁴⁵

La estima de la vida contemplativa ha disminuido. Antaño el sacerdote⁴⁶ y el *esprit forte* eran contrarios: hogaño es posible una especie de renacimiento de ambos en una sola persona.

16 [52]⁴⁷

Lo que cuenta es cuánto aliento tenéis para zambulliros en este elemento: si es mucho, entonces podréis ver el fondo.

16 [53]⁴⁸

Para ver las cosas *enteramente*, el hombre ha de tener dos ojos, uno de amor y otro de odio.

16 [54]⁴⁹

Los hombres productivos rara vez se convierten en librepensadores; los poetas resultan religiosamente retrógrados. Los políticos...

16 [55]

La imagen del librepensador quedó inacabada en el siglo pasado: nacían demasiado pocos y *se* escatimaban.

⁴² Cf. HDH 284.

⁴³ FpHDH 291.

⁴⁴ Fp 17 [39].

⁴⁵ Fp 17 [41]. Al margen: «por eso es intempestiva».

⁴⁶ *Geistliche. Geist*: «espíritu».

⁴⁷ FpHDH 291.

⁴⁸ Cf. 17 [16].

⁴⁹ Cf. HDH 159.

[17 = U II 5b. Verano de 1876]

17[1]¹

Sobre lo estético: algo duro.

La omisión, medio capital del idealismo². No se debe mirar tan de cerca; se *obliga* al espectador a recular *a una gran distancia, para que observe desde allí* (como en la pintura decorativa). ¡Cuán importante es la posición de lejanía del espectador! No debe aquí dudar el artista creador. Precisamente aquí se muestra con cuánta precisión tiene que partir del sentimiento más intenso de *su* oyente.

El *metro* extiende *un crepón sobre* la realidad; algún artificio de lenguaje oculta algo y lo realza; lo «vago». ¡Experimentar con toda ingenuidad los últimos medios con que opera el arte! ¡Es muy raro! Lo que de ahí resulta son cosas bastante tontas. Lo mismo sucede con la religión.

El gran valor del *pensamiento impuro* para el arte.

Para imitar es menester *amor y mofa juntos*, como en Arquíloco³. ¡Trátase sin duda del estado más fecundo del alma humana!

17 [2]⁴

Lo *ilógico* constituye una de las *necesidades* invencibles de la existencia humana: ¡*muchas cosas excelentes* se le deben! ¡Está tan firmemente anclado en el lenguaje, en el arte, en los afectos, la religión, en todo lo que confiere valor a la vida! ¡Ingenuos quienes quieren transformar en lógica la naturaleza del hombre! Hay sin duda grados de aproximación, pero ¡nunca se llega! De vez en cuando el hombre necesita volver a la naturaleza, es decir, a su *ilógica* actitud *primitiva* hacia las cosas. De ahí proceden sus mejores impulsos⁴.

17 [3]

Los *dos mundos uno tras otro*: la vida de Sigfrido en el trasfondo del destino de los dioses. Sentido de modo supremamente metafísico⁵.

17 [4]

Una vez más a los alemanes les ha ido como después de la **Reforma**; igualmente han ahora desperdiciado por entero la reforma de Schiller y Goethe, el elevado espíritu desde el que éstos obraban; todo lo que ahora se elogia es el extremo opuesto a ello, y así entre los honestos se ha llegado a una especie de desprecio de ese espíritu. Lo único que al respecto importa es que el hombre sea

¹ Cf. HDH 151, 279; 17 [16], [18], [32], [79].

² Vid. Malwida von Meysenburg: *Memorias de una idealista*. Cf. Prefacio, par. 5, n. 7.

³ Arquíloco (ca. 712-648 a. C.): poeta lírico griego.

⁴ FpHDH 31.

⁵ Tal vez para Wagner en Bayreuth.

grande; no hay que evaluar demasiado rápidamente lo que a ello contribuye; pero lo nacional, tal como hoy en día se entiende, exige precisamente como dogma la *limitación*. ¡Cómo se sienten superiores a Schiller los chalanés!

17 [5]

Del darwinismo.

El sentimiento universal de solidaridad con la humanidad.

Del Estado.

De la religión.

17 [6]⁶

La autocompasión cordial es el sentimiento más elevado que puede alcanzar el hombre.

17 [7]⁷

Ya es bastante que por ello se llegue de vez en cuando al adormecimiento y que entonces el hombre deje de pensar en su sufrimiento. Lo mejor del mundo es que haya para su demencia sueño y olvido: todos los sistemas éticos cuentan con este óptimo rasgo en el peor de los mundos.

17 [8]⁸

La vida no compensa toda la fatiga.

17 [9]

Muchas personas no temen la muerte, sino su desenlace demasiado lento, p. ej., a través de la enfermedad, y prefieren la vida a este estado.

17 [10]

Hay quien dice: «No quiero acercarme a ese autor; habla tan mal de los hombres, que él mismo debe de ser muy malvado». Respuesta: pues entonces tú mismo debes de ser aún peor, pues hablas mal y aun calumnias además a las mejores personas que hay, las que dicen la verdad sin tapujos.

17 [11]⁹

El enfermo está con frecuencia más sano de alma que el sano.

⁶ *Fp* 18 [34].

⁷ Cf. 18 [34]. Este fragmento pertenece al mismo grupo de notas del que se extrajeron *HDH* 549 y 18 [32].

⁸ Cf. *HDH* 628.

⁹ Cf. *HDH* 289.

17 [12]

La concepción religiosa del mundo sin agudeza ni profundidad de intelecto hace de la religión la cosa más repugnante del mundo.

17 [13]¹⁰

Hay mujeres que, por más que se excave, carecen de interior, sino que son puras máscaras: seres cuasi espectrales, vampíricos, nunca satisfactorios.

17 [14]¹¹

Tememos la actitud hostil del prójimo porque sabemos que es con esa actitud como llega a calar nuestros secretos y a despreciarnos tanto como nosotros mismos nos despreciamos.

17 [15]¹²

¿Cómo es que nos causa más sufrimiento el desprecio de los demás que el propio? Nos es más perjudicial.

17 [16]¹³

La posición genial de un hombre es aquella en que respecto a una y la misma cosa se encuentra en una posición de amor y de mofa al mismo tiempo.

17 [17]

El fin del Estado no debe ser nunca el Estado, sino el individuo.

17 [18]¹⁴

Quien quiera embellecer las cosas para su representación debe hacer como el poeta que quiere embellecer un pensamiento: lo ciñe al metro y tiende sobre él la trama del ritmo; debe además *estropear* un poco el pensamiento para que se adecúe al verso. *Estropear el conocimiento* para entonces plegar las cosas al arte: un secreto de los regales.

17 [19]¹⁵

La artimaña más sutil del cristianismo fue hablar de amor, como también lo fue de Platón. Hay en ella algo tan ambiguo, con tal poder de convocatoria, y tan

¹⁰ FpHDH 405.

¹¹ FpHDH 335. Cf. 18 [32].

¹² Cf. HDH 549.

¹³ Cf. 17 [1], 16 [53].

¹⁴ Cf. HDH 151, 17 [1].

¹⁵ FpOSV 95.

evocador, que aun la más humilde inteligencia siente la aureola de esta palabra: la mujer más anciana y el hombre más racional agradecen al amor los momentos más nobles y desinteresados de su vida.

17 [20]

No cabe duda de que los judíos son el peor pueblo del mundo si se tiene en cuenta que precisamente entre los judíos surgió la doctrina cristiana de la peca-minosidad y abyección totales del hombre, y que ellos la rechazaron.

17 [21]

Camino a la libertad espiritual.

Grados de educación.

Padres. Parientes, vecinos. Amigos. Escuelas públicas, profesores. Historia de los pueblos. Naturaleza. Matemáticas. Geografía. Viajes. La antigüedad. Las edades de la vida, trato con los ancianos. El servicio al Estado. El servicio a los hombres. Integración en confesiones religiosas. Matrimonio. Mujeres. Hijos. Solitarios. Célibes. Profesión. Honores. Los desposeídos. Los deshonorados. La prensa. La inmortalización. Trato con los muertos. Beneficio de la muerte, madurez. Perspicacia demasiado precoz en la ausencia de meta y de utilidad.

17 [22]¹⁶

Consideraciones intempestivas. He reunido y compilado lo que hace a los individuos grandes y autónomos, y también los puntos de vista a los que pueden adherirse. Veo que *ascendemos*: dentro de poco seremos el baluarte de toda la cultura. Todos los demás movimientos son hostiles a la cultura (el socialista tanto como el del gran Estado, el de los poderes económicos y aun el de las ciencias).

Quiero devolver a los hombres la calma sin la cual ninguna cultura puede nacer ni subsistir. Así como la *simplicidad*.

17 [23]

Sólo me interesan los *motivos* de las personas: me horroriza la *permanencia objetiva del conocimiento*. El conocimiento supremo resulta barrido cuando los hombres empeoran.

17 [24]¹⁷

Miro con dolor mis años de infancia y adolescencia y cada día me siento más liberado. Paso del embarazo a la despreocupación.

¹⁶ Cf. 22 [48].

¹⁷ Cf. 17 [30].

17 [25]

Tensión del sentimiento en la génesis de la primera *Consideración intempestiva*. Miedo por el genio y su obra, y además el espectáculo del acomodaticio Strauss¹⁸. ¡Lo *adulterado* de todas las provisiones espirituales! ¡La *enervación* de todos los dedicados al conocimiento! ¡La moralidad vacilante respecto a lo justo e injusto, y la irrefrenable sed de placeres en lo vulgar! ¡La clase engañosa de felicidad!

17 [26]¹⁹

¡Calma, simplicidad y grandeza!

También en el estilo un reflejo de este empeño, como resultado de la más concentrada fuerza de mi naturaleza.

«*El camino a ti mismo*».

17 [27]

Así como el conocimiento puede inflamar la voluntad, así el conocimiento a medias puede turbarla y causarle la enfermedad: de modo que ya no tiene hambre y sed del modo adecuado; ni siquiera puede salvarse. ¡*Restablecimiento del individuo* para saber entonces lo que requiere!

17 [28]

El fin de la procreación es traer al mundo personas que sean *más libres* que nosotros. La reflexión más importante es aquella que versa sobre la transmisibilidad por herencia de las cualidades.

17 [29]²⁰

La naturaleza le sugiere al hombre contraer varios matrimonios sucesivos: primero con una mujer mayor. Paso ulterior de ésta a lo maternal.

«Alceste quiere morir por su esposo», le dispensa un amor maternal: quiere permitir un segundo matrimonio. Es devuelta del Hades²¹.

17 [30]²²

Me asombran las personas que tanto suspiran por su juventud, p. ej., por los años estudiantiles: señal de que son *menos libres* y se encontraban mejor enton-

¹⁸ Vid. n. 51 a HDH1.

¹⁹ Cf. CS 332.

²⁰ *EpHDH* 421.

²¹ Alceste: protagonista de varias leyendas de la mitología griega, ofreció su vida en lugar de la de su amado esposo Admeto, pero fue rescatada del Tártaro, según unas versiones por Hércules, según otras por Perséfone, en premio a su amor y heroísmo.

²² Cf. 17 [24]. *Ep*: «Puede explicarse por qué se idealiza la infancia y la juventud. En su mayoría, los hombres son cada vez menos libres».

ces. A mí me sucede justamente lo contrario y no sé de nada menos deseable que la infancia y la juventud: me siento ahora más joven y libre que nunca.

17 [31]

Va un caminante por la noche
a buen paso;
y el valle sinuoso y las largas laderas
se lleva consigo.
La noche es hermosa...
Camina sin detenerse
y sin saber dónde le llevará su camino.

Entonces canta un pájaro en la noche
«¡Ah! ¿qué has hecho, pájaro?
¿A qué refrenas mi sentido y mis pies,
y viertes dulce pena en mi corazón,
que tengo que detenerme
y escuchar
para entender tu canto y tu saludo?»

El buen pájaro calla y habla:
«¡No, caminante, no! No te saludo
con mi canto;
canto por lo bella que es la noche.
Pero tú debes seguir tu camino sin detenerte
y nunca más comprenderás mi canción.
Vete, pues,
y cuando tu paso suene lejano,
entonaré de nuevo mi canción nocturna
lo mejor que sepa.
¡Adios, pobre peregrino!»²³.

17 [32]²⁴

Al artista le es necesaria la infidelidad de la memoria para no copiar la naturaleza, sino remodelarla.

17 [33]

«*Por encima de las cosas*». Quien ha comprendido bien la preposición «sobre»²⁷, ha comprendido la extensión del orgullo y la miseria del hombre. Quien

²³ Poema enviado a Erwin Rohde el 18 de julio de 1876, reelaborado en 1884-1885.

²⁴ Cf. 17 [1]. *Fp*: «La infidelidad de la memoria, necesaria para el artista».

²⁵ *Über*:

está *sobre las cosas*, no está *en* las cosas, ¡ni siquiera *en sí*, por tanto! Lo último puede ser su orgullo²⁶.

17 [34]²⁷

Fracasar y ser despreciado son buenos medios para liberarse. Uno opone su propio desprecio: ¡nada os debo! Ahora bien, soy como soy.

17 [35]²⁸

Al envejecer el hombre se hace *superfluo*.

17 [36]

En las *Consideraciones intempestivas* me he dejado, aquí y allá, algunas *puertas de salida*.

17 [37]

El celibato ha llevado a los países católicos casi a renunciar a los hijos de los clérigos: personas indulgentes que renuncian a la mitad de sí.

17 [38]

El hombre da vueltas y más vueltas sin parar: tan grande es su pena.

17 [39]²⁹

La luz resplandeciente del sol del conocimiento llega hasta el fondo del río de las cosas.

17 [40]

En cada una de las generaciones, como en cada uno de los períodos culturales, la voluntad tiende a apagarse y hacerse buena, a extinguirse.

17 [41]³⁰

La estima de la vida *contemplativa* ha disminuido. Por eso mi consideración es intempestiva. Antaño el sacerdote y el *esprit fort* eran contrarios, ambos inmersos en la vida contemplativa.

²⁶ Lo último] Esta última frase faltaba en *Fp*.

²⁷ Cf. *HDH* 619.

²⁸ Cf. *HDH* 291.

²⁹ *Fp*: 16 [50].

³⁰ *Fp*: 16 [51]. Cf. *HDH* 284.

17 [42]³¹

¿Cuáles son las relaciones del librepensador con la vida activa? Lazos tenues con ella, no un esclavo suyo.

17 [43]

Las personas activas no hacen sino aplicar las ideas y los procedimientos hallados por las contemplativas.

17 [44]

El librepensador vive para el futuro del hombre, inventando nuevas posibilidades de vida y ponderando las antiguas.

17 [45]

Utilizar el canon de Epicuro.

17 [46]

Restablecimiento de la calma y tranquilidad para el reino del intelecto, eliminación de la algarabía moderna.

Un ansia de calma y una profundización sin precedentes han de sobrevenirles a los hombres cuando de una vez se cansen del trajín moderno.

17 [47]³²

No sirven para librepensadores ni para amigos suyos esas personas espantosas que ven en cualquiera un patrón, un superior, o un puente hacia cualquier ventaja, y que se abren paso a base de lisonjas. Mucho antes se convierten en librepensadores aquellos que en todos, incluidos los amigos, protectores y maestros, ven algo de tiránico, que rehúsan resueltamente grandes favores.

17 [48]³³

También el *ambicioso* puede convertirse en un librepensador, pues aquí tiene un medio para distinguirse radicalmente.

³¹ *Fp*: 16 [47].

³² *Ip*: 18 [12].

³³ *Fp*: 16 [39].

17 [49]³⁴

¿Cuál es la meta de toda *lingüística* sino la de encontrar algún día una *lengua universal*? Entonces tendríamos al *hombre universal* europeo. ¿Para qué entonces el horrible aprendizaje de *lenguas*?

17 [50]³⁵

Quien quiera gastar bien su dinero como librepensador debe fundar institutos según el modelo de los conventos, a fin de posibilitar una amigable vida en común de suma sencillez a personas que nada más quieran tener que ver con el mundo

17 [51]³⁶

Esta es la enfermedad moderna: un exceso de *experiencias*. Que cada cual entre a tiempo en sí mismo a fin de no perderse en las experiencias.

17 [52]

Mal síntoma es que se arme tanto alboroto en torno al patriotismo y la política. Parece que no hay nada más elevado que celebrar.

17 [53]³⁷

La agitación moderna crece a tal punto, que con ella se disipan todos los grandes logros de la cultura: les va faltando paulatinamente el sentido adecuado. Desemboca así la civilización en una nueva barbarie. Pero no puede conducirse a la humanidad a esta única corriente de los «activos». Espero en el contrapeso, el elemento contemplativo del campesino ruso y del asiático. Esto corregirá algún día en gran medida el carácter de la humanidad.

17 [54]³⁸

Hacia el oeste la locura del movimiento no deja de aumentar, de modo que a los americanos todos los europeos se les antojan ya gentes plácidas y sibaritas.

Allí donde las dos corrientes se juntan y confunden llega la humanidad a su meta: el conocimiento supremo sobre el valor de la existencia (imposible allí por la excesiva modestia de la actividad del pensamiento y por estar esta actividad orientada en otro sentido).

³⁴ Cf. HDH 267, 19-[75]. Fp: «La meta de la lingüística es inventar una lengua universal: ésta es necesaria en cuanto existe el hombre universal europeo. ¿Para qué ese horrible aprendizaje de lenguas?».

³⁵ Cf. 16 [45].

³⁶ Cf. 18 [22].

³⁷ FpHDH 285.

³⁸ FpHDH 285.

17 [55]³⁹

Imagino pensadores futuros en los que la inquietud europeo-americana se asocie con la contemplación asiática, herencia de siglos: semejante combinación lleva a la solución del enigma del mundo. Mientras tanto, los librepensadores contemplativos tienen su misión: eliminan todas las barreras que impiden la mezcla de las personas: religiones, estados, instintos monárquicos, ilusiones de riqueza y de pobreza, prejuicios higiénicos y raciales, etc.

17 [56]⁴⁰

Todo aquel que habla misteriosamente de sus planes se nos antoja inepto y fanfarrón. Ya será menos. No querer hablar de una cosa aparece como autoestima injustificada y pasa por pedante.

17 [57]⁴¹

Este desasosiego del alma que maldigo es quizá precisamente el estado que me impulsa a la producción. Los píos que suspiran por la paz total cercenan de raíz sus mejores actividades.

17 [58]⁴²

El librepensador tiene «envidia divina» del estúpido bienestar de los hombres. *νεμεσητικόν* es la envidia divina⁴³.

17 [59]

La *apariencia* simple de la *verdad*.

17 [60]

Los *obstáculos*, necesarios para producir el genio.

17 [61]⁴⁴

Encontrar la línea *media* entre dos talentos, mi problema.

³⁹ *Fp*HDH 285.

⁴⁰ *Fp* 18 [17].

⁴¹ *Fp* 18 [16].

⁴² Cf. *CS* 29, 30; 41 [10], *Aurora* 78 (ed. cast., cit., vol. II, págs. 729-730).

⁴³ Propiamente, *νεμεσητικόν*, «propenso a indignarse (por la dicha o desdicha de los demás)»; cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1108b 3-4 (ed. cast., cit., pág. 1193). Cf. *VS* 29, 30, 41 [10], *Aurora* 78 (ed. cast., cit., vol. II, págs. 729-30).

⁴⁴ Cf. 16 [3].

17 [62]

Hacer toda curiosidad central e insertarla entre los talentos existentes.

17 [63]

Los vicios han sido en muchas ocasiones motivo para el librepensamiento. Igualmente el temor a las penas eternas; al sacudirse de encima estos fastidiosos pensamientos, se desembarazaba uno al mismo tiempo de la religión.

17 [64]⁴⁵

Siempre que se empieza a tiempo, es fácil deshabituarse de las opiniones religiosas.

17 [65]

El gran defecto de la enseñanza actual es que se imparta por horas y todo revuelto.

17 [66]⁴⁶

¡Vivan los nobles traidores!

17 [67]

Los Estados sinceramente democráticos tienen que proveer a *todos* de la educación *más elevada* a cualquier precio.

17 [68]

Que el arte representa lo *verdadero de la naturaleza* es la ilusión que suscita, no la realidad filosófica.

17 [69]

Santa envidia.

17 [70]⁴⁷

Elevar la pulcritud⁴⁸ hasta la pureza⁴⁹: quizá hasta el concepto de belleza de los griegos.

⁴⁵ Cf. 18 [11].

⁴⁶ Cf. HDH 637.

⁴⁷ Cf. 18 [61], OSV 288.

⁴⁸ *Reinlichkeit*.

⁴⁹ *Reinheit*.

17 [71]⁵⁰

Uno hereda por habituación los pareceres generales para entonces consagrar toda su energía a sus ventajas personales dentro del círculo dado. Esto evita el derroche de la fuerza personal.

17 [72]

Humano y demasiado humano.
Vías para la liberación del espíritu.
El alivio de la vida.
Mujer e hijo.
Estado y sociedad⁵¹.

17 [73]

Cinco pequeños actos de libertad son más eficaces que todos los pensamientos libres.

17 [74]⁵²

Podemos vivir la liviana vida de los dioses si nos dejamos arrebatarse vivamente por la verdad.

17 [75]

1. Los espíritus gregarios.
2. La clase de evolución superior, necesidad del librepensamiento.
3. Génesis del librepensador: evolución, no habituación.
4. Librepensadores parciales.

17 [76]⁵³

Los Estados, los matrimonios, etc., estriban en la fe, no en el saber. Pero eso es un *pudendum*: fue una desfachatez por parte del cristianismo proclamar el secreto, exigir la fe y rehusar el saber.

En todas partes la religión estriba en la fe.

El Estado está *abí*; legítimo es por tanto su principio. El principio monárquico debe de ser verdadero, pues existe la monarquía.

17 [77]⁵⁴

Que Cristo haya redimido al mundo es una desvergüenza.

⁵⁰ Cf. HDH 226.

⁵¹ Plan para *La reja del arado*, libro proyectado, pero que nunca vio la luz.

⁵² Cf. 16 [8], 17 [85].

⁵³ FpHDH 227.

⁵⁴ Cf. OSV 98, 28 [35].

17 [78]⁵⁵

Forma parte de la *pureza* que en el curso de la vida cada vez se busque menos refugio en la metafísica.

17 [79]⁵⁶

El pensamiento impuro y el estilo.

17 [80]⁵⁷

Juzgar el arte por los efectos y por las causas: ¡dos estéticas!

17 [81]

El asceta, cerebro malo e irregular.
Extasis, voluptuosidad del intelecto.

17 [82]⁵⁸

¡El ocio y la ociosidad van perdiéndose! ¡Otra vez calumniados!

17 [83]⁵⁹

§ Cómo se obtienen éxitos: v. libertad espiritual.
§ Ociosidad.

17 [84]⁶⁰

Es evidente para todo el mundo que después de la última guerra entre los alemanes y los franceses casi todos los alemanes habían alcanzado un grado mayor de deshonestidad, de concupiscencia, de codicia, de irreflexión: la admiración general por Strauss fue el monumento de la corriente de la cultura alemana instalado en el nivel más bajo: un decrépito teólogo de pensamiento libre fue el heraldo del bienestar público.

17 [85]⁶¹

En conclusión: los librepensadores son los dioses *de la vida liviana*.

⁵⁵ Cf. 18 [61].

⁵⁶ Cf. HDH 151, 17 [1].

⁵⁷ Cf. 20 [1].

⁵⁸ Cf. HDH 284.

⁵⁹ Cf. HDH 284.

⁶⁰ *Ep*: 16 [27]. Cf. 17 [25].

⁶¹ Cf. 16 [8], 17 [74].

17 [86]

Con la religión se estropea uno la cabeza: *no* reflexionar en absoluto.

17 [87]⁶²

No deberían educar para llegar a ser lo que ellos son, sino para ser más que ellos. Ningún gran hombre remite a sí, sino siempre por encima de sí.

17 [88]

Como todavía no tengo la desgracia, la carga, de contarme entre los hombres célebres, desde mi modesta oscuridad — — —

17 [89]⁶³

Las personas atribuyen los mismos predicados a las causas que a los efectos.

17 [90]

La *falta de carácter puede* ser indicio de una preponderancia del espíritu.

17 [91]

Cuando todos se convierten en librepensadores, el fundamento se debilita: semejante cultura acaba por desmoronarse o se disipa como el rocío y la niebla.

17 [92]⁶⁴

Que al comienzo de todos los vicios aún nos encontramos sin embargo muy cerca de la virtud.

17 [93]⁶⁵

El librepensador actúa poco: de ahí la inseguridad ante el de marcado carácter. También en el pensamiento se desvía fácilmente hacia el escepticismo.

17 [94]⁶⁶

Un pueblo que se mete a hacer política debe ser muy rico para no arruinarse.

⁶² Cf. OSV 407.

⁶³ Cf. HDH 30.

⁶⁴ Cf. HDH 284.

⁶⁵ Cf. HDH 228.

⁶⁶ Cf. HDH 481.

17 [95]⁶⁷

Una Francia tradicionalmente católica y una Rusia católico-griega nunca se aliarán: por eso el estadista alemán ha promovido el movimiento alemán ⁶⁸.

17 [96]⁶⁹

Con los mismos medios con que se ha destruido el pequeño Estado se destruye el gran Estado.

17 [97]⁷⁰

Los librecambistas son criminales, los políticos, etc.

17 [98]⁷¹

El pensamiento gregario, fomentado como moralidad: entre los egipcios era un crimen matar gatos. Se castiga la acción, no la actitud: no para intimidar, sino para comprar la *ruina general* por parte de un dios.

17 [99]

Falsa analogía con el movimiento suizo: reclaman el pequeño Estado. Sus cantones no eran pequeños Estados.

17 [100]⁷²

Ninguna *ética* puede basarse en el puro conocimiento de las cosas: ahí debe uno ser como la naturaleza, ni bueno ni malo.

17 [101]⁷³

Me gustaría tener la definición de *canalla*. Ni el salteador, ni el asesino, ni el ladrón lo son.

17 [102]⁷⁴

En la Iglesia católica se ha creado (con la confesión) una oreja a la que uno puede contar, sin consecuencias, su secreto. ¡Qué alivio! Buena es también la

⁶⁷ Cf. HDH 453.

⁶⁸ Alusión a Bismarck.

⁶⁹ Cf. 18 [19].

⁷⁰ Cf. 18 [7].

⁷¹ Cf. 18 [52].

⁷² Fp 18 [58].

⁷³ Cf. 18 [51].

⁷⁴ Fp 18 [53], 18 [56].

idea de reparar un agravio mediante una *buena acción* (incluso dispensada a otros). Ese es el verdadero «castigo».

17 [103]⁷⁵

Cuando uno ha satisfecho sus necesidades, le sobreviene el aburrimiento; ¿cómo deshacerse de éste? Sólo creándose nuevas pasiones que satisfacer también. Uno engendra una necesidad cuando se crea una urgencia; la cual, por medio del hábito, va perdiendo paulatinamente su carácter penoso y convirtiéndose en placer. Piénsese en el tabaquismo.

17 [104]

Espíritus libres y gregarios.
Mujer e hijo.
Estamentos y empleos.
Alivio de la vida.
Humano y demasiado humano⁷⁶.

17 [105]

La reja del arado.

Una guía para la liberación espiritual.

Primera sección:	Espíritus libres y gregarios.
Segunda	El alivio de la vida.
Tercera	Estamentos y empleos.
Cuarta	Mujer e hijo.
Quinta	La sociedad.
Sexta	El hombre a solas consigo.
Séptima	La escuela de los educadores ⁷⁷ .

⁷⁵ Cf. 23 [81], HDH 611.

⁷⁶ Plan para *La reja del arado*.

⁷⁷ Plan para *La reja del arado*.

[18 = M I 1. Septiembre de 1876]

La reja del arado.

18 [1]

«Si quieres seguirme, ¡labra con el arado!; entonces gozarán contigo muchos, gozarán sin duda los pobres y los ricos, gozarán el lobo y el águila, y en suma todas las criaturas».

Der Meier Helmbrecht,¹

Caminos a la libertad espiritual.

18 [2]

1.2. Todas las escuelas públicas son apropiadas a las naturalezas mediocres, es decir, a aquellas cuyos frutos no son tomados muy en cuenta cuando maduran. A ellas se sacrifican los espíritus y ánimos superiores, de cuya maduración y fructificación todo depende propiamente hablando. También aquí nos mostramos como pertenecientes a una época cuya cultura sucumbe a los medios de la cultura. Por supuesto, la naturaleza dotada sabe arreglárselas: su fuerza inventiva se muestra sobre todo en cómo, pese al mal terreno en que se la pone, pese al mal entorno a que se la quiere adecuar, pese a la mala alimentación con que se la ceba, se sabe mantener vigorosa. Pero esto no entraña ninguna justificación de la estupidez de quienes se ponen en esta situación.

18 [3]

3. Desligarse del entorno incomprensivo: Se sufre una herida y ofensa profunda cuando en personas con las que durante largo tiempo se ha mantenido un trato familiar y a las que se ha dado de lo mejor que uno tenía, se percibe en cierta ocasión desdén hacia nosotros. Quien trata a las personas precavidamente y no las hiere para no ser herido, suele experimentar para su horror que las personas no han reparado en absoluto en su precaución o incluso que la perciben y que se ríen de ella por diversión.

18 [4]

4. Medios para alejar a las personas de sí: No se puede molestar y prevenir contra sí a alguien más que cuando se le quiere forzar a pensar en cosas que él quiere arrojar de la mente² con toda su energía, p. ej., a los teólogos en la sinceridad

¹ *El granjero Helmbrecht*, obra de Wernher der Gartenære (ca. 1275), vv. 544-550, citados por Nietzsche según el poeta alemán de la escuela suaba Ludwig Uhland (1787-1862), *Abhandlung über das deutsche Volkslied*, pág. 72. Cf. *Aurora* 202 (ed. cast., cit., pág. 822).

² *Sinne*, normalmente «sentido».

de la profesión de fe, a los filólogos en la fuerza educativa de la antigüedad, a los políticos en el fin del Estado, a los comerciantes en el sentido de todas las empresas lucrativas, a las mujeres en la contingencia y fragilidad de sus inclinaciones y compromisos.

18 [5]

8. Es provechoso exigir más: Cuando alguien quiere lograr algo, debe exigir con mucho ahínco más aún; se le concede entonces lo mínimo de lo que ha pedido y satisface que se dé por satisfecho.

18 [6]³

12. Valor de un estado de depresión: Las personas que viven bajo una depresión interior, tienden a los excesos, incluso a los del pensamiento. La crueldad suele ser un indicio de una insatisfecha disposición interna que desea adormecerse; igualmente una cierta intransigencia cruel del pensamiento.

18 [7]⁴

24. Si se viaja de un sitio para otro y en todos se pregunta por los cerebros tenidos por más elevados en cada lugar, se da uno cuenta de cuán raras son las inteligencias superiores. A la larga, es precisamente con las inteligencias respetadas e influyentes con las que menos se quisiera tener que ver, pues uno se percató de que sólo tienen esta consideración como adalides de los pareceres ventajosos, de que lo que les reporta el prestigio es el provecho de muchos. Visto así, un país de muchos millones de habitantes se desinfla, y todo lo que goza de consideración se le hace a uno sospechoso.

En el patriotismo y el librecambio se trata de la ventaja de personas privadas adornadas con jirones de ciencia y patriotismo.

18 [8]⁵

27. Sin productividad la vida es indigna e intolerable: pero, suponiendo que no tengáis ninguna o sólo una débil productividad, reflexionad entonces en la liberación de la vida, por la cual no entiendo tanto el suicidio como esa liberación cada vez más completa de las imágenes engañosas de la vida, hasta que acabéis por caer del árbol como una manzana madura. Cuando el librepensador ha llegado a la cima, todos los motivos de la voluntad dejan de influirle, aunque su voluntad aún quisiera morder: no puede hacerlo, pues ha perdido todos los dientes.

³ *FpHdH* 581.

⁴ Cf. 17 [97].

⁵ Cf. 18 [42].

18 [9]

31. La creencia en Dios, la libertad y la inmortalidad debe perderse como los dientes de leche: sólo entonces le crece a uno la dentadura definitiva.

18 [10]

32. Un medio para librarse del temor a la muerte es quizá enseñar una vida eterna; otro en todo caso más seguro, inspirar el deseo de morir.

18 [11]⁶

33. [Como] a las opiniones religiosas se nos habitúa durante los primeros quince años de nuestra vida y se nos deshábítua en los siguientes quince años, hoy en día la máxima religiosidad de una persona suele darse a los diez años. Si se considera útil confiar primero al hombre a los brazos del ama religión y hacerle beber la leche de la fe, para sólo después y paulatinamente ir acostumbándole al pan y la carne del conocimiento, este me parece un período de tiempo demasiado largo, teniendo en cuenta la brevedad de la vida humana. La economía actual estaría quizá justificada si el hombre llegase al apogeo de su energía y razón a los sesenta años. Pero el hecho es que ahora la sabiduría y la falta de energía le sobrevienen al mismo tiempo.

18 [12]⁷

38. Es indicio de una actitud muy medrosa o muy orgullosa ver en todo el mundo, incluidos amigos, protectores, maestros, el peligro de una supremacía tiránica, y guardarse de recibir grandes favores. Pero no habrá librepensador sin esta actitud.

Humano y demasiado humano.

18 [13]

51. Las personas cuyo trato nos es desagradable nos producen un placer cuando nos dan un pretexto para separarnos de ellas. Después estamos mucho más dispuestos a testimoniarles u otorgarles de lejos nuestra benevolencia.

18 [14]

52. La diferencia moral entre una persona honesta y un bribón se concibe demasiado grande; habitualmente, por el contrario, la diferencia intelectual es grande. Las leyes contra ladrones y asesinos están hechas a favor de los cultos y ricos.

⁶ Cf. 17 [64].

⁷ Fp: 17 [47].

18 [15]

55. En el mundo hay mucho más contento que descontento. En la práctica, domina el *optimismo*; el pesimismo teórico es debido a la consideración de cuán malo y absurdo es el fundamento de nuestro contento; le asombra la escasa reflexión y razón que este contento contiene; hallaría comprensible el descontento perpetuo.

18 [16]⁸

57 El desasosiego del alma que las personas filosóficas maldicen en sí quizá sea precisamente el estado del que mana su superior productividad. Si alcanzasen esa paz total, probablemente quedaría cercenada de raíz su mejor actividad, con lo cual se volverían inútiles y superfluas.

18 [17]⁹

58. Todo aquel que habla misteriosamente de sus proyectos o hace reparar en que nada dice de ellos, dispone a sus semejantes a la ironía.

18 [18]¹⁰

60. Nuestra buena inclinación suele reunir en vicios y malos humores sus aguas vivas, para luego brotar con mayor fuerza. La virtud se levantará más fresca después de haber dormido.

18 [19]¹¹

62. ¿Cuál puede ser el motivo del aislamiento recíproco de las naciones que se reclama hoy en día, cuando todo lo demás apunta a su fusión? Yo creo que en esto van de la mano los intereses dinásticos y los intereses comerciales. Además, todos los partidos liberales utilizan el aislamiento de las naciones como un rodeo para configurar más libremente la vida social. Con la construcción de grandes Estados nacionales se desembaraза uno de muchos déspotas menores y de la influencia de ciertas castas opresoras¹²; va de suyo que el mismo poder que debe hoy en día destruir el pequeño Estado, deberá un día destruir el gran Estado. Es en cambio un ciego prejuicio que sean las razas y las diferencias de origen lo que hoy en día transforma las naciones en grandes Estados.

⁸ *Fp*: 17 [57].

⁹ *Fp*: 17 [56].

¹⁰ *FpHDH* 83. Cf. 17 [92].

¹¹ Cf. *HDH* 475, 17 [96].

¹² En *Fp* se añade: «Pero es un movimiento que no puede detenerse. Lo que mueve no es la "raza", sino la ventaja. El único pueblo que es una raza, los judíos, no se ven afectados en absoluto por esta tendencia a configurar Estados: tienen ventaja».

18 [20]¹³

64. Los eruditos hacen muchos discursos hermosos sobre el desvelo; lo principal es que sin su desvelo se aburrirían mortalmente.

18 [21]¹⁴

65. El cristianismo y La Rochefoucauld son útiles cuando sospechan de los motivos de las acciones humanas; pues el supuesto de la injusticia radical de todo acto, de todo juicio, influye poderosamente para que el hombre se libere de la violencia excesiva de la voluntad.

18 [22]¹⁵

66. Los jóvenes suelen deplorar no haber tenido experiencias, cuando precisamente adolecen de haber tenido demasiadas: esta es la cima de la ausencia moderna de pensamiento.

18 [23]

67. Los filósofos de segunda fila se dividen en *pensadores marginales* y *pensadores-opositores*, es decir, aquellos que sobre un plano dado añaden a un edificio ya existente un ala lateral (para lo cual basta con las cualidades de un arquitecto capaz) y aquellos que, a fuerza de resistencias y contradicciones, son finalmente llevados a oponer otro sistema a un sistema dado. Todos los demás filósofos son *metapensadores*, historiadores de lo que se ha pensado, de los que han pensado: descontados esos pocos que se mantienen aparte, avanzan por sí solos y son los únicos que merecen el calificativo de «pensadores». Estos piensan día y noche sin darse cuenta ya, del mismo modo que aquellos que viven en una herrería dejan de percibir el estrépito de los yunques: les sucede como a Newton (el cual, interrogado una vez sobre cómo había llegado a sus descubrimientos, respondió sencillamente: «pensando en ello siempre»)¹⁶.

18 [24]¹⁷

68. De dos modos es el público descortés con un escritor: elogia una de sus obras a expensas de otra del mismo autor y luego, cuando el autor ha escrito una

¹³ Fp: «Sobre las opiniones erróneas que se tienen del desvelo, sobre todo entre los eruditos (a pesar de todos los hermosos discursos, yo sé sin embargo que sin vuestro desvelo os aburrís mortalmente).»

¹⁴ Cf. 23 [152]. Fp: «El cristianismo y La Rochefoucauld tienen razón al condenar los *motivos* humanos: el conocimiento de ello es completamente necesario para liberarse de la violencia de la voluntad.»

¹⁵ Cf. 17 [51], CS 203.

¹⁶ Isaac Newton (1642-1727): matemático, físico, astrónomo y pensador inglés.

¹⁷ Cf. OSV 130.

vez, reclama sin cesar nuevos escritos, como si por haber recibido un obsequio tuviera algún derecho sobre el donante.

18 [25]¹⁸

71. Los signos de una superioridad irrespetuosa por parte de personas amigas u obligadas a nosotros por la gratitud son muy dolorosas y le llegan a uno al alma.

18 [26]

77. Se deplora la indisciplina de la masa; si ésta estuviese demostrada, el reproche recaería pesadamente sobre los cultos; la masa es exactamente tan buena o mala como lo son los cultos. Se muestra mala e indisciplinada en la medida en que los cultos se muestran indisciplinados; se la precede como guía, vívase como se quiera; se la eleva o se la corrompe según uno se eleve o se corrompa a sí mismo.

18 [27]

90. Casi todos los buenos escritores no escriben nunca más que un libro. Todo lo demás no son sino prólogos, ensayos previos, explicaciones, suplementos a aquél; y no pocos escritores muy buenos no han escrito nunca *su* libro, por ejemplo Lessing, cuya importancia intelectual se eleva muy por encima de todos sus escritos, de todos sus ensayos poéticos.

18 [28]¹⁹

91. Distingo entre escritores *grandes*, es decir, los forjadores de la lengua —aquellos con cuyo tratamiento la lengua conserva o recupera la vida—, y escritores *clásicos*. A éstos últimos se les llama clásicos por su carácter de modelos dignos de ser imitados, mientras que los grandes escritores son inimitables. En los escritores clásicos la lengua y la palabra están muertas; el animal ya no vive en la concha, y así se alinean concha tras concha. Pero en Goethe aún vive.

18 [29]

92. ¿Cómo es que el enamorado siente más fuertemente el efecto de la tragedia y de todo arte, mientras que sin embargo el silencio total de la voluntad es calificado como el estado contemplativo propiamente dicho? Más bien parece que la voluntad debe por así decir ser labrada antes de recibir la simiente del arte.

¹⁸ Cf. 16 [18].

¹⁹ *Rp*: «El dicho de Goethe: el animal aún vive en la concha».

*La vida liviana.*18 [30]²⁰

101. Todas las personas tienen sus propias recetas sobre cómo soportar la vida, es decir, sobre cómo mantenerla liviana o aliviarla tras alguna vez haberse mostrado gravosa.

18 [31]

104. Si en el curso de la historia la vida ha de sentirse como cada vez más gravosa, bien puede preguntarse si la capacidad inventiva de los hombres basta finalmente para los grados más gravosos a que se elevará esta evolución.

18 [32]

112. La persona que no tiene este consuelo de índole cristiana y a la que por otra parte la filosofía no le ha ofrecido la compensación de la total irresponsabilidad, está en mala situación: no se conoce sino demasiado bien y se desprecia, pues de modo erróneo se imputa como culpa su ser; por eso mira a su semejante temerosa de que éste penetre sus secretos. O bien tiene a su semejante por realmente mejor que ella, por conocerlo menos, o bien finge tenerlo por mejor, a fin de ganárselo e inspirarle un sentimiento análogo respecto a sí. La vanidad y la ambición de las personas estriba la mayor parte de las veces en el sentimiento del propio desprecio: quieren engañar sobre sí; todo juicio del prójimo que les suene favorable, aun a sabiendas de su falsedad, les alegra; todo su empeño consiste en impedir que salga a la luz toda la verdad sobre ellas.

18 [33]²¹

113. Los remedios que los hombres emplean contra los dolores no son muchas veces más que narcóticos. Pero todos esos remedios responden a un nivel bajo del arte médico. En las religiones y las artes, que en tal medida entran a formar parte de la historia del arte médico, se encuentran ideas que hacen las veces de narcóticos. Particularmente las religiones saben hacer perder de vista mediante hipótesis la causa del sufrimiento, diciéndoles por ejemplo a los padres a los que se les ha muerto un hijo que éste no ha muerto y añadiendo, a la vista del cadáver, que su hijo sigue viviendo aun más hermoso.

18 [34]²²

115. Sabido es que no es fácil sentir a un tiempo amor y veneración por la misma persona. Pero lo más difícil y raro sería que se encontrase reunidos el

²⁰ *FP*: 16 [7].

²¹ Cf. *HDH* 108.

²² *FP*: 17 [6].

más elevado amor y el más bajo grado de aprecio; es decir, el desprecio como juicio del cerebro y el amor como impulso del corazón. Y sin embargo esta situación es posible y atestiguada por la historia. Quien pudiera amarse a sí mismo con la más pura clase de amor sería aquel que al mismo tiempo se despreciase y dijera de sí: no desprecies a nadie salvo a ti mismo, pues únicamente tú puedes conocerte. Esta es quizá la posición del fundador de la religión cristiana ante el mundo. Amor propio por conmiseración de sí y de toda su despreciabilidad es el núcleo del cristianismo una vez despojado de todo el envoltorio y la mitología. El sentimiento de esta despreciabilidad nace del autoconocimiento, y éste a su vez de la necesidad de venganza. Quien se ha hecho sufrir bastante, quien se ha flagelado bastante a sí mismo por pecados de toda índole, comienza a sentir contra sí el sentimiento de venganza. Una autocrítica penetrante y finalmente el autodesprecio son las consecuencias naturales, y en no pocas personas incluso el ascetismo, es decir, la venganza sobre sí a manos de la aversión y el odio. También en el hecho de que el hombre se imponga más fatiga y premura muéstrase la misma inclinación a la venganza sobre sí. Que, pese a todo ello, el hombre todavía se ame aparece entonces como un milagro, y un amor tan purificado e inconcebible suele atribuirse a un Dios, pero es el hombre mismo quien es capaz de semejante amor, en una especie de gracia que se otorga a sí mismo, pues no puede dejar de amarse, dado que su amor nunca puede ser asunto cerebral. En esta situación el amor manda sobre el sentimiento de venganza, el hombre está de nuevo en condiciones de actuar y de seguir viviendo; por supuesto, no tiene por muy elevados estos actos ni todos los empeños terrenales, cosas poco menos que desprovistas de finalidad, pero no puede más que actuar; así como el cristiano de los primeros tiempos se consuela con la perspectiva del fin del mundo y espera entonces despojarse por fin de su despreciable naturaleza que le impulsa a la acción, así puede ahora cualquier hombre saber que un día la humanidad llegará a su fin y que por ello en todo empeño humano debe imprimirse la marca de la ausencia de meta; además, calará y sacará a la luz cada vez más los errores fundamentales inherentes a todos estos esfuerzos; a todos ellos subyace el pensamiento impuro. Se dará, por ejemplo, cuenta de que todos los padres engendran a su hijo irresponsablemente y que educan sin conocimiento del educando, de modo que obran necesariamente mal y profanan una esfera ajena. Esto precisamente forma parte de la desdicha de la existencia, y así el hombre acabará por sentirse completamente insatisfecho de todo lo que hace y lo más elevado que pueda alcanzar será la autocompasión; el amor y la autocompasión están reservados a los grados más elevados del carácter crecientemente gravoso de la vida en cuanto los medios más poderosos de alivio.

Mujer e hijo.

18 [35]

116. A la pregunta capciosa: ¿de dónde procedes tú, hombre?, contesto yo: de padre y madre, junto a los que queremos quedarnos de una vez por todas.

18 [36]

118. Cuando por doquier hallo un envilecimiento de los alemanes, supongo que la razón es que desde hace cuarenta años se ha vulgarizado el espíritu que ha presidido los matrimonios celebrados; por ejemplo, en las clases medias la pura alcahuetería en torno al dinero y el rango social: a las hijas hay que colocarlas y los hombres quieren casarse con una fortuna o con unos favores; como desquite, en los hijos se echa de ver también el vulgar origen de esos matrimonios.

18 [37]²³

119. Lo mejor en el matrimonio es la amistad. Si ésta es lo bastante grande, podrá no hacer indulgentemente caso e ir más allá de lo afrodisiaco. Sin amistad, el matrimonio hace a las dos partes vulgares en cuanto al pensamiento y las colma de desprecio.

18 [38]²⁴

123. La vida en común de los esposos es lo que principalmente hace raro un buen matrimonio, pues incluso las mejores amistades sólo rara vez la soportan.

18 [39]

124. En el buen matrimonio es de lo más emocionante el conocimiento compartido y mutuo del repugnante misterio por el que el recién nacido ha sido engendrado y dado a luz. Es sobre todo en la procreación donde se siente la humillación por amor de lo más amado.

18 [40]²⁵

125. Ningún hijo ha de estarle agradecido a su padre por la existencia, y quizá le quepa incluso estar enojado por determinadas cualidades heredadas (inclinación a la ira, voluptuosidad). Mucho tienen los padres que hacer para reparar el tener hijos.

18 [41]

126. Los padres que sienten muy sinceramente su propia insuficiencia y aspiran constantemente a la cima del intelecto y del corazón tienen derecho a engendrar hijos. Por una parte, transmiten esta inclinación, este anhelo; por otra, participan no pocas grandes indicaciones sobre aquello en que vale verdaderamente la pena empeñarse, y únicamente por tales indicaciones suele estarles el adulto realmente agradecido a sus padres.

²³ Cf. HDH 378.

²⁴ Cf. HDH 393.

²⁵ CIHDH 382.

18 [42]²⁶

130. La persona está determinada a ser padre o madre, sea en el sentido que sea. Sin productividad, la vida es espantosa; por eso no hago ningún caso de la juventud, porque en ella no es posible o no es racional producir.

18 [43]

131. Si las mujeres se cuidasen por tanto de la belleza de los hombres, éstos serían por regla general tan bellos y vanidosos como ahora lo son las mujeres por regla general. El hombre muestra su entusiasmo y quizá la superioridad de su actitud al querer que la mujer sea bella. Muestra el mayor entendimiento y la sobriedad de las mujeres (quizá también su carencia de sentido estético) que éstas acepten también a los hombres feos; ellas van más al meollo de la cuestión, lo cual aquí significa: protección, acomodo; los hombres se fijan más en la apariencia hermosa, en la transfiguración de la existencia, aun cuando ésta haya por ello de resultar más penosa.

18 [44]

135. El amor²⁷ se sitúa muy por debajo de la amistad por aspirar a la posesión exclusiva, mientras que uno puede tener varios buenos amigos y éstos a su vez hacerse amigos entre sí.

18 [45]

140. Las mujeres que aman particularmente a sus hijos son en su mayoría vanidosas y engreídas. Las mujeres que no hacen mucho caso de sus hijos tienen en su mayor parte razón, pero dan a entender que de semejante padre no cabía esperar mejor hijo: eso muestra su vanidad.

Sobre los griegos.

18 [46]

143. Si se piensa en los griegos como tribus poco numerosas en un territorio muy poblado, donde ellos encontraron el interior del continente ocupado por una raza de origen mongol, la costa orlada por una franja semítica y en medio establecimientos tracios, se da uno cuenta de la necesidad que tenían de mantener ante todo y regenerar sin cesar su superioridad cualitativa; de ahí la magia que ejercieron sobre las masas. El sentimiento de únicamente mantenerse a salvo entre una mayoría hostil en cuanto seres superiores les obligaba continuamente a una tensión espiritual extrema.

²⁶ Cf. HDH 539, 18 [8].

²⁷ El amor] *lpp.*: «El matrimonio».

18 [47]

146. El Sócrates platónico es, propiamente hablando, una caricatura; pues está sobrecargado de cualidades que una persona nunca puede reunir. Platón no es lo bastante dramaturgo para fijar la figura de Sócrates ni tan siquiera en un diálogo. Es por tanto incluso una caricatura difusa. Por contra, las *Memorabilia* de Jenofonte²⁸ dan una imagen realmente fiel, de tanta riqueza espiritual como el modelo; pero este libro ha de saberse leer. En el fondo los filólogos opinan que Sócrates no tiene nada que decirles y por eso se aburren con él. Otras personas sienten que este libro aguijonea y al mismo tiempo hace feliz.

18 [48]

153. Los dioses hacen al hombre aún peor cuando no le quieren bien; esto no es solamente griego, sino que está en la naturaleza humana. Quien no desea amar a otro, desea en secreto que éste empeore y por así decir justifique así su desafecto. Pertenece esto a la siniestra filosofía del odio, aún por escribir.

Continuación de
«Humano y demasiado humano».

18 [49]

154. Un príncipe estúpido que tenga suerte es quizá el ser más dichoso bajo el sol, pues las conveniencias de la corte le permiten tenerse exactamente por tan sabio como ha menester para la felicidad. Un príncipe estúpido que tenga mala suerte lleva aún una vida soportable, pues puede desahogar en otros su despecho y frustración. Un príncipe sagaz que tenga suerte suele ser un magnífico depredador; por el contrario, un príncipe sagaz que tenga mala suerte, un depredador muy irritado al que debe encerrarse en una jaula; no se engaña sobre sus desatinos, y eso es lo que le hace ser tan malvado. Un príncipe sagaz que además sea bueno es la mayoría de las veces muy desdichado, pues debe hacer muchas cosas para las que es demasiado bueno o demasiado sagaz.

18 [50]

155. En el fondo, por peligrosos y extravagantes que puedan ser, el empeño y las intenciones de una persona se consideran disculpables o al menos perdonables si en ellos pone en juego su vida. Nada puede tal vez expresar tan claramente el alto valor que las personas atribuyen a la vida.

18 [51]²⁹

156. Nuestro crimen contra los criminales consiste en que los tratamos como canallas. Ya me gustaría a mí que me diesen la definición de canalla. Lo propia-

²⁸ Jenofonte (ca. 427-Ca. 353 a. C.): historiador, ensayista y jefe militar griego.

²⁹ *FpH* 66. Cf. 17 [101].

mente hablando canalla parece ser irreconocible para el ojo de la justicia y por eso tampoco lo alcanza su brazo.

18 [52]³⁰

157. El sentido de los más antiguos castigos no es hacer desistir del delito, sino, *en primer lugar*, un intento de reparar el daño, por ejemplo mediante una multa pagada a los parientes del asesinado; *en segundo lugar*, tenemos aquí una serie de medidas que la comunidad adopta para evitar como *colectividad* la cólera de una divinidad ofendida, lo cual explica que en Homero el asesino deba exiliarse de su patria; no es una tacha moral, sino religiosa la que sobre él pesa: pone en peligro la comunidad a que pertenece. Entre nosotros esta clase de medidas es superflua.

18 [53]³¹

158. La idea fundamental de un nuevo derecho penal más humano debería ser: evitar en primer lugar una injusticia en la medida en que pueda repararse un daño; luego compensar una mala acción con una buena. Esta buena acción no habría de dispensarse necesariamente a los perjudicados u ofendidos, sino a cualquiera; y es que rara vez se ha delinquido con la tropelía contra el individuo, sino contra el miembro de la sociedad humana; por eso es a la sociedad a la que se debe una buena acción. No ha esto de entenderse tan groseramente como si un robo hubiera de repararse con un obsequio; más bien se trata de que quien ha dado muestras de su mala voluntad dé ahora una prueba de buena voluntad.

18 [54]

162. Puede dudarse de que al hombre bueno, sediento de conocimiento, le sea provechoso hacerse cada vez mejor. Un poco de pecado de vez en cuando le hace probablemente más sabio. Cualquiera que tenga alguna experiencia sabrá en qué situación comprendió con más profunda simpatía la inseguridad de la sociedad y de los matrimonios³².

18 [55]

163. En verdad que el ladrón, una vez condenado, tiene derecho a una reparación por haber perdido su reputación a manos de la justicia. Lo que sufre pasando en adelante por ladrón va mucho más allá de la expiación de una falta cometida una sola vez³³.

³⁰ Cf. 17 [98].

³¹ *Fp*: 17 [102].

³² Un poco de pecado] *Fp*: «y al rico hacerse cada vez más rico. El aire acaba por hacerse irrespirable por demasiado puro; un poco más de pecado lo hace más soportable».

³³ En *Fp* se añadía: «Lo que debe hacer es reparar un daño. Si no puede...».

18 [56]³⁴

164. La Iglesia católica ha creado con la institución de la confesión una oreja en la que uno puede divulgar su secreto sin consecuencias peligrosas. Este fue un gran alivio de la vida, pues uno olvida su culpa desde el momento en que se la ha contado a otros, pero los otros no suelen olvidarla.

18 [57]³⁵

165. Quien pone realmente más alto el no-ser que el ser, en el trato con el prójimo tiene que fomentar³⁶ más su no-ser que su ser; como los moralistas quieren desviarse de esta exigencia³⁷, inventan preceptos según los cuales nadie puede escapar sino entrando en el no-ser³⁸.

18 [58]³⁹

167. Ninguna de las éticas habidas hasta la fecha puede basarse en un puro conocimiento de las cosas; de éste se sigue únicamente esto: que se debe ser como la naturaleza, ni bueno ni malo. La exigencia de ser bueno deriva de un conocimiento impuro.

18 [59]

168. La injusticia deja a veces en quien la comete una herida, aunque no es algo frecuente. Los remordimientos de conciencia son más bien la excepción que la regla. Ofender a alguien que nos repugna de tal modo que perdamos el trato con él provoca un suspiro dichoso por la libertad alcanzada. Pero tal vez aquí la injusticia sea legítima defensa.

18 [60]⁴⁰

169. El político debe poder abrigar una buena conciencia respecto a sus empresas, y para ello precisa de los honestos entusiastas y, más aún, de los que saben parecer tales.

18 [61]⁴¹

173. Quien tiene también el instinto de la pulcritud en lo espiritual no aguantará las religiones más que durante un tiempo y luego se refugiará en una metafísica;

³⁴ *Fp*HDH 568. *Fp*: 17 [102].

³⁵ Cf. 19 [41].

³⁶ *fördern*.

³⁷ *Forderung*.

³⁸ nadie puede] *Fp*: «la "muerte" no importa (metempsicosis: "nadie puede librarse sino entrando en el no-ser"). ¡Pamplinas!»

³⁹ Cf. 17 [100].

⁴⁰ Cf. 31 [7].

⁴¹ Cf. 17 [70], 17 [78].

más tarde se irá también desembarazando gradualmente de la metafísica. Es probable que en lo moral el instinto de la pulcritud tome más bien un camino opuesto; por contra, este instinto se asocia siempre con la impureza de pensamiento y hace quizá éste cada vez menos pulcro.

18 [62]⁴²

176. La reja del arado penetra en el terreno duro y en el blando, pasa por lo que está más alto y por lo que está más hondo, y lo aproxima. Este libro es para el bueno y el malo, para el modesto y el poderoso. El malo que lo lea mejorará, el bueno empeorará, el humilde se hará más poderoso, el poderoso más humilde⁴³.

⁴² Cf. 18 [1].

⁴³ *Fp* añadía: «Tras el arado viene el sembrador».

[19 = U II 5 c. Octubre-diciembre de 1876]

19 [1]

1. En una época que lee poco, la filología es el arte de aprender y enseñar a leer. Unicamente el filólogo lee lentamente y medita una media hora sobre seis líneas. Este hábito suyo y no su resultado constituye su mérito.

19 [2]

2. La historia de la filología es la historia de un género de hombres aplicados pero poco dotados. De ahí el insensato hostigamiento y, más tarde, la sobreestima de algunas naturalezas más sagaces y más ricas que *han acabado entre los filólogos*.

19 [3]

3. Que los filólogos estén capacitados (más, p. ej., que los médicos) para educar a la juventud es un prejuicio que la experiencia desmiente además diariamente. Sucede aquí como con los barrenderos, a los que nadie examina tampoco para saber si son los que mejor saben barrer las calles; basta con que quieran desempeñar ese sucio oficio. Del mismo modo, todos los estamentos rechazan el oficio de educar a la juventud y se contentan con que los filólogos... no lo desempeñen.

19 [4]

4. Lo más importante de la antigüedad lo han descubierto los artistas, los políticos y los filósofos, no los filólogos: y esto hasta el día de hoy.

19 [5]

5. Los filólogos no quieren creer que se pueda entender mal una tragedia de Sófocles en cien pasajes y pasar por alto muchos otros corrompidos, pero sin embargo entender y explicar la tragedia mejor que el más meticuloso de los filólogos.

Dichoso quien lee a un autor espiritualmente rico y cree al final haberlo comprendido todo, etc.

19 [6]

6. Creo comprender mejor a Shakespeare ¹ que los profesores de inglés moderno, aunque cometa muchas faltas. En general, cualquiera comprenderá una obra antigua mejor que el filólogo que enseña una lengua: ¿por qué? Porque los filólogos no son más que bachilleres de edad proveccta.

¹ Shakespeare] Nietzsche había escrito primero: «Montaigne».

19 [7]

8. Los espíritus más refinados se ven coaccionados por aquellos que siempre cuentan historias que hay que *reír*: no hasta con sonreír.

19 [8]

12. Un maestro elegirá sus relaciones entre maestros de otras artes y estará entre **sus** alumnos, pero no entre los colegas y sobre todo no entre aquellos que sólo son especialistas, no maestros.

19 [9]²

14. Los que saben congratularse con nosotros están por encima y más cerca de nosotros que los que nos compadecen. La congratulación³ hace al «amigo»⁴ (el que se congratula⁵), la compasión hace al compañero de penas. Una ética de la compasión precisa del complemento de la ética aún superior de la amistad.

19 [10]⁶

15. Las personas se hacen protestantes, católicas, turcas, cada cual según su patria, lo mismo que uno que nace en un país vinícola se aficiona al vino.

19 [11]⁷

17. Quien se niega mucho en lo grande, se concederá fácilmente indulgencia en lo pequeño. Acaso no haya habido ningún estamento que por erotismo haya entendido tan exclusivamente excesos como el clero católico, que ha renunciado al *amor*. Por eso se permite el *placer* ocasional.

19 [12]⁸

18. Se puede *hablar de modo sumamente pertinente* y, sin embargo, de modo que todo el mundo clame por lo contrario. Así, Sócrates habló muy pertinentemente, pero ante el foro de la historia universal: sus jueces decretaron lo contrario. Los maestros rebajan sus discursos al nivel de sus oyentes⁹.

² FpHDH 499.

³ Mitfreude.

⁴ Freund.

⁵ Mitfreuender.

⁶ Cf. HDH 226.

⁷ Cf. HDH 598. Variante en Fp: «A quien no place el matrimonio, es indulgente con los pecados vulgares cometidos de vez en cuando. Quien no estima el honor, es indulgente con las formas vulgares de vez en cuando. Se venga. Schopenhauer. Quien no gusta de la noble ingenuidad...».

⁸ FpHDH 295.

⁹ Así, Sócrates] En Fp este fragmento terminaba escuetamente: «Así Sócrates, Wagner».

19 [13]¹⁰

19. Si no se tiene un buen padre, hay que procurarse uno. Que un hijo adopte a un padre es más razonable que lo contrario; pues él sabe mucho más exactamente lo que necesita.

19 [14]

20. El prestigio de los médicos estriba en la ignorancia de los sanos y enfermos; y esta ignorancia estriba a su vez en el prestigio de los médicos.

19 [15]¹¹

21. El mejor médico únicamente podrá tener un solo paciente: cada persona es una historia de la enfermedad.

19 [16]

23. Adivinar y traicionar¹² a un autor que no se nombra equivale a tratarlo como si fuese un criminal disfrazado o una belleza pícara, lo cual puede estar bastante a menudo permitido; pero hay casos en que su reserva se tiene que respetar tanto al menos como la de un príncipe que viaje de incógnito.

19 [17]¹³

La estima de las cualidades sólo puede ser comparativa; el propio interés quiere la estima *suprema*.

Emulación o aniquilación.

19 [18]¹⁴

24. La ilusión del impulso sexual es una red que, cuando se rompe, siempre se zurce por sí misma.

19 [19]

27. Para extraer ventaja de una especulación financiera arriesgada hay que hacer como cuando se toma un baño frío: entrar y salir rápido.

¹⁰ FpHDH 381. Cf. 16 [37].

¹¹ Fp: «El mejor médico únicamente tendrá un solo paciente». FpHDH 306.

¹² zu errathen und zu verrathen.

¹³ Cf. 20 [8], 21 [81].

¹⁴ Cf. 16 [36]. Texto tachado por Nietzsche y sustituido por FpHDH 407. Versión de primeros de 1874 o del verano de 1876: «La ilusión del impulso sexual tiene el extraño carácter de poder ser atravesada completamente y sin embargo atrapar siempre en sus redes una y otra vez: es periódicamente incurable».

19 [20]

28. El músico dramático no sólo ha de tener oído, sino también vista en el oído.

19 [21]¹⁵

32. Los obreros se quejan de que se les abrumba de trabajo. Pero este exceso de trabajo se encuentra por doquier: entre los comerciantes, los eruditos, los funcionarios, los militares. Entre las clases ricas el exceso de trabajo aparece como un impulso interno a la actividad exagerada; entre los obreros se trata de una coacción exterior: esa es la diferencia. Una atenuación de este impulso favorecería indirectamente también al obrero. No crea que el banquero actual lleva una vida más gozosa y digna que la suya.

19 [22]¹⁶

35. La mayoría de los escritores escriben mal porque no nos comunican sus pensamientos, sino el acto de pensar los pensamientos. Con frecuencia es la vanidad la que hace el período tan abundante: es el cacareo acompañante de la gallina que quiere atraer nuestra atención sobre el huevo, es decir, sobre cualquier pequeño pensamiento en medio del abundante período.

19 [23]

36. Es durante la infancia cuando el hombre está más alejado del animal y su intelecto es más humano. A los quince años y con la pubertad se acerca un paso al animal, otro con el sentido de la propiedad de los treinta años (la línea divisoria entre la pereza y la avidez). A los sesenta pierde aún a menudo el pudor. A los setenta se nos presenta enteramente como bestia con la máscara quitada: sólo hay que verle los ojos y la dentadura.

19 [24]¹⁷

38. La desobediencia y la independencia, sobre todo interiores, de los hijos respecto a los padres van exactamente tan lejos como es posible, es decir, como bien que mal tolere el padre; de donde resulta que es mucho más desagradable ser padre que hijo.

19 [25]¹⁸

La ironía es innoble.

¹⁵ Cf. HDH 439.

¹⁶ FpHDH 188.

¹⁷ Fp: 16 [32].

¹⁸ Cf. 22 [103], HDH 372.

19 [26]

41. En cuanto se ha comprendido que un príncipe ya no cuenta en las transformaciones políticas de su país y sólo es interesante para los cortesanos y los campesinos, debe evitárselo, pues no cabe tratarlo como hombre privado.

19 [27]

42. El activo quiere distraerse mediante el arte; el artista exige suma concentración. Deben en consecuencia de estar mutuamente insatisfechos y mostrarse los dientes. El arte en absoluto existe precisamente para esos activos, sino para aquellos que tienen un excedente de ocio y pueden por tanto tomarse excepcionalmente al artista sumamente en serio: a la existencia de esta clase de olímpicos ociosos han de proveer aquellos activos (sean obreros, banqueros o funcionarios) con su excedente de trabajo. Si la existencia de esta clase es un mal, también es un mal el arte.

El arte, la actividad de los ociosos.

Los placeres constituyen el ocio de los activos.

19 [28]

43. Dentro de cincuenta años en Europa cualquier hombre enérgico será un entendido en armas y en maniobras militares, el mejor dotado incluso en táctica. Quien a partir de entonces lleve sus opiniones al poder será aquel que haya sabido ganarse para ellas un ejército entrenado. Esto decidirá la historia de las opiniones.

19 [29]¹⁹

45. Tres de cada cuatro mentiras deben su nacimiento a la antítesis.

19 [30]²⁰

El tono de la juventud, demasiado alto.

19 [31]²¹

El vanidoso y el enamorado se imaginan que están enamorados a causa de otra persona.

19 [32]²²

50. El mejor autor se avergüenza de ser escritor: es demasiado rico en ideas y demasiado distinguido como para no avergonzarse de no dejar ver sino ocasionalmente su riqueza²³.

¹⁹ *FpHDH* 187.

²⁰ Cf. *HDH* 613.

²¹ Cf. *HDH* 133.

²² *FpHDH* 192.

²³ de no dejar} Este final corregía otro: «de amasar sus pensamientos como un avaro y meterlos en un cofre».

19 [33]

51. Para que un racimo de uvas y un talento maduren hacen falta tanto días lluviosos como soleados.

19 [34]

52. Se subestima el valor de una mala acción cuando no se tiene en cuenta cuántas lenguas pone en movimiento, cuánta energía desata y a cuántas personas sirve para la meditación o para la elevación.

19 [35]

53. El oscurecimiento de Europa puede depender de que cinco o seis espíritus más libres permanezcan o no fieles a sí.

19 [36]²⁴

54. Nadie es responsable de sus actos ni de su ser: juzgar es tanto como ser injusto. Esto vale también cuando el individuo se juzga a sí. La tesis es tan clara como la luz del sol y, sin embargo, aquí todo el mundo prefiere ir por la sombra y la falsedad: perder completamente la vista por temor, es decir, por causa de las supuestas consecuencias.

19 [37]²⁵

55. La moralidad únicamente se propaga si lo que ilumina al entendimiento enseña a conocer en lo posible muchas posibilidades de acción nuevas y superiores y con ello ofrece para la elección una gran cantidad de nuevos motivos de acción, y luego si se dan ocasiones. El hombre es muy a menudo presa de un móvil vil sólo porque no conocía uno más elevado, y resulta mediocre y vil en sus acciones porque no se le presentó ninguna ocasión de mostrar sus instintos más grandes y nobles. Muchas personas se pasan toda su vida esperando la ocasión de ser buenas a *su* manera.

19 [38]²⁶

56. Puestos a elegir entre una progenitura física o espiritual, ha de sopesarse en favor de la última que aquí se es padre y madre en una sola persona y que el hijo, una vez nacido, no ha menester ya una educación, sino sólo la presentación ante el mundo.

²⁴ *FpHDH* 39, 19 [39], 20 [2].

²⁵ Cf. *HDH* 558.

²⁶ *Fp*: «Padre y madre a la vez».

19 [39]²⁷

59. La filosofía puede librar paulatinamente de dos sentimientos fastidiosos: en primer lugar, del temor en el lecho de muerte, pues nada hay en él que temer; en segundo lugar, del remordimiento y los tormentos de la conciencia tras el acto, pues todo acto era completamente inevitable. La actitud filosófica es un fatalismo frío respecto a todo lo pasado.

Pero quizá la desazón por un acto no mengüe con darme cuenta de que era una necesidad: es un dolor que no puede ser aliviado por el reproche, la venganza, etc. Pues acusar del acto a toda la naturaleza de uno, a su *esse*, no es más que un nuevo grado de la misma sinrazón que nos quiere hacer responsables de cada una de las acciones aisladas. Puesto que existe la desazón, ha de existir la responsabilidad y por tanto una libertad, sea cual sea: así llegó Schopenhauer al concepto de la libertad inteligible. Pero el hecho de la desazón no demuestra la razonabilidad racional²⁸ de esta desazón: y sólo siendo así podría seguirse razonando a la manera de Schopenhauer. Por lo demás, la desazón ciertamente existe en un momento dado, pero quizá es algo de lo que cabe deshacerse.

Mas si la acción mala, inconveniente, no acarree desazón, esta fría actitud a la que uno se habría habituado respecto al pasado habría extirpado también de raíz el contento por lo hecho. Pero, ahora bien, los actos del hombre vienen determinados por la anticipación del placer o displacer que reporten: si ésta desapareciese, ningún sentimiento le apartaría ya de la mala acción y nada le induciría ya al acto bueno. Se haría tan frío respecto a lo por venir como respecto a lo pasado. En un momento dado llegaría a la fría reflexión sobre si es preferible vivir o no vivir: la consecuencia sería el suicidio lúcido. Conozcan o presientan este estado de cosas, todos los hombres, así como todas las éticas, se oponen a la abolición de la libertad: las últimas injustificadamente, pues la filosofía no ha de atender en absoluto a las consecuencias de la verdad, sino solamente a ésta. Que a la vida en su conjunto no haya de seguir como consecuencia ningún sentimiento (de placer o de displacer) es algo que se rechaza por el mismo motivo (de ahí la importancia atribuida a la última hora).

19 [40]

65. «Llega a ser el que eres»²⁹: hete aquí una exhortación *nunca* permitida sino a unos pocos, pero superflua para los menos de estos pocos.

19 [41]³⁰

66. La ética de toda religión pesimista consiste en expedientes para escapar al suicidio.

²⁷ FpHDH 39, 19 [36]. Fp: «Dos clases de sentimientos fastidiosos».

²⁸ *rationelle Vernünftigkeit*.

²⁹ Cf. Píndaro, *Píticas*, II, 72: γένοι δῖος ἐστὶ μάθων. Frase recurrente en Nietzsche: cf. Schopenhauer: *como educador*; *La gaya ciencia*, 270 (ed. cast., cit., pág. 177); el subtítulo de *Ecce homo*.

³⁰ Fp: «El temor a hablar sin restricciones en favor del suicidio es el motivo impelente de la ética schopenhaueriana». Cf. 18 [57], 19 [39].

19 [42]³¹

70. ¿Y quién vino a socorrer su virtud? ¿La voz de la conciencia? Oh, no; la voz de la vecina.

19 [43]³²

71. Las personas modestas se muestran a veces vanidosas por generosidad: p. ej., para no humillar la vanidad de determinadas clases.

19 [44]³³

72. El modesto se hace vanidoso cuando siente la modestia superior de otro, lo cual sin embargo rara vez sucede.

19 [45]³⁴

73. El hecho de que alguien sea predominantemente vanidoso o modesto no autoriza ninguna conclusión en cuanto al talento: el máximo genio es a veces vanidoso como una jovencita y sería capaz de teñirse los cabellos. Esta vanidad es quizá el hábito residual y ahora adulto de la época en que no tenía aún derecho a creer en sí y no hacía sino mendigar de otras personas la calderilla de esta creencia.

19 [46]

79. Con frecuencia escapa uno mejor a sus perseguidores aminorando la marcha que acelerando; esto vale sobre todo para las persecuciones literarias.

19 [47]³⁵

Kotzebue³⁶: «en él vivimos, coleamos y somos».
Shakespeare, azar en la historia del teatro.
Schiller es mejor autor dramático.

19 [48]

84. El pío se siente superior al impío: yo creeré en la humildad cristiana cuando vea que el pío se rebaja ante el impío.

³¹ *Fp*: «La virtud de las mujeres no se ve tan seguramente guardada por la proximidad de Dios como por la de la vecina».

³² Cf. *HDH* 546.

³³ Cf. *HDH* 546.

³⁴ *FpHDH* 583.

³⁵ Cf. *OSV* 170.

³⁶ August von Kotzebue (1761-1819): dramaturgo alemán.

19 [49]³⁷

Yo altero no pocos ritmos del período por causa de los lectores.

19 [50]

90. Antes se le entrega a alguien todo el corazón que todo el dinero. ¿Cómo es esto? Si se entrega el corazón, se lo conserva; pero el dinero ya no.

19 [51]

93. Hasta ahora ningún escritor ha tenido el suficiente ingenio para poder escribir retóricamente.

19 [52]

96. Algo en común tienen una mujer hermosa y la verdad (¡digan lo que quieran las malas lenguas!): ambas hacen más feliz cuando se las desea que cuando se las posee.

19 [53]

99. Una alianza es más sólida cuando los aliados creen el uno en el otro que cuando se conocen: por eso entre enamorados el vínculo es más sólido antes que después de la unión conyugal.

19 [54]³⁸

100. Jamás un príncipe deseoso de hacer la guerra se ha visto perturbado por no disponer de un *casus belli*. Y es que todos los motivos que damos a conocer públicamente muestran que a ninguno de nosotros le perturba nunca el hecho de no disponer de un *casus belli*. Toda acción se lleva a cabo por ciertos motivos y por un presunto motivo.

19 [55]

103. Un político divide a las personas en dos géneros: en primer lugar, instrumentos; en segundo lugar, enemigos. Propiamente hablando, no hay para él por tanto más que un género de personas: enemigos.

19 [56]³⁹

108. A una religión se recurre o bien para hacerse gravosa la vida exterior y liviana la interior, o bien a la inversa: el primero es el caso del cristianismo, el

³⁷ FpHDH 198.

³⁸ Cf. HDH 596.

³⁹ FpHDH 119.

segundo ei del hundimiento de las religiones. De donde resulta que una religión nace para aliviar el corazón y se extingue cuando ya no le queda nada que aliviar.

19 [57]

110. «Un espíritu es exactamente tan profundo como elevado es», dijo alguien. Ahora bien, al decir «espíritu elevado» se piensa en la fuerza y energía del impulso, del vuelo; al decir «espíritu profundo», en la lejanía de la meta hacia la que el espíritu se ha puesto en camino. La tesis quiere por tanto decir: un espíritu llega precisamente tan lejos como es capaz de volar. Pero esto no es verdad: rara vez llega un espíritu tan lejos como sería capaz de volar. La tesis debe por consiguiente rezar así: rara vez es un espíritu tan profundo como elevado es.

19 [58]

111. Si en otro tiempo la viruela ponía a prueba la fortaleza y salud de una constitución física y era mortal para las personas que no la soportaban, quizá pueda hoy en día considerarse la infección religiosa como una prueba semejante de la fortaleza y salud de la constitución espiritual. O se la supera o le hace sucumbir intelectualmente a uno⁴⁰.

19 [59]

Elementos de la formación intelectual.

- 1) Errores.
- 2) Paralogismos.
- 3) Pasiones.
- 4) Los espíritus gregarios.
- 5) Olvido.
- 6) El hombre como cosa.
- 7) Las naturalezas degeneradas.
- 8) La génesis del sentido de la verdad.
- 9) Futuro de la cultura.

19 [60]

113. En nuestros días los tratados entre Estados europeos permanecen en vigor exactamente en tanto dura la coerción que dio lugar a ellos. Trátase por tanto de una situación en la que la fuerza (en el sentido físico) decide y lleva a su consecuencia. Esta es la siguiente: los grandes Estados devoran a los pequeños, el Estado monstruo devora al Estado grande, y el Estado monstruo acaba por estallar al faltarle el cinturón que ceñía su cuerpo: la hostilidad entre los vecinos. La diseminación en formaciones estatales atómicas es la perspectiva más lejana aún

⁴⁰ Quizá inspirado por los *Parerga...* de Schopenhauer, vol. II, pág. 573, nota.

aparente de la política europea. La lucha de la sociedad en sí perpetúa la habitación a la guerra.

19 [61]⁴¹

114. Ya no hay educadores; bajo este nombre nunca se compra más que personas ellas mismas por educar. Hay profesores, pero no educadores; palafreneros, pero no caballeros.

19 [62]⁴²

116. De vez en cuando un partido intenta limpiar algunos andrajos del cristianismo mancillado y vestirse con ellos; el efecto es escaso: pues los harapos recién lavados visten sin duda pulcramente, pero nunca sino harapientamente.

19 [63]⁴³

117. A la vista de las innumerables iglesias construidas por el cristianismo en el pasado, debe decirse: no hay actualmente bastante religión para echar abajo estos edificios. Igualmente: hoy en día falta religión, siquiera para acabar con la religión.

19 [64]⁴⁴

112. Las opiniones públicas proceden de las negligencias privadas. Pero, ¿qué procede de las opiniones privadas? Las pasiones públicas.

19 [65]⁴⁵

118. *vivimos en una cultura que sucumbe a los medios de la cultura.*

Supresión de las naciones; el hombre europeo.

Abstención de política.

Marginar los talentos.

Desprecio de la prensa.

Religión y arte sólo como remedios.

Vida sencilla.

Menosprecio de las diferencias sociales.

Tribunal superior para las ciencias.

Liberación de las mujeres.

Las amistades; círculos entrelazados.

Organización de la economía del espíritu.

Las instituciones siguen las opiniones de ellas mismas.

⁴¹ Cf. OSV 181.

⁴² Cf. CS 199.

⁴³ Cf. HDH 123.

⁴⁴ Cf. HDH 482.

⁴⁵ Cf. HDH 520. Primeros esbozos, como en 19 [67], [70], [72], [78], [86], de los temas que se tratarán en *Humano, demasiado humano*.

19 [66]⁴⁶*Saludo a los moralistas*

Ausencia de moralistas.

Los activos.

Los que quieren liberarse.

Librepensador.

Herida.

Imposible sin productividad; por tanto, librepensador.

Suspiros por la juventud pasada.

Padre o madre.

Procreación del genio. A medio camino.

El poeta como *el que alivia*.

Estética.

Poeta. Escritor. Filólogo.

Arte; activos.

Sociedad.

Mujer e hijo.

Estado (griegos).

Lo religioso.

Tesis morales superiores (bien y mal) (vanidad).

Supremo alivio de la vida.

*fatum tristissimum*⁴⁷.

19 [67]

Voz de la historia.

Ante todo lo general:

repaso de los librepensadores. para librar al hombre de lo tradicional.

1. El hombre a solas consigo.

2. Mujer e hijo.

3. Sociedad.

4. Arte; poeta; estética.

5. Estado.

6. Lo religioso.

7. Alivio de la vida.

19 [68]

Homo liber de nulla re minus quam de morte cogitat et ejus sapientia non mortis sed vitae meditatio est. Spinoza⁴⁸.

⁴⁶ Intento de ordenamiento del material de *La reja del arado*.

⁴⁷ «Destino tristísimo».

⁴⁸ «En nada piensa menos el hombre libre que en la muerte, y su sabiduría es una meditación, no sobre la muerte, sino sobre la vida». Cf. Spinoza, *Ética*, IV, Prop. LXVII.

19 [69]

A quien tiene más agudeza de pensamiento no le gustan las imágenes de los poetas: se llena la memoria con demasiadas cosas heterogéneas al mismo tiempo; así como quien tiene un oído fino oye tanto los armónicos superiores de una nota como un acorde disonante.

19 [70]

- Cap. 4. El librepensador y el filósofo.
 5. Dentro de una cultura: ejemplos.
 6. Posición actual.
 7. Futuro.

19 [71]

El compasivo se siente el más fuerte; esto produce placer, en cuanto listo para intervenir a poco que pueda ayudar. El dolor, como el estético, una resonancia.

19 [72]

Temas:

- Sobre la máxima.
 Sobre la novela corta.
 Contra los poetas.
 El filósofo por placer, que piensa con gusto en sus predecesores, no en sus continuadores (¿dónde está el placer?).
 Diferencia entre librepensador y filósofo.
 Tucídides como ideal del sofista-librepensador.
 Origen de la compasión.
 El suicidio en las religiones.
 El enfermo.
 Vanidades de los eruditos.

19 [73]

Se intenta *conectar* entre sí las cosas que provocan en nosotros un sentimiento análogo, por ejemplo, la primavera, el amor, la belleza de la naturaleza, la divinidad, etcétera. Este entrelazamiento no responde *en absoluto* al encadenamiento causal. A los poetas y a los filósofos les encanta arreglar así las cosas; el arte y la moral se juntan.

19 [74]

Llaman «una gran idea» a la unión de los gobiernos alemanes en un solo Estado. Es la misma clase de personas que un día se entusiasmará por los Estados Unidos de Europa; esta es la «idea más grande» aún.

19 [75]⁴⁹

Es sobre todo la diversidad de lenguas lo que impide ver lo que en el fondo sucede: la desaparición de lo nacional y la creación del hombre europeo.

19 [76]

Todos los cimientos de la cultura se tambalean: por eso debe la cultura irse a pique.

19 [77]

Los diez mandamientos del librepensador

Ni amarás ni odiarás a los pueblos.
 No te dedicarás a la política.
 No serás ni rico ni mendigo.
 Evitarás a los célebres e influyentes.
 Tomarás mujer de un pueblo distinto al tuyo.
 Harás que tus hijos sean educados por tus amigos.
 No te someterás a ninguna ceremonia de la Iglesia.
 No te arrepentirás de un delito, sino que en compensación harás una buena obra más.
 Preferirás el exilio para poder decir la verdad.
 Dejarás que el mundo actúe contra ti y tú contra el mundo.

19 [78]

Cap. II. El librepensador en la actualidad.
 Cap. III. Metas del librepensador: futuro de la humanidad.
 Cap. IV. Génesis del librepensador.

19 [79]

Futuro dentro de algunos siglos. Economía de la tierra, dejar que se extingan las malas razas, selección de las mejores, una lengua. ¿Condiciones completamente nuevas para los hombres, incluso para un hombre superior? Hoy en día es el estamento del comercio el que impide una recaída total en la barbarie (telegrafía, geografía, invención industrial, etc.).

19 [80]⁵⁰

Decir la verdad cuando reina la mentira se asocia con tanto placer, que por amor a ella el hombre elige el exilio y algo aún peor.

⁴⁹ Cf. 17 [49].

⁵⁰ Cf. 19 [77].

19 [81]

Il maudit les savants et ne voulut plus vivre qu'en bonne compagnie. Voltaire (*Zadig*)⁵¹.

19 [82]

Filólogos

¿A qué se debe el entontecimiento de los bachilleres? Al ejemplo de los profesores, que lo entontecen todo, los autores, etc.

¿Por qué los filólogos se ocupan tan celosamente de pasajes corrompidos? Por vanidad: no hacen ningún caso de los antiguos, sino de sí mismos.

¿Hay alguna edición escolar inteligente?

19 [83]

Como, en la medida en que éste es explicable, en el mundo no hallan mucho que sea precioso, los hombres se figuran que lo verdadero e importante debe de residir en lo inexplicable; asocian sus sentimientos y harruntos más elevados a lo oscuro e inexplicable. Ahora bien, no es preciso que en este reino por aclarar haya en absoluto nada esencial; *podría* estar vacío: lo mismo resultaría para el hombre si solamente tuviese un rincón oscuro en su conocimiento; por eso conjura entonces lo que precisa y puebla de espíritus y harruntos el oscuro pasadizo.

19 [84]

Si el hombre se habituase a atenerse estrictamente a la verdad y a guardarse de todo lo metafísico y por aclarar, quizá un día el goce de los poemas se vinculase con el sentimiento de hacer algo prohibido: sería un dulce placer, pero no sin remordimientos posteriores y simultáneos.

19 [85]

La así llamada necesidad metafísica nada prueba en cuanto a una realidad correspondiente a esta necesidad: al contrario, pues al sentir esta necesidad oímos el lenguaje de la voluntad, no el del intelecto, y nos extraviarnos cuando creemos este lenguaje. Podría admitirse un Dios si fuese demostrable sin que una necesidad nos lo hiciese aparecer necesario.

19 [86]

Temas

Del librepensador.

Lo inexplicable y lo explicable.

⁵¹ «Maldijo a los sabios y no quiso vivir más sino en buena compañía». Cf. Voltaire, *Zadig* (ed. cast., tr. María Isabel Azcoaga, Edaf 1971, pág. 167).

Declive de la cultura antigua.
 Causas del arte.
 El suicidio.
 Vanidad de los eruditos.
 La máxima.
 El escritor.
 El enfermo.
 La mejorabilidad de los hombres.
 Sobre la novela corta.
 El trato.
 El intelecto de las mujeres.
 La amistad.
 Fases de la moral.
 Sobre el poder.
 Sencillez del bueno.
 La esperanza.
 La nobleza.
 Lucha contra el destino.
 Bien y mal.
 Sucedáneo de motivos religiosos.
 Prometer.
 Intelecto y moralidad.
 Aburrimiento-ociosidad.
 Castigo y arrepentimiento.
 Filólogos como profesores.
 Tucídides, tipo del librepensamiento sofista.

19 [87]

Los fallos de los jurados son falsos por el mismo motivo por el que es falsa la calificación de un alumno por un claustro de profesores: proceden de una mediación entre los diversos juicios emitidos. Suponiendo el caso más favorable de que *uno* de los jurados haya fallado con justicia, el resultado global es la media entre el justo y diversos fallos falsos, es decir, falso en cualquier caso.

19 [88]

Un poeta no debe tener en el alma un concepto tan determinado de su público como el pintor, quien, si se quiere contemplar adecuadamente el cuadro, exige una determinada distancia y una determinada agudeza visual de los espectadores. De los poemas modernos no gozamos sino parcialmente, cada cual coge lo que le gusta; no estamos en la relación necesaria con estas obras de arte. Los mismos poetas están inseguros⁵² y tienen en mente tan pronto a este como a aquel oyente; no creen ellos mismos que se capte toda su atención, y tratan de agradar

⁵² están inseguros] Cf. 21 [2].

mediante detalles o por el tema. Lo mismo que hoy en día todo lo bueno que hace un novelista se lo pierde el público actual, el cual sólo quiere el tema de la narración y le gustaría que se le interesase, arrebatase, subyugase por el hecho, el cual contienen mejor, p. ej., los informes policiales, no por el arte del narrador.

19 [89]⁵³

Las épocas prehistóricas son determinadas por la tradición a lo largo de inmensos lapsos de tiempo: nada ocurre. En el tiempo histórico, el hecho es cada vez un desprendimiento de la tradición, una diferencia de opinión: es el *libre-pensamiento* el que hace la historia. Cuanto más se acelera la revolución de las opiniones, tanto más se acelera el curso del mundo, la crónica se transforma en diario y finalmente el telégrafo constata en qué han cambiado en unas horas las opiniones de los hombres.

19 [90]

En el matrimonio una mujer bella debe tener muchas, muchas buenas cualidades para hacerse perdonar el hecho de ser tan bella.

19 [91]

Comunicabilidad de la verdad, de las opiniones en general.

19 [92]

¿Qué *resulta* de una verdad? —pregunta el político—. ¿Es una fuerza?

19 [93]⁵⁴

Las personas se *habituán a valorar más* una *opinión extraña* que la propia.

19 [94]⁵⁵

Los piadosos preguntan: ¿os hace felices esta opinión?, lo cual pasa por prueba pro o contra la verdad. Ahora bien, si un demente cree ser Dios y con ello —como sucede— es feliz, he ahí consecuentemente demostrada la existencia de un Dios.

19 [95]

En una tragedia imperará necesariamente la elocuencia precisamente practicada y apreciada en una época. Así entre los griegos, así entre los franceses, así

⁵³ Cf. HDH 224.

⁵⁴ Cf. 19 [113].

⁵⁵ Cf. HDH 120.

también en Shakespeare. En éste es evidente el influjo español dominante en la corte isabelina: la profusión de imágenes, su búsqueda, no son universalmente humanas, sino españolas. Tanto en la novela corta italiana como en Le Sage ⁵⁶ domina la retórica aristocrática de la nobleza y del Renacimiento. Nosotros carecemos de elocuencia cortés, ni siquiera pública como los griegos: de ahí la pobreza del discurso en el drama; se propende a la naturalización. En el *Tasso* Goethe vuelve al modelo del Renacimiento, Schiller depende de los franceses. Wagner renuncia por entero al arte del discurso.

19 [96]

Cuando busca razones, el hombre tiende a concederle las más profundas razones a la tradición. Como percibe las enormes consecuencias benéficas, busca una intención de profunda sabiduría en el alma de los que implantaron la tradición. Pero es al revés: el origen de Dios, del matrimonio, es simple y tonto; el fundamento de la tradición ha de situarse intelectualmente muy bajo.

19 [97]

Cuando se invierte una *creencia*, no se invierten las *consecuencias* derivadas de ella. Estas siguen viviendo gracias a la tradición: la tradición ciega los ojos al vínculo entre creencia y consecuencia. La consecuencia parece existir por sí misma. La consecuencia reniega de su madre.

19 [98]

¿Qué es la *reacción de las opiniones*? Cuando una opinión deja de ser interesante, se intenta conferirle un atractivo oponiéndola a la opinión contraria. Pero habitualmente seduce la opinión contraria y hace un nuevo adepto: en el ínterin se ha hecho más interesante.

19 [99]

Opina Aristóteles que mediante la tragedia se descarga el exceso de compasión y medrosidad, que el espectador vuelve a casa enfriado. Platón opina por el contrario que es más emotivo y miedoso que nunca. Aún no ha sido respondida la pregunta de Platón sobre el significado moral del arte ⁵⁷. Al artista le es menester el desencadenamiento de la pasión. Apenas nos complacen ya las pasiones que el cómico ateniense quiere descargar entre sus espectadores: la concupiscencia, la insolencia, la indecencia, etc. El hecho es que Atenas cayó en la molicie. El arte no puede valer como sucedáneo de la religión: pues para quien ha acabado con ella, es superfluo, y para quien está en lucha, no es un sucedáneo, sino un auxiliar de la religión. Quizá su posición sea, como supone Mainländer ⁵⁸, la de un

⁵⁶ Alain René Le Sage ó Lesage (1668-1747): novelista y dramaturgo francés.

⁵⁷ Opina Aristóteles] *FpHdH* 212.

⁵⁸ Vid. *HDH* I, n. 47.

auxiliar del conocimiento: deja ver a lo lejos, como montañas azules, la paz y el gran éxito del conocimiento. El sucedáneo de la religión no es el arte, sino el conocimiento.

19 [100]⁵⁹

No es que las religiones enseñen cualesquiera verdades *sensu allegorico*, sino que *en absoluto* enseñan *ninguna* verdad: esto es lo que puede objetársele a Schopenhauer. El *consensus gentium* en las opiniones religiosas es sin embargo más bien un contraargumento contra la verdad que constituiría el fundamento de aquéllas. El origen de la religión no es una prístina sabiduría sacerdotal, sino el temor a lo inexplicable: lo que de razón hay en ella ha penetrado a través de caminos oblicuos.

19 [101]

El estudio de la psicología formaba parte de la antigua retórica. ¡Qué atrasados estamos! La prensa de partido tiene un poquito de psicología, así como la diplomacia: todo como praxis. Al reformador la nueva psicología le es indispensable.

19 [102]

El nuevo reformador trata a las personas como si fuesen arcilla. Con tiempo e instituciones se les pueden dar todas las formas, se puede hacer de ellas bestias o ángeles. Poca solidez hay ahí. «Transformación de la humanidad!»

19 [103]⁶⁰

Puede admitirse todo lo que la religión tiene de útil para los hombres: procurar directamente felicidad y consuelo. Si no se puede combinar la verdad con lo útil, la causa de la primera está perdida. ¿Por qué tendría la humanidad que sacrificarse por la verdad? Más aún, le es absolutamente imposible. Hasta ahora toda aspiración a la verdad ha tenido en cuenta lo útil: lo que el padre estimaba en su hijo estudiante era la remota utilidad de las matemáticas. Por estúpido se hubiera tenido a un hombre que se ocupase de algo de lo que nada, a no ser un perjuicio, resultase. Por un peligro público se tendría a quien infectase el aire que respiran las personas. Si la religión es necesaria para vivir, quien la socava es un peligro público: si la mentira es necesaria, no cabe socavarla. ¿Es por tanto posible combinar la verdad con la vida?

19 [104]⁶¹

Uno se preocupa de sí, y además también del hijo; esta última preocupación le impide al hombre vivir de modo totalmente individual y despreocupado.

⁵⁹ *FpHDH* 110.

⁶⁰ Cf. 23 [82].

⁶¹ Cf. *HDH* 436, 19 [110], 23 [10].

Quiere instituciones que redunden en beneficio de su hijo. De ello depende la continuación de la humanidad: si los hombres no tienen más hijos, todo se va al traste. La preocupación por el hijo es una preocupación por la propiedad y la posición desahogada: por el peculio y el orden social. La codicia y la ambición son los instintos que acompañan quizá a esta preocupación por la progenitura: la herencia los ha agrandado mucho, aun en el caso especial en que falta la progenitura; aun cuando a la tendencia se le haya cortado la meta, la cabeza, el cuerpo sigue sin embargo moviéndose.

19 [105]

Un buen educador puede llegar al caso de ofender gravemente al alumno para sofocar en germen una tontería que éste quiere decir.

19 [106]⁶²

El mártir a la fuerza y el sincero al que se menosprecia por cobarde, etc., cuando no es más que lo que *puede* ser.

19 [107]⁶³

Está en la índole de los espíritus gregarios preferir *cualquier explicación* a ninguna; con ello se contentan. Una cultura elevada requiere dejar tranquilamente inexplicadas muchas cosas: *ἐπέχω*⁶⁴.

19 [108]⁶⁵

La *cosa oscura* pasa por más importante, más peligrosa, que la clara. El miedo habita en lo más íntimo de la fantasía humana. La forma última de lo religioso consiste en admitir en general dominios oscuros e inexplicables; pero en éstos, se supone, debe anidar el enigma del mundo.

19 [109]

Los palafitos, etc., demuestran que ha habido un *progreso* de la humanidad. No obstante, sobre la base de los últimos 400 <años> es dudoso que esta hipótesis sea lícita. Pero la ciencia ha progresado: con ello ha quedado destruida y nunca puede renacer la forma suprema de la cultura hasta la fecha.

19 [110]⁶⁶

El *instinto* es como un gusano al que se le ha cortado la cabeza y sigue sin embargo moviéndose en la misma dirección.

⁶² Cf. HDH 73.

⁶³ Cf. 23 [144].

⁶⁴ «Suspender el juicio».

⁶⁵ FpHDH 532.

⁶⁶ Cf. 19 [104], 23 [110].

19 [111]

El amor no es en absoluto explicado por Schopenhauer. Lo sexual primero. Luego la inclinación específica originada en juicios estéticos compartidos que han sido muy fortalecidos por la herencia. El negro quiere a la negra y desdeña a la blanca. Nada se ha conseguido con el «genio de la especie».

19 [112]

Los hombres no se *enamoran* para ser inmortales, en atención a la propagación: contra Platón. Sino por placer. Lo harían aunque las mujeres fuesen estériles; ¡sobre todo entonces! La pederastia griega no era antinatural: según Platón, su *causa finalis*⁶⁷ es «la generación de bellos discursos»⁶⁸.

19 [113]⁶⁹

Ellas mismas son lo que más interesa a todas las personas, pero están habitadas a respetar más los juicios de las demás que los propios: la fe en la autoridad, heredada y adquirida, fundamento de la sociedad, las costumbres, etc. De estas dos premisas deriva la *vanidad*: el hombre fija su propio valor ante sí mismo según el juicio de los demás.

19 [114]

*Todo lo ético*⁷⁰ *ha sido en algún momento aún no «costumbre»*⁷¹ *sino coerción. Sólo a partir de la existencia de una tradición, hay buenas acciones.*

19 [115]

Reconducir los impulsos *altruistas* a egoístas requiere método. El instinto social retrotrae al individuo que comprende que sólo subsiste por incorporarse a un grupo. La estimación de lo social es entonces heredada y, como los miembros más útiles son también los más honrados, cada vez más fortalecida. He ahí ahora una llama clara: sufrirlo todo por la patria (también por cualquier asociación análoga, p. ej., la ciencia). El fin egoísta se ha olvidado. El «bien» surge cuando se olvida el origen. El instinto paterno sólo se ha cultivado en la sociedad: se necesita descendencia, por eso se protege y se honra el matrimonio. Tampoco el amor altruista (entre los sexos) es sino cosa impuesta, *impuesta* por la sociedad. Sólo después habitual y heredada, y finalmente como un impulso original. Primeramente la pulsión no tiende más que a una satisfacción, sin tener en cuen-

⁶⁷ «Causa final».

⁶⁸ Cf. Platón, *El banquete*, 206b-210e (ed. cast., cit., págs. 587 ss.).

⁶⁹ Cf. 19 [93].

⁷⁰ *Sittliche*. Vid. nota 69 a HDH 96, 15 a 23 [14] y 75 a 23 [96].

⁷¹ *Sitte*. Vid. nota 69 a HDH 96, 15 a 23 [14] y 75 a 23 [96].

ta al otro individuo, cruelmente. ¿Podrán también reconducirse a la sociedad todos los instintos paternos de los animales?

19 [116]

Comienzan aquí los «pensamientos y esbozos» del otoño e invierno⁷¹ de 1876. Esta última página la escribí el 22 de diciembre de 1876⁷².

19 [117]

Introducción

Recordar a Goethe: «cuando uno habla, debe hablar positivamente»⁷³.

19 [118]

Humano y demasiado humano.
Máximas sociales.

19 [119]⁷⁴

La sentencia como tema de sociedad.

19 [120]⁷⁵

La cultura antigua.

1. El pensamiento impuro en el fundamento de la cultura.
2. Eticidad.
3. Religión.
4. Arte (lenguaje).
5. Los librepensadores.
6. Las mujeres.
7. Los santos.
8. La estimación de la vida.
9. Derecho.
10. Pueblos.
11. Ciencia.
12. Desaparición de la cultura antigua.

⁷² Estas fechas se refieren a las notas del manuscrito 19, escritas en Sorrento.

⁷³ Vid. Goethe, *Máximas y reflexiones*, 841, 499: «Cuando tengo que consultar la opinión ajena, ha de expresarse ésta con toda claridad; de lo problemático, harto tengo en mí mismo». Nietzsche cita según Goethe, *Sämmtliche Werke* (Cotta, Stuttgart, 1853), vol. III, pág. 149, *BN* (ed. cast., cit., vol. I, pág. 386).

⁷⁴ Cf. *HDH* 35, 22 [15].

⁷⁵ Cf. 17 [1], 17 [79].

[20 = Mp XIV 1 a (Brenner). Invierno de 1876-1877]

20 [1]¹

14. Hay una doble estética. Una parte de los efectos del arte y concluye en las causas correspondientes; con este procedimiento se somete al hechizo del arte y es ella misma una especie de poesía y embriaguez: una resonancia del arte en las cuerdas de la ciencia. La otra estética parte de los diversos modos absurdos y pueriles comienzos del arte: de ahí no puede deducir los efectos reales, y por eso intentará minimizar en general el sentimiento respecto al arte y desacreditar como sea esos efectos, como si fuesen mentira o enfermizos. De donde resulta claramente qué estética le es útil al arte, cuál no y en qué medida ninguna de las dos puede ser una ciencia.

20 [2]²

16. De hecho, estas consecuencias dan qué pensar. Si la acción mala, inconveniente, deja de acarrear desazón en algún momento, esta fría actitud a la que uno se habría habituado respecto al pasado habría extirpado también de raíz el contento por lo hecho. Pero, ahora bien, los actos del hombre vienen determinados por la anticipación del placer o displeacer que reporten: si respecto al llamado placer o displeacer moral ésta desapareciese, ningún sentimiento le apartaría ya entonces de la mala acción y nada le induciría ya al acto bueno, salvo la consideración de lo útil y lo nocivo; la moral cedería el paso a una teoría de la utilidad. El hombre se haría exactamente tan frío y prudente respecto a lo por venir como respecto a lo pasado. Entonces estaría maduro para la reflexión sobre qué valor tiene su vida actual, la cual podría ser siempre bastante dolorosa, así como para la ponderación sobre si no sería quizá preferible el no-ser al ser³. Conozcan o presientan este estado de cosas, todos los hombres, así como todas las éticas filosóficas, se oponen a la abolición de la responsabilidad: las últimas injustificadamente, pues la filosofía no ha de atender en absoluto a las consecuencias de la verdad, sino solamente a ésta misma. Que a la vida del hombre en su conjunto no haya de seguir como consecuencia ningún sentimiento de placer o de displeacer, sino que acabe con la aniquilación y una insensibilidad total, es algo que se rechaza por el mismo motivo: se teme debilitar la creencia en el valor de la vida y alentar al suicidio. La voluntad de vivir se defiende contra las deducciones de la razón y trata de enturbiar ésta: de ahí la importancia que se atribuye a los últimos instantes de la vida en el lecho de muerte, como si entonces hubiera aún algo que temer o que esperar.

¹ Cf. 17 [80].

² En *CI* continuación de *HDH* 39. *Fp*: 19 [39].

³ En una versión de principios de 1874 o del verano de 1876 se añadía: «y la consecuencia de esto sería el suicidio lúcido».

20 [3]

1. Una sentencia es un eslabón en una cadena de pensamientos; requiere que el lector restaure esta cadena por sus propios medios: esto es mucho pedir. Una sentencia es una presunción. O bien es una precaución, como sabía Heráclito⁴. Para que se pueda saborear, una sentencia debe ser removida y mezclada con otros ingredientes (ejemplos, experiencias, historias). Esto la mayoría no lo comprende, y por eso en las sentencias se pueden expresar sin pensar cosas que den que pensar.

20 [4]

12. Se cae más fácilmente en un violento afecto amoroso a partir de un estado de enamoramiento dirigido hacia otra persona, que a partir del de la completa frialdad y libertad del ánimo.

20 [5]

20. Cuánta más bondad y felicidad habría entre los hombres si en adelante se concediesen el tiempo, la energía, las facultades, el dominio del corazón, el desprendimiento, que hasta aquí le han concedido a Dios. ¿Cuánta más? Tal vez de ningún modo en exceso.

20 [6]⁵

21. No son pocos los que quieren convencerse y persuadirse de su propio valor mediante el elogio, la admiración y la envidia de otros; ponen en ello más empeño que en todo lo demás y emplean todos los medios, incluso el autoengaño y el autoembriagamiento. Más aún, prefieren cien veces admirarse que sacar partido de sí, y se aman mucho más de lo que les conviene. En ellos la vanidad no es sino el medio de la autocomplacencia. No quieren tanto sobresalir como sentirse sobresalientes, les da igual serlo o no.

20 [7]

25. ¿De dónde procede la envidia de los dioses? Al parecer, el griego no creía en una dicha tranquila y reposada, sino sólo en una presuntuosa y ultrajante; ver al dichoso le exasperaba. Sin duda debía de sentarle muy mal; pues el espectáculo de la felicidad hería demasiado fácilmente su alma. Allí donde un talento había destacado, allí era extraordinariamente grande la corte de los celosos. Si a ése le acaecía alguna desgracia, se decía: le ha estado muy bien empleado, era demasiado presuntuoso; y, sin embargo, de haber tenido parejo talento todos se ha-

⁴ Heráclito de Efeso (ca. 576-ca. 480 a.C.): filósofo griego de la escuela jónica.

⁵ *FpHDH* 545; cf *HDH* 89.

brían comportado de igual modo, es decir, presuntuosamente; lo mismo que a todos les encantaba desempeñar de vez en cuando el papel del dios que arroja la desgracia sobre el talento.

20 [8]⁶

30. La vanidad tiene dos fuentes: o bien el sentimiento de debilidad o el de poder. En cuanto se peca de su desvalimiento como individuo y de la medida de sus fuerzas y bienes, el hombre cavila en el intercambio con el prójimo. Cuanto más alto tase éste sus fuerzas y bienes, tanto más puede él obtener de este intercambio. Ahora bien, conoce muy bien los puntos flacos de todo lo que posee. Por eso los oculta y exhibe las cualidades sólidas y brillantes. Esta es la primera clase de vanidad; se completa con la otra, que quiere suscitar la apariencia de cualidades brillantes que en verdad no existen: ambas constituyen la vanidad (que es disimulo). La persona de este modo vanidosa quiere hacerse desear y por tanto que se le tase en más. La envidia surge cuando uno es ávido pero no tiene ninguna o apenas ninguna oportunidad de satisfacer su avidez mediante el trueque. Todos deseamos los bienes ajenos. En primer lugar, porque conocemos demasiado bien las debilidades de lo que poseemos y la habituación ha hecho perder el atractivo a sus ventajas; luego porque el otro presenta lo que posee a la luz más favorable. Nos fingimos más enamorados de nuestros bienes para que se le antojen más apetecibles. Al producirse el trueque, cada cual cree haber engañado al otro y tener la mayor ganancia. El trocador se tiene por prudente; la vanidad vidente acrecienta en el hombre la creencia en su prudencia. El trocador⁷ cree ser el embaucador⁸, pero lo mismo opina de sí aquel con quien trueca. Apreciamos el ser envidiados, pues los demás que no nos envidian pero pueden ofrecernos un trueque se ven empujados por la avidez de los envidiosos a una tasación superior de nuestras bondades. El sentimiento de poder, heredado, engendra la vanidad ciega (mientras que aquélla era la vidente, vidente de la ventaja); el poder no discute ni compara, se tiene por el poder⁹ supremo, formula¹⁰ las pretensiones más elevadas; si en un momento dado otros ofrecen sus dotes y facultades con la misma pretensión, no queda más que la guerra: un combate decidirá sobre lo justificado de estas pretensiones, o bien la aniquilación de uno de los competidores, al menos de su aptitud sobresaliente. Los celos son el estado de irritación del poderoso en relación con el competidor poderoso; la envidia, el estado de desesperación por no poder aventajarle, es decir, por sucumbir en la guerra. En la vanidad vidente la envidia deriva de la avidez inquieta; en la vanidad ciega la envidia es la consecuencia de una derrota.

⁶ Cf. 19 [17]. *Fp*: «Dos clases de envidia: dos muchachos ante el frutero, uno de los cuales tiene dinero para comprar, un comprador y dos fruteros, uno de los cuales tiene frutas más hermosas».

⁷ *der Tauschende*.

⁸ *der Täuschende*.

⁹ *Macht*.

¹⁰ *macht*.

20 [9]

35. La resignación consiste en la suspensión por parte del hombre de la tensión de todos los tendones de su pensar y sentir y en su devolución a un estado en que su pensar y sentir devienen rutinarios y mecánicos. Esta relajación está asociada a un placer, y el movimiento mecánico carece al menos de displacer.

20 [10]¹¹

38. Las más grandes dotes y la inventiva espiritual pueden resultar sofocadas si se es insaciable en el producir y no se deja tiempo para que el agua del manantial se remanse¹².

20 [11]¹³

17. Para poner el ejemplo de una inoculación excesiva y casi fallida; los alemanes, provistos en su origen de esa extraordinaria cohesión y virtualidad descritas por Tácito¹⁴, el mayor admirador de su salud, fueron no solamente heridos por la inoculación de la cultura romana, sino llevados casi al desangramiento: se les quitó cuanto se pudo de su costumbre, religión, libertad, lengua; no perecieron, pero que son una nación profundamente sufriente lo han demostrado con su fervorosa¹⁵ actitud hacia la música. Ningún pueblo tiene tantas heridas abiertas como los alemanes, y precisamente por ello tienen ellos mayores dotes para toda clase de librepensamiento. Al hacer esta consideración quiero deliberadamente atenerme al hombre y guardarme de sacar conclusiones respecto a las naturalezas animales y sus leyes a partir de las leyes acerca del ennoblecimiento humano sobre la base de las naturalezas más débiles y degeneradas. De toda esta consideración puede extraer el librepensador la prueba de que es también útil a los espíritus gregarios: pues contribuye a que el producto de los espíritus gregarios, su Estado, su cultura, su moral, no se entumescan y marchiten; una y otra vez hace afluir de nuevo al tronco y las ramas la savia vivificante del rejuvenecimiento.

20 [12]¹⁶

22. La meta más importante de la humanidad quizá sea medir el valor de la vida y determinar correctamente la razón por la que ésta existe. Por eso espera la aparición del intelecto supremo; pues sólo éste puede establecer definitivamente el valor o la futilidad de la vida. Pero ¿bajo qué circunstancias surgirá este intelecto supremo? Al parecer, quienes *grosso modo* promueven el bienestar humano aún

¹¹ Fp: 16 [35].

¹² Dada la imagen empleada por Nietzsche, hemos traducido en este caso *sich sammeln* (reunirse, recogerse...) por «remansarse».

¹³ Originariamente conclusión de HDH 224.

¹⁴ Publio Cornelio Tácito (ca. 55-ca. 120): historiador romano.

¹⁵ *seelenvoll*. Literalmente, «llena de alma».

¹⁶ Originariamente inicio de HDH 235.

se plantean actualmente metas enteramente distintas a la producción de este intelecto supremo determinante de los valores. Se aspira a instaurar una vida confortable para el mayor número posible, entendida además esta vida confortable de manera bastante exterior todavía.

20 [13]

4. Con frecuencia se ama un paraje, a una persona, y en adelante se los evita: tan grande es la curiosidad del corazón.

20 [14]¹⁷

31. Hay que ser muy superficial para regresar a casa de las reuniones sociales ordinarias sin remordimientos de conciencia.

20 [15]¹⁸

34. Es práctico tener mucha confianza y poca familiaridad en el trato con amigos y esposas, y por el contrario poca confianza y mucha familiaridad en el trato con el resto del mundo.

20 [16]

79. A un librepensador su conciencia no le remorderá más por haber celebrado su matrimonio con ceremonias religiosas que por haber seducido a una joven; aunque esto último es censurable y punible, y aquello otro no.

20 [17]

108. Quien elogia su salud tiene una enfermedad más¹⁹.

20 [18]

	Educación para ser librepensador
Primer grado:	bajo el dominio del provecho personal.
Segundo grado:	bajo el dominio de la tradición.
Tercer grado:	bajo el dominio de la religión.
Cuarto grado:	bajo el dominio del arte.
Quinto grado:	bajo el dominio de una filosofía metafísica.
Sexto grado:	bajo el punto de vista del provecho general.
Séptimo grado:	bajo la intención dominante de conocimiento.

De enero a mediados de febrero
Sorrento, 1877

¹⁷ Cf. HDH 351.

¹⁸ Cf. HDH 304.

¹⁹ Escrito y tachado por la mano de Nietzsche.

20 [19]²⁰

opereta.
 el positivismo, absolutamente necesario.
fatum.
 heroísmo refinado.
 un hombre de Estado filántropo.

20 [20]

Se ama la consecuencia grosera. Overbeck²¹.

20 [21]

Melodía del hombre europeo: de donde resulta que aún hay algo que hacer con este hombre.

¿Cuál es hoy en día la melodía dominante en Europa, *l'idée fixe musicale*?²²
 Una melodía de opereta²³ (naturalmente excluidos los sordos o W<agner>).

²⁰ Cf. 20 [21], 28 [27].

²¹ Franz Overbeck: teólogo colega de Nietzsche en Basilea y, junto con su esposa Ida, del círculo íntimo de Nietzsche.

²² «La idea fija musical».

²³ Cf. 20 [19].

[21 = N II 3. Finales de 1876-verano de 1877]

21 [1]¹

Glaciares, guijas, florecillas.

21 [2]²

Todos los escritores *vivencian* demasiado consciente, demasiado precariamente.

21 [3]

Peineta, collar, pendientes, broche. *Un solo estilo* es filigrana.

21 [4]

«delincuentes honrados»

«la vanidad del erudito»

«amistad»

«elogio del error»

«el hombre europeo»

21 [5]

La vanidad es compatible con el autodesprecio: perspectiva más elevada del suicidio.

21 [6]³

Período de los mot<ivos> grandiosos [-] lo personal, no lo impersonal.

21 [7]

La *franqueza*, el *ocultamiento*, como puntos de partida de las virtudes de la población inferior.

Aristocrático-vulgar para la casta superior.

21 [8]⁴

No nos gusta oír contar acciones de las que el narrador no nos cree capaces; o bien han de dar en lo asombroso y excepcional⁵.

¹ Cf. 22 [131].

² Quizá en conexión con *FpHDH* 211.

³ Cf. *HDH* 95.

⁴ Cf. *HDH* 162.

⁵ Cf. Tucídides, loc. cit., II, 35 (ed. cast., cit., pág. 142).

1

21 [9]

el librepensador
 el matrimonio
 la vida fácil
 observaciones psicológicas

21 [10]

Los movimientos vivaces y saltarines del delfín producen regocijo como si significasen juego y placer, cuando se trata de los tormentos que le inflige la naturaleza en lo interno. Así se admira la vivacidad de los grandes políticos.

21 [11]

La humanidad, una máquina que funciona mal con energías enormes.

21 [12]

Todo prospera en terreno volcánico.

21 [13]

Schopenhauer al mundo como el ciego a la escritura.

21 [14]⁶

Lo presagioso, ilógico-intuitivo, del ser *alemán* es indicio de que está atrasado, de que todavía está medievalmente determinado; lo cual, como en todas las cosas, entraña no pocas ventajas.

21 [15]

El futuro de Alemania no es el de los bolsillos alemanes⁷.

21 [16]⁸

La educación de la vista, más importante que la del oído.

21 [17]

El camino del pensamiento libre no lleva a la libertad de acción (individual), sino a la reforma gubernamental de las instituciones.

⁶ *JpOSV* 319.

⁷ Aquí siguen sin solución de continuidad las palabras «Trat<ado> [de filología]».

⁸ Cf. *OSV* 213.

21 [18]

Los mamíferos, animales prolíficos⁹.

21 [19]

Undécimo dedo: el dedal

21 [20]¹⁰

Injuria obligar al agradecimiento al altamente venerado.

21 [21]¹¹

Sueño del sapo¹².

21 [22]

Las personas ambiciosas, condenadas a la inactividad por la enfermedad, se convierten en los peores enemigos de sí mismos. La ambición activa es una enfermedad epidérmica del alma, hace salir todo lo nocivo.

21 [23]¹³

Quien se permite hablar en público está también obligado a contradecirse públicamente en cuanto cambia de opinión.

21 [24]

Contra el suicidio no hay más que razones individuales. Medicina enérgica. Las razones morales no lo son en absoluto.

21 [25]¹⁴

No ha de quererse tener demasiada razón, pero tampoco demasiado poca.

⁹ *Säugethier Zeugethier*.

¹⁰ Cf. HDH 330.

¹¹ Cf. 28 [42].

¹² En C. A. Bernoulli, *Franz Overbeck und Friedrich Nietzsche. Ein Freundschaft* (2 vols., Jena, 1908), I, pág. 72, refiere Overbeck acerca de este sueño del sapo: «En cierta ocasión le contó a su compañera de mesa: "El otro día soñé que mi mano, posada ante mí sobre la mesa, se convertía de repente en una piel vítrea, transparente; veía claramente el interior de sus venas, de sus tejidos, de sus músculos. De pronto vi sentarse sobre mi mano un grueso sapo y sentí el irresistible imperativo de tragarme el animal. Venciendo mi horrible repugnancia, lo engullí". La joven rió. "Eso le hace reír?", preguntó Nietzsche tremendamente serio y dirigiendo a su vecina una profunda mirada entre inquisitiva y triste».

¹³ *Fp* 23 [159]. Cf. 21 [66].

¹⁴ Cf. HDH 340.

21 [26]¹⁵

El amigo, la persona más moral. Aristóteles¹⁶.

21 [27]¹⁷

Todo lo que importa es el *acto*. El provecho.

21 [28]

Son característicos de la actual cultura europea el lento embriagamiento y la detención en cierto límite.

21 [29]

Nunca se piensa tanto en una amiga¹⁸ o amante como cuando de la amistad o el amor no queda más que una cuarta parte.

21 [30]¹⁹

A quien rebusca precavidamente entre los placeres, luego apenas le queda un buen regusto.

21 [31]²⁰

El egoísta pasa por *malo*, en la mayor parte de los casos injustamente; pues este carácter no se lo confiere el hecho de que *cause daño*. Quiere conservarse, carácter de legítima defensa (incluso tener emoción nerviosa puede ser una necesidad). Causar daño sin necesidad y deliberadamente es absurdo.

21 [32]²¹

Se deplora que los obreros socialistas tengan la misma avidez de posesiones que los burgueses en cuanto alcanzan la meta.

Error: He aquí lo correcto. Las maneras de ver desde la situación: nadie es proteccionista si— — —

¹⁵ Fp 23 [106].

¹⁶ Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1166a 1 ss.; *Ética a Eudemo*, 1240a 23 ss.; *Retórica*, 1361b 36-7, 1381a 1 ss. (ed. cast., cit., págs. 1285 s., 1151 ss., 126, 155 ss.).

¹⁷ Cf. 23 [109].

¹⁸ amigal Lectura dudosa entre *Freundin* («amiga») y *Freund* («amigo»).

¹⁹ Cf. HDH 35.

²⁰ Cf. HDH 102, 104.

²¹ Cf. 18 [7].

21 [33]

Todo comer y beber en sociedad, repugnante.

21 [34]

Oír música, fumar, comer y beber: desde la pesada placidez luterana.

21 [35]

Contra la embriaguez.

21 [36]²²

La utilidad, en la esencia de la moral. El fronterizo como asesino.

21 [37]

La inconsecuencia del principio, arrastrada por la corriente, integrada, desarrollándose, dándole a veces otra dirección al principio.

21 [38]²³

Repique de campanas; luz dorada a través de la ventana. Sueño. Causa introducida *a posteriori*, como en las impresiones ópticas.

21 [39]

Eduard Leuchtenberg Roon²⁴.

La reja del arado.

1. Sentencias.
2. Para el conocimiento del hombre.
3. Orientación general.
4. Religión.
5. Arte.
6. Moral²⁵.

21 [40]²⁶

Amor y odio, miopes, tuertos; igualmente la «voluntad».

²² Cf. HDH 94; 23 [109].

²³ Cf. HDH 13.

²⁴ Pseudónimo bajo el cual Nietzsche se proponía en un principio publicar *Humano, demasiado humano*.

²⁵ Tachado como conclusión: «Historia».

²⁶ Cf. HDH 566.

21 [41]²⁷

Una explicación de la naturaleza correspondiente a nuestras disposiciones más elevadas es metafísica.

21 [42]

Pasaje del *Tristram* sobre la barbarie²⁸.

C. Desmoulins²⁹.

Verdugo.

El cinismo revigoriza la ejecución.

21 [43]³⁰

El socialismo estriba en la *decisión* de considerar a los hombres *iguales* y ser justo con todos ellos; es la moralidad suprema.

21 [44]³¹

El encanto de la ciencia sigue aumentando *boy en día* por el contraste.

21 [45]

Quien pueda que me siga en la justicia para con diversas culturas.

21 [46]³²

La filosofía es el espejismo que presenta la solución a los fatigados discípulos de las ciencias.

21 [47]³³

Las personas interiormente ricas tienen hacia las mismas cosas flujo y reflujo, inclinación y aversión. Cada una de estas diversas corrientes hay que — — —

21 [48]³⁴

La verdad está aquí patas arriba, lo cual es particularmente inconveniente para la verdad.

²⁷ Cf. 23 [21].

²⁸ Cf. la variante de *HDH*, 251, n. 31.

²⁹ Camille Desmoulins (1760-1794): publicista y político revolucionario francés, guillotinado junto con Georges Jacques Danton (1759-1794) y otros indulgentes por reclamar el fin del Terror.

³⁰ *Fp* 23 [25].

³¹ Cf. *HDH* 257.

³² Cf. *OSV* 31.

³³ Cf. *HDH* 500.

³⁴ *FpHDH* 141. Cf. *OSV* 208.

21 [49]³⁵

Un cortejo fúnebre en Carnaval, histórico algún día como ahora los demás carruajes.

21 [50]

Tristán³⁶; elevación y exceso³⁷ de la pasión.

21 [52]³⁸

Fe en la verdad
El que se humilla³⁹
La compasión calla

21 [53]⁴⁰

La ciencia reporta placer a quien la promueve: *muy poco* a quien recibe los resultados.

Pero el arte, la religión, etc., son otra cosa. Debemos guardar en nosotros el reino de la contraverdad: esta es la tragedia.

21 [54]

Tapices, cortinas *violeta* (más tirando a rojo que a azul), calmantes de los *ner-vios*: un médico americano ha curado así la locura.

21 [55]⁴¹

Por más que uno se haya deshabitado de una religión, sin embargo una tesis créese mejor demostrada si su acento se nos antoja religioso, p. ej., «un evangelio totalmente seguro».

21 [56]⁴²

- A. Condiciones para los educadores.
1. contemplación
 2. conocimiento a fondo de varias culturas

³⁵ *HP* 23 [147].

³⁶ Tristán: protagonista de la ópera *Tristán e Isolda*, de Wagner.

³⁷ *Auf- und Überschwung*.

³⁸ Lista de temas escrita con lápiz rojo y sobre la que, ilegibles, apenas visibles, aparecen garabateadas dos palabras.

³⁹ Cf. *HDH* 87.

⁴⁰ Cf. *HDH* 251.

⁴¹ *HPHDH* 131.

⁴² Cf. 23 [145], *HDH* 272.

3. una ciencia.

<B.>Temas:

C. Períodos de descanso...

Los centros de cultura, necesarios; de lo contrario, la superficialización: ¿por qué no lo son las cortes, las universidades, las grandes ciudades?

21 [57]

Labrador.

Juez y al mismo tiempo cura de almas.

Prólogo a continuación.

21 [58]

Contraste entre una concepción profundamente sufriente, sus exigencias de consolación y la cultura científica.

21 [59]⁴³

Enjuiciamiento digno de un metafísico como Schopenhauer en cuanto testimonio en favor del hombre (pero de uno no científico).

21 [60]⁴⁴

¿Y si el hombre estuviese *al instante* dotado del *discernimiento* de la verdad, sin haber pasado por la escuela del error?

21 [61]⁴⁵

Efecto de la muerte en la hoguera; la crueldad como fuente de energía para el prójimo.

21 [62]

La verdad, carente de fuerza como el sol declinante.

21 [63]⁴⁶

Comienzo: nuestros educadores no están ellos mismos educados.

Conclusión: ahuyentar la *muerte* tanto como se pueda. Eternidad.

⁴³ *HP* 23 [64].

⁴⁴ Cf. *HDH* 11.

⁴⁵ Cf. 23 [65], *HDH* 630 y quizá 21 [42].

⁴⁶ Cf. 23 [136].

21 [64]⁴⁷

Resurrección cada 300 años.

21 [65]

P<regunta>. ¿Se tiene algo cuando se lo toma?

Sí

¿Y la virginidad?

21 [66]⁴⁸

Si uno ha empezado a pensar en público, ha de permitirse contradecirse públicamente.

21 [67]

Problema favorito de Goethe en el *Wilhelm Meister*.

21 [68]⁴⁹

Separar conscientemente fases espirituales, indicio de cultura.

21 [69]⁵⁰

Mujeres, matrimonios, esponsales.

21 [70]⁵¹

Optim<ismo>, pesim<ismo>, nada [-].

21 [71]

Sobretudo verde grisáceo y enaguas azul claro [-] con extremos blancos.

21 [72]⁵²

Las malas acciones estriban en errores; la venganza, p. ej., en la creencia en la responsabilidad, lo mismo que la crueldad; sin embargo, triunfo de la fuerza.

⁴⁷ Fragmento de lectura incierta, en la misma página en que se encuentran 21 [63], [64] y [65], junto con otro fragmento poco menos que ilegible: «Canto [---] además, por enfermedad [---]».

⁴⁸ Cf. 21 [23], 23 [159].

⁴⁹ *FpHDH* 274.

⁵⁰ Cf. 16 [2].

⁵¹ Cf. *HDH* 28.

⁵² Cf. *HDH* 99.

21 [73]⁵³

Todas las malas cualidades se remontan al instinto de conservación del individuo, instinto que no es ciertamente malo. *Envidia* cuando se tiene hambre y otro — — —

21 [74]⁵⁴

De una época metafísica a una realista [+] hay un s<alto> mortal. Transiciones [+]

21 [75]⁵⁵

Contra Aristóteles, historias de espíritus. La simpatía entre los hombres, acrecentada por el arte, luego la moral, igualmente por la religión.

21 [76]⁵⁶

¿Cómo sería el genio de la cultura?

21 [77]⁵⁷

Entrada de la ciencia en el mundo clandestina, no efectivamente.

21 [78]⁵⁸

Por qué aún vacilamos y nos entristecemos nosotros mismos por nuestras alegrías. Es indiferente. Pero quién quiere darnos un [— — —] infame [— — —] de lo contrario no hay que avergonzarse.

21 [79]

Muchacha-mono.

21 [80]⁵⁹

En lo que amamos debemos [— — —] todos los buenos aspectos — — —
Ahora bien, nos amamos a nosotros mismos.

⁵³ Cf. HDH 102.

⁵⁴ Cf. HDH 27.

⁵⁵ FpHDH 212.

⁵⁶ Cf. HDH 241.

⁵⁷ Cf. OSV 90.

⁵⁸ Texto garabateado casi ilegiblemente.

⁵⁹ Cf. 22 [20].

21 [81]⁶⁰

Nos estimamos fundándonos en nuestro propio juicio o en la autoridad.
La comparación, uno de los medios capitales para el placer en nosotros.

21 [82]

- I. Para la historia de la cultura.
- II. Humano, demasiado humano.
- III. Libro de sentencias.
- IV. Surgimiento de la literatura griega.
- V. Escritor y libro.
- VI. *Philologica*.

21 [83]

La moralidad depende con frecuencia del éxito.

21 [84]⁶¹

Juramento sobre la ciencia para concluir. Si podéis, deberéis.

⁶⁰ Cf. 19 [17].

⁶¹ Probablemente relacionado con HDH 292, aforismo concebido en principio por Nietzsche como conclusión de la obra proyectada.

[22 = N II 2. Primavera-verano de 1877]

22 [1]

Ventana de gasa verde.

22 [2]

A los amigos, saludo y dedicatoria.

22 [3]¹

<La melo> día <infinita>: uno pierde la orilla, se abandona a las olas.

22 [4]²

La tosquedad que se da como fuerza: arte.

22 [5]³

Obrar de tal modo que la humanidad, etc.: en ese caso uno debería poderse dar cuenta de lo ventajoso. ¿Quién dice en suma que *una sola* clase de acción es conveniente para el todo? La historia dice lo contrario. Mucho más obligado se está para con el egoísmo.

22 [6]⁴

Los ignorantes que han accedido al conocimiento de una filosofía tienen la impresión de estar ahora por encima de todas las demás ciencias y de poder opinar sobre todo: nada más erróneo.

22 [7]

Fuego, seriedad y dicha, qué raros en la mirada y la expresión de un joven.

22 [8]

1. Filología.
2. El estilo de los escritores alemanes célebres.
3. De la estética a la música.
4. De la moral.

¹ Cf. OSV 134.

² Cf. OSV 121.

³ Cf. HDH 25; 23 [154].

⁴ Cf. HDH 594.

5. Surgimiento de la literatura griega (surgimiento de un libro ahí).
6. La época «contra la metafísica».
7. Peligro de la música en el futuro.

22 [9]⁵

Ese mundo a nosotros oculto, mucho más vacío de significado que el conocido. Se supone involuntariamente lo contrario. Pero de esta creencia son autores la urgencia como madre y el error como padre.

22 [10]⁶

Prefacio sobre filología. Todo como *ejercicio*.
 Certamen entre Homero y Hesíodo.
 Atenea como diosa del amor.
 La elegía de Solón, un recogimiento.
 El prólogo de las coéforas.
 Ejemplo de responso hecho con arte.
 Vida de Demócrito.
 Opiniones escépticas sobre métrica.
*Conjectanea*⁷ como apéndice.

22 [11]

Introducción a la filosofía del presente.
 1. Puntos de vista generales (filósofos).
 2. De la religión.
 3. De la música.
 4. Del arte.
 5. Ciencia y progreso.

22 [12]⁸

La conservación de la religión es absolutamente deseable desde el punto de vista del provecho, del provecho tomado incluso en el sentido más elevado (moralidad), a saber: el Estado tutelar.

Pero no hay que conservarla, pues ya no hay *profesores francos*.

¿Habría por tanto que subvertir la esencia de la educación? ¿Según el propósito de la Iglesia católica? Pero todas las demás ventajas de la vida estriban en la ciencia.

⁵ Cf. HDH 389 y nota 9 al mismo.

⁶ Es este un plan para una obra sobre filología. Cf. 21 [82] y la carta dirigida por Nietzsche a Wagner el 19 de diciembre de 1876.

⁷ «Montón de cosas revueltas».

⁸ *HPDH* 472.

Conflicto que no se ha de *agudizar*, práctica inglesa. Los hombres no son consecuentes.

El cese de esta fe libera *energía*, hasta ahora retenida por las consolaciones metafísicas. Por eso no hay que subestimar.

Estas energías son hostiles al orden establecido.

¿Es la revolución necesaria? En principio se toma en consideración una pequeña fracción de la humanidad europea.

Aconsejar a los gobiernos la conducta *más liberal*, no reprimir nada, más bien tomarle *la delantera* a la liberación *espiritual*: cuanto más espiritual se hace a la masa, tanto más busca ésta vías *ordenadas*.

Por parte de las personas privadas: fundación de una asociación cuyos miembros se abstengan de todas las formas religiosas. Propaganda en todo el mundo. Tender por tanto puentes entre las naciones (contraste con los puentes tendidos por la Iglesia católica).

22 [13]

También el vino, también el arte (las fiestas), forman parte de estas consolaciones. ¡Fuera! Las ligas contra los borrachos espirituales prestan un gran servicio a los librepensadores.

22 [14]

La idea nacional y las guerras, excelentes remedios contra la revolución.

Inflamación de los intereses religiosos (sentido de la lucha cultural) igualmente.

No hay que temer un embrutecimiento temporal (por predominio de la ciencia natural, la mecánica).

22 [15]⁹

No sé si las experiencias vitales presentadas en forma de sentencias tienen alguna utilidad para los demás; para quien las pergeña son un beneficio: se cuentan entre los medios de aliviar la vida.

Y de los sucesos y trances de la vida más desagradables, más espinosos, siempre pueden seguir arrancándose sentencias (y extraer de ellas un buen regusto) y con ello sentirse un poco bien.

22 [16]¹⁰

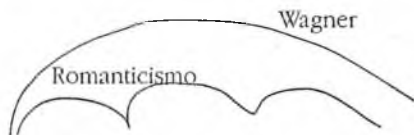
El Estado tiene que defender la ciencia, no la religión; la astronomía, no la astrología. Las últimas se quedan para el hombre privado.

⁹ Cf. HDH 35.

¹⁰ Cf. HDH 472.

22 [17]

En la evolución cultural hay curvas más o menos abiertas. El apogeo de la Ilustración corresponde al apogeo de la Contrailustración en Schopenhauer y Wagner.



Las crestas de las curvas pequeñas se aproximan mucho a la gran curva: el romanticismo.

22 [18]

Nuestra meta debe ser: **Una sola** clase de escuela formativa para todo el pueblo, y además escuelas profesionales.

22 [19]

Clave de la conducta humana.

Otra clave.

22 [20]¹¹

¿Cómo es posible que alguien se desprecie en todo (se sepa radicalmente «pecador») y, sin embargo, se siga amando? La explicación científica es completamente distinta de la que se da la persona religiosa. Achaca a Dios ese amor: si en todas las vivencias posibles introduce los indicios de una actitud bondadosa, misericordiosa, si toda disposición confortada la concibe como efecto de un ser exterior a sí en cuanto la causa eficiente, si todos los mejores sentimientos se los atribuye al mismo, el amor con que en el fondo se ama a sí mismo recibe la apariencia de un amor divino. Este, concluye más aún el hombre, es innerecido, es una gracia.

La premisa es que el hombre se siente libre y malo: esto no puede derivar sino de una interpretación falsa, anticientífica, de sus acciones y sentimientos. En una parte de sus acciones introduce el concepto de pecado, en la otra el concepto de los efectos de la gracia divina. La esencia del cristianismo es la psicología falsa, el fantaseo en la interpretación de los motivos.

22 [21]¹²

— — — para el que el Estado es el imperio del diablo.

¹¹ Cf. *HDH* 134, 135; 21 [80].

¹² Cf. *HDH* 473.

22 [22]

El editor *propone*, el impresor *dispone*¹³.

22 [23]

Aburrido ojo gris de las primeras horas del día, cortante aire húmedo.

22 [24]¹⁴

Lo que en el canto debe vivir eternamente, debe perecer en la vida (floreamiento artístico de la *Restauración*).

22 [25]¹⁵

Tempi modificados>. Al gran artista del pasado se le honra menos con ese improductivo recato que deja cada nota tal como él la compuso, que con amor activo y con esas tentativas de devolverlo una y otra vez a la vida, de conservarlo vivo.

22 [26]¹⁶

Librepensador. Psicológico. Moral. Arte. Religión. Metafísica.

Paso de la religión al arte por «pensamiento impuro», «posición ilógica respecto al mundo».

Luego el «poeta».

Paliativos. Medios para aliviar la vida. Arte, etc.

22 [27]¹⁷

moral

religión

arte

finalmente: llegar a ser sabio.

22 [28]¹⁸

Metafísica: algunos peldaños atrás; sólo el hombre que conoce debe siempre mirar más allá de la escala; en cuanto hombres plenos, no somos *sólo* conocimiento.

¹³ Los términos del juego de palabras original son *denkt* («piensa») y *lenkt* («rige»).

¹⁴ Cf. OSV 171 y el poema de Schiller *Die Götter Griechenlands*.

¹⁵ Cf. OSV 126; 23 [138]; 23 [190].

¹⁶ Cf. HDH 27, 148.

¹⁷ Cf. 23 [160]; HDH 292.

¹⁸ *FpHDH* 20.

22 [29]

Así como la niebla hace aparecer más baja una montaña, así la destemplanza espiritual.

22 [30]

Yo quiero que se coma para saciarse y no sólo porque sepa bien; razón de por qué la ciencia.

22 [31]

El huno Atila¹⁹, «hombre de la tempestad».

22 [32]²⁰

Esto enseña, si no la modestia, sí en cambio la cautela. Schopenhauer, Goethe.

22 [33]²¹

Fenómeno. Que cosa y fenómeno no coincidan depende de nuestros errores, que alcanzan a la constitución de nuestro intelecto.

22 [34]

Si tenéis ojos para ver, servíos de la boca para decir: «yo lo vi de otra manera», para que — — —.

Gruta de [—]²².

22 [35]²³

— — — si se piensa en los efectos curativos inconscientes y en cosas análogas.

22 [36]²⁴

Todo el arte rechaza el pensamiento en devenir. Todo él quiere parecer *improvisación*, milagro instantáneo (el templo como obra de los dioses, la esta-

¹⁹ Atila (ca. 395-453), rey de los hunos (ca. 434-453), legendario campeón de la guerra devastadora.

²⁰ Fp de la variante *Cl* de HDH 633 (véase también nota 99 a este aforismo).

²¹ Cf. HDH 16; 23 [125].

²² La gruta de Salamanca es un entremés de Miguel de Cervantes y Saavedra (1547-1616), que se hallaba en el vol. VII de la colección «*Spanisches Theater*», citada en la nota 29 a HDH 418.

²³ Fragmento de frase sin contexto en el manuscrito.

²⁴ Fp HDH 145.

tua como encantamiento de un alma en piedra). Así toda la música. En cierta música este efecto premeditado se sugiere mediante artificios (el desorden).

22 [37]

Necesario absorber en mí todo el positivismo y seguir siendo sin embargo portador del idealismo (prefacio).

22 [38]

Vida independ<iente>. Libro 9.

22 [39]²⁵

Música del alma bella.

22 [40]²⁶

Liquidación de la anarquía.

22 [41]

Morir por alguien es una pobre prueba de amor.

22 [42]

Sabiduría de poeta.

22 [43]²⁷

El amor, tan imparcial como la lluvia, que a veces cala al pecador hasta los huesos²⁸.

22 [44]²⁹

Nubes de aflicción, de destemplanza, cerniéndose.

22 [45]³⁰

Infantil, lúgubre y melancólica
me sonaba a menudo la tonada del tiempo:

²⁵ Cf. HDH 152.

²⁶ Cf. HDH 473².

²⁷ Cf. HDH 69; *Mateo*, 5:45.

²⁸ Sobre este fragmento aparecen garabateadas, casi ilegibles, y tachadas por Nietzsche, las siguientes palabras: «es necesario [?] hacer algo que uno no necesariamente [?], y otra línea que comienza: «¿?» es mejor que [— —].»

²⁹ Cf. HDH 292.

³⁰ Cf. HDH 628; 23 [197]; 22 [55].

ahora bien, ¿me veis cantar su canción?
 oíd si el carillón
 no se transforma en campana seria
 o si suena
 desde lo alto, como desde la torre de Génova,
 infantil pero, ¡ay!, lúgubre,
 lúgubre y melancólico.

22 [46]

La escuela debe enseñar la máxima libertad en lo religioso, el más sobrio pensamiento riguroso. La falta de claridad y las inclinaciones convertidas en hábito trazarán límites muy amplios.

22 [47]³¹

Espíritu de juventud, que tiene privilegios, incluso para algunas travesuras: eso es lo que ahora me falta.

22 [48]³²

Este escrito que publiqué en cuatro partes sucesivas bajo el sedicioso título conjunto de *Consideraciones intempestivas* y que acabé entre la Pascua de 1873 y agosto de 1876 — — —

El corazón, únicamente desahogado en las *Consideraciones intempestivas*. Pero el viento y el clima, que guían la vida más aún que nuestra estrella y que no me <fueron> en absoluto favorables, quizá me fueron sin embargo favorables en lo que — — —

22 [49]³³

— — — a no ser que esto fuera una burlesca inducción al error de la credulidad alemana — — —

22 [50]

Caza en el libro.

Robustos jabalíes y también elegantes corzos ciertamente.

22 [51]

El carácter de la música alemana, tan alejado del ser alemán como el carácter de la política bismarckiana.

³¹ Cf. HDH 599.

³² Cf. 17 [22]. Prefacio dejado en estado fragmentario, quizá proyectado para un volumen en el que Nietzsche tuviera previsto reunir las cuatro *Consideraciones intempestivas*.

³³ Cf. 22 [48]?

22 [52]

Querer es en todo caso un autoengaño. Sólo podemos pensarlo en oposición al deber, como querer libre: y esto es un error.

22 [53]³⁴

— — — joven alemán. Ironía. Buen humor³⁵, risa, sonrisa, carcoma, aires de importancia.

22 [54]³⁶

Quien — — — la religión y el arte — — — Goethe — — —
Manfred: Eckermann³⁷, Riemer — — —

22 [55]³⁸

Tocar la flauta anticipándose al tiempo, a fin de que su danza se haga más rápida y agitada; luego la gran calma en que todo, estremeciéndose como después de medianoche, parece espectral. Yo mismo estoy en el tiempo, él en mí: autovivenciado, *autoorgasmo*.

22 [56]

Voluntad. Nada en absoluto nos es inmediatamente consciente de una cualidad de este sentimiento de querer, de aspirar.

22 [57]³⁹

Dice el uno: siento, pero todos los seres sienten desde el comienzo. El otro: nunca puedo explicar cómo debe haber nacido la sensación en un punto determinado de la evolución histórica; por tanto, siempre ha existido.

22 [58]⁴⁰

Puesto que lo último irreductible con que en mí tropiezo es la sensación, en todos los seres debe igualmente ser este el caso.

³⁴ Cf. 23 [126].

³⁵ Lectura conjetural.

³⁶ Cf. nota 48 a HDH 27.

³⁷ Johann Peter Eckermann (1792-1854): escritor alemán, secretario de Goethe, director de la primera edición de las obras completas de éste y autor de *Las conversaciones de Goethe con Eckermann* (1836-1848).

³⁸ Cf. 22 [45], 25 [2].

³⁹ Cf. 22 [58]; 22 [113]; 23 [3].

⁴⁰ Cf. 22 [57]; 22 [113]; 23 [3].

Pero que en los seres sin cerebro (sin pensamiento) sea realmente lo que nosotros llamamos sensación y no meramente un proceso mecánico que sólo nosotros interpretamos como sensación — — —

que la sensación se produzca con ayuda del intelecto.

La memoria, la prefiguración, propiamente hablando un proceso cerebral⁴¹.

22 [59]⁴²

la exultación del hombre de conoc<imiento>.

22 [60]⁴³

Duelo. La sangre borra una palabra precipitada; incluso después de una acción equívoca, la sangre confiere el respeto de una honesta. El suicidio, en Ajax para satisfacer el exasperado sentimiento del honor.

22 [61]⁴⁴

¿Nada ha sobrevivido de la fragancia de Sorrento?

¿Es todo salvaje, fría naturaleza montañosa,

apenas entibiada por un sol otoñal y sin amor?

Así no hay de mí en el libro más que una parte:

la mejor parte, que ofrezco en el altar

a quien ha sido para mí amiga, madre y médico.

22 [62]⁴⁵

No pensamos sólo en el interior del sueño, sino que el sueño mismo es el resultado de un pensamiento.

22 [63]⁴⁶

La falta de equidad en las mujeres me parece *escandalosa*. Cómo levantan sospechas con la afilada daga de su entendimiento, etc.

22 [64]⁴⁷

Mis primeros escritos eran cuadros para los que, como un químico, extraía los colores de los temas que representaba, y los utilizaba como un artista.

⁴¹ la memoria} Pasaje de sentido incierto.

⁴² Cf. HDH 292.

⁴³ Cf. HDH 365.

⁴⁴ Dedicatoria de *Humano, demasiado humano* a Malwida von Meysenburg.

⁴⁵ Cf. HDH 13.

⁴⁶ Cf. HDH 414, 416.

⁴⁷ Cf. HDH 205.

22 [65]

El autor, la joven, el soldado, la madre, ¿son altruistas?

22 [66]

Problemas primordiales.

Lenguaje.

Escritores.

Estilo.

Gymn<asium>.

Educación.

Librepensador.

22 [67]

Así como para el hombre no hay gestos absolutamente humanos, sino que siempre tienen que adaptarse al simbolismo de un determinado nivel cultural, de una nacionalidad, de un estamento, así en ningún arte hay una forma absoluta. «Hacer saltar las formas» no significa más que hacer triunfar un nuevo simbolismo. Pero toda forma es convención o coacción.

22 [68]

Amigos.

Me creéis solo: acoged, pues, al compañero del solitario.

22 [69]

Tengo sin duda derecho a acordarme aquí de este poema. Lo que yo mismo no sabía decir, pero que, como muchas gotas de luz me ha caído aquí y allá en el alma, lo ha dicho él, que ha lanzado más lejos las gotas de luz [-].

Mi complemento: y ciertamente como un trozo roto de brazo o de pierna se relaciona con una estatua entera⁴⁸.

22 [70]

Los buenos artistas no deben *escuchar*.

22 [71]

Inmerecido. Orgullo.

⁴⁸ Probablemente se esté refiriendo al *Prometeo encadenado* (1876), muy admirado por Nietzsche (vid. su carta a Rohde del 28 de agosto de 1877), del joven poeta israelita Siegfried Lipiner. Cf. 22 [78].

22 [72]

personajes famosos de antaño: Hutten⁴⁹, Voltaire.

Entre los siete suabos famosos, Strauss en cabeza, Muth⁵⁰.

22 [73]⁵¹

La buena opinión que de mí tengo la he aprendido de otros, y de ella voy sustrayendo de continuo, cavilosamente, cuando me encuentro enfermo.

Estar a solas conmigo, apacible, alegre, con buenos pensamientos y risas, esté como esté.

22 [74]⁵²

Cuando el lenguaje pasaba por ciencia. Descripción de los demás *promotores* del lenguaje. **Manuscrito, Basilea.**

22 [75]

La razón edifica a los razonables.

El artista sólo debe digerir el arte.

¡Y, sin embargo, este libro lo ha *escrito* un artista!

No lo hizo su razón, lo hizo su *amor*.

22 [76]

Sin duda oímos el martilleo del telégrafo, pero no lo entendemos.

22 [77]⁵³

Caracteres:

lo que el zapato pintado por el pintor es al zapato del zapatero,

lo que el conocimiento que el pintor tiene del zapato es al conocimiento que el zapatero tiene del zapato,

son los caracteres esbozados por los poetas a los caracteres reales.

22 [78]

Lipiner. El éxito más hermoso, cuando uno se ve forzado a dejar a un lado el libro, tomar aliento; lágrimas de profundo arrobamiento, nadar ebrio en la

⁴⁹ Ulrich von Hutten (1488-1533): caballero y humanista alemán.

⁵⁰ Pasaje oscuro: D. F. Strauss era suabo y autor de obras sobre Hutten y sobre Voltaire. *La historia de los siete suabos* se cuenta entre las de la pareja de hermanos alemanes, cuentistas y filólogos, Jakob (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1859); la expresión «los siete suabos» llegó a ser proverbial y se aplicaba con frecuencia a los grupos de escritores suabos. Quizá se tratase de una contribución a una nueva edición de las *Consideraciones intempestivas*. Cf. 22 [48].

⁵¹ Cf. HDH 625.

⁵² Cf. HDH 11.

⁵³ Cf. HDH 160.

euf<onía> que hace entornar los ojos, como si uno se zambullese en las profundidades azules del mar meridional; sobrecogimiento melancólico cuando vemos más allá de nosotros mismos avergonzados de nosotros.

22 [79]⁵⁴

Si el conocimiento, y una y otra vez el conocimiento, debe resarcirnos de muchas otras privaciones, y, ahora bien, su órgano, la cabeza, ahí también dolor y contradicción aún.

22 [80]

Iniciado en el bosque bávaro,
 Basilea le aportó algo,
 en Sorreno se hizo grande y vasto,
 y Rosenlauri le dio fragancia y libertad.
 ¡Los montes parieron al principio, en medio y al final!
 ¡Terrible para quien conoce el proverbio!
 Trece meses hasta que la madre dio a luz.
 ¿Ha sido, pues, un elefante?
 ¿O bien un ridículo ratón?
 Así se preocupa el padre. ¡Reiros de él!⁵⁵.

22 [81]⁵⁶

Jacob Burckhardt.

Desde que este libro me brotó, tengo nostalgia y vergüenza
 hasta que un día te florezca, cien veces más rico, un brote semejante.
 Ahora paladeo ya la dicha de seguir la huella del más grande,
 si es que él se complace en el fruto dorado del propio vergel.

22 [82]⁵⁷

La forma de una obra de arte tiene siempre algo de facultativo. El escultor puede añadir u omitir muchos pequeños toques, lo mismo que el pianista. Debe

⁵⁴ Cf. 22 [95].

⁵⁵ Nietzsche repasa aquí las etapas de la génesis de su obra. Los bosques de Baviera aluden a Klingenberg, donde se retiró durante una semana, del 6 al 12 de agosto, en pleno festival de Bayreuth; en septiembre de 1876 le dictó a Peter Gast *La reja del arado* en Basilea; el invierno de 1876-1877, hasta mayo de 1877, lo pasó en Sorrento, y casi todo el verano de 1877 en Rosenlauri, donde escribió estos versos.

⁵⁶ Proyecto de dedicatoria a Burckhardt; Nietzsche se sirvió más tarde de los mismos versos para dedicarle *Opiniones y sentencias* varias a Franz Overbeck, Cf. Bernoulli, op. cit., I, 276. Cf. 24 [10]. Jacob Burckhardt (1818-1897): historiador suizo de expresión alemana, colega de Nietzsche en Basilea.

⁵⁷ FpHDH 171, 172.

disponérsela de tal modo que produzca un efecto; es decir, que la vida produzca un efecto sobre la vida. Como cuando alguien cuenta una historia extraída de su propia vida. Dormirse — — —

22 [83]

Isla afortunada.
Robinson⁵⁸.

22 [84]

Strauss. Wagner.

22 [85]

Confirmación de que la juventud [— — —]. Prometeo⁵⁹.

22 [86]

Beethoven, ese noble y dulce sueño que del corazón penetra en el espíritu y le ordena espiar las lejanías en los crepúsculos bañados de rojo: hambre de un alma solitaria.

22 [87]⁶⁰

El extraordinario placer que se le debe a la *moral*⁶¹ (en los relatos) y al arte.

22 [88]

El *Prom<eteo> encad<enado>m* como arco iris que se cierne sobre los últimos milenios, el poema supremo de la cultura.

22 [89]⁶²

¡Amiga! Quien se jactaba de arrancarte la fe en la cruz te envía este libro; pero él mismo hace la cruz sobre el libro.

⁵⁸ Alusión al *Robinson Crusoe* (1719) del novelista, poeta y periodista inglés Daniel Defoe (1660-1731).

⁵⁹ Referencia probable al Prometeo de Lipiner. Cf. 22 [78].

⁶⁰ Cf. HDH 91.

⁶¹ Téngase aquí de nuevo en cuenta la polisemia de *Moral* en alemán, traducible también por «moraleja».

⁶² Dedicatoria a una desconocida, tal vez a Louise Ott, a la que Nietzsche había conocido en Bayreuth en agosto de 1876, o a Isabelle von der Pahlen, con la que trabó amistad durante su viaje a Sorrento. Un manuscrito de la primera mitad de 1877 contiene el borrador de una carta a esta última: «Fue en la estación de Turín donde prometí a usted algo en términos oscuros (pues me produce

22 [90]⁶³

La India fue borrada de la historia de las potencias culturales al oponer el budismo a la guerra su suave moral de comedores de arroz⁶⁴.

22 [91]

El uno tiene una letra indescifrable debido a la debilidad de su vista: se lee a sí mismo con dificultad. El otro ve mucho mejor y lee también la escritura del otro mejor que éste — — —.

22 [92]⁶⁵

Al maestro y la maestra
envía este saludo con ánimo alegre,
feliz por haberle nacido un nuevo hijo,
Friedrich el librepensador desde Basilea.
Desea que con el corazón conmovido
pongan las manos sobre el niño
y vean si se parece a su padre
—¿quién sabe si tendrá su mismo bigote?—
y si, sobre dos o sobre cuatro patas,
se moverá por los barrios del mundo.
¿Lo mismo que los cabritillos que recién nacidos saltan
en seguida para buscar su propio camino,
y su alegría, favor y rango propios,
o quizá la celda de la ermita
y las bestias del bosque elige?
Sea lo que sea lo que en su peregrinar por la tierra
se le conceda, no quiere gustar
a muchos: en número de quince,
sea cruz y tormento para los demás,
¡con tal de que, talismán contra las más pérfidas tretas,
le bendiga la mirada confiada del maestro!
¡con tal de que el camino para el primer viaje
le indique el prudente favor de la maestra!

pudor hablar de hijos aún no nacidos). En una palabra: lo que entonces tenía yo en mente era este libro. Acéptelo por favor como a mí mismo por compañero ocasional de viaje y sea benévola — — —.
Fr. v. d. Pahlen.

⁶³ Cf. HDH 477; 23 [154].

⁶⁴ Siguen dos palabras ilegibles.

⁶⁵ Proyecto de dedicatoria a Cósima y Richard Wagner; texto un poco diferente en Elisabeth Förster-Nietzsche, *Grosse Biographie*, I, 2, 294; *Der einsame Nietzsche*, 50; Cf. también F. Nietzsche, *Gedichte und Sprüche*, 71. Las variantes, con ser bastante numerosas, no alteran el sentido.

22 [93]⁶⁶

Esto es el otoño.
El sol se desliza hacia la montaña
y sube hasta arriba,
descansando a cada paso.
Sobre los hilos fatigosamente tendidos interpreta
el viento su canción;
la esperanza huye,
se lamenta él.
¡Oh, fruto del árbol,
tiembles, caes!
¿Qué secreto te mostró
la noche,
que un estremecimiento helado tus mejillas
purpúreas oculta?
No soy hermosa,
dice la flor estrellada,
pero amo a los hombres
y consuelo a los hombres,
ellos siguen viendo ahora flores,
se inclinan sobre mí,
y, ¡ay!, me arrancan...
En sus ojos brilla entonces
el recuerdo de más bellas
y de dicha.
Lo veo y entonces muero,
y muero con gusto.
Esto es el otoño.

22 [94]⁶⁷

A mediodía, cuando
el joven verano trepa por la montaña,
también habla,
pero sus palabras sólo las vemos:
su aliento emana como el de un marchador
en el hielo invernal.
La montaña helada, la floresta y la fuente le dan
respuesta también,
pero la respuesta sólo la vemos.
Pues más rápido salta de lo alto de la roca

⁶⁶ Poema retocado en 1884-85. Cf. 28 [59]; 28 [60].

⁶⁷ Poema retocado en 1884-85.

el torrente como saludando
 y ahí se está escuchando como blanca columna.
 Y más oscura y fielmente aún mira la floresta
 que de costumbre.
 Y entre el hielo y la muerta piedra gris
 mira de repente a lo alto el resplandor.
 ¿Quién te lo interpretará?
 En la mirada de un hombre muerto
 brilla aún una luz:
 su hijo la tiene compungidamente abrazada,
 la besa.
 Y el resplandor del ojo dice:
 «Te quiero»,
 y la montaña nevada, el arroyo y la floresta
 tampoco le dicen
 al muchacho verano
 más que esta sola frase:
 ¡Te queremos!
 ¡Te queremos!
 Y él los besa compungido,
 cada vez con más ardor,
 y no quiere irse.
 Como un velo exhala únicamente su palabra
 por su boca —una mala palabra—.
 Escucha a su alrededor
 y apenas respira.
 Entonces pasa estremeciéndose como
 un brillo en la montaña
 por la naturaleza:
 ésta piensa y calla.
 Fue a mediodía.
 Mi saludo es de despedida.
 Muero joven.

22 [95]⁶⁸

Si tu destino es pensar, venera este destino con homenajes divinos y sacrifica-
 le lo mejor, lo más querido.
 Así se resuelven en concordia y armonía toda discordia, toda resistencia.

22 [96]⁶⁹

Juramento de quien se consagra al conocimiento.

⁶⁸ Cf. 22 [79].

⁶⁹ Cf. *HDH* 292; 21 [84].

22 [97]⁷⁰

Una persona a la que corrompen el elogio y la censura, y un árbol al que corrompen el sol y la lluvia, están ya corrompidos y todo se les convierte en ocasión para la ruina.

22 [98]⁷¹

Los poetas aprenderán entonces a adorar literalmente la miseria y el desorden.

22 [99]⁷²

No soy por cierto ingrato, pero no veo el deber de estrangularme con la cuerda de la gratitud.

22 [100]⁷³

“el más bello poema jamás escrito por un joven”.

22 [101]⁷⁴

¡Hacerse naturaleza!

22 [102]

Mujeres que se parecen a las de Holbein⁷⁵ no sólo exteriormente y que no tienen quizá nada esencialmente distinto en la cabeza y el corazón.

22 [103]⁷⁶

La ironía, vulgarmente –cocina irónica: fingir ignorancia– para hacer resaltar más vivamente nuestro saber.

Lo opuesto a la modestia: sentirse ignorante cuando el otro admira el saber y la capacidad.

22 [104]

Las injurias gustan a todo el mundo, pero nunca nadie ha creído ser él mismo acreedor a una con justicia.

⁷⁰ Cf. 22 [106].

⁷¹ Cf. HDH 196, 234.

⁷² FpHDH 550.

⁷³ Cf. 22 [85].

⁷⁴ Cf. 23 [114].

⁷⁵ Hans Holbein, llamado el Joven (1497-1543): pintor, dibujante y tipógrafo alemán.

⁷⁶ Cf. HDH 372; 19 [25].

22 [105]⁷⁷

La prudencia exige *darse* por aquello *por lo que se pasa* o quizá por algo menos.

22 [106]⁷⁸

Aún no he visto nunca a una persona importante⁷⁹ corrompida por el elogio. Pero he aquí un criterio seguro: cuando a alguien lo estropean las alabanzas, es que es insignificante⁸⁰.

22 [107]⁸¹

El defecto de casi todas las filosofías es la falta de conocimiento del hombre, un análisis psicológico inexacto. Los moralistas promueven el conocimiento en tanto en cuanto no se contentan con los análisis dados de las acciones humanas.

El filósofo despliega su saber natural en torno a los hechos psicológicos falsos y lo envuelve todo en necesidad metafísica.

22 [108]

Se encontrará a los hombres y al mundo mucho más inocuos.

22 [109]

Amarás a Dios sobre todas las cosas.

22 [110]⁸²

El desarrollo de la canción, de la ópera, le da siempre a la música absoluta un futuro nuevo (por el incremento del simbolismo).

22 [111]

Cómo uno y el mismo cristianismo le pinta al uno en el rostro ese semblante de pobre pecador de lúgubre mirada, al otro una alegre benevolencia.

22 [112]

Un ojo entrenado, a fin de poder leer el pasado en la escritura de múltiples capas de los rasgos y gestos humanos.

⁷⁷ Cf. HDH 373.

⁷⁸ Cf. 22 [97].

⁷⁹ *bedeutend*.

⁸⁰ *unbedeutend*.

⁸¹ Cf. HDH 37; 23 [114].

⁸² Cf. HDH 215, 216.

22 [113]⁸³

La sensación consciente es sensación de la sensación, lo mismo que el juicio consciente contiene el juicio de que se está juzgando. Sin este desdoblamiento, el intelecto, naturalmente, nos es desconocido. Pero nosotros podemos presentar su actividad en cuanto aquella mucho más rica. (Resulta que en el primer estadio la «sensación» es insensible. Sólo al desdoblamiento le conviene el nombre. En el desdoblamiento opera la memoria.) Sentir sin haber pasado por el cerebro, ¿qué es esto? Placer y dolor sólo alcanzan en la medida en que hay cerebro.

22 [114]⁸⁴

Gustamos de llamarnos intermediarios: fueron los ejemplares **degenerativos** los que no pudieron mantenerse así.

22 [115]

Si en presencia de sufrientes y moribundos uno es *duro*, ¿cómo censurárselo?

22 [116]

Todo lo duradero cautiva, produce nostalgia: hasta tal punto confundimos lo duradero y lo bueno.

22 [117]

La fuerza reside en un objeto determinado, está ligado a un lugar. Si se destruye el objeto, lo mismo se hace con la fuerza o la vida. Al objeto mismo se le llama «muerte» o «vida» —«en el huevo está mi muerte», «aquí está tu muerte»—, sobre todo en *ruso*; lo cual recuerda a los metafísicos que separan también la «fuerza» de la voluntad.

22 [118]

«Filisteos culturales». Pero no es bueno predicar a los vientos, no nos vayan a arrojar el polvo a la cara: van donde deben.

22 [119]⁸⁵

Ahora que veo más que vosotros,
quiero contároslo.

⁸³ Cf. 22 [57]; 22 [58]; 23 [3].

⁸⁴ Contexto desconocido; Cf. HDH 224?

⁸⁵ Este fragmento poético y los siguientes parecen poderse agrupar en torno a dos centros: «el alma» (22 [119], 22 [121], 22 [124], 22 [125], 22 [126], 22 [129]), y «el pequeño ciego» (22 [120], 22 [123], 22 [127], 22 [130], 22 [132]). Cf. 23 [197].

22 [120]

un ciego [-], pero calzado y vestido
[— — —] eso es, [— — —]
[— — —] como cabra y macho cabrío.

22 [121]

Ahora bien, hay sin embargo, claridad de día.
Un hombre tiene cuerpo y alma formando pareja.

22 [122]

Yo sé lo que es sombra y luz;
lo que son alma y cuerpo, no lo sé.

22 [123]

Cabra sobre cabra sin vacilar⁸⁶
se agolpan junto a mis rodillas,
me lamen la mano y parecen preguntar
por qué estoy ciego y solo.

22 [124]

Ahí dentro se esconde sin duda la pequeña alma,
él la cuida en el camino, ésa es la razón.

22 [125]

Pero tras su muy digna figura
cada cual lleva un fardo atado;
ahí sin duda esconde el alma,
la cuida en el camino, según creo.

22 [126]

Así como el cuerpo proyecta la sombra,
proyecta el alma luz;
sombra todos tienen,
pero alma no.

22 [127]

El niño ciego junto al camino de montaña.

⁸⁶ Zieg an Ziege ohne Zagen.

22 [128]

Con mi crítica de la religión, el arte, la metafísica, creo haber aumentado su valor: fuentes de energía más que nunca.

22 [129]

Luego vuelve a casa y desempaqueta la pequeña alma.
Esta ALMA QUE VUELVE A CASA,

22 [130]

Cuando me siento así al borde del camino,
hasta que la sombra se enfría,
hasta que los rebaños de cabras pasan sin temor junto a mis rodillas.

22 [131]⁸⁷

En torno mío he de tener arándanos y abetos, y ante mí un glaciar.

22 [132]

Sentado todo el día al borde del camino,
hasta que la sombra se enfría
y a dehesas más hondas
descienden rebaño y pastor,
todas las cabras se agolpan confiadas
junto a mis rodillas,
me lamen la mano,
esté yo ciego y solo.

22 [133]

Deshacer<se> de toda frase moral (sacrificio, deber), no participar en absoluto en la gran comedia de la hipocresía (pues, tirando de este hilo, aquellos que han percibido la hipocresía os conducen a sus metas: porque os tienen por demasiado cobardes y estúpidos). Ser *verdadero*: que esto vuelva a ser para vosotros «moral».

22 [134]

Dos niños estaban bien sentados
entre los arándanos

⁸⁷ Cf. 21 [1].

y observaban el gran
escarabajo verde,
sobre cuyo dorso
una gota de sol
brillaba:
había caído
de una piña.

22 [135]^{HH}

Ecce ecce homunculus^{HH}.

^{HH} Cf. 23 [197].

^{HH} «He ahí, he ahí al hombrecillo».

[23 = Mp XIV 1 b. Finales de 1876-verano de 1877]

23 [1]

Los hábiles movimientos del pie al reshalar, tropezar o trepar no son el resultado de un intelecto que obra ciegamente, sino conforme a fin, adquiridos una vez, como los movimientos de los dedos al tocar el piano. Ahora gran parte de esa destreza se hereda.

23 [2]

Las personas hacen de lo semejante lo idéntico, a veces identifican, p. ej., al sacerdote con el dios; la parte igual al todo, por ejemplo en la magia.

23 [3]¹

No se puede explicar lo que es la sensación; pero yo creo que no se sacaría mucho de saberlo, y ciertamente no oculta ningún enigma cósmico.

23 [4]

La misma manera de pensar que aún hoy determina a la gran masa e incluso al individuo culto si no medita mucho, ha servido de fundamento al conjunto de los fenómenos de la cultura. De esta *partie honteuse*² se han seguido las consecuencias más desmesuradas y magníficas: también la cultura tiene por matriz un *puendum*, como el hombre.

23 [5]

Para Aristóteles, el sabio, σοφός, es aquel que no se ocupa más que de lo importante, asombroso, divino³. Ahí se oculta el error en toda la orientación del pensamiento. Deja precisamente de lado lo pequeño, débil, humano, ilógico, defectuoso, y sin embargo sólo a través del más minucioso estudio de esto puede uno llegar a ser *sabio*. El sabio tiene que despojarse de mucho orgullo, no tiene que levantar tanto las cejas, él que en definitiva extrae placer de estorbar el placer del hombre.

23 [6]

Una vez suscitado el sentimiento por algo, p. ej., la propiedad, la monarquía, sigue creciendo cuanto más se olvida el origen. A propósito de tales cosas acaba por hablarse de «misterios», pues se es consciente de una desbordante fortaleza del sentimiento, pero en rigor no se puede ofrecer para ello ninguna razón

¹ Cf. 22 [57], 22 [58], 22 [113].

² «Parte vergonzante».

³ Vid. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1141 a 16-b 3 (ed. cast., cit., pág. 1244).

correcta. También aquí es menester el desengaño, pero por supuesto se agota una enorme fuente de poder.

23 [7]

La postura de Epicuro respecto al estilo es típica en muchos respetos. El creía volver a la naturaleza escribiendo lo que se le iba ocurriendo. En verdad había en él, heredada y acrecentada, tanta preocupación por la expresión, que no hacía más que dejarse ir y, sin embargo, no era completamente libre y emancipado. La «naturaleza» por él alcanzada era el instinto del estilo inculcado por el hábito. A esto se le llama naturalismo; se tensa el arco un poco más laxamente, p. ej., Wagner en relación con la música, con el canto. Los estoicos y Rousseau son naturalistas en el mismo sentido: imitación de la naturaleza!

23 [8]

El arte, un obstáculo para la ciencia entre los griegos.

23 [9]

¿Por qué en general admitir un *instinto de conservación*? Entre innumerables formas inadaptadas, aparecieron otras capaces de vivir, capaces de *seguir* viviendo; adaptaciones de millones de años de cada uno de los órganos humanos han sido necesarias hasta que finalmente pudo nacer regularmente el cuerpo actual y mostrarse regularmente esos hechos habitualmente atribuidos al instinto de conservación. En el fondo, las cosas suceden en este campo tan necesariamente, según leyes químicas, como mecánicamente en el caso de una cascada. El dedo del pianista no tiene el «instinto» de tocar las teclas adecuadas, sino sólo el hábito. En general, la palabra instinto no es más que un subterfugio empleado allí donde los efectos regulares en los organismos no han sido todavía reconducidos a sus leyes químicas y mecánicas⁴.

23 [10]⁵

Todas las metas y fines que tiene el hombre fueron antaño conscientes también entre sus antepasados; pero han sido olvidados. El hombre depende mucho del pasado en sus orientaciones *ανάρμους* ⁶ platónica. Al gusano se le corta la cabeza, pero se mueve en la misma dirección.

23 [11]⁷

Incluso enfermedades oscuras, p. ej., la demencia o el baile de san Vito, han sido veneradas y religiosamente idealizadas. Con ello sus exteriorizaciones se

⁴ En general! Corrección de: «No hay instintos; una vejiga llena causa una presión, dolor, hace que uno se acuerde de ella, pero no hay un instinto de orinar».

⁵ Cf. 19 [110].

⁶ «Recuerdo».

⁷ Cf. HDH 127.

han hecho cada vez más bellas y grandiosas. Lo mismo ha pasado con el violento afecto del amor, concebido como dios y por tanto idealizado no sólo para la representación, sino también en la realidad efectiva.

23 [12]

Schopenhauer hizo un hallazgo muy afortunado cuando habló de «voluntad de vivir»: no queremos que nos quiten esta expresión y sí agradecerse a su autor en nombre de la lengua alemana. Pero esto no debe impedirnos ver que el concepto de voluntad de vivir no ha adquirido aún derecho de ciudadanía ante la ciencia, lo mismo que los conceptos de «alma», «Dios», fuerza vital, etc. Tampoco lleva muy lejos la reducción de este concepto a una multitud de «voluntades de vivir» operada por Mainländer: ⁸ en lugar de una fuerza vital universal (que debe pensarse a la vez como fuera, por encima y dentro de las cosas!), se obtienen de este modo fuerzas vitales individuales a las que ha de objetarse lo mismo que a aquella universal. Pues antes de que el hombre sea, su voluntad individual tampoco es aún: ¿o qué sería entonces? Pero al exteriorizarse en la vida, ¿es, pues, la voluntad de vivir? Al menos voluntad de permanecer *con* vida, es decir, y para emplear la expresión más conocida, instinto de conservación ⁹. ¿Es verdad que el hombre, cuando mira en su interior, se percibe como *instinto de conservación*? Más bien percibe que siempre siente, más exactamente, que en cualquier órgano tiene cualesquiera sensaciones, por lo común totalmente insignificantes, de placer o de displacer: el movimiento de la sangre, del estómago, de los intestinos, presiona de alguna manera los nervios, él siempre está sintiendo y ¹⁰ esta sensación siempre está cambiando. El sueño delata esta continua modificación interna de la sensación y la interpreta fantásticamente. Las posturas que los miembros adoptan en el sueño hacen necesaria una modificación en la posición de los músculos e influyen sobre los nervios, y éstos a su vez sobre el cerebro. Nuestro nervio óptico, nuestro oído, nuestro tacto no dejan nunca de ser excitados de algún modo. Pero este hecho de una excitabilidad y perceptibilidad continuas del sentimiento no tiene nada en común con el instinto de conservación. El instinto de conservación o el amor a la vida es algo enteramente consciente o bien nada más que una palabra confusa y que desvía de otro asunto: el hecho de que por todos los medios queremos escapar al *displacer* y por el contrario aspiramos al placer. Pero este hecho universal en todos los seres animados no es en cualquier caso un hecho originario y primordial, como Schopenhauer supone de la voluntad de vivir: huir del dis-

⁸ Cf. 19 [99] y su nota 58.

⁹ Schopenhauer hizo] De este comienzo se conserva una variante de la primera mitad de 1877: «Hay que someter a examen la expresión "voluntad de vivir". Si se admite un único principio en todos los individuos, la expresión puede valer. Pero sin semejante hipótesis metafísica, el hombre tampoco entra en la vida con semejante voluntad, pues antes de ser él, su voluntad tampoco es aún: ¿qué sería ésta entonces? Al exteriorizarse en la vida, no es "voluntad de vivir", sino voluntad de permanecer con vida».

¹⁰ En el mismo manuscrito citado en la nota anterior, añádase aquí: «de ninguna cualidad de esta sensación de querer, de aspirar a algo, tenemos en absoluto consciencia inmediata».

placer, buscar el placer, presupone la existencia de la experiencia, y ésta a su vez la del intelecto¹¹. La intensidad de la voluptuosidad no constituye una prueba de la voluntad de vivir, sino de la voluntad de placer. El gran miedo ante la muerte, con el que Schopenhauer argumenta igualmente en favor de su hipótesis de la voluntad, ha sido alimentado desde hace mucho tiempo por algunas religiones que ven la muerte como la hora decisiva; tan grande lla *devenido* aquí y allá. Pero en el caso de que se lo observe independientemente de esto¹², no es más que el miedo a *morir*, es decir, al *dolor* asociado a esto, no probado y quizá representado como demasiado grande, y a las pérdidas que entraña morir. No es verdad que se quiera la existencia a cualquier precio, no, p. ej., como los animales, a los que tan gustosamente remite Schopenhauer para constatar el enorme poder de la universal voluntad de vivir.

23 [13]¹³

Eruditos como Paul de Lagarde¹⁴ opinan que los hechos de la consciencia religiosa deben fijarse mediante la ciencia. Sin duda pueden constatarse, describirse, explicarse científicamente; pero entonces para el individuo se ha acabado con ellos. Pues la buena fe hacia ellos queda destruida cuando se ha comprendido qué errores humanos aparecen en su esencia. La ciencia es la muerte de todas las religiones, quizás algún día también de las artes.

23 [14]

El sabio no conoce *otra eticidad*¹⁵ que la que extrae sus leyes de él mismo; más aún, ya la palabra «eticidad» le es inconveniente. Pues ha perdido toda eticidad en la medida en que no reconoce ninguna costumbre, ninguna tradición, sino simplemente nuevas preguntas vitales y sus respuestas. Se mueve por derroteros no hollados, su fuerza aumenta a medida que avanza. Semeja un gran incendio movido por su propio viento y por éste atizado y desplazado.

23 [15]¹⁶

Estamos en el momento *más afortunado* que se pueda pensar para consagrar su conocimiento a la cultura: se han conquistado y arrancado todas las libertades del conocimiento, y sin embargo aún estamos próximos a todos los sentimientos fundamentales en que estriba la antigua cultura. ¿Sería posible que esto último faltara dentro de unas cuantas generaciones!

¹¹ Pero este hecho] Corrección de: «En último término, este debe ser un proceso químico. Pero la voluntad de vivir no es esto».

¹² Pero en el caso] Corrección de: «Pero en el caso de que se lo considere como hecho animal».

¹³ Cf. 23 [114].

¹⁴ Cf. su obra *Über das Verhältnis des deutschen Staates zu Theologie, Kirche und Religion*, Göttingen, 1873, pars. 9 y 10.

¹⁵ *Sittlichkeit*. Vid. notas 69 a HDH 96, 70 y 71 a 19 [114], y 75 a 23 [96].

¹⁶ Cf. OSV179.

23 [16]

El momento en que se invente e introduzca la navegación aérea será favorable para el socialismo, pues modificará todos los conceptos sobre la propiedad de la tierra. El hombre estará en todas partes y en ninguna, estará desarraigado. Habrá que asegurarse mediante asociaciones que comporten un estricto compromiso recíproco y la *exclusión de todos los no comprometidos*. De lo contrario, todo aquel que no pueda pagar o no quiera cumplir su compromiso, se marchará por los aires a establecerse en otro sitio.

23 [17]

Las personas que carecen de cultura *científica*, cuando hablan de temas serios y difíciles, *charlotean*, y lo hacen con arrogancia. Sócrates tiene razón. Los aires de importancia que se dan las personas son casi tan perniciosos como la locura total. Por supuesto, para la edificación de la cultura este celo, esta clase de demencia para las opiniones son esenciales, Nada se lleva a término sin furor. No obstante, puesto que el conocimiento de las verdades en general existe y produce placer, mantengamos en alto su estandarte, aunque sin muecas patéticas.

23 [18]

Incluso entre los pensadores más liberales se desliza la mitología cuando hablan de la *naturaleza*. En ella la naturaleza debe haber previsto esto y aquello, haber aspirado a ello, alegrarse, o bien: «la naturaleza humana tendría que ser una chapuza si ella...». Voluntad, naturaleza son vestigios de la antigua creencia en los dioses.

23 [19]¹⁷

Todos los que componen máximas incurren fácilmente en el error de enunciar sobre el hombre algo general que no vale para ciertas épocas o clases sociales; pero lo mismo han hecho todos los filósofos que han escrito sobre los hombres: sólo la historia, asociada con la historia animal, permite reconocer cuán grande fue la falta de reflexión. Así es como Schopenhauer, para mostrar que la vida de los hombres tiene un fin moral metafísico, arguye que es al final de la vida cuando uno se hace consciente de sus cualidades morales; como si semejante sentimiento, si es que en efecto existiese universalmente *boy en día*, pudiera probar algo más que el hecho de que, debido a determinadas opiniones y artículos de fe, las personas se han habituado a pensar en sus pecados en la proximidad de la muerte, es decir: un hecho tal y como el que Schopenhauer aduce prueba que ciertas representaciones metafísicas existen y han existido, pero no que sean verdaderas. Ahora bien, a esto se agrega que se trata de un hecho temporalmente muy limitado y que, p. ej., en la antigüedad se moría muy

¹⁷ Cf. HDH²; OSV⁵.

a menudo sin pensar en los pecados de uno. Y si fuese una observación completamente universal, válida para todos los períodos de la humanidad y para todas las personas, con ello no se aportaría ninguna prueba de la verdad de la tesis afirmada por Schopenhauer.

23 [20]

Cuando hombres con intensas necesidades espirituales piensan en la unión con una mujer, les sobrecoge el sentimiento de estar aproximándose a una red que va cerrándose cada vez más y recelan una coacción perpetua; más aún y finalmente, cuando se trate de la educación de los hijos, una lucha continuamente reanudada.

23 [21]¹⁸

Si se busca una explicación de la naturaleza y del hombre que corresponda a nuestras disposiciones más elevadas y fuertes, únicamente se dará con explicaciones metafísicas. ¿A qué se parecerían los hombres sin todos estos sublimes errores?: a los *animales*, creo yo. Si se pensase en un animal dotado del saber de una noticia rigurosa acerca de la naturaleza, con ello no se llegaría al hombre, sino que en lo esencial se seguiría viviendo como un animal, salvo que en sus muchas horas de ocio, p. ej., como caballo ante el pesebre, leería buenos libros que le harían completamente comprensible que la *verdad* y el *animal* se avienen bien.

23 [22]

En casi todos los *filósofos* la utilización de un predecesor y la impugnación del mismo no es rigurosa y sí injusta. No han aprendido a *leer* e interpretar *correctamente*, los filósofos subestiman la dificultad de comprender realmente lo que alguien ha dicho y no ponen cuidado en ello. Así, Schopenhauer ha comprendido mal por completo tanto a Kant como a Platón. También los artistas suelen leer mal: se inclinan por la explicación alegórica y neumática.

23 [23]

Tanto Dios como el diablo pueden con razón y justicia decirle al hombre: «Desprecia la razón y la ciencia, y serás nuestro sin condiciones». En este punto son aliados. Por lo demás, se echa aquí de ver cuán poco vale este «sin condiciones»¹⁹.

23 [24]

En un principio, el hombre no ve todos los cambios en la naturaleza como regulares, sino como exteriorizaciones del libre albedrío, es decir, de ciegas incli-

¹⁸ *fp*: 21 [41]; Cf. HDH 40, 519.

¹⁹ Cf. Goethe, *Fausto* I, vv. 1851-1855 (ed. cast., cit., pág. 1322), pasaje ya citado por Nietzsche en HDH 265.

naciones, aversiones, afectos, furor: la naturaleza es un ser humano, sólo que mucho más poderoso y veleidoso que los hombres ordinarios, un tirano encubierto que duerme en su tienda de campaña; todas las cosas son acción como él, no sólo sus armas, sus instrumentos, lo que se imagina animado. La lingüística contribuye a demostrar que el hombre ha desconocido por completo y ha dado nombres falsos a la naturaleza; pero nosotros somos los herederos de estas denominaciones de las cosas, el espíritu humano ha crecido en estos errores, alimentado y fortalecido por ellos.

23 [25]²⁰

Se reprocha al socialismo pasar por alto la desigualdad que de hecho se da entre los hombres; pero esto no es un reproche, sino una caracterización, pues el socialismo *decide* pasar por alto esa desigualdad y tratar a los hombres como iguales, esto es, instaurar entre todos la relación de la justicia, que estriba en la hipótesis de que todos tienen la misma fuerza, de que todos son igualmente valiosos; análogamente a como el cristianismo consideró a todos los hombres iguales en cuanto a su pervisión por el pecado y su necesidad de redención. Las diferencias de hecho (entre una buena y una mala vida) se le aparecen demasiado pequeñas, de modo que no se las tiene en cuenta en el cómputo global; así también el socialismo considera a los hombres como predominantemente iguales, y la diferencia entre bueno y malo, inteligente y estúpido como despreciable o modificable: en lo cual tiene por lo demás razón, en todo caso por lo que se refiere a la imagen del hombre que ofrecen los lejanos tiempos de las construcciones lacustres: nosotros los hombres de esta época *somos* en lo esencial iguales. En esa *decisión* de pasar por alto las diferencias reside su fuerza exaltante.

23 [26]

Cuanto más evolucionado es el hombre, tanto más percibe el movimiento, la agitación, el acaecer. Al menos evolucionado casi todo le parece detenido, no sólo las opiniones, las costumbres, sino también las fronteras, la tierra y el mar, las montañas, etc. El ojo no se decide por lo que está en movimiento sino paulatinamente. Ha precisado enormes períodos de tiempo para captar lo invariable, lo aparentemente duradero, lo cual fue su primera tarea, a la que quizá ya la planta se aplicó. Por eso la creencia en las «cosas» se ha coagulado tan sólidamente en el hombre, lo mismo que la creencia en la materia. Pero no hay cosas, sino que todo fluye: así juzga el discernimiento, aunque contradicho por el instinto a cada momento.

23 [27]

Schopenhauer concibe el mundo como un enorme ser humano, cuyas acciones vemos y cuyo carácter es completamente inmutable: precisamente de aque-

²⁰ Cf. 21 [43], 25 [1].

llas acciones podemos inferir éste. Trátase por tanto de panteísmo o quizá de pantiabolismo, pues no tiene ningún interés en interpretar como bueno y perfecto todo lo que percibe. Pero toda esta diferenciación entre las acciones como efectos y un carácter que es en sí como causa es ya falsa para el hombre, más aún aplicada al mundo. Algo como el carácter no tiene en sí existencia, sino que es una abstracción aliviadora. Y ese es el valor de metafísicos como Schopenhauer: intentan una imagen del mundo; lástima que el mundo se transforme en un hombre: podría decirse que el mundo es Schopenhauer en grande. Pero esto no es cierto.

23 [28]

Los sufrimientos más amargos son los que no comportan una gran emoción —pues la elevada pasión, sea la que sea, tiene su dicha en sí—, sino aquellos que corroen, minan y punzan: sobre todo por tanto aquellos que nos infligen personas desconsideradas que se aprovechan de su especie de superioridad: quizá con la circunstancia agravante de que se sirven de su intimidad con nosotros para traicionar nuestra amistad. El único gran sentimiento con que escapar a tales sufrimientos sería el odio con perspectivas de venganza, de aniquilación del otro. Pero de ordinario la mejor persona se dice que el malhechor no era tan malo como nos parece y que no pocos méritos le adornan; con ello reprime los pensamientos de revancha, pero no queda contento: se ve remitido al tiempo, al debilitamiento de todos los recuerdos²¹.

23 [29]²²

Dos cosas son perniciosas: el *enojo* corrosivo por una iniquidad, con los cientos de veces que se rumia y se vomita lo vivenciado, y luego las insulsas satisfacciones de una venganza imaginaria: una venganza real y rápida, aunque sus consecuencias nos sean dolorosas, es mucho más saludable. En segundo lugar, la vivencia de imaginaciones *eróticas* que van manchando la fantasía y paulatinamente alcanzado un dominio con el que la salud se resiente. La autoeducación tiene que tomar aquí medidas profilácticas: hay que responder a ambos impulsos de modo natural y conservar pura la imaginación. El rechazo de la venganza y del amor provocan la enfermedad, el debilitamiento y la maldad del hombre.

23 [30]

¡Cuidado con los anillos! (Los anillos son serpientes enroscadas que se fingen inofensivas.) Estas serpientes de oro enroscadas se fingen ciertamente inofensivas.

23 [31]

¿En qué poema se llora tanto como en la *Odisea*? Y es sumamente probable que el poema ejerciese también el mismo efecto sobre los oyentes griegos de la

²¹ Fragmento seguido de un horrorador de HDH 365.

²² Cf. HDH 60.

antigüedad; todos gustaban allí entre lágrimas del recuerdo de todo lo sufrido y perdido. Todo adulto tenía con Odiseo un cierto número de vivencias comunes, de todo se resentía con el paciente. A mí a menudo me conmueve hasta las lágrimas lo en absoluto conmovedor, sino simple, trillado, valeroso, en Homero e incluso en *Hermann y Dorotea*²³, p. ej., Telémaco en el primer canto.

23 [32]

Quizás el instinto *altruista* sea una evolución tardía del instinto *social*; en cualquier caso, no a la inversa. El instinto social nace de la coacción que se ejerce para interesarse por otro ser (el esclavo por su señor, el soldado por su jefe) o del temor, al comprender que tenemos que actuar juntos para no perecer individualmente. Este sentimiento, heredado, nace más tarde, sin que con él se haga consciente el motivo originario; se ha convertido en una necesidad que aguarda la ocasión de satisfacerse. Interesarse por otros, por una comunidad, por una cosa (como la ciencia), *aparece* entonces como altruista, pero en el fondo no lo ha sido.

23 [33]

Profundos conocedores de los norteamericanos dicen que «la opinión dominante en los Estados Unidos se declara contra todo aquel que deja de aspirar a lo *más alto* que puede alcanzar. *Quedarse atrás por libre voluntad* pasa sin más por un oprobio, por una especie de delito, contra la sociedad».

23 [34]²⁴

El mundo sin Eros. Considérese que, gracias a Eros, dos personas se procuran placer mutuamente: ¡cuán distinto parecería sin él este mundo de la envidia, del miedo y de la discordia!

23 [35]

Jóvenes trágicos. En la inclinación de los jóvenes por la tragedia, en su manera de profetizarse sombríos destinos, de pensar mal de las personas, se oculta algo de aquel placer que en ellos se suscita cuando alguien exclama: «¡Cuánto sabe para su edad; cómo conoce ya el curso del mundo!».

23 [36]

Es un espectáculo magnífico: a partir de intereses locales, de personas atadas a las patrias más pequeñas, de obras de arte ejecutadas para un día, para una celebración solemne, en una palabra, de simples puntos en el espacio y en el

²³ Epopeya burguesa de Goethe (1797).

²⁴ Cf. *HDH* 141.

tiempo, va paulatinamente creciendo una duradera cultura que salva las distancias entre países y pueblos; lo local cobra una significación universal, lo momentáneo una significación monumental. Hay que rastrear este camino en la historia; por supuesto, a uno a veces le falta el aliento, ¡tan desgastado está el hilo, tan a punto de romperse el nudo que liga lo más remoto con lo tardío! Homero, primero para todos los helenos, luego para todo el mundo de la cultura helénica y ahora para todos: he ahí un hecho que puede hacer llorar.

23 [37]²⁵

Schopenhauer dice con razón: «La comprensión de la rigurosa necesidad de los actos humanos es la línea divisoria que separa las cabezas filosóficas de las otras». Falsamente en cambio: «la última y verdadera elucidación de la esencia interna del conjunto de las cosas debe estar necesariamente en estrecha conexión con la de la significación ética de la conducta humana». También falsamente: «todos son capaces de razonar, pocos de juzgar»²⁶.

23 [38]²⁷

Aun cuando uno padezca martirio y la muerte por su fe, nada prueba respecto a la *verdad*, sino sólo respecto a la *fortaleza de la fe* en lo que se tiene por verdad. (El cristianismo parte por supuesto de la inadmisibile ocurrencia de que «lo que se cree con fuerza, es verdadero», «lo que se cree con fuerza hace feliz, valiente, etc.»). El pathos de la «verdad» no es en sí favorable a ésta, en la medida en que se opone al examen y la indagación renovados. Está ligado a una especie de ceguera, y aun, como dice Winkler²⁸, con este pathos se vuelve uno loco. De vez en cuando debe pasarse por períodos escépticos, si es que se quiere tener derecho a llamarse un hombre de ciencia. Schopenhauer²⁹ ha atrincherado su posición sobre muchas cuestiones tras un muro de imprecaciones e invectivas, y, casi sobre todas, de pathos; sin estos recursos, tal vez su filosofía habría sido menos conocida (p. ej., cuando dice que la perversidad propiamente dicha de la actitud consiste en «no creer en ninguna metafísica»).

23 [39]

Quien escribe sobre los motivos internos del hombre no tiene sólo que indicarlos fríamente; pues así no puede hacer creíbles sus deducciones. Debe poder evocar el recuerdo de tal o cual pasión, disposición, y debe por tanto ser un artista de la exposición. Además es a su vez menester que conozca por experiencia todos estos afectos; pues de lo contrario indignará por la frialdad y la apariencia

²⁵ Cf. HDH 271, OSV 33.

²⁶ Cf. Schopenhauer, *Etik*, 182, 109, 114.

²⁷ Cf. HDH, 629-637; 23 [65].

²⁸ Paul Winkler, cf. 23 [158] y nota 122.

²⁹ Cf. *Parenga*, 2, 215.

de desdén de lo que tan *profundamente* ha conmovido y estremecido a las demás personas. Por eso debe haber pasado por las etapas más importantes de la humanidad y ser capaz de situarse en ellas: debe haber *sido* religioso, artista, voluptuoso, ambicioso, malvado y bueno, patriota y cosmopolita, aristócrata y plebeyo, y haber conservado su fuerza expositiva. Pues no sucede con su tema como con las matemáticas, donde hay métodos de expresión completamente determinados, números, líneas, completamente inequívocos. Toda palabra sobre los motivos del hombre es indeterminada y alusiva, pero debe saberse aludir *intensamente* para exponer un sentimiento intenso.

23 [40]³⁰

Así como se distinguen los manantiales, así hay pensadores *goteantes* y *fluyentes*. Lichtenberg mantiene aplicadamente su copa hasta que ésta finalmente se llena; pero no ha tenido tiempo de ofrecérmola llena; sus parientes nos han dosificado las gotas³¹. Es fácil ser injusto en esta cuestión. El pensador fluido da en sí la impresión de la *fuerza plena*, pero puede que esto no sea tampoco más que una ilusión.

23 [41]³²

Lo que ha ayudado a la humanidad a avanzar no ha sido sólo la fe en Dios, sino también la fe en hombres y acciones virtuosas, la valoración de los impulsos «altruistas», es decir, también ciertos errores en el dominio psicológico. Hay una gran diferencia entre imitar con entusiasmo a los héroes de Plutarco y analizarlos poniéndolos en duda. La creencia en el bien ha mejorado a los hombres: así como una creencia en lo contrario hace a los hombres más débiles, más desconfiados, etc. Este es el efecto producido por La Rochefoucauld y por el autor de las *Observaciones psicológicas*: estos tiradores de élite dan siempre en el blanco, pero en interés del bienestar humano sería deseable que no tuvieran ese sentido de la detracción y de la sospecha.

23 [42]³³

El *encanto* de no pocos escritos, p. ej., del *Tristram Shandy*, estriba entre otras cosas en el hecho de que en ellos se opone resistencia a ese temor innato e inculcado a no ver, a no confesarse ciertas cosas, en el hecho por tanto de que se acomete con cierta «castidad del alma» un juego malicioso. Si se imaginase que este temor dejaba de ser innato, desaparecería aquel encanto. En tal medida el valor de los más eminentes escritos depende de la constitución bastante variable del hombre interior; la intensidad o debilidad de tal o cual sentimiento hacen aburri-

³⁰ Cf. OSV 18.

³¹ Los primeros editores de Lichtenberg fueron su hermano L. Chr. Lichtenberg en 1799-1800 y sus hijos Chr. W. y Georg Christoph en 1843-1846.

³² *FpHdH* 36. Cf. *HDH* 37; 23 [75]; 23 [161]; 23 [152].

³³ Cf. 23 [7].

do a tal o cual escritor de primer orden: lo mismo, p. ej., que a veces el honor y la devoción españolas en los dramaturgos, el simbolismo medieval en Dante, nos son insoportables y, según nuestro sentimiento, perjudican a sus representantes.

23 [43]³⁴

La extraordinaria *precariedad* de toda la *institución educativa* se basa en el hecho de que ha dejado de haber un fundamento unánimemente reconocido y de que hoy en día ni el cristianismo, ni la antigüedad, ni la ciencia natural, ni la filosofía tienen un poder mayoritario y hegemónico. Uno se mueve vacilando entre exigencias muy diversas: el Estado nacional acaba por querer una cultura «nacional», para con ello llevar al colmo la confusión, pues nacional y cultura son términos contradictorios. Incluso en las universidades, los bastiones de la ciencia, hay personas que, con disimulo de traidores, *por encima* de la ciencia siguen reconociendo como poderes superiores la religión o la metafísica.

23 [44]

Los profesores de clases enteras hacen una ambición falsa de tratar de manera individualmente distinta a sus alumnos. Pero, ahora bien, es en la más elevada medida probable que el profesor, dada su escasa y unilateral relación con los alumnos, no los conozca con precisión y cometa algunos grandes errores en el enjuiciamiento de uno u otro carácter (que en los jóvenes aún son maleables y no deberían ser tratados como hechos acabados). La desventaja que comporta el conocimiento por parte de la clase de que por principio algunos alumnos son siempre tratados erróneamente compensa todas las eventuales ventajas de una educación individualizada, más aún las supera con mucho. En general, todos los juicios del profesor sobre un individuo son falsos y prematuros, y no una prueba de escrupulosidad y precaución científicas. Nunca se intente más que una equiparación en rango y estima de todos los alumnos y póngase el nivel bastante alto, trátase más aún toda atribución de notas con evidente desdén, y límitese uno a hacer el objeto de la enseñanza tan interesante, que el profesor *se haga responsable ante* la clase cuando un alumno se muestre ostentosamente desinteresado: esta es una receta probada y que además deja más tranquila la conciencia del profesor. Por lo demás, se entiende de suyo que la educación en clase no es precisamente más que un paliativo cuando la persona individual no puede ser totalmente educada por un profesor individual y hay por tanto que abandonar a su propia suerte el carácter individual y el talento: lo cual es ciertamente peligroso. Pero ¿no es igualmente un peligro el educador individual?

23 [45]³⁵

Asombra a los ingenuos que el Estado no promueva de modo totalmente imparcial la educación y la escuela. ¿Para qué si no se habría hecho cargo de

³⁴ Cf. OSV 181; 36 [2].

³⁵ Cf. OSV 320.

ellas con tanto empeño? El medio para el dominio de los espíritus. (¡Todos los profesores a la espera de puestos!, así se les *tiene*.)

23 [46]³⁶

Obtenemos un nuevo placer en bromear sobre las *representaciones metafísicas*, y cuando los semblantes solemnes, la emoción del pretendido descubrimiento, el repeluzno de lo misterioso nos hacen la impresión de una vieja historia de espíritus. ¡No desconfiemos de nosotros! Tenemos sin embargo en nosotros los resultados de una larga hegemonía de la metafísica, ciertas complejas disposiciones y sentimientos que se cuentan entre las más elevadas conquistas de la naturaleza humana; de ningún modo renunciamos a éstas con esa inocente burla. Pero ¿por qué no tenemos que reír cuando Schopenhauer quiere explicarnos metafísicamente la aversión que produce el sapo, cuando los padres se convierten en las causas ocasionales del genio de la especie³⁷, etc.?

23 [47]³⁸

Caracterizar a Rée como el tirador de élite que siempre da en el blanco.

23 [48]³⁹

Hoy en día de ningún modo hasta la *autoobservación* moral para llegar a conocer los intrincados motivos de nuestra conducta: esto corresponde a la historia y al conocimiento de los pueblos atrasados. En ellos <se> refleja toda la historia de la humanidad, todos sus grandes errores y falsas representaciones están entretejidos; por no compartir ya éstos, tampoco los buscamos ya en los motivos de nuestras acciones, pero en ellas resuenan como timbre, color, dominante. Uno supone haber efectivamente enumerado todos los motivos al clasificar los motivos del hombre según la satisfacción *necesaria* de sus exigencias. Pero ha habido innumerables necesidades casi increíbles, incluso demenciales, que en la actualidad no sería fácil adivinar: todas ellas siguen sin embargo activas hoy en día.

23 [49]⁴⁰

Más de una vez, por ejemplo cuando nos conmueve profundísimamente una defunción, una infidelidad, una declaración amorosa, nos sobreviene una indignación al oír la explicación en términos de historia natural. Pero tales sentimientos no *prueban* nada, no hay sino que explicarlos a su vez. Los sentimientos se

³⁶ Cf. 24 [7].

³⁷ Cf. Schopenhauer, *Parerga*, 2, 457.

³⁸ Cf. HDH 36; 23 [41].

³⁹ Cf. OGV 323.

⁴⁰ *Hp* en el comienzo: «Sensación de indignación ante una consideración del mundo puramente naturalista; o bien de profundísima necesidad».

han hecho profundos, pero no lo han sido siempre; y a esas supremas exaltaciones no les corresponde ningún fundamento real, son imaginaciones.

23 [50]

Cuando los genios tienen cualidades desagradables, y aun perversas, tanto más agradecido debe estarse a las buenas cualidades por haber sin embargo madurado estos frutos en tal terreno, con esta vecindad, con tal clima, con tal carcoma.

23 [51]

Juzgamos falsamente no poco del catolicismo restaurado⁴¹, pues aquí se hallan exteriorizaciones meridionales de la religiosidad. Esto se nos antoja exterior, fanático, falsamente exagerado: pero tampoco el protestantismo es concebible precisamente más que para naturalezas nórdicas.

23 [52]⁴²

La música no ha llegado a ser tan simbólica sino paulatinamente; los hombres han ido progresivamente aprendiendo a asociar los procesos anímicos con ciertas inflexiones y figuras. No se encuentran ahí de antes. La música no es expresión inmediata de la voluntad, sino que sólo puede *aparecer* en la plenitud del arte.

23 [53]

En cuanto arte total, la música no tiene ningún carácter en absoluto, puede ser sacra o profana, y sólo es una u otra cosa cuando ha llegado a ser totalmente simbólica. Esas sublimadas glorificaciones de la música en general, como, p. ej., pueden encontrarse en Bettina⁴³, son descripciones de efectos de *cierta* música sobre individuos enteramente determinados, que tienen en sí todos esos estados sublimados y sólo *mediante* ellos se aproximan también ahora a la música.

23 [54]

En un principio se elogia lo altruista, pues es útil, y <se censura> lo egoísta, pues es pernicioso. ¡Pero y si esto fuese un *error*! ¡Y si lo egoísta fuese útil, también para las demás personas, en un grado muy superior a lo altruista! ¡Y si al censurar lo egoísta nunca se hubiese pensado más que en el egoísmo *estúpido*! ¿Se elogiaba en el fondo la prudencia? Desde luego, bondad y estupidez coinciden, un *bon homme*⁴⁴, etc.

⁴¹ restaurado} *Hp*: «(desde el concilio de Trento)».

⁴² Cf. *HDH* 215, 216.

⁴³ Elizabeth Brentano (1785-1859): escritora alemana. Hermana de Clemens Brentano y esposa de Achim von Arnim, fue la «Musa del segundo romanticismo», admiradora de Goethe y de Beethoven.

⁴⁴ «Un buen hombre».

23 [55]

A juzgar por la novela *El fiordo de Malang*, Th. Mügge⁴⁵ es el único alemán dotado de talento narrativo al estilo de Scott; es de una seguridad magistral.

23 [56]

Elogio de Epicuro. La sabiduría no ha avanzado un paso más allá de Epicuro, y con frecuencia ha retrocedido muchos miles de pasos.

23 [57]

Si ordeno las cosas según el grado de placer que procuran, a la cabeza se encuentra la improvisación musical durante un buen rato, luego la audición de algunas cosas de Wagner y Beethoven, luego buenas ocurrencias paseando antes del mediodía, luego la voluptuosidad, etc.

23 [58]

El goce del arte depende de ciertos conocimientos (ejercicio); también por lo que al arte más popular se refiere. No hay un efecto inmediato sobre el oyente, una captación más allá de los límites del intelecto. Muchos no disfrutan de la música de Wagner por no haberles hecho capaces de ello una elevadísima formación musical.

23 [59]

Las personas que se emancipan de modo conspicuo de la eticidad heredada, carentes de «conciencia», sólo puede llegar a ser esto del mismo modo como nacen los engendros; el crecimiento y el desarrollo prosiguen tras el nacimiento, según los hábitos y fuerzas heredados. En ese caso se puede por tanto ampliar el concepto de engendro y hablar por ejemplo de *malformaciones*. El resto de la humanidad tiene contra éstos los mismos derechos que contra los engendros y los monstruos: puede aniquilarlos, para no fomentar la propagación de los retrasados y los malogrados. El *asesino*, p. ej., es una malformación.

23 [60]

*Una experiencia*⁴⁶ habitual: fue mal, pero mucho mejor de lo que yo creía.

23 [61]⁴⁷

Dicha y desdicha. En no pocas personas la dicha se muestra más sobrecogedora que la desdicha. ¿Quién podría escuchar sin lágrimas una música alegre procedente de un manicomio?

⁴⁵ Theodor Mügge (1806-1861).

⁴⁶ *Una experiencia* [Ep: «Mi experiencia».

⁴⁷ Cf. 23 [181].

23 [62]

Al pasear junto a un arroyo en el bosque parece hacerse audible, en notas intensas y trémulas, la melodía que tenemos en nuestros sentidos; a veces parece incluso preceder en una nota a la imagen interna de la melodía que perseguimos y alcanza una autonomía propia pero que no es más que ilusión.

23 [63]

El elemento capital de la ambición es llegar al *sentimiento* de su *poder*. El contento por el poder no puede reducirse a alegrarnos por ser admirados en la opinión de otros. Al ambicioso que quiere poder le dan igual el elogio y la censura, el amor y el odio.

El temor (negativamente) y la voluntad de poder (positivamente) explican nuestro intenso respeto a las opiniones de las personas.

Placer del poder. El placer del poder se explica por el displacer centuplicadamente experimentado de la dependencia, de la impotencia. Si esta experiencia falta, falta también el placer.

23 [64]⁴⁸

Indicios de naturalezas superiores. Las representaciones metafísicas de una persona atestiguan su naturaleza superior, sus necesidades más nobles: en tal medida debe siempre hablarse de ellas en el tono más digno.

23 [65]⁴⁹

Utilidad y desventaja de todo martirio. Las numerosas muertes de mártires se han convertido para las personas en fuentes de energía por el lado de la obstinación en una convicción, no por el lado del examen riguroso de la verdad. Las crueldades perjudican a la verdad, pero son útiles a la voluntad (que se manifiesta en la fe).

23 [66]⁵⁰

¿Hasta qué punto consuela a un desdichado no haber merecido un castigo? Es utilizado como un medio de intimidación por el bien de la humanidad; pero ¿había merecido ser considerado como medio? Y en cuanto uno se da cuenta de que nadie merece nada, ese punto de vista deja de consolar en absoluto. Por lo demás, bajo todas las circunstancias, debería uno alegrarse de servir como medio para la mejora de los hombres.

⁴⁸ *Ip*: 21 [59].

⁴⁹ *Ip*: 21 [61]. Cf. 23 [38].

⁵⁰ Cf. 28 [21].

23 [67]

Forma usual de suspicacia. Se es injustamente suspicaz para con libros cuyos resultados nos desagradan, y a la inversa. En un partido nunca se examinan seriamente los principios por los que el partido lucha; sólo los partidos oponentes y sus intereses producen una intensa crítica ⁵¹.

23 [68] ⁵²

No pocos dan en el clavo, pero no por la cabeza, con lo que sesgan irremediablemente el problema. Mejor sería que no lo intentasen en absoluto.

23 [69] ⁵³

Sustitución de lo contingente por lo necesario. En el estadio de la liberación espiritual superior, todo lo natural-contingente con que se ha asociado la vida debe reemplazarse por lo necesario-elegido. Quien tiene amigos de poca valía desde antes, debe deshacerse de ellos; en ciertas circunstancias uno debe elegir un nuevo padre, nuevos hijos.

23 [70]

Grandes efectos falsamente deducidos. Derivar grandes efectos de grandes causas es un paralogismo muy habitual. En primer lugar, pueden ser causas pequeñas, pero que actúen durante un largo período de tiempo. Luego, el objeto sobre el que actúan puede ser como un espejo aumentativo: un mal poeta puede producir gran efecto por serle el público exactamente homogéneo, p. ej., Uhland entre sus compatriotas suabos.

23 [71]

Busca la soledad para poder servir del mejor modo a muchos o a todos (a la multitud): si la buscas por otra razón, te debilitará, te enfermará y hará de ti un miembro atrofiado.

23 [72] ⁵⁴

No es la ausencia de amor, sino la ausencia de amistad, la que hace desgraciado el matrimonio.

⁵¹ Nietzsche añadió y luego borró las palabras: «del modo más peligroso entre los renegados».

⁵² Cf. CS 326. *fp*: «No pocos que no aciertan a la primera sesgan irremediablemente el problema: mejor sería que no lo intentasen en absoluto».

⁵³ Cf. HDH 381.

⁵⁴ Cf. HDH 378.

23 [73]

El vocablo «recompensa» se ha arrastrado hasta nuestros tiempos desde aquellos en que el villano, el siervo, se sentía dichosamente agraciado siempre que, en general, se le daba o se le concedía algo, en que se le estimulaba como a un animal ora con el látigo, ora con halagos, pero sin «merecer» nunca nada. Cuando tal hace lo que tiene que hacer, en ello no hay ningún mérito: si, pese a todo, se le recompensa, ésta es una gracia, una bondad, supererogatoria.

23 [74]

Los dramaturgos actuales parten de un concepto falso del drama y son *drásticos*⁵⁵: para ellos debe haber a cualquier precio gritos, lágrimas, golpes, disparos, muertes. Pero «drama» significa «suceso», *factum* por oposición a *fictum*⁵⁶. La etimología histórica del concepto griego no les da la razón en ningún caso. Pero menos aún la historia del drama; pues los griegos evitaban precisamente la representación de lo drástico.

23 [75]

Las ordalías de antaño. Cuando alguien mete la mano en un metal en fusión y la retira indemne, esto sigue produciendo asombro, pero antaño se creía estar asistiendo ciertamente a un milagro: el mismo que lo hacía creía en una fuerza misteriosa y en una ayuda sobrenatural. Asimismo, quien hoy en día desconoce la explicación del hecho, cree, sin embargo, que sucede naturalmente y que a él le saldrá tan bien como al otro. Antaño podría haberse probado así cualquier aserto y todo el mundo habría creído en tal prueba.

23 [76]

Los métodos científicos descargan al mundo del gran pathos, muestran cuán infundadamente se ha penado por elevarse a esta altura del sentimiento. Hoy en día a uno le hace reír y le asombra que una querella enfurezca a dos enemigos y paulatinamente a generaciones enteras, y acabe por determinar el destino de los pueblos, cuando quizá ha mucho que se ha olvidado el pretexto; pero tal fenómeno es el símbolo de todos los grandes afectos y pasiones del mundo, que en su origen siempre son ridículamente pequeños. Ahora bien, el hombre sigue ante todo asombrándose de la *altura* de su sentimiento y de la *bajeza* del origen; a la larga, este contraste se atenúa, pues el vergonzoso sentimiento de lo ridículo trabaja calladamente en el hombre, quien aquí se ha puesto de una vez a conocer. Hay virtudes exigentes que sólo pueden afirmar su altura bajo supuestos metafísicos, p. ej., la virginidad, cuando en sí ésta no significa gran cosa, como

⁵⁵ Juego de palabras entre *Dramatiker* y *Drastiker*, mucho más contundente en alemán que en castellano.

⁵⁶ «Hecho» por oposición a «mentira».

una pálida e improductiva semivirtud, que además inclina a condenar a los semejantes a la manera de los inquisidores con los herejes.

23 [77]

Puestos a distinguir grados de moralidad, yo en primer lugar nombraría la subordinación a la tradición, la *veneración* y la *piedad* para con la tradición y sus *representantes* (los antiguos) como segundo grado. Servidumbre del intelecto, limitación de su alcance y tentativas, *elevación del sentimiento* dentro del delimitado campo de ideas permitidas. Por contra, la exigencia de una conducta altruista e impersonal, en la cual se ve habitualmente el origen de la moralidad, pertenece a las religiones pesimistas, por cuanto éstas parten de la abyección del *ego*, de la persona, es decir, han tenido que introducir de antemano en el hombre el significado metafísico del «mal radical». De la religión pesimista ha extraído Kant tanto el mal radical como la creencia en que lo altruista es el distintivo de lo moral. Ahora bien, como bien vio Schopenhauer, esto no existe más que si se cede a determinados sentimientos, p. ej., la compasión, la benevolencia. Pero los sentimientos *no* pueden ser *exigidos*, mandados. Pero la moral siempre ha exigido, por lo cual no admitirá «ser compasivo y benevolente» (ser altruista) como distintivo decisivo de la «persona moral»: tal como en efecto muchas veces se habla de «personas morales», pero que son muy generosas y compasivas⁵⁷.

23 [78]

La premisa falsa de toda la moral es el error de que el hombre obra libremente y es responsable. Toda ley, toda prescripción (en el Estado, en la sociedad, en la escuela) presupone esta creencia: tan habituados estamos, que elogiamos y censuramos aun *tras* haber llegado a comprender la irresponsabilidad, mientras que no censuramos y elogiamos a la naturaleza. Exigir actos altruistas, tal como hacen las religiones pesimistas, exigir amor: eso supone el mismo error de base.

23 [79]

Para explicar la monogamia y su gran pujanza, hay ciertamente que guardarse de las solemnes hipótesis a que nos induce el mencionado pudor ante un misterio. Para empezar, no hay que pensar en absoluto en un origen moral: también entre los animales se da con frecuencia. Allí donde la hembra es más rara que el macho o su hallazgo le ha costado esfuerzo al macho, surge el deseo de defender su posesión contra nuevas pretensiones de otros machos. El macho no deja a la hembra una vez conquistada, pues sabe lo difícil que será encontrar otra si pierde ésta. La monogamia no es una limitación voluntaria a *una sola* mujer cuando puede elegirse entre muchas, sino la afirmación de una propiedad en situación de escasez de mujeres. Por eso los celos han ido en aumento hasta su intensidad actual y los hemos heredado del reino animal en

⁵⁷ Aquí tachó Nietzsche: «prostitutas, etc».

el transcurso de períodos de tiempo sumamente largos. En las sociedades humanas la monogamia ha sido de muchos modos sancionada por diversas consideraciones de utilidad, ante todo en favor de la familia, que había que organizar de la forma más sólida posible. En éstas se incrementó también la estima de la mujer, de modo que *ella misma* acabó por preferir la situación de monogamia a todas las demás. Si la mujer fue de hecho una propiedad a la manera de un esclavo doméstico, la vida en común de dos personas, las alegrías y penas compartidas, y la posibilidad por parte de la mujer de negarse a muchas cosas y de servirle al marido de representante en otras tantas ocasiones, confirieron sin embargo a la esposa una posición superior. Ahora que en los Estados civilizados las mujeres están en efecto en mayoría, la monogamia no tiene más protección que la sanción de la tradición, devenida paulatinamente preponderante; la base natural ha desaparecido por completo. Precisamente por eso, a espaldas de la monogamia solemnemente tratada y sacralizada, subsiste de hecho una especie de poligamia⁵⁸.

23 [80]

Cuando Schopenhauer le adjudica la primacía a la voluntad y añade el intelecto, todo el ánimo, tal como hoy en día lo conocemos, no ha de servir ya para la demostración. Pues se ha intelectualizado por entero (tal como se intelectualizó nuestra percepción sonora en la música). Quiero decir: en absoluto podemos seguir pensando en el placer, el dolor y el deseo separados del intelecto. La elevación, variedad y delicadeza del ánimo han sido acrecentadas por innumerables procesos de pensamiento; el pensamiento es al ánimo actual lo que la poesía, en cuanto maestra de todo el simbolismo, a la música. Estos pensamientos han sido múltiples errores; la disposición de la piedad, p. ej., estriba en el error. El placer y el dolor han sido desarrollados como un *arte*, exactamente con los mismos medios que un arte. Los motivos propiamente dichos de las acciones se comportan hoy en día como las melodías de la música actual; nada más hay que decir donde hay melodía, acompañamiento, armonía; así, en los motivos de las acciones todo está artísticamente urdido, varios motivos se mueven unos junto a otros y se prestan mutuamente armonía, color, expresión, tonalidad⁵⁹. En ciertas disposiciones⁶⁰ creemos haber separado la voluntad del intelecto; es una ilusión; son un resultado. Toda emoción se ha intelectualizado; lo que uno, p. ej., siente en el amor es la resultante de toda la meditación al respecto, de toda la metafísica asociada a este asunto desde la noche de los tiempos, de todas las *disposiciones vecinas resonantes* por afinidad.

⁵⁸ la base natural] Corrección a partir de: «la base natural ha cambiado. Hay que guardarse de *hipótesis solemnes* cuando bastan las hipótesis simples. Ni la explicación demasiado superficial ni la demasiado profunda sirven para nada. Allí donde la base natural es diferente, no existirá por lo demás la monogamia, sino la poligamia: aunque el Estado la protege y ampara a la esposa legítima y a sus hijos...».

⁵⁹ *Stimmung*. Vid. nota 20 a HDH 14.

⁶⁰ *Stimmungen*.

23 [81]

Respecto al *origen del arte*, no ha de partirse de circunstancias estéticas y análogas; éstos son resultados tardíos, lo mismo que el artista. Sino que el hombre busca como el animal el placer y es inventivo en ello. La moralidad nace cuando busca lo útil, p. ej., lo que no le procura al punto o en absoluto placer, pero garantiza la *ausencia de dolor*, sobre todo en interés de varios. Lo bello y el arte se remontan a la producción directa de la mayor cantidad y variedad posibles de *placer*. El hombre ha franqueado la barrera animal de la época de celo; esto le pone en la senda de la invención del placer. Ha heredado de los animales muchos goces sensuales (el encanto del color entre los pavos reales, el deleite del canto entre los pájaros cantores). El hombre inventó el trabajo sin fatiga, el *juego*, la actividad sin fin racional. La divagación de la fantasía, la imaginación de lo imposible, más aún, de lo absurdo, deleitan por ser actividades sin sentido ni fin. Moverse con los brazos y las piernas es un embrión del impulso artístico. La danza es movimiento sin fin; la evitación del aburrimiento es la madre de las artes. Todo lo *súbito* agrada cuando no *daña*, así el rasgo de ingenio, lo brillante, los tonos fuertes (la luz, el redoble del tambor). Pues la excitación sin perjuicio relaja una tensión. Se aspira a la emoción en sí, el llanto, el espanto (en las historias de terror), la tensión: todo lo que excita es grato, de donde el displacer, por contraste con el aburrimiento, es sentido como placer.

23 [82]

Si alguien hace progresar la ciencia en perjuicio de la humanidad (no hay ciertamente armonía preestablecida entre el fomento de la ciencia y el de la humanidad⁶¹) se le puede decir: si por tu gusto quieres sacrificar la humanidad a tu conocimiento, nosotros te sacrificaremos a ti al bienestar general; aquí el buen fin justifica los medios. A quien quisiese envenenar a la humanidad para hacer un experimento, le meteríamos entre rejas como a un sujeto muy peligroso; exigimos: el bien de la humanidad debe ser el punto de vista límite en el campo de la indagación de la verdad (no la idea directriz, pero sí la que traza ciertos límites). Por supuesto, la inquisición no anda lejos; pues el bien de todos era el punto de vista según el cual se perseguía a los herejes. En cierto sentido es, pues, necesaria una *censura inquisitorial*, cuyos medios serán por supuesto cada vez más humanos.

23 [83]

Una ciudad antigua, el claro de luna en las calles, una solitaria voz de hombre —como si el pasado apareciese en carne y hueso y quisiera hablarnos—, lo irremediable de la vida, la ausencia de meta de todas las aspiraciones, el brillo de las estrellas en torno, la profunda dicha de todo deseo y de todo echar de menos: ése es su tema.

⁶¹ Cf. HDH 517.

23 [84]⁶²

Se sobreestima en los artistas la *improvisación* continua, que precisamente no existe entre los artistas originales, sino más bien entre los imitadores a medias reproductores. Beethoven compone sus melodías a partir de muchos fragmentos, indagando mucho. Pero los artistas mismos desean ver apreciado sobre todo lo que de instintivo, «divino», inconsciente hay en ellos, y no representan fielmente lo que realmente pasa cuando hablan de ello. La fantasía (como, p. ej., en el actor) suministra muchas formas *sin opción*: la superior cultura del *gusto* del artista hace la elección entre estos recién nacidos y mata a los demás con la dureza de un aya licúrgica⁶³.

23 [85]⁶⁴

El privilegio de nuestra cultura es la *comparación*. Nosotros recogemos y tasamos los más diversos productos de las culturas antiguas; hacer *esto* es nuestra tarea. Nuestra fuerza debe mostrarse en cómo *elegimos*; debemos ser jueces.

23 [86]⁶⁵

En conclusión: *razón y ciencia*, «fuerza suprema del hombre!»⁶⁶.

23 [87]⁶⁷

Llamamos *moral* a quien se somete a una ley reconocida por él y actúa conforme a ella, sea ésta una ley del Estado, la voz de Dios en la forma de mandamiento religioso, o incluso nada más que la conciencia o el «deber» filosófico. Es indiferente que alguien crea en tales leyes con o sin razón; a la moral sólo le importa que se rija por ellas. Dentro de las diversas esferas del egoísmo, hay una diferencia entre arriba y abajo: aquí llamamos igualmente moral a ponerse de lado del egoísmo superior, refinado. Hoy en día llamamos *buena* a una conducta moral sin más. La bondad de alma se atribuye a la persona que muestra de buen grado compasión, simpatía, abnegación, etc., no respecto a una ley, sino según impulsos internos. Por tanto, la moralidad convertida en instinto, ligada en su ejercicio al placer, tal como esto suele suceder siguiendo una larga herencia y habituación: eso es lo que entre nosotros se llama ser bueno.

23 [88]

Se habla de circunstancias atenuantes: éstas deben atenuar la *culpa*, y en consecuencia el castigo debe resultar menor. Pero si se atiende a la génesis de la

⁶² Cf. HDH 145, 155.

⁶³ [licúrgica] Por Licurgo (s. IX a. C. o antes): mítico legislador espartano.

⁶⁴ Cf. HDH 23.

⁶⁵ Esta conclusión dará lugar a HDH 292.

⁶⁶ Goethe, *Fausto*, v. 1852 (ed. cast., cit., pág. 1322).

⁶⁷ Cf. HDH 96.

culpa, paulatinamente va acabándose con la culpa a fuer de atenuarla, y entonces no cabría ningún castigo en absoluto. Pues en el fondo, dada la falta de libertad de la voluntad, no habría precisamente ninguna culpa. Si al castigo se le concede el valor de la intimidación, *no* puede haber circunstancias atenuantes que se refieran al nacimiento de la culpa. Una vez constatado el hecho, el castigo se sigue inexorablemente: el hombre es medio para el bien de todos. El cristianismo también dice: ¡No juzguéis!⁶⁸, teniendo desde luego en cuenta el perjuicio personal. Cristo: «Dios juzgará». Pero esto es un error.

23 [89]

Los filósofos encuentran sobre todo probada la *voluntad de vivir* en el hecho de que ellos se percatan de lo espantoso o inútil de la vida y sin embargo no recurren al *suicidio*; ¡pero pudiera ser que su *descripción* de la vida fuese *falsa*!

23 [90]

Respóndase como se quiera hoy en día a la cuestión de la facultad cognoscitiva, la investigación es tan ardua, el examen de los propios pensamientos tan sutil, que su resultado nada tiene que ver en absoluto con los resultados de la religión, el arte y la moral hasta la fecha. Estos los deben, no a tales procedimientos científicos, sino a otros sumamente anticientíficos. La necesidad que de ellos se tiene carece de cualquier consecuencia para la «verdad», la realidad de sus postulados.

23 [91]

La obra de arte *narrativa* buena desplegará su motivo capital tal como crece la planta, modelándose cada vez más claramente, hasta que finalmente la flor se abra como nueva y sin embargo presentida. El arte del novelista es sobre todo el de saber preludear el tema, anticiparlo simbólicamente varias veces, preparar la disposición en que se anticipa el estallido de la tormenta, hacer sonar notas próximas a la melodía principal y así estimular de todos los modos la capacidad inventiva del lector, como si tuviera que adivinar un enigma; pero *resolverlo* de manera que pese a todo sorprenda al lector. Como juega el niño, así trabajará el hombre; un episodio escolar permite ya reconocer claramente a todos los personajes de un gran acontecimiento político. Quizá una *filosofía* haya también de *exponerse* de modo que la tesis propiamente dicha no aparezca sino al final y desde luego con enorme énfasis.

23 [92]⁶⁹

Es indicio *de grandeza* saber hacer sumamente feliz con *obsequios modestos*.

⁶⁸ Cf. Mateo, 7:1. Cf. HDH, II, n. 72.

⁶⁹ HpHDH 492; rayado y con Hp HDH 418 sobreescrito.

23 [93]⁷⁰

La *filosofía* de los grandes hombres se corresponde habitualmente con la *edad* a que la *concebieron*. Así, quien conozca íntimamente a Schopenhauer entre los veinte y los treinta años puede literalmente calcular, *profetizar*, toda su filosofía.

23 [94]⁷¹

Todas las personas son *educadas*: por las circunstancias, los camaradas, los padres, los hermanos, los sucesos de la época, del lugar; pero todo esto es una educación al azar y de diversas maneras muy adecuada para desarrollarla desafortunadamente. Pero la humanidad en su conjunto no ha superado aún esta *educación por el azar*; impedida por la idea metafísica (ante la que se embotó incluso el incisivo espíritu de Lessing) de que un dios ha tomado en sus manos la educación de la humanidad y de que nosotros no podemos comprender del todo sus caminos. A partir de ahora la educación tiene que plantearse metas ecuménicas y excluir el azar incluso del destino de los pueblos: la tarea es tan grande que una especie completamente nueva de educadores, una nueva formación de médicos, profesores, sacerdotes, naturalistas, artistas de la antigua cultura — — —

23 [95]

La circunspección de los poetas antiguos se muestra en el hecho de que van elevando el *sentimiento de peldaño en peldaño* y así lo remontan a gran altura. A los modernos les gusta intentarlo mediante un ataque por sorpresa; dicho de otro modo: tiran en seguida con toda violencia de la cuerda que hace sonar la campana de la pasión. Pero si el primer asalto fracasa, entonces están perdidos⁷². Un buen libro debería en conjunto parecer una escala del sentimiento, sólo debería ser accesible por un lado, el lector debería sentirse desorientado si intentase abrirse camino en él por su propia iniciativa. De este modo, todo buen libro se defendería por sí solo; ¿a quién le gusta arrastrar tras de sí una sogá ensartada de palabras que en principio no entiende? Dicho con un símil: cuando me leyeron *El príncipe constante* de Calderón en la traducción de Schlegel⁷³, me pasó lo siguiente: durante un rato estuve tirando de mi sogá, hasta que finalmente la dejé malhumorado, hice un nuevo intento y volví a tirar de un hilo de palabras llenas, pero rara vez aparecía la palabra esclarecedora y emancipadora: un suplicio, un fastidio, como ante un cuadro en el que todo el dibujo se ha desvanecido y un solo [trazo] puede significar muchas cosas.

⁷⁰ Cf. OSV 271.

⁷¹ Cf. HDH 242; OSV 170-181.

⁷² La circunspección] *Fp* OSV 163.

⁷³ August Wilhelm von Schlegel (1767-1845): crítico literario alemán, campeón junto a su hermano Friedrich (1772-1829) del primer romanticismo en su país y prolijo traductor a su lengua de Shakespeare, Petrarca, Camoens, Cervantes y Calderón.

23 [96]⁷⁴

El defecto de los moralistas consiste en que, para explicar lo moral, oponen egoísta y altruista como si fuesen equivalentes a inmoral y moral respectivamente, es decir, en que toman como punto de partida la meta última de la evolución moral, nuestro sentimiento actual. Pero esta última fase de la evolución está condicionada por numerosas etapas anteriores, por influencias de la filosofía y la metafísica, del cristianismo, y no sirve del todo para explicar el origen de lo moral. Es por lo demás posible que la conducta altruista nos sea ciertamente un concepto corriente, pero no un hecho real, sino sólo aparente; la deducción de la compasión, p. ej., quizá remita al egoísmo, lo mismo que probablemente no hay actos de maldad en sí, de perjuicio sin motivo personal, etc. El reino de lo moral ha sido ante todo el reino de lo *decente*, pero no en todas las épocas se calificó de «buena persona» a quien tenía por costumbre acciones altruistas, la compasión y otras cosas por el estilo, sino más bien a quien en general observaba *las costumbres*. Se le oponía la mala persona, el que carecía de costumbres (el indecente)⁷⁵.

23 [97]

La *simpatía* hacia el prójimo es un resultado *tardío* de la cultura: hasta qué punto ha tenido que desarrollarse la fantasía para compenetrarnos con los sentimientos de los demás como con los de nosotros mismos (hemos tenido que aprender a compenetrarnos con nuestros propios dolores y alegrías *no* presentes mediante el recuerdo y sentirlos como presentes). Grande es el papel que aquí le corresponde al arte cuando nos enseña a compadecernos incluso de sentimientos imaginados de personajes irreales.

23 [98]

Una buena *recensión* de un libro científico consiste en *resolver* mejor el problema planteado por éste; el equivalente sería que la crítica de una obra de arte consistiera en que alguien representara *mejor* el motivo que la obra de arte tenía que representar, p. ej., que un músico mostrase con hechos que otro no había sabido sacarle el suficiente partido a su tema; lo mismo en el caso de un escultor, de un novelista. Toda buena crítica significa mejora; por eso *saber mejorar* es una condición inexcusable para el crítico. Pero, ahora bien, ¿considérese a los críticos habituales de arte y de filosofía! Dicen: «no nos gusta»; pero ¿cómo sino mediante hechos quieren demostrar que su gusto se halla en una fase evolutiva superior?

23 [99]⁷⁶

Se habla de *barruntos*, como si la religión, p. ej., hubiese presentado, aunque oscuramente, ciertos conocimientos. No hay semejante relación entre la religión

⁷⁴ Cf. HDH 96.

⁷⁵ Cf. notas 69 a HDH 96, 70 y 71 a 19 [114], y 15 a 23 [114].

⁷⁶ Cf. HDH 131.

y la ciencia. Lo que se llama barrunto está constituido por motivos enteramente diferentes a los de la ciencia, basado en métodos enteramente diferentes, ni siquiera en métodos semicientíficos. Si se parecen entre sí, es *por azar*. Todas las religiones tomadas en conjunto deben contener oscuramente ciertas «verdades» comunes, por lo que se cree decir algo en favor de una filosofía cuando se la alinea con el fantaseo religioso: pero es al revés. En sus resultados ciencia y religión no podrán parecerse *en absoluto*.

23 [100]⁷⁷

Incluso en las naciones sumamente desarrolladas, personas de los más diversos niveles culturales siguen viviendo juntas al mismo tiempo. En Alemania y Suiza, todo aquello de la Reforma que dominó en las almas se ha quedado en alguna parte; es posible retroceder varios siglos atrás y hablar con personas de esas épocas. Más aún, la persona extremadamente desarrollada (como Goethe) vive anticipadamente grandes períodos de tiempo, siglos enteros, en las diversas fases de su naturaleza.

23 [101]⁷⁸

Los artistas son los *abogados de la pasión*, pues ésta está más llena de efecto y le da al artista diez veces más oportunidades para mostrar su arte. Surge por tanto la apariencia de que las pasiones son algo soberbio, deseable, pues los poetas tienen en la boca las palabras más bellas; pero, propiamente hablando, glorifican la pasión porque quieren glorificarse al máximo. Parcialmente ellos mismos propenden también a la pasión y son por consiguiente sus propios abogados. Pero, ahora bien, definen en general lo más digno de ser glorificado en el mundo, son los panegiristas natos de las cosas; han modificado realmente la postura del hombre con respecto a la pasión, es decir, *han utilizado, ennoblecido ésta*: p. ej., el amor. Ese es su mérito.

23 [102]

Madame de Staël⁷⁹: la edad del discernimiento tiene su inocencia lo mismo que la edad de oro.

23 [103]

Valor de los remordimientos de conciencia para la liberación espiritual. No cabe duda de que los remordimientos de conciencia han contribuido esencialmente a aumentar la libertad espiritual en el mundo. Con frecuencia incitaban a una crítica de las representaciones que, a la base de acciones anteriores, tan

⁷⁷ Cf. OSV 323; 23 [145].

⁷⁸ Cf. HDH 629.

⁷⁹ Germaine Necker, baronesa de Staël-Holstein (1766-1817): escritora francesa.

dolorosos efectos producían; y se descubrió que en ello no había gran cosa, aparte de la habituación y la opinión general en el seno de la sociedad en que se vivía. Si uno podía desembarazarse de ambas, los remordimientos de conciencia cedían también.

23 [104]

Los artistas podrían ser las personas más dichosas, pues se les permite producir lo perfecto *entero*; mientras que los demás nunca trabajan sino en pequeñas partes de un todo. Pero el espectáculo de lo perfecto, del todo, afemina a los artistas, y lo exigen fuera de tiempo, aspiran a más, son envidiosos, no se han habituado a dominarse, son presuntuosos en sus juicios; y a veces a su creación le faltan los receptores que la disfruten y la elogien.

23 [105]

Lo patético es pertinente en el arte. ¿A quién no enoja e interiormente subleva oír a alguien tomarse demasiado patéticamente su vida y hablar de «Gólgota» y «Getsemaní»? Lo patético sólo lo toleramos en el arte; en la vida el hombre debe ser modesto y no alzar demasiado la voz.

23 [106]

Querer lo que el otro quiere, y ciertamente por él mismo, no por nosotros mismos, eso es la amistad, dice Aristóteles⁸⁰. Aquí se describe la acción altruista; si nos encontramos duraderamente en tal disposición hacia ciertas personas, eso es la amistad. Según la concepción actualmente en boga de la amistad, la relación amistosa es la más moral que existe.

23 [107]

Hay que haber vivido durante un cierto tiempo en la zona de las brumas metafísicas, siquiera para experimentar cuánto bien hace ver todas las cosas al sobrio frescor de la mañana y respirar a pleno pulmón aire puro.

23 [108]

Leer correctamente. El arte de leer correctamente es tan raro, que casi todo el mundo tiene que hacerse interpretar previamente un documento, una ley, un contrato; mucho han corrompido sobre todo los predicadores cristianos que, desde lo alto del púlpito, no cesan de asaltar la Biblia con el más desesperado arte exegético y suscitan amplio respeto por semejante manera artificiosamente puntillosa, y aun imitación de la misma.

⁸⁰ Cf. 21 [26]. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 1166 a 2-6 (ed. cast., cit., pág. 1285).

23 [109]

Si la moral remite al punto de vista del provecho y del perjuicio comunes, lo consecuente no es medir lo moral de una acción por las intenciones del individuo, sino por el acto y su resultado. Hendir las almas y examinar los riñones son propios de una concepción de la ética para la que nada en absoluto importa el provecho y el perjuicio. Exíjase la acción y preocupen menos angustiosamente los motivos (cuya imbricación por lo demás es con mucho demasiado grande como para que uno no se equivoque siempre algo en *todo* análisis psicológico de una acción).

23 [110]⁸¹

Climas espirituales de transición. Nos hemos desembarazado de muchas representaciones –Dios, vida eterna, justicia redistributiva en el más allá y en la vida presente, pecado, redentor, necesidad de redención–; una especie de enfermedad pasajera exige que se cubran los huecos, la piel tiritita un poco de frío, porque antes estaba revestida en tal sitio. Hay entonces filosofías que representan por así decir *climas de transición* para aquellos que aún no soportan directamente el aire fresco de las cumbres. Compárese cómo las sectas filosóficas griegas sirven de climas de transición: en ellas siguen funcionando aún la antigua polis y su cultura; pero ¿adónde ha de ser el tránsito?: sin duda aún no se ha hallado. ¿O es que el librepensador cabal era el *sofista*?

23 [111]⁸²

En absoluto debe seguirse prestando oídos a las personas que deploran la pérdida de la tradición popular (en el atuendo, las costumbres, los conceptos jurídicos, los dialectos, las formas poéticas, etc.). A ese precio precisamente se eleva uno a lo supranacional, a las metas universales de la humanidad, al saber radical, a la comprensión y el disfrute de lo pasado, de lo no autóctono. En una palabra, así precisamente se deja de ser un bárbaro.

23 [112]⁸³

Lo sublime actúa como un estímulo picante sobre los fatigados, lo bello trae calma a los excitados: ésa es una diferencia capital. El excitado teme lo sublime, el fatigado se aburre con lo bello. Por lo demás, lo sublime, si se lo separa de lo bello, es idéntico a lo feo (es decir, a todo lo no-bello); y así como hay un arte del alma bella, así también un arte del alma fea.

⁸¹ Cf. HDH 236.

⁸² Cf. CS 215.

⁸³ Cf. HDH 152.

23 [113]⁸⁴

Autodesprecio. Esa violenta inclinación al autoexamen y el autodesprecio que se percibe entre los pecadores, los penitentes y los santos, puede retrotraerse con frecuencia a un agotamiento de su voluntad de vivir (o de los nervios), contra el que emplean incluso los estímulos más dolorosos.

23 [114]⁸⁵

Si se pondera cómo los errores de las grandes filosofías tienen su punto de partida en una explicación falsa de determinadas acciones y sentimientos humanos, cómo, cimentada en un análisis erróneo, p. ej., de las llamadas acciones altruistas, se erige una ética falsa, y luego para apuntalarla se recurre a su vez con gusto a la religión y a los disparates mitológicos, hasta que finalmente las sombras de estos lúgubres espíritus acaban por proyectarse también en la física y en toda la concepción del mundo; si se pondera todo esto, uno se percata de cuán injusto es el habitual menosprecio de la observación psicológica, cuando es precisamente la superficialidad de la observación psicológica, es decir, el resultado de ese menosprecio, la que les ha tendido y sigue una y otra vez tendiéndoles al pensamiento y al juicio humanos los lazos más peligrosos. Ahora bien, ¿a qué se debe esa desconsideración? ¿Quizá a que también a la más vana y vanidosa canalla de la sociedad, de sexo masculino o femenino, de vez en cuando le salen bien tales observaciones, a que en determinadas épocas solían arrojarse sentencias morales en el carnaval de la coquetería del ingenio como una especie de confeti? Pero la diferencia es extraordinaria cuando un pensador riguroso y ponderado enuncia la misma tesis psicológica que un día se descubrió en esos círculos y la reviste con *su* autoridad por el anverso y el reverso. Actualmente quizá nada sea tan necesario como preparación para todo el filosofar futuro que ir acumulando trabajo psicológico piedra a piedra, piedrecita a piedrecita, y desafiar intrépidamente todo desdén hacia esta clase de trabajo. ¡Qué descubrimientos hará una generación posterior gracias a semejante material! Por supuesto, a esos espíritus deshonestos debe mantenérseles alejados de este campo en el que Schleiermacher, p. ej., exhortaba a sus alumnos a investigar los hechos psicológicos de la conciencia religiosa: pues aquí había de antemano un interés en la conservación de la religión y en la perpetuación de la teología (a la que se quería asignar un nuevo trabajo)⁸⁶. Así como en la naturaleza no hay ningún fin y pese a ello crea cosas de suprema conformidad a fin, así también la auténtica ciencia trabajará sin fines (el provecho, el bienestar de los hombres), sino que se convertirá en una porción de la naturaleza⁸⁷, es decir, llegará aquí y allá a lo conforme a fin (útil) sin haberlo querido.

⁸⁴ *IpH* DH 140.

⁸⁵ En parte, preparación de *HDH* 37, 38. Cf. 22 [107].

⁸⁶ Por supuesto! Cf. *HDH* 132; 23 [13].

⁸⁷ sino que! Cf. 23 [101].

23 [115]

En las peculiaridades de las lenguas indoeuropeas que las distinguen de la primitiva lengua madre han de reconocerse las huellas dejadas por las lenguas desaparecidas que originariamente tenían los pueblos que fueron atacados y vencidos por las tribus nómadas indoeuropeas; y de tal modo, que la lengua de los conquistadores fue también victoriosa y pasó a los vencidos. Quizá el uso antiguo persistió todavía en el acento y otras cosas por el estilo, y pasó a la lengua recientemente aprendida.

23 [116]

Agradecidos a las consecuencias. No pocas hipótesis metafísicas e históricas se defienden tan vigorosamente sólo por lo agradecido que se está a sus consecuencias.

23 [117]⁸⁸

Placer de la naturaleza. En una crítica del placer de la naturaleza habrá que detraer muchas cosas que no remiten en absoluto a la emoción estética; en la escalada de una alta montaña, p. ej., el aire tenue y ligero, la consciencia de la dificultad vencida, el descanso, el interés geográfico, la intención de encontrar bello lo que otras personas encontraron bello, el placer anticipado de contar la cosa un día.

23 [118]

En el motivo secundario del *allegretto* de la sinfonía en la mayor⁸⁹ hay pasajes en los que la vida discurre tan agradablemente como los minutos en una rosaleda las tardes de verano.

23 [119]

La esperanza⁹⁰ es el arco iris sobre el torrente impetuoso de la vida, cien veces engullido por la espuma y una y otra vez resurrecto, y que con delicada y bella audacia salta por encima de él allí donde brama más salvaje y peligrosamente.

23 [120]

No subestimemos tampoco a las mujeres superficiales, chistosas, risueñas: ellas están ahí para alegrar; demasiada seriedad hay ya en el mundo. También las

⁸⁸ *Hp*: «Crítica del placer de la naturaleza: la excitación nerviosa en las montañas es deliciosa».

⁸⁹ La *Séptima* de Beethoven, *op.* 72.

⁹⁰ La esperanza] *Hp*: «El arte».

ilusiones tienen en este dominio su miel virgen. Cuando las mujeres se hacen más solemnes, más graves, ya no hay en el mundo puerto seguro para la insensatez inocua. Los galanteos se cuentan entre las inocuidades de la existencia.

23 [121]

Un medio socrático. Sócrates tiene razón: para no ser completamente sojuzgado por Eros, uno debe liarse con las mujeres menos bellas.

23 [122]

Cuando uno se ha habituado a la composición de libros, dilata de tal modo sus pensamientos quizá completamente claros, que éstos devienen pesados y oscuros. Así, Kant se ha dejado determinar a sí mismo por esta manera erudita de la composición de libros (que a juicio de la tradición pasa incluso por obligación académica) a esa clase de prolija exposición que es en él doblemente deplorable por haberle siempre faltado (debido a sus deberes académicos) tiempo: al escribir debía primero volver a introducir su mente en el círculo de sus pensamientos. Si se hubiese contentado con exponer de la forma más breve, a la manera de Hume⁹¹, aquello a que había llegado a sí *antes de* ponerse a escribir (quizá durante un paseo), toda la controversia aún hoy en día viva sobre la interpretación correcta de Kant habría sido superflua.

23 [123]

Una destreza oratoria prematura pule todos los pensamientos para adecuarlos a un empleo inmediato y efectivo y fácilmente es por tanto un obstáculo para la comprensión profunda y en general para una introspección profunda. Por eso los Estados democráticos cultivan la destreza oratoria en las escuelas.

23 [124]

A los hombres de experiencia no les gusta reencontrarse con parajes, con personas, que una vez amaron mucho. Hay que anudar los cabos de la dicha y la separación: así se lleva uno consigo el tesoro.

23 [125]⁹²

Mientras Schopenhauer afirma del mundo del fenómeno que éste da a conocer en sus rasgos de escritura la esencia de la cosa en sí, lógicos más rigurosos⁹³ han negado toda conexión entre lo incondicionado, el mundo metafísico, y el

⁹¹ David Hume (1711-1776): filósofo empirista escocés.

⁹² Primera redacción de HDH 16. *Ip*: 22 [33].

⁹³ Véase Afrikan Spir, *Denken und Wirklichkeit*, especialmente los argumentos del vol. I, lib. III, cap. 3, «La relación del mundo con lo incondicionado»; Cf. nota 30 a HDH 18.

mundo que nosotros conocemos: de modo que justamente en el fenómeno no aparece en absoluto la cosa en sí. Por ambos lados me parece a mí que se pasa por alto que son diversas y erróneas concepciones fundamentales del intelecto las que ofrecen la razón por la que cosa en sí y fenómeno parecen estar en una oposición insalvable: tan bien hemos envuelto precisamente el fenómeno de errores, más aún, tan bien lo hemos entretejido con ellos, que nadie puede ya pensar el mundo fenoménico separado de ellos. De modo que han sido los malos, los ilógicos hábitos del intelecto, heredados desde el principio, los que han abierto toda la brecha entre cosa en sí y fenómeno. Schopenhauer a su vez ha recogido todos los rasgos característicos de nuestro mundo del fenómeno —es decir, de la representación del mundo urdida a base de errores intelectuales y transmitida a nosotros por herencia— y, en vez de denunciar al intelecto como culpable, ha inculcado a la esencia de la cosa en sí como causa de este carácter efectivo del mundo. Con ambas concepciones se rematará de modo definitivo una historia de la génesis del pensamiento cuyo resultado acaso pudiera resumirse en esta tesis: lo que ahora llamamos el mundo es el resultado de una multitud de errores que fueron paulatinamente naciendo en la evolución global de los seres orgánicos, concrescieron y ahora heredamos como tesoro acumulado de todo el pasado. De este mundo como representación la ciencia exacta no puede de hecho desligarnos sino en pequeña medida, por cuanto no puede quebrar el yugo de hábitos ancestrales; pero sí puede aclarar la historia de la génesis de este mundo como representación.

23 [126]⁹⁴

Es cierto que en Alemania nunca se ha filosofado tanto como en la actualidad: ni siquiera en la época del supremo dominio de Hegel⁹⁵ sobre los cerebros alemanes aparecieron ni mucho menos tantos escritos filosóficos como en los últimos quince años. Pero ¿me equivoco o tengo razón al presentir que este indicio encierra un gran peligro? El *género* de filosofía hoy en día en boga es de tal índole que aparece como síntoma de una creciente *aversión* hacia los estudios exactos, rigurosos, metódicos. Se trata de una diversión entretenida, a veces ingeniosa, de un peloteo de ideas filosóficas hoy en día accesibles a casi todas las inteligencias; semejante juego queda mejor que el extenuante dar vueltas a arduos problemas aislados de la ciencia y procura de hecho un cierto adiestramiento en el arte de brillar en las reuniones sociales y en público. Ojalá me equivocase.

23 [127]⁹⁶

Quien habla de la atracción del peligro, conoce el placer que produce la emoción del miedo en sí.

⁹⁴ *Ep.*: «Filosofar en Alemania, actualmente un síntoma peligroso. Abandono de la ciencia».

⁹⁵ Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831): filósofo alemán.

⁹⁶ Cf. HDH 140.

23 [128]

Las mujeres en las colonias. El respeto y la deferencia de que dan prueba los americanos hacia las mujeres son herencia de aquella época en que éstas estaban en franca minoría; es una peculiaridad de los Estados coloniales. Una excepción: cuando los colonos se encuentran con muchas mujeres, se produce habitualmente una baja en la cotización de las mujeres.

23 [129]

El hombre altamente evolucionado despacha las funciones naturales de la existencia, como el comer, el beber, etc., con sencillez, sin muchos discursos ni los falsos embellecimientos que encantan a los niveles culturales previos. En la misma categoría entran la vida social, el matrimonio; todas esas cosas ya no se acentúan enfáticamente como en otros tiempos. Bien, es posible que se hayan «perdido las formas», que sea menos bonito de ver, que la aureola religiosa haya desaparecido de estas cosas y con ella mucha «poesía». No obstante, estas pérdidas se ven largamente compensadas: sobre todo se ahorra mucha energía, se ahorra tiempo (lo mismo que en nuestro atavío), y no se pone toda la atención en estas exterioridades. Alguien que quiere llegar a la maestría en algo, se eleva a una manera de ser aristocrática por medio de su meta. Así como en las artes hemos transferido muchas cosas feas al reino del arte mediante la espiritualización, así también en la vida; hay que sentir las *fuerzas nuevas y superiores* que latén en estas formas de vida a primera vista feas: entonces se le presenta a la vista una belleza superior.

23 [130]

Entre las peculiaridades del filosofar metafísico cuéntase la de agudizar un problema y presentarlo como insoluble, a menos que se considere un milagro como una solución, ver, p. ej., la esencia del actor en la autoalienación⁹⁷ y la metamorfosis sin más, cuando el problema propiamente dicho es, sin embargo, *por qué medios de ilusión* llega a *parecer* como si el actor se metamorfosease.

23 [131]

Entre los músicos el espíritu pensante es habitualmente fresco, son ingeniosos más a menudo que los eruditos; pues tienen en el ejercicio de su arte el medio para procurarle al pensamiento reflexivo una calma casi completa, una especie de vida hipnótica; por eso ésta se eleva tan festiva y con tal frescor matinal cuando el músico deja de hacer música. A veces se abusa de esto, sencillamente porque la formación del músico es demasiado pobre y no cuenta con suficiente material *sobre* el que mostrar espíritu. Exactamente lo mismo sucede con <el> espíritu pensante de las mujeres.

⁹⁷ Alusión a Wagner.

23 [132]

Quien pergeña sentencias en lengua alemana se enfrenta a la dificultad de que precisamente en la punta no pueden ser afiladas aguda y fuertemente, sino que los verbos auxiliares se precipitan como cascotes y cachivaches tras una piedra rodante. Ni siquiera el más refinado cerebro es capaz de valorar debidamente el arte de afilar sentencias si él mismo no ha competido en este campo. Sin este adiestramiento práctico, se toma por más fácil de lo que es, no se siente con la suficiente nitidez lo logrado; por eso los lectores de sentencias extraen de éstas un goce relativamente escaso, lo mismo que los que están habituados a contemplar camafeos⁹⁸. Sólo por emulación se aprende a conocer lo bueno: así, por el placer del conocimiento, debería practicarse efectivamente al menos una ciencia, un arte, y quizá componer de vez en cuando una novela, un ensayo filosófico, un discurso; mediante la reflexión sobre las propias experiencias de uno, se comprenden entonces también los dominios afines colindantes con estas experiencias y se obtiene el acceso a muchas de las más placenteras sensaciones⁹⁹.

23 [133]

También se es injusto cuando se encuentra *demasiado grandes* a los grandes hombres y demasiado profundas las cosas del mundo. Quien quiere darle a la vida el más profundo significado, recubre el mundo de fábulas; todos nosotros estamos aún demasiado enredados en ello, por más libres de espíritu que nos antojemos. Hay una fuerte propensión, arcaica e innata, a exagerar las distancias, a recargar demasiado los colores, a tomar lo brillante por lo más verosímil. La fuerza se muestra primordialmente en esta acentuación demasiado pronunciada; pero la fuerza en la moderación es la superior, la justicia es más difícil que el abandono y el amor. Cuando un asesino no quiere reconocer la maldad de su acción y se arroga el derecho a llamar bueno a algo que todo el mundo llama malo, se excluye de la evolución de la humanidad: ¿tenemos que otorgarle este derecho? Si alguien justificase las acciones llamadas perversas por la emancipación de los juicios convencionales y la afirmación de la irresponsabilidad, ¿cabría que dijéramos: «algo así sólo cabe afirmarlo de modo puramente teórico, pero no obrar prácticamente en consecuencia»? ¿O bien: «tiene razón en cuanto pensador, pero no le cabe obrar el mal»? ¿Hasta qué punto cabe que el individuo se excluya de su pasado? ¿Hasta qué punto puede hacerlo? ¿Y si se percata de que en este pasado funcionaban juicios falsos, consideraciones para con la grosera utilidad? ¿De que con ello desaparece la aureola de santidad del bien, el brillo sulfuroso del mal? ¿Y si los motivos más fuertes, extraídos del honor y la infamia del semejante, dejan de funcionar, porque a este juicio puede oponérsele la verdad?¹⁰⁰

⁹⁸ Quien pergeña! FpHDDH 35.

⁹⁹ Sólo por emulación! Cf. 23 [168].

¹⁰⁰ Tachado al final con lápiz rojo: «Malformaciones». Cf. 23 [59].

23 [134]

¿Por qué no imaginar ¹⁰¹ *historias* enteras de *pueblos*, de revoluciones, de partidos políticos? ¿Por qué el novelista ¹⁰² no rivaliza con el historiador? En ello veo yo un futuro para la poesía ¹⁰³.

23 [135]

Antaño se definía porque se creía que a cada palabra, a cada concepto, le era inherente una suma de predicados que sólo había que extraer. Pero la palabra no contiene sino una muy vaga alusión a las cosas; no se define de modo racional más que para decir lo que con una palabra quiere uno que se entienda, y se deja que cada cual vuelva a delimitar el sentido de una palabra: eso no compromete a nada.

23 [136] ¹⁰⁴

La *escuela de los educadores* nace sobre la base de la constatación de que nuestros educadores no están educados ellos mismos, de que cada vez es mayor la necesidad que de ellos se tiene y cada vez menor la calidad, de que, debido a la división natural de los campos de trabajo, las ciencias apenas pueden impedir la barbarie en el individuo, de que no hay ningún tribunal de la cultura que sopesa la buena marcha espiritual de toda la raza humana sin tener en cuenta intereses nacionales: un ministerio internacional de la educación.

23 [137]

Una sentencia está en desventaja cuando se la toma aislada; dentro del libro tiene por el contrario un trampolín que le permite a uno elevarse hasta ella. Hay que saber disponer pensamientos de menor significación en torno de los significativos, engazarlos por tanto como la piedra preciosa en una materia de menor valor. Si las sentencias se siguen unas a otras, se toma involuntariamente una como botador de las otras, se relega éstas para realzar otra, es decir, se hace un sucedáneo de libro.

23 [138] ¹⁰⁵

Puesto que el arte se va *llenando* cada vez más *de alma*, los maestros posteriores advierten que las obras de arte de los tiempos pretéritos no guardan correspondencia con ellos, y esto les da pie para hacer retoques aquí y allá y

¹⁰¹ *erdichten*.

¹⁰² *der Dichter des Roman's*.

¹⁰³ *Dichkunst*.

¹⁰⁴ Cf. 21 [63].

¹⁰⁵ Cf. OSV 126; 22 [25]; 23 [190].

para creer que lo único que antaño les faltaba a los viejos maestros eran las condiciones técnicas. Así, Wagner ¹⁰⁶ piensa que Beethoven *habría* instrumentado mejor, es decir, con mayor plenitud de alma, si los instrumentos hubiesen sido mejores; pero sobre todo en la modificación del *tempo* piensa que aquél, como todos los precedentes, no habría sido sino insuficiente en la notación. Pero en verdad el alma aún no se movía tan delicadamente, con tanta vivacidad, en aquel momento. Todo el arte antiguo era rígido, envarado; en Grecia tanto como entre nosotros. Dominaban la matemática, la simetría, el estricto compás. ¿Hay que concederles a los músicos modernos el derecho a *animar* las obras antiguas? Sí; pues sólo dándoles nuestra alma perviven. Quien conoce la música dramática plena de alma interpretará a Bach, involuntariamente, de manera completamente diferente. Si lo oye interpretar de otro modo, deja de entenderlo. ¿Es en general *posible* una interpretación histórica?

23 [139]

Los inventores de la lengua indoeuropea formaban probablemente parte de la casta dominante y se servían de las lenguas menores existentes. Una elevada formación filosófica y poética hablaba por ellos y conformó una lengua correspondiente; ésta es un producto artístico consciente; a él pertenecía el genio musical y poético. Luego se convirtió en una lengua de poetas y sabios, más tarde se expandió por entre las demás castas y emigró con las tribus guerreras. Era el más precioso legado de la patria, luego tenazmente conservado.

23 [140]

Conforme a su naturaleza, que es precisamente la de artistas, es decir, la de raras personas excepcionales, los poetas no siempre glorifican lo que merece ser glorificado por todas las personas, sino que prefieren lo que en cuanto artistas se les aparece a la sazón bueno. Igualmente, rara vez embisten con fortuna cuando son satíricos. Cervantes podría haber combatido la Inquisición, pero prefirió con todo ridiculizar a sus víctimas, es decir, a los herejes e idealistas de toda índole. Tras una vida llena de desventuras y contrariedades, le dio sin embargo por lanzarse a la ofensiva literaria contra una equivocada orientación del gusto de los lectores españoles: luchó contra las novelas de caballerías. Inadvertidamente, este ataque se convirtió entre sus manos en una ironización general sobre todas las aspiraciones superiores; hizo reír a toda España, incluidos todos los necios, y se antojó a sí mismo sabio: es un hecho que ningún libro ha hecho nunca reír tanto como *Don Quijote*. Con semejante éxito, forma parte de la decadencia de la cultura española, es una desgracia nacional. En mi opinión, despreciaba a los hombres, sin exceptuarse a sí mismo; ¿o qué si no hace cuando cuenta las bromas a costa del enfermo en la corte del duque? ¿No se habría realmente reído también del hereje en la hoguera? Es más, ni siquiera le ahorra a su héroe ese terrible momento de lucidez sobre su situación al final de su vida: si no la cruel-

¹⁰⁶ Wagner, *Zum Vortrag des neunten Symphonie Beethovens*, loc. cit., vol. 9, esp. págs. 277-282.

dad, fue la frialdad, la dureza de corazón, la que le dictó semejante escena final, el desprecio hacia los lectores, cuyas carcajadas, como sabía, no se verían estorbadas por esta conclusión.

23 [141]

Todo sentimiento molesto orig<inariamente> rígido se va haciendo paulatinamente agradable. La coerción se convierte en hábito, luego en costumbre, finalmente en virtud asociada al placer. Pero las personas que han alcanzado este último nivel no quieren para nada enterarse de que quienes desbrozaron fueron sus antepasados remotos.

23 [142]

El hombre a veces pretende una emoción en sí, y no utiliza a los hombres más que como medio. De manera extrema en la crueldad. Pero también en el gusto por lo trágico hay algo de esto (Goethe encontraba también este sentido de lo trágico en Schiller)¹⁰⁷. En el arte dramático en general el hombre quiere emociones, p. ej., la de la compasión, sin tener que prestar ningún socorro. Piénsese en los funámbulos, en los acróbatas. Las pasiones habitúan al hombre a sí¹⁰⁸: por eso pueblos muy apasionados, p. ej., los griegos y los italianos, tienen tal gusto por el arte de la pasión, de la emoción en sí; sin ésta se aburren.

23 [143]

El sentimiento no puede permanecer igual y a un mismo nivel: debe aumentar o disminuir. La veneración de la polis griega llegó al infinito, hasta que el individuo ya no pudo soportar esta carga.

23 [144]¹⁰⁹

Es propio de las personas no científicas preferir cualquier explicación de una cosa a ninguna; no quieren saber nada de abstenerse.

23 [145]¹¹⁰

El hombre bien dotado vivencia varias veces el estado de *madurez*, por cuanto revive diversas culturas, y cada vez que comprende y abraza cada una de ellas, alcanza una cima; y por eso puede una persona presentir en sí el contenido de siglos enteros: porque el trayecto que él recorre a través de las distintas culturas es el mismo que recorren varias generaciones consecutivas. Por eso pasa él

¹⁰⁷ Cf. carta de Goethe a Eckermann del 18 de enero de 1825.

¹⁰⁸ *an sich*, «a las pasiones», se entiende.

¹⁰⁹ Cf. 19 [107].

¹¹⁰ Cf. HDH 272; 21 [56]; 23 [100].

también varias veces por el estado de *inmadurez*, de floración perfecta, de decrepitud: por toda esta escala pasa él primero quizá como persona religiosa, luego como artística y finalmente científica.

23 [146]¹¹¹

A uno nunca deja de admirarle una y otra vez cómo conseguía *Shakespeare* hacer hablar cada vez a sus héroes tan adecuadamente, con tal riqueza de pensamientos, de modo que enuncian sentencias que suenan en sí cargadas de significado pero a su vez también sin embargo de modo que se corresponde con su carácter. Para explicarlo, sin duda se presume entonces que tales diálogos son un mosaico de *frases aisladas fortuitamente balladas*. A esta presunción podría yo oponer que en el dramaturgo hay una habituación continua a no inventar ninguna observación más que conforme al carácter de una persona determinada, en relación con una situación; un hábito precisamente diferente de medio a medio al nuestro: hacer la observación atendiendo a la verdad, prescindiendo por entero de la persona y la situación. Pero a veces también nos preguntamos: «¿qué dirías tú si te encontrases en tal caso?» El dramaturgo está habituado a este *discurso bipotético*, se ha convertido en su naturaleza inventar siempre sus pensamientos bajo tales presupuestos.

23 [147]

Así como antiguas ceremonias religiosas cargadas de sentido acaban como vestigios supersticiosos incomprensidos, así en general la historia, si sólo pervive como hábito, se parece al absurdo mágico o <al> disfraz carnalesco. El sol que debía iluminar al Papa en la proclamación de la infalibilidad, la paloma que entonces debía volar, aparecen ahora como pequeños artificios escabrosos que sólo apuntan a la ilusión; pero la cultura antigua está llena de esto y en absoluto distingue dónde comienza la ilusión. Por una de las callejas de Nápoles avanzaba estos días con su séquito un fastuoso carruaje fúnebre católico justo en las inmediaciones del bullicioso carnaval¹¹² con todos sus abigarrados carruajes que remedaban el vestuario y los fastos de culturas previas. Pero también ese cortejo fúnebre será algún día un tal cortejo carnalesco histórico: queda la abigarrada concha, y divierte; la pepita ha desaparecido o se ha ocultado, como en las artimañas de los curas para despertar la fe la intención de engañar.

23 [148]¹¹³

La antigüedad es en su conjunto la época del talento para el *gozo festivo*. No sin sagacidad y gran reflexión se descubrieron los mil pretextos para gozar; una buena parte de la actividad cerebral hoy en día dedicada a la invención de

¹¹¹ Cf. HDH 176.

¹¹² Cf. 21 [49].

¹¹³ Cf. HDH 141.

máquinas, a la resolución de los problemas científicos, se dedicaba entonces a la multiplicación de las fuentes de goce: la sensación, el efecto, había que desviarlos hacia lo agradable; nosotros somos profilácticos; ellos paliativos. Nuestras fiestas se convierten justamente en fiestas culturales y son en conjunto raras.

23 [149]

Nos produce placer la pequeña maldad porque nos perjudica muy poco, p. ej., *el sarcasmo*; más aún, cuando nos sentimos completamente protegidos, incluso la gran maldad (como en la baba venenosa de un panfleto) sirve para nuestro deleite; pues no nos perjudica y se aproxima con ello al efecto de lo cómico, que sorprende, asusta un poco y no causa sin embargo ningún perjuicio.

23 [150]

El arte no pertenece a la naturaleza, sino únicamente al hombre. En la naturaleza no hay ningún sonido, está muda. Tampoco ninguna forma, pues ésta es el resultado de un reflejo de la superficie en el ojo, pero en sí no hay ni arriba ni abajo, ni dentro ni fuera. Si se pudiese ver de otro modo que por medio de la reflexión, no se hablaría de formas, sino que quizá se vería en el interior, de modo que la mirada iría atravesando paulatinamente una cosa. La naturaleza, de la que se extrae nuestro sujeto, es algo muy indiferente, carente de interés, no una misteriosa causa primitiva, un enigma desvelado del mundo; es más, mediante la ciencia podemos ir de muchas maneras más allá de la aprehensión sensible, p. ej., concebir el sonido como un movimiento vibratorio; cuanto más deshumanizamos la naturaleza, tanto más vacía, carente de significado, deviene ésta para nosotros. El arte estriba por entero en la naturaleza envuelta y entretejida de errores e ilusiones, de la que ningún arte puede prescindir; no comprende la esencia de las cosas, pues está por entero ligado a la vista y al oído. A la esencia sólo conduce el entendimiento deductivo. Este nos enseña, p. ej., <que> la materia misma es un inveterado prejuicio ancestral, que procede por tanto del hecho de que el ojo ve superficies planas y del gran embotamiento del órgano humano del tacto, es decir: allí donde se sienten puntos de resistencia, se construyen involuntariamente *planos* resistentes continuos (pero que sólo existen en nuestra imaginación), habituado como se está a la ilusión del ojo que refleja, que tampoco es en el fondo más que precisamente un grosero órgano del tacto. Una hola de corrientes eléctricas que cambiasen de sentido en determinados puntos se percibiría al tacto como algo material, como una cosa sólida; y el átomo químico es en efecto semejante figura, circunscrita por los puntos terminales de diferentes movimientos. Ahora estamos habituados a distinguir entre lo movido y el movimiento; pero al hacerlo seguimos bajo la presión de parallogismos ancestrales: la cosa movida es una invención, una fantasía proyectada, pues nuestros órganos no son lo suficientemente finos para percibir en todas partes el movimiento y nos hacen creer en algo perdurable, cuando en el fondo no hay ninguna «cosa», nada que perseverar.

23 [151]

Como la nueva educación requiere del hombre una actividad cerebral mucho mayor, la humanidad debe luchar mucho más enérgicamente por la *salud*, a fin de no tener una descendencia con los nervios sobreexcitados, más aún, demente (pues de lo contrario sería muy posible una posteridad de dementes y exaltados —tal como los decrepitos de la Atenas tardía rayaban a veces en la locura—), mediante el apareamiento de padres sanos, un adecuado fortalecimiento de las mujeres, ejercicios gimnásticos que deben ser tan habituales y deseados como el pan de cada día, la profilaxis de las enfermedades, una nutrición y un alojamiento racionales, en general mediante el conocimiento de la anatomía, etc.

23 [152]¹¹⁴

El cristianismo dice: «no hay virtudes, sino pecados». Con ello se denigran y emponzoñan todos los actos humanos y aun se resquebraja la confianza en los hombres. Ahora bien, se ve secundado además por la filosofía a la manera de La Rochefoucauld, la cual reduce las famosas virtudes humanas a móviles mezquinos y viles. Es entonces una verdadera emancipación enterarse de que no hay acciones buenas ni malas en sí, que en el mismo sentido que la cristiana puede también afirmarse la tesis de la antigüedad: «no hay pecados, sino virtudes», es decir, acciones llevadas a cabo desde la perspectiva del bien (sólo que el juicio sobre lo bueno es diferente). Cada cual obra según lo que le es ventajoso, nadie es voluntariamente malo, es decir, nocivo consigo. Es un gran progreso darse cuenta de que todo lo moral no tiene nada que ver con la cosa en sí¹¹⁵, sino que es opinión, pertenece al reino del muy variable intelecto. Por supuesto, lo mismo que nuestro oído ha creado el sentido para la música (que en efecto tampoco existe en sí), el sentido moral lo tenemos como elevado resultado de la humanidad hasta la fecha. Pero no se basa en las leyes lógicas del pensamiento y en una observación rigurosa de la naturaleza, sino, como el sentido para las artes, en toda clase de juicios falsos y paralogismos. La ciencia no puede por menos de descubrir este fundamento ilógico de la moral, tal como hace en el arte. A la larga, con ello quizá debilite algo este sentido: pero *el sentido para la verdad es él mismo una de las supremas y más poderosas eflorescencias de este sentido moral*. En esto radica la compensación.

23 [153]

Efecto *barbarizante* de la abstracción y la sublimación a propósito del aristotelis<mo> en la ciencia.

¹¹⁴ Cf. 18 [21]; 23 [41]; 23 [161]; 23 [167].

¹¹⁵ Es un gran Corrección de: «Todo eso es falso: en sí no hay más que actos determinados, la moral».

23 [154]¹¹⁶

Si al hablar de moral se piensa en la utilidad superior, en fines ecuménicos, el *comercio* contiene más moralidad que la vida según aquella exhortación de Kant: «haz lo que quieras que te hagan»¹¹⁷, o que una conducta humana según la norma: «ama al prójimo por amor de Dios»¹¹⁸. La tesis de Kant evidencia una respetabilidad pequeñoburguesa de las costumbres privadas y se opone a los fines ecuménicos, cuya existencia ni siquiera concibe. Cuán poco tiene que significar el amor exigido, pero sobre todo un amor de esta índole indirecta como el amor cristiano al prójimo, lo ha demostrado la historia del cristianismo, que, en contraste con las consecuencias de la moral budista, de comedores de arroz, está llena de violencia y sangre. Y, a fin de cuentas, ¿qué significa: «amo al prójimo por amor de Dios»? ¿Es algo más que cuando alguien dice: «amo a todos los agentes de policía por amor de la justicia», o que cuando una jovencita dijo: «amo a Schopenhauer porque el abuelo le tiene estima: fue conocido suyo»?

23 [155]

El pathos del sentimiento ha venido al mundo debido a ciertos pareceres sobre las cosas, no debido a las cosas mismas¹¹⁹; p. ej.: todo lo que *Fausto* presenta en la primera escena como causas de sus sufrimientos es erróneo, es decir, sólo tan cargado de significación sobre la base de quimeras metafísicas; si pudiera comprender esto, su disposición carecería de pathos.

23 [156]¹²⁰

(Del prefacio)

Tras haber ido progresivamente constantando con el paso de los años cuán difícil es hallar la verdad, me he vuelto desconfiado respecto a la creencia en haber encontrado la verdad: es un obstáculo capital para la verdad. Pero si todos los que tenían tan alto concepto de su convicción, le ofrecían a ésta sacrificios de toda índole, más aún, no regateaban honor, cuerpo y vida en su servicio, hubiesen dedicado sólo la mitad de sus energías a la investigación del derecho con que se adherían a esta o a aquella convicción, del camino por el que habían llegado a ella, ¿qué aspecto más pacífico tendría la historia de la humanidad! ¡Cuánto más habría conocido! Todas las escenas de crueldad, la persecución de los herejes, se nos habrían ahorrado por dos razones: en primer lugar, porque los inquisidores habrían inquirido ante todo en sí mismos y habrían escapado a la pretensión de estar defendiendo la verdad absoluta; luego, porque los herejes mismos habrían dejado de ser partidarios de tesis tan mal

¹¹⁶ Cf. HDH 25.

¹¹⁷ *Mateo*, 7:12.

¹¹⁸ *Levítico*, 19:19.

¹¹⁹ Cf. Epicteto, *Manual* V; HDH 141.

¹²⁰ Proyecto de prefacio cuyas ideas se encuentran en HDH 629-637.

fundamentadas como las de todos los ortodoxos y herejes religiosos, después de haberlas investigado a fondo.

Ahora bien, esta vez me enfrento a un tema que acaso sea el más importante para la humanidad —¿pues ¿qué hay que no deba su nacimiento, su fortalecimiento, su bondad o su maldad a la educación?—, que además no puede tratarse a gran escala más que una vez la incredulidad se ha convertido en la actitud dominante. Ahora bien, quisiera entonces advertir sobre todo a los fogosos jóvenes ávidos de convicciones que no consideren al punto mis enseñanzas como regla de vida, sino como tesis que hay que sopesar bien y para cuya puesta en práctica la humanidad puede esperar tanto que ellos no estén a cubierto de dudas y argumentos. Además, la sabiduría no me ha caído del cielo, pues no soy ningún «genio», no tengo una mirada intuitiva para ver por un agujero a través del manto de la apariencia. El ejemplo de Schopenhauer puede servir de advertencia: en todos los puntos a propósito de los cuales se tenía por un genio se equivoca.

23 [157]

La vida se hace más liviana y agradable mediante una liberación intransigente del espíritu que un buen día, a modo de ensayo, zarandea todas las representaciones que hacen la vida tan gravosa, tan intolerable, de modo que para tener la alegría de esta desgravación, se prefiere la vida más simple, la que nos posibilita esta alegría¹²¹.

23 [158]

Paul Winkler¹²², 1685: «el hombre es sabio en cuanto busca la verdad; pero si quiere haberla encontrado, se convierte en un mentecato».

23 [159]¹²³

Quiero declarar expresamente a los lectores de mis anteriores escritos que he abandonado los enfoques metafísico-artísticos que en lo esencial los dominaban: son agradables, pero insostenibles. Quien se permite hablar prematuramente en público, habitualmente se ve forzado a contradecirse públicamente poco después.

23 [160]¹²⁴

Como *conclusión*.

Quiero llegar a ser *sabio* antes de tener sesenta años y reconozco esto como una meta para muchos. Hay que absorber ordenadamente y asimilar en sí una

¹²¹ En la primera redacción, a este fragmento le seguía *CIHDDH* 513.

¹²² Paul Winkler (1630-1686), autor de *Guter Gedanken drei Tausend, zusammengebracht von Geübten* (Grörlitz, 1685). Cf. 23 [38].

¹²³ *Fp*: 21 [23]. Cf. 21 [66].

¹²⁴ *Fp* *HDH* 292, en principio proyectado como último de la obra.

gran cantidad de ciencia. La suerte que tiene nuestra época es que aún se puede crecer durante un tiempo en una religión y se tiene, en la música, un acceso auténtico al arte; los tiempos por venir ya no tendrán tan buena parte. Sólo con la ayuda de estas experiencias personales pueden comprenderse las enormes etapas de la humanidad; lo cual es importante, pues toda nuestra cultura estriba en estas etapas. *Debe* comprenderse la religión y el arte; de lo contrario no se puede llegar a ser sabio. Pero debe saberse ver más allá de éstas; si uno se queda en ellas, no las *comprende*. Igualmente es la metafísica una etapa en la que uno debe haberse detenido. Igualmente la historia y lo relativo. Hay que recorrer a grandes pasos la marcha de la humanidad como individuo y rebasar la meta alcanzada.

Quien quiera llegar a ser *sabio*, tiene una *meta individual* en la que se integra como medio y auxiliar todo lo vivenciado, la dicha, la desdicha, la injusticia, etc. Además, la vida humana llega aquí con la figura adecuada, pues es el hombre *viejo* quien más fácilmente alcanza la meta según toda su naturaleza. La vida toma también un curso interesante, el tema es muy extenso e imposible de agotar demasiado pronto. El conocimiento mismo no tiene ninguna meta más allá.

23 [161]¹²⁵

Algunas falsas representaciones han fomentado la pureza ética de los hombres más de lo que podría hacerlo la verdad. Que un Dios quiera el bien, que haya que vencer al cuerpo para liberar el alma, que exista una responsabilidad por todos los actos y pensamientos, eso es lo que ha elevado a las alturas y refinado a la humanidad. ¡Ya únicamente la afirmación del «bien»!

23 [162]

En la edad preliteraria la inteligencia superior debe de haberse presentado de modo completamente distinto a como lo hace en la literaria: el individuo, sin ninguna tradición escrita que le ligara con los sabios precedentes y le advirtiese de la condicionalidad del conocer, podía tomarse casi como sobrehumano. El sabio pierde cada vez más dignidad.

23 [163]

Una vez dadas las *palabras*, los hombres creen que debe corresponderles algo, p. ej., el alma, Dios, la voluntad, el destino, etc.

23 [164]

La llamada necesidad metafísica es una instancia opuesta a la verdad de cualquier metafísica. La voluntad manda.

¹²⁵ Cf. 23 [41]; 23 [152]; 23 [167].

23 [165]

La ventaja que el hombre procura a sus semejantes reside en el ejemplo que les da: arráncales así a su salvaje demonio, aunque sólo sea por unos instantes. Los instantes importan mucho.

23 [166]

Los motivos más nobles son los complicados; todos los motivos simples son bastante bajos. Sucede como con los organismos simples y complicados. La longitud y la dificultad de todo el camino proyectan la apariencia de lo grande y elevado sobre aquel que lo recorre.

23 [167]¹²⁶

Si los hombres no hubiesen construido casas para los dioses, la arquitectura estaría aún en pañales. Las tareas que el hombre se plantea en base a hipótesis falsas (p. ej., el alma separable del cuerpo) han dado lugar a las formas más elevadas de la cultura. Las «verdades» no pueden proporcionar tales motivos.

23 [168]¹²⁷

Si se quiere tener experiencias sobre *arte*, háganse algunas obras artísticas: no hay otro camino para llegar al juicio estético. La mayoría de los artistas mismos son útiles únicamente por adquirir, mantener y transmitir la consciencia de los grandes maestros; en suma, por ser como quien dice medios conductores del calor. Algunos relatos, una novela, una tragedia: esto puede hacerse, sin que corran peligro las actividades principales de uno; de ningún modo debe uno tampoco publicar tales cosas. En general, debe aprenderse a ser *productivo* de diversas maneras: ésta es la principal artimaña para llegar a ser sabio en muchas cosas.

23 [169]¹²⁸

La estimación de lo grande y extremo, del gran hombre, de la más intensa productividad, del corazón más ardoroso, constituye una fase de la cultura. Pero para comprender el mundo, hay que llegar a la fase superior, aquella en que lo pequeño e inaparente, p. ej., los espíritus gregarios, etc., es más importante por sus efectos.

23 [170]

El momento más propicio para que un pueblo asuma el liderazgo en cosas científicas es aquel en que al individuo se le ha transmitido hereditariamente la

¹²⁶ Cf. 23 [41]; 23 [152]; 23 [161].

¹²⁷ Cf. 23 [132].

¹²⁸ Cf. HDH 3.

suficiente fuerza, tenacidad y testarudez para posibilitarle un gozoso aislamiento victorioso de las opiniones públicas: este momento ha vuelto a producirse ahora en Inglaterra, que está actualmente a la cabeza de todos los pueblos en filosofía, ciencia natural, historia, en el dominio de los descubrimientos y de la difusión cultural. Allí los grandes científicos se tratan mutuamente como reyes, todos los cuales se consideran ciertamente como parientes, pero presuponen el reconocimiento de su independencia. En Alemania se cree por el contrario alcanzar todo mediante la educación, los métodos, las escuelas: señal de que faltan los caracteres y las naturalezas pioneras que en todas las épocas han trazado para sí sus vías. Lo que se cría son esos útiles trabajadores que trabajan juntos, como si siguiesen un compás y cuya tarea ya les fue prescrita en aquellos tiempos en que Alemania, gracias a sus espíritus originales, ostentaba el liderazgo espiritual de Europa; es decir, hacia finales del siglo pasado.

23 [171]

Los defectos de estilo le dan a éste a veces su encanto. El estilo de Alexander von Humboldt ¹²⁹. Los pensamientos tienen algo de inseguro, por cuanto no se trata de comunicar hechos. Además, a todo se le ha dado relieve y brillo mediante bellas palabras escogidas: los largos períodos lo dilatan. Este estilo produce en conjunto una disposición, una sed, se guiñan los ojos porque de buena gana quisiera verse algo claro, todo flota a lo lejos en una transfiguración fascinante: como uno de esos ondulantes espejismos que al exhausto, al sediento le parecen ser (llevan a los sentidos) un oasis, un mar, un bosque.

23 [172]

Una nueva exposición de la *estética* ¹³⁰ tiene que partir del hecho de que el hombre disfruta de todos los *estímulos anímicos* en sí, precisamente en cuanto emociones, aun de los más dolorosos: quiere la embriaguez. El arte le estimula jugando al dolor, a las lágrimas, a la cólera, al deseo, pero sin las malas consecuencias prácticas: sin embargo, hay también personas que aceptan incluso esas consecuencias, sólo por tener la emoción (el cruel).

23 [173] ¹³¹

Desgraciadamente, en el concepto de «conocimiento intuitivo» Schopenhauer ha introducido de contrabando la peor mística, como si gracias a ésta se tuviera una percepción inmediata de la esencia del mundo, por así decir a través de un agujero en el manto de la apariencia, y como si hubiera personas privilegiadas que, sin el denuedo y el rigor de la ciencia, pudieran comunicar, gracias a una milagrosa mirada de visionario, algo definitivo y decisivo sobre el mundo. No

¹²⁹ Alexander barón von Humboldt (1769-1859): naturalista y viajero alemán.

¹³⁰ *Kunstlehre*, literalmente «doctrina artística».

¹³¹ Cf. HDH 164; 23 [156].

hay tales personas: y en adelante el milagro ya no encontrará, ni siquiera en el ámbito del conocimiento, creyentes.

23 [174]

El gusano de seda salido de su capullo aún arrastra durante un tiempo tras de sí la crisálida: *simil*.

23 [175]

La simpatía y la antipatía, irracionales. Cuando la simpatía o la antipatía han mordido con sus dientes, es difícil desprenderse, como cuando una tortuga muerde un bastón. El amor, el odio y la tortuga son estúpidos.

23 [176]

En el impulso altruista lo decisivo es la simpatía por una persona (cuando no es el placer de la compasión ni tampoco el rechazo del displacer lo que sentimos ante el espectáculo del sufrimiento). ¿Pero semejante proceso no lo hace sin embargo moral la simpatía? ¿Es, pues, moral todo interés por algo exterior a nosotros? También todo interés fáctico (en el arte y en la ciencia) pertenece al dominio de lo altruista; ¿pero también de lo moral?

23 [177]

No concebir la filosofía religiosamente. Abrazar una filosofía por necesidades religiosas significa comprenderla mal. Se busca una nueva fe, una nueva autoridad; pero quien quiere fe y autoridad, las encuentra más cómoda y seguramente en las religiones tradicionales.

23 [178]

Era al atardecer, se respiraba una fragancia de abetos, veíanse a lo lejos montañas grises, en lo alto brillaba la nieve. Un cielo azul y aquietado se extendía por encima. Así, *nunca* vemos nada tal como es en sí, sino que siempre lo recubrimos de una delicada membrana anímica: ésta es lo que entonces vemos. Ante estas cosas naturales despiértanse sentimientos heredados, disposiciones propias. Vemos algo de nosotros mismos: en tal medida es este mundo también nuestra representación. Bosque, montaña, no son sólo concepto, sino nuestra experiencia e historia, una parte de nosotros.

23 [179]

Superstición. Las personas presa de una gran excitación son las más supersticiosas. La restauración de las religiones tiene lugar en períodos de gran agitación e incertidumbre. Cuando todo cede, uno se agarra a la jarcia de las ilusiones del más allá.

23 [180]

El niño moribundo. A un niño que va a morir se le dan todas las golosinas que quiere: ¿qué importa si perjudican el estómago? ¿Y no somos todos en la misma situación semejantes niños?

23 [181]¹³²

Una procesión del Corpus, niños y adultos me hicieron llorar. ¿Por qué? Al atardecer acordes de piano procedentes del manicomio.

23 [182]

¿No buscarán en el fondo muchos ambiciosos más que la emoción ligada a las aspiraciones ambiciosas? Tal sentimiento puede refrenarse, sofocarse o acrecentarse: esto último hacen los necesitados de emoción. Es más, muchos buscan enojarse: a tal extremo llega esa necesidad de emoción.

23 [183]

Por el *temor* se explica las más de las veces el respeto a las opiniones ajenas; una buena parte de la amabilidad (del deseo de no desagradar) responde a esto. La *bondad* de las personas resulta así acrecentada por el temor, con la ayuda de la herencia.

23 [184]¹³³

Provecho de las pers<pectivas> atr<asadas>. Las *perspectivas atrasadas* (políticas, sociales, o tipos enteros entre artistas, metafísicos) son tan necesarias como los movimientos progresistas: producen la fricción necesaria y son las fuentes de energía para las nuevas aspiraciones.

23 [185]¹³⁴

*La fe mueve montañas*¹³⁵. Es una superstición interesante que la *fe* pueda mover montañas, que un cierto grado elevado de certidumbre transforme las cosas conforme a esta fe, que el error se convierta en verdad, dado que no hay ni un grano de duda, es decir: la fuerza de la fe rellena las lagunas del conocimiento; el mundo se convierte así en tal como nosotros nos lo representamos.

¹³² Cf. 23 [61].

¹³⁴ Cf. HDH 26.

¹³³ Cf. OSV 225.

¹³⁵ Cf. I Corintios, 13:2.

23 [186]

El amor y el odio, fuerzas no originarias. Detrás del odio está el temor, detrás del amor la necesidad. Detrás del temor y la necesidad está la experiencia (juicio y memoria). El intelecto parece ser más antiguo que el sentimiento ¹³⁶

23 [187]

Ampliación de la experiencia. Hay casos en que los sueños enriquecen efectivamente la esfera de nuestra experiencia: ¿quién sabría, sin los sueños, qué impresión produce *flotar*?

23 [188] ¹³⁷

Anhelo de la muerte. Así como el mareado acecha desde el barco la costa al aparecer las primeras luces de la mañana, así anhela uno con frecuencia la muerte, sabiendo que no se puede alterar ni la marcha ni el rumbo del barco.

23 [189]

Tristeza y placer de los sentidos. ¿Por qué el hombre en estado de tristeza está más inclinado a abandonarse a los placeres sensuales? ¿Es lo estupefaciente de éstos lo que desea? ¿O es la necesidad de emoción a cualquier precio? Sancho Panza dice: «cuando el hombre se abandona demasiado a la tristeza, se convierte en bestia» ¹³⁸.

23 [190] ¹³⁹

Cuando Richard Wagner interpreta a Beethoven, se entiende de suyo que a través de Beethoven lo que sonará será el alma de Wagner y que el *tempo*, la dinámica, la escansión de frases aisladas, la dramatización del conjunto, son wagnerianas y no beethovenianas. Quien se escandalice por esto, que lo haga si quiere; pero Beethoven mismo habría dicho: «esto es yo y tú, pero el conjunto suena bien; así debería ser siempre». En cambio, cuando los petimetres ejecuten a Beethoven, Beethoven adquirirá algo del alma de los petimetres; pues el perfume del alma penetra en seguida en el alma y no deja que se lo elimine de ésta. Me temo que a Beethoven esto no le haría ninguna gracia y diría: «esto no es ni yo ni no-yo; ¡al diablo con ello!»

¹³⁶ En *Fp* se añade como colofón: «Contra Empédocles».

¹³⁷ *Fp*: «Anhelo de la muerte, lo mismo que el mareado ve por la parte de tierra, a primeras horas de la noche, las luces del puerto».

¹³⁸ Cf. Cervantes, *Don Quijote*, II, cap. 11: «Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias». La misma cita hállase en la carta de Cósima Wagner a Nietzsche del 19 de octubre de 1869.

¹³⁹ Cf. 22 [25]; 23 [138]; *HDH* 172; *OSV* 126.

23 [191]

El filólogo es aquel que sabe leer y escribir, el poeta¹⁴⁰ aquel que, según la evidente etimología de la palabra y conforme a la historia, tenía que «dictar»¹⁴¹, por no saber ni leer ni escribir. Muchas cosas importantes pueden deducirse de esta oposición entre quien ha aprendido a leer y escribir y el poeta.

23 [192]

No sólo en la conducta del Estado que castiga para intimidar, sino también en la conducta del individuo que elogia o censura, se observa el principio: «el fin justifica los medios»; pues censurar no tiene igualmente más sentido que como medio de intimidación y, a partir de ahí, como motivo de acción; el elogio quiere impulsar, suscitar la imitación; pero, en la medida en que ambas cosas se hacen *como si* valiesen para una acción realizada, no podrá evitarse la mentira, la apariencia, en todo elogio y censura; son precisamente el medio justificado por el fin superior. Desde luego, supuesto que todos, tanto los censuradores como los censurados, estén convencidos de la doctrina de la total irresponsabilidad e inocencia, la censura deja de funcionar, a no ser que el hábito, sobre todo el de la vanidad y la ambición, resulte más fuerte que todas las convicciones inculcadas por las doctrinas.

23 [193]

¡Ah, si los mediocres barruntasen la seguridad con que los *oligarcas del espíritu* —que viven en todas las épocas— sienten sus producciones como mediocres! El mayor éxito entre la masa no les consolaría.

23 [194]¹⁴²

Letrilla:

Danza de los pensamientos, te guía
una de las Gracias:
¡oh, cómo me regalas el sentido!
¡Ah! ¡Qué veo! Caen
la máscara y el velo de la guía,
y al frente del baile
avanza la espantosa necesidad.

Rosenlauibad
Junio de 1877
Agosto de 1877

23 [195]¹⁴³

Y si el autor de este libro se pregunta en beneficio de quién desea haber hecho sus apuntes, es lo bastante inmodesto para nombrar precisamente a ese

¹⁴⁰ *Dichter*.

¹⁴¹ *Diktieren*.

¹⁴² Cf. 25 [2].

pensador que en cuanto redactor de ese escrito sobre el origen de los sentimientos morales se ha ganado un derecho de propiedad en los territorios colindantes con su dominio científico y que ha puesto a la cabeza de sus investigaciones esos decisivos pensamientos <que> dominan también este libro. Esta tesis, endurecida y afilada por el martilleo del conocimiento histórico, quizá pueda un día servir como el hacha que deba aplicársele a la raíz de las «necesidades metafísicas de los hombres»; y en tal medida contaríase entre las más fecundas tesis del conocimiento humano.

23 [196]¹⁴⁴

Guía para leer de viaje.

Prefacio, — — —

Las personas que trabajan mucho inmersas en una determinada profesión conservan casi inalterados sus pareceres generales sobre las cosas del mundo; en su cabeza se vuelven cada vez más duros, más tiránicos. Por eso son tan importantes esas épocas en que el hombre se ve obligado a abandonar su trabajo, porque sólo entonces pueden volver a afluir nuevos conceptos y sentimientos, sin que su fuerza se vea ya consumida por las exigencias cotidianas del deber y el hábito. Todos nosotros los hombres modernos debemos viajar mucho por nuestra salud espiritual; y tanto más se viajará cuanto más se haya trabajado. A los viajeros deben por tanto dirigirse quienes trabajan en la modificación de los pareceres generales.

Pero de esta determinada consideración resulta una determinada forma de comunicación: pues a la esencia alada e inquieta del viaje le repugnan esos sistemas de pensamiento ha mucho urdidos que sólo se muestran accesibles a la atención más paciente y requieren semanas de silencio, de la más retraída soledad. No deben ser libros de los que se leen de principio a fin, sino de los que se consultan a menudo: uno se detiene hoy en cualquier frase, mañana en otra, y un día se la vuelve a meditar de todo corazón pro y contra, penetrándola y yendo más allá de ella, según los impulsos del espíritu, de modo que al hacerlo la cabeza de uno está cada vez serena y a gusto. De la reflexión —auténtica por no forzada— de tal modo estimulada va paulatinamente naciendo una cierta reorientación general de los pareceres; y con ésta esa sensación general de regeneración espiritual, como si el arco estuviese tensado con una cuerda nueva y más tirante que nunca. Se ha viajado con provecho.

Ahora bien, si tras tales observaciones preliminares y a propósito de este libro queda aún una pregunta esencial, no soy yo quien pueda responderla. El autor tiene derecho al prefacio; pero el lector... al postfacio.

Friedrich Nietzsche
Rosenlaui-Bad, 26 de julio
Solsticio de verano de 1877
(¿Día de San Juan?)

¹⁴³ Cf. HDH 35 y 37. Este fragmento parece formar parte de un proyecto de prefacio.

¹⁴⁴ Proyecto de prefacio de *Humano, demasiado humano* al que Nietzsche no dio continuación.

23 [197]¹⁴⁵

- 1 *Noche de San Silvestre*¹⁴⁶: el espectro sonoro de mi oído
 mismo se desvanece
 Frío. Las estrellas brillan
 Oh, tú,
 careta bromista del universo
 –viejos y nuevos tiempos– *ante* el Año Nuevo.
- 2 el surtidor al claro de luna
 bello, aburrido, perverso
 quiere helarme de frío
3. Por la mañana en el barco¹⁴⁷. ¿Adónde? No nos atrevemos a la muerte
4. El ciego¹⁴⁸ junto al camino. El alma no produce ningún resplandor
5. *Ecce homunculus*¹⁴⁹ carillón¹⁵⁰
6. Alpa Alpa¹⁵¹
7. *Campo Santo*¹⁵²
8. Cristal de roca

¹⁴⁵ Nietzsche agrupó aquí los temas de sus ensayos poéticos de este período, cuyo texto no se ha conservado.

¹⁴⁶ Tema asimismo de una composición musical que se remonta a los primeros años de Basilea; Cf. carta de Nietzsche a Rohde del 23 de noviembre de 1871.

¹⁴⁷ Recuerdo probablemente de la travesía de Sorrento a Génova (del 8 al 10 de mayo de 1877); Cf. carta de Nietzsche a Malvida von Meysenburg del 13 de mayo de 1877; Cf. también 23 [188].

¹⁴⁸ Cf. 22 [119]-22 [132].

¹⁴⁹ Cf. 22 [135].

¹⁵⁰ Cf. 22 [45].

¹⁵¹ Misteriosas palabras que aparecen en *Así habló Zaratustra*, II, «El profeta»; alusión bajo este mismo título al sueño del sapo de 21 [21] y nota. Según el testimonio del amigo de Nietzsche, Reinhart von Seydlitz, Nietzsche oyó efectivamente estas palabras: «¡Alpa! ¡Alpa! ¡Alpa! ¿quién lleva su ceniza hacia la montaña?» en un sueño del verano de 1877; Cf. R. von Seydlitz, *Wann, warum, was und wie ich schrieb*, Gotta, 1900, pág. 36.

¹⁵² Podría tratarse del camposanto de Staglieno, al cual Nietzsche dedicará un poema en 1882, y que habría visto en el curso de una estancia en Génova, en el camino de ida a Sorrento (octubre de 1876) o, lo que parece más probable, a la vuelta (mayo de 1877).

[24 = Mp XIV 1 c. Otoño de 1877]

24 [1]

De la estética¹

1. Los sufrimientos, reales y presuntos, del genio².
2. ¿Demostrada la bondad de una obra de arte si sobrecoge?³.
3. Antaño, la seriedad en la enhebración de formas y símbolos; hoy en día, en otra cosa⁴.
4. Rechazo de la inspiración; el juicio selectivo⁵.
5. Drásticos, no dramáticos⁶.
6. Estancamiento de la fuerza productiva: explicación de la improvisación⁷.
7. lo incompleto, utilizado⁸.
8. el espíritu pensante de los músicos, fresco, pero no cultivado⁹.
9. moralidad más endeble de los artistas por lo que al conocimiento de la verdad se refiere¹⁰.
10. el arte conserva, enlaza visiones precedentes y actuales¹¹.
11. a los artistas les cabe negar el progreso¹².
12. la música plena de alma en el catolicismo restaurado¹³.
13. ¿cómo pudo Shakespeare dar sin milagro con discursos tan característicos de todas las figuras?¹⁴.
14. nuestra vanidad favorece el culto del genio y de la inspiración¹⁵.
15. la ambición daba alas a los artistas griegos¹⁶.
16. los malos escritores, necesarios siempre; necesidad de la edad inmadura¹⁷.
17. el arte parte de la natural ignorancia sobre el hombre, no es para los físicos y los filósofos. Los «caracteres», no creados¹⁸.
18. el arte asume los sentimientos exaltados por la religión¹⁹.
19. el arte, cada vez más pleno de alma; falsa deducción del arte pasado²⁰.

¹ Cf. 23 [172], nota 130.

² Cf. HDH 157.

³ Cf. HDH 161.

⁴ Cf. HDH 3.

⁵ Cf. HDH 155.

⁶ Cf. 23 [74].

⁷ Cf. HDH 156.

⁸ Cf. HDH 199.

⁹ Cf. 23 [131].

¹⁰ Cf. HDH 146.

¹¹ Cf. HDH 147.

¹² Cf. HDH 236.

¹³ Cf. HDH 219.

¹⁴ Cf. 23 [146].

¹⁵ Cf. HDH 162.

¹⁶ Cf. HDH 170.

¹⁷ Cf. HDH 201.

¹⁸ Cf. HDH 160.

¹⁹ Cf. HDH 150.

²⁰ Cf. 23 [138].

20. los poetas glorifican lo interesante para el *artista*, p. ej., Cervantes²¹.
21. valor de los pensamientos inconclusos²².
22. el arte, ligado al ojo y al oído, no tiene nada que ver con la esencia de las cosas²³.
23. la desaparición de las buenas maneras y la perspectiva²⁴.
24. el arte retrotrae al artista a concepciones antiguas²⁵.
25. la música es tan plena de significado, simbólica, en cuanto heredera de la poesía²⁶.
26. sobreestimación de la improvisación²⁷.
27. la Iglesia prepara todas las disposiciones del arte²⁸.
28. los artistas en cuanto abogados de la pasión²⁹.
29. los pueblos apasionados gustan del arte de la pasión³⁰.
30. lo eminente, lo grande, sobreestimado³¹.
31. cosas para los dioses; de lo contrario, la arquitectura en pañales: por tanto, el error³².
32. Para hacerse experto en arte, debe producirse³³.
33. Platón tiene razón respecto al efecto inmoral de la tragedia³⁴.
34. Schopenhauer en cuanto pensador *sobre* las pasiones³⁵.
35. el espanto del genio ante sí. La porción de demencia en el genio³⁶.
36. la clase más noble de belleza³⁷.
37. la música como acorde final de una cultura. Wagner³⁸.
38. los antiguos elevan lentamente el sentimiento, los modernos intentan un ataque por sorpresa³⁹.
39. los artistas originales pueden hacer cosas enteramente vacías⁴⁰.
40. quizá pronto se esté con el arte en la relación del recuerdo⁴¹.
41. origen del arte⁴².

²¹ Cf. 23 [140].

²² Cf. HDH 207.

²³ Cf. 23 [150].

²⁴ Cf. HDH 250.

²⁵ Cf. HDH 159.

²⁶ Cf. HDH 215.

²⁷ Cf. 23 [84].

²⁸ Cf. HDH 130.

²⁹ Cf. 23 [101].

³⁰ Cf. 23 [142].

³¹ Cf. HDH 260.

³² Cf. 23 [167].

³³ Cf. 23 [168].

³⁴ Cf. HDH 212.

³⁵ Cf. HDH 176.

³⁶ Cf. HDH 164.

³⁷ Cf. HDH 149.

³⁸ Cf. OSV 171.

³⁹ Cf. 23 [95].

⁴⁰ Cf. HDH 165.

⁴¹ Cf. HDH 223.

⁴² Cf. 23 [81].

42. bajo presupuestos metafísicos el arte tiene más valor⁴³.

43. complacencia en lo absurdo⁴⁴.

24 [2]⁴⁵

Introducción: conclusión *a posteriori* del efecto a la causa.

I o IV. el origen del arte: 7, 15, 19, 21, 25, 41, 43. El estado estético. El silencio de la voluntad, falso. Entonces nos enfriamos.

III. el artista como genio: 1, 4, 6, 13, 14, 26, 30, 35, 39.

IV o I. evaluación del arte: 2, 17, 16, 22, 29, 36, 37, 42.

V. consecuencias desventajosas del arte: 5, 9, 10, 20, 24, 28, 33.

VI. el futuro del arte: 3, 8, 11, 23, 32, 38, 40, 34.

II. adosamiento a la religión: 12, 18, 27, 31; además, «sobre la música».

añadir a III: la creencia en el genio falsea la representación del nacimiento del arte: 4, 6, 13, 26; de la vida del artista, también en el artista mismo: 1, 35.

Explicación de la creencia. Todo lo grande, sobreestimado: 30.

nuestra vanidad: 14.

*survival*⁴⁶ de los hombres divinizados.

pero la diferencia de los «originales», sólo relativa.

Diferencia entre fáctico y no fáctico; el genio artístico no es fáctico: quiere una figura del mundo plena de efecto. «Conocimiento intuitivo»: el mundo en su cabeza, más objetivo, más puro, más claro.

24 [3]⁴⁷

Amistad. Mujer e hijo. Educación. Alivio de la vida. El progreso. El escritor. Muerte. Sociedad. Pensamiento del enojo.

Maneras. Salud.

Artimañas. Experiencia. Pensadores. Necesidad. Sobre la época de uno. Juventud. Guerra. Castigo. Interesante. Puridad. Venganza. Duelo. Fiestas. Librepensador, carácter desagradable. Afectos y estados singulares. Moral. Religión. Ciencia. Filosofía. Escritores. Arte. Estado y sociedad. Nacimiento de la cultura. Alivio de la vida. Pensamientos del enojo solitario. Profesión. Sociedad. Amistad. Mujer e hijo. Cuestiones de educación.

Elogio. Exigir más. Fidelidad. Justicia. Modestia. Odio. Temor. Ambición. Amor. Pasión. Rudeza. Dicha, desdicha. Descortés. Vanidad. Recelo. Pudor. Legitimidad. Criminal. Desprecio. Espíritu. Semisaber. Coraje. Discursos. Aburrimiento. Maldad. Peligro. Grandeza. Muerte. Consuelo. Pereza. Disimulo. Humanidad. Progreso general.

Deshonestidad. Degeneración. Esperanza. Envidia. Corrupción. Polémica. Trabajo. Gratitude. Hombres profundos. Maestros. Arrogancia. Celo. Virtud. Mala

⁴³ Cf. HDH 222.

⁴⁴ Cf. HDH 213.

⁴⁵ Los números que siguen a los diversos capítulos se refieren a la clasificación de 24 [1].

⁴⁶ «Supervivencia».

⁴⁷ Lista de temas de *Humano, demasiado humano*.

voluntad. Alumnos. Diplomáticos. Censura. Resignación. Adulación. Talento. Reputación. Mérito. Risa. Aristocratismo. Renunciar a sí. Partido. Memoria. Habituaón. Confianza. Juventud. Instante. Nobleza. Poder.

24 [4]⁴⁸

- 1 Convicción y verdad (la fe mueve montañas) (fidelidad).
- 2 Responsabilidad.
- 3 Justicia (elogio y censura, privados).
- 4 Misterios (matrimonio; realeza; futuro). Pudor.
- 5 Ductilidad de la moral. Melancolía.
- 6 Origen de la moralidad. Tradición. Hábito. Benevolencia. Trato con las personas.
- 7 Ascesis y santidad.
- 8 Consciencia de los pecados.

24 [5]⁴⁹

Metafísica.

Política, prensa, partido, sociedad.

Educación, escuela, enseñanza.

Cultura.

Moral.

Música.

Jóvenes.

Entorno, trato.

Autor.

Arte. Genio.

24 [6]

La enfermedad política de una nación es habitualmente la causa de su rejuvenecimiento y poder espirituales.

24 [7]⁵⁰

Los padres no son, como quiere el filósofo metafísico, las causas ocasionales de los hijos; más bien son los hijos los efectos ocasionales de los padres⁵¹; éstos buscan placer y ocasionalmente tienen entonces hijos.

⁴⁸ Plan de temas para ser tratados en *Humano, demasiado humano*.

⁴⁹ Plan de temas para ser tratados en *Humano, demasiado humano*.

⁵⁰ Cf. 23 [46].

⁵¹ Los padres] *Fp*: "Schopenhauer llega al punto de no llamar a los padres sino la causa ocasional, con lo que la voluntad se individualiza de nuevo en un hijo. En verdad, habría que llamar con justicia a los hijos efectos ocasionales de los padres".

24 [8]⁵²

Con ello héroe dragón.

24 [9]

Todos los poetas menores creen que el sano entendimiento humano es barato y que ellos lo tendrían sólo con que quisieran tenerlo. Y no barruntan que tienen que quedarse en poetas menores precisamente porque *nunca* lo tendrán.

24 [10]⁵³

Epílogo. A todos vosotros os saludo, lectores míos, a vosotros que no miráis en este libro con ojos deliberadamente falsos y torvos, a vosotros que sabéis reconocer en él más que una loquera en la que está colgada para la adoración una caricatura grotesca de la libertad espiritual. Vosotros sabéis qué he dado y cómo lo he dado; qué pude hacer y cuánto más quería hacer; es decir, tender sobre todo un siglo un puente magnético, de una cámara mortuoria a la cuna de nuevas libertades del espíritu. ¡A vosotros os toca una bella revancha por todo lo bueno y malo que he dicho y hecho! Los hay entre vosotros que deberían devolver lo grande por lo pequeño y lo conseguido por lo querido; con qué sentimiento pienso en cada uno de éstos deberá enunciarse aquí al final del libro como dedicatoria rítmica:

Desde que este libro me brotó, me atormentan la nostalgia y la vergüenza hasta que un día te florezca, más rico y más bello, un brote semejante. Ahora paladeo ya la dicha de seguir la huella del más grande, si es que él se complace en el fruto dorado de cosecha propia.

⁵² Cf. HDH 498.

⁵³ Cf. 22 [81].

[25 = Mp XIV 1 d. (Gast) Otoño de 1877]

25 [1]¹*Socialismo*

En primer lugar: Uno se engaña como espectador sobre los sufrimientos y privaciones de las capas inferiores del pueblo, pues los mide involuntariamente con el metro del propio sentimiento, como si uno mismo se pusiese con su cerebro sumamente excitable y capaz de sufrimiento en la situación de aquéllas. En verdad, los sufrimientos y privaciones aumentan según crece la cultura del individuo; las capas inferiores son las más obtusas; mejorar su situación significa aumentar su capacidad de sufrimiento.

En segundo lugar: Si no se tiene a la vista el bienestar del individuo, sino las metas de la humanidad, surge intensamente la pregunta de si en esas condiciones de orden que reclama el socialismo la humanidad podrá cosechar grandes resultados análogos a los que han cosechado las condiciones de desorden del pasado. Probablemente, el gran hombre y la gran obra no brotan más que en la libertad del estado salvaje. La humanidad no tiene otras metas que los grandes hombres y las grandes obras.

En tercer lugar: Puesto que hay que hacer mucho trabajo duro y rudo, hay que conservar también a los hombres que se someten a él, es decir, en la medida en que las máquinas no ahorran este trabajo. Si la necesidad y el refinamiento de una formación superior penetran en la clase obrera, ésta ya no podrá hacer ese trabajo sin sufrir desmesuradamente. Un obrero hasta tal punto desarrollado no aspira al ocio ni exige ningún alivio del trabajo, sino la liberación del mismo, esto es: quiere cargárselo a otro. Quizá podría pensarse en una satisfacción de sus deseos y en una importación masiva de pueblos bárbaros de Asia y Africa, de modo que el mundo civilizado tuviese perpetuamente a su servicio al mundo incivilizado y de esta manera se considerase la falta de cultura precisamente como obligación de servidumbre. De hecho, en los Estados de Europa la cultura del obrero y del patrono se encuentran con frecuencia tan próximas, que provoca un sentimiento de indignación seguir exigiendo un extenuante trabajo mecánico.

En cuarto lugar: Si se ha comprendido cómo nació el sentido de la equidad y la justicia, debe contradecirse a los socialistas cuando hacen de la justicia su principio. En estado natural no rige el precepto: «lo que es justo para uno, es justo para el otro», sino que lo que decide es el poder. En la medida en que los socialistas quieren la total subversión de la sociedad, apelan al poder. Sólo cuando los representantes del orden futuro se enfrentan en la lucha con los del orden antiguo y ambos poderes se encuentran de igual o análoga fuerza, son posibles los acuerdos, y sobre la base de estos acuerdos *nace* más tarde una justicia. No hay derechos humanos.

En quinto lugar: Cuando un vulgar obrero le dice al rico fabricante: «Usted no merece su dicha», tiene razón, pero las consecuencias que de ello extrae son falsas: nadie merece su dicha, nadie su desdicha.

En sexto lugar: La dicha sobre la tierra no se incrementa mediante el cambio de las instituciones, sino eliminando el temperamento hurao, débil, taciturno, bilio-

¹ Cf. HDH 446, 23 [25].

so. La situación externa añade o quita poco. En la medida en que los socialistas tienen en su mayoría esa mala clase de temperamento, disminuyen en cualquier caso la dicha sobre la tierra, aun cuando consiguiesen instaurar un nuevo orden.

En séptimo lugar: Sólo en el seno de la tradición, de las sólidas costumbres, de la limitación, hay bienestar en el mundo; los socialistas están aliados con todos los poderes que destruyen la tradición, las costumbres, la limitación; aún no se han hecho visibles en ellos nuevas capacidades constructivas.

En octavo lugar: Lo mejor que aporta el socialismo es la excitación que comunica a las más amplias esferas: *entretiene* a las personas e introduce en las capas más bajas una especie de diálogo práctico-filosófico. En tal medida es una fuente energética del espíritu.

25 [2]²

Prefacio

Cuando ya el autor, puesto ante su propio libro, lo mira a la cara con extrañeza y se le viene a la boca la pregunta: ¿soy yo? ¿no soy yo?, cuánto más deben tener semejante sentimiento los lectores de sus escritos precedentes, sobre todo si no conocen personalmente al autor de los mismos y sólo se lo imaginan como espíritu y carácter de esos escritos. A estos lectores, para mí siempre presentes, fieles, intrépidos acicates y defensores de mi yo superior, les debo una explicación, no sobre lo que es, sino sobre lo que significa para ellos, para mí: la misma explicación que yo me doy cuando, como he dicho, con asombro me echo a los ojos a mi propio hijo y tan pronto lo encuentro un poco inquietante como demasiado inocente.

Cada uno de nosotros, los hombres típicos de esta época, lleva consigo adonde vaya esa susceptibilidad interna de librepensador que, en un grado inaccesible a todas las épocas precedentes, nos hace sensibles y porfiados frente a la más ligera presión de cualquier autoridad. Es una casualidad que hasta ahora ninguno de nosotros se haya convertido por entero en el tipo de librepensador del presente, mientras que todos nosotros percibimos como con nuestros propios ojos el proyecto del mismo y el esbozo por así decir delineado de su esencia. Ahora bien, habiéndose puesto desde hace bastante tiempo a seguir el rastro de esos grandes hombres típicos salidos de esta época y que la rehasan para ser un día los pilares de una cultura futura, el autor de este libro se ha encontrado con esa ausencia de un tipo esencial; buscó auxilio en el intento de ver e ir pintando poco a poco el retrato del librepensador del presente según sus indicaciones internas. Meticulosamente atento a las horas en que ese espíritu hablaba en él, descubriendo la ley de las horas, la conexión interna de esos discursos de espíritus, de espíritu se le convirtió en persona, de persona casi en figura. Finalmente, no consiguió ya limitarse a describirlo públicamente como el tipo del librepensador del presente; temeridad mayor, dejó hablar al espíritu, es más, le atribuyó un libro. Es posible que quien oiga estos discursos se percate de su proximidad, es posible que sienta cómo esa susceptibilidad casi nerviosa de librepensador, esa

² Último proyecto de prefacio, probablemente copiado por Gast en el invierno de 1877-1878 con el manuscrito definitivo.

repugnancia por los últimos restos de coerción y de moderación impuesta, ¡están ligadas a un alma compactada, clemente y casi gozosa, ante la cual nadie tiene necesidad de ponerse a cubierto de perfidias y estallidos bruscos! A este libre camarada le faltan sobre todo el tono gruñón y la mordacidad, las cualidades de los perros y los hombres viejos que han estado mucho tiempo encadenados; el moderno librepensador no ha nacido, como sus predecesores, de la lucha, más bien de la paz de la descomposición en que ve que han entrado todos los poderes espirituales del viejo mundo gregario. Tras haberse producido en la historia esta máxima revolución, su alma puede carecer de envidia y casi de necesidades, no aspira a mucho para sí, no a mucho más; le basta como el estado más deseable ese libre flotar sin temor por encima de los hombres, de las costumbres, de las leyes y de las valoraciones tradicionales de las cosas. De buena gana comparte el contento con este estado; a quien quiere más de él, le envía, con un poco de ironía en los labios y moviendo benévola mente la cabeza, a su hermano, el hombre libre de acción: su «libertad» es por supuesto un caso particular, sobre el que se podrían contar no pocas historias.

Tras haber pronunciado de este modo el prólogo en favor de su pieza y de su héroe, el autor —casi habría dicho el poeta— mismo puede entrar en escena y comenzar a recitar su monólogo. ¿Tragedia? ¿Comedia, tragicomedia?³ Quizá falta la palabra que aquí se ajustaría por completo a la definición: quizás estos versos puedan ayudarnos y preparar al oyente:

Juego de los pensamientos, te guía
una de las Gracias:
¡oh, cómo me regalas el sentido!
¡Ah! ¿Qué veo? Caen
la máscara y el velo de la guía,
y al frente del baile
avanza la espantosa necesidad.

25 [3]⁴

- I Filosofía de la cultura.
- II Para la historia de los sentimientos morales.
- III La vida religiosa.
- IV Del alma de los artistas y escritores.
- V De las cosas primeras y últimas.
- VI El hombre en el trato.
- VII Mujer e hijo.
- VIII Una ojeada al Estado.
- IX El hombre a solas consigo.

³ Vid. *Anfitrión*, del poeta cómico latino Tito Maccio Plauto (ca. 254-ca. 184 a.C.): prólogo de Sosias.

⁴ Último plan de *Humano, demasiado humano*.

[26 = D 11. Invierno de 1877-78]

26 [1]¹

La detracción como útil. No pocas personas, para mantener en pie su autoestima y una cierta virtualidad al obrar, tienen absoluta necesidad de rebajar y detraer en su representación a todas las personas que conocen. Puesto que todos nos aprovechamos de esa capacidad, por las buenas o por las malas tenemos que aprobar el instrumento necesario para ello, la envidia y la detracción.

¹ Variante de HDH 63. Tachado en *Md*, era continuación de HDH 599.